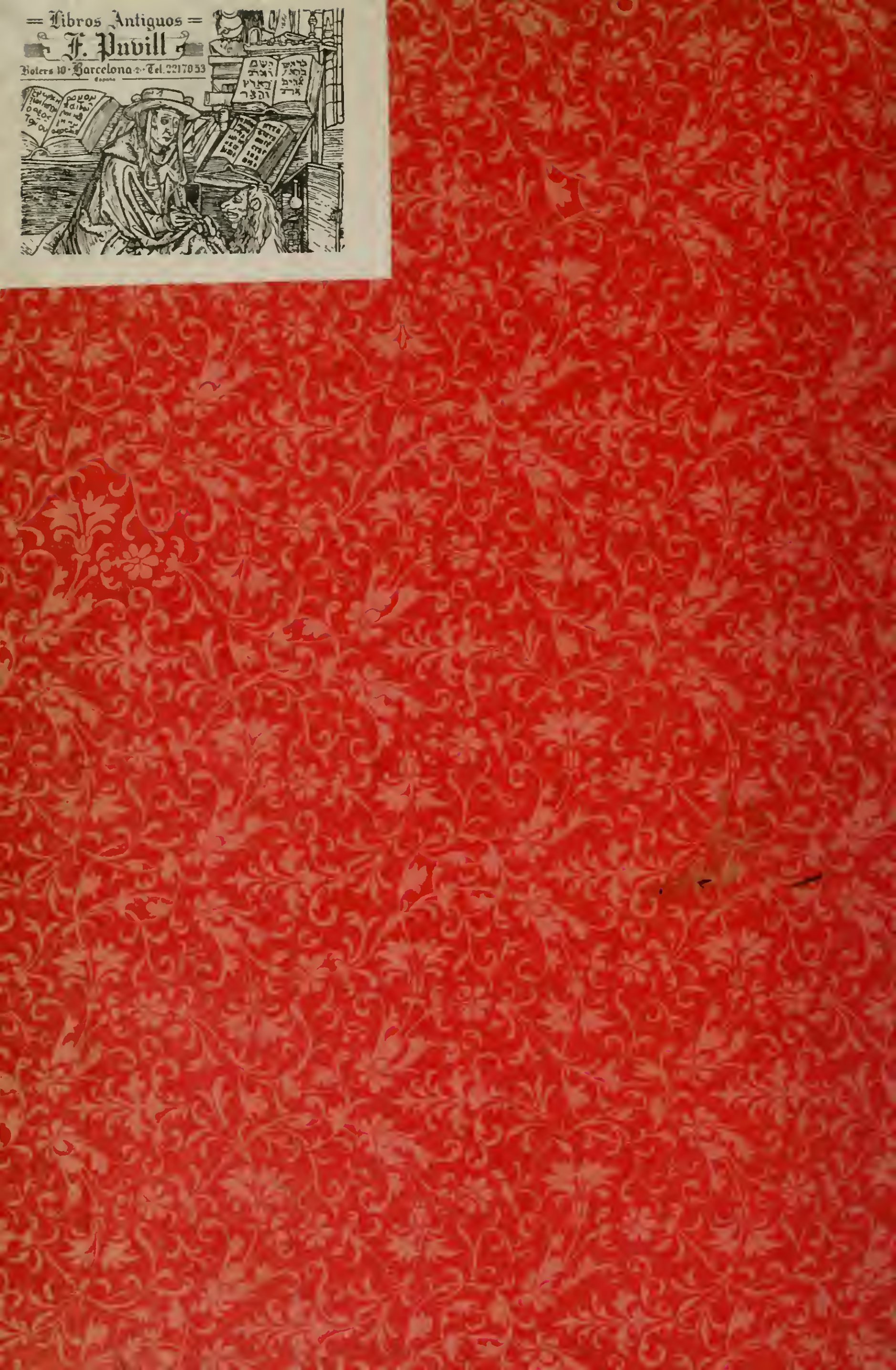


1361342


= Libros Antiguos =
F. Puvill
Boters 10 · Barcelona-2 · Tel. 2217053



CAMPAÑA DEL NORTE DE 1873 Á 1876

Imprenta de La Hormiga de Oro, calle Nueva de San Francisco 17, Barcelona.

Biblioteca Popular Carlista

CAMPAÑA DEL NORTE

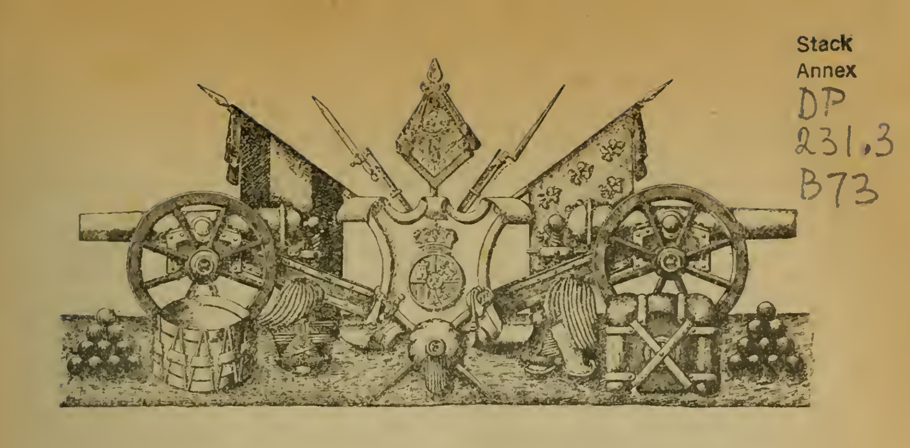
de 1873 á 1876

por

DON ANTONIO BREA



BARCELONA
Administración.—Claris, 123, pral.
1897



CAMPAÑA DEL NORTE DE 1873 Á 1876

Capitulo primero

De Francia á Vergara en demanda del Cuartel de Don Carlos

En uno de los primeros días del mes de Septiembre de 1873, varios ginetes con uniforme de artilleros llegaban al pueblo de Lecumberri; el ruido que hacían los caballos al trotar por las calles no podía menos de llamar la atención; tanto los hombres como las mujeres y niños, asomábanse todos con curiosidad á las puertas y ventanas de las casas, y al conocer el uniforme que vestían los expedicionarios mostrábanse alegres y satisfechos, saludándoles con vítores que revelaban el mayor afecto, gritando algunos de ellos: «¡Vivan los pasados!» Al oir esta palabra el que parecía, y era en realidad, jefe de aquellos oficiales, detuvo el aire de su caballo y contestó enérgicamente, aunque también con afecto: *¡Pasados no, que somos venidos á servir al Rey!*

Comprendiendo ó no comprendiendo los campesinos la diferencia de concepto entre *pasados* y *venidos*, redoblaron sus aclamaciones y ofrecieron sus casas á los recién llegados, quienes, aceptando la invitación, echaron pie á tierra para tomar algún alimento, dar pienso á los caballos y continuar más tarde la jornada.

Veamos ahora quiénes eran, de dónde venían y á dónde iban aquellos jefes y oficiales del Cuerpo de Artillería.

El que parecía jefe llegó á desempeñar con el tiempo el Ministerio de la Guerra del Señor Don Carlos de Borbón; el que le seguía en antigüedad alcanzó el empleo de Brigadier, Jefe de Estado Mayor de S. A. R. el Conde de Caserta; el tercero organizó la fábrica Maestranza de Azpeitia, marchando después á Cataluña á mejorar el artillado de la Seo de Urgel; el cuarto fué el bravo jefe de la 1.ª batería de montaña de la división de Navarra; y el más moderno, un sabio ayudante de profesor de la Academia de Segovia, creador de la fundición de cañones de Arteaga.

Los cinco entraban juntos en campaña, habiéndoles precedido otros oficiales del Cuerpo y algunos alumnos y alféreces alumnos de la citada Academia: entre ellos figuró el desgraciado teniente D. Domingo Nieves, de la promoción de 1871, quien, encargado de la sección de artillería de Guipúzcoa, habia sellado ya con su vida su adhesión á la Causa carlista en el ataque y toma del fuerte de Ibero.

Todos procedían del Cuerpo de Artillería; pero como quiera que éste fué disuelto al proclamarse la República en 11 de Febrero de 1873, hubieron de unirse en Madrid á la numerosa oficialidad del departamento de Castilla la Nueva, comisiones de jefes y oficiales de los demás, para convenir en el mejor medio de afrontar la situación que se les presentaba. Aunque la inmensa mayoría de los artilleros no eran políticos, se pensó en arrojar en el platillo de la balanza del país las espadas de los pundonorosos oficiales que habían arrojado por la ventana su carrera por no sufrir imposiciones á las que no creían conveniente sucumbir. Pero como el caso se presentaba con visos de semejanza al acontecido con los brillantes oficiales de la Guardia Real en la primera guerra civil, claro es que alguna entidad política había de representarles, y, por lo tanto, dividiéronse las opiniones entre el entonces Príncipe Don Alfonso y Don Carlos de Borbón, cuyos organizados batallones mantenían enhiesta en las montañas vasco-navarras, catalanas y del Maestrazgo, la bandera de la antigua monarquía; si bien la mayor parte de los artilleros optaron al fin por servir al gobierno constituido en el caso, casi seguro, de ser llamados al ejército en vista de lo mal que lo hacían los improvisados jefes y oficiales que los sustituyeron.

Deslindados, pues, los campos, los jefes y oficiales que se adhirieron á Don Carlos hubieron de dirigirse por medio de un largo escrito, y representados por una comisión de tres de ellos, á los demás compañeros del Cuerpo, invitándoles á secundarles en su decisión, contando



DON CARLOS DE BORBÓN

con la prévia aquiescencia que había tenido aquella solución entre algunos; y si la idea no prosperó, los artilleros carlistas creyeron cumplir así con un deber antes de ponerse enfrente de sus antiguos compañeros. Por estas razones, pues, y por hallarse todavía disuelto el Cuerpo cuando aquellos artilleros ofrecieron sus servicios á Don Carlos de Borbón, fué por lo que se decían *venidos* al llegar á Lecumberri, y no *pasados*, como les apellidaban los buenos y sencillos aldeanos.

Hé aquí la carta de los artilleros carlistas á la cual nos hemos referido anteriormente:

«Queridos compañeros: La revolución, que se prometía llegar á sus»tituir con instituciones nuevas las magníficas creaciones de la mo»narquía tradicional de España, no ha logrado, al cabo de cuarenta »años de pruebas dolorosas, sino destruirlo todo, y entre las ruinas

»acumuladas, comprometer la suerte de los intereses sociales, la dig-»nidad y la integridad de la nación.—Al derrumbarse tantas cosas »grandes, no era concebible que la corporación militar á que pertene-»cíamos fuese respetada; y en efecto, desconocidos sus servicios, me-»nospreciadas sus virtudes, sus sacrificios olvidados, fué al fin disuelta, »escupiéndose al rostro de los que procuramos imitarlos, la sangre de »los héroes que sublimaron nuestra particular historia.—Aunque, pues, »como españoles, tengamos que preocuparnos y dolernos ante todo de »las desventuras comunes, como antiguos artilleros no podemos olvidar »el imperioso deber de restablecer el *Cuerpo* en que se fundían nuestra »vida y nuestro honor; de afirmar su honrada reputación del pasado; »de procurarle nuevos y más brillantes laureles para lo porvenir.—Hé »aquí, compañeros y amigos, por qué nos dirigimos á vosotros.—En »cumplimiento de lo que consideramos una obligación sagrada, trae-»mos hoy la bandera de nuestra corporacion ilustre al único campo »donde sus tradiciones están: donde rodeada de los que han probado »rectitud de principios, firmeza de carácter y acendrado españolismo, »no ha de ser abatida ni humillada, sino enaltecida por ellos. Dios, la »Patria y el Rey la bendicen; y al servicio de causas tan sagradas y »gloriosas nada hay que no se realce, nada que no se engrandezca.—Con »nuestra bandera vienen al ejército real las reglas, los hábitos, las »costumbres, todo lo que constituía la existencia íntima del noble ins-»tituto de los artilleros españoles.—Al agruparnos de nuevo en torno »de la enseña que saludaron respetuosos en Zaragoza y Bailén esclare-»cidos capitanes de huestes extranjeras, la vida de mejores tiempos »reaparece; y de tal modo, que ni ofensa ni agravio ha de haber para »ninguno, y cada cual ha de tener el puesto que le corresponde en la »organización primitiva, que será rigurosamente observada.—Porque »partimos de promesas solemnemente hechas por el egregio Príncipe »que en estos momentos acomete la generosa empresa de abrir con su »espada los caminos de la regeneración universal, nada ha de cambiar-»se en el modo de ser del Cuerpo de artilleros.—Por eso nos permiti-»mos esperar que cuantos han sido y seguirán siendo al través de »cualesquiera vicisitudes, más que compañeros, nuestros hermanos, »han de prestarnos su leal cooperación.—Sólo nos desconsolaría, en la »confianza que abrigamos, que hubiese alguno cuya vacilación dema-»siado prolongada pudiera ser, por la fuerza de los hechos que se con-»sumasen, causa injustificada de pretendidos perjuicios.—No queremos »creer que así suceda; y por el contrario, conocedores de la alteza de »miras y pureza de sentimientos de aquellos á quienes nuestras pala-»bras se encaminan, suponemos que desde luego han de escucharlas y

»atenderlas.—Los tiempos son harto duros para que la reflexión no »haya madurado el consejo de la conciencia propia.—La crisis por que »pasa el pueblo español es decisiva.—El remordimiento ó el orgullo del »deber cumplido se ofrecen perentoriamente á nuestra elección, como »legado para dejar á nuestros sucesores.—Nosotros hemos elegido ya. »—¡Compañeros! Expuestos con fraternal franqueza nuestro proceder »y propósito, elegid también vosotros, elevando el corazón y el espíri- »tu á la altura de vuestros nombres.—Mientras tanto os enviamos un »saludo cordial.—En nombre de los oficiales pertenecientes al Ejército »Real, la Comisión autorizada.—*Elicio Berriz, Antonio Brea, Julián »García Gutiérrez.*»

Explicado ya quiénes eran y de dónde venian los artilleros que llamaron tanto la atención en Lecumberri, réstanos decir á dónde iban, á partir de dos dias antes de llegar á dicho pueblo.

Reunidos dichos jefes y oficiales en Francia, partimos á caballo de San Juan de Luz, vestidos de paisano, pero llevando en los maletines de grupa y cubre-capotes los uniformes militares. La gendarmeria francesa que ocupaba la frontera no nos detuvo más que el tiempo preciso para que hiciéramos en la aduana la declaración correspondiente á la salida de los caballos, para el pago del impuesto al Estado, al regresar. Dejáronnos, pues, pasar tranquilamente, y al entrar en tierra española espoleamos á los caballos con la idea de llegar cuanto antes á Vera, primera población carlista, á la cual arribamos bien de mañana, pues no es mucha la distancia que la separa de San Juan de Luz.

Nuestra primera visita fué á la naciente fábrica de proyectiles, en cuya ligera inspección fuimos acompañados por su estudioso director el capitán de artillería D. José de Lecea, el teniente D. Luis Ibarra y el alférez alumno Gómez Quintana, quienes constituían todo el personal facultativo que había entonces allí. Visitamos, por tanto, los hornos de fundición, los moldes y modelos para fundir proyectiles, y por último los planos y libros que había en su biblioteca, los cuales habían sido llevados á Vera desde la antigua fábrica de proyectiles de Orbaiceta, donde había estado, precisamente, destinado antes de la guerra el mencionado Lecea.

Las necesidades de dicha fábrica no eran muchas entonces, pues sólo tenía á su cargo la fundición de granadas de 8 centímetros para piezas rayadas, bombas para morteros de á 12 y 14 centímetros, del tren de sitio, y granadas esféricas para los obuses de la batería de Navarra.

Al salir de la fábrica nos encontramos los artilleros expedicionarios con varias compañias del 5.º batallón de Navarra, dedicadas á su or-

ganización é instrucción, al mando de nuestro antiguo amigo el Marqués de las Hormazas, brillante oficial del ejército de Isabel II, que había hecho con lucimiento la campaña de África á las inmediatas órdenes de su tío el mariscal de campo D. Fausto Elío.

Como nuestro proyecto era llegar cuanto antes al Cuartel de Don Carlos. y allí no había noticias del punto en que podía encontrarse, montamos de nuevo á caballo, y atravesando el río por los vados cercanos al puente volado por el general republicano Nouvilas, que *era el ingeniero que más hizo por los carlistas* (poniendo dificultades á los liberales al volarles los puentes, puesto que á los carlistas les bastaba con sus conocidos vados), fuimos á dormir á Lesaca, en cuya pequeña villa no había más que una ligera señal de que se estaba en guerra, y era el principio de un hospital para cuando las operaciones se verificasen en la frontera.

La población más cercana era Leiza, hasta donde pensábamos llegar en la jornada del día siguiente; pero como no existían más que pedazos de regular carretera desde Lesaca, y había. en cambio, que atravesar una respetable masa de altísimas montañas, por veredas pedregosas é imposibles cuando caían cuatro gotas, hubimos de solicitar y obtener un guía para que nos condujese al sitio ya designado. Al amanecer empezamos la ascensión, subiendo, ó mejor dicho, escalando montes, bajando á hondísimos valles, y mediando la jornada en el pueblo de Goizueta, de donde, después de un ligero descanso, emprendimos de nuevo la marcha, llegando ya de noche á Leiza, corriendo el menor peligro que era el de extraviarnos por los montes de Arichulegui, pues gracias á los caballos escapamos del mayor, que lo hubiera sido el de despeñarnos por aquel camino en escalera y en rampas resbaladizas, imposibles de todo punto para el que no las conocía,

En Leiza hubieron de informarnos de que allí se encontraba el brigadier D. Ramón Argonz, á quien hubimos de presentarnos, cumpliendo un deber militar que aquel digno veterano agradeció extraordinariamente, y después de felicitarnos por nuestro arribo al campo carlista, nos dijo que él se dirigía también al Cuartel de Don Carlos con el coronel Zalduendo y otros jefes.

Siguiendo sus pasos atravesamos Lecumberri, desde donde hemos dado comienzo á este capítulo, yendo á dormir á Lacunza, en la Barranca. Nada de particular ocurrió en esta jornada; no así en la siguiente, porque á los pocos pasos de Lacunza nos encontramos nada menos que con los batallones 1.º y 2.º de Navarra, mandados por su insigne comandante general D. Nicolás Ollo. Aquellos batallones, cuyos respectivos jefes lo eran D. Eusebio Rodríguez y D. Teodoro Rada

(Radica), venían de limpiar de enemigos la frontera, y se dirigían al proyectado asedio de Tolosa.

Dejamos pasar al General, á quien debíamos presentarnos después, toda vez que nos dirigíamos á pernoctar en el mismo punto, que era Segura, y nos agregamos á la plana mayor del 2.º de Navarra, á cuyo primer jefe, Radica, fuimos presentados por nuestros queridos amigos el comandante D. Carlos Calderón, el Barón de la Torre y D. Diego Henestrosa, hermano del Marqués de Villadarias, quienes en aquella época figuraban como agregados á la citada plana mayor, de la cual formaba parte también un intrépido capellán, el ilustrado y joven don Benito, cuyo apellido no podemos recordar, siendo por demás cariñosa y difícil de describir la cordial acogida que nos dispensaron todos aquellos tan bravos cuanto simpáticos y queridos amigos y compañeros de armas, en cuya alegre compañía cenamos aquella noche; y después de la presentación oficial al Comandante general de Navarra, nos despedimos de tan dignos camaradas, pues al otro día debíamos separarnos en contraria dirección.

En la siguiente jornada, al atravesar por Zumárraga, nos encontramos con tropas vizcainas que, como las navarras, se encaminaban á Tolosa, á las órdenes de su comandante general D. Gerardo Martínez de Velasco, á quien nos presentamos cumpliendo un deber de cortesía, y siguiendo nuestro camino llegamos al anochecer á Vergara, en donde se hallaba entonces el Cuartel de Don Carlos, objeto de nuestros afanes por el momento.

Al día siguiente tuvimos la alta honra de saludar al Señor Don Carlos de Borbón, al egregio príncipe, único representante, entonces, en España del principio monárquico por el cual íbamos á luchar; y como el que hacía de jefe del pequeño grupo de oficiales, al cual se agregó el alférez alumno D. Carlos León, era entonces el más antiguo del Cuerpo de Artillería, aquel mismo día fué nombrado Comandante general del mismo, con plenos poderes para ir destinando jefes y oficiales allí donde fueran más necesarios sus servicios.

En su consecuencia, el coronel D. Elicio Bérriz nombró á D. Antonio Brea jefe del Cuerpo en el Estado Mayor de Navarra; destinó á D. José Dorda para ayudar á D. Leopoldo Ibarra en la fábrica de Azpeitia; á D. Alejandro Reyero le dió la dirección de la batería de montaña de la división de Navarra; y á D. Julián García Gutierrez y don Carlos León les envió á Vizcaya á fin de que sirviesen de base á la batería de dicha provincia y fundición de Arteaga, con D. Idilio y don Germán Garcia Pimentel, antiguos alumnos de la Academia de Artillería de Segovia.



Medalla de LA CARIDAD

Capítulo II

Creación y organización de los batallones navarros, guipuzcoanos, vizcaínos, alaveses, cántabros, castellanos, riojano, de aragoneses y de asturianos.—Caballería carlista.—Hospitales, ambulancias y creación de LA CARIDAD.

Sabidas de todos son las causas que dieron lugar al levantamiento de las provincias Vascongadas y Navarra en Diciembre de 1872. El tratado de Amorevieta no fué más que una tregua ó aplazamiento de la guerra en ellas, máxime cuando habia continuado la campaña en Cataluña, donde conseguian los carlistas importantes victorias. Esto estaba en la conciencia de todos los españoles, ó mejor dicho, de cas todos. El Gobierno de Madrid, como siempre, creíase invulnerable, ó poco menos; pero dados el carácter eminentemente guerrero de los descendientes de los antiguos éuskaros y su espíritu religioso, era de suponer que no estuviesen los vascos y navarros muy conformes con la Monarquía democrática primero, y con la República federal después, cuyas dos formas de gobierno fueron proclamadas por el central de Madrid.

Por eso se vieron convertidos en batallones, en menos de un año, cada uno de los veintisiete hombres que salvaron los Pirineos con don Nicolás Ollo en Diciembre de 1872, organizándose rápidamente, á favor de la idea creadora iniciada por dicho jefe en Navarra, donde go-

zaba de gran popularidad, los batallones del Rey, Reina, Príncipe Don Jaime, Infanta Doña Blanca, Infanta Doña Elvira y Rey Don Juan, con la numeración del 1 al 6. Estos cuerpos fueron organizados y mandados respectivamente, hasta fines de 1873, por D. Eusebio Rodríguez, D. Teodoro Rada (más conocido por *Radica)*, D. José Lerga, Goñi, el Marqués de las Hormazas y D. Juan Yoldi.

El primer Comandante general de Navarra, D. Nicolás Ollo, había nacido en Ibero en Diciembre de 1816; militó en la división carlista de su provincia durante la primera guerra civil, siendo herido dos veces, asistiendo á más de cuarenta acciones de guerra y llegando á obtener el empleo de alferez de infantería á los veinte años de edad. Adherido al Convenio de Vergara, distinguióse en el ejército de Isabel II, especialmente en la guerra de Africa, en la cual ganó la cruz de San Fernando, retirándose poco después del servicio con el grado de teniente coronel y la efectividad de comandante desde 1860.

Muchas páginas habríamos de necesitar si quisiéramos describir las especiales condiciones de carácter y distinguidas prendas militares del malogrado general carlista D. Nicolás Ollo. Otros escritores de más mérito lo intentarán con mayor éxito. Su modestia, golpe de vista rápido y seguro, entendimiento claro, valor á toda prueba, tan duro para sí mismo como sensible á las fatigas de sus compañeros é inferiores: tal era el antiguo capitán de infantería en la guerra de Africa; el comandante retirado luego, y el organizador de aquellos batallones navarros, tan queridos del caudillo como admirados por sus enemigos. Nadie habrá olvidado, seguramente, las estratégicas marchas que hubo de hacer Ollo al principio de la campaña, con un puñado de hombres desarmados, mientras no encontraban enemigos á quienes quitar sus fusiles y municiones; aquella vida errante, sin tener tiempo para descansar y para racionarse, sin abrigo en invierno, no cruzando las carreteras sino de noche, rodeados siempre de tres y hasta cinco columnas enemigas, y á pesar de todo organizándose en las cimas de las montañas y haciendo frente al ejército liberal en cuanto se encontraban con él, siquiera en la razón de uno á ocho. Unas veces mandando en jefe y otras acompañado, su nombre figuró siempre en primera línea entre los carlistas, y su temprana y desdichada muerte causó honda pena entre todos ellos. ¡Dios haya recompensado sus virtudes, su modestia y sus indisputables dotes de mando!

D. Eusebio Rodríguez, que obtuvo el mando del primer batallón de Navarra, casi desde el principio de la campaña, haciendo de él un modelo de disciplina y sólida instrucción, pudiendo competir ventajosamente con cualquier cuerpo de Cazadores del ejército liberal, había

hecho la guerra de Africa con el destino de ayudante del batallón de cazadores de las Navas, ganando en aquella gloriosa campaña la cruz de San Fernando, y era ya comandante al llegar al campo carlista.

Como él procedían también del ejército: el teniente coronel Marqués de las Hormazas, quien también había ganado en Africa la cruz de San Fernando y que creó y mandó hasta su fallecimiento el 5.° batallón de Navarra, y D. Juan Yoldi, que había sido coronel en el ejército de Isabel II y que en el de Don Carlos mandaba el 6.° batallón de Navarra en la época á que nos referimos.

De buenos y leales oficiales de la primera guerra civil procedían los coroneles Lerga y Goñi, quienes organizaron respectivamente los batallones 3.° y 4.° de Navarra.

El 2.° de la misma división fué creado por D. Teodoro Rada, á quien expresamente hemos dejado el último entre los jefes navarros, por merecer colocarse á su cabeza. Compartía la popularidad con Ollo, y nunca, como en él, ha sido un axioma el conocido proverbio de *vox populi, vox Dei*. Su popularidad era merecidísima; sin ser una notabilidad militar, era un guerrillero del temple de los Mina y de los Manso. Modesto por naturaleza y callado, nunca daba su opinión sino después de bien pesadas todas las razones del caso. y rara vez dejaba de acertar en sus claros juicios. Muchas veces le sorprendíamos en sus alojamientos leyendo la *Campaña franco prusiana* ó la *Táctica del Marqués del Duero*. Arrojado y valiente hasta la temeridad, hizo temible á su batallón en cuantas ocasiones entraba en fuego, conociéndole sus enemigos casi tanto como los suyos. ¿A qué se debía, sino, el que los periódicos republicanos citasen su nombre al lado de los de Ollo, Elío y Dorregaray, siendo así que éstos eran generales y él no dejó de ser jefe de batallón sino poco antes de su muerte?

A su lado hizo la campaña D. Carlos Calderón, antiguo oficial de coraceros del Príncipe y ayudante de campo del general Duque de Osuna, embajador de España en Rusia en el reinado de Isabel II; después oficial de órdenes de Don Carlos hasta la jornada de Oroquieta, y más tarde, segundo jefe del batallón de Radica y su sucesor en el mando del mismo, siendo de admirar la conducta de Calderón, quien pudiendo hacer su carrera al lado de Don Carlos con mayor comodidad, prefirió irse á un batallón por creer más necesarios allí sus servicios y para ganarse en las filas sus empleos y condecoraciones. Identificado con Radica, participaba de parte de su gloria, que nosotros le envidiamos, y lloró su muerte, como todos lloramos al saberla.

¡Ollo y Rada! desdichado proyectil que desde Serantes cortó dos vidas tan necesarias al carlismo! juntos entraron á hacer la guerra, y la

misma granada acabó con el General y el Brigadier, firmísimas columnas del suspirado trono de Don Carlos.

Con el tiempo llegó la División de Navarra á contar con doce batallones, cuyo mando desempeñaron, en el transcurso de la campaña, además de los jefes ya citados, los antiguos oficiales de Infantería del ejército D. Simón de Montoya, D. Romualdo Cesáreo Sanz (actual diputado á Cortes por Pamplona) y D. Marcelino Martínez Junquera (quienes llegaron á brigadieres): D. Fausto Elío, Martínez, Vergara, Angozto y Equiazu (quienes murieron al final de la guerra, los cuatro primeros de ellos en Navarra y el quinto en Guipúzcoa): D. Tomás Foronda, don Leonardo Garrido, D. Joaquín Sacanell, D. José Seidel, D. Jcsé Orlándiz, D. Ramón Inestrilla, D. Gabino Sainz Celaya, D. Joaquín Montagut, Segura, Mendoza y algún otro que no recordamos.

En Vizcaya adelantó también la organización de un modo notable, debido no solamente á la popularidad del anciano brigadier D. Castor Andéchaga, sino también al celo del comandante general del Señorío, D. Gerardo Martínez de Velasco, y á la ilustración de su jefe de Estado Mayor D. Alejandro Argüelles.

En la época á que nos referimos había nueve batallones vizcainos. Se llamaban por el nombre del distrito á que pertenecían, correspondiendo dos á las Encartaciones, otro á Arratia y uno á cada villa de Guernica, Durango, Marquina, Munguía, Orduña y Bilbao. Sus jefes eran casi todos del país, y pocos de la primera guerra civil: D. José Seco Fontecha, el Barón de Sangarrén, D. Andrés Ormaeche y D. Martín Luciano de Echévarri (quienes llegaron á brigadieres), D. León Iriarte, D. Juan Sarasola, D. José Gorordo y D. José Bernaola: más tarde mandaron también batallones de esta División D. Eulogio de Isasi, Galván, Orúe, Echevarría, Maidagan, Rivaflecha, Valcárcel, Esquiaga, Iturzaeta y Escauriaza. El primer comandante general de Vizcaya, D. Gerardo Martínez de Velasco, había nacido en 1820, era veterano de la primera guerra civil y fué el único General que pudo mantenerse con 1,000 hombres en armas, después del tratado de Amorevieta, en las provincias Vascongadas, recorriéndolas mientras tuvo un grupo de hombres que mandar y volviendo á entrar en campaña el año 1873. Tuvo el acierto de rodearse de hombres de verdadero valer, procedentes del Ejército, como el capitán teniente de Ingenieros don Alejandro Argüelles y el de Infantería D. Carlos Costa, antiguo profesor de cadetes. Aquel, de carácter organizador y entendido, contribuyó más que otro alguno á que Don Carlos pudiera revistar, á poco de entrar en España, ocho batallones vizcainos de nutrida fuerza y bien armados. Costa, que le sucedió en el cargo de jefe de Estado Mayor de

Vizcaya, continuó por el mismo camino, siendo infatigable en el trabajo, modesto, y uno de los más valiosos jefes de la causa carlista.

El segundo jefe de la provincia de Vizcaya, D. Castor Andéchaga, era ya septuagenario; había hecho la campaña realista de 1822 al 23, llegando en ella á teniente de Infantería; durante la guerra de los siete años distinguióse en numerosas jornadas, mandando primeramente el batallón 7.º de Vizcaya, y después una brigada al frente de la cual ganó la Cruz de San Fernando. Adherido al Convenio de Vergara, no aceptó nunca ningún destino, vivió siempre retirado en su país, sin ceder á los halagos de los Gobiernos liberales, que además de reconocerle su empleo de brigadier le agraciaron con la Gran Cruz de Isabel la Católica; pero cuando se reanudó la guerra carlista, montó á caballo, á pesar de su edad, y en breve organizó sus dos batallones de Encartados y dió gran impulso al levantamiento de Vizcaya, pues era allí tan querido y tan popular como Ollo en Navarra. Su poderosa iniciativa, su arrojo desmedido y su entusiasmo por la Causa, no reconocían límites. La lucha era su elemento, y su nombre y condiciones se echaron muy de menos, no sólo entre los batallones Encartados y la fundición de Arteaga, que creó, sino en el modo de ser de la provincia, desde el nefasto día que regara con su sangre el cerro de las Muñecaz, disputando el paso de Bilbao al ejército republicano.

D. José Seco Fontecha había sido comandante de la Guardia Civil; el Barón de Sangarrén procedía también del Ejército, en el que había llegado á capitán de Infantería y ganado la Cruz de San Fernando cuando la guerra de África; y, en fin, los otros dos jefes vizcainos que también llegaron á brigadieres, Echévarri y Ormaeche, habían militado en las filas carlistas durante la primera guerra civil, ganando ambos la Cruz de San Fernando; y adherido el segundo al Convenio de Vergara, había llegado en el Ejército á comandante de Infantería.

En Guipúzcoa, el cura Santa Cruz primero, y después el teniente coronel que había sido del batallón de cazadores de Arapiles, D. Antonio Lizárraga, habían organizado seis batallones que se llamaban de Tolosa, de Azpeitia, de Elgoibar, del Carmen, del Triunfo y de San Ignacio. Sus jefes eran guipuzcoanos en su mayoría, de natural influencia en el país, como el veterano de la primera guerra D. Juan José de Aizpurua (que llegó á brigadier), Iturbe (hijo del brigadier carlista del mismo apellido que tanto se distinguió en la guerra de los siete años), Empáran y otros; pero también figuraron al frente de batallones de dicha provincia los antiguos jefes y oficiales de Infantería del Ejército D. Enrique Chacón y D. José Ferrón (quienes llegaron á brigadieres), Pérez Dávila, Hinestrilla, López y Blanco (quien murió en Mendizo-

rrotz). La División de Guipúzcoa llegó á contar con ocho batallones, de los que en el transcurso de la campaña fueron jefes, además de los ya citados, Fortuny, Alday, Vicuña, Irazu y Folguera. Estos batallones estaban bastante nutridos de fuerza y aguerridos, porque el general republicano Loma conocía á palmos el país y no les dejaba descansar al principio, por su incansable persecución y actividad.

El primer comandante general de Guipúzcoa, D. Antonio Lizárraga, había nacido en 1817 y militado en las filas carlistas durante la primera guerra civil, llegando á teniente de Infantería. Adherido al Convenio de Vergara, obtuvo la Cruz de San Fernando peleando contra los carlistas en 1848; fué á la guerra de África con el 3.er tercio de la brigada vascongada, ganó el empleo de teniente coronel en la sangrienta jornada del 22 de Junio de 1866, en Madrid, y se distinguió en el ejército de Isabel II al frente del batallón de cazadores de Arapiles. Nombrado por Don Carlos para el mando de Guipúzcoa, á las atrevidas marchas del cura Santa Cruz se sucedieron la toma de Azpeitia, Elgoibar y otros puntos defendidos por columnas liberales: á la guerra de guerrillas se sucedió la lucha en campo abierto, y las partidas convirtiéronse en batallones. Militar de raras prendas é incansable en todo aquello que creía el cumplimiento de su deber, D. Antonio Lizárraga había dado sér y vida á los batallones de guipuzcoanos, que por sus condiciones y lenguaje eran refractarios á ser mandados por jefes que no fueran del país. Con tino y paciencia fué modificando Lizárraga estas condiciones, y si bien no les privó nunca de que paisanos de verdadera popularidad en Guipúzcoa les mandasen, consiguió que los distinguidos oficiales procedentes del Ejército que ya hemos citado, fuesen venciendo la desconfianza de los voluntarios y llegasen á ser tan queridos como aquellos, debiéndose también á la iniciativa de Lizárraga la creación de la Maestranza-fundición de Azpeitia y que las fábricas de Eibar y Plasencia dotasen á los batallones de su mando de excelentes fusiles sistema Remington.

En Alava había cuatro batallones en 1873, y más adelante organizáronse otros dos, creados todos por jefes conocidos del país y mandados por ellos hasta su ascenso á empleos superiores. El comandante general lo era D. José Ruiz de Larramendi, y su jefe de Estado Mayor, el antiguo brigadier del ejército D. Torcuato Mendiry. Los alaveses se distinguían por su valor frio y sereno, y su apacible caracter, tan diferente del bullicioso de los navarros y de la imperturbabilidad de los vizcainos y guipuzcoanos. Los batallones de dicha provincia fueron mandados en el transcurso de la campaña por D. Celedonio Iturralde y D. José Montoya (que llegaron á brigadieres); por el teniente de navío

D. Mariano Torres; por los antiguos oficiales de infantería del ejército, Alvarez Sobrino, D. Felipe de Sabater y D. Manuel Rodriguez Maillo; por D. Valentín Sopelana (que murió en Somorrostro); por D. Fausto Eguilleta (que murió en Abarzuza); por D Casimiro Urtueta; por Viguri, por Mendivil y por Luzuriaga.

El primer comandante general de Álava, D. José Ruiz de Larramendi, había nacido en 1820 y militado durante la guerra de los siete años en las filas carlistas: adherido al convenio de Vergara, formó parte de la memorable expedicion española á Italia, mandada por el general segundo Marqués de Mendigorría, y ganó en Africa la cruz de San Fernando y el grado de teniente coronel. Tuvo la desgracia de que su salud no corriese parejas con su ánimo y buen deseo; casi puede asegurarse que mientras estuvo al frente de la provincia, le sustituía en el mando activo de ella su jefe de Estado Mayor Mendiry.

El primero organizaba, y el segundo tenía la gloria de conducir al combate á los sufridos y subordinados alaveses en la mayoría de las ocasiones, aunque con harto dolor de Larramendi, quien, sin embargo, peleó en numerosas jornadas. D. Torcuato Mendiry había nacido en 1813, y servido en el ejército de Don Carlos María Isidro de Borbón, en el que ganó la cruz de San Fernando y llegó á obtener el grado de coronel y la efectividad de comandante. Adherido, más tarde al Convenio de Vergara, ganó el empleo de teniente coronel, peleando en las calles de Zaragoza, en 1854: ascendido á coronel en 1862, mandó sucesivamente los regimientos de infantería de Murcia y de Bailén, y desempeñó, ya de brigadier, la Comandancia General de Ronda.

Larramendi y Mendiry, que eran ambos militares de merecido renombre en el ejército de Isabel II, continuaron en el carlista sus buenas tradiciones, distinguiéndose entre los militares severos de alta graduación, que hicieron de partidas, batallones, y de batallones, divisiones tan organizadas y tan buenas como las mejores.

La División de Castilla tenía, en 1873, de comandante general á D. Manuel Salvador Palacios, veterano de la primera guerra civil, en la que había ganado dos cruces de San Fernando y llegado á brigadier, primer jefe de la célebre brigada de Tortosa. Los voluntarios castellanos al acudir desde su país á las provincias vasco-navarras fueron formando compañías sueltas, independientes de los batallones de la provincia á la que se incorporaban, aunque siempre á las órdenes de los comandantes generales de las mismas, llegando á organizarse en Vizcaya hasta dos batallones castellanos, el del Cid y el de Arlanzon, mandados por Bruyel y por D. Telesforo Sanchez Naranjo, antiguo capitán de carabineros. Con las compañías sueltas de las otras pro-

vincias, con algunas partidas que no pudiendo sostenerse en Castilla se refugiaban en el Norte, y con los muchos voluntarios que acudían allá, organizó el general Palacios los batallones de Burgos, Palencia y Cruzados de Castilla, los cuales se refundieron más tarde en dos que unidos á los que había en Vizcaya formaron la División de Castilla, la cual llegó á contar con seis batallones, de los que fueron jefes, en el transcurso de la campaña, además de los ya citados Bruyel y Naranjo, D. Maximiano del Pino, el veterano D. Alejandro Atienza, D. José Manuel G. Solana, los antiguos oficiales de infantería del ejército D. Rodrigo Medina (hijo del Marqués de Esquivel) y D. José Rovira y Ladrón de Guevara, Pérez Nájera y algun otro que no recordamos en este momento.

De los batallones castellanos no diremos que fuesen los mejores del ejército del Norte, porque en valor y abnegación todos rivalizaron; pero no se puede negar que eran de los que tenían mayor mérito, toda vez que los vascongados y navarros para incorporarse á las filas no tenían, en general, que correr tantos riesgos; pudiéramos decir que peleaban en su casa; en sus heridas y enfermedades podían verse más facilmente atendidos por los suyos, y como dominaban gran parte del territorio de sus provincias, sus Diputaciones á guerra podían disponer, relativamente de grandes recursos. En cambio los castellanos, solamente para acudir á la guerra, tenían ya que sufrir mayores penalidades y correr mayor peligro al atravesar extenso territorio dominado por el enemigo; peleaban y caían enfermos ó heridos lejos de sus casas y de sus familias; su Junta ó Diputación á guerra no podía atenderles tanto como las otras á los suyos, y sin embargo, no sólo fueron siempre tan valientes, tan sufridos, tan leales y tan disciplinados como el mejor cuerpo del ejército carlista, sino que cuando á las victorias de Somorrostro, Abarzuza, Lacar y tantas otras, sucediéronse los días de prueba que precedieron al memorable de Valcarlos, cuando estaban disueltos ya casi todos los batallones de otras provincias, aún se mantuvieron hasta el último momento tan decididos y leales, tan unidos y disciplinados como en los más felices tiempos, aquellos inolvidables castellanos con quienes tuvimos el honor de compartir las amarguras por que todos pasamos en los últimos días de la guerra.

Los batallones cántabros, riojano, de asturianos y de aragoneses fueron organizados, respectivamente, por el coronel D. José Navarrete, por los célebres guerrilleros Llorente y Rosas, y por el brigadier D. León Martínez Fortún, antiguo coronel del ejército de Isabel II, en el que se habia distinguido organizando en Cuba las primeras fuerzas de voluntarios, y despues, como ayudante de campo del general Makenna, en la guerra de Africa.

Los batallones cántabros no eran más que dos y algunas compañías de Guias, á pesar de los desvelos de su digna Junta de guerra: en el transcurso de la campaña fueron sus jefes, además de Navarrete, don Juan Yoldi, D. Alejandro Argüelles, D. Pedro Vidal, D. José Mora, San Millán, y no recordamos si algun otro más. El batallón asturiano tuvo también de jefe á Hurtado de Mendoza. El batallón aragonés, además de Fortún, tuvo á su frente al antiguo oficial de caballería y ayudante de campo del general Ortega, D. Francisco Cavero, al comandante del ejército de Cuba D. Carlos Gonzalez Boet y á D. Cristobal de Vicente, quien mandándolo murió en Zumelzu. Al final de la guerra, este batallón, llamado de Almogávares del Pilar, se refundió con el 12.° de Navarra.

La caballería de Navarra, creada al principio de la campaña por el antiguo voluntario de la de África D. José Pérula, tuvo por base, no sólo la popularidad de que gozaba este guerrillero en Sesma, Lodosa y otros puntos de Navarra, sino la atrevida expedición que muy al principio hizo á Castilla la Vieja. En Agosto de 1873 hallábase en organización, bajo las órdenes de dicho señor y de algunos jefes y oficiales que habian servido en el ejército liberal, como D. Fernando Ordóñez y D. Juan Ortigosa.

A pesar de carecer de buenos y reglamentarios equipos, y aún de armas, habíase portado bizarramente la caballería carlista en Eraul y Udave. Sin embargo de su naciente estado desempeñaba buenos servicios, como avanzadas y flanqueos, apresaba convoyes, picaba retaguardias, etc. Los caballos tenían diversa procedencia: unos cogidos al enemigo, otros requisados en los pueblos, otros donados graciosamente por sus antiguos dueños, y otros propiedad de los jinetes, por compra ó pase del ejército contrario. En la citada época serían unos doscientos; algunos carecían en absoluto de monturas, y otros las tenían, pero sin uniformidad. Esta circunstancia cesó pronto por la iniciativa del general carlista Ollo y de su jefe de caballería, Pérula, quienes establecieron un taller de monturas en Legaria (Amézcoas), que surtió de sillas y bridas á aquélla. Los jinetes iban armados de sables, y unos pocos de tercerolas y lanzas.

Hemos dicho que para la organización de la caballería de Navarra influyó mucho la popularidad de D. José Pérula, y, efectivamente, la compartía en aquella provincia con Ollo y Radica. Su carácter franco y sin vacilaciones le hacía apreciable y querido de sus compañeros é inferiores. Sus antecedentes anteriores á la revolución de 1868 no fueron otros que el de haber ido á la guerra de África como voluntario, distinguiéndose en ella, en términos de haber alcanzado la cruz de

San Fernando y un destino civil en recompensa de sus méritos. Así como Ollo y Rada fueron el alma de la infantería navarra, Pérula lo fué de la caballería, viéndosele desde el primer alzamiento carlista montar á caballo, recorrer los pueblos de la ribera del Ebro y arrastrar con su presencia á todo el que disponer podía de un caballo ó tenía medios de proporcionárselo. Guerrillero y jinete infatigable, hacía rápidas y atrevidas marchas en terreno liberal, aceptando la lucha en buenas condiciones, ó esquivándola cuando el número ó las circunstancias le hacían suponer un probable vencimiento. Hánle achacado algunos á Pérula faltas que á otros generales en jefe se les han dispensado; pero, á nuestro juicio, el que de soldado asciende á general en jefe de 40,000 hombres, demuestra que si no es un Moltke, es de la madera de donde han salido el Empecinado, Palarea y otros generales cuyos hechos de armas honran á nuestra patria, excusando decir que al juzgarle de este modo lo hacemos prescindiendo de su intervención en algunas operaciones de la guerra, pues de este delicado asunto ya nos ocuparemos á su debido tiempo.

D. Fernando Ordóñez había sido comandante de caballería del Ejército, en el que había prestado muchos y buenos servicios; en el campo carlista fué segundo de Pérula en la caballería de Navarra, asistiendo con ella á las acciones de Allo, Dilcastillo y Montejurra; organizó en Junio de 1874 el escuadrón de Guardias, escolta de Don Carlos, y después pasó al Ejército del Centro con el general Dorregaray.

También figuró brillantemente en la organización de la caballería de Navarra el antiguo capitán teniente de Húsares de Pavía D. Juan Ortigosa, hijo del general del mismo apellido, oficial pundonoroso, valiente é ilustrado, que demostró cualidades superiores á su edad en cuantas empresas hubieron de encomendársele hasta el fin de la guerra.

En las demás provincias organizóse la caballería análogamente que en Navarra; el escuadrón de Alava lo mandó el coronel D. Francisco Aguirre, y los de Vizcaya y Guipúzcoa tuvieron á su frente á los antiguos oficiales de caballería del Ejército D. Félix Noriega y D. Manuel de la Cruz: con la famosa partida de los célebres Hierros, que de la provincia de Burgos pasaron al Norte, se formaron los dos primeros escuadrones de Castilla: con soldados pasados del ejército republicano se constituyó un escuadrón que solía servir de escolta al jefe de Estado Mayor, General Elío, y al Capitán General de las Vascongadas y Navarra, Dorregaray: y, en fin, Cantabria, Aragón, Asturias y Rioja también llegaron á disponer de escuadrones que, aunque de escasa fuerza, prestaron excelente servicio.

Con la caballería de Navarra formóse el Regimiento del Rey; con los escuadrones de Vizcaya, Guipúzcoa, Alava y el de pasados, se organizó el Regimiento de Borbón, y con la caballería de Castilla el Regimiento de Cruzados; quedando sueltos algunos escuadrones como los ya citados de Cantabria, Aragón y Asturias, y el de Húsares de Arlabán.

Entre los jefes de caballería que sirvieron en los Cuerpos del arma recordamos, además de los ya citados, al brigadier D. Esteban Barrasa (jefe procedente de la caballería del ejército de Isabel II y que llegó á ser Comandante general de la del ejército carlista del Norte), y á los antiguos oficiales de caballería del ejército liberal D. Mario Villar (que mandó el Regimiento de Borbón), Planas (que mandó el del Rey), Zaldívar (que mandó el de Castilla), Mogrovejo (hijo del General del mismo apellido), Urbina, Doñamayor, Escribano y Alvarez del Manzano.

El servicio sanitario dejó mucho que desear, por falta de personal y de material á propósito, excepto en los hospitales. Realmente puede decirse que no le hubo perfecto hasta la instalación en Navarra del hospital de Irache, del de Loyola en Guipúzcoa, del de Villaro en Vizcaya, y de otros de menor importancia en diversos puntos; creándose por iniciativa de Doña Margarita de Borbón la asociación llamada de *La Caridad*, á cuyo sostenimiento contribuían fondos remitidos por particulares de todas las provincias de España. Pero de lo que principalmente vivía *La Caridad* era de la considerable cantidad de efectos que periódica y generosamente remitía de Francia la Junta que tan dignamente presidía la caritativa esposa de Don Carlos de Borbón, de cuya augusta señora dice el escritor liberal D. Antonio Pirala en su *Historia Contemporánea* (tomo IV, página 91) lo siguiente: «Merece »loa en primer término Doña Margarita, fundadora de la asociación »de *La Caridad*, que la ejerció de una manera digna y elevada en »favor de los enfermos y heridos, sin excluir á los liberales, que la de»ben muchos la vida y la gratitud por las esmeradas atenciones y ex»quisito cuidado que la merecieron. Justa fué la bendición que otorgó »S. S. Pio IX por dos veces á *La Caridad*, la medalla que se creó para »premiar los grandes servicios que se prestaron en favor de los heri»dos y de los establecimientos para su curación. Doña Margarita »quería hacer que la caridad, además de virtud, fuera un deber y »una institución, á la que consagraba toda su existencia, debiendo »consagrarla también los que la ayudasen. Sabía, sin duda, aquella



DOÑA MARGARITA DE BORBÓN

»señora lo que significaba la Orden de la *Caridad Cristiana* estable»cida en Francia por Enrique III para los soldados estropeados en »servicio del Estado, y las demás Órdenes para ejercer la caridad, y »quería que en nada desmereciese á las más santas la que ella funda»ba, enseñando á todos con el ejemplo.»

Doña Margarita, hija del último Duque soberano de Parma, era una señora de claro talento, vastísima instrucción y, sobre todo, de un corazón ansioso siempre de remediar todas las desgracias que le permitía atender el estado poco lisonjero, entonces, de su fortuna. Aún antes de haber entrado en España había ya tenido ocasión de ejercer su inagotable caridad asistiendo y curando por sí misma, en su casa de campo de Burdeos, primero al coronel Rada, primer jefe del batallón 2.° de Navarra; al coronel de la caballería Pérula, y á muchos otros después. Al volver Radica á entrar en campaña recibió, además,

como obsequio particular de su Reina un hermoso caballo tordo, que desde su muerte en Santurce siguió montando su cariñoso amigo el coronel Calderón.

No hacía Doña Margarita excursión alguna al teatro de la guerra sin visitar detenidamente los hospitales, pasando largas horas en ellos y animando con su presencia, tanto á los heridos carlistas como á los liberales. Un escritor nada sospechoso, por cierto, el director de Sanidad Militar D. Nicasio Landa, decía en Julio de 1874 lo siguiente: «Doña Margarita se personó á mirar igualmente por carlistas y liberales en el hospital de Irache,» cuya importancia, entonces cobrada, no se desmintió con motivo de los hechos de Lácar, Sesma, Treviño y demás ocurridos hasta la última acción de Montejurra, desde cuya época lo tomaron los liberales.

La esclarecida Señora de quien nos ocupamos, aparte del natural interés que le inspiraba la guerra, no se mezclaba para nada en política de ninguna clase; la educación de sus hijos y el buen servicio de los hospitales eran su única ocupación. Entre sus dotes naturales figuraha su prodigiosa memoria, que la hacía no olvidar las personas, una vez vistas, ni sus hechos, una vez conocidos; pero, como ya hemos dicho, entre todas sus excelentes dotes y virtudes sobresalía la de la caridad, que hacía no se apartasen de ella sin consuelo tantísimos desgraciados.

Saludemos, pues, con toda la consideración y profundo respeto que merece la buena memoria de la egregia Princesa que fué alivio y consuelo de tantos españoles, y que, seguramente, ha recibido ya en el cielo el premio de haber sido en la tierra ángel de la caridad, como la apellidaban, al bendecirla, tantos bravos.

En los hospitales que esta Señora estableció en el Norte, ayudada eficacisimamente por el celo, desprendimiento y prodigiosa actividad de la inolvidable Sra. D.ª Josefa Vazco, viuda de Calderón (madre de D. Carlos Calderón), así como por el sacerdote D. Manuel Barrena y el caballero francés Mr. Bourgade, se daba una esmeradisima asistencia facultativa á los heridos de ambos campos que tenían la desgracia de caer bajo el plomo enemigo. El vacío que existía antes de crearse *La Caridad* era grandísimo; los pobres heridos, pena nos da recordarlo, eran insuficientemente curados y socorridos. Aún recordamos haber visto poco menos que hacinados en habitaciones pequeñas, las más de ellas sin cristales ni ventanas, y por ende insalubres, en el hospital que se había improvisado en Abárzuza, en la carretera de Muez, á los heridos procedentes de la acción de Mañeru. El médico que los asistía no tenía residencia fija en el hospital; las camas y demás efectos eran debidos al desprendimiento particular de los vecinos de los pueblos co-

marcanos, y el irreemplazable instituto de las Hermanas de San Vicente de Paul era sustituido por los parientes de los heridos, por sus conocidos y aún por sus propias madres, si no carecían de recursos para trasladarse de un punto á otro. Uno de los espectáculos que más presente se nos quedó en la imaginación fué el ver á dos heridos carlistas, padre é hijo, asistidos varonil, pero nada facultativamente, como es de suponer, por la esposa y madre de ambos desgraciados.

Antes de Lesaca é Irache hubo hospitales en Gollano (Amézcoas) y en varios establecimientos balnearios, creados y sostenidos exclusivamente por las Diputaciones. El de Irache, sin embargo, vino á ser la Providencia de los heridos que caían bajo el hierro ó el plomo en los campos de Navarra. Antes de su instalación se hicieron las obras más indispensables para habilitar de hospital el antiguo convento, que por su magnitud, estado de conservación y sobre todo por su situación topográfica, se prestaba, más que ningún otro, al objeto á que se le destinó.

No contribuyó poco el entusiasta celo y trabajo del Conde de Belascoain (hijo del general D. Diego de León) para la rapidez é inteligente dirección de las obras, así como el haberse alojado en el mismo edificio la ya citada Sra. de Calderón, dos ó tres médicos y los Sres. Bourgade y Barrena, estableciendo en él una botica y lo más necesario para la curación de los heridos. La Compañía de zapadores de Navarra, que mandaba el comandante Argila, fué utilizada convenientemente para los trabajos, y el comandante general Ollo apoyó y obtuvo se interesase la Junta de Navarra en la pronta terminación de las obras. A favor de todas estas circunstancias reunidas, se logró que en el escaso intervalo de un mes se hallase preparado Irache con camas, servicio facultativo, botica y salas bastantes para recibir, como recibió, heridos carlistas y liberales, que lo fueron en la acción de Montejurra: sentimos no recordar el número, pero calculamos acogería el hospital lo menos 250 de los primeros y unos 10 de los segundos. Los oficiales tenían salas perfectamente acondicionadas, donde disfrutaban de una esmeradísima asistencia. Más adelante se hizo capaz el hospital para acoger y cuidar más de 500 heridos, disponiendo de un excelente mobiliario, de colchones, jergones, catres, sábanas, cobertores, hilas, mantas, compresas, vendas, camisas, almillas de franela, coches para transportar heridos, camillas, estuches completos para operaciones, bolsas de socorro para campaña, medicamentos en abundancia, y en fin todo cuanto podía ser más necesario.

Un autor liberal, el corresponsal de la Cruz Roja D. Saturnino Giménez, en su obra *Secretos é intimidades del campo carlista*, algunos

de cuyos conceptos equivocados rectificaremos, pero que se distingue por su comedido lenguaje, dice textualmente: «Queda, pues, sin funda»mento el conocido rumor de que los carlistas empleaban en armas y »pólvora el dinero que recibían para hilas y medicamentos. Tan escru»puloso y delicado andaba en esta parte el Comité, que hasta procura»ba que el material remitido no pudiese tener otra aplicación posible »que la dispuesta por los donantes. Regaló á *La Caridad* soberbios co»ches ambulancias, pero no caballerías que los arrastrasen. Así, no hu»bo probabilidad de que arrastrase cañones el ganado que exclusiva»mente debía transportar heridos.»

La Caridad estableció hospitales, no sólo en Irache y Lesaca, sino en Aoiz, Lacunza, Puente la Reina, Santurce, Verástegui y otros puntos. El personal se componía de cuatro ó cinco médicos de residencia fija, un boticario, hospitalarios y Hermanas de la Caridad, con algunos practicantes. El traje de ellos consistía en boina morada, blusas con cinturón y pantalones del mismo color, y una margarita en lugar de chapa en la primera.

El citado autor liberal Sr. Giménez, corresponsal, como ya hemos dicho, de la Cruz Roja, continúa así más adelante: «La disposición de »los lechos, el orden del servicio, la previsión de todas las comodida»des, no tenían que envidiar á los hospitales de primera categoría. La »fiebre purulenta, tan común en los hospitales de campaña, no se cono»ció nunca en Irache, por grande que fuese la aglomeración de heri»dos.—Merecían especial mención, en el hospital de Irache, el gabinete »de Química, esplendentemente surtido; la ropería, y, en una palabra, »todas las dependencias naturales en esta clase de establecimientos. To»das las salas estaban cruzadas de estufas, que en invierno hacían »pasar desapercibida la cruda temperatura propia de aquel país. Dos »secciones de ambulancia volante se encontraban permanentes en Ira»che y dispuestas á entrar en acción.»

Estas ambulancias permanentes desempeñaron gran papel en las operaciones del Carrascal, Lumbier, Pamplona y otros hechos de armas. Por su parte las Diputaciones de Vizcaya, Guipúzcoa y Alava fundaron y dotaron muy bien sus hospitales particulares de Loyola, Valmaseda, Galdácano, Durango, Sata Agueda y otros.

Las ambulancias de los batallones, escuadrones y baterías consistían únicamente en media docena de camillas, que se llevaban en mulos al lugar de la refriega, y una ó dos bolsas de socorro que llevaba el médico. El botiquín más completo que tenían los carlistas en 1873 era el de un regimiento de infantería liberal, cogido en la acción de Eraul.



DON JOAQUÍN ELÍO

Capítulo III

Organización general del ejército carlista del Norte.—Administración Militar y Clero Castrense.—Comandancia general de la frontera. —Ingenieros.—Armamento de los batallones carlistas.—Comandantes de armas y partidarios.

El General en Jefe carlista lo era Don Carlos de Borbón; pero tanto antes como después de la creación del Ministerio de la Guerra (ó Secretaría de Estado y del Despacho de la Guerra), el General Jefe de Estado Mayor General era el que disponía y mandaba las operaciones en unión con el Capitán General de las provincias Vascongadas y Navarra, cuando lo había, como en Septiembre de 1873, en cuya fecha desempeñaba el primer cargo D. Joaquín Elío, y el segundo D. Antonio Dorregaray.

El digno, bravo y leal entre los leales, D. Joaquín Elío, era un anciano de agradable presencia, á quien nadie podía atribuir los años que contaba, tales eran su robustez nerviosa y su estado de conservación, no pudiendo decir lo mismo de su actividad, pues en muchas

ocasiones entraba el enemigo en los poblados por una puerta, cuando el general Elío salía por la opuesta, sin grandes apresuramientos. Sus necesidades eran nulas, y montado á caballo no echaba de ver las prolongadas marchas á que se entregaba y que no interrumpía por sueño, cansancio ni fatiga alguna. Sabida es la gran parte que tomó en la primera guerra civil, en la que acreditó la nobleza de su estirpe y su procedencia de la Guardia Real, ganando todos sus empleos sobre el campo de batalla y emigrando á Francia en 1839 con el empleo de mariscal de campo. En 1860 acompañó á Don Carlos Luis de Borbón en su viaje á España cuando el levantamiento del general Ortega en San Carlos de la Rápita, y habiendo sido hecho prisionero y debido su libertad al perdón que le otorgara la bondadosa reina D.ª Isabel II, no olvidó el ilustre general carlista semejante generosidad, hasta el punto de que cuando perdió el trono aquella augusta señora, fué el caballero Elío de los pocos españoles que la acompañaron en su desgracia, llevando su delicadeza hasta el extremo de que antes de presentarse á Don Carlos de Borbón y ofrecerle sus servicios, pidió permiso para hacerlo á la egregia señora que años antes le perdonara la vida y en contra de la cual había ofrecido no hacer armas; permiso que Isabel II le otorgó desde Pau, donde á la sazón se encontraba, haciendo entera justicia á la hidalguía del noble caudillo, de cuyos eminentes servicios en la última guerra civil ya tendremos ocasión de ocuparnos oportunamente.

Padre, más bien que general, de los jefes del ejército carlista, las órdenes de Elío eran fidelísimamente ejecutadas y respetadas por todos: su reconocida lealtad, su sereno valor, su caballerosidad nunca desmentida, hacían de él el tipo del antiguo monárquico, firme, hidalgo y decidido, y su nombre será siempre respetado por todos, hasta por los mismos liberales, haciendo justicia al caballero, al carlista y al general.

D. Antonio Dorregaray había nacido en 1823, y á los doce años de edad fué agraciado con los cordones de cadete en el ejército de Don Carlos María Isidro de Borbón; ganó el ascenso á subteniente por las acciones de Guevara y Arlabán, y adherido al Convenio de Vergara, obtuvo: el empleo de teniente, por antigüedad; en 1845; el grado de capitán, por mérito de guerra, en 1848; la efectividad de dicho empleo y el grado de comandante, cuando los sucesos de 1854 y la acción de Vicálvaro; la cruz de San Fernando, en las sangrientas jornadas de Julio de 1856; el empleo de comandante, otra cruz de San Fernando y el grado de teniente coronel, en la gloriosa campaña de Africa, y ascenso á teniente coronel en 1866, en el cual año pasó á servir en el ejército

de Cuba, mereciendo allá toda la confianza del Capitán General Lersundi.

Destronada D.ª Isabel II, ofreció Dorregaray su espada á Don Carlos de Borbón, quien le designó para ponerse al frente del alzamiento de Valencia. Sabido de todos es el desastre que sufrieron en Portaceli los que se levantaron con Dorregaray, más por la defección de algunos que se habían juramentado para secundarle, que por los medios que pusiéronse en juego para combatir al futuro General.

«Gran valor y serenidad á toda prueba demostró en tal hecho de »armas el entonces Brigadier Dorregaray (dice un escritor republica»no, nada sospechoso por cierto), primero batiéndose á pecho descu»bierto, y después de herido en una mano, cubriendo con su cuerpo la »mayor parte de la acción, el del infortunado Martí.» El Gobierno de Madrid le ofreció entonces otra vez su empleo de teniente coronel en el ejército liberal; pero Dorregaray no aceptó.

«Privado de todo recurso pecuniario (continúa el mismo autor re»publicano), y atendiendo á la curación de su herida y á las primeras »necesidades de la vida, con la mitad de la ración de un pobre sacer»dote con quien vivía, trató de reanudar sus trabajos para verificar »otro levantamiento; pero tuvo que abandonarlo todo y marchar al »extranjero á cumplimentar una orden de Don Carlos de Borbón que »le llamaba á su Consejo.»

El viaje lo hizo con los recursos de algunos amigos, poco menos que de limosna; y conociéndose su valer como militar, fué nombrado por Don Carlos Comandante General de Navarra, provincias Vascongadas y Rioja, ofreciéndose á reanudar la campaña con Ollo, Radica, Pérula y algunos voluntarios.

No era, pues, un advenedizo D. Antonio Dorregaray en el ejército carlista; sus hechos posteriores en el Norte confirmaron la valía de su abolengo: organizador, valiente y de buen criterio, no puede negársele que mandó con no poca fortuna en el ejército del Norte: unas veces aliado á Ollo, otras á Lizárraga ó Velasco, siempre se le vió el primero en el peligro y, no el último en el consejo; y en fin, en su tiempo lleváronse á cabo los importantes combates de Eraul, Portugalete, Somorrostro, Abárzuza, Biurrun y Monte San Juan, de tal modo que para su mando en jefe en el Norte no podemos tener más que alabanzas, y en cuanto á su mando en jefe en el Centro, no nos toca discutirlo, toda vez que en la presente obra únicamente nos proponemos hablar de la guerra del Norte.

Al lado del General Dorregaray figuró siempre como Jefe de Estado Mayor el ilustrado y valiente D. Antonio Oliver, antiguo oficial del

Cuerpo de Estado Mayor del Ejército, en el que ya se había distinguido: inteligente y simpático jóven dotado de relevantes prendas militares y en quien tenía ciega confianza el General Dorregaray, cuya honra merecía ciertamente el Brigadier Oliver, pudiéndose decir que á ambos les fueron comunes las glorias y las desgracias.

Con el General Dorregaray hizo también leal y bravamente la campaña, siguiendo su suerte, D. Rafael Alvarez Cacho de Herrera, el héroe de San Pedro Abanto, antiguo oficial del Cuerpo General de la Armada, en el que había prestado excelentes servicios y que no queriendo contribuir al pronunciamiento de la Marina, causante en primer término de la Revolución de 1868, solicitó y obtuvo su licencia absoluta, presentándose entonces á Don Carlos, en cuyo Ejército demostró valer lo mismo en tierra que en la mar, como veremos más adelante, pues más de una vez habremos de tributar á Alvarez, lo mismo que á Oliver, nuestros justos elogios.

Hasta Abril de 1874 no se creó en el campo carlista el Ministerio de la Guerra, confiado en un principio al General D. Joaquín Elío, á quien sucedieron: primero el General D. Ignacio Planas, Mariscal de Campo que había sido en el Ejército de Isabel II y procedente del Cuerpo de Artillería: después el General D. Joaquín Llavanera, procedente del de Estado Mayor, en cuyo distinguido Cuerpo había prestado excelentes servicios, que era veterano de la guerra de Africa y que había llegado á Brigadier en el Ejército liberal: y, finalmente, el General D. Elicio Berriz, procedente del Cuerpo de Artillería.

En 1873 el General Jefe de Estado Mayor General, á falta de Ministro de la Guerra, asumía en sí ambos cargos, dando colocación á cuantos jefes y oficiales del Ejército se iban presentando, ó á los que le eran propuestos por los comandantes generales de las provincias y Cuerpos especiales. A sus órdenes llevaba, por entonces, á los generales Marqués de Valde-Espina, Diaz de Ceballos, Lirio y Belda, al Brigadier Arellano, al Comandante General de Artillería, al Coronel de Estado Mayor D. Fernando Adelantado (que había servido en el Cuerpo de Estado Mayor del Ejército de Isabel II y que ya se había distinguido en el Ejército carlista de Cataluña), á los jefes de Ingenieros Garin y Villar, á los antiguos oficiales de Caballería del Ejército Marqués de Vallecerrato y D. Alvaro Maldonado, á los coroneles Recondo y Valluerca, al antiguo Capitán de Fragata D. Santiago Patero y al antiguo oficial de Infantería D. José de Oriol. También figuraban por aquella época en el Cuartel General algunos jóvenes tan entusiastas, distinguidos y valerosos como el Marqués de Castrillo, los hermanos Albalat, D. Cándido Orbe (hijo del General Marqués de Valde-Espina) y Don

José de Gogeazcoechea, quien, por cierto, cantó misa después de la guerra y se fué á Filipinas de Vicario General de nuestro hermano político Don Fray Mariano Cuartero, Obispo de Nueva-Segovia.

Cada una de las cuatro provincias vasco-navarras tenía, como ya hemos dicho, su Comandante General y su jefe de Estado Mayor: en Navarra desempeñaba en la época á que nos referimos el cargo de jefe de Estado Mayor el Brigadier D. Ramón Argonz; en Vizcaya el Coronel Argüelles y después el jefe de igual graduación Costa, en Guipúzcoa el Coronel D. José Feliu, y en Alava el Brigadier Mendiry, hallándose también afectos á las citadas comandancias generales el General Andéchaga, los brigadieres Zalduendo é Iturmendi y los coroneles Iza y Torrecilla, así como otros jefes que sentimos no recordar, y en general todos aquellos que no tenían mando determinado en los batallones y escuadrones ya organizados.

Hasta 1875 no se organizó el Supremo Consejo de la Guerra; pero hubo uno permanente en cada provincia desde 1873. Estos Consejos se componían de un Brigadier ó Coronel, presidente, y seis ú ocho vocales de la clase de jefes, con sus fiscales y asesores correspondientes, ocupándose en sentenciar las causas formadas por los ayudantes de los cuerpos, sentenciando sin apelación el Capitán General ó el Jefe de Estado Mayor General.

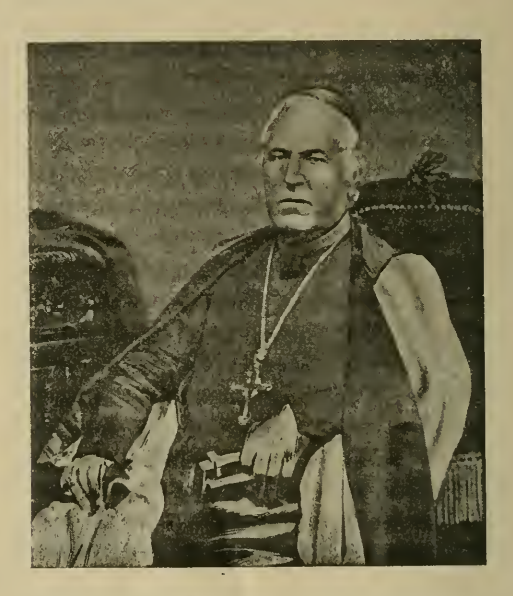
—

Al principio de la guerra no estaban muy organizados la Administración Militar y el Clero Castrense: ambos Cuerpos fueron reglamentándose bajo la entendida dirección del antiguo Intendente D. Domingo Gallego y del Excmo. é Ilmo. Sr. D. José Caixal, Obispo de Urgel.

Desde los comienzos del levantamiento carlista iban presentándose á las Diputaciones forales de las provincias, ó á sus comandantes generales, algunos oficiales de Administración Militar del Ejército liberal, aunque en corto número; otros procedentes de la primera guerra civil, y algunos paisanos que habían seguido diferentes carreras literarias ó que habían desempeñado distintos empleos civiles.

El General Elío les iba destinando allí donde las necesidades eran más apremiantes, ó á los cuerpos que los pedían. Dispuso asimismo el anciano General que cada Batallón, Escuadrón ó Batería tuviese de dotación un oficial administrativo, cuya misión estaba reducida á entenderse con los alcaldes para la extracción de raciones, pues la contabilidad era directa entre los jefes de las secciones y su respectiva Diputación. Las cuentas, por lo demás, no embarazaban á los capitanes, pues se reducían á listas de revista mensuales, liquidadas, y á la distri-

bución de haberes y raciones, lo cual fué suficiente y no recordamos hubiese muchos casos de reclamaciones ni nada parecido. El haber de los voluntarios era de un real y medio, otro de plus, y una ración completa de pan, vino y carne, corriendo el suministro á cargo de las respectivas diputaciones. Si bien el numerario solía escasear en algunas épocas, las raciones eran excelentes en clase y en cantidad, no habiendo producido jamás queja alguna. En algunas provincias el haber y las raciones variaron al principio, pero esto cesó por completo el año 1874,



EXCMO. É ILMO. SR. D. JOSÉ CAIXAL

OBISPO DE URGEL

después de la retirada de Bilbao. Las raciones eran dobles para los jefes y oficiales, y las hospitalidades eran poco numerosas, aun en las heridas y operaciones anormales, efecto sin duda del clima duro, pero sano, del teatro de la guerra, así como de la robusta constitución de los vascongados y navarros.

El clero castrense estaba convenientemente representado, y á su frente figuró como Vicario General el Sr. Obispo de Urgel, orador notable, escritor insigne, antiguo Senador por Tarragona y uno de los prelados que más gloria habian alcanzado en el reciente Concilio Vaticano. No nos detendremos en refutar las mil y una vulgaridades que

se leían en los periódicos liberales respecto al clero castrense del Ejército carlista del Norte: ya decían que el Obispo de Urgel, desde un balcón de la plaza de Estella, predicaba guerra y exterminio á las ignorantes masas del país, ya que los oficiales facultativos de artillería habían tenido la poca dignidad de ponerse á las órdenes del jesuita Goiriena, ó que el Vicario de Orio mandaba una partida, *et sic de cæteris.*

Excusado es, repetimos, refutar todas esas frases de efecto, pero si diremos que nunca vimos predicar al respetable Obispo fuera de la iglesia, y que á nuestra llegada al campo carlista solamente el Cura de Guernica, D. León Iriarte, tenía mando de tropa, figurando al frente del Batallón de la citada villa por haberlo él creado cuando el alzamiento. Sin embargo, después del sitio de Bilbao fué sustituido por otro jefe de la primera guerra, y tanto dicho sacerdote como algunos otros que al principio de la campaña tomaron las armas, solicitaron y obtuvieron del Sumo Pontífice la devolución de las licencias que se les habían recogido, y no figuraron ya como guerrilleros, sino exclusivamente como ministros del altar.

Por lo demás, el clero de los batallones, baterías y escuadrones carlistas podía arrostrar cualquier género de comparaciones con los mejores, más instruidos y más puros de su sagrado ministerio.



D. ROMUALDO MARTÍNEZ VIÑALET

Además de las comandancias generales de que ya hemos hablado, habia otra que, aún sin disponer de fuerzas armadas, no dejaba de tener gran importancia y de prestar singulares servicios. Nos referimos

á la Comandancia General de la Frontera, desempeñada con sumo tacto y celo por el General D. Romualdo Martínez Viñalet, procedente del Cuerpo General de la Armada, en el que había llegado á ser Contra-Almirante.

Este anciano y animoso General de Marina habíase ya levantado en armas contra el Gobierno de D. Amadeo de Saboya, proclamando á Don Carlos en Murcia, con el comandante de Infantería Navarrete. Ambos fueron hechos prisioneros y condenados á muerte, si bien después se les conmutó dicha pena por la de arresto en un castillo. De él consiguieron escaparse, y presentados á Don Carlos en Francia, fué destinado el General Viñalet al mando militar de la frontera, ayudado por el Brigadier Alcalá del Olmo, por el Coronel Fortuny y algun otro jefe. Era su misión vasta y espinosa, porque no sólo tenía que ocuparse en clasificar y extender pasaportes á considerable número de oficiales que casi diariamente se le presentaban, sino que también había de dirigir la correspondencia oficial y particular al teatro de la guerra, y tenía que entenderse con una sub-comisión que se estableció en Londres, para compra de armamento y municiones, y con el Comité legitimista de Bayona, así como con los emigrados carlistas, para facilitar el paso por la frontera de hombres, caballos y efectos de guerra. Hasta el sitio de Bilbao desempeñó Viñalet tan delicado destino á satisfacción de Don Carlos y de todos cuantos de él tuvieron que valerse, pasando después á encargarse del Ministerio ó Secretaría de Estado, al mismo tiempo que el General Elío de la cartera de Guerra y el Conde del Pinar de la del Gobierno Político.

—

El Cuerpo de Ingenieros no contaba, en 1873, más que con algunas compañías, mandadas las de Navarra por el antiguo Maestro de obras Argila, y compuestas de cerrajeros, carpinteros, albañiles y voluntarios de otros oficios. Pero al año siguiente organizáronse dos batallones, uno de ocho compañías, afecto á la División de Navarra, y otro de seis, dos de cada una de las provincias vascongadas, mandando la fuerza Argila, Echevarria y Arrieta. Establecióse asimismo una Academia de Ingenieros de campaña en Vergara, y se regularon y perfeccionaron todos los servicios bajo la inteligente y acertada dirección del General D. Francisco de Alemany, Brigadier del Cuerpo que había sido en el ejército de Isabel II, ayudado eficazmente por sus antiguos subordinados D. José Garín, D. Amador Villar y D. Alejandro Argüelles, el jefe de Estado Mayor de Vizcaya de cuyos valiosos servicios nos hemos ocupado ya en el anterior capítulo.

D. Francisco de Alemany había terminado su carrera en 1837; ganó peleando contra los carlistas, en la primera guerra, los grados de capitán y comandante y la cruz de San Fernando; desempeñó después largos años la Comandancia de ingenieros de Tortosa y ascendió á Brigadier del cuerpo en 1866; fué Subinspector de Castilla la Nueva, Director de la Academia de Guadalajara y Gobernador militar de Valladolid, hasta que en Mayo de 1874 ofreció su espada á Don Carlos de Borbón, quien le encargó de la Comandancia General de Ingenieros, de la que fué nombrado Secretario el antiguo oficial de Infantería D. José de Alemany, hijo del General del mismo apellido.

D. José Garín había sido comandante capitán de Ingenieros, en cuyo cuerpo se había distinguido como sabio profesor, y ganado el grado de comandante cuando los sangrientos sucesos del 22 de Junio de 1866 en Madrid. En el campo carlista acreditó su gran valía en todas ocasiones, tanto como notable oficial científico, como en las muchas acciones de guerra en que tomó parte, según iremos viendo más adelante, siendo al terminar la campaña Jefe de estudios de la Academia de Vergara.

D. Amador Villar, capitán teniente del Cuerpo de Ingenieros, fué también uno de los mejores jefes del ejército carlista, en el que prestó muchos y señalados servicios, lo mismo como oficial facultativo, que más tarde como Comandante General de la Mancha, y finalmente como Mayor general de Ingenieros.

—

No solamente había en armas en el Norte las fuerzas de infantería, caballería é ingenieros que hemos citado hasta aquí, sino que además de las de artillería de que hablaremos en el capítulo siguiente, existía en Guipúzcoa una compañía destinada á dar cuenta de los movimientos del enemigo por medio de telégrafos ópticos, más ó menos perfeccionados, y en Álava otra compañía llamada de verederos. Las Diputaciones disponían también de escoltas, aduaneros y guardias forales, para cuidar de la administración de las provincias, recaudar los impuestos, sostener el orden y, en caso preciso, batirse con el enemigo. Además había otras fuerzas que podían llamarse irregulares, constituyendo partidas más ó menos importantes según el número de hombres de que disponían y el nombre adquirido por el jefe que las mandaba en sus múltiples operaciones, las cuales eran, por lo regular, independientes de los movimientos de las tropas ya bien organizadas.

La fuerza de los batallones era muy variable, pues dependía de la mayor ó menor popularidad de que gozaba el jefe que los había crea

do. Sabido es que al principio todo aquel que por sus gestiones y amor á la causa carlista levantaba cien hombres, era y tomaba el nombre de su capitán; así es que si el número de voluntarios que lograba reunir llegaba á seiscientos, podía así llegar á ser comandante ó teniente coronel. Esto, por lo menos, se llevaba á efecto con religiosidad, puesto que el objetivo principal era aumentar el número de los voluntarios carlistas; pero á los pocos meses de iniciado el alzamiento cesó esta base de organización, teniendo indistintamente cabida en los batallones los oficiales procedentes del ejército y los del país.

Había batallones, como los de Castilla, que apenas llegaban á 500 hombres, mientras que algunos de Vizcaya y de Navarra tenían hasta 900. El armamento era de diferentes procedencias: había Remingtons del ejército, y construidos en las fábricas de Eibar, Ermúa y Plasencia; Berdán de dos modelos; carabinas y fusiles, modelos 1857, rayados y aún lisos: escopetas Ibarra y Lefaucheux y Chassepots.

En 1873 los cuatro primeros batallones navarros tenían Remingtons, el 5.º cambió su armamento después de la acción de Montejurra, y conforme se iban uniformando las armas de cada uno de ellos, pasaban las antiguas á los que se iban creando nuevamente. Los vizcainos tenían fusiles Berdán (del segundo modelo); los alaveses, de ambas clases, y los guipuzcoanos Remingtons construidos en las fábricas de su provincia.

Fácil es comprender lo que embarazaría semejante diversidad de bocas de fuego en el momento de combatir y de ser transportados sus cartuchos de un punto á otro.

Además de las fábricas que hemos citado, existían otras de pólvora, de cartuchería, de armas y de material de guerra, á cargo de las Diputaciones. En las minas de Barambio se extraia plomo. Guipúzcoa, Navarra y Vizcaya tenían fábricas de pólvora y talleres de recarga de cartuchos. Unicamente en las armas tenía el Cuerpo de Artillería la inspección y admisión de las destinadas á los batallones. En Amurrio había un taller de bastes y efectos; en Durango y Estella se establecieron talleres de recomposición de armamento; en Legaria, de monturas, etc. La Artillería no dirigió más establecimientos que los de Vera, Azpeitia, Arteaga, Bedaicoa y elparque de Estella.

Los cartuchos procedían al principio de compras en el extranjero y de la recarga de cartuchos metálicos, tanto propios como de los liberales, que se recogían descargados en el campo de batalla una vez terminada ésta. Se había calculado que las vainas ó envueltas metálicas de los cartuchos procedentes del ejército liberal admitían seis ó siete recargas, mientras que las del extranjero apenas admitían dos ó tres,

si es que no se abrían antes. Verdad es que se pagaban baratos en Francia; pero en transportes y dificultades de la frontera venían á salir tan caros como los mejores. Las municiones, además de la dotación personal, se llevaban en cajones, sobre mulos de carga que acompañaban á los batallones.

En toda población de alguna importancia había comandantes de armas, todos ellos ó la mayor parte naturales del país, y que no sólo daban cuenta diariamente á sus respectivos comandantes generales de los movimientos y recursos con que contaba el enemigo, sino de todo cuanto podia convenir en cualquier sentido á la seguridad y descansada organización y desenvolvimiento de las fuerzas. Los comandantes de armas de los pueblos próximos al enemigo, como los de Puente la Reina, Los Arcos, Allo, Salvatierra, La Barranca y demás, desempeñaron siempre una difícil y arriesgada misión, viéndose muy expuestos á caer prisioneros á poco que el enemigo saliese de sus cantones. Y, sin embargo, la mayor parte dormían tranquilamente á dos pasos de las tropas liberales, fiados en el espíritu carlista del país. En plazas como Estella, Durango y Tolosa, los comandantes de armas pasaban á ser gobernadores militares, desempeñando estos destinos los brigadieres Senosiain, Landa, Mergeliza, Lerga, Ontiveros, Iturmendi é Iturzaeta, procedentes todos ellos de la primera guerra civil.

Mucho tendríamos que hablar de los partidarios, por lo complejo de su cometido y lo importantes que fueron sus servicios en toda la campaña. Estos eran dar cuenta de los movimientos que hacían ó intentaban las diferentes columnas liberales; apresar é impedir su racionamiento; apoderarse de sus comunicaciones y correspondencias; coger los rezagados é impedir ó retrasar sus proyectos, debiendo advertir que estos penosísimos servicios no se lograban nunca sin que mediase fuego y ocurriesen las consiguientes bajas. El número y clase de estas partidas era muy variable; las había de sólo infantería ó caballería y de las dos armas, oscilando entre doce ó veinte hasta ciento el número de los hombres que las componian.

Merecen especial mención las partidas situadas al rededor de las poblaciones bloqueadas ó sitiadas, las cuales, especialmente de noche, velaban tan cerca del enemigo, que oian hasta sus conversaciones, tenían inteligencias en las plazas y hasta se arriesgaban á veces á entrar en ellas á coger raciones y prisioneros, y siempre sabían cuantas noticias importaban.

Entre los partidarios recordamos que en Navarra figuraron siem-

pre mucho Portillo y Mateo, en los alrededores de Sesma, Lerín, Viana y Larraga; en Guipúzcoa, Ochavo, Alberdi y Mugarza; en Vizcaya, Caballuco y Vicente Garcia; en la Rioja, Llorente; y por último el célebre Canónigo D. Antonio Milla, que desde Asturias condujo á la línea de Somorrostro el batallón de asturianos, esquivando diestramente tropezar con el enemigo en su larga y atrevida expedición.



DON JUAN MARÍA MAESTRE

Capitulo IV

Formación de la primera batería de montaña en Navarra y de una sección en Guipúzcoa.—Fábrica de proyectiles en Vera, desde el principio de la campaña de 1873 hasta 1.º de Octubre del mismo año.—Compra de cañones en el extranjero.—Llegada de algunos oficiales de Artillería al campo carlista y nombramiento de Comandante General.—Primera organización de los servicios fabriles y de campaña.

Hasta la acción de Eraul no hubo artillería en el ejército carlista del Norte, puesto que se carecía, no sólo de bocas de fuego, sino de oficiales que las dirigiesen. A mediados del 73 sólo existia en Navarra un antiguo oficial procedente de la Academia de Oñate durante la primera guerra civil, cuyo oficial fué ayudado por un teniente de la escala facultativa, dos alféreces alumnos y algunos sargentos y cabos que habían servido en el ejército republicano.

Este oficial, llamado D. Juan José de Iza, natural de Guipúzcoa, fué siempre atendido y considerado por sus demás compañeros, pues

aun cuando no procedía de la Academia de Segovia, sus buenas condiciones morales, práctica en el servicio militar y avanzada edad le constituían en condiciones especiales. Ascendió á alferez de artillería después de haber sido aprobado en los estudios que se exigian en la escuela de Oñate, el año 1838: después de haber estado emigrado algunos años en Francia, por no haberse querido acoger al convenio de Vergara, ingresó el año 1843 en el ejército de Isabel II, en el cual y por sus servicios obtuvo el empleo de teniente de infantería, el grado de capitán y la cruz de San Fernando. Presentóse á Don Carlos á principios de 1873, y en clase de comandante fué agregado al Estado mayor de Navarra hasta la acción de Eraul, en que pasó á artillería, dándosele el mando de la sección que entonces se formó, y luego el de la batería de la misma provincia.

Los otros oficiales, á quienes nos hemos referido, eran el teniente del Cuerpo Fernandez Charrier, que había salido de la Academia el año 1872, ocupando en el escalafón el número 166, y los subtenientes alumnos D. Joaquin Llorens (hijo del Brigadier del mismo apellido que fué segundo Comandante General carlista de Valencia en la guerra de los siete años) y D. Miguel Ortigosa (hijo del General D. Francisco); Fernández Charrier, que á falta de cañones había sido Ayudante del batallón de Radica, pasó á ser segundo de la batería que mandó Iza, y por último fué destinado á Cataluña ó al Centro al organizarse interinamente la artillería en Septiembre de 1873: á los subtenientes de Segovia Llorens y Ortigosa les faltaba muy poco tiempo para ser declarados tenientes facultativos cuando la disolución del Cuerpo; ambos fueron considerados como tales hasta el fin de la campaña: á éstos y á los demás que se hallaban en igual ó parecido caso se les autorizó para prepararse y examinarse de las materias que les faltaban para terminar su carrera; pero las circunstancias por las que pasaba el ejército carlista impidieron hiciesen uso de aquella autorización, por cuyo motivo sólo se les consideraba condicionalmente como tenientes, si bien tanto Llorens y Ortigosa como todos los de su clase prestaron señaladísimos servicios.

La clase de tropa era procedente de los batallones navarros, llegando á tener de dotación, de cincuenta á sesenta hombres, pasando en ocasiones de ciento. El ganado fué en parte proporcionado de requisas, y en parte del cogido á la artillería liberal en la acción de Eraul en la de Udave y en otros encuentros. El material se componía de dos piezas cortas y rayadas, de á 8 centímetros, cogidas al enemigo en las citadas acciones de Eraul y Udave con sus cureñas y cajas de municiones, y dos obuses lisos, cortos, de bronce, de á 12 centimetros, ad-

quiridos en la toma del fuerte del tunel de Lizárraga. Las granadas, tanto ojivales como esféricas, provenían de las dotaciones que había en sus cajas reglamentarias, de las encontradas como depósito en fuertes tomados á los republicanos, especialmente en el de Estella, y de las que por entonces se empezaron á fundir en Vera bajo la dirección de algunos oficiales del Cuerpo. Los bastes eran de diferentes clases y formas; unos de los usados por el ejército contrario; otros, de los empleados para la carga por las gentes del país, y por último, de los llamados de ingenieros, los cuales se entregaron á los artilleros en Estella, á cuyo sitio y rendicion no concurrieron más cañones que los de la batería de Navarra, pues los de Guipúzcoa no llegaron á tiempo. Además de los efectos de dotación de la batería mixta de Navarra, habíanse adquirido algunos respetos más, como juegos de armas, palancas, encerados, etc., los cuales se depositaron en una cueva no distante de Estella, de cuyo paraje se iban sacando cuando de ello había necesidad. Su situación era y fué un secreto por mucho tiempo, por temor de que el enemigo se apoderase del improvisado parque.

La sección de Guipúzcoa se formó análogamente á la batería de Navarra en lo que respecta á gente y ganado, aunque algunos mulos fueron comprados á los particulares por la Diputación de la provincia. Los dos cañones cortos de bronce, rayados, de que se componía, fueron adquiridos en Francia por aquella corporación á medias con la de Navarra; los bastes eran de los usados por los paisanos, y las municiones procedían de la fábrica fundición de Vera. Uno de los cañones fué mandado mucho tiempo por un sargento pasado del ejército, apellidado Tellechea, mientras funcionó como principal partidario el famoso cura Santa Cruz: luego, en unión con el otro, formando sección, por tenientes del Cuerpo y algun alumno de la Academia de Segovia.

El primer oficial facultativo de Artillería que se puso al frente de la fábrica de Vera fué el teniente D. Domingo Nieves, natural de Canarias, quien había terminado su carrera en 1871, ocupando el número 129 de los de su clase, cuando la disolución del Cuerpo. Como él y los hermanos D. Leopoldo y D. Luis Ibarra eran los únicos artilleros que había entonces en el ejército carlista, tuvieron que multiplicarse prodigiosamente y desempeñar toda clase de destinos y comisiones. Tan pronto se les veía dirigiendo la fabricación de proyectiles huecos ó sólidos en Vera, como acudiendo á las fábricas de armas de Eibar y Plasencia, como al frente de los cañones de Guipúzcoa. La muerte de Nieves fué muy sentida en el naciente ejército, pues la modestia, valor é inteligencia de tan distinguido oficial se hicieron muy de notar por los generales Ollo y Lizárraga. Al atacar éste el fuerte de Ibero, donde

había una guarnición republicana importante, mandó el general carlista situar convenientemente un cañón para batir la puerta de la fortificación; y como la pólvora tenía, por desgracia, malísimas condiciones de alcance, de ahí que poco á poco fuese Nieves adelantando al descubierto con los artilleros, hasta colocarse á boca de jarro, como se dice vulgarmente, para producir en menos tiempo el máximo efecto. Aprovechado por el enemigo el avance de la artillería, hizo la guarnición una descarga de la que resultaron muertos el desdichado Nieves y dos artilleros, y heridos casi todos los demás sirvientes de la sección. Muchas veces el general carlista Ollo se lamentaba del desastre, diciéndonos que seguramente no se hubiera malogrado oficial tan brillante si él se hubiera hallado presente en el ataque de Ibero.

El teniente facultativo D. Leopoldo Ibarra, natural de Guipúzcoa, que había salido de la Academia el año 1872 y ocupaba el número 171 entre los de su graduación, era un oficial de claro talento y grandes conocimientos: desempeñó durante la campaña diversas comisiones científicas y militares, entre las primeras de las cuales se cuenta la creación de la fábrica de Azpeitia, en unión con D. José M.ª Dorda, y entre las segundas la organización de la cuarta batería montada, así como la adopción de material para la misma. D. Luis Ibarra era hermano del anterior, y sus servicios no fueron menos distinguidos que los de aquél.

Tanto la sección de Guipúzcoa como la batería de Navarra tomaron parte en casi todas las operaciones militares que se sucedieron desde Monreal á la toma de Estella; en los combates y encuentros de Guipúzcoa, en la rendición de los fuertes y villas de Viana, Lumbier, Azpeitia, Vergara, Valcarlos, Orbaiceta é Ibero, en el que, como ya hemos dicho, tuvo la desgracia de ser muerto de un balazo el ilustrado y valiente capitán de la sección guipuzcoana D. Domingo Nueves.

No bien se tuvieron cañones, se comprendió la necesidad de abastecerlos convenientemente de municiones y de pólvora. En cuanto al segundo de estos artículos se encargaron las Diputaciones á guerra de proveer á tan precisa necesidad. Una de las fábricas de pólvora se situó en Vera, otra en Riezu (Navarra) y otras en diferentes puntos. Pero su elaboración, de suyo minuciosa y complicada para obreros no expertos en esta industria, no producía, en clase y cantidad, el buen resultado que hubiera sido de desear. Varias fábricas de pólvora se establecieron en las provincias vasco-navarras, y algunos talleres para la recarga de cartuchos metálicos; pero el mal servicio siguió hasta el mes de Septiembre en que empezó á regularizarse todo.

La fábrica de municiones y pirotécnia de Vera fué la primera que

á cargo de los oficiales de Artillería empezó muy pronto á dar resultados, por la idoneidad y práctica de sus directores. El hierro era de la mejor calidad, pues procedia del que el enemigo tenía depositado en su antigua fábrica de Orbaiceta. Con este hierro, mezclado de lingote inglés de primera clase, se fundían proyectiles huecos y sólidos que en nada cedían á los que usaba el enemigo.

La fábrica fundición de Vera, que tan importante papel desempeñó en la centralización y organización definitiva del Cuerpo después del sitio de Bilbao, era propiedad de un francés que, no hallándose en situación de utilizarla para su industria particular, hubo de alquilarla á la Junta de Navarra, la cual pensó en ella para una maestranza, fundición, talleres y demás que fuera necesitándose en el ejército carlista.

Al principio eran pagados los jornales de los obreros fundidores, moldeadores, maestros, etc., por los fondos particulares de la provincia, como enclavada en ella Pero como quiera que su principal destino fuese la fabricación de proyectiles, y éstos tanto servían para alimentar las bocas de fuego de Navarra como las de otras provincias, cuando se concentró el Cuerpo el año siguiente, varió su organización administrativa, por más que su dirección facultativa fué siempre peculiar de los oficiales de Artillería Puede decirse que su director, que lo fué D. José de Lecea, desempeñó este destino todo el tiempo que duró la guerra civil, pues sólo estuvo separado de ella en dos ó tres ocasiones. El teniente Lecea había salido de la Academia el año 1867, y ocupaba el número 73 de los de su clase cuando se presentó á servir en el ejército carlista. Entre los destinos que desempeñara anteriormente fué uno el de teniente, jefe de labores de la fundición de Orbaiceta, cuya fábrica conocia, por tanto, perfectamente. Esto sirvió para que desde luego, como perito en la materia, prosiguiese en Vera el análogo destino que tuvo en el ejército liberal; y como Orbaiceta fué ocupada por los carlistas cuando se tomó la Aduana de Valcarlos, pudo Lecea fundir proyectiles con los mismos moldes, con la ayuda de los mismos planos y hasta de los mismos libros que existían en su biblioteca. Hasta el desembarque de los primeros cañones extranjeros en 1874, se fundían en Vera granadas de 8 centímetros con tetones de plomo, reglamentarias, ojivales y esféricas para obús corto de 12 centímetros, y algunas bombas de 27, 16 y 32 centímetros. Al principio se fundieron también algunas balas y aún granadas ojivales sólidas para satisfacer el capricho del Diputado General de Guipúzcoa Dorronsoro y del Cura de Hernialde, quienes pretendían que dichos proyectiles servían mejor que los huecos para batir en brecha. No nos detendremos en seguir

paso á paso las dificultades que hubo de vencer Lecea durante su larga dirección de la fábrica; sólo diremos que en las fundiciones de los liberales únicamente se fundían proyectiles de dos clases para campaña: en cambio en el ejército carlista, como no eran iguales todos los cañones, tenían que hacerse proyectiles de distintas clases, y sin embargo llegaron á fundirse cientos diarios, concluídos y hasta pintados para evitar la oxidación. En estos trabajos fué auxiliado Lecea por el teniente D. Luís Ibarra, quien acababa de terminar su carrera al disolverse el Cuerpo, así como por Gomez Quintana, alférez alumno de la Academia de Segovia, cuyos oficiales estuvieron al lado de Lecea para ayudarle en las múltiples y variadas cuestiones industriales que surgían á cada paso en el difícil desempeño de su cometido.

La dificultad de primeras materias, al principio, para la construcción de espoletas y otros efectos de guerra, hizo que se hiciesen espoletas de madera y de tiempo para los proyectiles huecos. En cambio la fábrica era inmejorable por su situación (gracias á la cual se allegaban con suma facilidad y baratura recursos y primeras materias de Francia), por hallarse al abrigo de un golpe de mano del ejército contrario, y, en fin, por disponer de una magnífica rueda hidráulica como fuerza motriz, y de espaciosos talleres, tornos, bancos y cuanto pudiera necesitarse en lo sucesivo.

Resumiendo, pues, cuanto llevamos expuesto sobre este primer período de la artillería carlista, período, digámoslo así, de transición diremos que en 15 de Agosto de 1873 contaba el Cuerpo con una fábrica de proyectiles, dos cañones rayados de 8 centímetros en Guipúzcoa, otros dos de la misma clase y dos obuses en Navarra, con buena dotación de gente y ganado, aunque escasa de buen material y de oficiales facultativos, cuyo número llegó poco tiempo después á veinte, sin contar los alumnos y los alféreces alumnos de la Academia de Segovia ni los cuatro oficiales del Cuerpo General de la Armada que prestaron también servicio de artilleros posteriormente á la batalla de Abárzuza.

Los nombres de estos jefes y oficiales, sin contar entre ellos los que ya hemos citado en el presente capítulo y la antigüedad que en sus respectivos empleos tenían en 1.º de Enero de 1873, eran los siguientes:

D. Juan María Maestre, antiguo teniente coronel de Artillería, retirado desde 1868 por no hallarse conforme con la revolución de Septiembre, vino al ejército carlista presentándose en Vergara en igual mes de 1873, para ser el alma de aquellos pocos oficiales de Artillería que, como él, creyeron no había más salvación para España que la bandera carlista. Lleno de fé, de voluntad y entusiasmo por la Causa

y por el desempeño de su misión, era entre todos los artilleros el compañero y el jefe á un mismo tiempo; el moderador de los impremeditados y el impulsador de los que se desalentaban con las dificultades y reveses. De entendimiento claro y levantado, tuvo el tacto feliz de ir buscando siempre para todos, los servicios que estuviesen más en armonía con el modo de ser de cada uno, sin violencias ni bruscas transiciones. Militar de carácter pensador y frío, prefería siempre el éxito tardío, pero seguro, al brillante y pasajero. Acertado en el consejo y de buen sentido práctico, puede asegurarse que su figura fué una de las más honrosas y honradas del ejército carlista.

D. Elicio Berriz era coronel de ejército y 18.° teniente coronel del Cuerpo; habíase distinguido en la guerra de Santo Domingo, y acababa de llegar de Puerto-Rico, en donde por algunos años había desempeñado con sumo tacto el mando civil y militar del distrito de Ponce; fué el primer Comandante General de la Artillería carlista, pero desempeñó poco tiempo este importante destino, pasando en breve á mandar una Brigada, al frente de la cual se distinguió en Somorrostro, así como más adelante en la Comandancia General de Vizcaya y como Ministro de la Guerra.



D. LUÍS DE PAGÉS

D. Luís de Pagés, teniente coronel, 5.° comandante de Artillería, había sido capitán y jefe de regimiento de montaña: á su llegada al campo carlista fué nombrado director de la fundición de Vera, mientras Lecea marchó á Bacaicoa para montar una maestranza y procurar la instalación de otra fundición de proyectiles, lo cual no llegó á rea-

lizarse: después fué Pagés director de la maestranza de Azpeitia y Mayor General de Artillería.

D. José Pérez de Guzmán era el comandante número 32 de la Escala; había sido capitán del primer Regimiento montado; desde 1868 se hallaba en el Ministerio de la Guerra, y había ganado la Cruz de San Fernando en la campaña de Africa.

D. Jacobo de León, comandante, como los dos anteriores, ocupaba en el escalafón el número 43; había servido en la maestranza de Sevilla y en el Ejército de la Isla de Cuba.

D. Antonio Brea, comandante, capitán 4.° de la Escala; había mandado muchos años la 3.ª batería del 4.° Regimiento montado y se hallaba en la Dirección General del Cuerpo desde 1868, habiendo obtenido la cruz de San Fernando en la guerra de Africa, y peleado por Doña Isabel II en la jornada del 22 de Junio de 1866 y en la batalla de Alcolea.

D. Manuel Fernández Prada (actual Marqués de las Torres de Orán), coronel, capitán 15.° del escalafón; había mandado una batería en el 2.° Regimiento montado, al frente de la cual batióse contra los republicanos de Andalucía, y había ganado en la campaña de Africa la cruz de San Fernando.

D. Francisco Javier Rodríguez Vera, comandante, capitán del Cuerpo con el número 68 del escalafón; habíase distinguido en la guerra de Santo Domingo y mandado la 5.ª batería del 4.° Regimiento montado.

D. Amado Claver, comandante, capitán con el número 82; había mandado una batería en el tercer Regimiento montado y combatido contra los revolucionarios; marchó al Centro como jefe superior de la Artillería carlista.

D. Rodrigo Velez, capitán con el número 96 del escalafón, había mandado una batería y sido Ayudante de profesor en la Academia de Segovia.

D. José Juarez de Negrón, capitán de Artillería, retirado desde hacía muchos años, se presentó en el campo carlista poco antes del sitio de Portugalete.

D. Atilano Fernández Negrete (hijo del célebre ministro isabelino del mismo apellido), habíase presentado á Don Carlos en el extranjero en 1869, siendo entonces teniente; pero como por aquella época no estaba aún decidido el levantamiento, marchó á Filipinas, de donde volvió siendo ya capitán y relevando á Prada en el mando de la 2.ª Batería montada carlista.

D. José M.ª Dorda, capitán, teniente 4.° del Cuerpo cuando ingresó en el Ejército carlista.

D. Alejandro Reyero, era capitán, teniente número 30 de la Escala, y había sido Ayudante del 5.º Regimiento montado.

D. Julián García Gutiérrez, era el teniente número 98 del Escalafón, y había sido Ayudante de profesor de la Academia de Segovia.

Cerrada ésta al mismo tiempo que se verificó la disolución del Cuerpo, acudieron al Ejército carlista algunos alumnos y subtenientes alumnos de la misma, distinguiéndose tanto que además de Llorens y Ortigosa, citados ya anteriormente y que llegaron á mandar las baterías 4.ª y 5.ª de Montaña, obtuvieron también el mando de la 3.ª de Montaña, de la 3.ª Montada y de la sección Plasencia, respectivamente, D. Marcelino Ortiz de Zárate, D. Germán García Pimentel y D. Alberto Saavedra, quien murió hace pocos años siendo Ingeniero de Caminos, carrera que hizo con brillantez después de la campaña. En los trabajos científicos obtuvieron una reputación D. José Gómez Quintana y D. Carlos León, y como tenientes, Luzuriaga, Barradas y otros.

Los oficiales de la Armada que prestaron servicio en la Artillería carlista fueron: D. Marcos y D. José Fernández de Córdova, teniente y alferez de Navío respectivamente, á quienes destinó el Comandante General de Artillería Maestre para regimentar el tren de sitio, en unión de los tenientes de Navío D. Fernando Carnevali y D. Mariano Torres, quien ya había militado en la División carlista de Alava al frente de un batallón. Pecaríamos de desagradecidos si no consagráramos un cariñoso recuerdo de gratitud á estos brillantes oficiales de Marina, cuyos excelentes servicios tendremos ocasión de detallar más adelante.

También habían sido jefes en el Cuerpo de Artillería los generales Duque de la Roca y D. Ignacio Planas; pero ninguno de los dos llegó á prestar servicio como artillero en el campo carlista, pues el primero de ellos desempeñó desde luego la Jefatura del Cuarto Militar de don Carlos, y el segundo sustituyó al general Elío en el Ministerio de la Guerra.

En la época á que nos estamos refiriendo en este capítulo, hubo de comprenderse por los más caracterizados Jefes del Ejército carlista la imprescindible necesidad en que éste se encontraba de disponer de algunos cañones, no sólo para las acciones de guerra que inevitablemente habían de ocurrir, sino también para atacar plazas fuertes, trincheras ó puestos fortificados del ejército republicano. Pero como quiera que los fondos que se procuraban las Diputaciones apenas bastaban para pagar de un modo imperfecto los batallones de infantería, comprar armas y adquirir municiones, vestuario y demás efectos, hubo de

comisionarse á García Gutiérrez para que fuese á Inglaterra, estudiara los diversos sistemas de bocas de fuego más en uso y que pudieran adaptarse á la clase de guerra que se había de sostener, ocasionando á las provincias vasco-navarras el menor gasto posible. Dicho oficial regresó al poco tiempo, cumpliendo pronto y bien la comisión que se le encargara: eligió entre todos los sistemas el de cañones de acero Whitwort, rayados, poligonales; se procuró planos, escribió una Memoria descriptiva de su construcción y manejo, dejando elegida una batería de cuatro piezas de montaña de 4 centímetros, cortas, á cargar por la boca y de ánima y proyectil exagonal, llegando oportunamente á Francia para firmar en la frontera y en unión de Berriz y de Brea la despedida de los artilleros carlistas á sus antiguos compañeros en el ejército.

El sistema de cañones citados dió en la práctica tan buenos resultados por su precisión, facilidad de transporte y de manejo, que con el tiempo llegaron á formarse seis baterías de otros tantos cañones cada una.

En los primeros días de Septiembre se encargó del mando superior de la artillería el coronel de ejército, teniente coronel del Cuerpo, don Elicio Berriz, como ya hemos dicho en el capítulo 1.º, por ser el más antiguo de los jefes presentados hasta entonces en Bayona el Contra-Almirante de la Armada D. Romualdo Martínez Viñalet, Comandante General carlista de la frontera.

Casi al mismo tiempo que Berriz, presentóse también á D. Carlos el antiguo teniente coronel D. Juan María Maestre, comisionado á la vez por los carlistas de Andalucía para allegar recursos á la Causa, siendo al efecto portador de una importante letra sobre Londres, la cual fué endosada por D. Carlos al citado Jefe de Artillería, comisionándole al propio tiempo para que marchase á Inglaterra (como así lo efectuó inmediatamente) á activar el envío de la batería que había ya gestionado García Gutiérrez, así como para comprar el material de una batería montada que pudiese también servir en algunos casos para batir en brecha pequeños puestos y fortificaciones de poca importancia.

Inauguróse el mando del Comandante General Berriz revistando en Segura la batería de Navarra, empezando á corregirse los pequeños defectos de que adolecía su organización y material, dando la dirección de ella á D Alejandro Reyero, cuyo mando conservó hasta el fin de la campaña.

Dispuso asimismo Berriz que los oficiales del Cuerpo Dorde é Ibarra (D. Leopoldo) marchasen á Guipúzcoa á las órdenes del Comandante General de dicha provincia D. Antonio Lizárraga, para que les enco-

mendase los trabajos fabriles que creyera más convenientes. Púsose aquel jefe también en comunicación con el jefe de la sección de montaña de Guipúzcoa, Rodríguez Vera, confirmándole en el mando de ella y encargándole diese cuenta de las operaciones que se llevasen á cabo en la citada provincia. Ofició Berriz al director de la fábrica de proyectiles de Vera, para que fuera regularizando su producción y fundiese el mayor número posible de aquéllos, con arreglo á la consignación que periódicamente le pasaba la Junta de Navarra. A causa de la dificultad de las comunicaciones, y para ganar tiempo, ordenó el Comandante General á Lecea que suministrase, previo recibo, á los jefes de las secciones de montaña las municiones que éstos pudiesen necesitar, arreglándose de esta manera el servicio de contabilidad de la fábrica, la cual fué poco á poco adelantando en la organización y bondad de sus productos, poniéndose muy pronto al nivel de las mejor montadas en el resto de España, bajo la acertada dirección facultativa del citado Lecea, del teniente D. Luis Ibarra y del alferez alumno don José Gómez Quintana.

El de igual clase D. Carlos León partió á Vizcaya á las órdenes del capitán García Gutiérrez con el fin de crear y organizar la batería de montaña, cuyo material se esperaba desembarcase de un momento á otro. En dicha provincia se encontraban ya los dos hermanos D. Germán y D. Idilio García Pimentel, antiguos cadetes de artillería.

Unidos, pues, desde esta fecha á las respectivas divisiones los seis cañones existentes, los hechos de guerra de la artillería carlista se hallan confundidos con los de aquéllas, por cuya razón prescindiremos por ahora del Cuerpo y antes de relatar las notables acciones de Mañeru y Montejurra daremos una ligera idea de los principales hechos de armas ocurridos en 1873 antes de nuestra entrada en campaña.



D. ANTONIO DORREGARAY

Capitulo V

Ojeada retrospectiva.—Acciones de Eraul y Udave.—Entrada de Don Carlos de Borbón en España.—Segunda embestida y toma de Estella por los carlistas.—Acciones de Allo y Dicastillo.—Importancia de la posesión de Estella para liberales y carlistas.

PRÓSPERAMENTE habían marchado hasta entonces los asuntos de la guerra para los carlistas. En los ocho meses de campaña, no solamente habían ido organizándose las fuerzas de las diferentes provincias, si no que habían hecho frente al ejército liberal rindiendo á Deva, Azpeitia y Elizondo, librando los combates de Lamíndano, Monreal, Oñate y otros varios.

Todo esto había acontecido antes de comenzar el mes de Mayo; pero como á sus principios ocurrió la más famosa de las acciones ganadas al enemigo hasta entonces, merece párrafo aparte su narración.

Hallábanse el día 5 reunidos en Galdeano el General Dorregaray y los brigadieres Ollo, marqués de Valde-Espina y Lizárraga con los batallones 1.º 2.º y 3.º de Navarra, otros dos guipuzcoanos y unos sesenta caballos; y convencidos todos de que era preciso á todo trance, para sostener la moral del soldado, obtener una importante y pronta

victoria contra cualquiera de las columnas liberales que les rodeaban, emprendieron la marcha hácia el puerto de Echévarri, con objeto de disputar el paso á la columna que mandaba el Coronel Navarro, de quien se supo por segura confidencia que intentaba pasar por el puerto de Eraul.

Era el Coronel de ejército, comandante de Estado Mayor, D. Joaquín Navarro, uno de los más brillantes jefes de su Cuerpo; había hecho con lucimiento la campaña de Africa, en la cual ascendió á comandante y ganó dos cruces de San Fernando; pasó después á Cuba; formó, más tarde, parte del Estado Mayor del Capitán General Marqués de Novaliches en la batalla de Alcolea, y destinado desde el principio de la guerra civil al ejército del Norte, el General en Jefe liberal le dió el mando de una columna en atención á concurrir en el ilustrado y valiente jefe vencido en Eraul las más excelentes prendas militares.

Avido de gloria, Navarro, aunque vió tropas carlistas á su flanco ocupando las estribaciones de los montes, no vaciló, y emprendió la penosa subida de ellos al frente de su columna compuesta de los dos batallones del regimiento de Sevilla, el de cazadores de Barbastro, dos compañías de ingenieros, una sección de artillería de montaña y otra de lanceros de Villaviciosa.

La vanguardia liberal avanzó impávida y serena, á pesar del vivo fuego que le opusieron los batallones carlistas de la izquierda, y viendo éstos que el coronel liberal no titubeó en correr en su ayuda, corriéronse con la idea de envolver su retaguardia, donde iban Barbastro y la artillería, que lograron desordenar. Empero, como hemos indicado ya, el coronel Navarro era jóven, entusiasta y valiente, y como tal volvió á acometer con mayor ímpetu, logrando á su vez rechazar las masas carlistas. Pero aunque el campo de batalla era de lo más quebrado que se pudiera suponer, los ginetes carlistas, guiados por el arrojado Marqués de Valde-Espina, presentáronse de improviso, acuchillando la artillería y haciendo retroceder á las tropas liberales en completo desorden.

El pundonoroso coronel Navarro, así como el intrépido jefe de ingenieros Acellana, trataron de contener la dispersión de sus soldados, pero ya era tarde: su derrota había sido enorme, y ellos mismos y el comandante Batlle, de infantería, fueron hechos prisioneros, cogiéndoseles un cañón montado en su cureña y la cureña de otro, con municiones, fusiles y setenta prisioneros, todos los cuales fueron tan admirablemente tratados por los carlistas, que tanto el Coronel de Estado Mayor Navarro como el Teniente Coronel de Ingenieros Acellana, cuando fueron puestos en libertad, escribieron al General carlista Dorre-

garay expresándole su gratitud. Las bajas de los carlistas fueron diez y ocho muertos, entre ellos el Coronel Arciniega, y treinta y siete heridos, entre los que se contaron el Marqués de Valde-Espina y el Capitán Lirio: las de los liberales fueron aún mayores, y en recompensa de tan brillante hecho de armas fué el General Dorregaray agraciado más tarde por Don Carlos con el título de Marqués de Eraul.



D. JOAQUÍN NAVARRO

Al mes siguiente, el 26, obtuvieron otra notable victoria los carlistas en Udave, derrotando al Coronel Castañon en sangrienta jornada, en la que tomaron parte los generales carlistas Elío, Dorregaray, Ollo y Lizárraga, con los batallones 1.º, 2.º 3.º y 4.º de Navarra, el de cazadores de Azpeitia, el cañon cogido en Eraul y una sección de caballería. Los liberales perdieron en esta acción otra pieza de artillería, gran número de prisioneros y unos ciento cincuenta hombres entre muertos y heridos, costando todavía mayores bajas el triunfo á los carlistas, de quienes murieron el Coronel de infantería Azpiazu, el de caballería Sanjurjo y el secretario del General Elío, D. Carlos Caro, hermano de los duques de Medina-Sidonia y de los marqueses de la Romana; entre los heridos carlistas figuraron el Coronel Radica, el Comandante D. Emilio Martínez Vallejo, procedente del Ejército, y don Romualdo Martinez Viñalet, hijo del General de la Armada, Comandante General carlista de la frontera.

El dia 16 de Julio hizo Don Carlos de Borbón su entrada en Espa-

ña por Zugarramurdi, en donde fué recibido por D. Antonio Lizárraga y el Marqués de Valde-Espina al frente de tres batallones guipuzcoanos, despertando la llegada de Don Carlos indescriptible entusiasmo, así entre sus tropas como entre la gente del país, carlista en su inmensa mayoría, y que de todas partes acudía á victorearle en la expedición que emprendió con los generales Elío, Dorregaray y Ollo, atravesando todo el territorio vasco-navarro hasta jurar los fueros en Guernica.

Dos ataques había costado á los carlistas la posesión de Estella, y el recuperarla les costó á los liberales los reñidísimos combates de Mañeru, Montejurra, Abárzuza, Oteiza. Lácar y Santa Bárbara, donde fueron rechazados con grandes y sensibles pérdidas, antes de apoderarse dèl fuerte de Montejurra, en Febrero de 1876, y aún tronaba el cañón carlista de Monjardin cuando el ejército liberal entraba en la codiciada ciudad. ¿Merecía ésta tan considerables sacrificios? Discurramos, pues, sobre el particular; pero evoquemos antes los recuerdos de la entrada de los carlistas en Estella.

El Brigadier liberal Villapadierna mandaba en Agosto de 1873 la columna de la Ribera, encargada, por entonces, de proteger la guarnición de la ciudad y su fuerte: este último lo era el antiguo convento de San Agustín, convenientemente aspillerado, puesto en buen estado de defensa, y en donde se encerró la guarnición desde el momento que los batallones carlistas tomaron las formidables posiciones que rodean á Estella, y desde donde con sus certeros y sostenidos fuegos impedían á los liberales continuar pacíficamente en la ciudad. Reducidos, pues, al fuerte, entraron los carlistas y se diseminaron por los alrededores del mismo, tomando posesión de las casas más próximas, colocando sus cañones en una del barrio de San Pedro y detrás de las tapias del convento de San Benito, rompiendo enseguida un vivísimo fuego de fusil y cañón. Contestado éste al momento y con energía por los sitiados, sin cesar sino por cortos intervalos, llegó la noche del 23 de Agosto.

El General carlista Dorregaray, viendo que el día anterior había disminuido bastante el fuego de los sitiados, después de ciento sesenta y ocho horas que lo sostenían, hubo de avisarles que si no se rendían aquella misma noche haría volar una mina que días antes había empezado á preparar el jefe de los zapadores de Navarra, comandante Argila. La contestación de los defensores del fuerte fué romper el fuego otra vez con mayor furor; lo que visto por Dorregaray, dió la órden de que se volara la mina al amanecer. Así se hizo; pero no habiéndose calculado bien las distancias, la explosión sólo se dejó sentir en una fuente que estaba situada á unos diez metros de la puerta del fuerte. Los sitia-

dos no pidieron capitulación, pero quedaron tan quebrantados moralmente que al anochecer del 24 pidieron parlamento, cuando de orden del citado General carlista se preparaba otra segunda mina, de la que se esperaban resultados más decisivos que de la anterior.

Seis días había durado el ataque, que sériamente no empezó hasta el 18. Las fuerzas sitiadoras se componian de los cuatro primeros batallones navarros, de las piezas de montaña y de la escolta de Don Carlos, quien asistió á estas operaciones con los generales Elío, Dorregaray y Ollo. El fuerte fué defendido por el teniente coronel republicano Sanz con tres capitanes, siete subalternos y 475 sargentos, cabos y soldados. El día 18 dispararon éstos 28,000 cartuchos, habiendo izado bandera negra cuando se les intimó la rendición antes de romper el fuego. El día 19 se supo que el Brigadier Villapadierna se acercaba en socorro de la ciudad: entonces salió Don Carlos con Ollo, seguidos por la caballería y dos batallones para disputarle el paso. Sabido por Villapadierna el proyecto de los carlistas, desistió del suyo y se retiró con sus fuerzas á Sesma. El 21 volvió á entrar en Allo; rompióse el fuego por ambas partes, y después de amagar un avance á Dicastillo, el jefe liberal fué rechazado completamente, teniendo en el ataque más de 25 bajas: las de los carlistas fueron de 2 muertos y 6 heridos.

En el fuerte de Estella encontraron y recogieron los carlistas más de mil fusiles Berdan, cuatrocientas granadas de 8 centímetros, considerable cantidad de pólvora, un parque de ingenieros de campaña, alpargatas, mantas, camas, tabaco, ochenta mil cartuchos metálicos y gran cantidad de provisiones. Las bajas de los liberales fueron siete muertos y 16 heridos; las de los carlistas, 2 muertos y 15 heridos La guarnición del fuerte fué acompañada hasta terreno neutral por algunas compañías del batallón 3.º de Navarra, con arreglo á la capitulación.

No desistieron, sin embargo, los liberales de recuperar la ciudad en los primeros momentos; porque el dia 25, es decir, al siguiente día de la rendición de Estella, volvió Villapadierna, acompañado del General Santa Pau y de considerables refuerzos. Tenemos á la vista el parte oficial dado por D. Joaquin Elío, Jefe de Estado Mayor General, y que, poco más ó menos, dice así:—«A consecuencia de la derrota de la columna de Villapadierna en Allo, se retiró á Sesma y Lodosa: en estos pueblos se reforzó con cuatro batallones, y tomando el mando en jefe el General Santa Pau, salió el 25 de Agosto para Dicastillo, en donde se hallaba Don Carlos con el batallón 1.º de Navarra. A las ocho de la mañana situó el enemigo sus piezas en batería, rompiendo el fuego sobre Dicastillo; á las nueve desplegó sus guerrillas en dirección de

Allo, y al mismo tiempo el grueso de su infantería avanzó por el portillo de Santa Lucía con intención de apoderarse del alto de Robledo. Conocido el punto de ataque por los carlistas, salió de Dicastillo el 1.er batallón con el 4°, quedando en Dicastillo el 2.° y tomando posiciones á su izquierda el 3.°; la caballería y artillería carlista esperaron tomase las suyas las del enemigo para obrar. En el alto de Robledo, y entrando por opuestos puntos, se encontraron los republicanos con el 1.er batallón, rompiendo á la vez el fuego unos sobre otros. Don Carlos ordenó entonces reforzar al 1.° con seis compañías del 2.° que acababa de llegar de Estella, sin reposar apenas de las duras fatigas del sitio. Auxiliado el primer batallón, suspendió el fuego y se lanzó á la bayoneta sobre los enemigos en unión de las compañías del 2.°. Rechazados entonces los liberales corrieron á reorganizarse detrás de su caballería y artillería, haciéndoseles antes veinte prisioneros, entre ellos un teniente coronel. Las pérdidas de los carlistas fueron cinco muertos y quince heridos; las del enemigo no se pueden precisar; sólo muertos se vieron más de cuarenta en el campo. A las dos horas de haber cesado el fuego, pronuncióse el enemigo en retirada otra vez hácia Sesma. Las fuerzas republicanas tenian unos cuatro mil hombres de infantería, seis piezas de montaña y novecientos caballos. La caballería carlista no cargó por ser muy desproporcionado su número con la del enemigo. Los generales Ollo, Argonz é Iturmendi secundaron admirablemente los deseos de Don Carlos, quien no se separó un momento del lugar de la acción.» Concluye el general Elío recomendando á Don Carlos el valor de sus tropas y sus jefes, especialmente al general Ollo, que tomó parte en el combate á pesar de haber sido herido en la acción de Allo, y el comportamiento del Marqués de Valde-Espina, que se puso á la cabeza de los batallones que cargaron á la bayoneta en dirección de la Tejería. A las siete de la tarde del mismo día 25 entraron en Estella todas las tropas que acababan de vencer en Dicastillo, á las que se agregaron dos mil quinientos guipuzcoanos que llegaban de su provincia mandados por el General Lizárraga.

Con los fusiles cogidos al enemigo, que ascendian á mil doscientos, se armaron muchos de los que carecian de ellos, pertenecientes á los batallones 6.°, 7.° y 8.° de Navarra, y el día 26 desfilaron por delante de Don Carlos cerca de nueve mil voluntarios.

Dada una breve idea de la toma de Estella, volvamos á nuestro asunto. Conocida es su situación; pero no nos creemos dispensados de decir dos palabras respecto á su importancia, siquiera por el papel que ha desempeñado, tanto en la primera como en la última guerra civil.

Estella es una ciudad de unos siete mil habitantes: el rio Ega la baña, y la rodean las imponentes sierras de Toloño y de Andía. Se halla en comunicación directa por magníficas carreteras con Vitoria, Pamplona, Tafalla, Logroño y Tolosa, encajonadas entre formidables alturas y desfiladeros. El enemigo que quisiera llegar por el Norte ó por el Sur á Estella, tendria que atravesar de frente las sierras de Andía, Monjardin y Montejurra: por el Este, tendría que dominar antes San Cristobal y Esquinza, y por el Oeste las Amézcoas ó el famoso puente de Arquijas. No podia esconderse la ventaja de la posesión de Estella á los liderales, como la facilidad de su defensa por un ejército como el carlista. No nos esplicamos, por lo tanto, por qué no se pensó desde el principio de la campaña en fortificar fuertemente á Estella, bien entendido que esto se conseguiría haciéndolo desde las alturas que la dominan, que además de las expresadas hay las de Apalar, los Castillos, el Puig. Montemuro é infinitas estribaciones. Verdad es que la defensa de Estella hubiera costado al Gobierno de Madrid el aumento en grande escala del Ejército del Norte. Calculamos que por la topografía de Estella y por el carácter de los carlistas, hubieran necesitado los liberales distraer ocho ó diez mil hombres para asegurar la zona de Estella en una situación medianamente pacífica. Esta es la razón en que nos fundamos para pensar que, por lo menos, fueron prematuros los ataques de los liberales á Estella, toda vez que sin un numeroso ejército les era imposible sostenerla no disponiendo de buenas fortificaciones. ¿Podian distraer fuerzas de otros puntos no menos importantes para hacer morir de inacción un par de brigadas en Estella? Los generales Loma y Moriones quejábanse de no disponer de todas las fuerzas necesarias para emprender operaciones de gran trascendencia; el gobernador de Bilbao no podia salir del recinto de la plaza; á los de Vitoria y Pamplona les sucedia lo mismo. Y si esto se conocia en el campo liberal tan bien como en el carlista, ¿por qué atacaron en Allo y Dicastillo, Mañeru y Montejurra? El Capitan General Marqués del Duero trató de llegar á Estella un año después con un numeroso ejército, y no consiguió tampoco dicho objeto, y eso que las condiciones de las tropas republicanas eran ya entonces bien distintas que en 1873.

Para los carlistas era otra cosa. Su importancia para ellos era infinitamente mayor, aunque no estamos de acuerdo tampoco con los que sostenian la idea de defender á Estella á todo trance. Para los carlistas era la ciudad más grande y de más recursos de Navarra, excepción hecha de aquellas que no poseian, siendo á la vez Estella y su comarca la que más hombres carlistas tenia en armas. Durango y Vergara, así como Tolosa después, eran, digámoslo así, las capitales reconocidas

de los carlistas de Vizcaya y Guipúzcoa; los navarros, que eran los más ricos y los más numerosos partidarios entre las cuatro provincias, querian tener su capital propia, demostrando luego que sabian y podían conservarla. Los muchos caminos que afluian á Estella les aseguraban sus tranquilas comunicaciones con todo el resto de España, con la frontera francesa, con las Amézcoas, verdadero almacén erizado de defensas naturales y muy á propósito para refugio de un ejército en un caso desgraciado

Estella, con las vertientes de Montejurra, ó sea la Solana, y el camino de Los Arcos, podia abastecerles de víveres fácilmente, y por sus vías de comunicación ser socorrida en un momento dado, haciendo venir fuerzas hasta de los confines de Vizcaya. Tres días tan sólo tardaron los batallones navarros en trasladarse desde Dicastillo al valle de Somorrostro cuando fueron al sitio de Bilbao. ¿Cuántos hubieron tardado los guipuzcoanos en acudir desde los alrededores de Tolosa? Uno tal vez. Unidas estas razones á las particulares del reconocido carlismo de Estella, al carácter tenaz de los navarros y á que era tradicional en ellos que defendiendo su querida ciudad no habían sido vencidos nunca, se comprende el empeño que los carlistas tuvieron en sostenerse en Estella, costase lo que costase, y los acontecimientos que se sucedieron más adelante se encargaron de darles la razón.

Los carlistas tampoco llegaron á tener almacenes ni edificios militares en Estella hasta mucho después; ni siquiera residia en ella la Junta de Navarra; las municiones de boca que se consumian procedian de los pueblos comarcanos y de los riquísimos valles de la provincia; las de guerra no se construian allí. ¿A qué, pues, el empeño del Gobierno de Madrid cuando disponía, sin salir del antiguo reino de Navarra, de poblaciones tan importantes como Tudela, Olite, Tafalla y la plaza fuerte de Pamplona? Mucho más que recuperar á Estella les habria podido convenir á los liberales asegurarse de la frontera, por donde entraban tantos recursos carlistas, y apoderarse de las aduanas de Valcarlos y Dancharinea.



MEDALLA DE MONTEJURRA

Capitulo VI

Pormenores de la acción de Mañeru, llamada por los liberales de Puente-la-Reina, el 6 de Octubre de 1873.—Batalla de Montejurra, los días 7, 8 y 9 de Noviembre del mismo año.—El cañón de las Amézcoas.—Sobre adquisición de cañones en Inglaterra, y demás sucesos hasta 1.° de Diciembre de 1873.

En Septiembre de 1873 encargóse del mando en Jefe del ejército liberal del Norte el Teniente General D. Domingo Moriones, militar valiente, activo y gran conocedor del país Vasco-Navarro, en el que había hecho la primera guerra civil. Había nacido en 1823; á los trece años de edad ingresó en clase de cadete en un regimiento de lanceros del ejército cristino, y al terminar la guerra de los siete años había alcanzado el empleo de teniente y ganado la Cruz de San Fernando. En 1849 emigró á consecuencia del alzamiento de Sevilla, eco tardío de las conmociones revolucionarias que sufrieron casi todos los países de Europa desde el año anterior, y entonces empezó para Moriones una agitada vida militar y política á un mismo tiempo, figurando en los partidos avanzados y llegando á distinguirse como inteligente y arrojado guerrillero. Al triunfar la Revolución de 1868, el

Gobierno provisional le hizo Brigadier; D. Amadeo le ascendió á Mariscal de Campo en 1871, y la fácil victoria de Oroquieta le valió al año siguiente el empleo de Teniente General.

A poco de ponerse al frente de las tropas liberales del Norte, el general Moriones dispuso dar un golpe de mano sobre Estella, aprovechándose de la escasez de las fuerzas carlistas que había entonces en Navarra, ocupadas las demás en los bloqueos de Bilbao y Tolosa, de resultas de cuyas operaciones no tenía el General Ollo disponibles de momento más que los cinco primeros batallones de su división y la sección de artillería que tenía Reyero á sus inmediatas órdenes, pues la otra que mandaban Iza y Fernández Charrier se hallaba entonces lejos de Estella formando parte de la reserva que tenía á sus órdenes el Brigadier Argonz; y en cuanto á la Caballería, que se hallaba en Allo y Oteiza organizándola el teniente coronel Ordoñez (á causa de hallarse en Francia, curándose una herida, su primer jefe Pérula), no pudo tomar parte en la acción por la clase de terreno en que se operaba. En cambio el Brigadier Mendiry se hallaba en Navarra con dos ó tres batallones alaveses, juntándose entre todas las fuerzas con que pudo oponerse Ollo á Moriones, un total de cinco mil hombres y la Sección de montaña ya citada; pero el General en jefe liberal contabapara la operación proyectada con diez mil hombres, diez y seis cañones y cuatro escuadrones.

El servicio de confidencias se hacía entonces con la mayor puntualidad entre los carlistas, porque la Junta de Navarra consagraba á él sumas importantes (á veces era desempeñado por mujeres), y tanto por la razón expuesta como por la inmensa popularidad de Ollo y por el carlismo del país, no daba un paso el Comandante general carlista sin encontrar gente que le informase al detalle y al minuto de los movimientos del enemigo, siendo muchas las noches que no podía aquel dedicarse al sueño tres horas seguidas, sin verse interrumpido cinco ó seis veces.

Debido á esto, supo el día 4 el General carlista que su contrario el General Moriones había concentrado fuerzas respetables en Tafalla y Puente-la-Reina, y que se decía intentaba dirigirse á Estella y arrasarla (palabras textuales), como la principal guarida de los carlistas. Inmediatamente dispuso Ollo aprovecharse de las ventajosas posiciones que protegen á Estella por el Este; en su consecuencia ordenó á los batallones 1.° y 2.° y á la sección de montaña que se adelantasen y ocuparan Mañeru, Cirauqui y sobre todo la elevada ermita de Santa Bárbara, cuya situación, á la izquierda y avanzada sobre Puente-la-Reina, les permitía fácilmente ver los movimientos del enemigo, pre-

venirlos é impedir su paso, flanqueando su marcha desde el mismo instante de su salida de Puente. A la vez previno al jefe de los alaveses, Mendiry, que dejando la fuerza más indispensable para cubrir La Solana y Villatuerta, avanzara con el resto hácia Mañeru en el momento de oir fuego, y por el camino más corto.

Así las cosas y hallándose de vanguardia delante de la ermita el 2.º batallón de Navarra, adelantó Moriones sus tropas en dos columnas, sin prévio flanqueo ni exploradores. La una, más pequeña, emprendió la marcha por la carretera que sube unos tres kilómetros empezando así desde el mismo Puente-la-Reina; la otra, más considerable, al oir el fuego de flanco con que fué saludada la primera, subió de frente á la ermita, procurando envolver toda la posición carlista de la izquierda. Visto esto por Ollo, que se hallaba en el mismo lugar del combate, ordenó al 1.er batallón que reforzase á la carrera al 2.º el cual á las once de la mañana se hallaba envuelto por todas partes. El ataque fué tan rápido y la defensa tan obstinada, que la ermita fué perdida y vuelta á recuperar dos veces por Radica y su aguerrido batallón, teniendo apenas tiempo de disparar sus fusiles en este combate, verificándose, por consiguiente, el choque al arma blanca. A la otra vez no pudo ya abrirse paso el 2.º de Navarra, á pesar de su bravura, por el considerable número de enemigos que lo rodeaba; hasta que, animado al ver llegar al 1.º en su auxilio, hizo un último esfuerzo, y entre los dos lograron al fin romper el círculo enemigo á la bayoneta. No se consiguió esto sin grandes pérdidas por parte de los carlistas, si bien fueron también muy numerosas las de los republicanos por hacerse el fuego á quemarropa, y sobre todo por el ímpetu con que se cruzaron las bayonetas por una y otra parte.

Retiróse, pues, por escalones y ordenadamente el 2.º batallón, para rehacerse al abrigo del 1.º que llegó de refresco. Este con el General carlista y su teniente coronel Rodríguez á la cabeza, restableció al poco tiempo el combate, y á favor de otra nueva carga á la bayoneta, dada con grande empuje, volvió á quedar otra vez por los carlistas la ermita de Santa Bárbara. El jefe de los alaveses, Mendiry, y sus fuerzas contribuyeron eficazmente al buen resultado de la operación, así como los batallones 3.º 4.º y 5.º de Navarra, demostrando dicho jefe sus excelentes dotes militares.

El general Moriones, en vista de las muchas bajas que habían experimentado sus tropas, ordenó su retirada para rehacerlas, aprovechándose de los accidentes del terreno, sin abandonar al parecer su idea de intentar el paso á Estella. Conocido esto por Ollo, ordenó al Comandante de Artillería Reyero que hiciese fuego ganando terreno y

empleando la granada ó la metralla, según conviniese; hízolo así con la mayor serenidad é inteligencia Reyero, teniendo la fortuna de acertar con algunos disparos al centro de las fuerzas enemigas. Unido este buen resultado al ataque simultáneo de los batallones alaveses y navarros, decidióse Moriones á emprender la retirada con dirección á Puente-la-Reina, en donde entraron sus fuerzas en el mayor desorden, seguidas de cerca por las bayonetas del ejército carlista, no deteniéndose ni aún á pernoctar en dicho pueblo y abandonando sus heridos en los hospitales.



D DOMINGO MORIONES

Pero al hablar de esta acción de Mañeru tenemos que cumplir un alto deber de justicia consignando que cuando la brusca acometida de los carlistas hizo huir á la desbandada la vanguardia liberal, el general Moriones, puesto á la cabeza del puente, hizo se rehiciesen sus fuerzas y que volviesen á hacer cara al enemigo, encargando al capitán de ingenieros Cazorla contuviese la huida de las tropas con su compañía: así lo hizo este bravo y pundonoroso oficial de ingenieros, pero costóle la vida su heroismo, y allí en el campo cayeron también á su lado hasta treinta y siete de sus zapadores, siendo muy sentida su temprana muerte entre sus compañeros de armas, y su nombre citado con gran elogio por los mismos jefes y voluntarios carlistas que tuvieron el honor de admirar su brillante defensa.

El General carlista se replegó con sus fuerzas sobre Estella, y el liberal á Tafalla, donde tan quebrantadas quedaron las suyas, que hubo de permanecer inactivo en aquel punto por espacio de un mes. Las pérdidas del ejército liberal fueron treinta y cinco muertos y trescientos sesenta heridos: las del carlista fueron mayores, pues llegaron á quinientos hombres fuera de combate.

Durante la acción del 6 el capitán del 2.° de Navarra Alvarez Sobrino fué herido por sus mismos soldados, á causa de que, habiéndose caido al suelo y perdido la boina, los voluntarios de su batallón le creyeron liberal, pues la levita y pantalón que llevaba eran los mismos que había usado en el ejército contrario.

Entre los desaparecidos se contaba otro oficial carlista, procedente del ejército también, apellidado Más, el cual era Ayudante del batallón de Radica, y á quién éste profesaba singular cariño. Al día siguiente, ignorándose su paradero y creyéndole acaso entre los heridos que el enemigo recogió y llevó á Puente, marcharon á dicho pueblo Radica y algunos oficiales más para volverlo á Estella si era vivo, ó enterrarlo si era muerto, Por desgracia, le encontraron entre los cadáveres enemigos, no lejos de la ermita de Santa Bárbara, dándosele después la debida sepultura. En el hospital de Puente-la-Reina visitaron Radica y sus acompañantes á los heridos enemigos, entre quienes tuvieron el sentimiento de encontrar á nuestro inolvidable amigo el oficial de Estado Mayor Marqués de Coquilla y á nuestro antiguo compañero Moya, oficial de artillería. Tanto los heridos como el pueblo, casi en masa, confirmaron todas las noticias que llevamos expuestas en este relato.

Por aquellos días se dijo que diez y siete heridos que los carlistas no pudieron llevarse cuando fueron desalojados de la ermita por los liberales al principio de la acción, fueron tratados inhumanamente por los liberales, encontrándoseles muertos al ser recuperada la posición. Como quiera que esto no tenía facil comprobación por unos ni por otros, solamente lo consignamos como un rumor. Creemos, sin embargo, que no sería cierto, pues de haberlo sido es seguro que en las acciones siguientes se hubieran llevado á cabo algunas represalias, cosa que hubiera dado á la guerra un carácter que no tuvo después, afortunadamente para unos y otros. Sin embargo, el escritor liberal D. Antonio Pirala dice textualmente: «*Los diez y siete* (heridos carlis»tas) *que quedaron* (en la ermita) *fueron muertos á bayonetazos al ocu»par la ermita las tropas liberales.*» (*Historia Contemporánea*, tomo IV, pág. 557).

—

Llegamos ya á la célebre batalla de Montejurra, para la cual se concentró préviamente el grueso del ejército liberal en Logroño, y el carlista en Estella, siendo de notar que en esta memorable jornada que duró tres días jugaron las tres armas.

A los dos días de la acción de Mañeru entró en Estella Don Carlos

con los generales Elío, Dorregaray, Marqués de Valde-Espina y Martínez de Velasco, seguidos de cuatro batallones de vizcainos, como refuerzo por si el general Ollo no hubiera podido impedir el paso al general Moriones. Como vemos, el refuerzo no llegó á ser necesario; pero tanto Don Carlos como sus tropas fueron todos por el camino más corto, es decir, por las Amézcoas, y contribuyeron al feliz éxito de la acción que se preparaba.

El ejército carlista encargado de la defensa de Estella se componía, pues, de los batallones 1.º de Castilla, 1.º de Arratia, de Durango, de Guernica y de la Rioja, más cuatro batallones de Alava y cinco navarros; total, ocho mil infantes, unos doscientos caballos mandados por el coronel Pécula, y cuatro cañones de montaña de la batería Reyero.

El ejército republicano se componía próximamente del doble, ó sean unos diez y seis mil hombres, con más de mil caballos y veinte y ocho cañones, entre ellos ocho de batalla sistema Krupp.

En aquel mismo mes de Octubre llegaron á Estella Don Alfonso de Borbón y de Este, el heróico zuavo pontificio defensor de la Puerta-Pía, que tan brillante campaña acababa de hacer al frente de los carlistas catalanes, y su esposa D.ª Maria de las Nieves de Braganza, tan criticada por algunos liberales á quienes debía servir como de lección lo que de tan egregia dama decia nuestro antiguo jefe en el Cuerpo de Artillería é inolvidable amigo de siempre, el caballeroso Capitán General D. Manuel Pavía y Rodríguez de Alburquerque, quien en su obra *Ejército del Centro* se expresa así: «Al frente del carlismo se »hallaba el bizarro Don Alfonso, hermano del pretendiente Don Car»los de Borbón. Acompañaba á Don Alfonso su distinguida é ilustrada »esposa Doña Blanca. Es Doña Blanca una señora bizarra, agraciada »é interesante, que no representa la fortaleza de su sexo, ni tiene figu»ra varonil; todo lo contrario, es de pequeña estatura y tiene un fisico »delicado, sensible y débil. Esta ilustre señora compartía con Don Al»fonso todas las penalidades, sufrimientos y escaseces de las guerras »de montañas y de guerrillas, que es necesario haberlas practicado »para conocer el alcance que tienen; y disfrutaba también de todas las »contrariedades, obstáculos y disgustos de distintas clases que propor»ciona una insurrección popular cimentada con elementos anárquicos »y con rivalidades y escisiones de todos géneros. Doña Blanca obser»vaba una conducta ejemplar y no era un obstáculo por su sexo para »los movimientos y operaciones del carlismo. Doña Blanca no tenía ni »una persona siquiera en su servidumbre, y todos los jefes y oficiales »tendrían el que menos su asistente y su ordenanza. Se había cortado

»el cabello, y ella se vestía sola, limpiaba su ropa, y nunca molestó en »las casas donde se alojaba. El General en Jefe que esto escribe, ha »residido en los mismos alojamientos, y tanto en éstos como en los »pueblos no ha escuchado más que numerosos elogios á tan distinguida »é interesante señora.—El Carlismo en el Centro tenía á su frente, »además de una persona de estirpe régia que debía influir mucho en »partido tan monárquico, á la ilustre é interesante Doña Blanca, que »debía inspirarle gran consideración, mucho respeto y profunda ad»miración, produciéndole un entusiasmo indescriptible. ¿Es posible »que la presencia de dicha señora no extinguiera por completo las ri»validades, escisiones y multiplicados disgustos que existían en el »campo enemigo? ¿Es creible que la vista de Doña Blanca no tuviera »para los carlistas gran alcance, y su mirada no les excitase la ener»gía, inflamándoles el corazón, volcanizando sus cabezas hasta la lo»cura para alcanzar de tan virtuosa, sufrida y valiente señora una »sonrisa de satisfacción ó palabras halagüeñas, con el dictado de bra»vos, la mayor recompensa que podían aspirar á obtener? ¿Es verosímil »que la presencia de dicha señora, su ejemplar conducta, los peligros »y penalidades que sufría con grandísima resignación, no hubiesen »inspirado absolutamente nada á los enemigos de la libertad en el »Centro?»

Con motivo de haber pensado D. Carlos celebrar el día de su Santo al mismo tiempo que la llegada de su augusto hermano D. Alfonso y de la princesa D.ª Nieves de Braganza, con corridas de toros y otras diversiones propias del caso, el objetivo del general Moriones era apoderarse de Estella en aquellos días precisamente, calculando que con las diversiones que se preparaban no tendrían muchos deseos de combatir los batallones carlistas y que su moral se hallaría acaso quebrantada.

Amaneció el día 3 de Noviembre, y Moriones salió muy de mañana de Los Arcos con los generales Primo de Rivera, Terrero, Ruiz Dana y otros. La niebla que cubría el horizonte, lejos de evaporarse, como se presumió, se deshizo en menuda lluvia al poco rato, conforme iba avanzando el día; y como no presentaba indicios de despejar, ordenó Moriones la vuelta á Los Arcos.

Los batallones carlistas, al saber por sus confidentes el movimiento de los republicanos (1), ocuparon en buen orden Arroniz. Luquin, Bar-

(1) No eran malas tampoco las confidencias que tenían los liberales á pesar de achacar á los carlistas que el país en masa era quien desempeñaba el servicio de confidencias. No negaremos que, especialmente en Navarra, eran éstas



DON ALFONSO DE BORBÓN Y DE ESTE   DON CARLOS DE BORBON
DOÑA MARÍA DE LAS NIEVES DE BRAGANZA

barín, Urquiola y Villamayor, saliendo también á Arqueta los batallones que ocupaban Villatuerta, Abárzuza y demás; pero ni D. Carlos ni los generales salieron de Estella, excepción hecha de Ollo, porque

excelentes entre los carlistas, y que durante el sitio de Bilbao y durante su bloqueo, hasta la terminación de la guerra, sabíanse día por día y hora por hora los pensamientos del Comandante general liberal de Vizcaya; pero no escaseaban tampoco entre los liberales las buenas confidencias especialmente durante el man-

la noticia del avance de Moriones coincidió con la de su regreso á Los Arcos.

Celebráronse, pues, las fiestas con la mayor alegría: se lidiaron algunos becerros y se racionaron abundantemente los batallones, á cuyo fin se relevaban éstos durante los días 4, 5 y 6, para que todos disfrutasen de aquéllas, las cuales se hacían á ciencia y paciencia de Moriones, detenido forzosamente por el temporal, y que deseaba estorbarlas á todo trance.

Llegó por fin el día 7, y á la misma hora próximamente de la mañana franqueaba el general Moriones las gargantas de la sierra de Cogullo, dando vista á las posiciones carlistas que ocupaban nuestros batallones aprestados al combate. Casi al romperse el fuego de las guerrillas y de la Artillería liberal, llegó el General Elío con su Cuartel general, y D. Carlos, al mediodía. Dividió Moriones sus fuerzas en dos columnas desiguales: la de su derecha avanzó protegida por el fuego de sus veinte piezas de Montaña, con intención de envolver la izquierda carlista, defendida por Ollo y los navarros. La otra columna, más pequeña, adelantó pausadamente por la carretera, con la Caballería y Artillería Montada, en la idea, sin duda, de apoderarse de Villamayor y Monjardín, donde se apoyaba la derecha carlista.

La Batería de Montaña carlista se dividió en dos mitades: una, mandada por el comandante Reyero y el teniente Llorens, operó en la izquierda; la otra, mandada por el comandante Iza y el teniente Ortigosa, en la derecha, colocando el obús de á 12 liso delante de la iglesia de Villamayor, y el cañón rayado á la izquierda, en unos sembrados. A esta última sección se agregaron en la acción del día 7 el Comandante general coronel Berriz y el teniente coronel Brea. La primera sección tomó posiciones en Barbarín y Luquín.

Como el proyecto del general Moriones fué el envolver ambas alas carlistas y apoderarse de Montejurra y Monjardín, centinelas avanzados de Estella, conocida ya la resistencia de la izquierda carlista hizo reforzar su columna derecha de ataque. Como su número era bastante más considerable que el de los batallones contrarios, logró á las doce de la mañana correrse por una de las estribaciones de Montejurra y entrar en los pueblos de Luquín y Barbarín, mientras la segunda co-

---

do de D Domingo Moriones, pues como hijo del país y rodeado de mucha popularidad entre los navarros de su comunión política, no dejaba de contar con numerosos y seguros confidentes. Recordamos haber oido decir al general carlista Ollo que más de un espía de Moriones había sido cogido convicto y confeso, y fusilado después por algún partidario.

lumna entraba sin obstáculo en Urbiola por no haber fuerzas en dicho punto. Muchas y considerables bajas debió costarle al General republicano la posesión de estos pueblos (cuyos habitantes, dicho sea de paso, los habían abandonado poco antes), cuando en todo el resto del día no pudo adelantar ni uno más. Que la resistencia de los carlistas fué grande lo prueban las bajas que sufrieron sus fuerzas, especialmente el Batallón 2.° de Navarra y la sección de Artillería: ésta retiraba sus piezas á brazo por un extremo del pueblo, cuando los enemigos entraban por el otro, no dándoles tiempo para cargar aquéllas en los mulos, hallándose por lo tanto muy expuestas á caer en poder de los republicanos, sosteniéndose seis horas consecutivas el fuego de fusil y de cañón, que no cesó hasta bien entrada la noche.

Dueño Moriones de los citados puntos, la Infantería carlista se retiró á una segunda estribación de Montejurra, donde se sostuvo hasta la noche sin retroceder ni un solo paso, y en cuyas posiciones vivaqueó. Entonces hizo el General Moriones que adelantase á Urbiola la Artillería Montada, rompiendo un vivo fuego contra las posiciones de la derecha carlista para preparar el ataque contra Villamayor. Estas posiciones fueron tenazmente defendidas por los batallones de Durango, de riojanos y 5.° de Navarra y por la sección de Montaña, en términos que el enemigo se vió obligado á retroceder dos veces sobre Urbiola. La noche puso término á la acción del día 7; ambos ejércitos quedaron: los liberales en las posiciones conquistadas, que hicieron decir á Moriones en un telegrama que puso al Gobierno: *Tomado á Montejurra, domino á Estella;* la primera linea carlista con los generales Dorregaray, Ollo y Marqués de Valde-Espina, en Villamayor y Montejurra; la segunda en Arqueta, con el general Velasco, y la Caballería en Ayegui, con el coronel Pérula, preparados todos al combate que todo hacia presumir se libraría al día siguiente.

Asi fué, en efecto. El día 8 amaneció lluvioso, y el fuego se rompió por ambas partes antes de amanecer, repitiéndose el de cañón bastante vivo hacia Villamayor, desde donde fué contestado por la Artillería carlista, concentrada en dicho punto desde el anochecer del día anterior. Continuando la lluvia, y á causa, sin duda, de ella, el enemigo suspendió su fuego á las nueve de la mañana. Entre los heridos carlistas del segundo día, se contó el comandante Conde, del Batallón 1.° de Castilla, herido al parecer leve; pero que murió en el hospital de Irache dos meses después. El resto del día lo pasaron las tropas liberales y carlistas en sus respectivas posiciones.

Al medio día se despejó la atmósfera, y deseando Don Carlos visitar los puntos avanzados, contra el parecer de su Cuartel Real, marchó,

sin embargo, acompañado de muy pequeño séquito, hacia Villamayor, con el fin de no llamar demasiado la atención del ejército liberal, cuyas masas cubrían Urbiola y sus alrededores, y que se hallaba á poco más de un kilómetro. Las baterías enemigas habían permanecido calladas hasta las doce; pero advertidas, sin duda, de la visita régia, rompieron otra vez el fuego con granada y *shrapnells*, reventando una de ellas á los pies del caballo de Don Carlos. Logrado el objeto de éste, regresó al cabo de un rato á Arqueta, trayendo en la mano el culote de dicha granada, y al ver á los artilleros, se dirigió al Coronel Berriz y díjole jovialmente:

—Hé aquí un regalo que me hacen tus queridos compañeros del otro lado.

Aludía, tal vez, Don Carlos á la conversación que tuvo con Berriz, Brea, Dorda, Reyero y García Gutierrez, cuando dichos oficiales de Artillería se le presentaron en Vergara, á principios de Septiembre, pues sin dejar de ser el recibimiento tan digno de aquella Augusta Persona como de los artilleros favorecidos, lamentóse Don Carlos de que muchos jefes y oficiales de Artillería habían conferenciado con él ó sus allegados, indicándoles que primero irían á ponerse á sus órdenes que servir al Gobierno federal de España, y á pesar de esto habia visto recientemente que el disuelto Cuerpo se disponía á aceptar la invitación de reorganización hecha por Castelar como Presidente de la República. No sólo trataron los referidos oficiales de disculpar á sus antiguos amigos y compañeros, haciendo presente á Don Carlos la situación precaria ó particular de algunos, sino que le suplicaron fuesen llamados á su lado el día que como Rey llegase á Madrid, si Dios lo permitía. Don Carlos oyó atentamente sus palabras, y les contestó con éstas ó parecidas frases: *Pláceme mucho ver en vosotros esa generosidad y compañerismo: si quiere Dios que ganemos y llegue yo á ser un día Rey de España, vosotros habreis contribuido á ello con vuestra ciencia y vuestro valor; pero yo no podré permitir que sigais en vuestros antiguos puestos de la Escala, como solicitais; sin embargo, haré todo lo que querais por la gloria del Cuerpo de Artillería.* Desde entonces no olvidó nunca Don Carlos la prueba de amistad dada en aquella ocasión por los oficiales de artillería carlista á los artilleros liberales, y á esta conversación aludiría sin duda Don Carlos cuando en Montejurra enseñaba á los primeros el culote de una de las granadas disparadas por los segundos.

Pasóse el resto del día 8 sin otra novedad; pero á la media noche llegó á noticia de los generales carlistas Dorregaray y Marqués de Valde-Espina, que habían pernoctado en Villamayor, que se sentía en

Urbiola y demás pueblos, ocupados por el ejército del General Moriones, un ruido extraño. Enviados exploradores y confidentes, se averiguó, de una manera positiva, que el enemigo abandonó Urbiola, Luquin y Barbarin á las dos de la madrugada, sin tocar cornetas y en el mayor silencio, y que marchaban en retirada á Los Arcos, tratando de ganar el desfiladero de Cogullo antes de rayar el día. Avisado oportunamente D. Joaquín Elío, ordenó desde luego Dorregaray á las tropas más avanzadas (que lo eran el 1.º de Castilla, el 2.º de Navarra y algunas compañías vizcainas), que se preparasen y saliesen enseguida para cortar el paso á los liberales. Ordenó también al ala izquierda carlista que adelantase por su parte. Pero como quiera que los republicanos habían ya franqueado ó estaban próximos á ganar las alturas de Cogullo, por el sigilo con que habían emprendido la marcha, resultó que únicamente los dos batallones mencionados con Dorregaray y el Marqués de Valde-Espina, y la Caballería de Pérula, tuvieron tiempo de hostilizar la marcha de aquellos.

Dicho sea en honor de la verdad, la retirada del ejército republicano fué muy ordenada y por escalones, haciendo un fuego vivo y muy sostenido de fusilería y cañón. Se veían las líneas de fuego ir poco á poco ganando terreno á retaguardia, hacer alto la Artillería, disparar unos cuantos cañonazos, cesar el fuego, y repetirse la misma operación táctica con singular serenidad, como en un simulacro, protegiendo la numerosa Caballería liberal en la carretera la admirable retirada de sus tropas. Verdad es tambien que el ejército carlista no estaba en condiciones de perseguirlas de cerca y activamente por la clase de terreno en que se operaba, y sobre todo por lo distantes que se encontraban ya las fuerzas unas de otras.

Dijose que la causa de la retirada del ejército de Moriones fué la falta de raciones. Esto no es creible, pues las dos horas que mediaban entre Urbiola y Los Arcos pudieron recorrerse facilmente por su Caballería, cuyos caballos pudieron también convertirse en acémilas, dado caso que no hubiera habido otro medio más rápido de locomoción. Esto no es de pensar en un país como Navarra donde abundan los recursos de esta especie, existiendo numerosos carros y animales de carga. Partimos del supuesto de haber salido de Los Arcos y Logroño sin racionar el ejército republicano, lo cual es muy aventurado de suponer, disponiendo de fondos, de Administración Militar y otros recursos; y esto tampoco hubiera argüido mucho en favor del General Moriones, que en muchas ocasiones tenía dadas pruebas de su previsión, tanto como de su osadía y de su conocimiento exacto del pais navarro, que era el suyo propio.

Sean cuales fueren las verdaderas causas de la retirada de los liberales, el ejército carlista ganó en fuerza moral lo que había perdido el enemigo, el cual pudo convencerse con dolor, por sí mismo y prescindiendo de las alharacas de los periódicos, que ya no eran partidas sueltas y muchedumbres sin armas, como en Oroquieta, las que en adelante tenía que combatir el General Moriones, confesando la victoria de los carlistas un escritor liberal con las siguientes palabras: «Los carlistas acababan de arrollar á nuestras tropas en las alturas de Montejurra.»

Las bajas de los carlistas ascendieron á trescientas; las de los liberales llegarían al doble, atendiendo á que el primer día de la acción tuvo su Infantería que tomar á la bayoneta tres pueblos, colocados sobre alturas respetables, expuesta al cercano y certero fuego de sus enemigos.

No dejaremos, antes de concluir, de referir un incidente que pudo tener graves consecuencias para unos y otros adversarios. Sabedor el Coronel Radica del casi total abandono en que había dejado su línea el enemigo afanoso de concentrar el mayor número de combatientes para la acción de Montejurra, propuso dar un golpe sobre Tafalla, de donde era natural, conociendo á palmos sus avenidas. Para el objeto contaba Radica con su aguerrido batallón, con el 1.º de Navarra, como de reserva, y las cuatro piezas de Montaña de la misma División, prévio acuerdo con los jefes de dichos cuerpos Rodríguez Román y Brea: hizo Rada presente su proyecto al General Ollo, quien dió su asentimiento, añadiéndole que él y el resto de la División de su mando apoyarían la operación; pero que ésta debía llevarse á cabo antes de que los liberales pudieran apercibirse y acudir en socorro de Tafalla. Expúsose el plan al General Elío, quien no tuvo por conveniente acceder á lo propuesto por el audaz guerrillero: calcúlese, sin embargo, el efecto moral y material que en el ejército contrario hubiera producido la ocupación de Tafalla, cortándosele su línea de operaciones y dejando sin defensa sus puestos avanzados de Lerin y Larraga. El éxito no hubiera sido muy difícil de conseguir, á nuestro entender, sabiéndose por confidencias seguras de aquellos días, que apenas quedarían dos compañías guarneciendo aquella plaza, mientras durasen las operaciones del General Moriones sobre Logroño, Los Arcos y Montejurra.

Tanto el primer día de la acción, como los siguientes, se vió recorrer nuestras lineas, para cuidar á los heridos sobre el campo de batalla, á Mr. Bourgade y al médico de Artillería Marín, agregado al hospital de Irache, quienes á caballo y provisto el segundo de una mochila de socorro á la espalda, atendían á los heridos con notable caridad, valor é inteligencia.

Al entrar el día 9 en Urbiola con su Estado Mayor el General Dorregaray, se encontró con un Ayudante médico, dos practicantes y siete soldados de Sanidad. A los seis días fueron puestos en libertad, alojándoles mientras tanto en Irache, obsequiados por la Sra. viuda de Calderón y por Mr. Bourgade, quien antes de despedir al médico Abela, que así se llamaba el Ayudante, le dió mil reales, á nombre de *La Caridad*, para los heridos liberales de Logroño. En cambio al ser acompañado Abela y sus sanitarios hasta cerca de Tafalla por voluntarios carlistas del 2.° Batallón de Navarra, fueron despedidos éstos al avistar el pueblo, por decir aquéllos que no podían responder de sus vidas. Consignamos el hecho y nada más.

—

Antes de terminar este capítulo, diremos aún dos palabras sobre el estado de la Artillería carlista hasta fines del año, pues que al tratar de la acción de Velabieta y sitio de Portugalete hablaremos del servicio particular del Cuerpo en las secciones y en las fábricas.

En los días de la acción de Montejurra presentóse á la Junta de Navarra un Maestro mayor de la fundición de Trubia, retirado, que vivía en las Amézcoas, de donde era natural, diciendo que había forjado un cañón liso de hierro, que dedicaba á Don Carlos y á Navarra. Hízose venir el cañón á Estella; fundiéronse balas de su calibre, que era próximamente de siete y medio centímetros; se le adaptó una de las cureñas de á ocho cogidas al enemigo, y por último se probó por los oficiales de Artillería que había entonces en Estella, en los alrededores del Convento-hospital de Irache. Las pruebas no correspondieron á lo que del cañón se esperaba, pues si bien los proyectiles alcanzaron cerca de cuatro mil metros, su precisión era nula, por estar mal calculado y centrado. Sin embargo, dióse órden para que se agregase á la Batería de Navarra, teniendo ésta desde entonces una pieza más, y cuando llegaron las de acero Whitvort para Montaña, fué relegado á uno de los fuertes de Estella.

El día 20 de Noviembre tuvo que marchar á Francia para restablecer su salud, quebrantada por demás en América, el Brigadier carlista Berriz, llegando al día siguiente á Estella el Coronel Maestre, encargándose en el acto de la Comandancia general de Artillería como jefe más antiguo del Cuerpo.

Berriz se había encargado antes del mismo destino por ser el jefe más antiguo del Cuerpo, según la Ordenanza del mismo. A la vuelta de la comisión de Londres de D. Juan María Maestre, se dudó sobre quién de los dos tendría mayor antigüedad, porque si bien éste último

llevaba algunos puestos de ventaja al primero cuando la revolución de 1868, desde que se retiró perdió el derecho de antigüedad, quedando más moderno también por las leyes orgánicas del Cuerpo. El jefe de Estado Mayor General D. Joaquín Elío resolvió el problema dando á Maestre el mando superior de la Artillería, y á Berriz el mando de una Brigada de vanguardia, cuyos destinos aceptaron ambos gustosos, por deber y por conveniencia.

También el Coronel Maestre traía de Inglaterra planos, apuntes y memorias, como lo había hecho anteriormente García Gutiérrez, para servir una Batería Montada de seis cañones á cargar por la culata, sistema Vavasseur, cuyo cierre era muy parecido al del Krupp. Como se creía inminente su arribo, nombróse para organizarla á D. Antonio Brea, que había mandado en el Ejército de Isabel II una Batería de este último sistema, y que escribió un ejercicio para el manejo de los Vavasseur por los voluntarios, gestionando con el General carlista Ollo se le entregase gente, ganado y monturas, pues los atalajes habían de llegar con las piezas. No vaciló D. Nicolás Ollo en facilitar á Brea cuanto éste le pidiera, quedando la base formada en Estella, con el citado jefe, el capitán D. Luis Ibarra, los tenientes Llorens y Barradas y el alferez Pérez, sargento segundo que había sido del 4.º Regimiento montado en el Ejército liberal. La batería Vavasseur no llegó tan pronto como se esperaba, haciéndolo en el primer desembarque de cañones que se verificó al año siguiente. Mientras tanto Brea siguió agregado al Estado Mayor del General Ollo, para seguir las operaciones en la División de Navarra.

Tanto la batería Whitvort de montaña como la montada Vavasseur, compradas en Inglaterra, fueron intervenidas por el Embajador de España en Londres. El cómo y el por qué de esta circunstancia no se supo entonces sino de una manera confusa é incompleta, ni de qué medios se valió el Gobierno liberal para impedir su envío á los carlistas. La opinión pública, sin embargo, acusó entre otros al General Cabrera, quien llamándose todavía carlista se hallaba enterado al pormenor de todos cuantos pasos daba el carlismo para la adquisición en Londres de armas, proyectiles y cañones. También se acusó á un inglés que, defraudado en sus esperanzas de lucro por una junta de artilleros (entre los que se encontraban Maestre, Brea, Velez y Reyero), había visto desechados unos cohetes que presentó, y que dieron mal resultado en las pruebas, á más de ser excesivamente caros. Sea de todo esto lo que quiera, los cañones no llegaron y hubo que adquirirlos de nuevo.

En el mes de Noviembre la Junta de Navarra comisionó al Coman-

dante Lecea para que viese y estudiase el mejor medio de trasladar á Bacaicoa la fábrica de Vera á causa de no haber sino caminos de herradura para transportar los proyectiles construídos al teatro de operaciones. Trasladóse Lecea á Bacaicoa, y hallándose estudiando las mejoras y obras que habían de introducirse en ella, llegó el Coronel Maestre para inspeccionarla á su vez: tanto este señor como el modesto é inteligente Comandante del Cuerpo D. Jacobo León convinieron en la marcha futura del establecimiento, á lo que había de dedicarse en definitiva y en todos los extremos necesarios. Con harto sentimiento de ellos no pudo establecerse en Bacaicoa la fundición de proyectiles, por ser irreemplazables muchas de las máquinas y efectos de Vera, por lo cual regresó Lecea á este punto, á donde al poco tiempo llegó el Comandante de Artillería D. Luis Pagés para encargarse de la dirección en jefe, y León quedó desde entonces instalado en Bacaicoa.

Visitó también Maestre la fábrica de Azpeitia, y terminada su ilustrada revista pasó á Vizcaya á conocer la de Arteaga, allanando dificultades y contribuyendo más que otro alguno al progresivo é inesperado desarrollo que llegó á adquirir el Cuerpo de Artillería carlista en cuantas dependencias tuvo á su cargo en el Norte.



D. ANTONIO LIZÁRRAGA

Capítulo VII

Operaciones en Vizcaya y Guipúzcoa.—Bloqueo de Tolosa por el General carlista Lizárraga.—Acontecimientos por la llegada del cura Santa Cruz —Acción de Asteasu-Velabieta, ocurrida el 11 de Diciembre de 1873.

MIENTRAS ocurrían en Navarra los sucesos que llevamos narrados, no dejaban de ser importantes, aunque no de tanta trascendencia, los que acaecían en Vizcaya y Guipúzcoa. Como el grueso del Ejército republicano operaba en Navarra, especialmente desde que el General Moriones se encargó del mando, hubo necesidad de hacer afluir allí batallones de la parte de Vizcaya y Guipúzcoa, donde los liberales disponían de menos fuerza. En la primera sólo existía una pequeña columna al mando del Gobernador Militar de Bilbao, cuya columna se limitaba por entonces á guardar el recinto y á mantener expeditas sus comunicaciones con la ría de Bilbao, cuya línea estaba reforzada naturalmente con la posesión de los fuertes del Desierto, Luchana y Portugalete. Para impedir este objeto, solamente habían quedado en

el Señorío la mitad de los batallones vizcainos al mando del segundo Comandante General carlista Brigadier Andéchaga, pues los restantes fueron á Estella, tomando parte, como hemos visto, en la acción de Montejurra, con el Comandante General D. Gerardo Martínez de Velasco. La izquierda carlista, ó sean las Encartaciones y la provincia de Santander, estaba, digámoslo así, neutral, á excepción de la capital, la plaza fuerte de Santoña y una pequeña columna liberal que tenía su residencia, unas veces en Medina de Pomar, otras en Castro-Urdiales; pero que apenas se atrevía á hacer frente á los batallones cántabros que operaban por aquella parte. La importancia de la referida columna liberal puede calcularse con recordar las atrevidas excursiones que hacía en los pueblos de la provincia el Coronel carlista Navarrete, quien el 4 de Octubre se permitió entrar en Laredo con cuatrocientos hombres de Infantería y cuarenta caballos, cobrando tranquilamente un trimestre de contribución y duplicando el número de sus ginetes con la requisa de ganado. También la División castellana operaba por la provincia de Santander, corriéndose á veces á la de Burgos; ya para esta época, y durante el breve mando del General Palacios, se habían organizado tres batallones y tres secciones de Caballería, reuniendo para ello las dispersas fuerzas de Ortiz, Solana, los Hierros y otros atrevidos guerrilleros.

Por la parte de Guipúzcoa operaba el General carlista Lizárraga, unas veces por la línea de la costa, y otras, el mayor número, poniendo sitio á Tolosa, cuya villa había tomado empeño en quitar á su antiguo amigo y compañero en el Ejército de D.ª Isabel II el General liberal Loma, veterano de la guerra de Africa, uno de los más infatigables jefes de columna liberal desde el principio de la campaña carlista, y que á la sazón disponía de fuerzas próximamente iguales á las del citado jefe carlista, por cuya razón se limitaba á distraer á éste para que Tolosa tuviese más expedita su comunicación con Andoain y San Sebastián, únicos puntos por donde podia ser socorrida.

Las acciones ocurridas entre las fuerzas contendientes durante los meses de Septiembre y Octubre, tuvieron éxito vario. Loma, por su parte, en cuanto disponía de algunos batallones, salía de Andoain, y unas veces procuraba y otras conseguía introducir convoyes de municiones y de raciones en Tolosa, levantando el espíritu de su guarnición, ayudándola á aspillerar su recinto y á defenderse en mejores condiciones, de la circunvalación carlista. Otras veces se ponía Loma en comunicación con el Jefe que mandaba en la plaza, y apoyaba alguna salida de su guarnición. El 14 de Octubre intentó una la fuerza bloqueada, al mismo tiempo que Loma salía de San Sebastián con

cinco mil hombres; rompióse el círculo carlista, entró el General republicano en Tolosa, dejó en dicha villa mucha gente de refuerzo, y regresó á Andoain, no sin haber experimentado en la operación las bajas consiguientes á marchar por una carretera encajonada entre montes, como lo es aquélla, y dominada en todo su trayecto por altísimas montañas de las que eran absolutos dueños los carlistas. Tolosa fué efectivamente socorrida; pero al llegar de regreso el General Loma á Villabona, habíanse vuelto á reunir detrás de él los dos semicírculos en que se habían dividido los batallones carlistas guipuzcoanos, volviendo á establecerse el bloqueo.

Lizárraga tenía unas veces su cuartel general en Asteasu y otras en Larraul. Desde allí distribuía convenientemente sus batallones, y unos días por un lado, otros por todos á la vez, rompía el fuego sobre los defensores de la plaza, mientras ésta sufría también el de los cañones de Rodríguez Vera; otras veces la embestía de noche, hasta que se agotaban sus municiones, de manera que la guarnición de Tolosa podía decirse que no tenía un momento de descanso, ni de día ni de noche. Posible hubiera sido que, á disponer de más fuerza ó de algún cañón de batir los carlistas, Tolosa se les hubiese entregado, aun delante de su libertador Loma, cuyas tropas apenas le bastaban para guarnecer Rentería, Irun, Astigarraga y Hernani.

Queda consignado que el Capitán de Artillería Dorda había sido destinado á las órdenes del Comandante General Lizárraga, para que tomando las suyas, se ocupase con preferencia en organizar el servicio fabril del Cuerpo en una provincia donde abundaban las fábricas de armas é idóneos operarios como en ninguna otra de España. Efecto de la organización foral de Guipúzcoa, el General Lizárraga hubo de contar en primer término con el Diputado General Dorronsoro, hombre de entendimiento clarísimo y notable por su gestión financiera. Hízolo así también Dorda, y se convino en que se crease una fundición de cañones y una Maestranza de Artillería, á cargo del expresado Capitán y del Teniente del Cuerpo D. Leopoldo Ibarra, dejando á las diputaciones en entera libertad para la construcción y adquisición de armamento, y de un taller de recarga de cartuchos metálicos para la Infantería. Más adelante, ó mejor dicho, pocos días después, se estableció también una fábrica de pólvora de fusil, cuyo importante artículo se hacía cada vez más necesario, por lo difícil y casi imposible que se hacía su introducción por la frontera francesa. La citada fábrica se estableció en Azpeitia, al lado del camino de Urrestilla, en cuya instalación tuvieron no pequeña parte Dorda é Ibarra, especialísimos para esta clase de industria. Andando el tiempo, también se fabricó en

ella pólvora de cañón, siendo Director facultativo el Sr. Ibarra, Ingeniero industrial y hermano de los oficiales de Artillería del mismo apellido.

A la salida de la citada villa de Azpeitia, por el camino de Cestona, había una antigua fábrica para construir efectos de hierro, cañones de fusil y otros objetos del mismo metal, propiedad del Sr. Gurruchaga, la cual fábrica se había cerrado desde la toma de Azpeitia por los carlistas, en atención á que su dueño había marchado á San Sebastián por causa de sus opiniones liberales. Elegida dicha fábrica por los dos oficiales de Artillería ya citados, á ambos les cabe la indisputable gloria de haber puesto los cimientos á la única dependencia artillera, que dió abasto, con el tiempo, para dotar los cañones carlistas de todo su complicado y novísimo material de guerra. Referir las luchas que ambos oficiales sostuvieron para allegar recursos y operarios suficientemente instruidos, para innovar y dar otro destino á los hombres y á las máquinas, sería tarea en la que invertiríamos muchas páginas. Baste decir que, tanto Ibarra como Dorda, cumplieron como buenos, y que su inteligencia toda, puesta al servicio de la causa carlista, unida á la feliz inventiva de ambos, sería suficiente para hacer la reputación de los más entendidos oficiales extranjeros. Por ahora dejaremos este asunto, y mientras ellos llenan cumplidamente su honrosa misión, volvamos á los sucesos militares que acaecieron por aquella época en la provincia de Guipúzcoa.

—

Insostenible por demás iba haciéndose la situación de los sitiados en Tolosa. La de la villa dió qué pensar al Gobierno de Madrid, y en la imposibilidad de aumentar la División de operaciones de Guipúzcoa, hubieron de pensar los liberales en que el General Moriones fuese á dicha villa para ver de mejorar su estado de defensa, reuniendo á la División del General Loma la que operaba y había operado hasta entonces en Navarra, siquiera fuese por algún tiempo.

Noticioso el General carlista Ollo, por sus confidentes, del acuerdo de los generales Loma y Moriones para el socorro de Tolosa, determinó ponerse en marcha el día 2 de Diciembre, como así lo hizo, acompañado de los batallones 1.°, 2.°, 3.° y 5.° de Navarra y la Batería de Montaña, reuniendo un total de 2,000 hombres. Al frente de Estella y de su Merindad, dejó á su jefe de Estado Mayor Argonz con el resto de los batallones navarros y algunos alaveses, para oponerse á cualquier movimiento que sobre Estella ó su línea intentase la División enemiga que operaba y se apoyaba, como sabemos, en los fuertes y plazas de La Ribera.

El referido día pernoctó, pues, en Munarriz y al segundo se alojó con la Artillería y los dos primeros batallones en Lecumberri, ocupando los restantes los pueblos avanzados sobre Betelu y Leiza. El objeto de Ollo era impedir por cualquier medio que se operase la unión de las divisiones Moriones y Loma en Vera ú Oyarzun, y que después bajasen á Tolosa, no sin antes haber destruido la naciente fábrica de proyectiles establecida en el primero de dichos puntos. Al situarse en Lecumberri y sus inmediaciones, el General carlista estaba en situación de correrse por Benuza y sus montes y amenazar el flanco de Moriones; ó hacerle retroceder á Pamplona por temor á un descalabro; ó interponerse entre aquel y Tolosa por Berástegui; y por último, situarse sobre la carretera de Pamplona á Tolosa, atacando de frente á Moriones en Dos Hermanas, de donde únicamente le separaban dos horas escasas.



D. JOSÉ LOMA

Dadas las órdenes oportunas para pernoctar, recibió Ollo una confidencia de Pamplona y otra de Estella, de su Jefe de Estado Mayor; ambos le decían que acudiese lo más pronto posible á esta ciudad, pues aquella misma mañana habían sabido de una manera positiva que, advertido Moriones de la marcha de Ollo, había empezado á mover, no sólo sus batallones en dirección á Tafalla y Los Arcos, sino su Artillería y algunas piezas de grueso calibre, entre las que se contaban varios morteros; que estas operaciones tenían sin duda por objeto aprovecharse del abandono de fuerzas en que habían quedado La Solana y Estella (á pesar de no hallarse lejos el Brigadier Mendiry con los ala-

veses), para tomar esta plaza por medio de un golpe de mano. Posible era, en efecto, fuera este el pensamiento de Moriones; sin embargo, algunos, y entre ellos el Coronel Radica, aconsejaron á Ollo que desistiese de socorrer á Estella, pues si bien había pocas fuerzas que la defendiesen, no era de suponer que desistiera Moriones de su primero y principal proyecto de socorrer á Tolosa, y que acaso fueran engañosos sus movimientos hácia Estella. Perplejo anduvo en esta ocasión el General carlista, por hallarse en disidencia con su Jefe de Estado Mayor; pero pesando sobre él la responsabilidad de la conservación de Estella, y pudiendo ser cierta tal vez la suposición de Argonz, ordenó deshacer el movimiento forzando las marchas y llegando, por consiguiente, con sus navarros á Muez y Munarriz al otro día. No se hicieron esperar los confidentes, que confirmaban por el camino las noticias de Argonz. El General carlista hizo avanzar algunas parejas de Caballería y esperó en Salinas de Oro la contestación de aquél respecto á los movimientos del enemigo: veamos ahora lo que había ocurrido en realidad.

Prevista por el General Moriones la marcha emprendida por Ollo, dispuso que gran parte de su División saliese de Pamplona con dirección á Tafalla, poniéndose él á su frente; en este punto embarcó algunos morteros y cañones en el ferrocarril de Tudela; hizo salir alguna fuerza de Lerín y Tafalla con dirección á Logroño, y él esperó en este punto á que sus confidentes le informasen del movimiento de los batallones carlistas, consecuentes al suyo, como era de suponer. Aquella misma noche debió llegar á su noticia que su marcha no era ignorada en Estella, máxime cuando en la estación de Tafalla y á presencia de muchos paisanos, se dejó decir que la Artillería iba destinada á destruir Estella. Surtióle bien su estratagema á Moriones, y sin perder momento, salió precipitadamente para Pamplona con la mayor parte de sus batallones, y á su llegada mandó cerrar las puertas de la plaza. Después de algunas horas de descanso, de haberse racionado, y ordenado al Gobernador que no dejase salir á persona alguna hasta la una de la tarde del día siguiente, bajo las más severas penas, con el fin de que los paisanos carlistas de Pamplona no pudiesen notificar los nuevos movimientos de los liberales á las tropas de Ollo y Argonz, salió Moriones con toda la fuerza disponible al amanecer, franqueó rápidamente el puerto de Velate, y por los montes de Otsondo, Echalar y Lesaca fué á parar á Arichulegui.

No es posible negar en esta marcha al General republicano el atrevimiento y osadía que le eran peculiares, así como el perfecto conocimiento del terreno de Navarra, y sobre todo del carácter de sus paisanos, y su tenacidad en la conservación de Estella. Con esta marcha,

por todos conceptos admirable, evitó que se le interpusieran las fuerzas carlistas, ahorrando bajas á su División, y, quizás, un vencimiento en malas condiciones. De no haber obrado como lo hizo, era más que probable que Ollo hubiera atacado á Moriones en aquellos interminables desfiladeros, impidiéndole acaso regresar á Pamplona sin muchas pérdidas, é impidiendo á la vez su unión con Loma.

Lizárraga, por su parte, no pudo tampoco impedir que Loma se uniese con Moriones, porque todos los batallones de su División se hallaban en el cerco de Tolosa, para que su guarnición no saliese, excepto cuatro ó seis compañías que se hallaban en observación de la carretera de Andoain, con el rio por medio. También se susurraba en su Cuartel General de Larraul que Santa Cruz, el famoso cura de Hernialde, había entrado en Guipúzcoa, y que acompañado de sus antiguos partidarios del primer Batallón y algunos oficiales del país, trataba de quitar el mando de la provincia á Lizárraga. Más adelante veremos las funestas consecuencias que produjeron estas disensiones en Guipúzcoa, de las que oportunamente se aprovechó el enemigo para lograr á menos costa sus intentos.

Noticioso Ollo, en Salinas de Oro, de que Moriones se había aprovechado de su movimiento de retroceso para pasar Velate, y sin embargo de calcular no llegaría ya á tiempo de impedirle la unión con Loma, volvió á emprender la marcha, pernoctando el primer día en el valle de Ollo, con sus batallones, y al siguiente en Lecumberri por segunda vez. Perdida la primera partida, quiso Ollo disputar en buenas posiciones la segunda, para lo cual avanzó por Leiza hasta Berástegui, alojándose en este punto con la Batería y los batallones, excepto el 1.°, que lo hizo en Elduayen, al pié mismo de los montes de Velabieta.

En la plaza de Berástegui hallábase á nuestra llegada el Coronel Feliu, Jefe de Estado Mayor carlista de Guipúzcoa, con algunos oficiales, para ponerse de acuerdo con el General navarro, en nombre de su Comandante General, á fin de ocupar entre ambas divisiones tales posiciones que se estorbase el abastecimiento de Tolosa, ó por lo menos que el socorro no llegase sin experimentar los liberales grandes bajas y detenciones en el trayecto de Andoain á la plaza bloqueada. Graves sucesos habian ocurrido, sin embargo, la noche anterior á la División carlista de Guipúzcoa, según el relato que nos hizo el Coronel Feliu.

—

Desgraciadamente para los carlistas, se habian realizado las sospechas que abrigaba Lizárraga sobre el famoso cura Santa Cruz. El primer Batallón de Guipúzcoa, compuesto en su mayor parte de los anti-

guos partidarios del cura, se le había unido para volver, sin duda, á hacer la vida errante de las montañas, más apetecible para ellos que la disciplina militar, arrastrando á algunos otros oficiales y voluntarios guipuzcoanos, unos de grado y otros por fuerza, y aprisionando á bastantes jefes del país. entre ellos á Iturbe, Emparán, Vicuña y otros, amenazándoles con ser fusilados si no se unían á los revoltosos. Así las cosas, adelantaron éstos en ademán hostil hácia Larraul, donde se encontraba el General Lizárraga con sus mermadas fuerzas y la sección de Artillería.

Sabedor el General carlista, por algunos voluntarios que se habían separado del cura, de los propósitos de éste, salió inmediatamente de su alojamiento, montó á caballo, y acompañado de algunos jefes leales, hizo tocar llamada, reunió las compañías que de distintos batallones se hallaban en el pueblo, y les arengó enérgicamente, diciéndoles que él estaba de Comandante General de la provincia por Don Carlos, que éste había declarado rebelde al cura Santa Cruz, que, por consiguiente, contaba con ellos para mantener la prerrogativa régia, y que estaba decidido á desarmar á los turbulentos, á todo trance, contando con su lealtad y sumisión á las órdenes de Don Carlos.

Aclamado por aquellas escasas fuerzas Lizárraga, y resuelto á resistir con ellas el combate que entre batallones hermanos iba sin duda á verificarse á la aproximación del cura, quiso, á pesar de todo, evitar el probable derramamiento de sangre, y comisionó al Teniente Coronel de Artillería Rodríguez Vera para que, avistándose con aquél, conociera claramente sus intenciones y obrar en consecuencia.

Partió el citado jefe de Artillería; se encontró á la fuerza sublevada no lejos del pueblo, y pidió le condujeran á la presencia de Santa Cruz. Éste hubo de recibirle con el carácter de parlamentario, y le dijo que su venida tenía por objeto levantar el espíritu de la provincia, pues que desde que Lizárraga había tomado el mando, nada se había hecho de notable; que contaba con bastantes bayonetas para sublevar el resto de los que aún obedecían y respetaban la escasa popularidad de Lizárraga, y juntos todos después, buscar y batir á Loma, donde quiera se encontrase. Hízole presente Rodríguez Vera la misión de que iba encargado, le hizo todas las reflexiones que su ilustración y conocimiento de la guerra le sugirieron, apelando á sus ideas y patriotismo para que evitase una colisión entre los que defendían una misma bandera, máxime en vísperas de una batalla, de cuyo éxito fatal pudiera desde luego culpársele en lo porvenir. No dejaron de hacer mella en el guerrillero guipuzcoano las reflexiones de Vera; pero le despidió, amenazándole con ser fusilado si insistía en sus apreciaciones.

Al dar cuenta Rodríguez Vera á Lizárraga del resultado de su gestión, encontró á los batallones en mejor sentido que á su salida de Larraul, y decididos á rechazar, en un todo, la fuerza con la fuerza. Unido esto á la presentación en grupos, más ó menos numerosos, de los insurrectos que se separaban del cura, cobró más ánimo el General carlista, y salió de sus acantonamientos dispuesto á batir á aquél en cuanto le viese. Cada vez iban siendo más numerosos los grupos que en el camino se le incorporaban, los cuales solicitaban el perdón del General, alegando que habían sido víctimas de un engaño, y que convencido el cura, por fin, de que no lograría secundasen sus intentos, había escapado hacia la frontera, acompañado de algunos, aunque muy pocos, de sus más allegados. Poco á poco fué renaciendo la confianza entre unos y otros, no vertiéndose más sangre que la de un Comandante guipuzcoano que fué hecho prisionero y uno de los que entraron en Larraul para arrastrar á la sedición las tropas de Lizárraga.

Poco tiempo tardaron éstas en reorganizarse; pero no antes de que el enemigo se aprovechase de estos disturbios á los dos días de acaecidos.

Impresionado el General Ollo con el relato del jefe de Estado Mayor Felíu; pero dispuesto á contener con sus fuerzas la naciente indisciplina de los guipuzcoanos, preguntó repetidas veces á Felíu si su General contaba incondicionalmente con sus batallones. Aquél le contestó que creía que sí, que él se quedaría á su lado al frente de algunas compañías de Guipúzcoa, como conocedoras del terreno en que probablemente se habría de operar, poniendo antes en noticia de Lizárraga el plan de Ollo, el cual se reducía simplemente á defender las posiciones de Velabieta y sus estribaciones, desde Villabona á Andoain, sobre la carretera de Tolosa, mientras Lizárraga hacía lo propio desde Andoain á Asteasu, oponiéndose ambos de flanco á la marcha combinada de los generales republicanos, que no podían marchar sino por la carretera, á causa del convoy que escoltaban. Así fué, en efecto; concentrados los batallones liberales en Andoain y sus alrededores, dispuso el General Moriones que el General Loma forzase las posiciones de Lizárraga, con su División, y que el General Catalán hiciese lo mismo con las de los navarros.

—

No bien llegó el General carlista Ollo á Elduayen el día 10 de Diciembre, subió al monte de Velabieta, acompañado de los coroneles Radica y Felíu, de los jefes de Artillería Brea y Reyero, y de algunos

otros, con el fin de inspeccionar menudamente el terreno, especialmente por la parte más próxima á Villabona. Al llegar á las cimas más elevadas echó pié á tierra y encargó á los artilleros citados que eligiesen los emplazamientos más propios para las piezas. Partieron, cada uno de ellos en distinta dirección, reconocieron los alrededores y volvieron á dar cuenta á su General del resultado de sus observaciones. Ambos eligieron el mismo punto, que lo era la meseta de un monte avanzado sobre uno de los repliegues de la carretera de Tolosa, desde donde se descubría por la derecha un extenso campo de tiro hacia Andoain, destacándose muy cerca el campanario de la iglesia, y por la izquierda se flanqueaba, aunque no tan bien, desde el puente de Villabona hasta Irura. Sonrióse bondadosamente el General carlista al oir el acuerdo unánime de los jefes comisionados, quienes, como hemos dicho, no habian hecho el reconocimiento en común ni se habían visto después, y les dijo que estaba conforme con sus apreciaciones, pero que el sitio indicado estaba muy avanzado sobre el terreno en que maniobraría el enemigo, que para asegurar la retirada de las piezas en el caso de un revés no podía desmembrar sus dos mil hombres disponibles, y que, por lo tanto, habia resuelto que el día de la acción le siguiera de cerca la Artillería para maniobrar á su vista y á sus inmediatas órdenes.

Las posiciones que se eligieron para la Infantería eran relativamente buenas, y si Lizárraga por su lado detenía el avance de los republicanos, el General carlista Ollo, por su parte, no se quedaría atrás. Las compañías guipuzcoanas recibieron orden de conservar unas á modo de trincheras, ó mejor dicho, atalayas, porque el muro de medio metro de espesor, de piedras informes, que formaba los parapetos, nada defendía en caso de ataque, teniendo los voluntarios que hacer fuego de rodillas ó tendidos en posiciones violentas á media ladera del monte, y sólo podían servir para avisar los movimientos de los enemigos, desde el momento en que salieran de Andoain.

Verificado el reconocimiento, regresó á Berástegui Ollo, no sin antes haberse asegurado del buen espíritu de los batallones navarros, y enviado un Ayudante al Jefe de Estado Mayor General D. Joaquín Elío, quien con dos batallones, uno navarro y otro alavés, se aproximaba al teatro de los sucesos, para que le reforzase con ellos en caso de necesidad, puesto que por sus confidencias particulares y por las noticias recibidas de varios paisanos de Andoain y Lasarte había sabido la concentración de las divisiones de Loma y Moriones en el primero de dichos puntos, reuniendo un total de diez y seis mil hombres con numerosa Artillería.

Antes de amanecer el día 11, salió el General Ollo hacia Elduayen, disponiendo al paso la reunión de sus fuerzas sobre este punto, al pie de Velabieta, seguido de cerca por sus cuatro cañones y el Batallón 2.º de Navarra. A su llegada á Elduayen supo por algunos voluntarios guipuzcoanos que Felíu había mandado en su busca, que los republicanos habían salido de Andoain en dirección de las posiciones de Lizárraga hacia Asteasu y Cirurquil. Estas noticias eran exactas y fueron confirmadas por el Teniente Coronel Vera, quien acababa de pasar por Villabona y venía á suplicar á Ollo que se le proporcionasen algunas granadas de la Batería de Navarra, á causa de haberse agotado las de su Sección con el bloqueo y cañoneo de Tolosa. Dicho jefe de Artillería había enviado días antes un oficial á la fábrica de proyectiles de Vera para que le trajese algunas municiones, pero al verificar su regreso, tuvo que arrojarlas por un despeñadero en Arichulegui, y él y los artilleros que conducían los mulos estuvieron para caer en poder del enemigo, por en medio de cuyas columnas pasaron, viendo en su camino las espirales de humo de más de cuarenta casas de Oyarzun quemadas por los soldados del General republicano Moriones, bajo pretexto de ser carlistas sus moradores y no haber racionado la numerosa fuerza que le acompañaba. Enterado el General Ollo de que no abundaban las municiones en su Batería, ordenó, sin embargo, se diesen cuatro cajas á la Artillería de Guipúzcoa, las cuales se encargó el citado Vera de dirigir á su destino; pero no pudieron estas municiones llegar á tiempo, porque en Villabona se encontró Rodríguez Vera con que los liberales se habían posesionado ya del pueblo, y tuvo que regresar, pues, á Velabieta, presenciando así parte de la acción al lado de sus compañeros de Artillería de Navarra.

Al llegar al alto del monte los batallones navarros, en cuya subida no tardaron menos de dos horas, ya se había roto el fuego en las posiciones del General carlista Lizárraga, y con el auxilio de los anteojos pudimos ver que sus fuerzas marchaban en retirada, replegándose de cañada en cañada y de monte en monte sobre Asteasu, Larraul y Alquiza. El fuego era muy débil, á veces, por parte de los carlistas, lo cual nos hizo suponer desde luego cuál pudiera ser la verdadera causa, que no era otra sino la escasez de cartuchos y la relativa desorganización en que habían quedado los batallones guipuzcoanos por la incalificable conducta del cura Santa Cruz.

Al mismo tiempo, una columna bastante numerosa salía de Andoain, cubriendo la carretera desde este punto á Soravilla, y hasta unos dos kilómetros del puente de Villabona. Visto esto por Ollo, dispuso que á la carrera se amparasen de las eminencias más avanzadas

los batallones 1.º y 5.º, y que rompiesen el fuego en el acto sobre el flanco y la cabeza de la columna, que después se supo era la Brigada Padial, la cual llevaba en vanguardia al Batallón de migueletes. El 2.º Batallón de Navarra con la Artillería y algunas compañías del 3.º, formaron la segunda línea, rompiendo el fuego la Artillería con dos cañones rayados sobre Andoain, y con los obuses sobre las masas; cumpliéndose las órdenes de Ollo con prontitud y decisión, en términos de hacer vacilar por un momento el avance de los batallones liberales; y decimos por un momento solamente, porque el 1.º de Navarra tuvo que suspender el fuego al poco rato, por reventarse algunos fusiles y porque los cartuchos comprados en el extranjero eran de tan mala calidad, que unos se atoraban y otros no funcionaban. Dicho batallón fué relevado enseguida por el 2.º de Navarra; pero ya el enemigo había casi rebasado la posición que ocupaba el primero.

Mientras tanto, los artilleros carlistas habían tenido la fortuna de arrojar una granada en medio de la plaza de Andoain, según relato de un prisionero hecho después, cuya granada desordenó por algunos instantes las fuerzas que apiñadas la ocupaban. En cambio, estaba tan en embrión en aquella época la organización de la Artillería carlista, que careciendo de alzas las piezas, se veían obligados los oficiales á apuntar sirviéndose de los dedos, de los sables y de otros *aparatos* tan exactos como éstos. La fabricación de espoletas (de tiempos, por supuesto), estaba aún tan atrasada, que la mayoría de los proyectiles huecos no reventaban. A pesar de esto, tanto y en tales condiciones trabajó la Artillería carlista en la acción de Velabieta, que hubo pieza en la que sólo quedaron en pie para servirla, el Jefe que esto escribe y el sargento Gorricho, teniendo el General Ollo que ordenar dos veces que se retirasen los cañones á retaguardia para evitar más bajas, y mereciendo los artilleros los mayores elogios del General y del 2.º de Navarra, á cuyo lado combatieron casi toda la jornada.

Viendo Ollo que se generalizaba la acción, y previendo que el enemigo nos pudiera acorralar por la desigualdad de fuerzas, mandó segundo aviso al General Elío, que se hallaba en Leiza con dos batallones, para que si á bien lo tenía le auxiliase con ellos. El Jefe de Estado Mayor General carlista salió, pues, de Leiza, pero no llegó al lugar de la acción hasta al anochecer, y, por consiguiente, no pudo tomar parte en la refriega. Sólo sí alcanzó á ver que los liberales no avanzaban de las posiciones que conquistaron, sin duda por las considerables bajas que habían experimentado y los peligros que les ofrecería el aventurarse de noche en aquellos desfiladeros.

Flanqueado el 5.º Batallón de Navarra por fuerzas superiores y

ocupando el 2.° una posición en que se veía casi envuelto por el enemigo, dispuso Ollo la retirada de ambos por escalones, cargando el 2.° en dos mitades, con la mayor bizarría, por dos veces consecutivas, llevando á la cabeza á sus dos bravos jefes Radica y Calderón. Las cargas fueron tan profundas, que el Batallón apenas fué ya hostigado en su retirada por los migueletes, quienes, como hemos dicho, iban en vanguardia, y cuya fuerza resistió el empuje con la mayor serenidad. El campo, la cañada y el monte se vieron instantáneamente cubiertos de cadáveres y de las boinas encarnadas de los navarros y migueletes. Allí fué herido dos veces el Brigadier liberal Padial, y el 2.° de Navarra tuvo doscientas bajas entre muertos y heridos; Calderón perdió su caballo y Radica rompió dos sables. Por su parte, el 5.° de Navarra cargó con intrepidez otras dos veces, á las órdenes del valiente Marqués de las Hormazas, quien salió contuso en un hombro, retirándose al fin, pero ordenadamente, á la segunda línea. La acción por la derecha carlista había durado más de cinco horas. Los heridos fueron mandados retirar á Elduayen y Berástegui, en donde se habían improvisado hospitales de sangre durante el fuego por el secretario de Ollo, el Coronel Torrecilla. Al día siguiente *La Caridad* proveyó abundantemente á la curación de heridos, estableciendo en Leiza una sucursal ambulancia de Irache, á cargo del distinguido médico don Eduardo Marín, á quien ya hemos tenido ocasión de elogiar por su conducta en la batalla de Montejurra.

Habiendo tomado el mando de los carlistas el General Elío, ordenó quedasen algunas fuerzas en Velabieta y otros puntos avanzados, y que las demás se retirasen á sus cantones. Las bajas de los carlistas fueron muy numerosas, aproximándose á quinientas; pero en cambio las de los republicanos llegaron á dos mil, según confesión de un comisionado de la Cruz Roja, que así se lo dijo al General Ollo. Los cadáveres fueron tantos que se tardó tres días en enterrarlos.

El General Moriones logró su objeto; abasteció y socorrió á Tolosa, por medio de una atrevida marcha militar; pero no fué sin muchas y sensibles pérdidas. No consiguió levantar el bloqueo de Tolosa, cuya villa se hallaba ocho días después en las mismas condiciones que anteriormente, es decir, incomunicada con Andoain y San Sebastián, por los reorganizados batallones de Lizárraga, y separada del Comandante General de la provincia, Loma; por último vióse obligado el General Moriones á embarcar su fuerza en San Sebastián, después de una breve posesión de la línea del Oria, por carecer de otro camino para regresar á Pamplona. Los carlistas no se durmieron sobre su vencimiento en aquella ocasión: gracias á las medidas tomadas por los generales

Elío y Dorregaray, acudieron batallones alaveses, navarros y hasta vizcainos, para interceptar los caminos á Moriones, en términos que su proverbial osadía debió de faltarle entonces, cuando prefirió el sonrojo de que el vulgo y los periódicos le llamasen el General pasado por agua, antes que atravesar las reforzadas líneas de los carlistas del Norte.

Antes de concluir este capítulo diremos algo con motivo de los incendios de Oyarzun. Con un valor y una justicia que le honran asegura el Corresponsal de la Cruz Roja D. Saturnino Jiménez en su obra *Secretos é intimidades del campo carlista,* que hubo incendiarios entre los carlistas y entre los liberales. Califica y distingue con recto criterio los incendios estratégicos de los que solamente podían tener otro objeto: el de hacer daño. Contrayéndonos á los verificados en Oyarzun, antes de la acción de Velabieta, diremos que no encontramos la razón estratégica de los incendios llevados á cabo por los soldados liberales, y consentidos ó por lo menos no castigados, que sepamos, por los generales Moriones y Loma. Creemos no sería fácil demostrársenos la necesidad de incendiar una parte de dicho pueblo; porque, ¿se les hizo, acaso, resistencia á las tropas en las casas? ¿se convirtió alguna de ellas en amenaza, por su sólida construcción ú otra circunstancia, para las ulteriores operaciones? ¿tomaron parte, tal vez, los vecinos del pueblo en la lucha? Verdad es que el cura Santa Cruz, con su partida, llevó á cabo en Guipúzcoa diferentes incendios que no podían tener ninguna razón de ser ni desde el punto de vista militar ni por ningún otro concepto; pero nada tiene de común el Ejército carlista con el citado cura, ni han de hacerse los carlistas solidarios de sus actos, toda vez que Don Carlos de Borbón dió á sus Generales orden para que se fusilase al desdichado cura donde quiera que fuese habido. Y sin embargo, cita el Sr. Jiménez el incendio de las casas fortificadas por los carabineros cerca del puente, y el puente mismo de Endarlaza; pero situación muy especial tenían aquel puente y aquellas casas como puntos militares, en el límite de Guipúzcoa y Navarra, á dos pasos de la fábrica carlista de Vera, á donde podían trasladarse las guarniciones de Behovia é Irún en dos horas, por una buena y cómoda carretera. Sin perjuicio de volver á tratar cuantas veces ocurra, en el curso de estos apuntes, la cuestión de incendios, diremos, por de pronto, que con presencia del mapa y visitando el terreno como nosotros lo hemos visitado, es como apreciarse pueden las razones estratégicas que aconsejan á veces al militar las medidas más incomprensibles, dolorosas y violentas.



D. ANTONIO DÍEZ MOGROVEJO

Capítulo VIII

La Noche Buena de campaña en 1859 y 1873

REALMENTE los viejos sólo vivimos de recuerdos: hoy, pues, nos proponemos dar de mano á los estudios que llevamos hechos sobre la campaña carlista, refiriendo, en cambio, diversos incidentes que en la Natividad del Señor nos ocurrieron en las fechas arriba citadas, con catorce años de intérvalo entre ellas y al través de los veintitrés que han transcurrido ya desde la última.

La primera fecha me cogió en Africa. El Regimiento de Artillería á caballo (del cual era yo entonces teniente) había acampado días antes en las alturas del Otero, á la vista de nuestra formidable plaza de Ceuta, en unión de los regimientos 2.° y 3.° montados, es decir, tres baterías de cada uno, porque en la Península quedaba en depósito una Batería de cada Regimiento para atender á las bajas de gente y ganado que hubiera necesidad de reemplazar. Yo pertenecía á la que de mi Regimiento quedó en Madrid; pero aviniéndome mal con aquella forza-

da situación puesto que no podía formar parte de un Ejército que yo pensaba, y pensaba bien, que había de cubrirse de gloria, solicité y procuré por cuantos medios me sugirió mi impaciente deseo, que se me destinase á alguna de las baterías que salieron á campaña, no siendo pequeña mi fortuna al lograr conseguirlo, porque la verdad es que todos los militares españoles deseábamos ir á batirnos por el honor patrio enfrente de los eternos enemigos de nuestra Religión y nuestra raza; así que al que no le tocaba en suerte el ser destinado al Ejército expedicionario, le costaba un verdadero triunfo poder marchar al fin á Africa. Pasé, pues, de la 3.ª Batería á la 2.ª, mandada con singular acierto por el hoy veterano Mariscal de Campo D. Agustín Ruiz de Alcalá, uno de los más dignos y brillantes generales del Ejército; y perdóneseme esta falta de modestia al recordar que milité á sus órdenes en Africa, porque me envanezco todavía de que fuese citada con encomio nuestra Batería por el insigne escritor D. Pedro Antonio de Alarcón en su *Diario de un testigo de la guerra de Africa* (1), así como por haber felicitado cordialmente el General en Jefe D. Leopoldo O'donell á nuestro dignísimo Coronel D. Jacobo Gil de Avalle, ilustrado y bizarro Jefe de la Brigada de á Caballo, que había sido promovido á Teniente del Cuerpo en 1835, que había ganado la Cruz de San Fernando en la primera guerra civil, á quien tuve el honor de conocer siendo él profesor y yo cadete en el Alcázar de Segovia, de quien fuí más tarde subordinado en la Brigada de á Caballo, y admirador (como todos los jefes y oficiales) del paternal afecto, exquisito tacto y singulares dotes de mando del inolvidable D. Jacobo, quien durante la guerra de Africa, y por sus servicios, fué ascendido á Brigadier, teniendo la alta honra de que al felicitar al insigne General en Jefe del Ejército de Africa por su elevación al Ducado de Tetuán, le contestase aquel caudillo, de tanta valía como frialdad de carácter, que era de su deber manifestarle, á su vez, que el feliz éxito de la batalla se había debido en gran parte al valor y brillante comportamiento de la Brigada de Artillería del digno mando de Gil de Avalle.

«El enemigo que vamos á combatir, nos había dicho el ilustre Conde »de Lucena, es astuto y valiente, y la campaña que vamos á empren»der será dura y penosa...» Por consiguiente, organizóse el servicio co-

---

(1) Describiendo Alarcón la batalla de Tetuán, dice así en la página 166 de la expresada obra: «.. Y nuestra Artillería avanza siempre; corriendo y dispa»rando, estrechando cada vez más en un círculo de bronce el codiciado campa»mento enemigo. Las baterías de á caballo se baten en guerrilla... Hay una, la »del Capitán Alcalá, que gallardea enteramente delante de los cañones marro»quíes.»

mo si las baterías hubieran sido unidades independientes, dentro por supuesto de la unidad de mando de nuestro digno Coronel. Este dulcificó aquel, estableciendo como tesis general que al montar á caballo ocupara cada cual su puesto reglamentario; pero que en campamento, ó sea en el estado de paz dentro de la guerra, se suprimieran las guardias á cambio de una vigilancia rigurosísima de noche, durante la cual se dividían las horas desde la retreta á la diana entre los cuatro oficiales de cada batería, haciéndose fuera del recinto del campamento y delante de la línea de centinelas.

Tuvimos la fortuna de contar entre los tenientes á D. Ramón Fernández de Córdoba (hoy General de Brigada) que acababa de llegar de Crimea, y por tanto fué nuestro maestro en acampar, buscar mantenimientos y hacernos más llevadera la vida en un país que carecía de pueblos y de acantonamientos. Una campaña de aquella índole nos cogía á todos de nuevo, pero gracias, repito, á nuestro querido compañero, no nos faltó nunca el necesario y confortable descanso y alimento de que no todos disfrutaban. Fiados en su experiencia, le entregamos, entre todos, los fondos suficientes para que se adquirieran en Jerez y Cádiz multitud de latas de variedad de conservas, garbanzos, postres y otros comestibles por mayor, con los cuales se llenaron dos enormes cajas que á lomo conducía una acémila de nuestra propiedad, y baste decir que no uno, sino muchos días disfrutamos de gazpachos y ensaladas. Por cierto que al regresar de noche después de haber adquirido en la Escuadra lo necesario para esta última, se equivocó de campamento el conductor, y á poco cae en el de los moros: tan próximos estaban. Hasta se llegó á formar un corral con gallinas y pollos. ¡Cuánto se lo agradecíamos todos al bueno de Córdoba!

Al fondear, digámoslo así, ó sea al marcársenos el sitio donde debíamos acampar, entre el otro teniente Levenfeld (1) y yo, nos ocupábamos en establecer el campamento siempre en la forma siguiente: los cuatro cañones en los ángulos de un cuadrado; los carros de municiones en la mitad de sus lados; de carruaje á carruaje se tendían prolongas á las que se sujetaba el ganado, que comía en los morrales su pienso, acompañándolo con heno en vez de paja. En el centro, formando calles paralelas, se establecían las tiendas-abrigos de los artilleros, y en medio la de oficiales que era de las llamadas cónicas.

---

(1) Este querido compañero nuestro D. Federico Levenfeld falleció hace bastantes años, siendo ya Teniente Coronel, segundo jefe de la Academia de Segovia y ocasionando su temprana muerte profundo sentimiento en todo el Cuerpo de Artillería. ¡Descanse en paz!

Mientras tanto, el Capitán cuidaba de que los ordenanzas situaran nuestra casa; hacía bajar las camas de campaña de las entrecajas de municiones donde iban durante las marchas, y, por último, Córdoba con los asistentes se encargaba de buscar leña y establecer la cocina. Debido á este buen orden, que no se alteró nunca, al terminar nuestro cometido los oficiales de servicio, ó sea próximamente á las dos horas, las camas ocupaban ya su lugar, y la comida, compuesta invariablemente de un plato de carne y de arroz (de las raciones que se nos daban) y otro de pollos, perdices ó pescados en conserva, postres, entre los que siempre habia carne de membrillo por causa del cólera, regado todo con excelente vino, también de ración, siendo algunas veces de Jerez, regalado por los cosecheros al Ejército; se servía después humeante y en sendas tazas el café, y dicho se está que todo nos parecía magnífico y que jamás faltaba el buen humor en una Batería en la que casi todos éramos menores de edad.

Nuestra vida dependía siempre del deseo más ó menos grande que de combatir teníamos moros y cristianos. Al montar á caballo, prévio el abatir tiendas y colocarnos en correcta formación de ataque, cada cual ocupaba su puesto y procurábamos todos cumplir como buenos, no sólo como previene la ordenanza y *nuestro propio honor y espíritu* nos aconsejaba, sino porque aquella guerra era sin cuartel, y pobre del que caía vivo en manos de los enemigos.

Los días en que no había fuego, que eran bastante raros, montábamos á caballo, y nuestro mayor goce era recorrer los demás campamentos para ver á los amigos (allí todos lo éramos de todos), buscar á los cabos carteros que diariamente nos traían noticias de la querida España y de nuestros padres, parientes y amigos, y en cada pico ó meseta de los montes sacábamos *les jumelles marines* de que íbamos provistos para ver si entreveíamos algo de la vida de los campamentos ó vivacs de los moros.

¡Digasenos si esto no era divertido!

Se me olvidaba quizás lo principal: me refiero á la diana en que al rayar el día, y que duraba á veces una hora, rompían simultáneamente las músicas de los regimientos de Infantería, las alegres charangas de los cazadores y los severos clarines de Caballería y Artilleria Montada. Teníamos nosotros un trompeta que se llamaba Mirafuentes, cuyos agudos y prolongados puntos de atención llamaban la de todos los campamentos circunvecinos. El despertar temprano siempre se nos hizo muy cuesta arriba, menos entonces, porque había una emulación tal entre todas las bandas, inventaban tal cúmulo de dianas, á cual más sonoras y brillantes, que bien sabe Dios no nos doleria nada vol-

verlas á escuchar á pesar de hallarnos ya en el ocaso de la vida.

Cuando permanecíamos más de un día en los campamentos, se hacía la tienda á la manera de los turcos, para encontrar más comodidad dentro de ella, bajo la dirección del Teniente Córdoba, quien como ya hemos dicho había estado en la guerra de Crimea. Consistía esto en ahondar más de un metro toda la superficie donde estaba situada la tienda, á excepción, como es consiguiente, del sitio en que estaba el palo central, entrando en aquella por tres ó cuatro escalones de tierra, y, por tanto, ya podíamos estar siempre de pie, sin tener que doblar el cuerpo como en las tiendas ordinarias. ¡Eran una gran cosa estas tiendas! ¡No las hubiéramos cambiado ninguno de nosotros por los mejores salones de la Corte!

Lo único que de cuando en cuando nublaba nuestras frentes era el recrudecerse la epidemia colérica y ver extinguirse tanta existencia querida. Salvo, pues, este ligero paréntesis, el canto de los soldados, el rasgueo de las guitarras y el buscar ó rechazar al enemigo, eran goces que nunca como entonces hemos podido disfrutar.

Alguna vez; y esto precisamente ocurrió en la célebre noche de Navidad, pasábamos algunos instantes de amargura cuando el vendaval y la lluvia echaban por tierra nuestras casas de lienzo; cuando los ligeros catres de campaña sobrenadaban en las lagunas en que se convertía nuestro campo, y cuando nuestros esfuerzos resultaban impotentes contra el temporal, se nos caía el lienzo empapado, y el agua corría por el cuerpo en todas direcciones. Aquella noche la pasamos así, y cuando preferimos echarnos fuera de nuestra mansión á buscar mejores horizontes ó casas más firmes, nos refugiamos en la única que permanecía en pie, próxima á la nuestra, ocupada por los oficiales de la 1.ª Batería, entre los cuales figuraba, por cierto, el Teniente D. Juan de Mesa, hoy General de Artillería, quien andando los tiempos (en el famoso 22 de Junio de 1866) se ganó la Cruz laureada de San Fernando, y á cuya inalterable amistad y compañerismo somos deudores los artilleros carlistas de la defensa que en plena mesa redonda del hotel de Vitoria hizo de nosotros más tarde, cuando la guerra civil, á riesgo tal vez de provocar un lance personal con otros jefes del Ejército liberal que se permitieron calificar de una manera inconveniente nuestra decisión por Don Carlos. Y á fuer de agradecido, consagro al caballeroso y querido compañero el testimonio de la más profunda gratitud en mi nombre y en el de todos los jefes y oficiales del Señor Don Carlos de Borbón.

Como decíamos, aquella noche del 24 de Diciembre de 1859, los oficiales de la 2.ª Batería de á caballo, al ver por el suelo nuestra

tienda de campaña, destrozada por el temporal, nos refugiamos en la de los oficiales de la 1.ª Batería, quienes también sostenían porfiada lucha con el vendaval para mantener en pie la suya: unimos nuestros esfuerzos á los suyos, y por fin logramos entre todos que no corriese igual suerte que la nuestra y que las de la mayor parte del campamento, pasando en tan divertida tarea toda la noche, hasta que al amanecer cesaron el viento y la lluvia como por ensalmo.

—¿Y á esto llamarán Noche-Buena?—decíamos,—¡vaya una noche!

En cambio nuestro despertar, ó mejor dicho, la diana que los enronquecidos trompetas y músicos entonaban fué acompañada de un fuego general con que nos obsequiaron los moros. Ya se ve, pensando en que la Natividad del Señor sería celebrada por nosotros con sendas libaciones, creyeron sin duda que no tendríamos ánimos para hacerles frente, y ¡qué chasco se llevaron!

Precisamente, como la inundación había sido general en todos los campamentos, nos cogió á todos, no sólo prevenidos, sino con verdadero deseo de exterminarlos, así es que volamos todos á ocupar nuestros puestos con más entusiasmo y con más rabia que nunca: jugó bastante la Artillería, dió brillantes cargas á la bayoneta nuestra Infantería, y fué en un todo glorioso para nuestras armas aquel combate, en el cual recordamos que se distinguió el entonces Brigadier D. Antonio Díez Mogrovejo, á quien quince años después vimos en el Norte de Comandante General carlista de Castilla.

Como este valiente veterano, fueron también muchos los jefes y oficiales que tomaron parte en la gloriosa campaña de Africa, y que más tarde fueron, así mismo, nuestros compañeros de armas en el Ejército carlista: entre ellos recordamos en este momento á D. Joaquín Llavanera, que fué á Africa de Teniente Coronel de Estado Mayor; D. Antonio Dorregaray y D. José García Albarrán, que tanto se distinguieron, el primero de Comandante de los presidiarios armados, y el segundo de Comandante de Cazadores de Madrid; D. León Martínez Fortún, que era Ayudante de Campo del General Makenna; D. Nicolás Ollo, D. Antonio Lizárraga, D. Prudencio Ayastuy y D. José Ruiz de Larramendi, que fueron á aquella guerra de capitanes de Infantería; los entonces tenientes de Artillería D. José Pérez de Guzmán y D. Manuel Fernández Prada; D. Juan Francesch, Teniente de Ingenieros por aquella época; el Marqués de las Hormazas, D. Eusebio Rodríguez, D. Venancio Eyaralar y D. Telesforo Sánchez Naranjo, tenientes de Infantería y los alféreces de la misma arma Barón de Sangarrén, don Marcelino Martínez Junquera, D. Ramón Inestrilla y D. Leonardo Garrido.

Allá en la gloriosa campaña de Africa tuvimos la satisfacción de estar con ellos, como con D. Juan de Dios Córdova, D. Emilio Terrero, D. José López Domínguez, D. Sabas Marín, D. Clemente Velarde, los marqueses de Mancera y de los Castellones, D. Eduardo Bermudez Reina, D. Miguel y D. Rafael Correa, D. Ramón España, D. Luís Henestrosa, D. Manuel de la Cerda, D. Agustín Ruiz de Alcalá, D. Carlos O'donell (hoy Duque de Tetuán), D. Ramón Córdova, D. Fernando Vega Inclán, D. Juan Mesa, D. Juan Sevilla, los condes de Mirasol, de la Cimera, de Manila y de Clavijo, D. Jacinto Anglada, D. Federico Levenfeld, D. Ramón Pagés, D. José Navarrete, D. Ricardo Munaiz, D. Pedro Méndez Tello, D. Francisco Salas, D. Eloy Carre, y tantísimos otros que aún al través de los años y de las vicisitudes políticas han sido siempre nuestros amigos queridos.

Juntos unos y otros tuvimos la suerte de pelear y vencer en Castillejos, Guad-el-Felú y Tetuán, en todas aquellas jornadas de imperecedera memoria; pero como no puede ser hoy nuestro objeto detenernos con otros episodios de tan memorable guerra, dejamos tan agradable tarea para otra ocasión, consagramos á todos los antiguos compañeros de armas un cariñoso recuerdo, y nos trasladamos con el pensamiento á otra Noche-Buena, á la del año 1873.

—

Ya sabemos que después de la acción de Velabieta, el Ejército carlista quedó cubriendo ó, mejor dicho, cerrando perfectamente cualquiera de los tres caminos que el General Moriones podía elegir para la invasión de Guipúzcoa. En efecto, tres caminos podía elegir el citado General republicano para llevar á cabo su proyecto: primero, salir de Tolosa por la carretera de Azpeitia: segundo, salir de Guetaria y Zarauz para caer sobre Oiquina; y tercero, salir de Orio en dirección de Aya, trasponer sus montes y arribar á su objetivo.

Tocóle á la División de Navarra ocupar la extrema derecha; á los alaveses y vizcaínos, el centro; y á los guipuzcoanos, la izquierda, cuyas fuerzas todas, bajo el mando parcial de sus respectivos comandantes generales Ollo, Larramendi, Velasco y Lizárraga, se hallaban á las órdenes del Jefe de Estado Mayor General Elío y del Capitán General de las provincias vasco-navarras Dorregaray.

Es indudable que el General republicano hubiera encontrado una séria resistencia por cualquiera de sus tres caminos, alejándose de su base de operaciones, y como no pecaba de lerdo, tuvo por mejor, para salir de su situación, embarcarse en San Sebastián y trasladar el campo de operaciones á Vizcaya.

Entretanto las fuerzas navarras se situaron en la siguiente forma: el General Ollo con la Artillería y el primer Batallón, en Alegría, el segundo Batallón en Lizarza, y el 3.º y el 5.º en Alzo de arriba y Alzo de abajo, llegando nuestras avanzadas á la vista de Tolosa, en observación del enemigo.



D. TEODORO RADA (RADICA)

En esta guerra no acontecía lo que en la de Africa. Las zonas dominadas por nuestras armas alojaban llenas de entusiasmo á cuantas fuerzas podían, cediendo gustosos los habitantes sus casas y cuanto en ellas se encerraba, no escaseando nunca las raciones, llevándolas á largas distancias, atravesando á veces casi todo el país, como cuando el sitio de Bilbao, que iban hasta de los confines de Navarra á Somorrostro. Las mujeres labraban los campos cuando escaseaban los hombres, y lo que es más, hasta prescindían del descanso propio en bien del que pudiera disfrutar el ejército, constituyéndose en centinelas mientras los voluntarios dormían, cuando se hallaba próximo el enemigo, pues son muchos los casos de estos que podríamos citar.

Así pudo hacerse aquella campaña con relativa comodidad, y en cuanto á uno de los principales nervios de la guerra, cual es el conocimiento exacto de la situación y proyectos de los contrarios, hacíase de

una manera admirable, no sólo por los partidarios, sino hasta por los pocos hombres libres que quedaban en los pueblos, y más de una vez recordamos que el General Ollo no pudo descansar un solo momento durante la noche, pues de media en media hora recibía detalladas noticias, no solamente de la situación y movimientos de las tropas liberales, sino hasta de los pensamientos y palabras que pudieran relacionarse más ó menos directamente con los proyectos ó deseos de los jefes enemigos.

La vida en los acantonamientos también era dulcificada grandemente por las gentes del país, que á porfía se esmeraban en hacérsela agradable á los que necesariamente habían de serles molestos, pues que perturbaban su modo de ser en absoluto. De mí sé decir que no me alojé jamás en diferente punto de una misma villa ó caserío, y que mi primer patrón fué siempre el último: tales eran la buena fe y la cariñosa confianza que depositaban en nosotros.

¡Bendiga Dios habitantes de índole tan generosa!

Como quiera que en estos apuntes no nos hemos propuesto, como otras veces, hablar de las operaciones militares, daremos una idea á nuestros lectores, de la vida de acantonamientos, puesto que el ejército carlista no tenía precisión de acampar, como le sucedió al de Africa, del que ya hemos hablado, ni acampó ó, mejor dicho, vivaqueó sino en Somorrostro, aprovechándose para guarecerse de la intemperie, de los caseríos que se encontraban á mano, y en los montes, las chozas ó chabolas de los pastores y leñadores.

Circunscribiéndonos á Navarra, donde hicimos la mayor parte de la campaña, sobre todo al principio, formando parte del Estado Mayor del insigne y malogrado General D. Nicolás Ollo, diremos que durante la época de su mando, que duró desde el comienzo de la guerra hasta su llorada muerte en Sanfuentes, emprendía siempre las operaciones con cuatro ó seis batallones y las cuatro piezas de la Batería de Reyero, la cual hasta la organización definitiva de la Artillería se componía de dos obuses lisos y dos cañones rayados de 8 centímetros, y de la cual fueron entusiastas y valerosos tenientes Llorens, Ortigosa y Saavedra, quienes con el tiempo mandaron también baterías; el resto de los batallones solía quedar completando su instrucción, bien en la Solana, al mando del leal D. Ramón Argonz; bien en Lumbier, Aoiz y otros puntos, al de sus respectivos jefes, así como la Caballería, cuyo Cuartel General solía ser Oteiza ó Allo.

Si el lugar donde se pernoctaba no se prestaba á alojar cómodamente á las fuerzas que iban con Ollo, distribuíalas éste convenientemente en los puntos más cercanos, quedándose él casi siempre con un Batallón

y la artillería, á la cual mostró constantemente singular afición, de tal modo que no hubo nunca medida alguna á ella referente que no fuese aprobada en el acto.

Si la índole de las operaciones no exigía marchar sin descanso, durante la permanencia en el cantón, todas las fuerzas, tanto de infantería como de artillería, dedicábanse á la instrucción práctica, que llegaron á poseer nuestros Cuerpos tanto como el mejor de los del enemigo: tal era la emulación que había entre ellos, que llegaron á dominar por completo y en breve tiempo la táctica del Marqués del Duero, que era entonces la más moderna, incluso la esgrima á la bayoneta, en cuyo ejercicio lograron descollar como pocas tropas.

Por las noches, el General de Navarra recibia en su alojamiento y obsequiaba con café y cigarros á los jefes de las fuerzas de su cantón, y, por mi parte, nunca dejé la costumbre de aceptar su invitación, pues el bondadoso General se complacía en recordármela en seguida si por cualquier circunstancia me retrasaba algún día. Cuando le tocaba al segundo batallón acantonarse donde el General, asistían á la tertulia Radica, Calderón y el valiente caballero D. Diego Henestrosa, hermano del Marqués de Villadarias, que fué Presidente de la Junta Central católico-monárquica. Diego Villadarias se titulaba agregado al batallón de Radica, con cuyos jefes se alojaba siempre, siendo inseparable de ellos lo mismo en los días tranquilos que en los momentos de mayor peligro, batiéndose con tanta bizarría, que en la batalla de Velabieta hubo de colocarle en el pecho el mismo General Ollo la placa roja del Mérito Militar que usaba el inolvidable caudillo navarro. Radica, Calderón y Diego Villadarias eran, puede decirse, tres hermanos, y la cariñosa amistad con que los tres me honraron no la olvidaré nunca; recuerdo pocos ratos tan agradables como los que pasé durante la campaña en tan buena compañía. ¡Cuánto disfrutábamos (y cómo se emocionaba el buen Villadarias) cuando los voluntarios de Radica al verle siempre entre ellos, cuidándoles y tomando parte en sus fatigas, le saludaban al paso con vivas al *general* D. Diego, ó cuando éste hacía gala de su buen humor tanto en nuestras marchas como en la tertulia del General! Allí se hablaba de milicia, del estado de la guerra, de proyectos y planes de futuros combates, prolongándose la velada muchas veces hasta las doce, hora en que invariablemente se levantaba la sesión para retirarnos á descansar.

Era el 20 de Diciembre: aproximábase la Noche-buena, y yo había sido invitado á pasarla en Lizarza con el 2.° Batallón de Navarra, un día que bajó Calderón á Alegría á tomar órdenes del General. Se me anunció un opíparo banquete con acompañamiento de malagueñas,

jotas y otros cantos populares que con singular gracejo sabia entonar nuestro buen amigo el *Sr. D. Diego* (1). Excusado es decir que acepté sin vacilar, y sin acordarme de que para ausentarme del cantón de Alegría tenía necesidad de pedir permiso al General. Yo no dudaba me lo concedería, pues por el momento el enemigo no se habia movido de San Sebastián y Tolosa, y no había indicios de que se reanudasen las operaciones en algunos días. Pero no contaba con la huéspeda, que esta vez tomó la forma de una queja, por parte del General Ollo á quien anuncié mi proyectada ausencia:—¿Con que deja V. solo á su General en semejante noche?—Tales fueron sus palabras, y como éstas envolvían frases de afecto y consideración, me decidí firmemente á prescindir de todo, por no desagradarle. Continué, pues, yendo por las noches á su alojamiento y avisé á los amigos del 2.º de Navarra que no me esperasen. Peró llegó la víspera de Navidad, y acercándose bondadosamente á mí el General, me dijo:—¿Está V. resuelto á acompañarme mañana?—Sí señor, mi General, le contesté, y ya he avisado á los del 2.º que no me esperen.—Pues entonces, me replicó abrazándome, su General de V., que se hace cargo de que lo pasará V. mejor con Radica, con Calderón y con Diego, le manda á V. que monte á caballo y que vaya á llevarles la contra-orden.—

No tengo para qué decir que, dándole las gracias, me aproveché del permiso y que pasé realmente una verdadera Noche-buena.

¡Pobre y querido General, pobre Radica y pobre Calderón!

De los que asistimos á la inolvidable cena sólo existen el *general* Don Diego y el que esto escribe, que no ha podido olvidar á aquellos tan bravos y alegres compañeros de armas.

Concluiré como empecé: Los viejos vivimos solamente de recuerdos y á cada compañero que deja de pertenecer al mundo de los vivos, sólo se nos ocurre rezar por su eterno descanso y decirnos á nosotros mismos: No, ellos no perecen, adquirieron sus nombres y sus hechos tanta gloria, que sólo podrían ser olvidados si no hubiese más que egoismo entre los supervivientes. Gracias á Dios la humanidad no es así, y el que es la Suma Justicia habrá olvidado sus faltas acogiéndoles en Su infinita misericordia, premiando la Fe de los que confesaron á Cristo á la faz del mundo.

---

(1) También fuimos obsequiados por Villadarias con un famoso banquete de callos y caracoles para conmemorar la victoria de Abárzuza. Celebróse esta otra fiesta en Estella, en Julio de 1874, y asistimos á ella con el General Maestre, los Coroneles Calderón, Guzmán, Rodríguez Vera, el teniente coronel Velez y otros varios jefes cuyos nombres sentimos no recordar ahora.



D. CASTOR DE ANDÉCHAGA

Capitulo IX

Creación y organización de una fábrica fundición de cañones en Arteaga.—Operaciones en Vizcaya.—Importancia de la posesión de Bilbao y Portugalete para los carlistas.—Marcha de fuerzas carlistas desde Guipúzcoa á Vizcaya, con Elío y Dorregaray.—Movimientos del General en jefe republicano y su embarque para Santoña y Laredo.—Preparación del sitio de Portugalete y otros sucesos hasta fines del año 1873.

El Capitán de Artillería D. Julián García Gutiérrez fué destinado á Vizcaya para organizar ó, mejor dicho, crear una batería de montaña, prévio acuerdo con el Comandante General carlista de la provincia. Llevaba como Tenientes á los alumnos de la Academia de Segovia, D. Carlos León, y D. Germán y D. Idilio García Pimentel, quienes ayudaron al primero, tanto en la parte militar como en la científica, especialmente León, á quien sólo faltaba un semestre de estudios para terminar su carrera, cuando la disolución del Cuerpo. Ha-

llábase, pues, García Gutiérrez en la anteiglesia de Castillo Elejabeitia, dedicado á la organización de su batería, cuando recibió orden del Comandante General interino del Señorío, D. Castor Andéchaga, para que se personase en Arrigorriaga, donde se encontraba. Cumplió aquél lo ordenado, y el citado General Andéchaga le encargó la creación de una fundición de cañones y maestranza de Artillería, á cuyo fin le invitó á visitar algunas fábricas de las existentes en el país, y que pudieran adaptarse al objeto por sus condiciones particulares y por su situación al abrigo de un golpe de mano del enemigo. Habiéndole manifestado García Gutiérrez la necesidad que tenía de buenas herramientas y primeras materias, el referido General se encargó de proporcionarlas, valido de su natural influencia de vizcaino y de su autoridad superior en la provincia. Partió García Gutiérrez, y entre las muchas fábricas que visitó, hubo de fijarse en una, á dos kilómetros de Zornoza, propiedad del Sr. Jáuregui. Esta fábrica cumplía con la mayor parte de las condiciones que se deseaban, no sólo por su situación topográfica, distante de Bilbao y demás puntos ocupados por el enemigo, sino por disponerse en ella de un espacioso local, hornos, fraguas, tornos, máquinas de vapor de 30 caballos, y rueda hidráulica de 40, sin contar multitud de herramientas y efectos utilísimos para la nueva industria á que se la iba á destinar. Enterado de la elección el General Andéchaga, dirigió el siguiente oficio al Capitan García Gutiérrez, en Arrigorriaga á 16 de Octubre de 1873.—«Con objeto de atender »cuanto antes á la rápida fabricación de cañones, y para que V. se en»cuentre constantemente sobre ella, he dispuesto que pase con la bate»ría á Zornoza, en cuyo punto encontrará gran parte de los elementos »necesarios para aquella construcción, pudiendo empezar desde luego »á procurarse los que en aquel local falten y V. necesite. A fin de que »con brevedad se atiendan sus pedídos, remítame la lista de lo que es »más preciso para empezar desde luego á trabajar, para mandárselo.»

Antes de la elección de la fábrica citada, habíanse cruzado intrigas, recomendaciones y multitud de exigencias para que no llegara á establecerse, cuyas influencias dejáronse sentir en mayor escala cuando hubo recaído la elección definitiva. A tal extremo llegaron, que ni la fuerza de carácter del General ni su perseverancia en obtener cañones rápidamente y á toda costa, bastaron para impedir quedase sin efecto la orden que acabamos de copiar, decidiéndose por último que la fundición y maestranza de Artillería se instalasen en Arteaga, en una ferrería vieja de San Antonio de Ugarte. A la vista tenemos una Memoria, de la cual no podemos menos de transcribir á la letra algunos párrafos, de cuya autenticidad respondemos, por haber sido

testigos de la veracidad de su contenido: «Jamás se ha visto una fá- »brica en peor estado para tanto trabajo como se deseaba, y la gran »rapidez con que se quería ejecutar. Años hacía que estaba parada, y »asi lo decían sus derruídas paredes, sus enmohecidos cilindros lami- »nadores, su agrietado y casi hundido horno de reverbero, el encene- »gado cauce de una rueda hidrálica medio podrida, y los escombros »que aquí y allá impedían el paso. Sólo la energía y el entusiasmo del »General Andéchaga daban aliento para emprender aquella obra: todo lo facilitaba, para todo proporcionaba recursos.»

A pesar de sus múltiples ocupaciones, apenas pasaba día sin que Andéchaga visitase la fábrica, allanando obstáculos, haciendo venir operarios inteligentes, no sólo de los batallones, sino paisanos, animando á todos, desembarazando primero la fábrica de lo inútil y estorboso, sacando partido de todo y haciendo que el Capitán García Gutiérrez pudiera hacer marchar la cuestión científica al abrigo de su popular autoridad. De este modo, en un mes escaso, se dió fuego al horno de reverbero, no sin antes haberse sacado los escombros por peones y artilleros, haberse construído un horno nuevo con las planchas del viejo, haberse preparado los tornos y demás maquinaria, atendiendo al establecimiento de un cubilote, á la recomposición de herramientas, y allegando, por último, braseros, campanas, calderos y cuantos objetos de cobre y estaño podían producir el bronce para los cañones y morteros que se proyectaban. No contribuyeron poco al lisonjero resultado que llevamos expuesto, D. Andrés Pradera, don Lino Ulibarri, el citado Sr. Jáuregui, así como D. Nicolás Zulueta y D. Primitivo Hernández, Maestro mayor de montajes el primero y Maestro forjador el segundo, para los trabajos de la Maestranza. Así mismo se estableció un taller de moldería en arena, habiendo preferido este sistema al de moldeo en barro, por la falta de operarios idóneos y por la mayor rapidez que aquél permitía, y se construyeron también cajas de moldear.

La fosa con paredes de ladrillo y fondo de chapa de hierro dió muy buenos resultados, así como el cubilote y un magnífico taller de carpintería, dotado con doce bancos y un torno, así como el de forja, con cinco fraguas y diez y seis tornillos para limadores, un departamento para la construcción de ruedas, y dos grandes tornos para barrenar y tornear morteros y cañones.

Excusado es decir el ímprobo trabajo intelectual, moral y material que el establecimiento de Arteaga exigió del Capitán García Gutiérrez en breve tiempo, y las luchas que tuvo que sostener para la implantación de la nueva industria que se estableció en Vizcaya. Algo

más nos extenderíamos sobre el particular y en elogio de los dignos y malogrados compañeros, el citado jefe y el Teniente León, que con toda su fuerza le ayudaba; pero basta hacer constar, en honor de su buena memoria, que tanto las bocas de fuego, como los proyectiles y el material de guerra que salió de Arteaga, se construyó todo sin planos; por lo cual casi puede asegurarse que fueron inventos hijos tan sólo de su inteligencia y de los imperfectos recuerdos que conservaban de sus estudios en la Academia de Segovia.

Fundióse el día 28 de Noviembre de 1873 el primer cañón, al cual siguieron hasta cinco lisos, de 12 centímetros; cuatro de montaña, de rayado poligonal, y cuatro morteros. Más adelante, ocho de esta última clase y cuatro piezas largas de 8 centímetros.

La Maestranza, por su parte, construyó carruajes para todas estas piezas, tres cureñas de plaza y costa, afustes para los morteros, y una cureña de respeto, con su correspondiente armón. Dotó á todas estas bocas de fuego de cuántos juegos de armas les eran necesarios, como atacadores, escobillones, espeques y juegos de medidas para pólvora, chifles, cucharas, guarda-fuegos, plomadas, etc., dos cabrias, una cureña con su armón, modelo 1868, de batalla, y tres carruajes para cañón de 10 centímetros, con otros varios efectos.

El taller de fundición se ocupó en alimentar de proyectiles todas las citadas bocas de fuego, durante los sitios de Portugalete y Bilbao. Asimismo se construyeron en él todos los herrajes que llevaban los carruajes referidos, y aun las piezas grandes y pequeñas que hubo que ir reemplazando en la maquinaria de la fábrica.

En el taller de máquinas se barrenaron y tornearon los cañones, tornillos y cuantos herrajes lo necesitaron, así como un cañón de hierro forjado, por ser empeño de la Diputación de Vizcaya; pero contra el dictamen del Capitán García Gutiérrez, á quien el tiempo dió la razón, porque estaba tan mal calculado el citado cañón, y sobre todo su espesor de metales, que hubo de reventar en las pruebas que con él se hicieron.

También se estableció en Arteaga un taller de pirotecnia, en un edificio cercano á aquélla, bajo la dirección del Ingeniero industrial D. Guillermo Guillén, el cual produjo los efectos siguientes: siete mil espoletas de bomba, cientos de granadas de 8 y 10 centímetros, piedra de fuego, camisas embreadas, lanza fuegos y otros artificios.

La administración de la fábrica de Arteaga se hallaba á cargo de de un delegado especial de la Diputación del Señorío, cuidando de proporcionar recursos para el pago de los operarios y primeras materias. Dicho administrador llevaba su libro de entradas y salidas, lo

que proporcionaba más independencia á la dirección facultativa de García Gutiérrez, y se hallaba más en harmonía con las leyes y el modo de ser de las provincias vascongadas.

No concluiremos este trabajo, escrito á la vista de datos auténticos y oficiales, sin mencionar al diestro dibujante D. Blas Lumbreras, quien pasó después á la Maestranza de Azpeitia con el mismo cargo, y que dibujó acertadamente todo el material de Artillería que se construyó en Arteaga, y aún mucha parte del que luego se fabricó en Azpeitia y el procedente del extranjero.

Por término medio hubo en Arteaga 34 carpinteros, 16 fundidores, 6 forjadores, 28 limadores, 4 torneros y algunos peones hasta completar el número de ciento. Sus haberes eran de cuatro reales los voluntarios, catorce los paisanos y hasta veinte los maestros.

—

Después de la acción de Velabieta, dejamos á las divisiones republicanas de Loma y Moriones ocupando Tolosa, Adnoain y líneas de San Sebastián y Oria; á los batallones carlistas (excepto los de Estella y algunos de Vizcaya) en los alrededores de Tolosa, Cestona, Aizaruazabal, Iturrioz y Aya, ocupando los puntos y posiciones que impedían el paso de sus enemigos á Azcoitia, donde se hallaba Don Carlos, y á Azpeitia, así como el que pudieran correrse aquéllos al interior de las Provincias, encerrando así á los liberales en un semicírculo sin más salida que el mar.

Séase que la actitud de las fuerzas carlistas en Guipúzcoa fuese el motivo que impulsara á Moriones á embarcarse en dirección de Santander, ó bien las noticias que recibiera del proyectado sitio de Portugalete, el hecho fué que (aunque debió serle sumamente duro llevar á cabo dicha operación) embarcó el día 28 de Diciembre la División que había llevado desde Navarra, en Guetaria y San Sebastián, desembarcando en Santoña y Laredo.

Antes, sin embargo, de decidirse á dar este paso, intentó el día 18 romper la línea carlista, de acuerdo con el General Loma, atacándola por Orio y Guetaria, apoyando á la vez una vigorosa salida de la guarnición de Tolosa. Avanzaron, pues, en el primer momento, y la columna que salió del último de los puntos citados llegó á Hernialde, que saqueó é incendió. El ejército liberal ocupó Zarauz y Orio, pero vióse detenido en Aizarna por el batallón 5.º de Guipúzcoa y algunas otras fuerzas que allegó el General Dorregaray.

También intentaron los republicanos avanzar por la carretera de Berástegui, que defendieron bravamente los navarros mandados por Ollo.

Rechazados al fin en toda la línea los liberales, la División de Loma volvió á sus anteriores posiciones, la guarnición de Tolosa volvió á ser encerrada en la plaza, y el General Moriones decidió, por último, su embarque.

Conocido sin embargo este movimiento por los carlistas, hicieron un cambio de frente, dejando sólo al General Lizárraga en Guipúzcoa, y corriéndose los batallones navarros, alaveses y vizcainos, al valle de Somorrostro, con los generales carlistas Elío y Dorregaray á su cabeza. Su objeto era impedir á todo trance al General en Jefe republicano que pasase á Portugalete y Bilbao, para restablecer esta línea llevando la guerra á Vizcaya, donde podía ser fácilmente socorrido por el ferrocarril de Santander. Consiguióse el objeto por los carlistas, teniendo el General Ollo la suerte de llegar antes que sus enemigos á las Encartaciones, tomando posesión de Salta-Caballo, monte que era la llave de las posiciones sobre Castro-Urdiales, y acantonando sus navarros y la batería de su División en Talledo, Trucios y Otañez. El General vizcaino Velasco ocupó San Juan de Somorrostro, y el Jefe de Estado Mayor General Elío se estableció en Valmaseda y Sopuerta con el resto de los batallones carlistas.

—

Llegados á este punto, réstanos dar algunos detalles sobre el estado en que se encontraba el sitio puesto á Portugalete por D. Castor Andéchaga. En ninguna ocasión se conoció tanto lo ventajoso del estudio de la primera guerra civil, como en los sitios de Portugalete y Bilbao. Cuantas veces se intentó tomar esta villa en la primera campaña, tropezóse con su centinela avanzado, Portugalete. No nos detendremos en encarecer lo mucho que valía la posesión de Bilbao para los carlistas. Tanto su situación como su riqueza, y la considerable exportación del hierro que encierran en su seno las próximas montañas, la hacían cuestión de suma importancia para el naciente ejército carlista, máxime cuando no una, sino varias potencias de Europa habían asegurado que reconocerían la beligerancia de los carlistas en el momento que hubieran entrado victoriosos en Bilbao. Todos los jefes del ejército carlista, habían, sin embargo, desconfiado de tomar Bilbao: únicamente D. Castor Andéchaga, con aquella fe en el triunfo de la Causa, y con aquella pertinacia propia del carácter vizcaino, habíase empeñado en considerar que la posesión de Portugalete primero, y la de Bilbao después, serían la más segura y poderosa base del engrandecimiento de la Causa que defendía. Escarmentado también con lo que había pasado en la primera guerra civil, había tomado el mando de los batallones

encartados y algún otro vizcaino, en la firme idea de apoderarse de la capital de Vizcaya, empezando por rendir Portugalete.

Dió principio, pues, D. Castor Andéchaga á sus proyectos incomunicando á Bilbao por la ría, ya que el ferrocarril de Tudela se hallaba cortado hacía algún tiempo. Luchana, el Desierto y Portugalete eran los tres puntos que habia que incomunicar con Bilbao. Desatendiendo los dos primeros, dirigióse D. Castor al último, logrando entrar en él en 1.° de Agosto; pero viéndose obligado á salir de dicha villa con su fuerza, ante el socorro que había enviado el Gobernador de Bilbao á la guarnición. No habiéndose podido sostener los carlistas en Portugalete, entraron en Deusto, Olaveaga y Zorroza, con objeto de acumular fuegos y dominar con ellos el paso de la ría y la consiguiente comunicación de Bilbao con Portugalete. Los vapores que trataban de impedir estos intentos, tuvieron que blindarse para resistir los fuegos con que eran hostilizados en sus periódicos viajes para relevar y abastecer los destacamentos liberales citados, temibles aquéllos por su número y por ser dirigidos desde parapetos bien escogidos y defendidos. El Capitán de Fragata D. Santiago Patero púsose en el mes de Septiembre á las órdenes de Andéchaga, por mandato de D. Antonio Dorregaray, para ayudarle y escogitar el mejor medio de cerrar la ría, dadas las condiciones especiales de su carrera.

Portugalete no tiene más importancia que la relativa de ser un punto avanzado de Bilbao, como hemos dicho, y según la autorizada opinión de un Jefe de Ingenieros del ejército liberal, con quien nos encontramos completamente de acuerdo, Portugalete pudiera ser un punto de partida para el que quisiese levantar el bloqueo de Bilbao, ó apoyarse en él para futuras operaciones, caso de que su enemigo lograra apoderarse de Bilbao. La guarnición de Portugalete se componía del batallón Cazadores de Segorbe, una compañía de Ingenieros y una sección de Artillería de campaña, dotada de cañones rayados de 8 centímetros.

Fijo en su pensamiento el General carlista, no descuidaba un momento ni el bloqueo de Bilbao y Portugalete, ni la construcción de cañones para batir dichas plazas. Sus confidentes le informaban minuciosamente de todas las defensas que los republicanos iban estableciendo dentro de Portugalete. Situada esta villa en la orilla izquierda del Nervión, y próxima á su desembocadura, hallábase dominada por las alturas de San Roque, Campanzar, Atalaya y el Cristo. Enfrente hállanse las Arenas y Algorta, de cuyas posiciones eran dueños los carlistas, y en donde habíanse construido baterías bajo la dirección del Coronel de Marina Patero; en los montes y alturas citadas se habían

establecido trincheras por los carlistas, para defenderse en regulares condiciones, de los fuegos que los liberales les hacían desde la casa de los Pellos, la Escuela, el Ayuntamiento, y sobre todo desde la torre de la iglesia, que dominaba una gran extensión de terreno.

Los liberales, bajo la inteligente dirección de oficiales del Cuerpo de Ingenieros del ejército, trabajaban á su vez fortificando convenientemente la torre de la iglesia, que era de bóveda y sostenida por gruesos pilares de mampostería, aspillerando la casa fuerte de los Pellos, cerrando con barricadas las avenidas de algunas calles, aprovechando tapias sólidas, construyendo espaldones y traveses y poniendo á Portugalete en buen estado de defensa, según los medios que tenían disponibles y que les aconsejaban los deberes de su profesión.

Mientras tanto, los carlistas no permanecían ociosos, pues retardándose en Arteaga la fundición y conclusión de los nuevos cañones de bronce, hizo D. Castor Andéchaga desenterrar algunos de los viejos de hierro que habian servido hacía muchos años para amarrar los barcos, arreglóseles el ánima y se les dispuso para el ataque. El 6 de Diciembre se hizo acompañar el General carlista por el Capitán de Artillería García Gutiérrez, practicando ambos un prolijo reconocimiento, del que resultó cerciorarse de las defensas que el enemigo había acumulado en Portugalete, y de que ya dejamos hecha mención.

Conocida la clase de Artillería de batir de que se disponía, eligióse el alto de Campanzar para situar dos piezas de hierro, de 13 centímetros, y una poligonal. Su objeto principal era batir una pieza que los liberales tenían colocada en la casa de los Pellos. Su distancia á la plaza era de 400 metros.

En el alto de San Roque se construyó otra batería de pipas, para otra pieza de á 13, con el fin de batir varias casas fuertes de enfrente, y otra segunda para un cañón de á 12, de bronce, con objeto de tirar á la torre de la iglesia, que se hallaba á menos de 200 metros. En la falda de Sestao se levantó otra batería de dientes de sierra á 800 metros, para hacer fuego no sólo al pueblo, sino á los barcos de guerra que le protegían.

Procedióse acto continuo á acopiar y reunir madera y sacos de tierra para revestimientos, dirigiendo los trabajos de construcción el Teniente de Artillería D. Idilio García Pimentel y el Alferez de Infantería Rodríguez, haciéndose aquellos por gente del país. Durante el mes de Diciembre y mientras se levantaban parapetos y merlones, y la fábrica de Arteaga daba la última mano á los nuevos cañones de

bronce, la misma fábrica fundía balas y granadas, reunía pólvora, (de *cantera*, por cierto, pues no se pudo disponer de otra durante el sitio), y cuantos efectos de guerra se necesitaban; fué nombrado Jefe superior del sitio el General Dorregaray, quien encargó de la orilla derecha y del ataque por esta parte al Coronel Patero, confirmando al General Andéchaga en la dirección del ataque por la izquierda, y en las Arenas se colocaron dos piezas poligonales, de montaña, un mortero de 27 centímetros y un cañón liso de á 12.

Entre la Artillería carlista de batir que tomó parte en el ataque, merecen especial mención dos cañones de hierro, uno de 14 y otro de 15 centímetros, sin cureña (pues los otros dos de hierro las tenían de las llamadas de plaza) y sin muñones. Para estos cañones hubo que construir un montaje especial, compuesto de fuertes vigas, formando una especie de basamento, en cuyo centro hubo que colocar una horquilla de madera é hierro, giratoria y un poco elevada sobre aquél para poder apuntar; cuando ésto se hacía, la culata se apoyaba sobre un montante vertical, sujeto fuertemente, para evitar que al retroceso se saliese la culata de su lugar. Aparato era este por demás ingenioso, y que fué debido á la inventiva del Capitán García Gutíerrez, quien personalmente dirigió las operaciones del sitio, en la orilla izquierda de la ría, ayudado del Teniente D. Germán García Pimentel, así como en las Arenas si situaron, con el Coronel Patero, el Teniente D. Idilio García Pimentel y D. Nicanor Zaldúa, quien había mandado en la primera guerra civil la Artillería carlista que á las órdenes del General D. Miguel Gomez atravesó toda España, desde Asturias á Gibraltar; en Portugalete y Bilbao acreditó el veterano Zaldúa la reputación adquirida, siendo después nombrado Gobernador de Bermeo, de donde era natural, y en donde se hallaba avecindado cuando se inició la última campaña.

A fines del año 1873 fué nombrado Comandante General de Aragón D. Antonio Lizárraga, sustituyéndole en el mando de Guipúzcoa el Teniente General carlista D. Hermenegildo Díez de Ceballos, quedándose en dicha provincia con cuatro batallones. En Navarra se completaba la organización de los batallones 7.°, 8.°, 9.° y 10.°, á las órdenes del General Argonz, pues ya dijimos que el Comandante General Ollo se encontraba en Vizcaya con cinco batallones, así como el Brigadier Mendiry con cuatro alaveses. El batallón aragonés acabó también de organizarse en los alrededores de Estella, encargándose de su mando el Coronel Boet; y en fin, el Comandante General de Vizcaya, Velasco, habíase trasladado también con sus batallones á Somorrostro. En esta situación quedaron las tropas carlistas al finalizar el año 1873.



D. JOSÉ GARÍN

Capitulo X

Detalles del sitio de Portugalete.—Diarios de operaciones carlistas, de la plaza y de la Marina.—Rendición de la villa.—Toma de los fuertes de Luchana y el Desierto por los carlistas.—Reparto de armas y otros efectos de guerra después del sitio.

Próspera había sido para los carlistas la suerte de las armas en el año de 1873. Como ya hemos visto, habíanse librado combates tan importantes como los de Eraul, Udave, Allo, Dicastillo, Mañeru y Montejurra, sin más revés que el de Velabieta, cuyo revés vino, sin embargo, á favorecer la Causa carlista, costando á sus enemigos la pérdida de una gran fuerza moral y material al embarcarse en San Sebastián y Guetaria, y consiguiendo los carlistas llevar á más favorable terreno las operaciones. Antes de terminar el año citado, por los dias 28 y 29 de Diciembre, habíanse realizado por las tropas de Don Carlos dos hechos notables: el definitivo cierre de la ría de Bilbao, y el principio del sitio de Portugalete.

Desde aquella fecha podíanse considerar aislados del resto de España, los habitantes y las guarniciones de ambas villas. La ría fué interceptada, un poco más arriba de Olaveaga, con cadenas y calabrotes que formaban con el eje de ella un ángulo de cuarenta y cinco grados, próximamente. Dos medios intentaron los bilbainos para destruir este obstáculo material que daba al traste con sus esperanzas de socorro por la vía fluvial. El uno fué la salida de una fuerte columna desde Bilbao, que se retiró, rechazada por los carlistas: el otro fué arrojar sobre las amarras una especie de torpedo cargado con dinamita que no dió fuego á tiempo. Pero dejemos por ahora á los bilbainos entregados á sí mismos, y volvamos á Portugalete, cuyo sitio habíase emprendido ya con verdadera seriedad por los carlistas, el 28 de Diciembre.

Don Antonio Dorregaray, encargado por aquellos días del mando en jefe, dispuso que los ataques por ambas orillas fuesen independientes en cierto modo, pero siempre contando con que el principal fuese el de la izquierda. La retaguardia de los carlistas estaba asegurada completamente por la distribución de fuerzas vizcainas y navarras en las Encartaciones, para impedir el paso á la plaza, que pudiera intentar el General republicano Moriones.

Los liberales, por su parte, habían salido de Bilbao el 28 y desembarcado el mismo día en Portugalete, en dos gabarrones, los materiales para armar un blokaus en el alto de San Roque, con un Capitán de Ingenieros y el resto de la compañía de dicho Cuerpo, cuya mayor parte se hallaba ya allí desde mucho tiempo antes, dedicándose desde luego á mejorar las defensas existentes y construir las más apremiantes. La iglesia de Santa María estaba fortificada en el tercer cuerpo de su torre, y además la rodeaba un muro aspillerado, tanto del lado de tierra como del de la ría. La casa-escuela, estaba unida por un muro sin aspillerar, á la iglesia, y al punto denominado el Cristo, que era un conjunto de casas, el cual se había cercado con un muro aspillerado, colocándose una pieza de montaña en el desván de una de ellas. Por la parte de Santurce había una cortina (llamada de Santa Clara) formada por otro muro aspillerado, con dos garitones en sus extremos. En el edificio de la fonda (que tampoco carecía de muro aspillerado) se colocó otra pieza rayada de montaña. Por la parte de la ría, se hallaba estacionada la goleta *Buenaventura*, dotada con dos cañones rayados de 12 centímetros, y otro de 16, también rayado, como batería flotante. En el muelle viejo se construyó otro muro que ponía en comunicación la villa con el dique, y en el interior se habían construido traveses y espaldones para desenfilar calles y pasos de tropas.

Los carlistas tenían ya para entonces en disposición de funcionar las baterías de Sestao, San Roque, Campanzar y de las Arenas, de cuya construcción y artillado nos hemos ya ocupado detalladamente en el capítulo anterior, disponiendo los carlistas de la siguiente dotación de municiones: para cañones de á 12, 600 proyectiles; para los de á 13, 400; para uno de á 15, 100; para otro de á 14, 100; y para los poligonales 160 granadas, cuyas espoletas eran de tiempos; los estopines fueron de fricción al principio, de canizo luego, y últimamente se cebaba con pólvora de fusil; no había zaquetes, se cargaba con cuchara; y en fin, la pólvora era de cantera.

Para la infantería había fuertes y bien situadas trincheras á prueba de la artillería y á menos de 500 metros del recinto, siguiendo los accidentes del terreno: los fuegos dirigíanse á aquel, á las casas y á la guarnición y artilleros de la goleta. Los parapetos cubrían perfectamente á los tiradores, habiendo dirigido varias de estas obras el sabio Jefe de Ingenieros D. José Garín, quien en estas operaciones selló con su sangre su adhesión á la Causa de Don Carlos.

El día 29 de Diciembre á las siete de la mañana rompióse el fuego por los carlistas sobre la goleta, la iglesia y demás defensas de tierra. Los días 30 y 31 se reprodujo el fuego de doce á tres de la tarde, habiéndose logrado quebrantar bastante la torre de la iglesia, desde la que tiradores escogidos molestaban y hacían muchas bajas en el campo carlista por su dominante situación. El 31, se pudo incendiar una casa-cuartel de Cazadores de Segorbe, pero el incendio fué apagado al poco tiempo: en cambio se destruyó uno de los cuerpos de guardia de la fonda. A la vez empezóse á construir por los carlistas una nueva batería en las alturas de Lejona, para batir en mejores condiciones á la *Buenaventura*. También los liberales con sus disparos habían hecho necesaria la recomposición de casi todas las baterías carlistas, distinguiéndose por la certeza de aquellos la goleta y el vapor *Gaditano* que tomó parte en el combate del día 31, excusando decir que la Infantería no cesaba de disparar una contra otra desde sus atrincheramientos.

El día 1.º de Enero se pasó sin fuego de cañón, dedicándose ambas tropas contendientes al arreglo de sus respectivos desperfectos, bajo la febril actividad del General Andéchaga, los carlistas. El día 2, á las once de la mañana, intimóse la rendición á la plaza por el General carlista Dorregaray, siendo rechazada la propuesta por el Gobernador que lo era el hoy General de División D. Amós Quijada, Teniente Coronel, entonces, del Batallón de Cazadores de Segorbe. En vista de esto, rompióse el fuego por todas las baterías, batiéndose en brecha la torre de la iglesia, la cual al anochecer perdió el encofrado de ma-

dera de su techo, viéndose precisados sus defensores á habilitarlo de nuevo con sacos á tierra. La *Buenaventura* tuvo muchos desperfectos, dedicándose á ella solamente tres de los cañones de las baterías del Cristo y Sestao. El cañón liberal de la casa de los Pellos fué reducido á silencio. Los cañones carlistas hicieron un total de 300 disparos en la forma siguiente: los poligonales, 40; los de á 13, 130; el de á 12, 80; y 50 los de 14 y 15.

El día 3 rompióse el fuego á las ocho. Un cañón de montaña quedó desmontado y deshecha la caseta donde se hallaba emplazado, por lo que no volvió á disparar en todo el día. El de á 12 liso, abrió brecha en la torre de la iglesia; pero las piezas de Sestao obtuvieron poco resultado por su poco fuego, á causa de lo pesado y difícil de su manejo y la mala calidad de la pólvora. El fuego duró seis horas. El Comandante de la goleta manifestaba á su Jefe en oficio de aquel día, los pocos cartuchos de fusil que le quedaban á causa de que la Infantería había disparado 38,000 sólo en el día 3, para rechazar los ataques de los carlistas, confesando á la vez los destrozos causados por éstos en la población y sus defensas. Las bajas que tuvo su tripulación fueron dos marineros y el mismo Comandante herido, aunque levemente.

Calculando García Gutiérrez que los fuegos de la batería de Campanzar eran demasiado fijantes, fué autorizado por Andéchaga para trasladarla á San Roque, aproximándose 150 metros al recinto. Las otras baterías rompieron el fuego el día 4 sobre los mismos puntos, logrando continuar ensanchando la brecha de la torre y destruir su escalera. En todo el día arrojaron los carlistas 120 proyectiles. El Comandante de la *Buenaventura* decía con aquella fecha, que la torre se estaba cayendo, y que había conseguido librar su barco de un brulote que le arrojaron los carlistas por la noche.

El día 5, un proyectil carlista hizo desplomarse con estrépito la quebrantada linterna de la torre, acompañando al fuego de sus antíguas baterias el de la nuevamente construida. Para conseguir aquel resultado, se calcula haber disparado los carlistas á la torre, de 400 á 500 proyectiles. La escasez de éstos hizo que por orden de Dorregaray se fundiesen balas á toda prisa en Alonsótegui y Castrejana. El día 5 se arrojaron á la villa 150 proyectiles. El fuego de las baterías de Sestao tuvo que suspenderse por haber destruido sus parapetos la Artillería liberal. Por la derecha de la ría adelantaron también los trabajos carlistas, habiéndose terminado una batería en el alto de Lejona, á 120 metros de la plaza.

No pudiendo ya disponer la guarnición de Portugalete, de la torre de la iglesia en buenas condiciones, se refugiaron sus defensores en la

escuela. En su consecuencia, los carlistas construyeron una batería á 100 metros de dicho edificio con objeto de desalojar á aquéllos. La batería de Sestao continuó tirando con preferencia á la *Buenaventura*, porque la batería de las Arenas no hacía buenos blancos, á causa del corto alcance de la pólvora. Los liberales, por su parte, fortificaron y aspilleraron el muro ó cortina de la parte de Santa Clara. Los tiros de los carlistas fueron bastante certeros, ocasionando averías de consideración en el casco y arboladura de la goleta. Su Comandante se quejaba de escasez de municiones, en su parte oficial del día 6. El fuego de la batería de las Arenas se hizo más vivo y preciso á favor de una nueva batería que se construyó en un saliente de la costa, situado próximamente á mitad de distancia de Lejona y de la plaza.

Al amanecer del 7, reanudóse con igual tenacidad por ambas partes el fuego, en medio del cual dedicáronse los carlistas á la construcción de una batería más próxima en la vertiente de Lejona (orilla derecha), consiguiendo, por último, hacer completamente inhabitable la torre de la iglesia por la destrucción absoluta de sus defensas.

El día 8 continuó el fuego en las mismas condiciones anteriores, convergiendo el de las baterías carlistas sobre la casa-escuela y el Cristo. Una bala de cañón carlista rompió la cureña de la pieza de montaña situada en este último punto; pero recompuesta provisionalmente, la emplazaron los liberales en una casa, para que unida á la otra dirigieran ambas sus fuegos á San Roque. A las ocho y media de la mañana entraron en el puerto los vapores *Gaditano* y *Bilbao*, con municiones de fusil y cañón para la guarnición y los barcos; pues el Comandante de la *Buenaventura*, de acuerdo con el del *Gaditano*, resolvió que ambos se quedasen para contribuir á la mejor defensa de Portugalete. El primero de dichos buques empezaba á hacer agua á causa de uno de los disparos carlistas del día anterior, sobre la línea de flotación. Las bajas de la goleta el día 8, fueron un marinero muerto y 6 heridos, algunos graves; en la guarnición, un zapador á quien hubo que amputarle una pierna.

En la noche del 8 al 9 se hizo un fuego considerable de fusilería por parte de los carlistas, desde las Arenas y parapetos de la Atalaya, con objeto de distraer la atención de los liberales, y dedicarse á los trabajos de aproche, é impedir algún desembarco, si lo había. La Marina contestó con algunos disparos de metralla, y efectivamente, desembarcaron los liberales una gran cantidad de municiones de Infantería y Artillería. La carlista tiró poco durante el día por la escasez de proyectiles.

El día 10 consiguieron los carlistas incendiar dos casas del grupo

del Cristo desde una nueva batería colocada á la altura de la cortadura del molino. La batería enterrada de las Arenas se dedicó á tirar á la *Buenaventura* y al *Gaditano*, con tanto acierto, que la primera tenía ya casi destruido su aparejo y una cuaderna hendida de un balazo. Al mismo tiempo, su Comandante se confesaba impotente, en el parte oficial de aquel día, para proteger Luchana y el Desierto, conforme le ordenaba el Comandante de Marina de Santander. La citada batería de las Arenas se hallaba en el muelle mismo, á unos 100 metros de los referidos barcos, y la mandaba el Capitán D. Nicanor Zaldúa. El combate librado durante la noche del 10 al 11 merece párrafo aparte.

De suma importancia era para los carlistas el deshacerse á toda costa, y cuanto antes, de los buques que defendían Portugalete. Conociendo, sin embargo, que no era fácil reducirlos al silencio ó echarlos á pique, por la inferioridad de la Artillería carlista en número y calibre, sobre todo desde la orilla izquierda, ordenó el Jefe del sitio Dorregaray al Capitán García Gutiérrez que pasase á la orilla derecha, donde en vista de la situación de las baterías y de la menor distancia, pudiera intentarse con más ventaja destruir los mencionados obstáculos. Autorizado García Gutiérrez por el General carlista, dispuso que el cadete Mejía se colocase detrás de una de las casas de las Arenas con las dos piezas poligonales de 8 centímetros; que después de cargadas al abrigo de ella, las descubriese sólo en el momento de disparar, y que lo hiciese sólo á los barcos y cuando se le previniese, reservando municiones para el amanecer, pues el cañón de á 12, de bronce, solamente contaba con 36 balas. Este fué puesto á las órdenes de Zaldúa, así como 70 tiradores escogidos, al mando del Capitán Beitia, quien colocando su gente á derecha é izquierda de la batería, no tenía más misión que hacer fuego cuando los barcos abriesen las portas para disparar. Al mismo tiempo se colocó un mortero de 27 centímetros en otra batería para que al amanecer bombardease la villa.

Arreglado todo de esta manera, rompióse un vivísimo fuego de cañón á las diez de la noche, entre la Artillería de los barcos y el cañón de á 12 de las Arenas, siendo muy certero por parte de los carlistas, á causa de hallarse á menos de 100 metros, como dijimos. El Capitán Zaldúa demostró en aquella ocasión su inteligencia y valor, batiéndose contra seis cañones rayados de mayor calibre que el suyo, ayudado por los dos de montaña que mandaba el bizarro cadete Mejía. Posible hubiera sido que á tener á mano los carlistas mayor número de proyectiles, no hubieran podido huir la *Buenaventura* y el *Gaditano*, como lo hicieron á las ocho del día siguiente. A las doce de la noche habíanse agotado los proyectiles del cañón de á 12, y no tuvieron

más recurso que echarse á buscar por el suelo, los artilleros carlistas, los que se encontrasen procedentes de los disparos hechos desde la orilla opuesta: su número sólo fué de 16, que como es de suponer se arrojaron enseguida á los barcos.

Para completar esta ligera descripción, veamos lo que de oficio manifestaba el Teniente de Navío D. Joaquín Posadillo á su Jefe superior: Empieza diciendo que tuvo necesidad de establecer un taller para cargar las granadas que había recibido el día antes, así como para limar sus tetones, por atorarse en las piezas, y otro taller para construir tacos de que carecía, encargando por último, del mando (bajo sus órdenes) de las colisas de popa y proa al Alferez de Navío D. Joaquín Barriere, cuyo celo, valor y serenidad durante el combate elogía sobre manera, así como el de los otros oficiales Morgado y Molina.

«Tomadas estas disposiciones (continúa Posadillo), rápidamente se »empezó el fuego, sin que hubieran transcurrido cinco minutos desde »el primer disparo del enemigo, que continuó su fuego con rapidez y »acierto, bien que teniendo sus baterías á tan cortísima distancia, que »podían distinguir los buques á pesar de la profunda obscuridad de la »noche. El *Gaditano*, amarrado por nuestra proa, hacía también fuego »con sus dos colisas y fusilería, pues teniendo sus cañones en reductos, »no perjudicaban sus fogonazos á sus sirvientes. A la una y cuarto »recibí aviso de su Comandante, diciéndome que hacía agua por un »balazo que había recibido, y pidiéndome municiones. Ya á esta hora »había mi barco recibido 9 balazos, y sabía, por los proyectiles recogi»dos á bordo que, además del cañón de á 24 de la Atalaya, tenían los »carlistas, cuando menos tres en las Arenas, uno de á 24, otro de 16 y »uno de 8 centímetros, que disparaban granadas espirales en forma »exagonal, y cargadas de pólvora y petróleo (1). En su consecuencia »le mandé 25 granadas y la orden para subir al amanecer al Desierto, »dejar víveres á su guarnición y después abandonar la ría, donde »creía que no podría pasar otra noche sin que le echaran á pique.

»Continuamos el fuego con entusiasmo y la rapidez que la necesidad »de arreglar granadas permitía, sin que el enemigo disminuyese el suyo »de cañón y fusil: en Portugalete ardía una manzana de casas en el »muelle nuevo, quemada por los carlistas; en las Arenas ardían otras, »incendiadas por nuestros proyectiles, y á cada nuevo disparo oíamos

---

(1) No tomaron parte en el combate por parte de los carlistas, más que un cañón liso de 12 centímetros y dos de á 8 poligonales. En cuanto al petróleo, nada decía de oficio el Capitán García Gutierrez.

CADETE MEJÍA D. N. GARCÍA PIMENTEL
D. IDILIO GARCÍA PIMENTEL D. GERMAN GARCÍA PIMENTEL



CADETE BRUNETTO D. JULIAN GARCÍA GUTIERREZ
D. CARLOS LEON P. CAPELLAN ROJO

»el ruido de los escombros que producían las casas al desplomarse. A »las tres recibí segundo aviso del *Gaditano* pidiéndome más municio- »nes, y diciéndome que no podía ir al Desierto por tener el condensa- »dor de su máquina averiado por un balazo.

«El fuego vivo y certero de los carlistas me hacía comprender su »fuerza y abundancia de municiones, (á las doce de la noche se reco- »gieron 16 balas del suelo), y la imposibilidad de aguantar otro día en »la ría: pues de 400 granadas recibidas la noche anterior, no me que- »daban más de 140, con las que apenas podría sostener el fuego hasta »la hora de la pleamar, teniendo ya el buque en muy mal estado; le »mandé, pues, algunas granadas y la orden de forzar la barra tan lue- »go como tuviera luz para hacerlo; pues no habiendo agua para la »goleta hasta las nueve de la mañana, quería, en el caso de que me »inutilizaran la máquina ó timón, impidiéndome salir y obligándome »á abandonar y quemar el buque, salvar al menos el *Gaditano*. Además »de que tenía tal confianza en mi Artillería, que no dudaba de que si »llegaba la amanecida sin que me hubieran inutilizado, inutilizaría ó »haría retirar la Artillería enemiga, tan luego como pudiera apuntar »con luz. A las cinco empezó el *Gaditano* á maniobrar, y se nos atrave- »só por la proa, impidiéndonos el uso de la colisa de proa hasta las seis, »que pude continuar el fuego y contribuir á disminuir el riesgo de la »salida del *Gaditano* que la verificó felizmente á las siete.

»Al darle la orden de salida, había avisado al Gobernador de Por »tugalete, yendo el cabo de guardia, Juan Dunfort, sólo en un bote, »en medio de una lluvia de balas, á decirle nuestra situación, mi de- »terminación de salir, pedirle oficio para el General en Jefe y estopi- »nes para nuestra pieza, pues sólo nos quedaban á bordo unos 40, »regresando á las seis, sin haber tenido novedad. Amaneció todo el »pretil de enfrente aspillerado para fusilería, y continuando el fuego »desde ella, de las casas y trincheras de la Atalaya. El cañón de la »Atalaya continuaba el fuego; pero en las Arenas retiraban los cañones »tras de las ruinas de las casas para cargarlos, sacándoles sólo en el »momento de hacer fuego. A las ocho de la mañana tenía á bordo »unos 30 balazos de cañón, y el barco muy mal tratado, me quedaban »muy pocas granadas, y la convicción de perder el buque si no logra- »ba forzar la barra en aquella pleamar. En su consecuencia mandé »avivar los fuegos y preparar la salida, que decidí hacer, picando to- »das las amarras á un tiempo, pues era imposible salvarlas, ni aún »sacrificando toda la gente. A las ocho y media hubo de todo, y bajo »un fuego vivo de fusil y cañón piqué todas y me puse en movimiento.»

Concluye su parte Posadillo, recomendando los oficiales y tripula-

ción á la munificencia del Gobierno, manifestando que su casco había sufrido 32 cañonazos y muchos en el aparejo, además de un bote destrozado, siendo sus bajas dos oficiales y cuatro marineros.

Al amanecer del día 11 cesó el fuego de los cañones carlistas para dar algún descanso á los artilleros, conseguido ya su objeto de hacer retirar los barcos enemigos, rompiéndose entonces el fuego de mortero sobre la villa, en la que se ocasionaron los desperfectos consiguientes, variando mucho, naturalmente, la situación de los de Portugalete, por la falta del apoyo moral y material que les prestaban los barcos, dedicándose la guarnición á mejorar sus fortificaciones y desenfilar sus ya reducidas comunicaciones. La fuerza de Ingenieros se encargó de la defensa de la cortina de Santa Clara y calle de Coscojales, con la orden de retirarse en último extremo á la iglesia. El batallón de Segorbe se encargó de la manzana de casas de la fonda y plaza de la Constitución, y una compañía del mismo cuerpo, del dique y calle de Santa María, estableciéndose, por último, un reducto á prueba de Artillería.

El día 11 volvió á encargarse del ataque de la Artillería por la izquierda el Capitán García Gutiérrez á las inmediatas órdenes del Coronel D. Juan María Maestre, que había llegado el mismo día, acompañado del antiguo Capitán retirado del Cuerpo D. José Juárez de Negrón y del Capitán del mismo D. Rodrigo Vélez.

El día 12 sostúvose por ambas partes un nutrido fuego de fusil y cañón. El Coronel Maestre dispuso pasase á la orilla derecha el Comandante Velez para encargarse del ataque por las Arenas: Negrón se encargó del cañón de á 12 para batir la casa-escuela, y una pieza de montaña que había en la casa-botica. García Gutiérrez fué encargado de reponer las bajas de artilleros con voluntarios de los batallones vizcainos, para hacer menos penoso el servicio de todos, y de volver á montar el aparato para poder usar el cañón de á 16 contra la iglesia, desde el alto de San Roque. El mismo Maestre, además de acudir á todas partes, se encargó personalmente de establecer la batería de morteros, animando á los artilleros y dando ejemplo de valor y serenidad. Es de creer que si el día 12 de Enero no hubieran escaseado los proyectiles á los sitiadores, hubiéranse rendido más pronto los sitiados; pero el ataque hubo de reducirse desde entonces á ir destruyendo poco á poco las defensas de los liberales. También por aquellos días se presentó de nuevo en el Cuartel General de Dorregaray, el Jefe de Artillería Berriz, ayudando á sus compañeros y subordinados.

En los dias 13, 14 y 15 continuaron el fuego la Infantería y baterías

carlistas, avanzando sus obras paso á paso, si así puede decirse. En los días citados fué apoyada la guarnición por varios vapores que á la desembocadura de la ría rompieron el fuego contra las posiciones carlistas, especialmente hacia las Arenas. Desde este punto fueron trasladados los morteros carlistas á San Roque. Las noches fueron empleadas por las tropas liberales y carlistas en reparar las defensas, mútuamente destruidas durante el día. Los liberales aumentaron las de la iglesia haciendo otras barricadas en las calles. Los carlistas construyeron una batería nueva en las Arenas, completamente á cubierto de los fuegos contrarios.

Los días 16 y 17 se emplearon por los liberales en prevenirse de los trabajos de mina que por las alcantarillas pudiera verificar el sitiador, mientras éste hizo volar una el día 17 delante de la manzana de casas del muelle nuevo. Las avanzadas fueron sorprendidas; y á pesar de haber recibido los sitiados un refuerzo de 30 hombres, fueron tomadas las casas, asaltándolas por la brecha los carlistas con inusitado empuje. Como desde una de ellas se enfilaba la cortina de Santa Clara, dispuso el Gobernador de la plaza desalojar á los carlistas é incendiarla. Así se verificó en la noche del 17, por la guarnición, protegida por el fuego de las dos piezas de montaña que los liberales emplazaron en la fonda, cuyo edificio era batido sin cesar por las baterías carlistas de las Arenas. El día 18 continuó el fuego de unos y otros combatientes, y los carlistas se aprovecharon de los escombros y materiales de la casa quemada el 17, á fin de aproximar sus fuegos y proteger los trabajos de una nueva batería más cercana, la cual apareció terminada el día 19, en la huerta de Armona, así como otra nueva también, en la carretera de Santurce.

El día 20 se hallaba ya tan destrozado el edificio de la fonda, por los proyectiles que sin cesar le lanzaban las baterias de las Arenas, que hubo de pensarse por los liberales en abandonarla.

Durante estos días, el trabajo incesante de los carlistas se redujo á seguir el bombardeo y acercar todo lo posible sus baterías y trincheras, situándose algunas á tiro de pistola. El Capitán García Gutiérrez montó nuevamente el cañón de á 15 en dos medias carretillas unidas con traviesas y sujetas con alambres Continuó, pues, el fuego contra la torre, que á pesar de todo, no acababa de caerse, tan sólida era su construcción. El Comandante Velez desde las Arenas, tiraba sin intermisión sobre la fonda, casas del muelle, de los Pellos, y defensas exteriores de la iglesia, haciendo estas posiciones imposibles de defensa, hasta que una granada arrojada á larga distancia por un barco de guerra, entró en la batería carlista, hiriendo al Comandante Velez y

algunos artilleros, y matando al Teniente D. Idilio García Pimentel, sobre quien reventó la granada, y cuya muerte fué muy sentida en las filas carlistas en las que era muy apreciado por sus bellas cualidades, valor y actividad.

Sin embargo de este duro percance sufrido por los carlistas, avivaron éstos el fuego el día 21, teniendo la fortuna de introducir una bomba dentro de la iglesia, en ocasión de hallarse mucha parte de la guarnición comiendo el rancho.

A las once de la mañana reunió consejo el Gobernador de la plaza Quijada. Oyóse el ilustrado informe del Capitán de Ingenieros, quien expuso, en resumen, que los edificios de la iglesia y escuela, sirviendo de constante blanco á la Artillería carlista durante 28 días, se habían hecho insostenibles: que el edificio de la fonda se hallaba en ruinas: que las casas del Cristo, poco menos, y, por lo tanto, que había de reducirse la defensa á las viejas y deterioradas casas de la población. En vista de esto, propúsose suspensión de hostilidades al General carlista Dorregaray, y capitulación al mismo, en la noche del referido día 21.

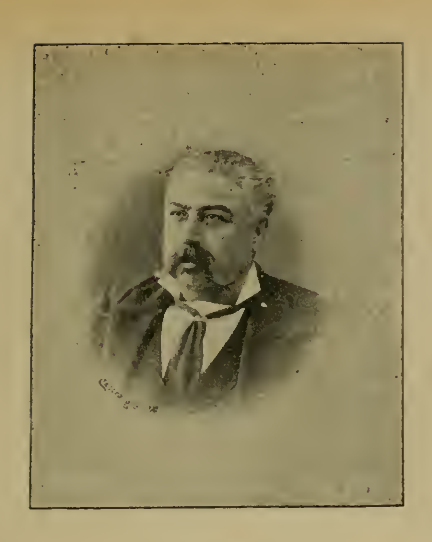
En la capitulación se estipuló entre otras cosas, que la guarnición saliese con armas, entregándolas al pié de los muros de la villa, quedando prisionera de guerra para ser cangeada á la mayor brevedad posible, siendo entretanto conducidos sus jefes, oficiales é individuos de tropa, á Estella por el 2.º batallón de Navarra que les tributó todo género de consideraciones, agasajándoles particularmente los jefes de la citada fuerza navarra, Radica y Calderón. El Teniente Coronel primer jefe de los enemigos, D. Amós Quijada, fué autorizado por Don Carlos para ir á Madrid á pactar él mismo el cange de sus fuerzas, las cuales entregaron á los carlistas más de mil fusiles Remington y Berdan, una bandera, dos cañones rayados de campaña, de 8 centímetros, y considerable cantidad de víveres y municiones.

Las bajas carlistas fueron muy numerosas. La batería de montaña compuesta de vizcainos, en su mayoría, demostró un valor y serenidad á toda prueba, sufriendo penalidades sin cuento y sin poder apenas relevarse en su continuado servicio, muriendo el ya citado Teniente Pimentel, el Alférez Rodríguez, un sargento, un cabo y tres artilleros, y resultando heridos el Comandante Velez, un sargento, tres cabos y diez y seis artilleros, número de bajas excesivo, teniendo en cuenta que la expresada batería solamente constaba de noventa hombres antes de comenzar el sitio. Las municiones consumidas fueron dos mil doscientas cincuenta en esta forma: 121 bombas, 198 granadas exagonales y 1,934 balas de á 12, 13, 14 y 15 centímetros.

Los otros dos fuertes que los liberales poseían para defensa de la

ría, á saber: Luchana y el Desierto, se entregaron á los carlistas; el 12 de Enero el primero sin hacer una grande resistencia, y el segundo defendiéndose algo más, pero ambos destacamentos eran poco numerosos. El Desierto se rindió el día 23 del mismo mes; su guarnición, del Regimiento de Zaragoza, entregó sus fusiles Berdán, un cañón de campaña, de 8 centímetros, y gran cantidad de cartuchos.

El armamento de los cazadores de Segorbe, sirvió para armar con él al 2.º batallón de Navarra, al que se destinaron también los instrumentos de la charanga del citado batallón liberal; el resto y las armas de los Ingenieros y de las compañías del Regimiento de Zaragoza se entregaron, con el armamento antiguo del 2.º de Navarra, á los demás batallones carlistas. Las municiones se repartieron según las necesidades. Los cañones tomados al enemigo sirvieron para formar la 2.ª batería de montaña, reunidos á los dos que había en Guipúzcoa; y en fin, la bandera del batallón prisionero figura hoy entre los gloriosos trofeos del Palacio Loredán, en Venecia.



D PABLO MORALES

Capítulo XI

Sucesos acaecidos durante el sitio de Portugalete.—Proyecto sobre Castro-Urdiales.—El partidario carlista Mendizábal.—El General Moriones recupera La Guardia, en Alava.—Consecuencias de la toma de Portugalete, Luchana y El Desierto.—Fracasada expedición de los carlistas á Santander.—Preparativos de la fábrica de Arteaga.—Preliminares del sitio de Bilbao.

Como hemos visto, á consecuencia de la jornada de Velabieta y demás sucesos ocurridos en Guipúzcoa, hubo de embarcarse el General Moriones en Guetaria y en San Sebastián, con su División, pretendiendo impedir la toma de Portugalete por los carlistas. Adelantáronsele éstos, y tomando posiciones Ollo y Velasco en las Encartaciones, lograron detener á los republicanos. Ya dijimos que Velasco ocupó San Juan de Somorrostro, Ontón y sus alrededores, mientras que

Ollo había tomado posiciones en Salta-Caballo, alojando á los batallones 1.° y 2.° de Navarra, respectivamente, en Talledo y Otañez, así como los batallones 3.°, 5.° y 6.° de la misma provincia y la Batería de su División, en Marcadillo y Sopuerta. Mendiry con tres batallones alaveses se acantonó en Traslaviña y otros puntos cercanos, y Don Carlos se trasladó á Valmaseda con el General Elío, los guías y su escolta.

Conocidos estos movimientos por el General Moriones desde Santoña, Laredo y Castro-Urdiales, hubo de retroceder desde este último punto al segundo, y desde allí al primero. El mismo día que emprendió su marcha, destacó Radica un ordenanza á su General Ollo, participándole que por confidencia segura sabía que en Castro no dejaría Moriones más que un par de compañías de guarnición, y que estaba dispuesto á echarse sobre Castro-Urdiales (importante por su relativa riqueza y excelente situación topográfica), si le autorizaba al efecto y le enviaba la Batería de Navarra. La contestación de Ollo no se hizo esperar; en el acto dió cuenta de lo proyectado á Elío, para que como General en Jefe resolviera lo más conveniente, ordenando entretanto, y para ganar tiempo, al Jefe de Artillería Brea que partiese inmediatamente para Otañez á fin de practicar, en unión de Radica, un detenido reconocimiento sobre Castro, á la vez que ordenaba á la Batería de Reyero que se preparase para marchar al primer aviso.

Dos horas después habíase verificado ya el reconocimiento ordenado por el activo y experto Comandante General de Navarra D. Nicolás Ollo. A caballo, y sin más escolta ni defensa que sus anteojos de campaña, adelantáronse Radica, Brea y Calderón (segundo Jefe del batallón de la Reina), inspeccionando detenidamente el recinto, á las pocas horas de haber salido el General Moriones de Castro-Urdiales. La puerta que daba á la carretera, por la que marchaban los jefes citados, fué cerrada por un centinela de carabineros que en ella había, al avistar la pequeña cabalgata, temiéndose, acaso, una irrupción parecida á la ocurrida el día anterior, en el que el ordenanza de Ollo, el sargento de Caballería Rosas, había entrado en Castro y sacado del pueblo un prisionero cogido en la calle, al atravesarla de una acera á otra. Eligieron, pues, Radica, Brea y Calderón, posiciones para la Artillería y los batallones, designaron el punto principal y los accesorios del ataque, y por la tarde de aquel mismo día recibia el General de los navarros un oficio dándole cuenta y detalles de todo; únicamente hubo que añadir que á las cuatro de la tarde estaban desembarcándose cuatro cañones en el muelle de Castro-Urdiales, enviados por el General Moriones desde Santoña; pero el General Elío no tuvo por conveniente

acceder á la propuesta de ataque hecha por Radica, trasladada y apoyada por el Comandante General de Navarra Ollo.

Convencido el activo General republicano de que en Vizcaya le era tan difícil romper las líneas carlistas como en Guipúzcoa, varió de plan y pensó en otro que siempre le había producido buen resultado. Este consistía en llamar la atención de los carlistas sobre Estella. Pensarlo y hacerlo fué obra de muy pocos días. El día 10 hizo una rápida marcha en busca del ferro-carril de Santander; embarcó sus batallones, y ganando horas llegó á Miranda de Ebro por la vía férrea, de allí, después de un ligero descanso para racionar sus fuerzas y calzarlas, siguió á Logroño, y amagó á Estella por la parte de Lerín y el portillo de San Julián.

No se escondieron á los carlistas estos movimientos; pero no pudieron oponerse á ellos por falta de tiempo material, aunque en el instante de saberse por los generales carlistas la sospechosa marcha de Moriones, emprendieron la suya á Estella los navarros y alaveses, pernoctando el primer día en el valle de Llodio, el segundo en Alegría de Alava, y el tercero en la Solana los navarros y en Bernedo los alaveses.

Al ver ya en esta situación á los carlistas, el General Moriones en vez de llevar á cabo su aparente deseo de caer sobre Estella, pensó compensar la pérdida de Portugalete con la toma de La Guardia, punto fortificado de alguna importancia y del cual se habían hecho dueños los carlistas poco después de la batalla de Montejurra. Al efecto, y sin dejar de amagar á Estella, encargó al General Primo de Rivera que con seis ó siete mil hombres y poderosa artillería, atacase la citada plaza guarnecida únicamente por el batallón riojano, de unos seiscientos hombres, que había organizado el veterano Brigadier Llorente, quien se defendió tres días con gran valor; pero al tercero se agotaban ya las municiones, empezó á desmoralizarse la gente, acabando por producirse entre los sitiados graves desórdenes alentados por las desavenencias surgidas entre el anciano Llorente y su segundo, y herido mortalmente el citado Brigadier carlista, capituló el día 1.º de Febrero la guarnición, entregando las armas y quedando en libertad al día siguiente.

Al saberse en Navarra el plan de Moriones sobre La Guardia, hallábase el General Ollo en la Solana, en observación de la columna liberal de la Ribera que practicaba sospechosos movimientos por Lerin, Larraga y Sesma, por lo que no pudiendo el caudillo navarro abandonar la protección de Estella, ordenó que, en combinación con los batallones alaveses del General Mendiry, saliese á ver de llegar oportunamente en socorro de La Guardia el Brigadier Iturmendi, al frente de

los batallones 2.º y 6.º de Navarra, con Radica y Segura y dos piezas de Montaña á las órdenes de Brea é Ibarra, cuyas fuerzas llegaron sin pérdida de tiempo á la Población y el Villar (distantes ya muy poco de La Guardia), precisamente cuando la plaza se entregaba al grueso del ejército de Moriones, por lo que tanto los batallones navarros como los alaveses que se habían corrido á cubrir el puerto de Herrera, retrocedieron á sus acantonamientos cuando se hubieron convencido de que su presencia era ya completamente inútil.

La atrevida marcha del General Moriones tuvo el éxito que se proponía, y fué la segunda ocasión en que engañó tácticamente á los carlistas. Estos pudieron convencerse una vez más de que el General republicano amenazaba un punto para caer sobre otro, y el cebo era siempre el mismo, es decir, Estella. Amenazando á ésta, tenían seguro los caudillos liberales que los carlistas dejarían las empresas y los planes mejor combinados sin ejecución, en el instante que se llamara su atención sobre Estella. Esta repetida falta en los carlistas, produjo el levantamiento del sitio de Tolosa, la pérdida de La Guardia dos veces, y posible hubiera sido también que si hubiesen llegado á entrar en Bilbao, la hubieran abandonado si pensar pudieran en que se comprometía la suerte de Estella. Esta tenacidad carlista corría parejas con la de entrar en Bilbao á todo trance, que hubo durante la primera guerra civil. Más adelante nos convenceremos de que esta manía, reproducida en la última campaña, pudo haber ocasionado el completo desastre de las huestes carlistas en 1.º de Mayo de 1874.

Por lo demás, la pérdida de La Guardia no constituyó un verdadero fracaso para los carlistas, por más que los periódicos liberales dijesen por aquellos días que si bien su ejército había perdido á Portugalete, había en cambio recuperado á La Guardia, y que esta compensación les era ventajosa Los militares que conozcan la situación topográfica de ambas plazas, podrán hacer los comentarios y sacar en consecuencia si eran ó no comparables uno y otro punto, estrechado Bilbao, como ye se encontraba entonces, por las tropas carlistas. La ocupación de La Guardia no costó á éstos más que el tiempo empleado por Llorente en rendir á su corta guarnición, y no equivalía por ningún concepto á la ocupación de Portugalete, no sólo por las ventajas que explicamos ya en otro capítulo, ni por los planes ulteriores sobre Bilbao, ni por el material cogido en ambas plazas, sino por lo que satisfacía el amor propio de los carlistas el haberse apoderado de un punto del que no habían podido hacerse dueños en la primera guerra civil, cuya falta militar expiaron no pudiendo entrar en la invicta villa cuantas veces lo habían intentado anteriormente. Crecieron, pues, sus bríos y sus es-

peranzas de un modo tal, que á la entrada en Estella de los prisioneros de Portugalete, el entusiasmo no reconoció límites. Los batallones vizcainos, dueños de la pequeña villa, revolviéronse sobre Bilbao, acercaron sus trincheras á tiro de fusil de la plaza, estrecharon el bloqueo de una manera harto sensible para sus moradores, y tomaron definitivamente posesión de la cordillera de Archanda y Banderas, Monte Abril y Santa Marina, Ollargan y Castrejana hasta el mar, quedando reducido Bilbao al casco de su población.

En cuanto á operaciones militares en Guipúzcoa y Navarra, escasearon las de importancia por Enero; sin embargo estuvo á punto de ser copada la partida carlista del valiente Mendizábal, el día 25. Hallábase dicho jefe con su fuerza en el valle de Echauri, componiendo un total de cincuenta á sesenta hombres, cuando al amanecer del día referi do se vió atacado por una columna republicana que salió de Pamplona, fuerte de quinientos infantes y cien caballos. Los partidarios se defendieron con heroismo en las casas, y despues de infructuosas acometidas de sus enemigos, los rechazaron al caer de la tarde, haciéndoles un Capiián muerto, diez heridos y seis prisioneros, sin sufrir, en cambio, Mendizábal más que tres bajas.

—

Desde el principio de la guerra acudieron al campo carlista numerosos paisanos de significación, que aun sin poder ejercer mandos militares por haber vivido siempre ajenos á la profesión de las armas, ni sentar plaza de voluntarios por su edad ó circunstancias especiales, prestaron, sin embargo, señaladísimos servicios contribuyendo eficazmente con su valer al más rápido y brillante desarrollo de las tropas del Norte, y á la admirable organización que llegó á adquirir el Estado carlista.

Entre estos beneméritos partidarios de Don Carlos, hubo dos que, en su entusiasmo por la Causa, llegaron hasta á presentar á la aprobación del General Elío acertados planes militares, en Enero de 1874.

Don Pablo Morales, político de clara inteligencia y hombre verdaderamente de acción, que ya en su juventud había sido como el alma del movimiento carlista que fracasó en San Carlos de la Rápita, desempeñando á un mismo tiempo, con singular acierto y actividad, las secretarías de Don Carlos Luis de Borbón, del célebre Consejo de Regencia de Madrid, y del Capitán General de Baleares, D. Jaime Ortega, propuso un plan de operaciones que, basado en una fuerte expedición á Castilla, hubo de aplaudirse por el Cuartel General; pero aplazando su realización para no desatender las proyectadas operaciones sobre Bilbao.

D. Fernando Fernández de Velasco, Diputado á Cortes que habia sido en las de D.ª Isabel II, hombre de gran influencia en la provincia de Santander, Presidente de la Junta de Guerra de Cantabria, tan celoso de su deber que aunque el cargo que ejercía era exclusivamente administrativo, rara vez se separó de la División de Cantabria, tomando con ella parte activa y personal en gloriosas funciones de guerra, propuso un bien combinado plan para tomar á Santander, idea que vino á coincidir con el propósito, que hacía tiempo ya abrigaba el General Elío, de destruir el ferrocarril que unía dicha capital con otros notables puntos del teatro de operaciones, siendo como arteria principalísi-



D. FERNANDO FERNÁNDEZ DE VELASCO

ma, por medio de la cual el enemigo podía acumular en momentos dados considerables refuerzos sobre los carlistas.

Decidióse, pues, realizar lo propuesto por Fernández de Velasco, y encargóse de la operación al General D. Torcuato Mendiry y al entonces Comandante General de Castilla, D. Santiago Lirio, con siete batallones, dos cañones de Montaña y unos trescientos caballos, formando dos columnas, una á las órdenes del primero de dichos jefes, compuesta de los batallones 3.º y 5.º de Navarra y 1.º y 3.º de Álava, la Sección de artillería y el Escuadrón del Príncipe, y la otra columna mandada por Lirio, y formada por los batallones 3.º y 4.º de Castilla, el de Cantabria, los guias y tres escuadrones, dos de la División de Castilla y otro de la de Cantabria.

La columna de Lirio debía cortar la línea férrea en Reinosa, y la de Mendiry debía dirigirse rápidamente á Ramales y Santander, y entrar en este punto batiendo á su escasa guarnición, llevando como persona influyente en el país, al Presidente de la Junta de Cantabria, Fernández de Velasco.

Ambas columnas rompieron la marcha en cumplimiento de su importante misión. Lirio entró aquella noche en Espinosa, después de un reñido combate con la columna de Medina de Pomar, á la que rechazó; pero en vez de cortar la vía por la parte de Reinosa, lo hizo por la de Ontaneda y las Caldas. Mendiry pernoió en Ramales, después de haber huído la fuerza liberal que defendía dicho punto: en la jornada siguiente avanzó hasta tres leguas de Santander, en una marcha penosa por la neblina y la menuda lluvia que empezó á caer por la tarde; despejóse el tiempo al otro día, pero Mendiry no salió hasta las dos, por temor, quizás, á los barrizales del camino. Entretanto, el Gobernador de Santander tuvo tiempo de saber las instrucciones y la aproximación de los carlistas, é hizo que se armase el pueblo y que se construyesen barricadas y todo género de defensas posibles, dada la premura del tiempo y lo inminente del peligro. Supo Mendiry, á su vez, estas circunstancias, por sus confidentes, y reuniendo junta de jefes para tomar consejo en vista de lo ocurrido, resolvióse no atacar por no considerar ya fácil la victoria, retirándose al fin los carlistas sin ser molestados, pero sin lograr su objeto.

Para nosotros es indudable que los carlistas hubieran logrado entrar en Santander, á pesar de la decisión de sus defensores y de las precauciones tomadas, pues las tropas que defendían dicha capital se reducían á dos compañías de Carabineros auxiliadas por voluntarios de la libertad, y el Gobierno de Madrid no podía enviarles refuerzos en algunos días, primero porque carecía de ellos por el momento, y segundo, porque el ferrocarril no hubiera funcionado, y, por lo tanto, la ventaja que la línea férrea pudiera haberles proporcionado, se habría anulado por D. Santiago Lirio. El fuerte temporal de agua y niebla que se desencadenó desde el primer día de marcha, fué la causa eficiente de que retrocediesen los expedicionarios á sus acantonamientos sin lograr sus intentos. Comprendemos que internados en país, sino enemigo, tampoco muy entusiasta por la causa carlista, pudieran haberse visto comprometidas las columnas por falta de mantenimientos en las montañas y pobres caseríos de las mismas, y por la dificultad de comunicaciones con el resto del Ejército carlista. Pero, sin embargo, parécenos que algo pudo arriesgarse el General Mendiry, aún cuando no hubiera sido más que para entrar y salir en Santander,

recogiendo al paso cuanto pudiera convenirle. ¿Hubieran sobrevenido después las sangrientas batallas de Somorrostro, si los liberales no hubieran tenido á su disposición el ferrocarril de cantábrico? Cúlpese á las circunstancias, cúlpese á quién quiera; pero ni Elío, ni Dorregaray ni Ollo desconocieron nunca la importancia de la línea férrea de Santander, ni dejaron de tener los ojos fijos en ella, ni el primero dejó de dar por tres veces la orden ineludible de destruirla á toda costa, primero al Coronel Navarrete, después á los generales Mendiry y Lirio, y más tarde al marqués de Valde-Espina, impidiendo siempre lograr tan ventajoso objeto, la fatalidad de los carlistas y buena suerte de los liberales.

—

Volvamos al cerco de Bilbao. No bien hubo desempeñado satisfactoriamente su misión en Portugalete el Capitán de Artillería García Gutiérrez, volvió á Arteaga para activar la construcción de cañones, proyectiles y demás efectos de guerra que habían de funcionar en el sitio de la capital de Vizcaya. Creemos haber dicho ya que durante su ausencia, había desempeñado sus veces el antiguo Subteniente alumno de la Academia de Segovia, D. Carlos León, haciendo trabajar á los operarios lo que no es decible; pues, aunque idoncós todos, especialmente los maestros Nicolás y Primitivo, en sus respectivos oficios de carpintería y herrería, había que marcarles detalladamente la clase de construcciones que su nueva industria estaba llamada á realizar en lo sucesivo.

La fábrica de Arteaga había marchado por sí sola, digámoslo así, en virtud del impulso científico dado por Garcí Gautiérrez y León, y por el directivo de D. Cástor Andéchaga; por lo tanto, dedicáronse aquéllos con ahinco y estimulados por el feliz éxito obtenido ante Portugalete, para lograrlo en mayor escala ante Bilbao. Recompúsose, pues, todo el material, montajes y efectos que tanto habían sufrido en Portugalete; refundiéronse los cañones poligonales que no habían dado buenos resultados; dióse mayor amplittud á la fundición de bombas y proyectiles sólidos, habilitóse para este fin tmbién la excelente fábrica del Desierto (propiedad de los Ibarras, ricos industriales de Bilbao), y á mediados de Febrero hallábanse ya suficientemente dotados y en disposición de romper el fuego cinco cañones lisos, de bronce, de á 12 centímetros, y cuatro morteros de á 27. Como los fondos escaseaban, hubo que hacer las fundiciones de una manera especial, para ahorrar combustible, y que consistía en calentar el horno con leña y carbón el día anterior al de la colada: de este modo solamente duraba cinco ho-

ras la fundición. Para economizar horas de trabajo, se fundian en hueco los cañones; de otro modo, la fundición en sólido y el barrenado de las ánimas hubiera ocupado un espacio de tiempo interminable para el activo é impaciente General Andéchaga. El taller de pirotecnia, á cargo del Ingeniero industrial Sr. Guillén, produjo siete mil espoletas de bombas, que se consumieron en Bilbao y Portugalete, así como innumerables estopines de canizo, juegos de armas y demás. Empleóse en el sitio pólvora procedente de Aragón, de las provincias vascongadas y de la que en Navarra se hacía en Riezu, bajo la dirección de un antiguo oficial de la primera guerra civil.



D. JUAN N. DE ORBE
MARQUÉS DE VALDE-ESPINA

Capitulo XII

En marcha contra Bilbao.—La opinión de un General carlista.—Sitiadores y defensores de la plaza.—Primer período del asedio.—La vida de los acantonamientos y la vida de los sitiados.—La avanzada de la Salve.—El Ayuntamiento de Begoña.—Misión de la Batería de Ollargan.—La pólvora carlista.—La cuestión de subsistencias.—Temporal.—Sobre salidas.—Episodios.—Levantamiento del sitio.

Todo cuanto aconteció al ejército carlista en su empeño sobre Bilbao, fué previsto por el General D. Nicolás Ollo. Veterano de la primera guerra civil, nos recordaba pasados sucesos, que para nosotros tenían el encanto de ser referidos por un testigo presencial, y que entretenían, instruyéndonos, nuestras pesadas marchas.

Era el General de Navarra, hombre de elevada estatura, de marcial y simpático continente, incansable á caballo, rígido ordenancista y al mismo tiempo tan benévolo con sus inferiores, que no se desdeñaba en oir pacientemente los proyectos más ó menos razonables ó ilu-

sorios de sus subordinados. Tenía, como se dice vulgarmente en la milicia, un ojo táctico de primer orden, creciéndose en las dificultades y peligros.

Unas veces nos refería su entrada en territorio navarro, seguido solamente de veinte y siete hombres: otras veces, la organización de su querido primer Batallón de Navarra: otras, sus marchas y contramarchas por las Amézcoas, burlando á veces hasta cinco columnas enemigas: otras, nos refería las peripecias de la primera guerra civil, explicándonos sobre el terreno las posiciones de cristinos y carlistas en las famosas batallas del puente de Arquijas y Arlabán, ó las divergencias habidas entre los generales Eguía y Villarreal, Uranga y Maroto, ó recordaba, en fin, episodios de la gloriosa guerra de África, en la que también tuvimos la honra de pelear por el honor de España, y en la que se distinguió tan dignamente Ollo que en la *Crónica de la guerra de Africa*, página 87, al describirse la acción de Cabo Negro, ocurrida el 14 de Enero de 1860, hay un párrafo que dice así: «Todos »los del Regimiento de la Princesa cumplieron con sus deberes, distin»guiéndose por su bizarro comportamiento el Comandante Menacho, el »Capitán Buchón, que se batió bizarramente, y los capitanes *Ollo* y »Rodríguez que se distinguieron en la última carga.» ¡Quién nos había de decir al recrearnos con las animadas narraciones de Ollo, que al marchar éste con sus batallones al sitio de Bilbao iba en busca de la muerte!

Pero no divaguemos. Era una mañana fría y despejada del mes de Febrero. En cumplimiento de órdenes emanadas del Jefe de E. M. G. interino D. Antonio Dorregaray, habíamos pernoctado en Santa Cruz de Campezu y nos dirigíamos á Vizcaya con el General Ollo, los batallones 1.º, 2.º, 3.º y 6.º de Navarra y la Batería de Reyero. Dijimos al principio que el malogrado Comandante General de Navarra había previsto casi con detalles todo cuanto luego nos sucedió, y efectivamente, recordamos muy bien que aquel día, razonando sobre las operaciones que íbamos á emprender, nos decia así:

«Mucho he pensado en este asunto; quizás desde el principio de »esta campaña veía acercarse este momento con temor, y como yo soy »muy franco y muy navarro, voy á explanar á V. mi pensamiento. »Unicamente la lealtad debida á mi Rey y el imperioso deber de viejo »soldado, pueden hacer que contribuya á un empeño militar de esta »índole. Ante la plaza se han estrellado siempre las fuerzas carlistas. »En esta guerra era siempre de temer que siguiéramos las huellas de »la primera. ¿Cómo no, si todavía vivimos muchos de aquella época? »No alcanzo todas las grandes ventajas morales y materiales que su

»conquista nos pueda proporcionar. Aún dado caso de que nos apode-»rásemos de Bilbao, cosa bastante problemática careciendo de potente »Artillería, ¿no es verdad que necesitaríamos todos, ó casi todos los »batallones hasta hoy organizados, para su defensa? ¿No sería locura »suponer que el enemigo nos dejase en pacífica posesión de la Villa? »Dicen que nuestro reconocimiento por las potencias europeas como »beligerantes depende de la toma de Bilbao. Pero aún suponiendo más, »suponiendo que los batallones vizcainos bastasen para resistir las aco-»metidas del ejército liberal ¿cómo es posible que el resto de nuestras »fuerzas fuese bastante para contener á los contrarios, y avanzar al »interior de España, lo cual debe ser nuestro primero y principal obje-»tivo? Tan errados vamos nosotros en ésto, como los liberales en sus »acometidas contra Estella. Prescindiendo del efecto moral que pudie-»ra producir la toma de nuestra capital carlista, ¿no se hallarían los »contrarios en iguales condiciones para sostenerla, que nosotros para »conservar Bilbao? ¿No podríamos dejarles en su pacífica posesión y »dedicarnos á completar la Artillería y Caballería que necesitamos »para cruzar en buenas condiciones el Ebro, castigando entre tanto al »enemigo en empresas en que no expusiéramos tanto y cuyos seguros »resultados levantasen el espíritu carlista tanto como quebrantasen la »moral del ejército y del país republicano, facilitando así el éxito de »una expedición nuestra á Madrid? Al pensar nosotros en el sitio de »Bilbao, no olvidemos, y quiera Dios no olviden nuestros jefes, que ha »de preceder á todo la inutilización definitiva de la línea férrea de »Santander, pues por ella nos ha de venir la muerte. Si no bastan tres »batallones, todos en masa debemos acudir á romper, no temporalmen-»te, sino para siempre la vía férrea. Y si esto no se hace, y pronto, el »enemigo no tendrá que discurrir mucho para arrojar sobre nosotros »cincuenta ó sesenta batallones, con dotación sobrada de cañones y »proyectiles para aniquilarnos por muy buenas que sean nuestras po-»siciones. Los liberales, no disponiendo ahora de Portugalete, como »base de operaciones, se nos entrarán por Algorta ó Somorrostro; qui-»zás nos entretengan por allí mientras otras columnas avancen por »Valmaseda ó Durango, y entonces, ¿no tendremos que dividirnos y »que acabar por levantar el sitio para evitar que nos envuelvan y des-»truyan?»

Tales eran las razones que oponía el ilustre General Ollo al asedio de Bilbao, y no hemos querido ocuparnos en éste sin antes referir el modo de pensar que aquel inolvidable caudillo y muchos carlistas teníamos sobre la operación acordada.

Sólo incidentalmente nos ocuparemos en este capítulo de las bata-

llas libradas en los campos de Somorrostro, dejando su descripción para los capitulos siguientes, limitándonos en el presente á referir como mejor nos sea dable, el sitio de Bilbao, cuya ría quedó cortada teniendo los carlistas gruesas cadenas de orilla á orilla y sumergiendo gabarrones rellenos de grandes piedras y mineral de hierro, bajo la dirección del antiguo Capitán de Fragata D. Santiago Patero; obstáculos, estos últimos, que los barcos de la Escuadra no supieron ó no pudieron destruir, y que unidos á la pérdida de Portugalete, Luchana y el Desierto, dieron lugar á que se hiciese sumamente precaria la situación de la plaza de Bilbao.

—

Los carlistas emprendieron el sitio de Bilbao bajo la inmediata dirección del infatigable General Marqués de Valde-Espina, veterano de la primera guerra civil en la que había ganado la Cruz de San Fernando y alcanzado el empleo de Comandante; después había tomado parte en el levantamiento carlista de 1848 y en la conspiración que fracasó en San Carlos de la Rápita; había sido Senador en las Cortes de 1871, y se había distinguido notablemente desde principios de 1873 en numerosas acciones de guerra, y de una manera muy especial, en la memorable victoria de Eraul.

Los batallones que asediaban á Bilbao tenían la siguiente situación: el de Bilbao, con Fontecha, del Puente Nuevo á Artagan; el de Marquina, con Sarasola, en Archanda y Santo Domingo; el de Durango, con el Barón de Sangarren, en Olaveaga y Deusto; el de Munguía, con Gorordo, parte en Olaveaga y algunas compañías destacadas en las Arenas y Plencia; el de Guernica, con Iriarte, en San Mamés é Iturrigorri; y el de Orduña, con Bernaola, en Larrasquitu y la Peña, sumando dichos seis batallones un total de unos cuatro mil hombres.

Antes de formalizar el sitio se reconocieron los emplazamientos de las futuras baterías, por cierto que en uno de estos reconocimientos fué herido el Comandante de Artillería García Gutiérrez, por un casco de granada. También se hicieron trincheras y caminos cubiertos para la Infantería.

El Gobernador de Bilbao lo era el Mariscal de Campo D. Ignacio María del Castillo, procedente del Cuerpo de Ingenieros, veterano de la primera guerra civil en la que peleando contra los carlistas había ganado la Cruz de San Fernando y el grado de Capitán, pasando después á ser profesor de la Academia de Ingenieros, distinguiéndose más tarde en la expedición á Portugal dirigida por el General D. Manuel de la Concha, y en la célebre jornada del 22 de Junio de 1866, en la

que conquistó el entorchado de Brigadier peleando contra los revolucionarios, enfrente de los cuales y acompañando en 1868 á D.ª Isabel II hasta la frontera con las tropas de Ingenieros de su mando, había tenido el envidiable honor de ser el último soldado de la Monarquía.



D. IGNACIO M. DEL CASTILLO

Las fuerzas de que disponía el General Castillo en Bilbao, eran las siguientes: el Regimiento de Infantería del Rey, con 1,277 hombres, el Batallón de Cazadores de Alba de Tormes, con 555, el de Forales, con 648, y el de Auxiliares, con 600, 90 artilleros de Montaña, 123 para el servicio de las piezas de posición, 95 caballos, Guardia Civil y Carabineros, sumando cerca de cuatro mil hombres, con dos piezas de Montaña y unos treinta y cinco ó cuarenta cañones de grueso calibre distribuídos en las bien combinadas defensas de la plaza, pues además de los fuertes del Morro y de Miravilla que desde hacia tiempo protegían la Villa, habíanse construído también los de Mallona y San Agustín, de Solocoeche, de la Cárcel, del Choritoque, del Diente y algún otro.

El Coronel D. Isidro Macanaz mandaba la Artillería de la plaza, y la sección de Montaña estaba á cargo del Capitán Gascón. Las bocas de fuego estaban distribuídas del modo siguiente: En el fuerte de Miravilla, situado al Norte de la población y á la izquierda del río, un cañón de á 16 centímetros, dos de á 12, y uno de á 8, todos rayados; en el fuerte de Mallona, situado al Norte y derecha del Nervión, cinco cañones lisos y rayados de á 8 centímetros; en el fuerte del Morro, que era el principal por su excelente y dominante situación topográfica, había un cañón de á 16, otro de á 12, y otro de á 8, rayados; este

fuerte se hallaba al Sur y á unos dos kilómetros de la villa. Además se establecieron las baterías del Diente, Choritoque, reducto de San Agustín, Estación y Muerte, al Norte, dotadas con dos cañones de á 16, cinco de á 8, otros tantos de á 12, y dos de á 4; las baterías de Albia y Zabalburu, con cañones de á 12 y de á 8, y en fin, la de la Cárcel, con cuatro cañones de á 8, lisos y rayados.

Contaba también Bilbao con una sección de Ingenieros, debiéndose la dirección de la mayor parte de las defensas al entendido y esforzado Capitán del Cuerpo D. Eduardo Mariátegui, á quien, por la escasez de personal militar, ayudaron en los servicios facultativos el Ingeniero Jefe de Obras Públicas D. Adolfo de Ibarreta, los Ayudantes del mismo Cuerpo D. Domingo de Almarza y D. José María Alvarez, y los Arquitectos D. Julián de Zubizarreta y D. Francisco de Orueta, con una compañía que organizaron titulada de *Zapadores auxiliares*, entre cuyos oficiales figuraban varios maestros de obras.

No había perdido, ciertamente, el tiempo el ilustrado y enérgico General liberal Castillo, porque los fuertes estaban bien situados y construídos, y la Artillería de la plaza era muy superior en número y en calibre á la de los sitiadores, lo cual resultaba contrario á las más elementales reglas de la guerra, pues sabido es que para equilibrarse los ejércitos en el ataque y defensa de las plazas, los sitiadores deben estar, por lo menos, en la relación de cinco á uno con los sitiados.

Los carlistas, en cambio, careciendo de bocas de fuego, pues los dos únicos cañones de bronce, de á 12 centímetros y lisos, los tenía á sus órdenes el Brigadier de Marina Patero, en Algorta, hubieron de desenterrar algunos de hierro de á 12 y 13 centímetros, lisos también, y que habían servido en los muelles para amarrar los cables de los barcos. En atención á la falta de buena Artillería, elemento indispensable para sitiar plazas, se decidió en Consejo de Guerra presidido por D. Carlos (y al cual asistieron los generales Marqués de Valde-Espina, Planas y Benavides y los brigadieres Maestre é Iparraguirre), que los morteros fuesen el elemento principal del ataque, tanto por la consideración ya expuesta, como por la de creer que Bilbao se entregaría al recibir las primeras bombas y ver interrumpido su tráfico con el extranjero.

Construyéronse, pues, baterías de morteros en diferentes puntos de la cordillera de Archanda, á 400 metros de la plaza, en Casamonte, Pichón, Santo Domingo y Quintana, encargándose de su mando el Comandante de Artillería D. Rodrigo Vélez.

De las baterías de cañones, que eran dos, una delante de Santa Mónica y otra en Artagán, que batían en brecha á Begoña á cortísima

distancia (unos 150 metros), se encargó un Teniente, y aún sin haber roto el fuego todavía, comisionóse para el mando de dichas baterías al autor de estos apuntes, á quien se hizo acudir precipitadamente desde la línea de Somorrostro, á causa de haber sido herido gravemente aquel oficial al apuntar un cañón sobre Begoña. Después se construyeron otras dos baterías más en la Cadena Vieja y en Ollargan, de las que hablaremos más adelante.

Don Carlos de Borbón se situó en las Cruces, desde cuyo punto podía acudir con igual facilidad al cerco de Bilbao y á la línea en que se había de disputar el paso al ejército liberal. El General Marqués de Valde-Espina estableció su Cuartel General en Olaveaga, y el Comandante General de Artillería Maestre se situó en Azúa, próximo al parque de campaña, que se estableció en un antiguo cocheron en el crucero de Derio; acudieron también allá las compañías de Ingenieros que mandaba Argila, y desde el citado valle de Azúa cuidaba el Brigadier Maestre de que se atendieran las necesidades de todas las baterías, sin desdeñar por eso el acudir con frecuencia al Desierto, donde se hallaba la fundición de proyectiles, ó á las baterías de Santa Mónica, Artagán y demás, para animar á sus subordinados, tomar parte en sus fatigas y trabajos y proveer por sí mismo al aprovisionamiento y demás necesidades de las baterías.

El primer punto de ataque de los carlistas, ó sea su línea más avanzada, la formaban los alrededores de Begoña, en cuyo santuario se albergaba el Batallón de Forales, templo aquél fortísimo, cuyos huecos había cubierto de blindajes el enemigo, y que dominaba una gran parte del campo sitiador. La elección fué muy acertada, por parte de los liberales, porque desde la torre de Begoña, en la que se situaron los mejores tiradores del Batallón de Forales, hacían muy arriesgado el paso de los carlistas, aún desde las trincheras á sus alojamientos. Los carlistas, por tanto, blindaron sus baterías de Santa Mónica y Artagán, y aún así, ya hemos dicho que hallándose haciendo la puntería el oficial de Artillería que las mandó primeramente, recibió un balazo, yendo á matar el proyectil al artillero que con la palanca le ayudaba á apuntar.

A pesar de todo su resguardo, la Batería de Santa Mónica tenía que desenfilarse de los tiros de revés del Morro, y de los de frente de Mallona y Miravilla. La Batería de Artagán, revestida de sacos á tierra, estaba también dominada de frente por los dos últimos fuertes, y de flanco por los de San Agustín y Mallona, á cortísima distancia.

Tal era el estado de las operaciones el 19 de Febrero.

—

Para la mejor inteligencia del relato, conviene dividirlo en períodos, comprensivo el primero, de los hechos de armas verificados desde el 19 de Febrero hasta fines de Marzo, dejando para el segundo los ocurridos hasta el levantamiento del sitio.

Hemos dicho que fueron cuatro las baterías de morteros y tres las de cañones, sin contar la mixta de Ollargán.

Nada tenemos que decir de las primeras, después de haber fijado su situación en el monte de Archanda. Estas fueron construídas por los artilleros de Vizcaya, á las órdenes de los comandantes Vélez y García Gutiérrez, resultando éste herido, como hemos indicado, en uno de los reconocimientos previos verificados en dicha cordillera. Todas estaban dotadas de morteros de á 27 centímetros y sus proyectiles procedían, unos de la fundición de Arteaga y otros de la del Desierto.

En cuanto á las baterías de cañones, debióse su construcción á los voluntarios del Batallón de Bilbao, y su ingeniosa situación al Coronel del mismo, D. José Seco Fontecha, quien había sido mucho tiempo Comandante de la Guardia Civil de Vizcaya, excusando decir, por tanto, la valía de sus servicios en un terreno como aquel que conocía á palmos. La de Artagán se hizo, como hemos indicado, para batir en brecha á Begoña y evitar que los tiradores de su torre hicieran imposible ó muy difícil el trasladarse de un punto á otro de las posiciones carlistas, dada su dominación. Se aprovecharon para ello las dos paredes de piedra del foso de un fuerte que hubo allí en la primera guerra civil, y el tercer lado se rellenó de sacos á tierra, cubriéndose además las paredes de la cañonera, con maderos y tierra, dándole el espesor suficiente para defenderse de los fuertes que dominaban á su vez la Batería tanto por el número como por el calibre de sus piezas. La de Santa Mónica fué asimismo levantada por el ya citado Batallón, que se albergaba en los conventos de las Recogidas y de Santa Clara. Su construcción era análoga á la de la Batería de Artagan, con su correspondiente cumbrera blindada.

Si no hubiera sido por esas defensas, ¿cómo habría sido posible, no ya atacar, sino mantenerse siquiera á la defensiva, con dos cañones lisos de á 13 centímetros contra diez veces mayor número de piezas rayadas, y de los calibres de 12 y 16?

Para ofender con mejor éxito al fuerte de Mallona, cuya proximidad á la Batería de Artagán flanqueándola, hacía muy comprometido su servicio, construyó una Batería provisional el Teniente Coronel Brea, en el intervalo comprendido entre las dos, emplazando en ella dos cañones lisos de á 12 centímetros, fundidos en Arteaga, los cuales pasaron luego á la Batería de la Cadena Vieja, la cual fué dirigida con

todas las reglas de la fortificación por el Teniente Coronel de Ingenieros D. José Garín.

Llegó, pues, Brea, acompañado del Capitán D. Luis Ibarra, desde Somorrostro, el 20 de Febrero, haciéndose cargo en el acto, de la organización y mando de las baterías de cañones, con entera independencia de las de morteros, haciéndole entrega de sus puestos el Coronel Fontecha, y hecho el correspondiente acopio de pólvora y proyectiles, de lo cual se habían ocupado asiduamente el Comandante General Maestre, García Gutiérrez, León y Ortiz de Zárate, esperamos la orden de romper el fuego.

Hétenos ya frente á la plaza de Bilbao, á la que no se puede decir que se sitiaba, sino que se bloqueaba y circunvalaba, toda vez que, como ya hemos expresado, para embestir á una plaza, debe el sitiador hallarse con el sitiado en la relación de cinco á uno, mientras que nosotros, solamente en Artillería, estábamos con los liberales en la relación de uno á 12.

El mismo día 20 llegó á nuestra línea el arrojado y caballeroso General Marqués de Valde-Espina, con el Coronel Fontecha, á quienes acompañamos, recorriéndola toda ella á pie, no sin ser saludados por los fuertes de la plaza con algunas granadas, pues era tal la proximidad entre unos y otros combatientes, que tres hombres reunidos éramos ya causa de que nos hicieran fuego los artilleros liberales. Por cierto que al recorrer la línea nos acaeció el siguiente hecho curioso: Sabido es que Valde-Espina era completamente sordo, y diciéndonos Fontecha en su voz natural, lo feliz que era el General no oyendo el repetido paso de los proyectiles á nuestro alrededor, se encaró el Marqués rápidamente con nosotros y nos dijo: «Están equivocados: lo único que oigo bien son las balas.»

El día 19, y según los usos de la guerra, el General carlista Valde-Espina anunció el bombardeo con veinte y cuatro horas de anticipación, que se prolongaron otras tantas, para que salieran de la Villa los cónsules, las mujeres y cuántos no se creyeran útiles para la defensa.

El día 20, el General liberal Castillo distribuyó convenientemente sus fuerzas; estableció vigías en las torres, para avisar la llegada de las bombas, y á las doce y media del día 21 salió de la Batería de Pichón la primera bomba disparada contra la plaza, sobre la que sucesivamente rompieron el fuego las de Casamonte y Quintana. El bombardeo continuó sostenido durante toda la noche, arrojándose unas 140 bombas. El mayor número de ellas se dirigía al parque de San Nicolás, dónde se creía custodiaban los liberales sus municiones, como así era

en efecto. El destrozo fué grande en el caserío, contándose entre otros la rotura de un cable del puente colgante.

Las baterías de Artagán y Santa Mónica empezaron su trabajo de demolición de la torre de mampostería de Begoña, logrando, al cuarto ó quinto día de cañoneo, romper los blindajes de los huecos de las campanas, con lo que si no se conseguía alejar á los forales, se dificultaba, por lo menos, su situación, mientras recomponían los desperfectos sufridos.

Para no hacer de nuestra narración un diario de operaciones, nos limitaremos á referir los hechos y episodios más principales acaecidos en ambos campos. Baste decir, condensando esta reseña, que desde que se arrojó la primera bomba hasta el 31 de Marzo, cayeron tres mil seiscientas sobre la población y novecientas balas sobre Begoña, logrando ahuyentar por completo á los defensores del piso superior de la torre, rompiéndoles la escalera y destruyendo un tercio próximamente de la mampostería del primer cuerpo. Fueron asimismo tan insistentes los disparos dirigidos al parque de municiones, que tuvo éste que ser trasladado bajo la bóveda de un arco en seco del puente de San Antón.

El bombardeo tuvo que ser suspendido muchas veces no horas, sino hasta días enteros, por falta de pólvora, á pesar de encargarla Valde-Espina á Francia, y á pesar también de los esfuerzos que para conseguirla hacia el mismo Don Carlos, gracias á cuyas valiosas gestiones llegó un día (creemos que á mediados de Marzo) un carro procedente de Aragón atravesando las líneas del enemigo, sin que éste llegara á advertir el paso de tan importantísimo convoy.

Los morteros tuvieron que refundirse, y la escasez de balas forzó á los carlistas á diseminar por el campo cientos de voluntarios para buscar las tiradas por el enemigo, y poder alimentar así sus bocas de fuego.

—

Mientras tanto, los bilbaínos, á quienes no puede negarse en justicia lo heroico de sus sufrimientos y el estoicismo con que perseveraban en sus rudas fatigas, tuvieron que prescindir de los pisos superiores y trasladarse á los bajos y los sótanos de las casas. Ya á fines de Marzo, empezaban á no ser tan fáciles los mantenimientos: faltaba la carne, la harina escaseaba y aun cuando las bajas no eran muchas, la moral de soldados y bilbainos empezaba á decaer, si bien ponían rostro alegre á los reveses. Su valor cívico era grande, repetimos, y no hemos de ser nosotros quienes regateemos alabanzas á nuestros enemigos políticos.

La vida en los acantonamientos carlistas era lo más satisfactoria posible; pero íbanse convenciendo muchos, como nosotros ya lo estábamos desde el principio, de que los bilbaínos no se rendirían solamente con el bombardeo. Tanto se llegó á arraigar esta idea, lo mismo en una que en otra línea carlista, que se llegó á pensar seriamente en el asalto; en su consecuencia, una noche, previa la venia del General Elío, atravesaron la ría los batallones 3.º y 6.º de Navarra al mando del Brigadier Lerga, llegando tres horas antes del amanecer á Olaveaga, dispuestos á lanzarse en seguida sobre Bilbao; pero no hallándose prevenido el General Valde-Espina de la llegada de tan poderosa ayuda, y temiendo que se resintieran del caso los vizcaínos que rodeaban la plaza, hubo de desistirse de la empresa, regresando los navarros, mohinos y cabizbajos, á su campo de Somorrostro.

Pero volvamos á la vida en los acantonamientos carlistas. Al amanecer rompían la diana las músicas y charangas de nuestros batallones, cuyos acordes daban siempre lugar á algunos cañonazos con que nos saludaban los fuertes enemigos, máxime si á continuación de la diana entonaban los nuestros la *Pitita*, lo cual nos recordaba los gloriosos días de la campaña de Africa, en la que también nuestras dianas causaban igual efecto que en los republicanos, en los moros, quienes casi siempre contestaban á balazos á las músicas de los españoles.

Los oficiales y los voluntarios desayunaban frugalmente, y cada cual se iba al punto que tenía designado desde la víspera. Los más madrugadores oían Misa, que decían los capellanes en los templos habilitados para el culto; el más concurrido lo era el de las Recogidas, donde se alojaba la Artillería y la fuerza franca de servicio del Batallón de Bilbao. Los que no tenían misión señalada en el servicio del día, se encaminaban á las alturas de Monte-Abril, Santo Domingo y Axpe, desde dónde se distinguían claramente los movimientos y los disparos de ambos ejércitos en Somorrostro, ó bien se iban á las baterías de morteros á pasar el tiempo viendo lanzar bombas sobre la plaza liberal. Las baterías de cañones no eran tan visitadas, no por el peligro que en ellas podía correrse, y que no era escaso en verdad, sino porque sus emplazamientos no podían contener muchos curiosos. Sin embargo, casi toda la oficialidad del buen Batallón de Bilbao desfiló por ellas, ofreciendo su ayuda á los artilleros y proporcionándonos la satisfacción de disfrutar con frecuencia de su excelente compañía, recordando entre nuestros más asiduos favorecedores á los capitanes Rovira, Castillo y Llana, al Alférez Marín y al Médico Moreno.

A las doce cesaba el fuego, se descansaba hasta las tres de la tarde,

y al regresar á sus acantonamientos los carlistas, veíanse acompañados siempre por los multiplicados disparos de los fuertes liberales. La noche se pasaba viendo arrojar bombas sobre la capital de Vizcaya, la cual desde un principio había suprimido el alumbrado de casas y calles, para no ofrecer tan fácil blanco á los disparos, relevándose de noche, también por análoga razón, el servicio entre los carlistas.

Los días en que escaseaba ó no había pólvora, se empleaban en recorrer los alrededores de Bilbao y las posiciones de la línea de Somorrostro.



D. RAMÓN DE ALTARRIBA
BARÓN DE SANGARRÉN

Cuando el General republicano Moriones retrocedió en Febrero ante los batallones carlistas mandados por el insigne Ollo, el Marqués de Valde-Espina ofició al General Castillo comunicándole la nueva é invitándole á que enviara algún jefe ú oficial de su confianza, para cerciorarse del hecho; con este motivo mediaron corteses comunicaciones entre el noble Marqués y el ilustre Gobernador militar de la Plaza, por más que éste no aceptara la galante invitación del General carlista.

La monotonía del sitio hubo de romperse solamente en dos ocasiones durante el mes de Marzo. La casa Delmás, refugio de 35 carabineros de la avanzada de la Salve, fué atacada y tomada por algunas compañías del Batallón de Durango, á las órdenes del Barón de San-

garrén, cayendo prisioneros cuantos la defendían. Esto sucedió el día 14 de Marzo; aquella misma noche se frustró otro ataque de los carlistas contra la Casa-fuerte del Ayuntamiento de Begoña, para cuya operación habíanse preparado faginas y camisas embreadas y un carro de paja rociada con petróleo; pero por más que al mismo tiempo rompían el fuego sobre la Plaza los batallones carlistas en Albia y otros puntos, los forales sospecharon y su vigilancia ó su espionaje les avisó con tiempo y pudieron estorbar el ataque.

Concluímos este período con una noticia que llenó de luto los corazones y de llanto los ojos de todos los militares carlistas. Nos referimos á la muerte del General Ollo, del Brigadier Rada y del Auditor Escudero, víctimas de una granada que reventó en el grupo donde aquéllos se encontraban, el día 29 de Marzo. Sabido es el prestigio de que Ollo y Radica gozaban entre sus compañeros y subordinados, el uno por su iniciativa é inteligencia, y los dos por su temerario valor y empuje; la *Narración militar de la guerra carlista*, escrita por el Cuerpo de Estado Mayor, al hablar de este triste suceso dice del malogrado Comandante General de Navarra que: *era un jefe de gran prestigio y valor, y de bastante iniciativa, y su vacío difícil de llenar.*

—

Deseando los sitiadores defenderse de los continuos y cercanos fuegos de las Baterías de Mallona, que les convertía, á su vez, en sitiados, se construyó en una noche otra Batería artillada con dos cañones lisos de bronce, de los fundidos en Arteaga. Pocos días pudo funcionar, sin embargo, porque flanqueada por las bien servidas baterías del fuerte del Morro, fué destruída por éstas á las pocas horas, y si bien se arreglaban sus averías por la noche, volvía á ser arrasada al día siguiente. Esto hizo pensar en llamar por otro lado la atención del Morro, y como la falta de bocas de fuego era grande entre los carlistas, como hemos dicho ya, el Marqués de Valde-Espina ordenó á un Batallón que se situara en la Peña, y el Comandante General de Artillería, Maestre, dispuso que se colocara un mortero, bajo la dirección del Capitán D. Luis Ibarra, en el alto de Ollargán, que dominaba al Morro, con la única misión de arrojar bombas sobre los emplazamientos de las piezas de dicho fuerte, al mismo tiempo que los tiradores del Batallón carlista hacían que los artilleros liberales no obrasen tan á mansalva como antes. Ambas fuerzas cumplieron las órdenes recibidas, y desde principios de Abril el fuerte dejaba en libertad á las demás baterías carlistas para funcionar contra la Plaza, pues varias bombas cayeron entre los cañones enemigos, destruyendo sus montajes y explanadas.

Al mismo tiempo se ordenó por el Brigadier Maestre, que se fundieran en Azpeitia cañones de á 12 centímetros y uno rayado de á 10, para el cual se eligió terreno en Ollargán y se construyó convenientemente una cañonera para cuando lo recibiéramos.

Luchando los carlistas con la absoluta falta de elementos, tenían que limitar su acción al empleo de los cañones y morteros cuando había pólvora, recurriendo muchas veces al forzoso silencio por dos ó tres días, con tal de arrojar en uno sólo las economías de los anteriores.

Un día se nos avisó que fuéramos á probar una gran cantidad de pólvora que los voluntarios habían encontrado. El júbilo nos hizo montar en seguida á caballo y marchar al Crucero, que era un edificio situado en la confluencia de las carreteras de Derio y Bilbao. Allí nos esperaban el Comandante General de Artillería y los Comandantes Vélez y García Gutiérrez. A la simple vista nos pareció á todos pólvora de mina, y habiendo extendido un reguero de ella de un metro de longitud, vimos con desaliento que el fuego tardó en recorrer tan pequeño trayecto, minuto y medio, reloj en mano. ¡Cuál no fué nuestro desconsuelo entonces!

Forzoso fué, por lo tanto, á los carlistas llevar perezosamente el asedio en el mes de Abril, si bien el 11 se alteró la monotonía entre unos y otros combatientes, á causa del terrible temporal de agua, nieve y viento que se desató en la noche de dicho día. Los aguaceros se sucedían unos á otros, y en cuanto el agua cesaba, se convertía en nieve, la que tanto en los montes inmediatos á Bilbao, como en los de Somorrostro, llegó á tener el espesor de cinco á seis centímetros. El viento silbaba violento al atravesar por los huecos que hicieran las granadas enemigas y por las ventanas sin cristales del Convento de Recogidas, donde nos albergábamos. En medio de todo, sin embargo, nuestro pensamiento no se apartaba un punto de los compañeros de armas que no tenían ni aún nuestras derruídas paredes y techos para guarecerse.

Amaneció, y no tuvimos más que echar una ojeada sobre las posiciones enemigas, para que se convirtiera en júbilo la angustia de la pasada noche. Lo que ocasionó nuestra alegría fué el ver por tierra un lienzo del fuerte de Miravilla, que arrastró tras de sí uno de los cañones rayados de á 16 centímetros que tanto nos molestaban. Ya nos creíamos dentro del temido fuerte, é igualado desde allí el combate contra el Morro, Mallona y Bilbao. Los voluntarios pedían á voces el inmediato asalto, y el jefe que esto escribe marchó en seguida á dar cuenta de tan feliz novedad al Comandante General de Artillería.

Llegado que fuimos á Azúa, á las pocas palabras hicimos partici-

par al Brigadier Maestre de nuestro entusiasmo, conviniendo en el plan de la operación. Reducíase éste simplemente á hacer converger desde Albia ó la Peña á cualquiera de nuestros batallones, y aún nos ofrecimos á tomar parte en la operacion, con los artilleros vizcaínos, quienes *como no tenían pólvora y por lo tanto nada que hacer, no encontraban medio mejor para no aburrirse*, palabras textuales de aquellos bravos.

De acuerdo, pues, Maestre, en que contando con Miravilla podíamos imponernos, no tan sólo á Bilbao, sino que también á los demás fuertes, haciéndonos así dueños de la Plaza, salió acto seguido en demanda del Cuartel General para proponer lo que habíamos acordado. ¡Qué largas nos parecieron las horas que transcurrieron hasta la vuelta del Brigadier! Regresó Maestre, por fin, diciéndonos que volviéramos á las baterías, porque había que esperar la resolución del General Elío. Altas razonas, sin duda, debieron oponerse al proyecto contra Miravilla, cuando el Jefe de Estado Mayor General carlista no dió la orden para el ataque: entretanto, pasaron las horas, y pasaron dos días, y acabó por desaparecer la oportunidad y aún la facilidad de la operación, pues como los ingenieros y los artilleros liberales no se descuidaban, al cabo de aquel tiempo se hallaba ya el fuerte como antes del temporal, ó tal vez en mejor estado de defensa.

A nuestro juicio, perdióse por completo la ocasión de hacernos dueños de Bilbao, y las esperanzas de conseguirlo por otros medios, pues probado estaba que los del bombardeo y bloqueo no producían resultado.

—

Hemos dicho anteriormente que todos, ó casi todos los vecinos y defensores de la invicta Villa, se habían trasladado á los pisos inferiores de sus casas, con el fin de evitar ó disminuir los horrores del bombardeo; que allí organizaban su modo de vivir, se reunian unos con otros, cuando los proyectiles dejaban de caer por algún tiempo, y que los mantenimientos iban subiendo de precio, conforme se iban agotando.

Muchos de los defensores de Bilbao murmuraban, aunque embozadamente, de su Gobernador militar, porque, disponiendo de tropas en suficiente número con relación á los carlistas, no rompía sus líneas con lo que hubiera cesado el malestar que á todos acosaba. Pero no tenían razón, y eso que el mismo General carlista Elío escribía á Dorregaray, el 16 de Abril, lo que sigue: «Extraño mucho que no llegando nuestra »fuerza más que á unos tres mil hombres, y disponiendo el enemigo de »siete mil, no ataquen y fuercen nuestras líneas». No tenía tampoco

razón Elío: el General Castillo no disponía de bastante número de disparos de fusil para semejante función de guerra. Éste era el secreto de la aparente calma del pundonoroso Gobernador de la Plaza, secreto que guardó hasta el extremo de que nunca llegaron á sospechar, ni menos á advertir, los soldados que tenía á sus órdenes, que no había en los parques repuesto alguno, y que toda su reserva la llevaban en sus cartucheras.

Hay circunstancias en la vida, en las que es preciso sobreponerse no solamente á la queja general, sino que, también, sufrir en silencio ataques que tienen visos de fundamento. Algo de esto nos pasaba también á los carlistas: la principal sinrazón que los liberales nos echaban en cara, era que se bombardeaba la ciudad y no se cañoneaban los fuertes. Más que ellos nos lamentábamos nosotros del caso; pero, ¿cómo atacar los fuertes si carecíamos en absoluto de Artillería, pues no podía apellidarse tal á las tres piezas de hierro desenterradas y los dos cañones lisos de á 12 centímetros? ¿Qué eran estos cañones, en número y calibre, comparados con los treinta ó cuarenta rayados de que disponía la Plaza en fuertes perfectamente construídos por los ingenieros liberales? Prueba de nuestro aserto, lo es que en el momento en que pudimos disponer de un solo cañón rayado, de á 10 centímetros, el 27 de Abril, nos trasladamos con dicha pieza á Ollargán y arrojamos 150 proyectiles sobre el Morro, sin tener en cuenta la superioridad notoria de su artillado.

En este segundo período, ó sea en todo el mes de Abril, habíamos lanzado sobre Bilbao, 1 645 bombas, 300 balas y 150 granadas, que unidas á las arrojadas anteriormente suman un total de 5.300 bombas, 1.300 balas y 150 granadas, habiéndonos contestado los liberales con 8.000 granadas y 2.000 balas.

Todos convenían entonces, en que ni los carlistas ni los liberales pudieron hacer más, ni la población desmereció de los anteriores sitios de la primera guerra civil.

—

Aunque no influyesen en la marcha de las operaciones, no hemos de pasar adelante sin referir dos hechos que demuestran el espíritu de lealtad y abnegación que animaba á los voluntarios carlistas.

Para entrar y salir de la Batería de Ollargán, había que atravesar un terreno como de unos cien metros cuadrados que estaba completamente al descubierto: un día al venir mi asistente con la comida para los oficiales de la Batería, cayó una granada de á 16 centímetros, delante y tan cerca de él, que al reventar le perdimos de vista. Al disiparse el humo, que había hecho el efecto de una fogata, apareció de

nuevo mi asistente con su cesta en la mano, tan tranquilo como si no hubiese corrido ningún peligro, y á la exclamación de alegría que lanzamos todos al verle salvo, nos contestó con la mayor sinceridad y sangre fría: «¡Ah! no hubiera yo sentido morir, sino que se hubieran us»tedes quedado sin comer.»

El otro hecho fué, que habiendo experimentado algunas bajas la Batería de Artagán, subió el ordenanza que me cuidaba el caballo á servir como artillero primero de la pieza. Púseme á apuntar, y al ver que se ponía delante de mí, estorbándome la puntería, le hube de decir que se separara. Al poco rato volvió á ponerse delante, y entonces, al reprenderle y decirle que se fuera á cuidar del caballo, pues como artillero lo hacía muy mal, me contestó con cierto enojo y amargura que no pudieron menos de emocionarme, diciéndome: «¡Cuando »trato de cubrirle con mi cuerpo, me riñe! ¿Cuánto más vale que yo le »sirva de pantalla? Así no le matarán á usted.»

El asistente era alavés y se llamaba Gabino; el ordenanza era navarro y se apellidaba Erro. ¿Puede darse mayor sangre fría y abnegación que la de aquellos dos tan modestos como valientes soldados?

—

Llegamos rápidamente al desenlace. Por los confidentes supimos que el General Marqués del Duero había reunido un cuerpo de ejército para flanquearnos y que tenía ya muy adelantada dicha operación. Desde aquel momento dimos por seguro el inmediato levantamiento del sitio, pues hubiera sido muy arriesgado esperar que nuestro Ejército de Somorrostro pudiera dividirse para hacer frente en dos mitades á triplicado número de enemigos.

Nos preparamos, pues, para la retirada, conviniendo, previo consejo con el Comandante General de Artillería, en salvar el material de guerra, compuesto únicamente de los morteros, del cañón de á 10 centímetros y los dos de á 12, pues los de hierro no podían servir más que para volver á sujetar las amarras de los barcos. Reunióse suficiente número de carretas del país, disparóse la última granada el día 1.º de Mayo, á las siete de la tarde, y lanzó la postrera bomba la Batería de Quintana á las diez y media de la noche del mismo día.

Al romper el alba del siguiente, nos hallábamos en Larrabezúa. Las tropas carlistas y las carretas que salvaban los cañones y demás efectos de guerra que habían servido para el sitio, se hallaban paradas á lo largo de la carretera y en los alrededores del pueblo. La causa de tal detención lo era el rumor que corría entre las filas, de que la guarnición de Bilbao había hecho una salida y ocupaba la bifurcación de

las dos carreteras que conducían á Zornoza y Durango, una desde Bilbao y otra desde Zamudio y Larrabezúa. Enterado de esto el Teniente Coronel de Artillería Pérez de Guzmán (quien había salvado aquella noche, con su decisión y arrojo, los dos cañones de á 12 centímetros, lisos, que se hallaban en las Arenas próximos ya á caer en poder de los liberales) se ofreció al General Mendiry, que era el jefe más cercano, para hacer un reconocimiento detenido del campo que se suponía en poder del enemigo y salir así de dudas. El Teniente Coronel de Artillería Brea y el siempre voluntarioso Capitán del mismo Cuerpo Llorens se brindaron á acompañar á Pérez de Guzmán: llegados los tres á la confluencia de las expresadas carreteras y reconocidos con la mayor escrupulosidad los contornos, resultó no ser cierta la noticia ni haber motivo alguno para temer ningún contratiempo, sabido lo cual por el General Mendiry, continuaron su marcha las tropas y el convoy de carretas que conducían las piezas, evitándose quizás un pánico (que, como se vió, no habría tenido razón de ser) gracias á la iniciativa de nuestro querido compañero Pérez de Guzmán.

El Ejército carlista estaba en salvo, no dejando atrás más que aquello que de nada podía servirle ya para ulteriores planes. ¡Pero muchas veces se nos vinieron á la memoria, durante aquella triste noche, los vaticinios del pobre General D. Nicolás Ollo, mientras que con dolor nos íbamos alejando de sus restos que, con los de Radica y tantísimos otros valientes, quedaban abonando los campos de Somorrostro!



D. NICOLÁS OLLO

Capítulo XIII

Ejércitos liberal y carlista en Febrero de 1874.—Acción de Ontón.—Batalla de Somorrostro.—El Duque de la Torre al frente del Ejército liberal.—Intentan los liberales desembarcar en Algorta.—Batalla de San Pedro Abanto.

En el Norte, además de las tropas de todas armas empleadas en guarniciones, destacamentos y otros servicios, podía el General en jefe republicano disponer de 27 batallones de Infantería, tres baterías Krupp, tres baterías de Montaña, algunas compañías de Ingenieros, Guardia civil y forales, y cinco regimientos de Caballería, cuyo respetable ejército estaba organizado en Febrero de 1874 en tres divisiones á las órdenes de los generales Primo de Rivera, Andía y Catalán, y una Brigada de vanguardia y otra de Caballería mandadas respectivamente por los brigadieres Blanco y Jaquetot.

En cambio el Ejército carlista por aquella misma época contaba con tan poca Artillería que no tenía disponibles para acudir de un punto á otro más que cuatro piezas de Montaña de la Batería de Navarra y otras cuatro, también de Montaña, pertenecientes á Alava y Guipúzcoa;

su Caballería se reducía entonces á un Regimiento y algunos escuadrones sueltos; su cuerpo de Ingenieros no tenía en armas más que algunas compañías, y si bien su Infantería había llegado ya á sumar diez batallones navarros, nueve vizcaínos, ocho guipuzcoanos, cuatro alaveses, otros cuatro castellanos, dos cántabros y otro de aragoneses, como con estos treinta y ocho batallones había que atender á un mismo tiempo á los cercos de Bilbao y de Tolosa y á la defensa de Estella y otros puntos importantes, solamente pudo reunir Don Carlos de Borbón cuando llegó á la línea de Somorrostro, y para defender la misma, un total de diez y ocho batallones con ocho piezas de Montaña.

Eran Comandantes generales carlistas de Navarra, Guipúzcoa, Alava, Aragón y Vizcaya, respectivamente, D. Nicolás Ollo, D. Hermenegildo Díaz de Ceballos, D. Torcuato Mendiry, D. Antonio Lizárraga y el Marqués de Valde-Espina; los batallones castellanos se pusieron á las órdenes de D. Gerardo Martínez de Velasco; D. Castor Andéchaga, con sus batallones de Encartados, se encargó de observar al enemigo que pudiera acudir por la parte de Castro-Urdiales, y, en fin, con batallones de todas las provincias del Norte, se organizó una División de operaciones cuyas brigadas se pusieron á las órdenes de los brigadieres, D. Elicio Berriz y D. Rafael Alvarez Cacho de Herrera, y cuyo mando se confió al Teniente General D. Antonio Dorregaray, quien en aquella época desempeñaba también el cargo de Jefe de Estado Mayor General por ausencia y enfermedad del General Elío.

Concebido por el Teniente General D. Domingo Moriones el plan de la liberación de Bilbao, nada más sencillo para él que hacer una llamada á la ribera del Ebro, de los batallones carlistas que operaban en Vizcaya y Santander, para entonces volverse, aprovechando la vía férrea, por Miranda á Vizcaya y arrollar las pocas fuerzas nuestras que quedasen en dicha provincia, de las cuales había que descontar, por supuesto, las que ocupaban las alturas que rodean á Bilbao y las que vigilaban las orillas de la ría.

No era, sin embargo, la primera vez que se valía el General republicano del mismo ardid de guerra, es decir, amagar un punto para descargar sobre otro; así es que cuando advirtieron los carlistas la posibilidad del engaño, al saber por seguras confidencias el embarque de la Brigada de vanguardia y de la División de Primo de Rivera en Miranda de Ebro, desandaron lo más brevemente posible el camino.

Las tropas liberales llegaron á Santander y doblando sus marchas por la carretera de la costa cayeron sobre Salta Caballo, llave obligada para base de futuras operaciones en Somorrostro.

El General Primo de Rivera había llegado á Castro el día 14 de Fe-

brero con unos siete mil hombres, y ordenó al jefe de su vanguardia que iniciara el ataque con sus fuerzas, siguiéndole él de cerca con las restantes, forzando el paso que guardaba, con pocas tropas, el General carlista Andéchaga.

Este ocupaba las alturas del Cuadro, Mioño y otras más cercanas con dos batallones vizcaínos y algunas compañías castellanas que, á fuerza de perseverancia, había organizado el bizarro Solana; pero no eran bastantes elementos para oponerse con éxito á los enemigos. Bien es verdad que el General carlista Andéchaga había recibido aviso previniéndole, desde el día anterior, de que llegarían pronto en su auxilio siete batallones alaveses y navarros con el General Mendiry, pero de éstos no pudieron llegar á tiempo, y poco antes de terminar la acción, más que dos batallones mandados por el Brigadier Berriz.

A las once de la mañana rompió el Brigadier Blanco la marcha con el propósito de arrojar de sus posiciones á los carlistas, como hemos dicho, y llevarlos de carrera hacia Bilbao, dejando expeditos para el Ejército liberal los pasos más difíciles que en su marcha á la Villa pudieran presentársele.

Las posiciones carlistas fueron embestidas con arrojo y decisión y cañoneadas por las fuerzas de la vanguardia, simulando antes un ataque á las Muñecaz para hacer más extensa y debilitar la línea contraria. De cumbre en cumbre fueron retirándose los carlistas ante la superioridad numérica del enemigo, cañoneada también su derecha por los fuegos de la Escuadra, y el combate duró hasta el anochecer, cuando solamente había llegado á las posiciones carlistas el escaso refuerzo de los dos batallones del Brigadier Berriz, en cambio de otros ocho batallones que con el General Primo de Rivera habían operado su conjunción con los que mandaba el Brigadier Blanco. Perdiéronse, pues, por los carlistas, Salta Caballo y Ontón, pasando á pernoctar en San Juan de Somorrostro, sufriendo pérdidas importantes; pero no fueron menores las de los liberales, quienes tuvieron 8 muertos y 66 heridos, haciendo noche en las alturas conquistadas sobre Ontón y Mioño, y algunas otras fuerzas en Castro-Urdiales.

El General carlista D. Castor Andéchaga, á pesar de su reconocida valentía y de lo bravamente que se condujeron sus batallones, no tuvo más remedio que retirarse ante la desigualdad de fuerzas y la escasez de municiones de que disponía. Creía también que las nuevas posiciones superaban á las anteriores por no tener á la espalda la ría, así es que el día 17 repasó ésta y ocupó las alturas de su frente: así lo consignó de oficio, pidiendo refuerzos al Jefe de Estado Mayor general.

Esta acción fué el hecho preliminar, digámoslo asi, de las operacio-

nes que se sucedieron después, porque ninguno de los dos ejércitos había concluido de concentrarse todavía.

Pero antes de seguir adelante forzoso es que designemos siquiera de nombre los puntos donde habían de librarse los subsiguientes combates.

A partir de Somorrostro se presentan dos cadenas de montañas que limitan el pequeño valle; á su derecha los montes de Cotarro y Triano, de la cordillera de Galdames; por la izquierda el Lucero y Pico del Montaño, que forman parte de la sierra de Serantes, cuyas últimas estribaciones concluyen en la ría. La carretera de Castro á Portugalete corre casi paralela al mar pasando por Mioño, Ontón, Somorrostro, las Carreras y Nocedal: desde este punto va otra que muere en Bilbao: esta misma carretera se bifurca en Sanfelices (barrio, puede decirse, de Somorrostro) y por Memerea y Mercadillo termina en Valmaseda, unida con la carretera directa desde Castro á este punto. Los pueblos y caseríos intermedios, á partir de la costa, son San Mamés, Murrieta, San Pedro Abanto, las Carreras, Santa Juliana, Pucheta y las Cortes. A la espalda de Somorrostro figura el Monte Janeo, y á su pie las aldeas y caseríos de Muzquiz, Revilla, Somorrostro, Sanfelices y Memerea.

Hecha esta ligera reseña, sólo nos resta añadir que los carlistas habían sido reforzados el 16 con tres batallones castellanos mandados por el General Velasco, que se situaron en las Muñecaz; y que el General Mendiry con siete batallones y el General Andéchaga con tres, ocuparon las alturas y caseríos comprendidos entre Montaño y el pico de las Cortes, casi en semicírculo, atrincherándose sólidamente en sus posiciones, así como el Batallón aragonés con el General Lizárraga y cuatro batallones navarros y cuatro cañones de Montaña que llegaron al día siguiente con el General D. Nicolás Ollo, quien, como más antiguo, asumió interinamente el mando en jefe, cuidando prolijamente de la mejor y más oportuna situación de las tropas; estableció fuertísimas trincheras para resguardarse del fuego de la numerosa Artillería liberal; situó su cuartel general en San Salvador del Valle y allí dió una larga orden general al Ejército, la cual sentimos no poseer por creerla un acabado modelo y la mejor de cuantas hemos conocido en nuestra larga carrera militar. En dicho notabilísimo documento detallaba el inolvidable caudillo, con precisión matemática, las posiciones que cada batallón tenía encargo de defender, las que debían ocupar, caso de ser aquellas tomadas por el enemigo, las fuerzas de refresco que habían de ayudar y relevar á las cansadas; la distancia á que había de romperse el fuego á las órdenes de los jefes y oficiales, para evitar el inútil consumo de las escasas municiones de que se disponía, y, en fin, marcaba

expresamente todo cuanto correspondía á cada uno de los comandantes de División y de Brigada.

Dicha orden general, repetimos, bastaría por sí sola para acreditar la pericia y altas dotes de un Comandante en jefe, y ya querríamos poder reproducirla aquí; pero únicamente conservamos la orden relativa á los fuegos, la cual decía así:

«Orden general del 19 de Febrero de 1874, en San Salvador del »Valle.—Estando atrincheradas todas nuestras fuerzas que ocupan la »primera línea de nuestras posiciones, prohibo absolutamente, y los »jefes de los cuerpos serán responsables, que se rompa el fuego á más »distancia que á cien metros, y esto en el caso de que el enemigo se »presente en el orden cerrado, pues haciéndolo en el abierto ó de gue»rrillas debe despreciarse, aunque la distancia sea de veinte pasos; »porque mucho más nos hemos de hacer respetar conservando nuestras »municiones, que consumiéndolas inútilmente, y en último caso hare»mos uso de las bayonetas para rechazarlos y obtener una victoria que »de seguro ha de conducir á nuestro Soberano al sólio de sus mayo»res.—Los jefes leerán esta orden general á sus respectivos batallones. »—El Comandante General interino.—*Nicolás Ollo.*»

Tenemos una indecible satisfacción en consignar la opinión que el General carlista Ollo merecía al entendido y valiente General liberal D. Pedro Ruiz Dana, quien en sus *Estudios sobre la guerra civil del Norte desde 1872 á 1876*, dice lo siguiente: «A principios de 1873 la »principal partida de la zona de que me voy ocupando (Navarra) esta»ba mandada por Ollo, en quien concurrían tales cualidades, que hay »que reconocer era una especialidad para aquel género de guerra: en»contrándose vivamente perseguido en las Amézcoas por dos colum»nas, la misma noche que éstas ocupaban Chavarri y Galdeano, á las »diez de ella pasó á la desfilada entre los dos pueblos, sin que ninguna »de aquellas columnas tuviera el menor conocimiento de su atrevido »paso.»

Don Carlos de Borbón, deseoso, como siempre, de compartir con sus bravos voluntarios los peligros y las fatigas de la guerra, llegó á la línea de Somorrostro acompañado del General Dorregaray el día 18, y se situó en las Cruces, para desde dicho punto poder acudir con igual facilidad al cerco de Bilbao y á las tropas que habían de disputar el paso al Ejército liberal.

Por su parte el Teniente General Moriones había sumado sus fuerzas con las del General Primo de Rivera y el 19 ocupó San Juan de Somorrostro, en donde estableció su cuartel general, dejando á la Brigada de Tello encargada de mantener las comunicaciones con Castro; esta-

bleciόse en dicho día y siguientes en una extensa línea que abarcaba desde Peña Corbera hasta la venta de Poval, frente al pico de las Cortes; construyó en Monte Janeo fuertes baterías artilladas con cañones Krupp de á 8 y 10 centímetros de calibre destinadas á romper la línea carlista durante los combates sucesivos, y cuyos fuegos solamente podían ser contrarrestados por parte de los carlistas con el de ocho piezas de Montaña, cuatro de la Batería de Navarra mandada por don Alejandro Reyero, y otros cuatro de las secciones de Alava y Guipúzcoa, mandadas por D. Javier Rodríguez Vera, las cuales habían de hacer frente no sólo á las baterías de Monte Janeo, sino que también á las emplazadas por el enemigo para batir Montaño y San Pedro Abanto, eficazmente ayudadas por los gruesos cañones de la Escuadra que batían la derecha carlista.

El plan del General Moriones era atravesar la línea nuestra por su centro y abrirse paso á Portugalete, y previo Consejo de oficiales generales, dió sus órdenes para que el día 24 se rompiera el fuego por sus baterías en toda la extensión de la línea carlista, principalmente por su extrema izquierda que ocupaba la Brigada Berriz, contra la cual se destacaron algunos batallones en son de reconocimiento. Los carlistas aguardaron cada cual en su respectivo puesto, decididos á mantenerse en ellos á toda costa, á pesar del horrible fuego de la Artillería enemiga que destrozaba los parapetos y causaba grandísimas bajas. Pero como los carlistas no disponían de los cañones necesarios para contestar al vivo fuego que hacían los de los liberales, se reservaban firmes en sus posiciones para cuando avanzaran las columnas de Infantería del Ejército republicano.

Aquel día no era, sin embargo, el destinado para dar el empuje decisivo. Este se verificó al siguiente, el 25.

El General en Jefe carlista Ollo, que dirigía la batalla, se colocó en San Fuentes; el General Andéchaga á vanguardia; el General Mendiry en el centro; el General Velasco en las alturas de Galdames con tres batallones castellanos, y el General Lizárraga á retaguardia con el Batallón de aragoneses, otro guipuzcoano y dos navarros.

A las nueve de la mañana, previo un violento cañoneo á toda la línea carlista, salieron los liberales de San Juan de Somorrostro, atravesando la ría por la izquierda ó sea hacia Montaño, que era su objetivo principal, porque sin dominarlo no podían dominar las carreteras que conducían á Bilbao. Moriones lanzó la División de Andía con siete batallones hacia dicho punto: la División de Catalán se dirigió hacia San Pedro Abanto y Santa Juliana; y la División de Primo de Rivera marchó hacia la extrema izquierda carlista. Al mismo tiempo rompía

la Escuadra el fuego sobre Montaño. y desde las once de la mañana hasta las cuatro de la tarde no cesó un momento el cañoneo, así como el avance y retroceso de las fuerzas liberales rechazadas en toda la línea, aunque fué tal la decisión del enemigo que en las primeras horas pudo avanzar algo, ocupando el General Catalán el castillo viejo de San Martín, así como el General Andía algunas casas de las laderas del Montaño, y llegando el General Primo de Rivera hasta las Carreras; pero el imperturbable valor de los carlistas les impidió seguir adelante.

Al principiar el General Primo de Rivera su ataque sobre el pico de las Cortes ocurrió un incidente que pudo tener graves consecuencias. y fué que un Batallón guipuzcoano se retiró de los parapetos que tenía encargo de defender, abrumado por el diluvio de proyectiles de cañón que arrojaba el enemigo; pero advirtiendo dicha retirada el Brigadier Berriz, se puso al frente del Batallón más próximo, que lo fué el primero de Alava, y en un impetuoso ataque á la bayoneta volvió á recuperarse la posición, estableciéndose sólidamente en ella y restableciendo el honor de las armas.

Don Carlos de Borbón, que ya había presenciado desde la llanura delante de San Fuentes el fuego del día 24, al ver que el 25 se formalizaba la acción, acudió con el General Dorregaray á la línea de combate: los solemnes acordes de la Marcha real resonaron en el fragor de la batalla, y allí, sirviendo con su brillante Estado Mayor de blanco á numerosos disparos enemigos. vióse aclamado no solamente por sus bravos y leales voluntarios, sino que también por soldados republicanos, prisioneros en las célebres cargas á la bayoneta de aquella memorable jornada, pues los carlistas no se contentaban con responder con certero fuego á sus contrarios, á menos de cien metros (según lo ordenado por el General Ollo), sino que, para ahorrar municiones, salían de los parapetos librándose multitud de combates al arma blanca que dirigían con su acostumbrado arrojo Andéchaga, Radica, Alvarez, Rodríguez y tantos otros jefes de no menor bizarría.

Comprendiendo, el General Moriones, por las numerosas bajas que había sufrido su Ejército, que no podía lograr el plan que se había propuesto, toda vez que no había podido avanzar por su centro ni por sus alas, ordenó la retirada de sus tropas, que volvieron aquella noche á repasar la ría y acantonarse en San Juan de Somorrostro.

La batalla, por tanto, había sido ganada por las precisas órdenes y acertada dirección del insigne General D. Nicolás Ollo, admirablemente secundado por los demás generales, jefes, oficiales y voluntarios del Ejército carlista. cuyos distintos cuerpos rivalizaron todos en valor y

entusiasmo, y Don Carlos de Borbón premió la pericia de Ollo concediéndole merced de título de Castilla con la denominación de Conde de Somorrostro.

Las tropas carlistas sufrieron unas seiscientas bajas; las del Ejército liberal llegaron á dos mil, contándose entre sus heridos al Brigadier Minguella, y entre sus contusos al General Primo de Rivera.

El General en Jefe republicano, á cuyo valor no podemos menos de hacer cumplida justicia y á quien no podían negársele relevantes dotes militares, confesó modestamente su derrota en aquel célebre telegrama



D. FRANCISCO SERRANO
DUQUE DE LA TORRE

que dirigió al Gobierno diciendo: «El Ejército no ha podido forzar los reductos y trincheras carlistas, y su línea ha quedado quebrantada. Vengan refuerzos y otro General á encargarse del mando.»

—

La derrota sufrida por los liberales causó tal sensación en toda España, que el Gobierno de la República acordó nombrar General en Jefe del Ejército del Norte, al más prestigioso de sus generales, que era al propio tiempo Jefe del Estado como Presidente del Poder Ejecutivo: D. Francisco Serrano, valeroso militar que al empezar la primera guerra civil no era más que porta-estandarte de Coraceros de la Guardia Real y que siete años más tarde ceñía ya la faja de Mariscal de Campo, obteniendo todos sus ascensos por méritos de guerra y habiendo ganado también la Cruz laureada de San Fernando: político y soldado de fortuna que, Ministro de la Guerra en el pronunciamiento de 1843, Teniente General al año siguiente y agraciado por D.ª Isabel II con el empleo de Capitán General, con el título de Duque de la

Torre y con la Grandeza de España, había llegado á ser la primera figura de la Revolución al tener la suerte de vencer al caballeroso y no menos bravo Capitán General Marqués de Novaliches en la memorable batalla de Alcolea.

También se incorporó á las fuerzas del Norte el Ministro de Marina D. Juan Bautista Topete, el iniciador en Cádiz de la Revolución de 1868, entendido y bravo marino que había ganado la Cruz de San Fernando en la guerra de Africa y que á las órdenes del heroico Méndez Núñez se habia distinguido en el glorioso combate del Callao.

Para el cargo de Jefe de Estado Mayor General nombróse al General D. José López Domínguez, antiguo oficial del Cuerpo de Artillería, ilustrado y valiente militar que había hecho con gran lucimiento las campañas de Crimea, de Italia y de Africa, ganando en ellas dos cruces de San Fernando, y que acababa de alcanzar dignos laureles aniquilando la temible insurrección cantonal de Cartagena.

Al salir de Madrid el Duque de la Torre quedó ya acordado con el Ministro de la Guerra, Teniente General Marqués de Sierra-Bullones, el envío de grandes refuerzos que fueron llegando con pasmosa actividad y que consistieron en diez mil hombres y toda la Artillería necesaria hasta dotar al Ejército liberal de la linea de Somorrostro de un total de sesenta cañones: (1) dos de á 16 centímetros; cuatro de á 12, de posición; doce de á 10, de reserva; dieciocho de á 8, sistema Krupp; doce de á 8, sistema Plasencia, y otros doce de Montaña, sistema antíguo.

El dia 8 de Marzo dióse una nueva organización al Ejército liberal, que se dividió en dos Cuerpos al mando de los Generales Letona y Primo de Rivera, y dos brigadas de vanguardia á las órdenes de los brigadieres Blanco y Chinchilla; el primer Cuerpo constaba de dos divisiones mandadas por los generales Andía y Catalán, y el segundo Cuerpo estaba también formado por dos divisiones, á cuyo frente figuraban los generales Serrano Acebrón y Morales de los Ríos; á estas tropas se agregaron después, las que de Guipúzcoa llevó el General Loma, y entre todas formaron un total de cuarenta y ocho batallones, con la poderosa Artillería detallada anteriormente, y fuerzas de Ingenieros, Guardia Civil y Caballería, afectas al Cuartel General.

Nada hablaremos ahora de los diversos proyectos de los generales liberales; porque las reflexiones tácticas y estratégicas las dejamos para más adelante, con el fin de no interrumpir la narración de los combates.

---

(1) *Narración Militar de la Guerra Carlista*, por el Cuerpo de Estado Mayor del Ejército; tomo I, páginas 89 y 90.

El Ejército carlista, por su parte, comprendiendo la nube que era de esperar se le fuera encima, procuró aumentar sus contingentes aprovechándose del abandono de Tolosa por los liberales, y por tanto hizo marchar á Somorrostro algunos batallones guipuzcoanos y navarros que se iban organizando, únicas fuerzas de que por el momento se podia disponer sin desamparar Estella, Bilbao y el posible flanqueo por Galdames y Portugalete, y acaso por Vitoria ó por el mar.

El Ejército carlista, á las órdenes del General Ollo, el vencedor de Moriones, se reorganizó y estableció en posiciones de la manera siguiente: El General Andéchaga con los batallones 1.° de Castilla, de Arratia y encartados, ocupaba la extrema derecha, es decir, Ciérvana y las posiciones inmediatas: la primera Brigada, de Zalduendo, con los batallones 1.° y 5.° de Navarra, en Sanfuentes: la segunda Brigada, de Radica, con los batallones 2.° y 7.° de Navarra, en la carretera próxima: la tercera Brigada, de Yoldi, con los batallones 3.° y 6.° de Navarra, en Santa Juliana: la cuarta Brigada, de Goñi, con los batallones 4.° de Navarra y 2.° de Alava, en Nocedal: la quinta Brigada, de Alvarez, con los batallones 3.° y 4.° de Alava, en San Pedro Abanto: la sexta Brigada, de Zaratiegui, con los batallones 3.° y 4.° de Castilla, en los parapetos detrás de Santa Juliana: la séptima Brigada, de Berriz, con los batallones 2.° de Castilla y 3.° de Guipúzcoa, en Pucheta: la octava Brigada, de Aizpurúa, con los batallones 7.° y 8.° de Guipúzcoa, en las Cortes: el General Velasco al mando de las brigadas séptima y octava se encargó de la extrema izquierda de la línea: el 4.° Batallón guipuzcoano se situó en Portugalete, y á las órdenes del Marqués de Valde-Espina quedaron siete batallones vizcaínos para contener las salidas que pudiera intentar la guarnición de Bilbao.

El Ejército liberal apoyaba su izquierda en Poveña y Muzquiz, extendiéndose por Somorrostro, La Cuadra, La Rigada: fuerzas acampadas ocupaban las alturas de la derecha del Ejército, y en el alto de Arenillas se estableció una Batería de á 10 centímetros. Cinco batallones mantenían la línea de comunicaciones en la Concepción y Ontón, y desde Laredo á Santoña se situó un Cuerpo de reserva á las órdenes del General Loma, compuesto de una Brigada y una División del segundo Cuerpo.

Mientras organizaba sus futuros ataques el Duque de la Torre, ocupábanse los batallones carlistas en mejorar sus defensas, erizándolas de parapetos más reducidos, con el fin de presentar el menor blanco posible á la formidable Artillería liberal, y la práctica les llevó á construir zanjas que evitando el relieve disminuían las probabilidades de acierto á los artilleros enemigos: el Teniente Coronel de Ingenieros D. José

Garín dió la última mano al proyecto, y unido esto al pie forzado de tirar á cortísima distancia, con lo cual se ahorraban municiones á la vez que se aprovechaban más los tiros, resultaban las líneas de atrincheramientos carlistas convertidas en un campo casi del todo inexpugnable.

Así transcurrió desde últimos de Febrero hasta mediados de Marzo: los carlistas perfeccionando sus posiciones defensivas, y los liberales trazando y construyendo baterías é ideando diferentes planes de ataque, decidiéndose por último, en Consejo de oficiales generales, que el Cuerpo del General Loma efectuase un desembarco en Algorta, á la vez que el Ejército de Somorrostro intentaba romper la línea carlista.

En efecto, el día 19 se embarcaron las tropas de Loma, dirigiendo personalmente la Escuadra el Ministro de Marina, Vice-almirante Topete, y llegó antes de amanecer al abra de Bilbao. Pero como el Ejército de tierra no debía romper el fuego hasta tener noticias de la Escuadra, y ésta tuvo que regresar por el mal cariz que presentaba el mar, ambos ejércitos estuvieron preparados y contemplándose en sus posiciones, á excepción de algunos batallones carlistas que sospechando la operación del desembarco recibieron orden de reforzar Portugalete y Algorta, así como contener, si era preciso, las salidas que pudiera intentar la guarnición de Bilbao.

El General en Jefe liberal no podía resignarse á renunciar al plan del desembarco, así es que estuvo dos ó tres días esperando á que mejorase el estado del mar; pero á pesar de haber esto sucedido, y sin duda por dificultades de la Escuadra, decidióse al fin á embestir por tierra y de frente los atrincheramientos carlistas.

En su consecuencia, y resuelto el ataque para el día 25, se ordenó al General Primo de Rivera que atacase la izquierda carlista para de este modo proteger el avance por San Pedro Abanto. De la derecha carlista se encargó el General Letona, y del centro el General Loma, debiendo ayudar eficazmente á Letona, con sus fuegos de flanco sobre las trincheras del Montaño, la Artillería de los barcos de la Escuadra, dotada con veinte y tres cañones de á 20, 18, 16, 15 y 8 centímetros, teniendo, por lo tanto, los carlistas que sufrir el cañoneo de ochenta y tres piezas, entre las de mar y las de tierra.

A las siete de la mañana, y protegidas por el vivísimo fuego de sus baterías de posición, rompieron la marcha simultáneamente las fuerzas liberales. Apercibidos convenientemente los carlistas esperaron firmes en sus zanjas el ataque comenzado, recibiendo al enemigo con un nutrido fuego en toda su línea.

Empezaba, pues, la famosa batalla de los tres días.

Con ímpetu sin igual lanzáronse los diez y seis batallones del General Primo de Rivera sobre las escasas fuerzas carlistas, que no eran más, como hemos dicho, que los batallones del Brigadier Berriz y los que bajaron á sostenerle mandados por el General Velasco, que ocupaban antes la cumbre de Triano; pero por esta parte no pudieron los liberales conseguir su objeto, que era el de coronar las posiciones carlistas de la izquierda, pues solamente lograron apoderarse de las Cortes, cuya posición les resultaba insostenible á causa de hallarse dominada por las alturas inmediatas, las cuales continuaron en poder de los carlistas. El General Letona quedó al fin de la jornada en las primeras estribaciones del Montaño, y el General Loma en Las Carreras; pero sin poder adelantar un solo paso, á pesar de lo cercano que se hallaban de su objetivo principal, poniendo la noche fin al encarnizado combate de aquel día y acampando todos en sus respectivas posiciones.

Al amanecer del 26 rompióse de nuevo el fuego, con igual tesón por ambas partes, pero con la diferencia de ser más espantoso el cañoneo á causa de haber emplazado los liberales á menor distancia algunas de sus baterías de posición. El combate continuó cada vez con mayor encarnizamiento por parte de unos y otros, pero sin adelantar nada por su frente, lo cual obligó al Duque de la Torre á reforzar su centro y su derecha. El ataque fué obstinado y sangriento: la distancia que separaba á las dos fuerzas contrarias era tan corta, sobre todo en el centro, ó sea en San Pedro Abanto, que se habrían oído distintamente las conversaciones de unos y de otros, si lo hubiera podido permitir el vivísimo tronar de los cañones liberales.

Convencido el General Primo de Rivera de que no podía llenar su misión ocupando las alturas de Triano, se corrió con la mayor parte de sus fuerzas hacia el centro, dándose la mano con el General Loma, á quien también había reforzado por su izquierda el General Letona con algunos batallones, de manera que el combate principal hubo de circunscribirse al centro, y era de ver á los batallones carlistas de Santa Juliana y San Pedro Abanto, rodeados de una columna de fuego, disparar sus armas con serenidad pasmosa, defendiéndose con sin igual bizarría. No nos compete citar nombres ni unidades tácticas por temor de lastimar á los que nuestra memoria olvidase; pero no hubo uno solo que no se excediese en el cumplimiento de su deber. Al caer de la tarde, comprendieron todos que la batalla tenía que continuar, porque ni el General Primo de Rivera ni el General Letona habían avanzado sensiblemente: sólo el centro liberal había conseguido sostenerse en Las Carreras.

Reprodújose el ataque el día 27 con mayor furia, si cabe, que en los

días anteriores, y con mayor tesón y valentía sostenido por los carlistas en San Pedro de Abanto, Santa Juliana y las casas de Murrieta: la Artillería liberal cubría con sus granadas todos los atrincheramientos nuestros, y sus baterías de las Carreras, establecidas á tiro de pistola, abrasaban, materialmente, nuestras zanjas y parapetos. Los batallones liberales, sin embargo, avanzaban paso á paso: pero al lograr, al parecer, su objeto coronando alguna posición codiciada, veíanse obligados á retroceder de nuevo, librándose multitud de combates á la bayoneta.



D. RAFAEL ALVAREZ

No se sabía qué admirar más, si el denuedo de los republicanos ó el sereno valor de los carlistas.

A vanguardia de las columnas que atacaron San Pedro Abanto marchó un Batallón de Infantería de Marina, en cuyo elogio no hay que decir más si no que fué completamente destrozado, por preferir sus bizarros jefes, oficiales y soldados quedar tendidos en el campo antes que volver la espalda á los carlistas, á cuyo frente se encontraba, precisamente en la misma citada posición, un antiguo oficial de la Armada, el temerario Brigadier carlista D. Rafael Alvarez Cacho de Herrera, quien subido sobre los parapetos de los esforzados alaveses de su digno mando, desafiaba constantemente, y á pecho descubierto, la lluvia de plomo é hierro con que le saludaba el enemigo, y cuando llegaba el momento oportuno lanzábase el primero á la carga, viéndosele

siempre á la cabeza de sus heroicos voluntarios, aún después de recibir tres grandes contusiones. El popular historiador D. Antonio Pirala dice textualmente: «Defendía San Pedro Abanto D. Rafael Alvarez que no »se limitó á pelear desde los parapetos, sino á la bayoneta, y pelearon »él y su gente con bizarría.» Pero, realmente, hay que hacer constar que con igual denuedo pelearon en aquella célebre batalla de los tres días todos los jefes, oficiales y soldados de ambos campos, carlistas y republicanos.

El mismo Capitán General, Duque de la Torre, hubo de consignar después de oficio «que los carlistas se habian defendido con una tena»cidad comparable sólo á la bravura de nuestras tropas.»

Un distinguido jefe liberal, en la obra *Juicio crítico de la guerra civil*, á propósito de estas batallas de Marzo se expresa asi: «El fuego »de nuestra Artillería era poca cosa, á pesar de ser muy rápido y muy »certero, para amedrentar aquellos enemigos tan valientes y decididos »que salían de sus parapetos y se descubrían para tirar mejor contra »las tropas que los asaltaban: La metralla de nuestros cañones no era »suficiente á proteger nuestra Infantería contra unos enemigos tan bra»vos y tenaces.»

Hé aquí algo de lo que dice sobre la batalla de San Pedro Abanto el escritor liberal D. Antonio Pirala en su *Historia Contemporánea*: «El fuego era horroroso en toda la línea: los carlistas resistían desespe»radamente; saltaban en ocasiones de sus parapetos y cruzaban sus ba»yonetas con los que les atacaban con la misma arma; se rehicieron los »liberales; se apoderaron de los caseríos de Pucheta y Murrieta; fueron »rechazados desde San Pedro Abanto, cuya defensa era más obstinada »y donde los liberales sufrían además del fuego de frente y flanco el de »retaguardia producido por una trinchera que con traviesas y rails »construyeron los carlistas en el ferrocarril de Galdames; y como si »esto no fuera bastante, la Iglesia de San Pedro y algunas casas agru»padas á su alrededor, que están sobre una colina, eran defendidas por »los parapetos y más abajo por un arroyo que servía de foso. Heroicos »esfuerzos hicieron los soldados liberales para apoderarse de San Pedro »y de la trinchera del ferrocarril: todo era inútil; llegaron hasta la ori»lla del arroyo, que no pudieron salvar, y allí encontraban la muerte. »¡Cuántos cadáveres llenaron el pequeño prado triangular que hay al »pie de la eminencia en que está San Pedro Abanto y junto á la carre»tera!...»

El mismo Duque de la Torre con su Jefe de Estado Mayor el bravo General López Domínguez, se puso valerosamente al frente de sus tropas para animar todavía más á tan decididos acometedores; todos los

jefes liberales dieron el mayor ejemplo de valor peleando en las guerrillas, pero á pesar de su bravura y la de sus soldados, únicamente lograron al fin de la jornada de los tres días hacerse dueños de las casas llamadas de Murrieta, situadas entre San Pedro Abanto y las Carreras.

Imposible poderse describir el tremendo fuego que por ambas partes se hacía, especialmente desde la una de la tarde hasta el anochecer. Ninguno de aquellos generales y veteranos jefes recordaba parecidas batallas: «Únicamente puede encontrarse algo semejante en la guerra



D. JOSÉ LOPEZ DOMINGUEZ

»de Crimea, pero sólo en la zona ocupada por la torre de Malakoff, »cuando su célebre asalto,» dice el General López Domínguez en su folleto sobre las batallas de la línea de Somorrostro.

La *Narración militar de la guerra carlista*, escrita por el distinguido Cuerpo de Estado Mayor del Ejército, al hacer justicia á la fe y al heroísmo del Ejército carlista cita, entre otros casos, el de una compañía de navarros que, ante el fuego de ocho cañones Krupp que disparaba sobre ella, trató de retirarse de Mantres, pero advertida por sus oficiales de que Don Carlos de Borbón estaba á pocos pasos, volvió á la trinchera rezando en alta voz el acto de Contrición, dispuestos á morir antes que abandonar su puesto de honor; con igual fe pelearon todos.

El ilustrado autor de *La Campaña Carlista*, D. Francisco Hernando, Ayudante de Campo del general Lizárraga, se expresa así en su

citada obra: «Nuestros voluntarios estaban como pegados á los parapetos: dos días llevaba el 4.º de Castilla en el suyo, casi sin comer ni »beber, con infinidad de bajas; y cuando por la noche se envió alguna »fuerza para relevarle á fin de que descansara, pidió que se le dejase »en aquel puesto de honor y de peligro; pues ya que se le había enco»mendado, quería morir en él ó conservarle. *Lo que deseamos*, decían »los soldados, *son picos y palas para recomponer los parapetos, pero »no relevo ni descanso.* Y, en efecto, en vez de dormir, pasaban la no»che abriendo nuevas zanjas y levantando otros parapetos.—El 1.º de »Alava había perdido 180 hombres, y sin embargo, no consintió tam»poco que se le enviase á retaguardia, así como el 4.º de la misma pro»vincia, que había sido muy castigado, contestó como los castellanos, »que aun eran bastantes para conservar sus posiciones.»

La Artillería carlista en todas estas operaciones se portó bizarramente, dada la desventajosa situación en que se encontraba respecto á la liberal, tanto en número como en alcance y calibre de las bocas de fuego; pues dicho se está que no llegaban sus proyectiles á ofender á las baterías muy superiores establecidas en Monte Janco, y que mientras no se pusieron á tiro, sólo pudieron ofender á las columnas de asalto á San Pedro Abanto y á las que intentaron envolver su izquierda, en las alturas del Brigadier Berriz, donde el Teniente Coronel de Artillería Rodríguez Vera cayó gravemente herido, así como en San Pedro Abanto y Santa Juliana los oficiales Llorens y Saavedra, de la Batería de Reyero, y bastantes artilleros.

Las pérdidas de ambos combatientes fueron enormes. Las de los liberales (según documentos oficiales) fueron, en los tres días de combate, dos mil doscientas cuarenta y una bajas entre muertos y heridos, contándose entre los primeros los coroneles Quintana, Trillo y Rodríguez, y figurando entre los segundos los generales Primo de Rivera y Loma y los brigadieres Terrero y Cortijos.

Las de los carlistas fueron también muy numerosas: baste decir que hubo Batallón, como el 3.º de Alava, que tuvo trescientos hombres fuera de combate; puede calcularse que el total de nuestras bajas llegó casi á dos mil.

Las batallas de Marzo en la línea de Somorrostro constituyen una verdadera epopeya; verdad es que solamente la presencia de Don Carlos de Borbón y de sus más esclarecidos generales en los puntos de mayor peligro bastaba para llenar á nuestros heroicos voluntarios de un incontrastable entusiasmo, únicamente parecido al de los rechazados, pero bravos liberales, cuando vieron desafiando la muerte, á la cabeza de ellos, al Duque de la Torre.

¡Españoles todos, al fin!



MEDALLA DE VIZCAYA

Capitulo XIV

Consejo de generales carlistas.—Muertes de Ollo y Radica.—Episodios. —El Marqués del Duero en el Ejército del Norte.—Acciones de Muñecaz y Galdames.—Retirada del Ejército carlista.—Consideraciones sobre la campaña de Somorrostro.

Convencido el Gobierno republicano de que, á pesar de los refuerzos de su Ejército y del imperturbable valor de sus soldados, les era de todo punto imposible forzar de frente la línea de Somorrostro, pensaron por fin en lo que podían haber pensado desde el principio, tanto el General Moriones como el Duque de la Torre, es decir, envolver nuestras posiciones, ó por lo menos flanquearlas en términos de obligarnos á su abandono. Los días que transcurrieron hasta que se dió forma al nuevo plan de operaciones á fines de Abril, empleáronse por ambos ejércitos en renovar y multiplicar sus respectivos atrincheramientos, erizando de dificultades toda la extensión de sus campos, especialmente los carlistas en las avenidas de San Pedro Abanto y Santa Juliana, y los liberales en sus conquistadas casas de Murrieta y las Carreras, estableciendo fuertes baterías para el emplazamiento de sus piezas de grueso calibre.

Así es que el día 28 de Marzo y los siguientes, hasta fines de Abril,

no se renovó el ataque por ninguno de los dos ejércitos, pues ambos necesitaban descansar del esfuerzo titánico que habían llevado á cabo en la siempre memorable batalla de los tres días necesitando á la vez disponer de tiempo para enterrar los muertos de que los atrincheramientos estaban sembrados en los días siguientes á las batallas de Marzo. Unicamente los cañones de Monte Janeo hacían un fuego muy lento, para advertir á los defensores de Bilbao que aun se velaba y se pensaba en ellos.

Pero antes de llegar á las jornadas finales, cumple á nuestro relato dar cuenta del Consejo de Guèrra de oficiales generales verificado bajo la presidencia de Don Carlos de Borbón, de la gran desgracia ocurrida al Ejército carlista el 29 de Marzo y de la reorganización de ambas fuerzas beligerantes antes de las operaciones que dieron fin en Mayo á la campaña de Somorrostro.

Citados convenientemente, se reunieron en Consejo el día 28 de Marzo, como hemos indicado, los generales Elío, Dorregaray, Ollo, Mendiry, Duque de la Roca, Marqués de Valde-Espina, Lizárraga, Martínez de Velasco, Andéchaga, Benavides y Larramendi, y los brigadieres Rada, Oliver, Bérriz, Zaratiegui, Yoldi, Zalduendo, Lerga, Alvárez, Ormaeche y Aizpurúa. El anciano y caballeroso Capitán General don Joaquín Elío tomó la palabra, previa la venia de Don Carlos, y planteó la cuestión de conveniencia en levantar ó no el sitio de Bilbao, ó de retirar la línea de defensa de San Pedro Abanto á la de Castrejana para librar allí la decisiva batalla, ó trasladar la guerra á otras provincias. El General Mendiry contestó afirmativamente á la primera pregunta, fundando su respuesta en las numerosas y sensibles bajas sufridas hasta entonces por el ejército carlista, en su difícil reemplazo y en la escasez de sus municiones. El General Andéchaga y el Brigadier Bérriz opinaron en contrario, afirmando que las municiones había casi seguridad de reponerlas en día no lejano, y que hallándose á tan gran altura la moral del ejército carlista, sería un golpe acaso de muerte para la Causa emprender una retirada, estando tan elevado el espíritu de sus jefes, oficiales y voluntarios, máxime no habiendo sufrido ninguna derrota. Puesto el asunto á votación, y á pesar del voto negativo á continuar en la línea de Somorrostro, emitido por la mayoría de los reunidos, tomó el General Elío la palabra para manifestar que, en vista de las razones expuestas por la minoría, se adhería á ella, habiéndose puesto en estado de defensa otra línea desde Algorta á Banderas y Santo Domingo, y dióse, por lo tanto, la orden para extremar la resistencia y continuar defendiendo las líneas desde Montaño á Triano.

El día 29 fué un día de luto para el Ejército carlista: una granada disparada desde Monte Janeo hizo blanco en un grupo de generales que había salido á recorrer las posiciones, hiriendo de muerte al General Ollo, al Brigadier Rada, al Auditor de Navarra Escudero y levemente al coronel Torrecilla. El caudillo navarro falleció aquella misma noche, y el heroico Radica al día siguiente en el hospital de Santurce. No tenemos palabras para ponderar lo sensibles que fueron para nuestro Ejército la muerte del ilustre y modesto General y la del insigne y bizarro guerrillero de Tafalla. Han pasado veinte y tres años, y al recordar tan inmensa desgracia aun asoman las lágrimas á nuestros ojos, y en tanto tiempo no hemos dado un solo día al olvido su memoria, ni el egregio Desterrado de Venecia, que en su honor y en el de tantísimos otros campeones que dieron su vida por la bandera de Dios, Patria y Rey, ha ordenado celebrar las solemnidades del 10 de Marzo.

Paz á los muertos y sigamos nuestra narración:

El día 30 se pidió un armisticio á los carlistas para enterrar la multitud de cadáveres cuya putrefacción inficionaba el aire con gran detrimento de la salud del soldado. Durante el armisticio hubo varias conferencias entre los jefes y oficiales amigos y antiguos compañeros de ambos ejércitos, y hasta sonó la voz de arreglo entre todos, pero no dió resultado alguno y ni uno solo cambió de campo, dicho sea en honor de unos y otros.

Llegaron á los pocos días los de la Semana Santa, y el Ejército carlista la celebró armando una modesta capilla de campaña en la que se rezaron los divinos Oficios, pasando luego á visitar el improvisado Sagrario todas las tropas, desarmadas y por grupos, siguiendo la cristiana costumbre del Ejército español.

—

El Ejército liberal estaba nuevamente en vías de reorganización: el Duque de la Torre había pedido más refuerzos, no sólo para reponer sus bajas, sino también para emprender operaciones en mayor escala, continuando entretanto en su campo atrincherado de Somorrostro.

El Ministro de la Guerra Zabala ofició el día 3 indicando al Duque de la Torre la conveniencia de que con los refuerzos que á toda prisa se preparaban y que consistían en quince mil hombres se formara un nuevo cuerpo de ejército que rebasando la izquierda carlista cogiera á ésta de revés y la obligara á capitular, ó por lo menos á levantar su línea. El punto de ataque fué el único obstáculo que se debatió en las comunicaciones que mediaron entre ambos generales, y aun con el Comandante en jefe del expresado tercer Cuerpo, el Capitán General Mar-

qués del Duero, adoptándose por fin un plan definitivo consistente en verificar un ataque simultáneo las fuerzas del Duque de la Torre y las del Marqués del Duero, el primero por su frente y el segundo por Muñecaz y Galdames con veinte batallones, sirviendo de lazo de unión entre ambos caudillos una División de siete batallones que destacaría de su derecha el Duque para ponerse en contacto con el Marqués.

Reorganizóse, pues, el Ejército republicano de la manera siguiente: General en jefe, el Capitán General Duque de la Torre, teniendo á sus inmediatas órdenes dos cuerpos mandados por los Generales Letona y Laserna, sumando entre los dos treinta y cinco batallones, con la numerosa dotación de Artillería de posición, de batalla y de montaña de que ya hemos hecho mérito, y constituyendo cuatro divisiones á cuyo frente figuraban los generales Andía, Catalán, Serrano Acebrón y Morales de los Rios, y dos brigadas de vanguardia á las órdenes del General Palacio y de los brigadieres Blanco y Chinchilla. El tercer Cuerpo, ó sea el encargado de flanquear la línea carlista, tenía de Comandante general, como ya hemos dicho, al Marqués del Duero, con veinte y cuatro batallones y veinte piezas de Artillería, formando tres divisiones mandadas por los generales Echagüe, Martínez Campos y Reyes.

Enterados los carlistas por seguras confidencias del plan de los enemigos, padecieron sin embargo, entre otros, un error gravísimo, suponiendo que el Cuerpo del Marqués del Duero avanzaría por Valmaseda, y no por las Muñecaz, y partiendo de esta base tomaron sus medidas para contrarrestarlo. El veterano General Élio, dejando en Somorrostro al General Dorregaray al frente de las tropas que guarnecían dicha línea, tomó el mando de una División de once batallones, y se situó con el General Lizárraga en Traslaviña, como punto céntrico de la nueva línea que estableció en esta forma: El General Andéchaga, con dos batallones de Encartados, en Talledo; el Brigadier Yoldi, con los cántabros, en Muñecaz; el Brigadier Aizpurúa, con los batallones 7.° y octavo de Guipúzcoa, en Villaverde; y el General Martínez de Velasco, desde Santa Cruz de Arcentales hasta Carranza, con los cuatro batallones de Castilla y el de Asturianos, el cual era, por cierto, el único refuerzo que había recibido el Ejército carlista después de las sangrientas jornadas de Marzo.

Acordado en definitiva el plan de ataque por el Ejército republicano, rompieron la marcha el día 27 las tropas del tercer Cuerpo en dirección á Otañez ocupando el pueblo y alturas inmediatas, mediando un ligero tiroteo con las fuerzas carlistas en observación de los movimientos del enemigo. Conocida entonces la dirección del Marqués del Duero,

ordenó el General Elío, que el General Andéchaga fuera reforzado con dos de los batallones que tenia á sus órdenes el General Velasco, quien se apresuró á cumplimentar lo dispuesto por Elío, reuniéndose en junto cuatro batallones carlistas para oponerse, por lo menos, á triple número de enemigos.

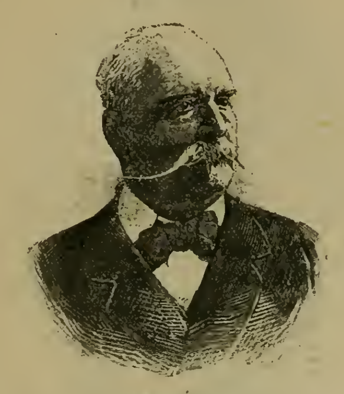
Al amanecer del 28, los generales Echagüe y Martínez Campos recibieron la orden de tomar las dos cordilleras de Haya y Mello respectivamente, para caer después sobre Talledo. Ardua hubiera sido la empresa encomendada á dichos generales si las cortaduras y trincheras carlistas hubieran sido defendidas, siquiera, por doble número de batallones; pero ni los valientes encartados ni los sufridos y no menos bravos castellanos podían hacer imposibles, así es que después de un combate desesperado, aún más que heroico, perdieron sus posiciones, aunque no sin hacer sensibles y numerosas bajas á los liberales, que tuvieron cuarenta y cinco muertos y quinientos heridos. Las últimas trincheras carlistas tuvieron, sin embargo, que ser tomadas por el arrojo del Marqués del Duero y de los generales á sus órdenes, quienes batiéndose en las guerrillas consiguieron, con el ejemplo de su bravura, que sus numerosos batallones hicieran un supremo esfuerzo, y abrumando con tantas fuerzas á los denodados pero pocos defensores, lograsen el éxito de la jornada, que fué funesta para los carlistas, pues perdieron al heroico General Andéchaga y las posiciones que, aún tan bravamente defendidas, tuvieron al fin que abandonar.

Al mismo tiempo las tropas liberales destacadas de Somorrostro, al mando del General Laserna, operaron su unión con las del Marqués del Duero en el pico de Mello, mientras en las líneas de Somorrostro sostenía el Duque de la Torre un nutrido fuego para que los carlistas que tenía á su frente no pudieran intentar el fracaso de las operaciones emprendidas por el resto del Ejército republicano.

Retirados después de la acción de las Muñecaz, los carlistas que la habían sostenido, á Traslaviña el General Velasco con los batallones del Cid y de Arlanzón, y el General Lizárraga con los de encartados á Sopuerta, dispuso, el día 29, el General Elío que tanto dichas fuerzas como los otros dos batallones castellanos, el de Asturias y los demás que con los brigadieres Yoldi y Aizpurrú se mantenían en sus antiguas posiciones, se replegasen sobre Galdames en cuya sierra estableció dos batallones de Castilla, trasladándose después Elío con los restantes de su inmediato mando á Güeñes, á cuya derecha é izquierda escalonó sus tropas creyendo que los liberales se dirigían sobre Valmaseda, cuya idea le dominó hasta el extremo de llegar á pensar en abandonar por completo la sierra de Galdames y trasladar toda su defensa

á Sodupe, (1) volando los puentes de Güeñes. El Marqués del Duero, mientras tanto, se había corrido á Sopuerta, y el General Laserna cañoneaba ó intentaba apoderarse de las Cortes, cuya importante posición defendió bravamente el General Larramendi, rechazando á la bayoneta al enemigo.

Como el Marqués del Duero disponía de suficientes fuerzas, para vencer á los carlistas trató de desorientarlos y de alejarlos de su objetivo principal por medio de diversos movimientos que iniciaron sus tropas, ya hacia Galdames, ya hacia Valmaseda, ya sobre Güeñes y Sodu-



D. GERARDO MARTÍNEZ DE VELASCO

pe. En estas operaciones transcurrió el día 29 y gran parte del 30, pues el plan del Marqués del Duero era hacerse dueño por capitulación del Ejército carlista que defendía la línea de Somorrostro, rebasándola por Galdames y dirigiéndose á Castrejana; habilísima operación que los carlistas no tuvieron la fortuna de adivinar, y que de haberla conocido la hubieran dificultado grandemente á pesar de lo corto de sus fuerzas.

Ya hemos dicho que en la sierra de Galdames situó el General Elío dos batallones, de los cuales estaba encargado de defender la principal posición el 4.º de Castilla, mandado por el aguerrido Solana. Desde que el enemigo dirigió la División de Martínez Campos sobre Galdames, ni el número de los enemigos ni la impetuosidad del ataque arredraron á Solana y á los suyos, que con un valor temerario disputaron sus posi-

(1) Carta de Elío á Dorregaray, fechada en Güeñes el día 30 de Abril de 1874.

ciones con tal tenacidad y causando tan enormes bajas á los liberales, que seguramente, á haberse dispuesto de otro batallón más no hubiera coronado el General Martínez Campos la cumbre en la noche de aquel día tan glorioso para el Coronel Solana y sus bravos castellanos; pero á pesar de la superioridad numérica de las tropas con que atacaron los republicanos no lograron éstos que cediesen los carlistas, sino cuando ya no corría peligro de caer en poder del enemigo el Ejército carlista



D. JOSÉ M. G. SOLANA

de Somorrostro, el cual, gracias á la heroica resistencia de aquel inolvidable Batallón castellano, pudo verificar su retirada sin perder un hombre ni un cartucho en la noche del mismo día.

Gloriosa puede, por tanto, considerarse aquella retirada, pues que tampoco abandonaron los sitiadores de Bilbao, ni un pertrecho ni una sola pieza de bronce, dejando únicamente en las baterías los cuatro cañones de hierro que habían desenterrado al comenzar el asedio y que, como ya dijimos, servían de postes para amarrar los barcos. Débese también tener en cuenta, en elogio del Ejército carlista, que el último disparo sobre Bilbao se hizo á las diez, y que los dos cañones que se hallaban en las Arenas fueron retirados á las doce de la misma noche, incorporándose al resto del Ejército al amanecer del día 1.º de Mayo.

La última Brigada que se retiró fué la de Berriz, y detrás de ella, el último de todos, sólo con sus ayudantes de campo, el Jefe de Estado Mayor General D. Joaquín Elío, cuando ya estaba el enemigo á la vista de Sodupe. Admiremos su valor temerario y su serenidad, pero hay que deplorar el error en que incurrió durante las últimas operaciones, dando origen con él á que el Marqués del Duero realizase punto por punto sus deseos, menos el de hacer prisioneras las tropas carlistas que ocupaban la línea de Somorrostro, si bien libertando á Bilbao, como resultado de sus bien meditados planes y de los del Duque de la Torre.

—

Hagamos ahora algunas consideraciones sobre la campaña de Somorrostro.

No hay que negar al General Moriones singulares dotes de mando, como son el valor y la actividad desplegadas en todas cuantas ocasiones tuvo la dirección del Ejército republicano; pero en medio de aquellas cualidades nunca le cupo dar cima por completo á sus planes de campaña.

Solamente con volver la vista al año 1873 encontraremos la prueba de nuestro aserto. Nadie duda que el objetivo del General Moriones en Mañeru y Montejurra era la plaza de Estella; así como el socorro á Tolosa, en Diciembre, debió haberse completado con la destrucción de las fábricas y maestranzas carlistas. Pues bien, el Ejército carlista le hizo frente en la primera acción de las citadas, y en la batalla de Montejurra, á pesar de la superioridad numérica de los liberales, se retiraron éstos al tercer día de acción.

Cuando el famoso socorro á Tolosa, nadie pone en duda que fué muy bien concebida y ejecutada la primera parte del plan de Moriones, pero quedó en pie la segunda, y se convenció de que no podía redondear su operación destruyendo las fábricas de los carlistas.

Del mismo modo en su plan sobre liberación de Bilbao sucedió otro tanto. Seguramente que si hubiera realizado tan bien como lo ideó el sorprender á las fuerzas carlistas vizcaínas, hubiera hecho levantar el sitio de Bilbao, ó por lo menos hubiera situado su línea en Portugalete, habiendo salvado el escollo de Somorrostro. El Jefe de su primera División, General Primo de Rivera, que en reñida batalla con los carlistas se hizo dueño de Salta Caballo y Ontón, le propuso continuar al día siguiente su avance, y el General Moriones no se lo permitió. Este General cometió entonces dos faltas, á nuestro juicio, que le hicieron perder la partida: primera, no seguir inmediatamente el movimiento de su vanguardia para hacer más firme y obtener su avance hacia Bilbao;

segunda, no permitir que Primo de Rivera se adelantara cuando todavía los batallones que mandaba D. Castor Andéchaga no pasaban de seis, pues el General Mendiry estaba en Sopuerta aquel día, y el General Ollo una jornada más atrás todavía.

La derrota, pues, del General Moriones en los días 24 y 25 de Febrero tiene su explicación, no sólo en la superioridad de las posiciones que debidamente eligieron y atrincheraron los carlistas, sino que también en el número de batallones que éstos pudieron ya oponer al enemigo en aquella fecha; ventajas compensadas en parte por el número y clase de los cañones con que fueron atacados por Moriones.

Díjose entonces que el plan del General en Jefe republicano había fracasado por culpa de los empleados de la vía férrea, que dificultaron sensiblemente el embarque y desembarque de las tropas; pero este descargo agrava más la falta del General, pues estamos muy lejos de creerle tan inocente que no tuviera en cuenta cualquiera dilación por el mal servicio de los caminos de hierro, toda vez que conocía sobradamente el país y los medios incompletos de que disponían los ferrocarriles españoles; circunstancia primera que ha de tenerse en cuenta cuando de marchar por ellos se trata.

El transporte por mar era otro de los elementos que un General previsor debió tener presente, elementos que á pesar de su bondad no dependían de sí mismos, sino del estado de un mar como el Cantábrico en invierno, y del considerable número de barcos que habían de disponerse para la travesía.

Pudo también haber elegido otro objetivo, ó bien combinar un ataque con la marina de guerra, como después se intentó; pero para esto consideramos que no tenía bastantes fuerzas.

Llamado el grueso de las fuerzas carlistas á la ribera de Navarra, y calculando por los antecedentes de Mañeru y Montejurra que podía ser aquella la tercera embestida á Estella, acudieron allí como es consiguiente, puesto que estaban tranquilos por la parte de Vizcaya, no temiendo salida alguna de la guarnición de Bilbao, pues el Marqués de Valde-Espina podía oponer seis batallones y el General Andéchaga otros cuatro á los enemigos que pudieran llegar por Portugalete ó Somorrostro. Sabedores, sin embargo, del rápido movimiento iniciado por el General Moriones hacia Miranda de Ebro, se les presentó claro y distinto á los carlistas el plan de los enemigos, y por tanto forzaron sus marchas en lo posible, sin un punto de retraso; pero no pudieron evitar que las tropas liberales se les adelantaran por el ferrocarril.

Ahora bien, si el General Andéchaga hubiera tomado con más empeño la defensa de Salta Caballo, como se lo indicó oportunamente su

ilustrado Jefe de Estado Mayor el Coronel Argüelles, así como las posiciones que abandonó al retirarse á Montaño y San Pedro Abanto, los combates se hubieran dado con mejor éxito seguramente, y al enemigo le habría costado mucha gente el forzar las primeras posiciones de que pudo hacerse dueño sin disparar un tiro. Fué, pues, una gravísima falta el preferir las defensas últimas á las primeras, sin que se pueda pensar lo hiciera aquel General por falta de tropas, pues ya el General Mendiry



D. ALEJANDRO ARGUELLES

le avisó que se hallaba á una jornada corta con siete batallones de refuerzo y que el General Ollo le seguía con los restantes.

Sentadas estas premisas, la ocupación de Montaño y las sucesivas defensas dominantes de la carretera de Castro, así como la de los montes de Triano, fueron bien elegidas por el Ejército carlista, puesto que el contrario tenía que pasar por aquel camino, desde Castro, donde se apoyaba, hasta Portugalete y Bilbao, si quería el General Moriones hacer sentir á los carlistas el peso de su Artillería de batalla y de posición.

Relevado á su instancia el Teniente General D. Domingo Moriones, ya hemos dicho que fué reemplazado por el Capitán general Duque

de la Torre, entrando en el segundo período de las operaciones.

También hemos dicho que se enviaron al Norte grandes refuerzos, pedidos ya por Moriones y ampliados para el Ejército del Duque hasta poder disponer de cuarenta y ocho batallones y sesenta piezas de Artillería.

Como el objetivo de la liberación de Bilbao se imponía al Gobierno de la República, y ya se habían acumulado en Somorrostro todas las fuerzas de que se podía disponer, el experto Duque de la Torre reunió Consejo de generales á fin de adoptar el mejor modo de romper la línea carlista ó de envolverla con los medios puestos á su alcance.

Reciente tenía el General Serrano el triunfo que había obtenido sobre el Capitán General Marqués de Novaliches en la famosa batalla de Alcolea, precisamente por empeñarse Pavía en atacar de frente el campo de operaciones del puente; así es que el plan á que se inclinó desde un principio fué el combinado con la Escuadra, previa aquiescencia del Ministro de Marina, Vice-almirante Topete. Se proyectó, por tanto, que una columna de ocho ó nueve mil hombres haría un desembarco en Algorta ó Plencia, á la vez que el resto del Ejército liberal atacaría la línea carlista de Somorrostro, con lo cual se conseguiría: primero, entretener á los carlistas para que no pudieran desprenderse de fuerzas; y segundo, una vez verificado el desembarco en puntos donde tan escasos defensores pudieran encontrar, atrincherarse en ellos y dar lugar para que al día siguiente levantara su línea el General en Jefe liberal y la trasladara íntegra á la otra orilla de la ría. Sus previsiones se habrían cumplido, porque dicho se está que ni los batallones carlistas de Somorrostro podían debilitarse ante el rudo ataque de sus enemigos por el frente, ni los que cercaban á Bilbao habrían podido abandonar su puesto dando así lugar á que saliendo de la plaza la guarnición les cogieran las tropas liberales entre dos fuegos. De esta manera, al llevarse á cabo tan bien concebida operación, habrían resultado inútiles las defensas del Montaño y de San Pedro Abanto.

En la segunda parte de este escrito hemos dicho que embarcada con la Escuadra la División del General Loma, llegaron los liberales á la altura de la ria, retirándose al amanecer, porque el mar anunciaba tiempo duro: retiráronse, pues, los barcos á sus fondeaderos, y no podemos comprender el por qué de haberse renunciado á este plan, cuando el tiempo sólo tardó algunas horas en abonanzar y pudo haberse procedido al desembarco en las mejores condiciones.

No es concebible, repito, que la alta autoridad del Duque de la Torre, como Jefe de Estado, no se impusiera insistiendo en su proyecto aprobado por todos sus generales y hasta por el Jefe de la Escuadra.

Volvió, por consiguiente, el General Serrano á pensar en el ataque de frente á las líneas carlistas, si bien encomendando el principal papel al Cuerpo del General Primo de Rivera, para extender su derecha y coger de flanco la izquierda carlista. El General liberal Villegas, competente también en puntos de guerra, sobre todo en la de Vizcaya, opinó que la derecha liberal verificase el flanqueo, no por Triano, sino por el valle de Sopuerta. El Duque de la Torre dió preferencia, sin embargo, al que había de dirigir el General Primo de Rivera, y tan importante creyó el General en Jefe la misión de este General, que puso á sus órdenes dieciséis batallones con la correspondiente Artillería.

Aún este plan, sin ser tan bueno como el del desembarco, podía considerarse como obligado, dada la situación que ocupaban ambos ejércitos en Somorrostro; y de haberse llevado á cabo pudo comprometer seriamente á los carlistas, cogiendo de revés los pocos batallones destinados á proteger su izquierda. Verdad es que al anciano General Elío no podía escondérsele, ni se le escondió, el posible flanqueo de las fuerzas de Somorrostro, por lo que había situado algunos batallones desde Sopuerta á Galdames para estar en observación del enemigo por estos puntos, á la vez que en un momento dado podían reforzar su izquierda.

Verificáronse, pues, las batallas de Somorrostro, como ya hemos descrito, y ni el General Primo de Rivera pudo lograr su objeto primordial, ni el Duque de la Torre consiguió romper el centro ni la derecha carlista; y aunque avanzó algún tanto su línea de combate hasta ponerse casi al habla con sus enemigos, sobre todo en San Pedro Abanto, ya no pudo pensar en seguir adelante sin nuevos refuerzos.

Como hemos dicho anteriormente, al proveer el Ministro de la Guerra, General Zavala, de todo cuanto pudiera necesitar al Ejército de Somorrostro para extender su ala derecha y envolver con éxito las líneas carlistas, hubo varios pareceres y consultas para el mejor resultado de la operación. El Duque de la Torre pensó desde el primer momento en ello, y su plan difería muy poco del que se llevó á cabo después, y del propuesto también por el General Villegas, que profundo conocedor del país había hecho estudios sobre él y á quien oyó el General en Jefe. Aquel General proponía que el nuevo Cuerpo de Ejército que se creaba después de la batalla de los tres días, partiera de Santander y Santoña, y por la carretera y alturas inmediatas bajase á Valmaseda, para desde allí dominar la cordillera de Galdames, cogiendo de revés la izquierda carlista, á la cual embestirían al mismo tiempo de frente respetables fuerzas desprendidas del Ejército que quedaría en Somorrostro con Serrano.

El plan ideado por el Comandante en Jefe del tercer Cuerpo, Capitán General Marqués del Duero. previo acuerdo con el General en Jefe Duque de la Torre, consistía en partir de la misma base para dominar las alturas que á derecha é izquierda de Otañez conducen á las Muñecaz, y por las crestas de los montes caer también sobre San Pedro de Galdames: al mismo tiempo el General Laserna con las tropas á sus órdenes debia marchar hasta las Cortes. partiendo de la carretera de Somorrostro á Sopuerta, correrse después hasta darse la mano con las tropas del tercer Cuerpo, y pernoctar en Montellano, desde donde se domina el valle de Sopuerta, quedando así rebasada la línea carlista.

Ya hemos dicho que los once batallones que á sus inmediatas órdenes llevó el General D. Joaquín Elio para oponerse al flanqueo eran pocos para contrarrestar el doble ataque iniciado por los Cuerpos de Ejército del Marqués del Duero y del General Laserna; pero su colocación y distribución fué aún más defectuosa que su inferioridad numérica. En efecto, en vista de la avalancha de enemigos que se le presentaba distribuyó Elío sus batallones dos á dos, estando por tanto en relación de uno por Brigada enemiga, y no pudiendo así ser fuertes en ninguna parte: Al atacar las divisiones de Echagüe y Martínez Campos en la acción de las Muñecaz, sólo pudieron oponérseles dos batallones de Velasco y otros dos de Andéchaga, que ligeramente atrincherados, aun se defendieron con heroísmo y entretuvieron el combate hasta el anochecer, en que el veterano Andéchaga perdió la vida, pero manteniendo brillantemente el honor de las armas.

Grave falta cometió en aquellos días el Jefe de Estado Mayor General carlista, fiado más que nada en que si la línea de Somorrostro resultaba cortada, podría llevar en buenas condiciones todas sus tropas á la línea de Castrejana; error funesto que perdió á todos. No sostendremos que dados los poderosos elementos de que disponía el Ejército liberal fuera fácil empresa la de imposibilitar en absoluto su victoria; pero seguramente se habría podido conseguir que llegase muy castigado y quebrantado á la posición última de Galdames, en donde ya hemos visto que solo el bizarro Coronel Solana, con su no menos bravo Batallón cuarto de Castilla, tuvo en jaque toda una División enemiga.

La liberación de Bilbao tuvo lugar al fin. Los errores cometidos por unos y por otros todavía son objeto de empeñada polémica cuantas veces se trata de los combates de la línea de Somorrostro. Unos á otros se culpan de sus respectivos fracasos tácticos y estratégicos, y el éxito que coronó el esfuerzo de los liberales se debe según unos al Duque de la Torre, según otros al Marqués del Duero: según nosotros, en nuestra

humildísima opinión, se debe únicamente á las faltas cometidas, primero por el General Andéchaga al iniciarse las operaciones, y en segundo lugar á las en que incurrió el General Elío no acertando á colocar sus batallones de modo que no resultara tan débil por todas partes la defensa de sus posiciones.

Sin embargo, el Ejército liberal no consiguió desesperanzar á los carlistas con su vencimiento, ni debilitarles moral ó materialmente, ni logró más que el resultado material de la retirada: prueba de ello incontestable es que el espíritu carlista se levantó más que nunca, y que cuando Don Carlos de Borbón quiso saber, como Augusto, el número de sus defensores en 1.º de Julio de 1874, se vió que disponía de cien mil combatientes en el Centro, en Cataluña y en el Norte, con más de sesenta piezas de Artillería, entre las que se contaban más de veinte cañones cogidos al enemigo en buena lid.

De todas maneras, los combates de Somorrostro forman época y aún hoy se consideran como legendarios, siendo de unos y de otros la gloria adquirida en tan memorable campaña, pues como decía muy bien el Duque de la Torre: *el valor de los liberales es comparable únicamente al tesón de los carlistas*.



D. TIRSO DE OLAZABAL

Capítulo XV

Definitiva organización de la Artillería carlista.—Cañoneo de Hernani.

Como la organización de la Artillería de que hemos hablado en otro capítulo, no puede considerarse si no como embrionaria, ó mejor dicho, hecha con arreglo á las circunstancias del momento, y al número de bocas de fuego de que se disponía antes y durante el sitio de Bilbao, vamos á volver sobre el asunto, aunque sea adelantando algo los sucesos y las fechas, con relación á la marcha general de la guerra.

Hemos dicho que los cañones carlistas tenían diversas procedencias: los unos fueron tomados al enemigo en los campos de batalla ó en los puntos fortificados; otros fueron fundidos en Arteaga, primero, y después en Azpeitia, bajo la dirección de jefes y oficiales del Cuerpo; y otros, en fin, fueron adquiridos en el extranjero, con fondos de las Diputaciones de las provincias vasco-navarras, con donativos de legi-

timistas franceses, de carlistas de Andalucía y de otras entidades ó colectividades.

Después de la retirada de Bilbao, el ilustre Comandante General de Artillería D. Juan M.ª Maestre, tuvo el democrático acuerdo de reunir en Villaro (próximo á la fábrica de Arteaga), á la mayor parte de los jefes y oficiales de Artillería existentes entonces en el Ejército carlista, para organizar definitivamente los servicios del Cuerpo, en sus dependencias fabriles y en las baterías, puesto que en el anterior mes de Abril habían desembarcado ya algunos de los muchos cañones que se esperaban y que se había encargado de hacer arribar á las costas carlistas, el insigne patricio D. Tirso de Olazabal, actual Senador por Guipúzcoa, hombre dotado de rara abnegación, gran actividad y clara inteligencia, antiguo Diputado á Cortes en las últimas de doña Isabel II y en las Constituyentes de 1869, y á quien Don Carlos hubo de nombrar Coronel honorario de Artillería á petición del Cuerpo, admirador de sus notables servicios.

Orillada con las diputaciones la cuestión metálica (primer nervio de la guerra, como decía Napoleón I), para hacer marchar las fábricas que habían de alimentar las bocas de fuego, se empezó á hacer un balance de lo ya existente, y de las futuras piezas, cuyo balance dió el resultado siguiente:

Piezas tomadas en buena lid á los liberales: Dos obuses de á 8 centímetros, cortos, cogidos al enemigo en el túnel de Lizárraga; dos cañones cortos, rayados, de á 8 centímetros, cogido el uno en la acción de Eraul y el otro en la de Udabe; tres cañones largos, rayados, de á 8 centímetros, tomados en Portugalete y en el fuerte de El Desierto. Más tarde se aumentó el número de piezas de Artillería cogidas al enemigo, con los tres cañones Plasencia ganados en la batalla de Lácar, otros tres rayados de á 8 centímetros tomados en La Guardia y dos más que se tomaron en Astigarraga el uno, y el otro en el castillo de Axpe.

Entre las piezas fundidas por entonces en Arteaga y Azpeitia, figuraban, si la memoria no nos es infiel: dos cañones lisos de bronce, de á 12 centímetros, otros dos rayados, de á 10 centímetros, y ocho morteros.

Por último, y en cuanto á los cañones adquiridos en el extranjero, debemos empezar consignando que la Marina de guerra no pudo evitar ni uno sólo de los desembarcos en la costa cantábrica. En el primero, arribaron: dos cañones Withwort, rayados, de á 4 centímetros; seis Wavasseur, rayados, de á 7 centímetros y á cargar por la culata; tres largos, Withwort, de á 4 centímetros; dos Wavasseur, de á 9 cen-

tímetros; y seis Wolvich, rayados, de á 7 centímetros: todos ellos de acero. También se esperaban y llegaron poco después al campo carlista: veinte y cuatro cañones más del sistema Withwort, de á 4 centímetros, rayados; seis Withwort, rayados, de á 7 centímetros; y otros seis Krupp, de á 8 centímetros, sumando un total de cincuenta y siete bocas de fuego, con las otras dos piezas de Montaña, que ya en 1873 había adquirido también en el extranjero la Diputación de Guipúzcoa.

La primera dificultad que hubo de presentarse, adquirida la aquiescencia (como hemos dicho), de las juntas provinciales para el abastecimiento de las fábricas y maestranzas, fué la del escaso personal facultativo de que se disponía por entonces.

A ello ebedeció el suprimir la Fundición de Arteaga y reducir los servicios industriales á los establecimientos de Vera, Azpeitia y Bacaicoa: el primero dedicado exclusivamente á la fundición de los proyectiles de los diferentes calibres que había en la Artillería carlista; el segundo dedicado á la construcción de carruajes de batalla, montajes, espoletas y fuegos artificiales, así como á la fundición y rayado de cañones, y á la fabricación de pólvora; y el tercero, destinado á la construcción y arreglo de los bastes y material de piezas de montaña.

Dióse la preferencia á Azpeitia sobre Arteaga, no sólo por la situación más céntrica de aquélla, y su consiguiente mayor defensa al abrigo de un golpe de mano del enemigo, si no por haberse reunido más elementos para la construcción de carruajes y montajes, mayor número de hornos para la fundición, que en Arteaga, y personal subalterno más idóneo que en Vizcaya, á causa de la proximidad de las fábricas de fusiles de Ermua, Eibar, Elgoibar y Plasencia. A pesar de esto, los planos y algunos de los obreros más expertos de Arteaga se llevaron á Azpeitia con los guipuzcoanos.

De la fábrica de Vera continuó siendo Director el entendido y laborioso Comandante Lecea, ayudado por el antiguo Alférez Alumno de la Academia de Segovia, Gómez Quintana. Esta fábrica llenó su difícil misión en términos de abastecer con holgura toda la Artillería carlista de campaña. No costó poco trabajo el convencer á Lecea de la utilidad de sus servicios en Vera, porque manifestó el noble deseo de dedicarse como otros compañeros al activo servicio de las baterías de campaña. Pero al fin se logró su aquiescencia, si bien como la multiplicidad de calibres en los proyectiles dificultaba en gran manera su misión, unas veces los coroneles Pagés y Pérez de Guzmán, y otras el mismo Comandante General Maestre, se pasaban largas temporadas en la fábrica, ayudando científica y materialmente á Lecea, para abastecer

debidamente á todas las baterías montadas y de montaña, y al Tren de Sitio, habiendo de construirse proyectiles de diez calibres diferentes

Sentimos no conservar datos exactos de la fabricación corriente, por habérsenos extraviado los que tuvimos la curiosidad de tomar sobre el terreno; pero hemos visto consignados los siguientes en la *Narración militar de la guerra carlista*, escrita por el Cuerpo de Estado Mayor del Ejército.

Proyectiles construídos en Vera, desde la centralización del Cuerpo al 30 de Noviembre de 1874:

	WITHWORT			VAVASSEUR		Volvich	Bronce	Bombas
	De 7 C.	De 4 L.	De 4 C.	de 9	de 7	de 7	de 8	de 24
Julio	„	„	840	„	„	„	630	424
Agosto	352	903	2,351	„	605	„	829	„
Septiembre	2,116	200	„	1,528	698	„	17	„
Octubre	1,730	605	1,760	908	„	226	„	22
Noviembre	„	456	552	126	„	1,708	646	48
TOTALES	4,198	2,164	5,503	2,562	1,303	1,934	2,122	494

Hemos indicado en otro lugar que la creación de la Fábrica y Fundición de Azpeitia tuvo principio en los comienzos de la guerra, siendo Comandante General de Guipúzcoa D. Antonio Lizárraga, quien dió órdenes al Comandante de Artillería D. José M.ª Dorda y al Capitán del mismo Cuerpo D. Leopoldo Ibarra, para que, visitando una antigua Fábrica existente en aquel punto, sobre el camino de Cestona, propusieran lo más conveniente para la instalación en ella, de una Fundición y Maestranza de Artillería. Bajo la hábil dirección, pues, de dichos ilustrados oficiales de Artillería, se fueron modificando algunas de sus máquinas para destinarlas á su nueva misión, y adquiriendo y trasladando otras desde las fábricas de Plasencia y Eibar. A esto fué debido que además de los importantes trabajos de instalación que hemos indicado, se lograra fundir y rayar un cañón de á 10 centímetros que desempeñó admirablemente su cometido frente á Bilbao, en la Batería de Ollargan.

Como el primer desembarco de cañones se verificó en Abril, y apenas traían algún armón ó cureña para modelos, de ahí que el Estable-

cimiento de Azpeitia no pudiera dedicarse en mucho tiempo más que á construir los armones, carros de municiones y juegos de armas de las baterías montadas, siendo, por tanto, mayor cada día el número y clase de los trabajos que hubieron de encomendarse á los dignos oficiales Dorda é Ibarra, á quienes se agregó con el carácter de director facultativo el entusiasta y entendido Coronel del Cuerpo D. Luis de Pagés, que ya había hecho, digámoslo así, sus primeras armas en el Ejército carlista, ayudando y dirigiendo en Vera los importantes trabajos del Comandante Lecea y del Teniente D. Luis Ibarra. Cuando el Coronel Pagés ascendió más adelante á Mayor General de Artillería, se confió la dirección de la importantísima Maestranza fundición de Azpeitia, al idóneo y acreditado Coronel D. Amado Claver, que había hecho hasta entonces la guerra en el Centro, como Jefe de Artillería á las órdenes de D. Alfonso de Borbón, hermano de Don Carlos. El distinguido jefe Claver continuó ya hasta el fin de la campaña en Azpeitia, pues el delicado estado de su salud no le permitía, bien contra su voluntad, hacer vida tan activa como sus otros compañeros.

La dependencia artillera de Bacaicoa fué creada por el esclarecido Comandante General de Navarra D. Nicolás Ollo, cuando aún el Cuerpo de Artillería no disponía de más piezas que las de Montaña, y tuvo por objeto recomponer los bastes antiguos procedentes del Ejército liberal, los Ingenieros que se aplicaron á Artillería después, y construir los nuevos, así como los correajes y enseres necesarios para el servicio de los cañones de Montaña. A su frente fué colocado el Teniente Coronel D. Jacobo de León, muy ducho en estos servicios y uno de los más estudiosos oficiales de la Artillería carlista. El mismo Comandante General de Navarra, Ollo, entusiasta de nuestro Cuerpo como el que más, dió órdenes á un taller de guarnicioneros que tenía establecido en Legaria (Amézcoas), para que poniéndose á las del Jefe de Artillería Don Antonio Brea, construyera todas las monturas, bridas y correajes que necesitaran las plazas montadas de las baterías de Campaña.

Creemos haber dicho en otro capítulo que el Cuerpo de Artillería no tenía ni tuvo á su cargo más establecimientos fabriles que los expresados, pues desde el principio de la guerra, el armamento portátil y sus municiones corrían á cargo de las respectivas juntas ó diputaciones á guerra provinciales, adquiriendo aquél en el extranjero ó construyéndole en las fábricas de Eibar y Plasencia, ó recomponiendo en las mismas fábricas los fusiles cogidos al Ejército liberal. En cuanto á municiones, se compraban en el extranjero, se hacían algunas en las provincias vasco-navarras, y, en fin, se recargaban las vainas que el enemigo y los nuestros dejaban en los campos de batalla, siendo éste el

mejor contingente de cartuchos que había, pues los comprados en el extranjero no solían dar muy buen resultado.

El Parque de Estella llegó á estar en buenísimas condiciones, bajo la hábil dirección de D. José de Iza, primero, y de D. Jacobo de León, después, cuando se cerró la fábrica de Bacaicoa, teniendo que luchar siempre con la escasez de fondos, debiendo advertir que contaba con un Almacén provisional de municiones y un taller de pequeñas recomposiciones de material y efectos. Esto aumentaba la importancia del Parque, máxime tratándose de un número grande de baterías, cuya movilidad continua daba trabajo de una manera increible.

—

Cubierto, de la manera que hemos expuesto, el servicio futuro de las fábricas, hubo de abordarse la cuestión de personal para las baterías; porque descontados los jefes y oficiales destinados á aquéllas, quedaban únicamente ocho, que unidos á los cuatro oficiales del Cuerpo General de la Armada que (con el mayor beneplácito de todos los artilleros) entraron á prestar servicio en el nuestro, formaban un total de doce disponibles para el servicio de baterías. Pero como se disponía á la vez de cinco ó seis antiguos alféreces alumnos del Alcázar de Segovia, el problema se reducía á empezar dando el mando de baterías á los jefes, luego á los oficiales, y más tarde á los citados alféreces, después de haber éstos prestado servicio á las órdenes de aquéllos, si bien aún así resultaría deficiente el resultado por la escasez de subalternos.

Para obviar esta dificultad hubo diferentes opiniones: quien propuso que se creara una Academia donde los alumnos recibieran una educación militar análoga á la del Alcázar de Segovia; pero este plan no tenía aplicación por el momento, puesto que exigía cierto número de años á fin de obtener oficiales aptos para el servicio del Cuerpo. Hubo quien propuso que se ascendiera á oficiales á los sargentos que probaran ciertos conocimientos; pero este sistema adolecía de la contra de que por entonces no había más que dos baterías. Por último, el digno Comandante General de Artillería propuso, y fué aceptado por unanimidad, un proyecto que llenaba todas las condiciones que podían apetecerse dadas las circunstancias. Propuso, pues, con singular acierto la creación de los oficiales de Artillería de campaña, procedentes de una Academia que se crearía en Azpeitia, como principal centro artillero, en la que ingresarían los voluntarios que tuvieran adquirida una previa instrucción en los Institutos, Universidades ó análagos centros de enseñanza, para, en el breve espacio de algunos meses, enseñarles, aunque sólo fuese ligeramente, elementos de Industria militar artillera, fortificación de campaña y, sobre todo, el manejo de las diferentes pie-

zas de Artillería de batalla, montaña, plaza y sitio, de que disponían los ejércitos liberal y carlista.

Encargado de llevar á la práctica esta feliz idea, el Comandante García Gutiérrez, salieron de la Academia de Azpeitia algunas promociones, y dieron tan excelente resultado los oficiales de Artillería de campaña, á las órdenes, por supuesto, de los jefes y oficiales facultativos, que aprovechamos esta ocasión para consagrarles un cariñoso y agradecido recuerdo por su valor, buenos deseos, excelente espíritu militar, aplicación é instrucción relativa, relevantes dotes que demostraron en numerosos y memorables hechos de la guerra.

Atendiendo, por tanto, al material disponible entonces, se dispuso por el Comandante General de Artillería, que se organizasen, por de pronto, otra batería de Montaña y cuatro Montadas. La primera de Montaña, que ya hemos dicho que fué mandada casi desde su organización hasta el fin de la guerra por el valeroso y entendido D. Alejandro Reyero, cambió sus dos cañones rayados de á 8 centímetros y dos obuses, por seis cañones Withwort de á 4 centímetros, cortos. La segúnda Batería de Montaña se formó con alaveses y guipuzcoanos, y fué destinado á organizarla y mandarla, el Comandante D. Rodrigo Vélez, á quien sustituyó al poco tiempo el Capitán D. Luis Ibarra, cambiando sus antiguos cañones rayados por seis Withwort de á 4 centímetros, cortos; con el tiempo se organizaron hasta seis baterías de Montaña.

La primera Batería Montada la organizaron en 1873 los entonces Teniente Coronel Brea y Teniente D. Luis Ibarra; es decir, como aún no habían llegado por aquella época las piezas, sacaron de los batallones y de la Batería de Montaña de Navarra, la gente á la cual instruyeron en el manejo de los cañones á cargar por la culata, sistema Vavasseur, valiéndose para ello de cañones viejos con cierres figurados; así es que desde el momento de recibirse los Vavasseur de á 7 centímetros, con cierres análogos á los del sistema Krupp, se dió á Azpeitia orden para alistar y entregar á dicha primera Batería Montada, sus cureñas, carros y juegos de armas, no faltando ya más que el ganado y el atalaje, de los que después hablaremos.

La segunda Batería Montada, á la que sirvió de base la de Montaña de Vizcaya, que había formado el entonces Capitán García Gutiérrez, fué convertida en Montada, bajo el mando del Coronel Fernández Prada. Como no había construído material para ella, y no habían desembarcado aún los seis cañones Krupp que se habían encargado á Alemania, tomó Prada posesión interinamente de seis piezas de bronce, rayadas, de á 8 centímetros, procedentes del Ejército liberal, con sus correspondientes montajes.

La tercera Batería Montada, llamada de posición, se entregaría, previa la construcción de su material, al Coronel Rodríguez Vera, componiéndose de los cañones rayados, de á 7 centímetros, sistema Wolvich.

Por último, la cuarta Batería Montada (la cual por indicación después del General D. Antonio Dorregaray y de su ilustrado Jefe de Estado Mayor el Brigadier Oliver) se convirtió en Batería de á Caballo, componiéndose de cuatro piezas largas Withwort, de á 4 centímetros, á cargar por la recámara, la mandó primero el Comandante D. Leopoldo Ibarra, y después elde igual clase García Gutiérrez.

Asimismo se organizó el Tren de sitio, cuyo mando en jefe se confirió al Teniente Coronel de la Armada D. Marcos Fernández de Córcoba, y las unidades del mismo, á los Comandantes Torres y Carnevali y al Capitán Fernández de Córdoba (D. José).

Por de pronto fué dotado dicho Tren, con los cañones rayados y lisos de á 12 centímetros que se fundieron en Azpeitia, con el de á 10 centímetros, con los dos cañones rayados, Vavasseur, de á 9 centímetros y además con los que posteriormente se encargaron por la Diputación de Guipúzcoa, de á 13 centímetros, largos, y que no llegaron á funcionar, sin perjuicio de todo lo cual sirvieron también como Artillería de Sitio los cañones Withwort de á 7 centímetros, y los del sistema Wolvich, de la Batería de Rodríguez Vera.

—

Restaba ya tan sólo dotar á las unidades montadas del ganado y los atalajes, pues el Coronel Pagés tomó inmediatamente posesión de la Maestranza de Azpeitia, en cuyo establecimiento se trabajaba hasta de noche con febril actividad á fin de entregar concluído el material de las baterías en el más breve plazo posible.

Del ganado y de los atalajes hubo de encargarse el Coronel Brea, quien desde luego marchó á Estella en busca del General Jefe de E. M. General para concertar con él la adquisición del ganado de arrastre, complaciéndose tanto el General Dorregaray como su digno Jefe de Estado Mayor, Oliver, en facilitar nuestras gestiones que, gracias á sus oportunas órdenes é incondicional apoyo, viéronse coronadas del más feliz éxito en pocos días. En cuanto á los atalajes, supo el Comandante General de Artillería Maestre (quien, como hemos visto, era el alma de todo) que podían adquirirse en Francia multitud de ellos, procedentes de la Guardia Móvil, y comisionó también al Coronel Brea para que reconociéndolos previamente en Bayona y Burdeos, se avistase con el digno Presidente de la Comisión de Armamento, D. Tirso Olazabal, á

fin de que los pagara y se encargase de introducirlos en España, como así se verificó, no tardando ni quince días la llegada á Azpeitia de los atalajes completos de las cuatro baterías montadas.

Resultado, pues, de la junta magna de los artilleros fué que cuanto se acordó hubo de llevarse á feliz término en tan breve tiempo que la 1.ª Batería Montada entró en Estella, arrastrando sus seis cañones Vavasseur, el día 30 de Junio, haciéndolo la 2.ª Batería á los pocos días, y celebrando con salvas la 3.ª el día de San Ignacío, en Azpeitia, no empleándose más que veinte y cinco días en la instrucción de Batería y de Regimiento, gracias al entusiasmo y ap icación de nuestros bravos y queridos voluntarios.

Resumiendo, diremos que entre los jefes y oficiales de Artillería se cubrieron todos los servicios fabriles y de campaña, á cargo del Cuerpo, de la manera que á continuación se expresa:

Comandante General.—Lo fué primero D. Elicio Berriz, y poco después D. Juan María Maestre hasta la conclusión de la guerra.

Mayor General.—D. Luis de Pagés y después D. José Pérez de Guzmán.

Jefes de divisiones de baterías.—D. José Pérez de Guzmán y don Antonio Brea, primeramente; después S. A. R. el Conde de Caserta y D. Antonio Brea, y más tarde, D. Manuel Fernández Prada, Marqués de las Torres.

Baterías Montadas:

1.ª D. Antonio Brea, primero, y después D. Rodrigo Vélez.

2.ª D. Manuel Fernández Prada, primero, y después D. Atilano Fernández Negrete.

3.ª D. Francisco Javier Rodríguez Vera, primero, y después don Germán García Pimentel.

4.ª D. Leopoldo Ibarra, primero, y después D. Julián García Gutiérrez.

Baterías de Montaña:

1.ª D. Alejandro Reyero.

2.ª D. Rodrigo Vélez, primero, y después D. Luis Ibarra.

3.ª D. Marcelino Ortiz de Zárate.

4.ª D. Joaquín Llorens.

5.ª D. Miguel Ortigosa.

6.ª D. José Fernández de Córdoba.

La sección Plasencia que se formó en 1875 con los tres cañones de dicho sistema cogidos á los liberales en la batalla de Lácar, la mandó el antiguo Alférez Alumno D. Alberto Saavedra.



D. AMADO CLAVER   D.JUAN M.ª MAESTRE   D ANTONIO BREA
D. AMADOR VILLAR   D. LUÍS PAGÉS

Establecimientos fabriles:

Fundición de Arteaga.—D. Julián García Gutiérrez y D. Carlos León.

Talleres de Bacaicoa.—D. Jacobo de León.

Maestranza y fundición de Azpeitia.—D. José M.ª Dorda, primero, D. Luis de Pagés, después, y finalmente D. Amado Claver.

Fundición de proyectiles de Vera.—D. José de Lecea.

Parque de Estella.—D. Juan J. de Iza, primero, y después D. Jacobo de León.

Academia de Artillería de Campaña.—D. José M.ª Dorda, D. Julián García Gutiérrez, D. Antonio Brea y finalmente D. Luis de Pagés.

—

Algunos escritores liberales al tratar del Cuerpo de Artillería carlista han incurrido en errores que procuraremos desvanecer, pues si algunos de ellos no tienen importancia, como el de suponer que el cañón de Montaña cogido por los carlistas en la acción de Eraul era sistema Krupp (1); en cambio es muy de lamentar, por ejemplo, que se haya querido sostener que la Artillería carlista figuró por primera vez en la acción de Biurrun, ocurrida el 23 de Septiembre de 1874, cuando para dicha fecha, había ya funcionado la Artillería carlista en campo abierto, y hasta agotar sus municiones, en Viana, Valcarlos, Estella, Ibero (en donde, como hemos referido ya, murió gloriosamente el Capitán Nieves), en Mañeru, Montejurra, Velabieta, San Pedro Abanto, Bilbao, Abárzuza, Hernani, Portugalete y Oteiza.

Tampoco es cierta la existencia del cañón llamado *el abuelo*.

Sólo existió uno de calibre irregular, de hierro, forjado por un antiguo maestro de la Fábrica de Trubia, y que apenas tuvo ocasión de probarse por hallarse mal centrado. Otro había también en Peñaplata, y otro en Vera, para calibrar proyectiles. Lo único en que concedemos acierto, es en reconocer la inferioridad de las espoletas y proyectiles carlistas, con relación á los del Ejército liberal. Una razón hubo, sin embargo, para esta diferencia, y fué el complicadísimo é incesante trabajo de la Fábrica de Vera al alimentar por espacio de dos años unas cien bocas de fuego de quince calibres diferentes, cuando el Ejército liberal fundía sólo granadas de á 8, que servían para sus piezas de Montaña y de Batalla, y de 12, 16 y 21 centímetros, para las de sitio y posición, sin contar con la escasez de recursos de los carlistas relativamente á los de que disponía el Ejército liberal.

---

(1) El Sr. Giménez en su obra "Secretos é intimidades del campo carlista",

«El prodigioso desarrollo que adquirió la Artillería (dice un escritor »liberal), entre los carlistas, en tan corto espacio dé tiempo. es efecti»vamente digno de estudio.» Vamos á facilitarlo en pocas palabras Los jefes y oficiales de Artillería que, procedentes del disuelto Cuerpo, ofrecieron sus espadas al Señor Don Carlos de Borbón, lo hicieron llenos de fe en la Bandera simbolizada por aquel Príncipe ilustre, cuando en España no había entonces ninguna otra bandera aceptable para ellos, como no fuera la de los cantonales de Sevilla y Cartagena. Eran pocos y trabajaron mucho, dicho sea sin inmodestia; porque eran españoles como los artilleros liberales, y como ellos habían aprendido en el Alcázar de Segovia la misma ciencia, idénticas ideas de honor y amor al trabajo que sus antiguos compañeros, y sobre todo, el modesto éxito que pudieran alcanzar debióse á Dios, que era el primer lema de su Bandera, cuya protección pidieron y alcanzaron centuplicada, resolviendo Él sólo más problemas que los que pudieran ellos señor nunca.

Hánse congratulado algunos escritores liberales de que no se inutilizaran los cañones carlistas, pudiendo así saludar con salvas á D. Alfonso XII Nosotros también nos congratulamos de ello, como buenos y leales españoles, amantes de nuestra Patria, considerando honroso para los artilleros carlistas el no haber inutilizado nuestras piezas antes de la retirada á Francia, como pretendieron algunos animados de un bárbaro, egoísta é inconcebible deseo de destrucción.

Preferimos nosotros que nuestros cañones los usaran y manejaran tan ilustradamente como los suyos, nuestros antiguos compañeros en el Ejército de D.ª Isabel 2.ª, donde quiera que los considerasen aceptables, como así ha sucedido, haciendo fuego, más tarde, muchos cañones carlistas, en las campañas de Mindanao, sobre los eternos enemigos de nuestra Religión y nuestra Patria.

—

En el breve periodo de tiempo que transcurrió desde el levantamiento del sitio de Bilbao hasta la memorable batalla de Abárzuza, sólo medió el ataque de los carlistas á Hernani, y como éste fué principalmente un combate de Artillería, le haremos formar parte de este capítulo antes de reseñar la breve campaña del General Marqués del Duero.

Desde que este célebre caudillo entró en Bilbao y sustituyó en el mando en jefe del Ejército liberal al Duque de la Torre, supusieron todos, fundadamente, dada su actividad, que lanzaría sus tropas sobre los carlistas, creyéndoles quebrantados y poco menos que deshechos. No contaban los liberales con que los carlistas son españoles, y por tanto, dignos descendientes del popular general *No importa*, que viene acau-

dillando los ejércitos de España desde las guerras de Flandes. No es esto decir, en puridad de verdad, que ni los carlistas ni las provincias en guerra no hubieran sentido el fracaso de sus esfuerzos al verse obligados á levantar el sitio de Bilbao; pero tan no influyó aquel hecho en la moral del país vasco-navarro, que éste como un solo hombre, ofreció á Don Carlos de Borbón armas, hombres y dinero y el Ejército carlista se encontraba después del sitio de Bilbao, en mejores condiciones aún que antes, porque todo él se había batido en línea, y había demostrado su incontrastable pujanza en los campos de Somorrostro.

En apoyo de nuestra opinión ponemos á continuación la de un distinguido jefe de Artillería liberal, quien, en su *Juicio crítico de la guerra civil*, dice así: «El ejército carlista se había retirado intacto, con »conciencia de su fuerza, acostumbrado á obedecer á jefes que no eran »de su país, y olvidándose los soldados de sus provincias tenía la dis»posición necesaria para acometer cualquier empresa. Su ejército ini»ció una reacción ofensiva en Guipúzcoa; bloquean á Hernani y lo bom»bardean: en Navarra disponen una expedición contra el alto Aragón »al mando de Lizárraga, etc.»

Desde el 2 de Mayo, pues, en que el Ejército liberal entró en Bilbao, no había dado señales de vida, por lo que los carlistas se creyeron en el caso de llamarle la atención por varios puntos á la vez, para *tomar el pulso á la situación*, como suelen decir los políticos de parlamento.

Durante las operaciones de Somorrostro, los batallones carlistas de Guipúzcoa y Navarra que no pudieron acudir al sitio de Bilbao por tener que atender á la defensa de los puntos ya ocupados en dichas provincias, quedaron á las órdenes de los generales Argonz é Iturmendi, los navarros, y los guipuzcoanos á las del General Ceballos, quien se dedicó á continuar estrechando más cada día el bloqueo de Tolosa hasta conseguir entrar en ella á principios de Marzo.

Ocupada ya por los carlistas dicha villa, quedaba en poder de los liberales otra plaza de dicha provincia, la de Hernani, molesta, quizás como ninguna para los carlistas, no sólo por ser el centinela avanzado de San Sebastián, á la cual no había medio de hostilizar sin anular aquél, si no que también porque al trasladarse de un punto á otro en la línea de Guipúzcoa, había que perder mucho tiempo al tener que desenfilarse de Hernani, cuantas veces había que atravesar la carretera de Francia y trasladarse del interior á Oyarzun, á la frontera y demás poblaciones intermedias.

Dispuesta, por consiguiente, la acometida á Hernani, se dispuso la salida de dos morteros y seis cañones, de los cuales dos eran rayados,

de á 10 centímetros, tres lisos, de á 12, y un obús de á 9, al mando dichas piezas, del Coronel Pérez de Guzmán y del Comandante Dorda, con la precisa dotación de gente, pero con alguna escasez de municiones, pues no llevaban entre todos más que unas 400 bombas y 800 granadas y balas.

Una de las primeras dificultades que se presentaron á la expedición, dirigida por el Comandante General de Guipúzcoa, D. Hermenegildo Díaz de Cevallos (acompañado de los batallones 6.° y 7.° de dicha provincia para apoyar la operación), lo fué la falta de un camino á propósito para transportar las piezas de á 10 y 12 centímetros, con sus pesados montajes; pero contando con la buena voluntad de la fuerza armada y con la de los caseros de las inmediaciones, se consiguió arreglar una vía por la que pudo subir el tren de sitio, no dilatándose la operación más de cuarenta y ocho horas.

Durante la noche del 29 de Mayo se construyeron dos baterías en las alturas de Oriamendi y Santiagomendi, y se situaron los batallones referidos entre San Sebastián y Hernani, para impedir el socorro que les pudiera llegar á los sitiados desde la primera de dichas plazas, y el día 30, después de haber intimado la rendición, desatendida por los defensores de Hernani, se rompió el fuego sobre dicha villa á la vez que contra el castillo de Santa Bárbara que lo defendía artillado con cañones rayados de á 12 y 16 centímetros.

Como era de presumir, avanzaron de San Sebastián algunas tropas en combinación con otras de Hernani, las cuales fueron rechazadas por las fuerzas carlistas; la Artillería de Santa Bárbara tampoco pudo hacer callar á la carlista (1); Don Carlos con los generales Duque de la Roca y D. Ignacio Planas revistó las posiciones del sitio y asistió al fuego, del que no lograron los liberales ninguna ventaja, perdiendo en cambio algunos muertos y heridos en la refriega. En dicho día se dispararon sobre Hernani más de 190 bombas y 350 granadas y balas. El fuego continuó con igual ó parecida intensidad los días 31 de Mayo y 1.° de Junio, sin conseguir, á su vez, los carlistas más que incendiar algunos edificios y ocasionar bastantes desperfectos en la casa de Ayuntamiento y otras que hubo que reedificar después de la guerra, siendo el total de los proyectiles lanzados á la plaza liberal en los tres días, más de 400 bombas y de 800 granadas y balas, y no reconociendo otra causa que la escasez de municiones la retirada que al fin emprendieron los carlistas.

También se puso en práctica por éstos otra diversión para explorar

(1) *Historia contemporánea*, por D. Antonio Pirala, tomo 6.° pág. 8.

las intenciones del enemigo en aquellos días. Habiendo tomado posesión el General carlista D. Antonio Lizárraga de la Comandancia General de Aragón, se situó en Sangüeza con el Batallón de Almogávares del Pilar y otros dos más, sin otro objeto que el de fraccionar las fuerzas del enemigo y procurar adivinar sus proyectos. El General liberal Marqués del Duero destacó al General Echagüe en busca del General carlista, y como el plan de éste no era combatir, y mucho menos contra fuerzas conocidamente superiores, hubo de retirarse, habiendo demostrado solamente que el Ejército carlista no operaba tan sólo á la defensiva, si no que también á la ofensiva, aunque fuera en frente de un Ejército tan numeroso como el del Capitán General Marqués del Duero.



D. MANUEL GUTIERREZ DE LA CONCHA
MARQUÉS DEL DUERO

Capítulo XVI

Pormenores de la batalla librada en los campos de Abárzuza, los días 25, 26 y 27 de Junio de 1874, ganada por el General carlista D. Antonio Dorregaray al General liberal Marqués del Duero.

Uno de los más importantes períodos de la guerra del Norte, lo fué la breve campaña del Capitán General Marqués del Duero, desde que se hizo cargo del mando en jefe que le entregara el Capitan General Duque de la Torre, á raíz de la liberación de Bilbao. Ocupados nos hallábamos nosotros por entonces en la organización del Cuerpo de Artillería, y por tanto no pudo cabernos la honra de tomar parte en la célebre batalla de Estella ó Monte-Muru, conocida así por los liberales, y llamada de Abárzuza por los carlistas (1). El nombramiento del afa-

(1) Bien es verdad que disponemos, en cambio, de documentos oficiales, como son las instrucciones dadas á los jefes de los cuerpos por el General Concha, y los partes oficiales de los generales de uno y otro campo.

mado General Concha coincidió también con el hecho á favor del Teniente General D. Antonio Dorregaray para el cargo de Jefe de Estado Mayor General del Ejército carlista del Norte. Empezaremos, pues, por consignar algunos antecedentes del primero, ya que del segundo los hemos dado en otro de los anteriores capítulos.

Seguramente que en 1874 no había en España un General de más prestigio que D. Manuel Gutierrez de la Concha: sus anteriores hechos le abonaban. Desde subalterno de la Guardia Real de Infantería á Mariscal de Campo, ganó durante la primera guerra civil en el campo de batalla todos sus empleos y condecoraciones, entre las que honraban su pecho nueve cruces de San Fernando. En la expedición á Portugal consiguió la pacificación del país, por lo que fué agraciado con la Grandeza de España y el título de Marqués del Duero. Igualmente en la segunda guerra civil, ó sea combatiendo y venciendo á Cabrera en Cataluña, fué premiado con la jerarquía de Capitán General de Ejército. Posteriormente, y desde el año 1848, sin tomar parte ostensible en la política, pero sí en altos mandos militares, se dedicó al estudio de la ciencia militar, escribiendo su célebre táctica de las tres armas, con lo que acabó de confirmar el elevado concepto que de bravo y entendido merecía ya á sus contemporáneos.

Decidido el Marqués del Duero á dar un golpe de muerte á sus enemigos, y no contentándose con ganar una batalla, sino aspirando á concluir en breve la guerra, nombró Jefe de Estado Mayor General al valiente é ilustrado General D. Miguel de la Vega Inclán y organizó su Ejército en tres cuerpos, una Brigada de vanguardia y una División llamada de la Ribera. El primer Cuerpo lo mandó primeramente el General D. Antonio López de Letona, y poco después el General D. José Rosell, teniendo á sus órdenes dos divisiones mandadas por los generales Andía y Catalán, con dieciséis batallones y cinco baterías montadas, sistema Krupp. El segundo Cuerpo lo mandó el General D. Adolfo Morales de los Rios, y constaba de doce batallones, formando tres brigadas á las órdenes de los brigadieres Cassola, Bargés y Zenarruza. El tercer Cuerpo lo mandó el Teniente General D. Rafael Echagüe, Conde del Serrallo, y estaba constituído por tres divisiones á las órdenes de los generales Beaumont, Martínez Campos y Reyes, con veinte y cuatro batallones y dos baterías de Montaña, sistema Plasencia. La Brigada de vanguardia, al mando del Brigadier Blanco, disponía de seis batallones de cazadores, una Compañía de la Guardia Civil y una Batería de Montaña, sistema Plasencia. La División de la Ribera, mandada por el General García Tassarra, se componía de dos batallones y mil caballos. Además formaban parte del Ejército del General

Concha, el 6.° Batallón de la Guardia Civil, afecto al Cuartel General, así como la correspondiente dotación de tropas de Ingenieros y de Caballería, hasta sumar siete Regimientos de esta arma, ascendiendo á unos cincuenta mil hombres el total del Ejército republicano, mandado por el Marqués del Duero.

El Ejército carlista que había esperado en posiciones atrincheradas el avance de los liberales hacia Durango, marchó en dirección al Ebro, en el momento que vió iniciado el movimiento de los enemigos hácia Navarra. Por mucho secreto que el Marqués del Duero empleó, hubo de traslucirse el principal objetivo de su operación, que era la toma de Estella, cortando la retirada y obligando á capitular al Ejército carlista. En su consecuencia, el General Dorregaray destacó primero al General Mendiry con algunos batallones y con orden de ir abriendo zanjas y trincheras en los alrededores de Estella, no alejándose mucho de la población para no extender demasiado la línea de defensa, á fin de que no resultase debilitada en ninguna de las posiciones que se eligieran y tener la mayor facilidad para allegar refuerzos de un lado á otro de la expresada línea. A Mendiry siguió después el Jefe de Estado Mayor General, reuniéndose en las inmediaciones de Estella nueve batallones navarros, cuatro alaveses, tres vizcaínos, cuatro guipuzcoanos, cuatro castellanos, dos cántabros, uno aragonés y otro asturiano, en total veinte y ocho batallones, diez piezas de Artillería de Montaña, un Batallón de Ingenieros y un Regimiento de Caballería.

Cuando arribó Dorregaray á Estella, dióse tan gran impulso á la construcción de trincheras, que al iniciar el enemigo su ataque, se hallaba toda la línea en el mejor estado de defensa, para conseguir de este modo equilibrar la gran desproporción de fuerzas entre los ejércitos que iban á combatir, pues aun suponiendo (lo cual no era ni podía ser exacto) que los batallones carlistas tuvieran, unos con otros, ochocientos hombres cada uno, sus veinte y ocho batallones alcanzaban próximamente un tercio menos que el Ejército liberal, aun descontando al segundo Cuerpo de éste por no haber tomado parte en la batalla.

La distribución de las tropas carlistas, hecha por el General Dorregaray, era la siguiente: su derecha partía de Allo, corriéndose por Dicastillo, Morentín, Aberin, altos de Villatuerta, Zurucuaín, Grocin, Murugarren, Muru y las posiciones al Norte de Estella, ó sean Eraul y el puerto de Echávarri. Defendían su extrema derecha las brigadas de Zalduendo y Valluerca, con los batallones 1.°, 2.°, 5.° y 7.° de Navarra: seguían los batallones 3.° y 4.° de Alava con el Brigadier Alvarez; la Brigada Cántabra y el Batallón de Asturias á las órdenes del

Brigadier Yoldi. El centro carlista, ó sea desde la ermita de Santa Bárbara de Villatuerta hasta Muru, se componía de los batallones 3.º, 4.º y 6.º de Navarra, al mando del Brigadier Pérula, el 1.º y 2.º de Castilla á las órdenes del Brigadier Zaratiegui, y los batallones de Munguía y de Bilbao, á las del Coronel Fontecha. La izquierda carlista, desde Muru á Echávarri, se componía de los batallones 9.º de Navarra, 2.º de Alava, 1.º y 2.º de Guipúzcoa y 3.º y 4.º de Castilla, bajo el mando de los coroneles Costa, Cavero é Iturbe. La Caballería estaba en Allo. La Batería de Montaña de Navarra, mandada por su Jefe Reyero, quedó á las inmediatas órdenes del General Dorregaray, situándose en Echávarri la Batería de Rodríguez Vera, cuyo Jefe no pudo concurrir á la batalla por hallarse curando la grave herida que recibió en Somorrostro; tanto sus piezas como las de Reyero cambiaron de situación durante la refriega, según las exigencias de la misma lo hicieron necesario para aprovechar sus fuegos con mayor ventaja. La *Narración Militar de la Guerra carlista*, redactada por el Estado Mayor del Ejército liberal, dice que figuraron en el combate cinco cañones de batalla; pero es equivocado el concepto, pues la 1.ª Batería Montada, que fué precisamente organizada por quien ésto escribe, estaba entonces esperando que concluyeran en Azpeitia su material, y no llegó á Estella sino tres días después de la batalla.

Llegó el 25 de Junio, señalado para el avance del Ejército republicano: las instrucciones dadas por el General Concha para la primera etapa consistían en que partiendo de Larraga y Lerín, dos cuerpos de su Ejército debían dirigirse á Lorca y Ciranqui, pernoctando en Lácar y Alloz uno de ellos, y marchando el otro en dirección de Oteiza á pernoctar en Murillo. En las alturas de este punto debían situarse las baterías que habían de batir los altos de Villatuerta, Arandigoyen y Grocin. La Brigada de vanguardia debía pernoctar en Montalbán y Zurucuaín. La División Rosell debía salir de Lerín, camino de Oteiza y situarse con sus fuerzas y la Artillería en disposición de oponerse á los carlistas que ocupaban la Solana y que pudieran correrse en defensa de su centro. En el segundo día, el General Martínez Campos y la Brigada de vanguardia debían tratar de envolver las posiciones de los montes que cubrían á Estella, batiendo con toda la Artillería disponible á las fuerzas carlistas que defendieran Abárzuza, Zabal, Murugarren y Monte-Muru, apoyando estos movimientos el Cuerpo de Ejército del General Echagüe. Conseguido todo este objetivo, las tropas liberales debían caer sobre Estella, y fuerzas suficientes cortarían la natural retirada de los carlistas á las Amézcoas, previa la ocupación de los montes de Eraul.

Penetrados, pues, ambos ejércitos por las respectivas órdenes de sus generales en jefe, de la misión que debian cumplir, rompió su movimiento el Ejército liberal con precisión matemática, no habiendo extremado su resistencia los carlistas, para ver de conocer mejor las verdaderas intenciones del General Concha, y porque los liberales en su primer avance hacia Estella se habían limitado á tener en jaque á las fuerzas que cubrían la Solana, y cañonear, antes de ser ocupados, los pueblos de Murillo, Lácar, Alloz y Villatuerta. Reservaban los carlistas su máxima resistencia para cuando el Ejército liberal embistiera decididamente las avenidas de Estella, pues, como siempre, tenían que luchar los carlistas con la escasez de municiones, y por lo tanto necesitaban aprovecharlas bien, porque aleccionados con lo ocurrido en las acciones de Muñecaz y Galdames, no podían considerar si no como preliminares los movimientos efectuados por las tropas liberales el día 25, y sabido es que las municiones del armamento moderno se agotan pronto. Obraron bien prudentemente, por cierto, los carlistas, como se comprobó en los días 26 y 27, en los que extremada la defensa, no solamente resistieron bien el empuje del Ejército republicano, tan superior en número y sobre todo en Artillería, como ya hemos visto, si no que se desbarataron los bien meditados planes del mejor de los generales enemigos.

Consecuente, pues, á lo sucedido el 25 y puesto que, evidentemente, los liberales no tenían fuerzas suficientes para dar el ataque en toda la línea, toda vez que no se empeñaban por la parte de la Solana, dispuso el General Dorregaray que acudieran á reforzar el centro de su línea, los batallones de la Brigada Alvarez, otro guipuzcoano y uno navarro, dejando el resto en observación de los movimientos que pudiera intentar el enemigo por aquel lado.

Al amanecer del día 26, habíase ordenado por el Marqués del Duero, que se rompiera la marcha, pero ésto no pudo llevarse á efecto á causa de no estar racionadas las fuerzas, y hubieron de esperar los liberales la llegada del convoy hasta las tres de la tarde. A pesar del tiempo perdido, mandó el General en Jefe que las tropas de Echagüe y Martínez Campos avanzaran sobre Montalbán, como así lo hicieron con el mayor denuedo, en medio de un furioso temporal de lluvias, acompañado por el redoblado tronar de todos sus cañones de campaña, sembrando de granadas con sus cuarenta bocas de fuego los atrincheramientos de los carlistas. Resistieron éstos, como sabían hacerlo, el empuje del Ejército liberal, con la bravura y el tesón que en San Pedro Abanto, no pudiendo, sin embargo, impedir que los republicanos pernoctaran en Abárzuza, Zabal, Montalbán, Zurucuain, Murillo

y Arandigoyen; pero siguiendo los carlistas indomables en sus trincheras cubiertas de muertos y heridos. En cambio, los liberales no lograron entrar en Grocin, ni pudieron envolver la izquierda carlista, ni romper el infranqueable muro de carne y bayonetas que le oponían los bravos defensores de Monte-Muru y Murugarren, desde donde dirigía la batalla el General Dorregaray, acompañado de su brillante Jefe de Estado Mayor, el Brigadier D. Antonio Oliver, quien acreditó una vez más su valía en tan memorable jornada, así como el indomable Brigadier Alvarez.

Restaba, pues, el ataque general del día 27, en que conocidas ya



D. ANTONIO OLIVER

las intenciones del enemigo de jugar el todo por el todo, se apercibieron debidamente los carlistas, ordenando, por tanto, el General Dorregaray que el Brigadier Alvarez con cuatro batallones ocupara los altos de Murugarren, así como que dos batallones navarros cubriesen los altos sobre Muru. Asimismo mandó reforzar su extrema izquierda en Eraul con un Batallón navarro y el vizcaíno de Durango, cuyas fuerzas se pusieron á las órdenes de los generales Argonz é Iturmendi. Todo, por supuesto, en la previsión de que los liberales se dispusieran á pasar á Estella, no bien hubieran derrotado á los carlistas, como se lo proponían á todo trance, en las alturas de Murugarren y Muru, cuya

conquista creía el Marqués del Duero que decidiría la jornada, por lo que había dispuesto que obrara al día siguiente sobre dichos puntos toda su Artillería.

En la noche del día 26 ocurrió en Abárzuza un incidente que tuvo más adelante inmensa trascendencia. Sea por imprudencia ó descuido, sea por haberse dedicado á recorrer las bodegas del pueblo algunos de los soldados liberales que pernoctaron en aquel punto, ó sea, en fin, por lo que se quiera, lo cierto es que se produjeron algunos incendios, los cuales habrían sido castigados, seguramente, por el Marqués del Duero, con todo el rigor de las Ordenanzas Militares, pues profundamente disgustado dicho General en Jefe, *apostrofó duramente á los batallones haciéndoles comprender que sobre ellos podía caer la nota de incendiarios, y que estaba resuelto á castigarles con todo el rigor de la Ordenanza, lo cual no pudo tener lugar por necesitarse dichas fuerzas para el ataque general del día 27. (Narración Militar de la Guerra Carlista*, por el Cuerpo de E. M.) Otros incendios, aunque en menor escala, se produjeron también por los liberales en Zabal, Villatuerta y Zurucuain.

A las dos de la tarde, y en medio de un violento cañoneo de la Artillería liberal, emprendió su Ejército el ataque de la línea carlista, avanzando con decisión la Brigada de vanguardia y la División de Reyes, respectivamente, contra Monte Muru y Murugarren. Los carlistas, entonces, rompieron á quema-ropa un nutridísimo fuego desde las zanjas, consiguiendo retardar, pero no detener, el avance de las columnas de ataque: dignos eran uno de otro los dos ejércitos contendientes; nos complacemos en consignarlo así, por ser de justicia, como lo consignamos al relatar los combates de San Pedro Abanto.

A todo esto, la continuada lluvia que se había desatado contrariaba por igual á unos y otros. Cuando ya se creían los liberales dueños del campo, pues los defensores de las trincheras hallábanse muy quebrantados por el horroroso fuego de cañón que habían sufrido, viéronse obligados á retroceder, porque los carlistas saliendo de sus defensas acometieron bizarramente á los asaltantes, persiguiéndoles con sus bayonetas hasta la carretera de Estella. Rehechos otra vez los liberales, volvieron á atacar las líneas carlistas, siendo rechazados valientemente por sus enemigos, á la vez que éstos emprendían seriamente el ataque á Abárzuza, poniendo en grave aprieto á los batallones liberales que defendían dicho pueblo, pues si lo hubieran llegado á perder, el Ejército liberal hubiera iniciado su retirada en toda la línea, puesto que tambien se había visto rechazado en Zurucuain y Grocin.

Pero como quiera que lo más importante para continuar adelante

los liberales, era hacerse dueños de Monte-Muru, y esto no lograban conseguirlo á pesar de los repetidos ataques de su Infantería, y á pesar de que treinta cañones Krupp acumulaban todo el día sus fuegos sobre Murugarren y el Caserío de Muru, el Capitán General Marqués del Duero creyó que únicamente un acto de audacia y valor llevado á cabo por él mismo, podía inclinar la balanza de la victoria en favor suyo: púsose entonces á la cabeza del mayor número de tropas que pudo reunir á su lado y emprendió la subida á las trincheras de los carlistas. Pero eran ya las siete y media de la tarde, y las tropas que debían



D. TORCUATO MENDIRY

auxiliarle no llegaban, por lo que el bravo General en Jefe decidió al fin dejar su empeño para el día siguiente. Volvió á emprender la retirada, pero no sin ser perseguido él y los suyos por el fuego de las trincheras de Murugarren, una de cuyas balas penetró en su pecho, derribándole cadáver.

Esta inmensa desgracia causó profunda pena y desaliento en los pocos que al principio se enteraron de ella, pudiendo creerse que si la muerte del General en Jefe republicano hubiera llegado oportunamente á noticia de los carlistas, habrían éstos salido impetuosamente de sus trincheras, y contando con el pánico que semejante suceso produciría en aquellas tropas liberales, ya tan quebrantadas, habría sido de incalculables resultados la victoria de los carlistas.

Entre tanto, y favorecidos los republicanos por la obscuridad de la noche, emprendieron la retirada, no extrañándose de ello los carlistas cuando llegaron á saberlo, porque tanto en su centro como en su izquierda habían contenido y rechazado valientemente á todo el Ejército republicano. Tenía razón el Jefe de Estado Mayor General Dorregaray, al decir que la victoria de Abárzuza había sido la más importante de las que hasta entonces había obtenido el Ejército carlista.

Tenemos á la vista los partes oficiales de los generales D. Rafael Echagüe, Conde del Serrallo y D. Antonio Dorregaray, los cuales no copiamos á continuación por ser muy extensos y por diferir muy poco, ó nada, del relato que hemos hecho de tan importante batalla. Unicamente copiaremos algunos párrafos de uno y otro para la mayor inteligencia del conjunto.

El Teniente General Echagüe (que como más antiguo asumió el mando del Ejército liberal al morir el Marqués del Duero) dice entre otras cosas lo siguiente: «Una División, Reyes, y dos batallones pene»traron en Abárzuza después de un empeñado combate con el enemigo, »que se defendió tenazmente, y el General Campos se posesionó tam»bién de Zurucuaín habiendo sostenido una lucha no menos empeñada. »El Ejército ganó las primeras trincheras, pero acudió el enemigo con »numerosas fuerzas y rechazó las nuestras, que volvieron varias veces »al ataque y sólo combatiendo y causando numerosas bajas, cedieron »el terreno.—Las bajas sufridas por este Ejército, son: un jefe, diez y »seis oficiales y ciento catorce individuos muertos; el Brigadier Molina, »seis jefes, cinco oficiales y ochocientos cuarenta y nueve individuos »heridos; cuatro jefes, diez y ocho oficiales y ciento setenta y nueve »soldados contusos y doscientos sesenta y tres extraviados, arrojando »un total de mil cuatrocientas cincuenta y seis bajas.»

El Teniente General carlista Dorregaray, dice así en el parte oficial que dió á Don Carlos de Borbón: «Conocidas son de V. M. las dificul»tades de todo género con que teníamos que luchar para oponernos á »fuerzas tan considerablemente superiores y á la poderosa Artillería »liberal.—El Comandante D. Pablo Portillo, con siete caballos, pasó el »río y cogió prisioneros á siete soldados y 23 acémilas, así como dos »soldados de Caballería y un espía...—Las considerables masas de »enemigos adelantaron impunemente hasta corta distancia de nuestros »parapetos, porque había dado la orden de que no se hiciera fuego »hasta entonces, pero llegados á esta distancia, nuestros valientes vo»luntarios sembraron el campo de muertos y heridos republicanos.— »Por cortos instantes consiguieron alguna ventaja, como les sucedió en »Murugarren, al cual, defendido por tres compañías de Castilla, logra-

»ron aproximarse bastante; pero enviadas otras tres del 4.º de Alava, »cargaron á la bayoneta seguidas de los castellanos, consiguiendo po»ner en la más espantosa y completa dispersión á toda la columna de »ataque, en la que causaron considerable número de bajas, cogiéndoles »además veintitrés prisioneros y gran número de fusiles.—Repetidas »veces intentaron las masas enemigas volver sobre nuestros parapetos, »pero en todos sus ataques se vieron obligados á retroceder, dejando »gran número de muertos, heridos, prisioneros, armamento y municio»nes.—Tenemos en nuestro poder doscientos cincuenta prisioneros y »dos mil fusiles: nuestras pérdidas, aunque siempre dolorosas, han sido »escasas, pues no llegan á doscientos, contándose entre los muertos »al Teniente Coronel Eguilleta, y heridos los coroneles Fontecha y »Cavero.»

La *Historia Contemporánea* de D. Antonio Pirala hace ascender á dos mil el número de bajas sufridas por los liberales, entre muertos, heridos y prisioneros, y dice que los carlistas, en cambio, apenas perdieron trescientos hombres.

La importante victoria de Abárzuza causó en el Ejército carlista y en el país vasco-navarro un entusiasmo indescriptible. Pródigo fué Don Carlos de Borbón en premiar á los generales, jefes, oficiales y voluntarios que más se distinguieron en tan glorioso hecho de armas, concediendo al Jefe de Estado Mayor General Dorregaray la Gran Cruz de San Fernando; elevando á la dignidad de Conde de Abárzuza al Comandante General de Navarra Mendiry, que había secundado admirablemente las órdenes de Dorregaray; ascendiendo á Mariscal de Campo á D. Rafael Alvarez, cuya Brigada fué de las que más sufrieron; nombrando brigadieres á los coroneles Cavero y Fontecha que habian resultado heridos, y al Coronel Costa; promoviendo al empleo inmediato al bravo Teniente Coronel del tercer Batallón de Navarra D. Simón de Montoya, al joven Capitán Marqués de Castrillo (hijo del General Duque de San Lorenzo y del Parque), bizarro Ayudante de Campo del General Dorregaray, y concediendo, en fin, multitud de recompensas, que sentimos no poder detallar aquí, y que si fueron realmente bien merecidas, acreditaron asimismo una vez más la admiración, el entusiasmo y el cariño con que Don Carlos de Borbón se enorgullecía de ser el Rey de aquellas valerosas tropas.

—

No terminaremos sin decir dos palabras sobre un hecho calificado duramente por los liberales al tratar de los fusilamientos de Abárzuza.

Conocido es de todos que al entrar á viva fuerza en Abárzuza el

Ejército carlista, hizo algunos prisioneros al enemigo, en ocasión de que todavía humeaban los restos de algunas casas en Zabal y Villatuerta, y en que, llamas aun sin apagar, continuaban consumiendo las viviendas de los inermes vecinos de Abárzuza. Al entrar el Jefe de Estado Mayor General carlista en el pueblo, oyó las voces de muchos



D. JOSÉ FERNANDEZ DE VILLAVICENCIO
MARQUÉS DE CASTRILLO

prisioneros que le saludaban con las frases de: «¡Viva nuestro General Dorregaray!»—«Yo no soy General de incendiarios,—hubo de contes»tarles el caudillo carlista.—El Consejo de Guerra se encargará de »castigar á los que, como vosotros, hacéis la guerra destruyendo los »campos y los albergues de los pacíficos habitantes de este país, que se »quejan fundadamente de que el Ejército carlista es una fuerza armada »que ni los defiende ni los protege.»

No se nos negará que el General en jefe liberal Marqués del Duero increpó también duramente á los incendiarios de su Ejército, y que él mismo se hubiera encargado de castigarles, si la falta de tiempo material no se lo hubiera impedido.

Formóse, pues, el Consejo de Guerra, presidido precisamente por uno de los jefes más justificados del Ejército carlista, como lo fué el Coronel D. Simón de Montoya.

De todo hubo de enterarse Don Carlos de Borbón, quien con Doña Margarita se hallaba á dos jornadas de Abárzuza, y que se apresuró á

conceder lo que algunos caracterizados jefes de su Ejército le pedían, es decir, que únicamente se diezmara á los prisioneros, consecuente á cuyo acuerdo fueron sólo trece los fusilados.

De lamentar han sido siempre estos hechos; pero, á nuestro juicio, hay que tener en cuenta las consideraciones siguientes: que los fusilamientos de Abárzuza fueron, dichosamente para todos, de los pocos que ensangrentaron la victoria en el Norte: que antes y después de ellos, llevaron á cabo los liberales análogos hechos, siempre deplorables, pues no nos dejarán mentir los manes de Balanzátegui, de los carlistas de Montealegre, de los del Tajo, de los de Burgos y Soria, de los de San Martín de Unx, el del bravo Coronel Lozano y los de tantos otros partidarios del Carlismo, y en fin, hay también que hacerse cargo de que pueblos en masa acudieron al Jefe de Estado Mayor General carlista pidiéndole amparo y protección para ellos, las mujeres y los hijos, y que de quedar impunes los incendios de Zabal, Villatuerta y Abárzuza, (como antes lo habían quedado los de Oyarzun y otros puntos), posible hubiera sido que el país vasco-navarro se hubiese llegado á negar á dar, como hasta entonces, sus hombres, sus vidas y sus haciendas á la Causa carlista. Sabido es, por último, hasta dónde llegan las guerras civiles: pidamos á Dios que no se repitan jamás semejantes represalias.



RINDIENDO ARMAS

Capítulo XVII

El Rosario de Lecumberri y la Comunión de Estella

En todos nuestros estudios sobre la pasada guerra civil, hemos considerado á los carlistas únicamente en su aspecto militar: hoy vamos á recordar con hechos prácticos su modo de ser con relación al primer lema de la bandera tradicionalista, ó sea desde el punto de vista religioso.

Habían partido de Munarriz, á principios de Diciembre de 1873, cuatro batallones de Navarra y la Batería de Montaña, afecta á la División de dicha provincia, bajo el mando del Comandante General don Nicolás Ollo, para oponerse al General en jefe del Ejército republicano, D. Domingo Moriones, que había franqueado el puerto de Velate y tomado la dirección de Irún, á fin de socorrer á Tolosa, en combinación del General Loma que se hallaba en San Sebastián.

Ya hemos descrito en el capítulo VII las operaciones que tuvieron lugar por entonces en Guipúzcoa, así que circunscribiéndonos ahora al objeto del presente capítulo, recordaremos tan sólo que aquellas tropas carlistas, que antes del amanecer habían salido del pueblo de Munarriz, llegaron por caminos poco menos que imposibles á Lecumberri, cerca del anochecer. A pesar de tan fatigosa marcha, el soldado navarro, vivo de suyo é impresionable, saltando de peña en peña, no

había interrumpido un solo momento su alegría y su buen humor, ni los cantos que por entonces estaban más en boga, referentes, por supuesto, á los asuntos de la guerra. Recordamos, entre los que más oímos en aquella jornada, uno que aludiendo á la victoria de Eraul decía así:

«El dia cuatro de Mayo
celebraron la función,
y al otro día s guiente
les *quitemos* un cañón;
les *quitemos* un cañón,
y del otro la cureña,
y el otro no le *quitemos*
porque había mucha leña.» (1)

Llegados á la plaza mayor del pueblo, previo un ligero descanso en las eras, donde formaron los batallones, y sin limpiarse el polvo del camino, como vulgarmente se dice, pasaron rápidamente, aquellas tropas, desde la formación en columna á la del cuadro, con profunda sorpresa del que esto escribe Acto seguido, y á una voz del Jefe del 2.º Batallón de Navarra, D. Teodoro Rada (Radica), apareció en medio el Padre Capellán y se comenzó á rezar el Rosario. Era de ver entonces á aquellos valientes, que teñido habian las puntas de sus bayonetas en sangre de sus enemigos en Monreal, Udave, Eraul, Mañeru y Montejurra, entonar piadosos las preces del sagrado rezo en honor de la Virgen. Sorprendente espectáculo para quien como yo presenciaba, por primera vez, la plegaria en tan especiales circunstancias; pues aún cuando sabía que en los cantones se practicaba siempre esta devoción por los carlistas, con arreglo á lo preceptuado en las antiguas Ordenanzas del Ejército, nunca había admirado todavía tan consolador espectáculo en medio del campo ni de una plaza pública.

Es indecible, repito, la gratísima sorpresa que en mí produjo aquel acto religioso de Lecumberri: parecía verme transportado á la época de las Cruzadas ó rodeado de las piadosas tropas realistas de la Vendée, y en aquellos momentos creí ver convertido al valeroso Jefe navarro en un Charette ó un Larochejacquelin. La semejanza, para mí, era completa, pues los voluntarios carlistas ostentando en su pecho el dulce emblema del Corazón de Jesús, firmes en sus puestos, con las

(1) Para comprender el cantar, de autor ignorado, por supuesto, debemos decir que el Ejército liberal había celebrado con una gran fiesta el levantamiento del primer sitio de Estella, el día 4 de Mayo de 1873; pero viéronse al día siguiente arrolladas las tropas republicanas en las cumbres de Eraul como ya explicamos en el capítulo V.

armas descansadas, contestaban con sus oficiales á los rezos del sacerdote, y hasta que hubo terminado el Rosario no desfilaron aquellos arrojados campeones á buscar su ración y el necesario descanso á tan larga y fatigosa marcha, que había durado doce horas.

Al evocar tan gratos recuerdos de otros días, no podemos menos de relatar otro hecho que nos impresionó tan profundamente como el del Rosario de Lecumberri: nos referimos á la Comunión de los artilleros en Estella, el 15 de Agosto de 1874.

Como ya sabemos, allá por el mes de Abril del mismo año, habían desembarcado en las costas carlistas veinte y siete cañones, que aunque arribaron sin cureñas ni carros de municiones, trabajóse tanto bajo la inmediata dirección del General Maestre, del Coronel Pagés y de los comandantes Dorda é Ibarra, en la fábrica de Azpeitia convertida en Maestranza, que en breve plazo salía para Navarra la 1.ª Batería Montada, de acero, sistema Vavasseur y á cargar por la recámara, al mando del que ésto escribe, á la cual Batería siguieron sucesivamente y en poco tiempo la 2.ª, la 3.ª y la 4.ª, también montadas y dirigidas por nuestros antiguos compañeros en el Ejército de Isabel II, los coroneles Fernández Prada y Rodríguez Vera y el Teniente Coronel García Gutiérrez.

La 1.ª Bateria Montada llegó á Estella tres días después de la batalla de Abárzuza, que tan funesta había sido para la causa liberal, y aun resuenan en nuestros oídos los bravos y vítores que despertó tanto entre los militares como entre los paisanos de la *ciudad santa* del carlismo la vista de los seis magníficos Vavasseur, seguidos de sus carros de municiones y precedidos por nutrida banda de clarines, con que desfilamos y dimos frente en la plaza de San Juan ante el alojamiento del Jefe de Estado Mayor General D. Antonio Dorregaray, quien acompañado de su bravo Jefe de Estado Mayor Oliver y de otros no menos distinguidos oficiales generales, presenció la entrada de la Batería que aparcó guardando los intervalos reglamentarios, como si toda la vida no hubiesen hecho otra cosa aquellos entusiastas voluntarios y noveles artilleros, como si no hubiesen hecho ya bastante con haber subido y bajado puertos sin novedad alguna ni en el material ni en el ganado.

Como el mérito no era nuestro, séanos permitido consignarlo aquí: era el primer caso que en nuestra larga vida militar podemos citar de que en escasos veinte días tuvieran aquellos artilleros instrucción práctica suficiente para realizar lo que en tiempos ordinarios no se había conseguido nunca en menos de cuatro meses.

Al día siguiente de la llegada de la primera Batería Montada á

Estella, comenzaron los ejercicios en un terreno llamado *la pieza del Conde*, y cuando llegó la segunda Batería Montada (que, por cierto, estaba formada con vizcaínos y dotada entonces de cañones de bronce, sustituidos al poco tiempo por los de acero sistema Krupp), ya la primera había terminado la instrucción de Batería. Habiendo llegado por entonces á Estella el señor Don Carlos de Borbón, invitóle el autor de estos apuntes á que viese maniobrar las dos baterías montadas, como así se verificó, admirando el egregio Príncipe y su lucido acompañamiento el valer de nuestros queridos voluntarios, al ver á las dos baterías maniobrar con la mayor soltura y desembarazo, como si aquellos bravos fuesen ya veteranos, pues con la maestría de tales ejecutaron con gran precisión tanto los diferentes despliegues en línea y batería, como los ejercicios de fuego. Para llegar á aquella altura se necesitaban muy bien cuatro meses en el Ejército de Isabel II: una prueba más de que los voluntarios, en el mero hecho de serlo, despliegan toda su firme voluntad para aprender pronto y bien.

Era tal la emulación que se despertó entre todas las baterías, que apenas llegó á un mes laboral el tiempo empleado para poder romper el fuego y maniobrar al trote y al galope con extraordinaria soltura todas ellas, y al llegar á fines de Julio á Estella las baterías tercera y cuarta (dotada aquella de cañones Wolwich y ésta de cuatro Withwort), pudo ya constituirse un Regimiento Montado maniobrero, dispuesto á todas las eventualidades del porvenir, como prueba de lo cual hubo acto seguido en las cercanías de Estella una escuela de tiro notable, presidida por Don Carlos de Borbón, cuyo augusto señor, así como su brillante Estado Mayor, demostró su complacencia á los jefes de las baterías tan rápidamente organizadas.

Llegamos por fin al domingo que precediera á la fiesta de la Asunción de la Santísima Virgen: al salir de misa las baterías, del Convento de monjas de San Benito, en donde teníamos la costumbre de cumplir con el divino precepto los artilleros, el que esto refiere, como Jefe más antiguo de las baterías, hubo de llamar la atención de la tropa sobre la festividad que se acercaba, añadiendo, bien lacónicamente por cierto, que él y los demás jefes y oficiales habían pensado comulgar reunidos el 15, en honor de la fiesta de la Virgen, en descargo de sus pecados y en súplica de su poderosa ayuda en los combates, y que tendrían un especial gusto en que sus artilleros les acompañasen. Acto seguido desfiló cada cual á su alojamiento.

Pues bien, ¿cuál no sería la agradable impresión de los jefes del Cuerpo cuando el solemne día de la Asunción de Nuestra Señora vimos que no dejaron de acercarse á la Sagrada Mesa más que los con-

tados artilleros de imprescindible servicio que se hallaban en las cuadras aquel día? ¿Podía darse espectáculo más conmovedor y brillante ni mayor satisfacción para los que teníamos el honor de mandar aquellos tan valientes cuanto piadosos voluntarios?

Han pasado desde entonces veinte y tres años, y fué tan grande nuestra emoción en aquellos momentos que á pesar de haber visto reproducida después multitud de veces aquella bendita escena, no nos es dable explicarla, sino sentirla.

Con tropas como aquellas, con voluntarios como los de la División de Guipúzcoa, que á la más leve indicación de su General, el piadoso Lizárraga, no entraban en combate sin recibir fervorosamente la Sagrada Forma, ¿cómo era posible no alimentar las más risueñas esperanzas? ¿Y qué decir del catolicismo ferviente del Coronel del primer Batallón de Navarra, Rodríguez Román, á quien nunca faltaba tiempo para asistir al santo sacrificio de la Misa, aún cuando las marchas se emprendiesen al romper el día? ¿Qué decir de todos ellos, en fin, de los vizcainos y castellanos, alaveses y cántabros, navarros y aragoneses de todos aquellos voluntarios que sueltos y sin prevención de ninguna clase por parte de sus superiores llenaban diariamente las iglesias de Durango y Vergara, de Estella, Orduña, Tolosa y Valmaseda, de todas las poblaciones en que llegaban á dominar las armas carlistas?

Al evocar el gratísimo recuerdo de actos tan edificantes como los que tuvimos la satisfaccion de presenciar durante la última campaña, aún nos parece vernos entre tantos queridos voluntarios, admirando el contraste de su humildad y devoción en los actos religiosos, con el entusiasta arrojo con que á los pocos momentos de realizar algún hecho piadoso se lanzaban á la bayoneta sin contar el número de los enemigos.



D. JUAN DE ZAVALA
MARQUÉS DE SIERRA BULLONES

Capítulo XVIII

Consecuencias de la batalla de Abárzuza.—Sorpresa de La Guardia.—Acción de Oteiza.—Expedición á Calahorra.—Acción de Sangüesa.

QUEBRANTADO por demás había quedado el Ejército liberal después de su derrota en los campos de Abárzuza, no reponiéndose hasta muy adelante; á pesar de que su nuevo General en Jefe, el Capitán General D. Juan de Zavala, había demostrado en su larga carrera militar que era un experto y valerosísimo soldado, y le acompañó al Norte, como Jefe de Estado Mayor General, el insigne D. Marcelo de Azcárraga.

D. Juan de Zavala, procedente de la Guardia Real de Caballería, había hecho toda la primera guerra civil ganando en ella dos cruces laureadas de San Fernando, conquistando para su Regimiento de Húsares de la Princesa dos corbatas de la misma orden, desempeñando

más tarde el cargo de Comandante General de Caballería y alcanzando la faja de Mariscal de Campo en 1840. Mandó después una de las divisiones de la célebre expedición española á Italia en favor de Su Santidad Pío IX; ascendió á Teniente General en 1852, y mandando el segundo Cuerpo del Ejército de Africa conquistó el título de Marqués de Sierra-Bullones, distinguiéndose últimamente al frente de los ministerios de Marina y de la Guerra.

D. Marcelo de Azcárraga, procedente del Cuerpo de Estado Mayor del Ejército ganó la Cruz de San Fernando en las jornadas de 1854, cuando acababa de salir de la Academia; se había distinguido en Cuba, en la expedición á Méjico y en la campaña de Santo Domingo; había ganado el empleo de Coronel peleando el 22 de Junio de 1866 en defensa del Gobierno constituído, y había sido ya, en 1874, el alma, digámoslo así, de todos los ministros de la Guerra, desde D. Juan Prim hasta el Marqués de Sierra-Bullones, quien dejó el expresado cargo para sustituir en el mando del Ejército del Norte al ilustre Marqués del Duero, llevando á su lado, como hemos dicho, al antiguo Jefe del Negociado de Campaña y Subsecretario del Ministerio de la Guerra, el entonces Brigadier Azcárraga, el modesto, caballeroso y activo Ministro de la Guerra, cuya fama ha volado por toda Europa, reconociéndosele como uno de los mejores generales contemporáneos, y que, si como militar se ha visto aplaudido por todos los españoles, se honra como cristiano con el cargo de Vicepresidente del Consejo Nacional de las Corporaciones católicas obreras.

Pues bien, decíamos que si con escogidos elementos de acción y con un General en Jefe como el ilustre Marqués de Sierra-Bullones, secundado admirablemente por su digno Jefe de Estado Mayor Azcárraga, el Ejército liberal no pudo dar un paso importante contra los carlistas, quebrantadísimo por demás debió quedar en los combates de Abárzuza.

Y eso que después de tan brillante victoria no había llegado ni á intentar perseguir á los liberales el Jefe de Estado Mayor General carlista, Dorregaray, el más afortunado de los generales carlistas, y de quien un ilustrado escritor militar dice en el *Juicio crítico de la guerra civil* lo siguiente: «Dorregaray gozaba indudablemente una primacía que ni directa ni indirectamente ninguno de sus adversarios le podía disputar. Lo superioridad de sus servicios era indudable.»

A pesar de tpdo, los vencedores ganaron en el concepto de sus contrarios mucho más que nunca. En efecto, á partir del 27 de Junio crecieron las esperanzas de vencer en lo sucesivo los carlistas, al ver que en las posiciones de Somorrostro y en los alrededores de Estella habían

podido impedir el avance de un enemigo siempre superior en número, con una masa abrumadora de cañones y mandado por el General más insigne del Ejército liberal en aquella época.

El entusiasmo de los carlistas rayaba en delirio, y á la llegada á Estella de Don Carlos y Doña Margarita, pudieron estos augustos señores pasar revista á más de veinticinco batallones de todas las provincias, al Regimiento de Caballería de Navarra, á las baterías de Brea,



D. MARCELO DE AZCÁRRAGA

Prada y Reyero, y algunos otros cuerpos, constituyendo un total de más de veinte mil hombres perfectamente armados, equipados y organizados, formados en gran parada para vitorear á sus reyes.

Aspirábase, por tanto, en el campo carlista á cambiar la guerra defensiva en ofensiva, castigando las poblaciones liberales más cercanas, y en especial la plaza de Pamplona, impidiendo la llegada de convoyes y haciendo cada vez más riguroso su bloqueo. También hubo de pensarse ya seriamente, por entonces, en ensanchar la esfera de acción del Ejército carlista del Norte, franqueando la barrera del Ebro, dándose la mano con las tropas carlistas que operaban en Aragón, extendiendo la guerra á Santander y Asturias, é invadiendo Castilla en donde el espíritu carlista estaba tan despierto que, al apoyo de una fuerte expedición, tal vez hubiéranse podido organizar en breve tiempo hasta veinte batallones.

La superioridad de los servicios del General Dorregaray era indudable, puesto que le eran debidas notables victorias; así es que, reconociendo nosotros ésto, como lo reconocían también los liberales, no podemos menos de deplorar que tan afortunado caudillo no se pusiese á la cabeza de una fuerte División para llevar la guerra al otro lado del Ebro, pues seguramente no debió escondérsele el elemental principio de que no pueden aceptarse en absoluto las guerras defensivas, porque se enervan el valor y la actividad del soldado, y que para tomar la ofensiva eran una gran base la victoria obtenida en los campos de Abárzuza y la organización completa que por aquella época se estaba dando á la Artilleria carlista. Sin embargo, el General Dorregaray se limitó á dejar que cada División operase en su respectiva provincia: los vizcaínos, ofendiendo á Bilbao; los guipuzcoanos, sobre San Sebastián y Hernani; los navarros, bloqueando á Pamplona; los alaveses, operando por los alrededores de Vitoria y La Guardia.

Faltó, pues, al Jefe de Estado Mayor General carlista Dorregaray, la iniciativa que era de esperar, dados sus valiosos servicios y sus brillantes antecedentes militares: aquella feliz iniciativa que cubrió de gloria al General Zumalacárregui, y que tanto distinguió en la última campaña al inolvidable y nunca bien llorado General Ollo.

—

Únicamente los alaveses dieron señales de vida, gracias á la acometividad de su Comandante General D. Rafael Álvarez, quien á principios de Agosto se apoderó de La Guardia.

Sabedor el expresado General carlista, por sus seguras confidencias, de que se había reducido la guarnición de dicha plaza, reunió los batallones 1.º, 2.º y 4.º de Alava y el castellano de Clavijo, y con ellos y los seis cañones Withwort de la 2.ª Batería de Montaña, al mando de Vélez, dirigióse sobre La Guardia, encargando al Brigadier Albarrán de observar y contener con los batallones cántabros á las tropas liberales que pudiesen acudir en socorro de la plaza, especialmenmente desde Logroño, en donde á la sazón se encontraba el General en Jefe liberal.

A fin de evitar en lo posible el derramamiento de sangre, mandó Alvarez que, aprovechando la obscuridad de la noche del día 4 de Agosto, ocuparan dos compañías alavesas al mando del Comandante Urbina, unas casas que había fuera de los muros de la plaza, con orden de que, al amanecer, procuraran introducirse en aquélla al abrirse las puertas. Cumplió Urbina su cometido, y al ser de día entró á la carrera con sus voluntarios en La Guardia, no sin qus los defenso-

res, unos trescientos hombres, les hicieran vivísimo fuego y les ocasionaran bastantes bajas desde el castillo, cuyas puertas cerraron al refugiarse en él. Advertido el General carlista, por el fuego que se oía en la plaza, de haberse entablado en ella la lucha, acudió con sus batallones, emplazando la Artillería que rompió el fuego contra el castillo á la vez que entraba en la población la Infantería. El Jefe que mandaba á los liberales pidió un plazo para entregarse si durante él no se veía socorrido; pero habiendo sido deshechada su proposición por el General Alvarez, acabó por rendirse, marchando libre la guarnición á Logroño y quedando en poder del vencedor tres cañones largos y rayados de á 8 centímetros, ocho mil granadas, más de trescientos fusiles y unos seiscientos mil cartuchos.

El efecto producido en el Ejército liberal por el ataque de La Guardia fué detestable, tanto que el General en Jefe Zavala, al saber que los carlistas se dirigían sobre dicha plaza, dispuso el envío de inmediato socorro á la guarnición, creyendo llegar á impedir que capitulase; pero al romper la marcha la columna entraron en Logroño los que habían sido prisioneros de los carlistas, desistiendo con tal motivo de su empresa los republicanos. Los carlistas no tuvieron gran empeño en conservar su conquista, puesto que si se obstinaban en hacer suya en adelante la plaza tendrían que dedicar, por lo menos, un Batallón á guarnecerla, así que comprendiendo perfectamente que no les convenía distraer en guarniciones las fuerzas necesarias para otras empresas más importantes, se contentaron con demoler las fortificaciones de La Guardia, dejando una guarnición poco numerosa, y llevándose fondos y cuantos pertrechos de guerra ú otros efectos pudieran serles útiles.

—

En cambio el General en Jefe liberal, á quien no podían negarse singulares dotes de previsión y de energía, intentó y consiguió levantar el bloqueo que pesaba sobre Vitoria, valiéndose del conocido ardid de guerra de llamar la atención del enemigo por un lado para caer sobre otro. Con este fin ordenó al General Moriones, Capitán General de Navarra, que provocara una diversión de fuerzas carlistas por dicha provincia, mientras Zavala, por su parte, introducía un considerable convoy en la capital alavesa, cuya operación fué bien dirigida por el Marqués de Sierra-Bullones, gracias también á las numerosas tropas que puso en juego para lograr su objeto, y que consistieron en una División y la Brigada de vanguardia hacia Miranda de Ebro y la carretera, apoyado dicho movimiento por una salida que hicieron los batallones que en Vitoria mandaba el General Loma, dando lugar á que

los carlistas, ante tal aglomeración de fuerzas, no hiciesen una seria resistencia, limitándose á hacer que las partidas hostilizasen á los liberales.

El mismo día que esto acontecía por la parte de Miranda y Vitoria, ó sea el 11 de Agosto, el Cuerpo de Ejército del Teniente General Moriones, compuesto de diez y ocho batallones y dos regimientos de Caballería, con diez y ocho cañones Krupp y cuatro de á 10 centímetros, emprendía la marcha sobre Oteiza. El General carlista Mendiry, que operaba por las inmediaciones de Estella y la Solana, como Comandante General de Navarra, con ocho batallones navarros, cuatro castellanos, el de aragoneses y doce cañones de batalla, tuvo días antes confidencia de lo que se intentaba por el General enemigo, y en su consecuencia comenzó á atrincherarse eligiendo posiciones convenientes, apoyando su extrema izquierda en las estribaciones de Monte-Esquinza, camino de Villatuerta, su centro, unos kilómetros delante de Oteiza, y su derecha formando martillo á la derecha también de dicho pueblo: estas últimas zanjas no pudieron ni trazarse siquiera por falta material de tiempo, pues, como debía acontecer, los planes del ofensor permanecieron ocultos hasta el momento preciso de obrar, sin que esto sea disculpar la falta de previsión de Mendiry; antes por el contrario, tenemos precisamente la convicción de que con otro General al frente de los carlistas no se habría perdido por éstos la batalla, toda vez que entre las fuerzas combatientes no había una diferencia tan grande como para no poder ser equilibrada por los atrincheramientos carlistas, y hasta en Artillería no eran nuestras tropas tan inferiores como en tantos otros combates, en los que resultaron, sin embargo, vencedoras.

Como decíamos, rompió el día 11 la marcha el General liberal, cuando ya el General Mendiry había colocado sus tropas de manera que cinco batallones defendieran el paso á Cirauqui y Mañeru, cubriendo el resto las trincheras de su centro y dejando al descubierto su extrema derecha. El General Moriones emprendió el movimiento preparando su avance con la Artillería, la cual como de mayor precisión y alcance que la de que disponían en aquella jornada los carlistas, aunque no consiguió apagar nuestros fuegos, obligó á nuestras piezas á cambiar continuamente de posición para no ser deshechas á distancia mayor de la del alcance de nuestras granadas, acreditando en este combate una vez más su valor, inteligencia y serenidad, el entonces Coronel Fernández Prada, quien con los cañones de bronce de su mando, maniobró con tal acierto y bizarría, que consiguió contrarrestar brillantemente los fuegos de la numerosa Artillería Krupp de los libe-

rales, secundado admirablemente por el no menos valiente y sereno jefe de Artillería D. Luis Ibarra.

La izquierda liberal, encomendada á la División de Colomo, debía atacar vivamente la derecha carlista rebasándola y envolviéndola, si le fuera posible; el centro y el pueblo debían ser tomados por la División de Catalán. La misión de la izquierda liberal cumplióla bravamente el General Colomo, y los carlistas no extremaron, ni mucho



D. MANUEL FERNANDEZ PRADA
MARQUÉS DE LAS TORRES DE ORÁN

menos, la resistencia que debían haberle opuesto: el centro carlista tampoco defendió con el tesón debido las posiciones cuya defensa le estaba encomendada, acabando por volver la espalda al enemigo, acaso por el temor de verse nuestra Infantería envuelta por la Caballería liberal, achaque común en los infantes bisoños, pero que nunca debieron haberlo padecido los bravos veteranos de Somorrostro y de Abárzuza. Tomado, pues, el pueblo por los liberales y pronunciada la retirada de los carlistas, volviéronse aquéllos á sus cantones, después de haber sacado de Oteiza todo cuanto pudo convenirles, y conseguido el objeto que se propusieron de secundar los planes del General en Jefe Zavala.

Hemos dicho, y nos duele repetirlo, que la defensa de los carlistas no fué tan sostenida como debiera haberlo sido; que el centro se retiró

por temor á la Caballería; y ahora hemos de añadir que la escasez de municiones no disculpa, á nuestro juicio, la retirada, pues como había ocurrido ya en otras acciones de guerra, podía haberse suplido con el arma blanca la falta de cartuchos, cuyo contratiempo podía también haberse evitado con alguna mayor previsión por parte del General Mendiry, quien, finalmente, al ver que los republicanos no intentaban ningún movimiento sobre Cirauqui y Mañeru, pudo muy bien haber llamado á reforzar su centro y su derecha á los cinco batallones que con el General Argonz había situado para defender su izquierda, y que si hubiesen sido llamados oportunamente por el General Mendiry, habrían podido convertir en victoria su derrota.

Parecía en aquel combate que aquellos voluntarios no eran los mismos soldados invencibles de San Pedro Abanto y Monte Muro; pero también creemos que la culpa no era suya, sino del Comandante General de Navarra D. Torcuato Mendiry, quien, si bien se había portado admirablemente en otros hechos de armas, hay que tener en cuenta que hasta entonces no había obrado por su propia iniciativa, sino cumpliendo órdenes de generales tan insignes como Ollo y Dorregaray; lo cual prueba que Mendiry era un buen General de División, pero que no tenía grandes aptitudes para mandar en jefe, corroborando esta opinión nuestra no sólo la pérdida de la acción de Oteiza, sino que también lo ocurrido más tarde en la retirada del Carrascal, pues sabido es por todo el mundo que la gloriosa victoria de Lácar no se debió al entonces Capitán General carlista de las provincias vasco-navarras, Mendiry, sino que alcanzóse gracias á la enérgica y feliz iniciativa del valeroso Don Carlos de Borbón.

—

Algo hubieron de resarcirse los carlistas, del fatal efecto moral de Oteiza, con la atrevida expedición del Brigadier Pérula á Calahorra, de cuya operación ni los liberales ni, acaso, los mismos carlistas tuvieron noticia hasta después de haberla llevado brillantemente á cabo el mencionado Brigadier. Sin más odjetivo que el de adquirir fondos para ayudar á las diputaciones á guerra en el vestuario de los batallones, emprendió Pérula la marcha con tres batallones y dos escuadrones; atravesó el bravo Brigadier el Ebro, muy cerca de Lerín, Sesma y demás acantonamientos de la numerosa Caballería de la División liberal de la Ribera, sorprendió á Calahorra, ciudad importante, guarnecida por una Compañía de Carabineros y doscientos voluntarios; y después de atacarles y rendirles, recogió más de trescientas armas, municiones, treinta mil duros y gran cantidad de paños; des-

trozó la vía férrea y el telégrafo, y dió, en fin, la vuelta al campo carlista atravesando para ello por en medio de dos cuerpos del Ejército enemigo con *inconcebible actividad y bravura*, palabras textuales de la *Narración Militar de la Guerra carlista*, escrita por el distinguido Cuerpo de Estado Mayor del Ejército.

Tan audaz y valiente expedición llegó casi á borrar la mala impresión que en todos produjo la derrota de Oteiza, acaecida á raíz de una de las mejores victorias de los carlistas.

Al hab'ar de la expedición á Calahorra consideramos de justicia consignar que su feliz éxito debióse en gran parte á la inteligencia y bravura del Teniente Coronel Martínez Junquera, quien conquistó el empleo inmediato en tan arriesgada cuanto feliz operación, así como el Comandante de Caballería, D. Juan Ortigosa.

El día 9 de Septiembre, y á causa de una equivocada creencia de los liberales, se libró una acción que no dejó de ser importante. Creyó el General Moriones que trataban de dirigir una expedición al Alto Aragón los carlistas, cuando el objeto de éstos al dirigirse hácia aquella comarca no era otro que el de reclutar gente para cubrir bajas. Con el fin de impedir la supuesta expedición, hizo Moriones que el Batallón de Guadalajara, el de Marina, los forales de Navarra, dos compañías de carabineros, sesenta caballos y una sección de Artillería, se dirigiesen á Sangüesa, no encontrando dicha columna á su frente más que al Batallón de Almogávares del Pilar, mandado por Marco, y el 9.º de Navarra, mandado por Sanz (actual Diputado á Cortes por Pamplona), pertenecientes ambos á la Brigada de D. Antonio Landa. Llegados á Sos los liberales, dispuso este Brigadier carlista aceptar tan desigual combate, secundado hábilmente por los tenientes coroneles Sanz y Marco.

Al encontrarse ya las tropas republicanas cerca de Sangüesa, viéronse recibidas con vivo fuego desde las alturas que dominan el pueblo, y si bien se inició en los carlistas alguna vacilación, fué pronto ésta dominada bravamente por el Teniente Coronel Sanz cargando con vigor sobre el enemigo. Pero no teniendo por el momento objeto alguno para los carlistas el continuar la operación, pues su propósito no había sido otro que demostrar, como lo demostraron, que estaban siempre dispuestos á aceptar combate aunque fuese en condiciones tan desfavorables como en aquella ocasión, y escaseando además las municiones, retiráronse á sus acantonamientos los carlistas, cuyas pérdidas se calcularon en unos catorce muertos y cuarenta heridos, siendo mayores, seguramente, las de los liberales por haberse aprovechado mejor en sus masas el nutrido fuego de guerrillas que hubieron de di-

rigirles los carlistas, y por haber tenido que entrar en Sangüesa por un despeñadero dominado por éstos.

Pudo decirse muy bien, entonces, del General Moriones que se le antojaban los dedos huéspedes, desde el momento en que al ver que un par de batallones, solamente, se dirigía hácia cualquier frontera próxima, creía ya que fuera alguna de las tan temidas espediciones de los carlistas.

—

Las operaciones descritas en el presente capítulo fueron las de mayor importancia entre las ocurridas durante el mando en jefe del Capitán General Marqués de Sierra Bullones, quien al poco tiempo fué sustituido por el Teniente General D. Manuel de la Serna, veterano también de la primera guerra civil, en la que había llegado á ser Comandante de Infantería del Ejército liberal, y que ascendido á Teniente Coronel cuando el pronunciamiento de 1843, y á Coronel y Brigadier en 1851 y 1853, respectivamente, había sido agraciado con la faja de Mariscal de Campo por la Revolución de 1868, con el empleo de Teniente General por Don Amadeo, y había mandado en la campaña de Somorrostro el segundo Cuerpo del Ejército del Duque de la Torre.

A su lado púsose con el cargo de Jefe de Estado Mayor General al Mariscal de Campo D. Pedro Ruiz Dana, ilustrado y valiente militar procedente del Cuerpo de Estado Mayor del Ejército, en el que se había distinguido ganando la Cruz de San Fernando en la gloriosa guerra de Africa, y el grado de Coronel peleando el 22 de Junio de 1866 en defensa del Gobierno constituido; más tarde obtuvo los ascensos á Brigadier y Mariscal de Campo, peleando contra los carlistas en el Norte desde el principio de la última campaña, después de la cual publicó su bien escrita obra *Estudios sobre la guerra civil en el Norte, desde 1872 á 1876.*



D. SIMÓN DE MONTOYA

Capitulo XIX

Conducción de un convoy á Pamplona.—Reñidos combates de Biurrun y Monte San Juan, ocurridos en el mes de Septiembre de 1874.

Bloqueo en toda regla hacían pesar los carlistas sobre la plaza de Pamplona, que hallábase ya en situación nada lisonjera, sintiendo escasez de hombres, de mantenimientos y de municiones. Urgía, por lo tanto, socorrerla, pues las partidas volantes y las avanzadas carlistas llegaban hasta sus mismos muros, y al menor descuido de los liberales les cogían hombres y ganados, constituyendo todo esto un penosísimo servicio para sus mermados defensores.

Como tal situación no se les escondía á los superiores jefes republicanos, evidente era que tomarían, en un plazo no remoto, las medidas conducentes para socorrer Pamplona, máxime cuando el Capitán General de Navarra, lo era entonces, D. Domingo Moriones, y como hijo del país tenía en ello interés grandísimo.

Por esta razón, y en la eventualidad del paso de un convoy enemi-

go, los carlistas ocuparon con la mayor parte de sus fuerzas la línea del Carrascal como la más indicada para impedirlo.

Por aquella época, el Jefe de Estado Mayor General carlista D. Antonio Dorregaray, hallábase por Navarra, teniendo á sus inmediatas órdenes al Comandante General de dicha provincia D. Torcuato Mendiry, con diez batallones navarros, cuatro castellanos, dos cántabros y el de aragoneses, el Regimiento de Caballería del Rey, veinticuatro piezas de Batalla y doce de Montaña, ocupando la extensa línea de Estella á Puente-la-Reina, Biurrun, Añorbe, Unzué, Mendigorria y Artajona.

El nuevo General en Jefe del Ejército liberal, D. Manuel de la Serna, disponía, para operar frente á Dorregaray, de una División de vanguardia mandada por el General Blanco y compuesta de ocho batallones, y de los Cuerpos primero y segundo de su Ejército, que á las órdenes, respectivamente, de los generales Moriones y Ceballos, se componía cada uno de quince batallones con la correspondiente dotación de Ingenieros, Artillería y Caballería, acantonadas tan numerosas fuerzas por Miranda, Logroño y la ribera de Navarra, teniendo su Cuartel General en el segundo de dichos puntos, y el primer Cuerpo en Tafalla. También figuraban, naturalmente, á las órdenes del General Laserna, el tercer Cuerpo del Ejército mandado por el General Loma y la División llamada de Vizcaya, pero prescindimos por ahora de su composición y número, por hallarse dichas fuerzas en zonas distantes de Navarra, y no haber tomado parte en las operaciones objeto del presente capítulo.

El General en Jefe liberal, apremiado por repetidas comunicaciones recibidas del Ayuntamiento de Pamplona y del Comandante en Jefe del primer Cuerpo, suspendió una operación que tenía proyectada sobre La Guardia, y reforzó á Moriones con una Brigada, conviniendo en que dicho General llevase un fuerte convoy á Pamplona, mientras él á su vez amagaba Estella por la carretera de Logroño á Viana y Los Arcos, suponiendo fundadamente que si no se lograba debilitar la línea carlista en el Carrascal y desfiladeros de Unzué, no le sería facil al Ejército liberal conseguir su objeto, dado el número de los carlistas y lo escabroso de las posiciones que éstos ocupaban.

El día 17 de Septiembre, emprendió el General Moriones su movimiento, precedido de un reconocimiento que dió por resultado averiguar que los batallones carlistas que ocupaban Unzué y Añorbe habían avanzado hasta cerca de Barasoaín, regresando á sus posiciones.

El 19 llegó á este punto Moriones, lo que visto por sus enemigos, desplegaron sus fuerzas de Infantería y colocaron en batería las piezas

de la de á Caballo al mando del Coronel Pérez de Guzmán y del Comandante Ibarra (D. Leopoldo), esperando así impávidos la acometida; pero el Ejército liberal no avanzó, por lo que los carlistas volvieron á sus acantonamientos.

Durante la noche se recibió, por seguros confidentes, en el Cuartel General carlista la noticia de que el Cuerpo del Ejército liberal que operaba á las inmediatas órdenes de su General en Jefe La Serna, había salido de Logroño en dirección de la Solana y Estella, en vista de lo cual, el General Dorregaray dispuso que inmediatamente se desprendiera el Comandante General de Alava D. Rafael Alvarez, de dos batallones y que amagara el flanco izquierdo de La Serna, así como que el General Argonz y el Brigadiez Iturmendi, con seis batallones, y el Coronel de Artillería Brea con las dos baterías montadas de Fernández Prada y Rodríguez Vera, marchasen por la carretera de Puente-la-Reina á Estella, como así lo hicimos, llegando antes del amanecer á Morentín, Dicastillo y Allo.

Al día siguiente, quebrantada ya la línea carlista para atender á Estella, según el seguro proyecto que al General en Jefe liberal había propuesto el General Moriones, avanzó éste con el convoy hasta Tiebas, precedido por la División del General Catalán. Las fuerzas carlistas que ocupaban los altos de Biurrun, bajaron á flanquear el paso de los enemigos, así como las de Unzué; pero como tenían que luchar con fuerzas superiores por haberse debilitado su línea, no pudieron impedir el paso de los diez y ocho batallones de que disponía el enemigo, que además había adelantado cinco batallones y cuatro piezas Krupp hasta Biurrun, en cuyo punto pernoctaron, decididos á asegurar el paso del convoy por la carretera, apoyándolo desde aquella importante posición.

Enteradas las tropas carlistas más próximas á Biurrun, de la ocupación de dicho pueblo, lo cual hacía dueños de la carretera á los liberales, pensaron sériamente en arrojar de allí á enemigo tan peligroso. Estas fuerzas carlistas eran las que, al mando del Brigadier don José Pérula, se hallaban en Puente y Obanos, ó sean los batallones 2.º y 3.º de Navarra, cuyos jefes eran, respectivamente, Foronda y Montoya, el 2.º de Castilla (que sentimos no recordar quién lo mandó aquel día), y un Escuadrón de Navarra al mando de D. Juan Ortigosa, jefes todos ellos cuyo arrojo y decisión eran proverbiales. Por medio, pues, de una rápida marcha, salió el Brigadier Pérula de Puente-la-Reina por Muruzabal hacia Subiza, que se halla situada en la sierra del Perdón, aconteciendo esto el día 21 de Septiembre.

El camino seguido por los citados batallones carlistas era asperísi-



TRINCHERA CARLISTA (CUADRO AL ÓLEO DE D. J. CUSACHS)

mo, teniendo que marchar á la desfilada, de modo que al arribar desde Subiza hácia Biurrun, y al descender de una pequeña eminencia que le domina, advirtió el Coronel Montoya (que iba á la cabeza de las fuerzas carlistas) que los liberales ocupando el pueblo y la ermita, fuertemente atrincherados, les esperaban ya á poca distancia, rompiendo acto seguido nutrido fuego sobre la poca gente que llegó á avistarles con Montoya, quien no vaciló ni un momento, si no que, afrontando impávido el inminente peligro que corría, fué ordenando á cada Compañía que se iba reuniendo que se lanzase sobre los liberales á la bayoneta, dando á sus tropas el ejemplo al frente de la primera. El ataque fué tan rudo, que las avanzadas liberales fueron desbaratadas en breves instantes, y empujadas dentro del pueblo, en donde el ruido apresurado de las cornetas tocando llamada y ataque á la carrera, se mezclaba con los roncos disparos de la Artillería liberal, á cuyo amparo comenzaron á organizar la resistencia los batallones republicanos. Pero el empuje estaba ya dado é iniciada la retirada de éstos á la vez que llegaban el resto del Batallón de Montoya y los segundos, de Navarra y Castilla con el Escuadrón, á cuyo frente marchaban los valerosos Pérula y Ortigosa. El pueblo, la ermita y los alrededores quedaron sucesivamente en poder de los carlistas, y en tan rápida y valiente acometida se hicieron multitud de bajas al enemigo, cogiéndole ochenta prisioneros y considerable número de cartuchos y pertrechos de guerra.

Tal acción pudo calificarse de heróica por parte del Coronel Montoya y de sus escasas tropas, pues las que iniciaron el ataque no pasaban de cuatro compañías, y sin embargo se lanzaron sobre un enemigo que ocupaba Biurrun con cuatro batallones, y que tenía otros catorce más en los cercanos pueblos de Olcoz, Unzué, Tiebas y Ucar.

Don Carlos de Borbón, quien desde que dieron principio las operaciones, hallábase alojado en Puente-la-Reina con el veterano y entendido General Jefe de su Cuarto Militar D. Antonio Diez Mogrovejo y el magnífico y nutrido Batallón de Guias del Rey (que organizó y mandaba entonces el bizarro Coronel Calderón), en el momento que tuvo noticia del empeño de Biurrun, montó á caballo y acompañado de sus generales Dorregaray, Mogrovejo y Mendiry, visitó las posiciones de sus heróicas tropas y les felicitó con entusiasmo, impresionado vivamente por el valor de sus voluntarios y en especial por el arrojo del Coronel D. Simón de Montoya, quien con los suyos había puesto tan alto en aquel día el honor de sus armas, y que fué el héroe de la jornada.

Tal fué la brillante acción de Biurrun, en la que conquistaron la

Corbata de San Fernando las banderas de los batallones 2.° y 3.° de Navarra y 2.° de Castilla, y el primer Escuadrón del Regimiento de Caballería de Navarra.

El General en Jefe liberal no quiso empeñar acción alguna en Los Arcos, ni avanzar hácia Estella en vista de las formidables posiciones que ya ocupaban las fuerzas carlistas destacadas de la línea principal al mando del General Argonz, mientras que por la parte de Alava el Comandante General de dicha provincia, D. Rafael Alvarez, amagaba el flanco y comprometía la retirada de las tropas del General La Serna. A esta actitud debióse sin duda la inacción y el regreso de los liberales á su acantonamiento, volviendo también los carlistas á su anterior línea del Carrascal, dispuestos otra vez á disputar el paso del primer Cuerpo del Ejército republicano á su regreso de Pamplona.

Como siempre, hay que reconocer en justicia que el General Moriones conocía bien la índole de los enemigos que había de combatir, y que constantemente lograba lo que se proponía con su ya conocida táctica de amagar á Estella para conseguir facilmente su objeto pricipal.

—

De regreso el General Moriores de su expedición, en la que por más que hubiera conseguido su objeto de avituallar á Pamplona, había tenido el fatal *tropiezo de Biurrun*, (como así lo calificaron los periódicos liberales de aquel tiempo) ocupó con sus tropas los pueblos de Barasoain y Garinoaín; el General Colomo, con su derrotada División de Biurrun se acantonaba en el primero de dichos puntos, y las demás fuerzas liberales, en Unzué, Mendivil y Tiebas.

Los carlistas, entre tanto, y ante la inminencia de un combate, se escalonaban en Biurrun, Eneriz, Adios, Ucar y Añorbe.

Amaneció el día 23, y el General Moriones ordenó el despliegue de sus tropas al frente de las posiciones carlistas, en consecuencia de lo cual el General Dorregaray secundado por Mendiry, comunicó órdenes terminantes á los jefes de Brigada para que rompiendo la marcha detrás de la acantonada en Biurrun, al mando del Brigadier Yoldi, atacaran sin vacilar al Ejército enemigo de flanco y de frente á la vez. Contestado, aunque debilmente, el fuego, fuéronse retirando los republicanos por escalones y ordenadamente, hasta que llegados á la escelente posición de Monte San Juan, hicieron alto y organizaron la resistencia en dicho punto y en los pueblos de Barasoain y el Pueyo.

La retirada de los liberales fué admirable, ante un enemigo que, como el carlista, se hallaba entusiasmado con su reciente victoria, y

nuestra imparcialidad se complace en reconocer y elogiar las dotes militares del Teniente General Morienes, desplegadas tanto en esta ocasión como en otras muchas en las que también le hemos tributado nuestro modesto aplauso. Al llegar al desfiladero, las tropas carlistas dirigidas también admirablemente por los generales Dorregaray y Mendiry, bajaban con arrogancia desde las alturas de Unzué, Biurrun y Tirapu, llegando un momento en que los liberales se vieron casi envueltos por sus contrarios; pero maniobrando habilmente Moriones, logró que sus tropas pudieran desenvolverse y ocupar con la mayor parte de sus fuerzas el Pueyo y Barasoaín, dónde establecida ya en posición su excelente Artillería, rompió certero y vivo fuego sobre las columnas carlistas, evitando así que el fracaso de Biurrun se reprodujera en mayor escala aquel día.

A pesar de ésto, el General Dorregaray mandó que á la carrera siguieran el movimiento de avance sus columnas; pero ya los republicanos aprovechándose de los accidentes del terreno, y de que los carlistas atacaban en compactas masas, rompió con gran precisión y serenidad un nutrido fuego de cañón y fusil, que hizo vacilar algo á los carlistas conteniendo su ímpetu.

A la Artillería liberal, parapetada y disparando al abrigo de las tapias del cementerio, que había aspillerado convenientemente, debióse sin duda el éxito de la resistencia, sólo comparable á la valiente y ordenada acometida de los carlistas y al bien dirigido fuego de sus cañones de Batalla.

En la *Historia Contemporánea*, por D. Antonio Pirala, y otras narraciones de la guerra civil se consigna un rumor que no deja de tener algun fundamento, y al cual se atribuyó que los carlistas no hubieran sacado más partido de la acción de Monte San Juan. Parece ser, segun el rumor á que nos referimos, y que como tal consignamos en estos apuntes, que, debido á causas que desconocemos todavía, (y mejor aún á rivalidades entre ciertos jefes superiores), algunos batallones, especialmente los mandados por el Brigadier carlista Zalduendo, no secundaron bien las órdenes del Jefe de Estado Mayor General Dorregaray. Realmente está para nosotros fuera de duda, que en la acción á que nos referimos debió, por lo menos, quedar desbaratada una División liberal, que gracias al General Moriones fué socorrida cuando se hallaba ya á punto de ser envuelta, si Zalduendo hubiese llegado con toda oportunidad.

Pero en fin, sea de ello lo que quiera, replegáronse al cabo los carlistas ante la séria resistencia de sus enemigos, y aunque en los días siguientes, es decir, el 24 y 25, hubo algunas escaramuzas en toda la

línea, siguieron los liberales en el Pueyo, bien atrincherados, y los carlistas regresaron á sus posiciones, dominando por completo, sin embargo, la famosa línea del Carrascal, y teniendo en respeto desde allí, en adelante, al Ejército liberal.

La línea carlista se fortificó y atrincheró en sus principales puntos bajo la acertada dirección del Coronel de Ingenieros D. Amador Villar, y para establecer comunicaciones entre ellos, se hicieron buenos caminos practicables para la Artillería de Batalla.

Todos sabemos que el Ejército liberal tardó después más de cuatro meses en acometer y envolver la línea carlista, y que lo hizo cuando se había duplicado en número y hasta reforzado con una División de Aragón. La plaza de Pamplona, entretando, volvió á verse bloqueada y cañoneada, y de los combates de Biurrun y Monte San Juan no quedó más recuerdo que las bajas ocasionadas en ambos ejércitos, siendo unas dos cientas las de los liberales, y ciento setenta y ocho las sufridas por los carlistas.



D. HERMENEGILDO DIAZ DE CEBALLOS

Capítulo XX

El sitio de Irún y la acción de San Marcos.

DECIDIDO al fin al Ejército carlista á tomar la ofensiva, comprendiendo lo peligroso que era establecer como sistema el de las líneas atrincheradas, pensaron en una expedición á Castilla y en operar sobre Hernani ó Irún, es decir por Guipúzcoa, ya que los alaveses habían entrado en La Guardia, y que los navarros y vizcainos habían reñido, respectivamente, los combates de Biurrun y de Santa Marina, del cual ya nos ocuparemos al describir las operaciones de Vizcaya después del sitio de Bilbao.

Pues bien, si dificultades del momento (en primer término la escasez de municiones) impidieron lanzar seis ú ocho batallones á Castilla, bien bajo el mando del General Alvarez, ó bien á las órdenes del General Mogrovejo, acordóse por de pronto en consejo de generales, poner sitio á la plaza de Irún ya que no se disponía de fuerzas bastantes para llevar adelante dos operaciones á la vez, puesto que había de contarse con el pié forzado del bloqueo de Pamplona, por una parte, y con estorbar que los liberales hicieran escursiones desde Bilbao, Vitoria y San Sebastián.

Realmente Irún no tenia importancia alguna más que cómo población fronteriza, aún así no era del todo indispensable á los carlistas su posesión, puesto que disponían de suficiente frontera por donde recibir mantenimientos y efectos de guerra como se había hecho hasta entonces, pero parece ser que en la decisión de sitiar la citada plaza entró por mucho el deseo de demostrar el valor é importancia del Ejército carlista á los extranjeros que no dejarían de acudir á la frontera á presenciar los combates que hubieran de librarse en los alrededores de Irún, contándose además con que el Ejército liberal, que al mando de D. Manuel de la Lerna se hallaba, en su mayor parte, escalonado desde Miranda de Ebro á Tafalla, tal vez no llegaría á tiempo de salvar la plaza, en el caso de que acudiese en su auxilio.

Poco tiempo antes de estas operaciones había sido elevado á la Capitanía General de Navarra, Provincias Vascongadas y Rioja, el General D. Torcuato Mendiry, cesando con tal motivo en el mando de las tropas del Norte, el General D. Antonio Dorregaray á quien Don Carlos nombró General en Gefe del Ejército del Centro.

Era por aquella época Comandante General de Guipúzcoa, el General D. Hermenegildo Diaz de Ceballos, antiguo Guardia de Corps en el reinado de Fernando VII, y después bravo militar carlista que en la primera guerra civil ganó la Cruz de San Fernando y alcanzó el empleo de Coronel, que en la guerra sostenida después por Cabrera en Cataluña, fué ascendido á Brigadier, y que habiendo prestado más tarde muchos y distinguidos servicios á la Causa carlista habíase visto agraciado por el Conde de Montemolín con el empleo de Mariscal de Campo, cuando lo de San Carlos de la Rápita, y con el de Teniente General por Don Carlos de Borbón, en 1868.

Dispúsose que se emprendieran las operaciones del sitio de Irún encargándose de él al Comandante General de Ingenieros D. Francisco de Alemany, quien con los coroneles del mismo Cuerpo, Garín y Villar, dirigióse desde luego á recorrer los alrededores de la plaza, para elegir convenientes posiciones; y nombróse para el mando de la Artillería del sitio á los Coroneles de este Cuerpo Brea y Rodríguez Vera, secundados por los comandantes Torres y Carnevali, procedentes del Cuerpo General de la Armada.

El Comandante General de Guipúzcoa disponía, por su parte, de ocho batallones guipúzcoanos, poniéndose á sus órdenes al General Marqués de Valdespina con cuatro batallones navarros al inmediato mando del Brigadier Zalduendo y la Batería de Montaña del Teniente Coronel Reyero.

La importancia del Ejército carlista era grande cuando tácitamen-

te la reconocían los generales liberales hasta en sus relaciones oficiales: El General Moriones oficiaba al Gobierno: «Por hoy la atención «fija de los carlistas es cerrar el paso á Pamplona;» el General Villegas, jefe de la extrema izquierda liberal se prevenía para impedir el paso de la temida expedición á Castilla; el Comandante General de Bilbao, Morales de los Rios, soñaba con que los carlistas no abandonaban la idea de hacerse dueños por sorpresa de la invicta villa; y en fin, el General Loma pedía refuerzos para Guipúzcoa, siendo este infa-



D. FRANCISCO DE ALEMANY

tigable General el único que entonces veía claro, adivinando que pronto había de ser aquella provincia el blanco de las operaciones del Ejército carlista.

Con el General Alemany marcharon algunas compañías de Ingenieros á fin de construir un trozo de camino necesario para conducir las piezas y levantar las baterías. El Coronel Rodríguez Vera y el Comandante Carnevali emprendieron desde Vera la marcha con el material de Artillería, mientras el Coronel Brea y el Comandante Torres se adelantaron á conferenciar con el General Alemany y acordar el mejor emplazamiento de los cañones y morteros.

Todo se verificó sin la menor dilación, y, prévio el reconocimiento facultativo de los alrededores de la plaza, se eligió el monte llamado Ibayeta para la colocación de los ocho cañones de posición de la Bate-

ría Rodriguez Vera; no lejos de éste se eligió otra para los morteros que debía mandar el Comandante Carnevali, y por último, el alto de San Marcial se designó para emplazar, á las inmediatas órdenes de Brea y de Tórres, las piezas de mayor calibre, es decir, dos Vavasseur, rayados de á 9 centímetros y seis Withwort de á 7, también rayados.

Las compañías de Ingenieros cumplieron tan pronto y con tal acierto su misión, que resultaron simultáneas la marcha de la Artillería por los montes y la construcción de baterías, de modo que al llegar las piezas no tuvieron más que entrar en sus respectivos emplazamientos.

El General Ceballos, Jefe de la línea que había de oponerse al Ejército de socorro, situó sus fuerzas del modo siguiente: batallones 1.º y segundo de Guipúzcoa, desde Urnieta á Pagollaga, al mando del Brigadier Aizpurúa y del Coronel Iturbe; en Pagollaga y Santiagomendi, el 6.º Batallón con el Coronel López y el Teniente Coronel Blanco; en Choritoquieta, cuatro compañías del 4.º con el Teniente Coronel Fortuny; el 5.º Batallón en San Marcos, con el Teniente Coronel Pérez Dávila; el 3.º en Oyarzun con los coroneles Carpintier é Irazu; el 7.º mandado por Folguera (menos tres compañías) en Jaizquivel; y el 8.º al mando de Vicuña, en Lastaola y San Marcial.

Antes de romperse el fuego acudieron á sus puestos de honor el Señor Don Carlos de Borbón, el Ministro de la Guerra General Elío, y poco después el Comandante General de Artillería D. Juan M.ª Maestre, quien había estado desde días antes en la Fábrica de proyectiles de Vera, cuidando de que no faltase el alimento de las bocas de fuego que habían de operar contra Irún.

Esta plaza se puso en breve en estado de defensa: tenia dos fuertes construidos en dos colinas inmediatas, llamados el Parque y Mendivil artillados con tres cañones rayados de á 12 centímetros, el primero, y el segundo con un cañón, también de á 12 y otro de á 16 centímetros. En el río había asimismo una cañonera y dos trincaduras, con un cañón de á 12, y dos dé á 8 centímetros. La guarnición de Irún se componia de dos batallones de los regimientos de Africa y de Murcia, tres compañías de Migueletes, cuarenta y nueve Carabineros y cien voluntarios. Además estaban fortificados y artillados el puente de Behovia, el internacional de Hendaya y el paso de Santiago.

A las siete de la mañana del día 4 de Noviembre de 1874 rompióse el fuego de las baterías carlistas contra Irún; á los primeros disparos fueron muertos en el Parque tres artilleros y un Capellán; durante el día cayeron sobre Irún mil doscientas granadas, y por la noche ciento cuarenta bombas que lograron incendiar bastantes casas. Los días 5 y 6, reprodújose el cañoneo, si bien no con tanta intensidad como el

día 4, recibiendo por su acierto los artilleros carlistas los plácemes de los oficiales franceses que, armados de anteojos de campaña, seguían las peripecias del sitio, durante el cual nos dispensó el Señor Don Carlos de Borbón el honor de pasarse todo el día en la Batería de San Marcial, animándonos á todos con su presencia, valor y gran serenidad.

La baja más sensible que tuvimos en las baterías fué la del Coronel de Artillería Rodríguez Vera, quien al descubrirse para ver los efectos de sus disparos, recibió una herida en la cabeza, siendo ésta la segunda que casi en el mismo sitio había recibido en la campaña carlista, pues como ya dijimos oportunamente, también fué gravemente herido en Somorrostro.

Consiguieron los carlistas romper á cañonazos los diques del Bidasoa con objeto de inundar el pueblo; pero las averías fueron recompuestas al poco tiempo. Las mujeres, los niños y los enfermos que al principio se habían acogido á la Casa Consistorial, la cual tenía algo de fortaleza, pasaron á Francia huyendo de los horrores del bombardeo.

El día 7 se adelantaron á Aldabe tres piezas rayadas de á 8 centímetros, y continuó el fuego habiéndose hecho, en total, cuatro mil quinientos disparos hasta el día 10. En estos días las bajas de los liberales fueron de cuarenta y una nada más; pero las pérdidas en los edificios fueron enormes, destruyéndose por completo cuarenta y cuatro, once de ellos incendiados, según datos oficiales de los liberales; el valor de los sitiados corría parejas con el ardor de los sitiadores.

Los comandantes generales de Artillería é Ingenieros, Maestre y Alemany, así como otros jefes de importancia, creyeron llegado el momento de que se diera un asalto antes de que el enemigo enviase, como era de esperar, numerosas fuerzas en auxilio de la villa; pero sucedió lo que en el sitio de Bilbao, es decir, que después de estar preparadas las columnas de asalto, al frente de las cuales figuraba el bravo Batallón de Guías del Rey, mandado por su digno Coronel Calderón, no se llevó al fin á cabo el asalto, sea por falta de iniciativa en el Brigadier Zalduendo, (según se dijo), ó sea por rivalidad entre las fuerzas navarras y guipuzcoanas, según se aseguró por muchos.

Convencido, entre tanto, el General en Jefe liberal de que los carlistas proseguían con viveza el sitio de Irún, dispuso acudir en socorro de dicha villa con todas las fuerzas de que pudiera disponer, no dejando en la Ribera más que el Cuerpo de Ejército de Moriones y algunos batallones más. El día 4 emprendió, pues, la marcha con seis batallones y tres baterías de Montaña, é hizo que el General Blanco

avanzase con otros seis batallones y otra Batería, y que se le uniera el General Loma con otros dos batallones, media Batería Montada, algunas compañías de Ingenieros y dos escuadrones, embarcando La Serna sus tropas en treinta y tres trenes, trasladándolas por el ferrocarril, á Santander y de allí por mar á San Sebastián, en donde desembarcaron el día 9.

Por cierto que hemos de referir un incidente curioso. Como hemos dicho, el fuego de los sitiadores fué menos intenso que el día 4, en los sucesivos, y el General en Jefe liberal La Serna al saberlo creyó que era que los carlistas levantaban ya el sitio al sólo anuncio de la llegada de refuerzos republicanos á Guipúzcoa, y ofuscado, sin duda, por semejante idea que á ser cierta podía haber halagado su amor propio, telegrafió al Gobierno de Madrid diciendo, entre otras cosas, lo siguiente: «La rapidez con que se ha llevado á cabo la operación del »Ejército sobre Irún, ha producido como resultado inmediato el levan»tamiento del sitio. Han podido convencerse los franceses de que el sólo »anuncio de nuestro movimiento ha ahuyentado las huestes carlistas.» Semejante baladronada, produjo, sin embargo, gran desencanto en el país liberal cuando vió que no se confirmaba lo telegrafiado por su General en Jefe.

El General carlista Ceballos había hecho presente al Ministro de la Guerra Elío, lo difícil que le era sostener las posiciones que ocupaba con las pocas fuerzas que tenía á sus órdenes, por lo que el General Elío le mandó los seis cañones de la Batería de Reyero y el 5.º Batallón de Navarra con el Brigadier Zalduendo, estableciendo el Comandante General de Guipúzcoa su Cuartel General en Astigarraga, y quedando sus tropas apoyando la derecha en el monte Jaizquibel y la izquierda en los montes de Aya.

El plan adoptado por el General en Jefe liberal no podía ser mejor, lo confesamos haciéndole estricta justicia; pues si en vez de amagar la derecha carlista para caer con todas sus fuerzas sobre la izquierda, se le ocurre obrar en sentido contrario, creemos que ni la liberación de Irún le hubiera sido tan fácil, ni le hubiera costado tan pocas bajas. En cambio lo primero que le faltó al General carlista Ceballos fué acertar á tener en invariable comunicación sus dos alas, así es que el enemigo aprovechándose de este detalle, las incomunicó y habría llegado á hacerse dueño de todos los defensores de Jaizquivel si éstos le hubieran hecho séria resistencia y cegados en el fragor del combate no se hubisen cuidado más que de pelear, y no de evitar también el quedar cercados.

Al amanecer del día 10 avanzaron las tropas del General La Serna,

en número de diez y seis batallones, hacia Rentería, dirigiéndose todas las fuerzas hacia la izquierda carlista, menos las tropas del General Blanco y del Brigadier La Portilla, las cuales esperaron á que se trabase el combate en toda la línea para entonces dirigirse á Jaizquibel que era su objetivo principal. Un combate preliminar había de librarse antes, y se empeñó, como era de necesidad, pues sin él no le habría sido posible al Ejército liberal dar un paso adelante sin verse batido de revés.

Hablamos del combate por las posiciones de San Marcos y Choritoquieta que tenían orden de defender el 5.° Batallón de Guipúzcoa y cuatro compañías del 4.° al mando de Pérez Dávila y Fortuny, y en Santiagomendi el Coronel López con el 6.° Batallón de la misma provincia. Del ataque liberal hubo de encargarse el impetuoso General Loma, y dicho se está que de tal caudillo no podía esperarse sino una embestida á todo trance, como así sucedió. Los batallones de su mando, precedidos por algunas compañías de Migueletes como exploradores, tomaron á la carrera los parapetos carlistas, aunque no sin sufrir terribles bajas ni tener que vencer una tenaz resistencia por parte de los carlistas, como así lo consignaron los republicanos en documentos oficiales, diciendo: «El enemigo en estos puntos opuso una resistencia »tenaz, y Asturias y Valencia, sobre todo el primero de estos regi»mientos, experimentaron numerosas bajas.»

Tuvieron empero que ceder al número los carlistas, porque no fué solamente al General Loma con sus fuerzas á quien tuvieron que hacer frente, sino que también el General Blanco y los brigadieres Oviedo y Bargés les atacaron con las suyas. El Brigadier carlista Zalduendo que se hallaba sobre Zamalvide con dos batallones, y que desconocía el apuro en que se encontraban los de San Marcos y Choritoquieta, no pudo auxiliarles, y á su vez tuvo que resistir el empuje de algunos batallones liberales, abandonando sus posiciones y dejando sin defensa la Batería del bravo Teniente Coronel Reyero, quien impávido siguió, sin embargo, haciendo fuego al enemigo, y gracias á la pasmosa serenidad y desprecio del peligro con que sabía portarse siempre tan distinguido Jefe de Artillería, consiguió á última hora retirarse sin perder un cañón ni un hombre, á pesar de no prestarle auxilio ni una sola Compañía de Infantería de la Brigada Zalduendo.

¡Siempre la misma falta de acuerdo entre los batallones de diferentes provincias, cuando no mediaba una autoridad superior á la de todos los distintos jefes, como lo hubiera sido la del General en Jefe Mendiry ó la del Ministro de la Guerra Elío, quien se hallaba en San Marcial sin ordenar nada á unos ni á otros!

Dominada, pues, por los liberales la clave principal, y seguros con ello de que no podían ser ofendidos de flanco ni de revés, decidieron dejar el ataque general para el siguiente día.

El desenlace estaba próximo; el General La Serna dispuso con el mejor acuerdo que el Brigadier La Portilla se encargase con preferencia de atacar ó envolver á los defensores de Jaizquibel mientras él mismo con los generales Loma y Blanco, al frente del resto del Ejército liberal atacaría el centro y la izquierda carlista, empezando por Oyarzun y corriéndose, á serle posible, hasta San Marcial.

Al amanecer emprendió cada División liberal el movimiento que se le había confiado. El General Loma se apoderó de Oyarzun sin grandes bajas; y el General en Jefe y el General Blanco avanzaron á romper el centro carlista, mientras el Brigadier La Portilla emprendió la subida de Jaizquibel, cuyo punto se hallaba defendido por el 7.º Batallón de Guipúzcoa mandado por su bizarro Teniente Coronel Folguera Decidido este Jefe á cumplir con su deber de defender la posición que se le había confiado, á pesar de haber recibido aviso de que se retirase ante lo inminente del ataque por una gruesa columna liberal, siguió sereno en su puesto hasta recibir una orden del Coronel Carpintier, Jefe de Estado-Mayor del Marqués de Valde-Espina, previniéndosele que se replegase con su Batallón, al mismo tiempo que se mandaba otro alavés á relevarle.

El General carlista Ceballos, viendo que sus tropas se retiraban vencidas por todas partes, marchó al caserío de Aguirre, repartiendo sus fuerzas entre Audoaín, Pagollaga y Goiburu; lo único que les restaba á los liberales era apoderarse de San Marcial, como lo verificaron dos batallones.

La Artillería carlista y las municiones se habían puesto en franquía, camino de Lastaola y Vera, á donde llegaron sin perder un hombre, una pieza ni un cartucho, á las diez de la noche, teniendo el honor de encontrarnos en Lastaola con el Príncipe Don Jaime, niño entonces de cuatro años de edad, que ansioso de abrazar á su Augusto Padre hubo de llegar acompañado de un Gentil-hombre; por cierto que la noche del día 12 se la pasó al lado de una hoguera calentándose como pudiera hacerlo un veterano, y muy contento al verse entre soldados, sin fijarse en la inclemencia del tiempo, y siendo objeto del más entusiasta cariño por parte de cuantos tuvimos la honra de saludar al digno hijo del primer General de los ejércitos carlistas.

El efecto moral de la retirada de Irún fué fatal para los carlistas; y sin embargo, no estamos conformes con los escritores liberales que hablan del desastre que hubieran sufrido los carlistas si hubieran sido



D. JAIME DE BORBÓN Y SU GUARDIA DE CADETES

perseguidos por las tropas liberales, porque en Irún como en Bilbao, el espíritu del voluntario era tan levantado en las derrotas como en las victorias.

Pero como el fracaso había sido muy sentido hubo quien se atrevió á culpar de todo al caballeroso General Ceballos, y éste pidió la inmediata formación de una sumaria para aclarar responsabilidades y defenderse, como lo hizo plenamente por sí mismo, y por medio de su defensor el Brigadier Pérula, pues habiendo comparecido ante un Con-

sejo de Guerra compuesto de los generales Mendiry, Argonz é Iturmendi, y de los brigadieres Yoldi, Bosque, Arellano y Landa, después de dar sus descargos Ceballos, el mismo Fiscal, que lo era el General Larramendi, pidió, y decidió el Consejo, que el Teniente General don Hermenegildo Díaz de Ceballos fuese absuelto libremente y con las notas más favorables, publicándose la sentencia en la Orden General del Ejército carlista.

En nuestra humilde opinión, y dejando desde luego á salvo el valor, la lealtad y el honor de cuantos jefes carlistas tomaron parte en las operaciones de Irún, creemos que fueron varios los que contribuyeron al mal éxito de la jornada, aunque todos ellos involuntariamente, por supuesto, y sin el menor asomo de perjudicar en lo más mínimo á la Causa por la que todos se sacrificaban; pero sabido es que el hombre no siempre acierta en la vida: creemos pues, que hubo falta de carácter en el General Ceballos al no imponerse al General Marqués de Valde-Espina y al Brigadier Zalduendo, quienes querían obrar por su propia cuenta con sus navarros, animados del mejor deseo, faltando entre los distintos cuerpos que cubrían la línea esa absoluta unidad de mando y de acción sin la cual se comprometen las victorias; pero de esto tuvo la principal culpa el Capitán General Elío quien por su respetabilidad notoria, por su cargo de Ministro de la Guerra y por su graduación superior á la de todos, era el único que sin herir las más exquisitas susceptibilidades de nadie, podía haber aunado las voluntades y los esfuerzos de unos y de otros, asumiendo el mando en Jefe y afrontando las responsabilidades de la jornada, dirigiendo directa y personalmente las operaciones, tanto en conjunto como en detalles á fin de que hasta en los más pequeños de éstos hubiese presidido esa cohesión de mando sin la cual no se puede vencer nunca.

El periódico liberal *La Iberia* decía por aquellos días: «Ayer y hoy »han sido incendiados por nuestras tropas todos los caseríos que se ha- »llaban abandonados, y no exagero si le digo que su número llega á »ciento. Es una necesidad, pero horrible, etc.» También recordamos otro detalle: al dar noticia al Gobierno de Madrid el Gobernador de Guipúzcoa de las operaciones de las tropas liberales, le decía entre otras cosas, desde Santiagomendi, lo que sigue: «Nuestro valiente Ejér- »cito viene alcanzando á nuestra vista por Garinchusquieta, quemando »caseríos.» Por lo visto, en el Ejército liberal seguían figurando algunos de aquellos á quienes el mismo Capitán General Marqués del Duero apostrofó duramente y pensó castigar cuando los incendios de Ábárzuza, Zabal y Villatuerta: dato importante que también debe tenerse en cuenta al tratar de juzgar imparcialmente la severa conducta observada

por el General carlista Dorregaray ante los incendios realizados por los liberales en Navarra.

Las bajas del Ejército liberal en las operaciones de Irún fueron treinta muertos (entre ellos diez y nueve oficiales) y doscientos setenta heridos y contusos, habiendo sufrido los carlistas las mismas pérdidas, próximamente, si bien sentimos no poder precisarlas por no recordarlas ahora y por carecer de datos oficiales sobre el particular.

Después del levantamiento del sitio de Irún y retirada de los carlistas á Vera, volvieron á Navarra los batallones de dicha provincia, y el Ejército liberal regresó á la Ribera del Ebro dejando en Guipúzcoa al General Loma reforzado con algunos batallones y baterías.

—

Antes de terminar este capítulo cúmplenos dar cuenta de un hecho que influyó moral y materialmente en el Carlismo: nos referimos al apoyo que hubieron de prestarle los Borbones de Parma y de Nápoles, representados los primeros por el Duque de Parma y por el Conde de Bardi, y representados los segundos por los Condes de Caserta y de Bari, quienes durante el sitio de Irún se presentaron á ofrecer sus servicios á Don Carlos de Borbón.

Como S. A. R. el Conde de Caserta había sido Coronel de Artillería en el Ejército de Nápoles, al ingresar en el Ejército carlista solicitó y obtuvo de los oficiales de Artillería el formar parte de dicho Cuerpo, tomando la antigüedad correspondiente, colocándose entre los coroneles Pagés y Pérez de Guzmán. Importante adquisición fué la de S. A. R., tanto para el Cuerpo de Artillería que tantísimo se honró al contarle entre sus jefes, como para todo el Ejército carlista á cuyo frente llegó á figurar más tarde, después de haberse distinguido en numerosas acciones de guerra en las que conquistó los ascensos á Brigadier y Mariscal de Campo.



D. JUAN JOSÉ DE AIZPURÚA

Capítulo XXI

Infructuoso ataque á San Marcial.—Acción de Urnieta, en 7 y 8 de Diciembre.—El Duque de la Torre vuelve á mandar en Jefe el Ejército del Norte.—Proclamación de Alfonso XII.

Como indicamos en el capítulo anterior, el disgusto de los carlistas por lo de Irún no se dejó sentir gran cosa, análogamente á lo ocurrido cuando la retirada de Bilbao, y no tardaron en dar señales de vida. Parte de la División carlista guipuzcoana y algunos otros batallones de los que concurrieron á las operaciones de Irún, se hallaban escalonados desde Lastaola á Sumbilla, y la Artillería de sitio y la Batería de posición de Rodríguez Vera hallábanse acantonadas en este último punto. Por aquellos días cayó en los montes una espesísima nevada que impidió la salida de sus cuarteles de invierno á las fuerzas liberales y carlistas. Reforzadas que fueron las republicanas de la provincia, regresó, como dijimos, el General en Jefe La Serna á la ribera de Navarra. Las tropas liberales de Guipúzcoa se componían entonces de la División mandada por el General Blanco con las brigadas Oviedo, Infanzón y Salcedo, fuertes de ocho batallones de línea, cuatro de cazadores, tres baterías de Montaña, cinco compañías de Ingenieros y un Regimiento de Caballería. Formando parte del Cuerpo de Ejército

del General D. José de Loma, se hallaba la División del General Villegas, compuesta de ocho batallones, y que operaba independientemente en los valles de Losa y Mena (Vizcaya).

Como á los carlistas molestaba mucho que el enemigo se posesionara por tiempo indefinido del monte y ermita de San Marcial, dispusieron á los pocos días de la retirada de Irún, darle una séria acometida para que volviera á su poder tan codiciada posición, tratando de sorprender á los liberales. Hallábanse cuatro compañías de éstos en San Marcial, protegiendo los trabajos de un fuerte en construcción, y el Jefe del 8.º Batallón de Guipúzcoa, Vicuña, simuló un ataque á la plaza de Irún, hácia la cadena, cargando fieramente con algunas compañías sobre los que guarnecían San Marcial. Sorprendidas las fuerzas liberales, se retiraron en dispersión ante el rudo empuje de los carlistas, á excepción de un Teniente que, con veinte hombres, defendía la línea avanzada, y una Compañía que se hizo fuerte en la ermita. La avanzada quedó destrozada por los carlistas; pero la Compañía del Regimiento de Murcia que se hizo fuerte en la ermita y que, hasta agotar sus municiones, aguardó el auxilio que no había de tardar en enviársele de Irún, consiguió sostenerse bravamente hasta la llegada de tres compañías y del Batallón completo de Migueletes, ante cuyos refuerzos hubieron de retirarse á su vez los carlistas, aunque acabando antes con todas sus municiones y sufriendo algunas bajas, si bien fueron mayores las de los liberales, pues confesaron haber tenido treinta y cinco muertos y veinte y nueve heridos y contusos, pertenecientes casi todos á las cuatro compañías que se hallaban al principio en San Marcial.

Nos hemos detenido en relatar este combate, á pesar de su poca importancia relativa, nada más que para demostrar el buen espíritu que reinaba en la División carlista de Guipúzcoa, á pesar de haberse retirado de las posiciones de San Marcos y Choritoquieta, tan quebrantada, al decir de los periódicos liberales.

—

Tampoco entraba en las miras del intrépido General Loma el permanecer mucho tiempo en la inacción, reconociendo nosotros en él, con toda imparcialidad, lo infatigable que era dicho caudillo: la acción de San Marcial fué el 25 de Noviembre, y el 7 de Diciembre ya se hallaba Loma de nuevo en activas operacisnes.

Como el General carlista Ceballos fué sometido á un Consejo de Guerra, conforme expusimos en el capítulo anterior, hubo de nombrarse otro Comandante General, recayendo este nombramiento en el veterano Brigadier de la primera guerra civil D. Domingo de Egaña,

quien había ganado en aquella campaña la Cruz laureada de San Fernando, y como este Brigadier volvía al Ejército carlista ganoso de demostrar que su valeroso ánimo no había padecido con los años, y como del General Loma podía decirse que tenía el instinto de la acometividad, claro es que vinieron pronto á las manos los dos caudillos de Guipúzcoa.

El día 7 de Diciembre, pues, el General liberal emprendió un movimiento para reconocer las posiciones ocupadas por los carlistas, y ver la manera más breve y segura de alejarles, por lo menos, á mayor distancia de sus líneas. No cogió desprevenido al Brigadier Egaña la salida de San Sebastián de su contrario, porque sabido es que las partidas sueltas que se hallaban mezcladas siempre con los enemigos, tenían al Comandante General carlista muy al corriente hasta de los pensamientos de los jefes republicanos; así es que al emprender la marcha el General Loma, encontró prevenidos á los carlistas, apoyando su derecha en las trincheras de Goiburu y Fagollaga, su centro en Urnieta, y su izquierda en Monte-Espino. En Urnieta se hallaba con dos batallones el Brigadier Aizpurúa, y más á retaguardia, con la reserva, el Comandante General carlista.

Los liberales atacaron con decisión el centro, llamando la atención de sus enemigos, á la vez, por sus alas Los carlistas les dejaron llegar hasta la misma población, pero al querer intentar rebasarla, se rehicieron y con una vigorosa carga á la bayoneta consiguieron rechazar á los liberales en toda la línea.

A continuación copiamos el parte dado por el Brigadier Egaña al Ministro de la Guerra, desde Andoaín: «Excmo. Sr.—El enemigo salió »de Hernani en la tarde del 7, fuerte de 3,000 hombres, con el General »Blanco, dirigiéndose al centro de nuestra línea, y una pequeña parte »á Goiburu y Fagollaga. Ordenado tenía al Brigadier Aizpurúa contu»viese al enemigo con los batallones 4.º y 7.º de Guipúzcoa; á poco lle»gué yo con el 1.º, cargando aquellos entonces á la bayoneta, con la »mayor decisión, causando al enemigo más de cien muertos y hacién»doles 38 prisioneros. Supuse desde luego fuese un reconocimiento, es»perando el ataque del día siguiente, como asi se verificó.—El día 8, »á las 12 de la mañana, salió de nuevo el enemigo, de Hernani, con »unos 12,000 hombres, divididos en tres columnas. La primera, de 4 »batallones se dirigió hácia Fagollaga, donde tenía situados en trin»cheras á los batallones 2.º y 3.º de Guipúzcoa: la segunda columna, »de 5,000 hombres, tomó la dirección de Burunza; y la tercera, con »3,000, hácia Urnieta. Suponiendo que acaso tratasen los liberales de »pasar el Oria por Lasarte ó Zubieta, destaqué al Brigadier Aizpurúa

»con el 6.º Batallón para impedirlo, juntamente con una partida de 80 »hombres. Al mismo tiempo, previne rápidamente al General Mogro»vejo, que se hallaba en Villabona, ordenara al Batallón Guias del Rey »que viniera á Andoain para reforzarme, mientras yo salia con el 1.er »Batallón hácia el centro de mi línea. A la una se hallaba ya á mi lado »el citado Batallón de Guias del Rey, á cuyo frente llegó también en »mi ayuda el General D. Antonio Diez Mogrovejo. Cuando se me unió »este refuerzo, el fuego era general en toda la línea, distribuyendo las »fuerzas todas, de modo que la vanguardia carlista fué reforzada con »el 7.º Batallón y una Compañia de Guías; la izquierda, ó sea Burun»za, dónde se hallaban diez compañías del 4.º y 6.º, se reforzó con 4 »Compañías de Guías del Rey: las tres restantes del valiente Batallón »se destinaron al centro de nuestra línea.—El fuego seguía nutrido, »especialmente por el centro, á pesar de batirnos al descubierto, y ba»jo los fuegos del castillo de Santa Bárbara de Hernani. Al fin retiróse »el enemigo, quebrantado por las repetidas cargas á la bayoneta que »se le dieron por los bizarros batallones guipuzcoanos y el de Guías »del Rey, en noble competencia. Se recogieron más de 300 fusiles; pero »no pudieron hacérsele prisioneros, como el primer día, por haberse »verificado su ataque al amparo de sus fuertes.—Se cree que sus bajas »llegarían á 2,000, entre ellas su Comandante General D. José de Lo»ma. Las nuestras fueron 3 oficiales y 31 voluntarios muertos, 16 ofi»ciales y 140 voluntarios heridos, entre ellos el arrojado General Mo»grovejo.—*Domingo Egaña.*»

Ciertamente que no peca de difuso el parte anterior, así es que debemos detallar algo más lo ocurrido.

En el primer día de combate, ó sea el del reconocimiento, tuvieron los liberales tres muertos, cincuenta y tres heridos, y se les hicieron veinte y ocho prisioneros, entre ellos un Capitán del Regimiento de Luchana, á causa de haber sido envueltos por los carlistas. Las tropas del General Loma habíanse dividido en dos brigadas, la primera con cuatro batallones y cuatro piezas de Montaña, mandada por el Brigadier Oviedo: la segunda, compuesta de cinco batallones y una Batería de Montaña. La primera recibió orden de dirigirse á Urnieta y Andoain por las alturas de la izquierda carlista: un Batallón debía proteger la izquierda liberal, y cuatro batallones del Brigadier Calleja, quedaron encargados de embestir el centro.

Hemos indicado que los batallones 2.º y 3.º de Guipúzcoa defendían en Fagollaga la derecha carlista: que el centro estaba en Urnieta, que defendía Batallón y medio, y que la izquierda, compuesta de dos batallones, defendía la elevada posición de Peña-Espino. La disposición del

terreno fué hábilmente esplotada por los carlistas, según dice la *Narración militar de la guerra carlista*, escrita por el ilustrado Cuerpo de Estado Mayor del Ejército.

El centro carlista, que lo fué siempre el pueblo de Urnieta, fué testigo de una lucha gigantesca entre ambas tropas contendientes, pues si rudo y enérgico fué el ataque de los batallones liberales, no lo fueron menos la defensa, primero, y después las cargas á la bayoneta de los carlistas, de tal manera que las fuerzas liberales hubieron de iniciar la retirada en bastante desorden. Visto esto por el impetuoso General Loma, á quien no escasearemos nuestras justas alabanzas, se puso á la cabeza de unas compañías, espada en mano, para impedir la retirada de su gente, seguido de su Estado Mayor. Entonces fué cuando un certero disparo de la derecha carlista le hirió gravemente, así como otro mató á un Ayudante de Campo del General Blanco, quien se hallaba á su lado y que tomó inmediatamente el mando. Rehechas un tanto las tropas liberales que se habían desordenado, pudieron entablar de nuevo el combate, pues mientras tanto, la Brigada Oviedo había coronado la posición más importante, y el Brigadier Calleja recibía orden de apoderarse de un grupo de casas ocupado por los carlistas. Baste decir que fueron tomadas y perdidas tres veces las casas, en lucha por demás sangrienta, hasta que la noche puso fin á tan reñida lucha, y no sabemos cómo habría terminado el empeño de unos y de otros, si el tiempo, metiéndose en agua, nieve y viento no hubiera impedido reanudar el combate al día siguiente, retirándose liberales y carlistas á sus antiguas posiciones.

Como ya sabemos, fué herido gravemente en esta acción el General carlista D. Antonio Díez Mogrovejo (cuyo retrato aparece en el capítulo VIII), veterano de la primera guerra civil en la que se había distinguido notablemente ganando la Cruz de San Fernando y llegando á mandar un Batallón de la División carlista de Castilla. Adherido después al Convenio de Vergara, confirmó bien pronto en el Ejército de Isabel II la justa fama de entendido y de bravo que había adquirido en el campo carlista, ascendiendo bien merecidamente á Brigadier, desempeñando importantes cargos militares, cubriéndose de gloria al frente de una Brigada en la célebre campaña de Africa, en la que ganó la Cruz de 3.ª clase de San Fernando y la gran Cruz de Isabel la Católica, alcanzando, en fin, el alto concepto de ser uno de los más brillantes oficiales generales del reinado de D.ª Isabel II, por quien se batió en la memorable batalla de Alcolea mandando una de las brigadas del Ejército del ilustre Capitán General Marqués de Novaliches; finalmente tuvo á su cargo, en la última guerra civil, la Comandancia

General carlista de Castilla y la Jefatura del Cuarto Militar de Don Carlos de Borbón.

También distinguiéronse en la acción de Urnieta el Brigadier carlista D. Juan José Aizpurúa, veterano de la primera guerra civil, en la que había ganado la Cruz de San Fernando y alcanzado el empleo de Comandante, y el actual Ayudante de Campo de Don Carlos, don Joaquín Sacanell, antiguo oficial de Cazadores de Tarifa, á quien cupo



D. JOAQUIN SACANELL

el honor de mandar en Urnieta el brillante Batallón de Guías del Rey que tanto se acreditó en esta sangrienta jornada.

—

A principios de Diciembre fué nuevamente nombrado General en Jefe del Ejército del Norte el Capitán General Duque de la Torre, Presidente del Poder ejecutivo de la República, pasando á desempeñar el Teniente General Laserna el cargo de Jefe de Estado Mayor General, proponiéndose ambos generales, de acuerdo con el Ministro de la Guerra Serrano Bedoya, librar á Pamplona del riguroso bloqueo en que tenían los carlistas á dicha plaza.

Reforzado, al efecto, el Ejército republicano con poderesos elemen-

tos, quedó organizado en tres cuerpos mandados por los Tenientes Generales D. Domingo Moriones, D. Cándido Pieltaniz y D. José de Loma, y una División llamada de Vizcaya, á las órdenes del Mariscal de Campo Morales de los Ríos.

El primer Cuerpo se componía de veinte y un batallones de Infantería, dos baterías de Montaña, cuatro baterías montadas, cuatro compañías de Ingenieros y tres regimientos de Caballería, formando dichas fuerzas tres divisiones mandadas por los Mariscales de Campo Colomo, Catalán y Merelo, y seis brigadas á las órdenes de los brigadieres Mariné, Ruíz de Alcalá, Otal, Cortijo, Prendergast y Jaquetot.

El segundo Cuerpo se componía de veinte y un batallones, tres baterías montadas, dos baterías de Montaña, una Compañía de Ingenieros y tres regimientos de Caballería, formando dichas fuerzas tres divisiones mandadas por los mariscales de Campo La Portilla, Fajardo, y García Tassara, y seis brigadas á las órdenes de los brigadieres Pino, Acellana, Espina, Bargés, Moltó y Serrano.

El tercer Cuerpo se componía de veinte batallones, dos baterías de Montaña, una batería Montada, cinco compañías de Ingenieros y un Regimiento de Caballería, formando dichas fuerzas dos divisiones mandadas per los mariscales de Campo Villegas y Blanco, y cinco brigadas á las órdenes de los brigadieres Pazos, Velasco, Oviedo, Infanzón y Salcedo.

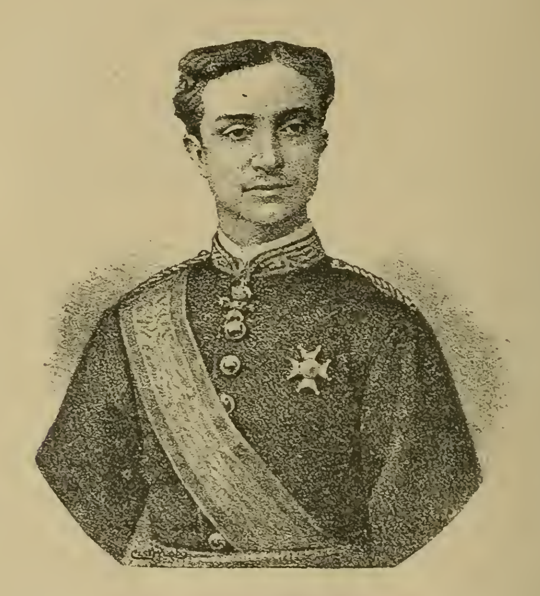
La División de Vizcaya se componía de ocho batallones formando dos brigadas á las órdenes de los brigadieres Mendeviela y Erenas.

Finalmente, existian afectas al Cuartel General cinco baterías montadas con el Comandante General de Artillería Brigadier Prat, y once compañías de Ingenieros, con el Comandante General de dicho Cuerpo, Brigadier Burriel, y como además de todas las tropas ya mencionadas, había prestando el servicio de guarnición cuatro batallones en Navarra, cinco batallones, una Batería Montada y un Regimiento de Caballeria, en las provincias vascongadas. y diez batallones distribuidos desde Santander por Miranda de Ebro hasta Logroño, resultaba que el Ejército republicano del Norte, á cuyo frente se puso el Duque de la Torre en Diciembre, se componía de un total de ochenta y nueve batallones de Infantería, catorce baterías montadas, seis baterías de Montaña, veinte y una compañías de Ingenieros y ocho regimientos de Caballería, sin contar la Guardia Civil y los cuerpos de voluntarios.

—

No había dejado de ser afortunado para los carlistas el año que terminaba. Prescindiendo de combates poco importantes, comenzó con la toma de la plaza de Portugalete y los fuertes de Luchana y el De-

sierto: continuó con el sitio de Bilbao y los legendarios combates de Somorrostro, de los cuales ganaron los carlistas los dos primeros, perdiendo el último; siguió después el sitio de Hernani, la brillante victoria de Abárzuza, la toma de La Guardia, la acción de Oteiza, perdida por los carlistas, las de Biurrun y Monte San Juan, ganada aquélla y perdida ésta, el sitio de Irún con el desgraciado combate de San Marcos y Choritoquieta, y finalmente, la acción de Urnieta, ganada por los carlistas. Es decir, que éstos habian vencido en cinco acciones im-



D. ALFONSO XII

portantes y perdido cuatro, ganando dos plazas y tres fuertes y retirándose de Bilbao, Hernani é Irún, y que en total, habian crecido extraordinariamente en fuerza moral y material, puesto que la revista pasada á todos los carlistas en armas en el Norte, en Cataluña y en el Centro, arrojaba cien mil combatientes y más de cien piezas rayadas de Artillería.

Un hecho de gran trascendencia ocurrió en el campo liberal en los últimos días del año 1874: la proclamación de Don Alfonso XII, digno fin y remate de la Revolución de 1868, puesto que dicho acto mereció la aprobación de la inmensa mayoría de los vencidos y de los que vencieron en la batalla de Alcolea. Nada diremos por nuestra propia

cuenta sobre suceso tan memorable, pues aunque nosotros continuamos peleando hasta el fin por Don Carlos de Borbón, siempre hubimos de considerar con afectuoso respeto al egregio hijo de nuestra antigua, bondadosa y amada Reina D.ª Isabel II, por cuya Augusta Señora habíamos tenido el honor de batirnos en las calles de Madrid, en los campos de África y en el puente de Alcolea; por cierto que al evocar ahora, ya en el invierno de la vida, nuestros recuerdos militares, poco encontramos que nos satisfaga tanto como esto de pensar que, cortesanos de la desgracia, hemos tenido la honra de ser de los últimos soldados de Doña Isabel y de los militares fieles hasta el último momento á Don Carlos, defendiendo el trono de aquella Augusta Señora en la sangrienta batalla que dió el triunfo á una revolución que podríamos apellidar *de las ingratitudes*, y rindiendo más tarde los últimos honores reales y escoltando á Don Carlos de Borbón cuando vencido por la adversa fortuna pidió hospitalidad á la Nación francesa.

Limitarémonos, pues, á copiar lo más importante de cuanto se ha consignado en varias publicaciones al hablar de la proclamación de Alfonso XII; pero haciendo constar ante todo que aquel hecho histórico hizo resaltar una vez más la caballerosidad nunca desmentida del egregio Señor Don Carlos de Borbón, dejando éste Augusto Príncipe en libertad de ir á servir al hijo de Doña Isabel II, á todos aquellos jefes y oficiales suyos que procedíamos del antiguo Ejército isabelino, no dejando de aceptar algunos, aunque pocos, de los que solamente fueron al Ejército carlista por ser la Bandera de Don Carlos la única monárquica desplegada al viento, en contra de la Interinidad y de la República nacidas de la Revolución de Septiembre de 1868.

La *Narración militar de la guerra carlista*, del Cuerpo de Estado Mayor, dice así: «Un suceso de suma trascendencia cambió la manera »de sér política de la Nación, y por tal causa se suspendió por de pron»to la operación de referencia (el socorro de Pamplona). El Mariscal de »Campo D. Arsenio Martínez Campos, proclamó en las inmediaciones »de Sagunto, al frente de la Brigada Dabán, la monarquía de Alfon»so XII, y en breve fué secundado por todo el Ejército de la Nación.»

D. Antonio Pirala, en su *Historia contemporánea*, se expresa de este modo: «Al regresar á Sagunto (después de la proclamación) telegra»fió el General Martínez Campos al Presidente del Consejo de Ministros »y Ministro de la Guerra, diciendo que tenía la alta satisfacción de »anunciar la proclamación que había hecho, que el Gobierno no podía »dejar de aceptar aquella solución, que era la que deseaba el pueblo, »y la que podía salvar de la anarquía y de la guerra civil, adoptando »como programa el manifiesto del Príncipe.—Adhirióse al movimiento

»el General Jovellar, participándolo así desde Nules al Ministro de la »Guerra .. Este le contestó inmediatamente lo que sigue: Sabida por »mí y por el Gobierno la conducta de V., y el uso que ha hecho del »mando que el mismo Gobierno había confiado al General y al... nada »tengo ya que decirle, como no sea recordarle su despedida, las confe»rencias que la precedieron, y que el Ejército del Norte se halla al »frente del enemigo »

En la obra *Juicio crítico de la guerra civil*, se lee lo siguiente: «Co»mo el Gobierno y los partidos liberales tenian muchos amigos en el »Ejército, es muy posible que si se hubieran puesto fuera de juego á »los que en Madrid y en el Norte, desempeñaban mandos importantes »y estaban en inteligencia con los insurrectos, se hubiera podido aho»gar en su origen la sublevación que el Gobierno calificaba con dure»za; el mismo Cánovas condenaba como una calaverada y hasta desa»probó el que había de personificar la restauración y dirigir constitu»cionalmente sus destinos, por la forma y manera de haberse llevado »á cabo el hecho.»

En la continuación de la *Historia General de España*, por D. M. Lafuente, emite D. Juan Valera los siguientes conceptos: «Adhirióse »al movimiento el General Jovellar. . negóse á hacerlo el General Cas»tillo que se hallaba de Capitán General de Valencia, manifestando »que no le permitía la severidad de sus principios militares, ni los de »su honor, faltar á los deberes que tenía respecto al Gobierno que le »había confiado aquel mando, negándose repetida y resueltamente á »ponerse al lado de los que siempre fueron sus amigos . »

Finalmente, un escritor militar nada sospechoso y acérrimo enemigo de los carlistas se expresa así: «Se suspendieron las operaciones y »se trató de atraer á los partidarios de Don Carlos haciéndoles ofreci»mientos y concesiones con ese objeto. Pero Dorregaray, Berriz y otros »antiguos jefes del Ejército que servían con los carlistas, rechazaron »las ofertas é hicieron entusiastas protestas de adhesión á Don Carlos: »*los oficiales de Artillería carlista, requeridos por sus compañeros del* »*Ejército para que se les incorporasen, toda vez que habían desapare*»*cido los desórdenes federales y la República, pretexto de su separa*»*ción, contestaron con firme resolución de no abandonar sus bande*»*ras.*»



EL CONDE DE BARDI

Capítulo XXII

Objetivos, número y clase de los ejércitos liberal y carlista en la línea del Carrascal.—Operaciones de los días 31 de Enero y 1 y 2 de Febrero.—Batalla de Lacar.

Así como el levantamiento de los sitios de Tolosa, Bilbao é Irún dió lugar á los combates de Velabieta, Somorrostro y San Marcos, el rompimiento del bloqueo de Pamplona había de ser origen de otros combates, como los de Biurrun y Monte San Juan en 1874, de los cuales ya hemos hablado, y el de Lacar y Lorca, en 1875.

Tiempo hacía, pues, que cada convoy de abastecimiento de la capital de Navarra costaba una reñida acción al Ejército liberal, y desde el 74 databa el empeño de los carlistas en bloquear á Pamplona, no para hacerse de ella dueños, pues sus medios de ataque no podían en modo alguno equipararse á las defensas del enemigo, que amparado

de una plaza fuerte, dotada de todo género de recursos y combatientes, hacía desesperar de su posesión á los más optimistas. El empeño de los carlistas estribaba, por lo tanto, en atraer á los liberales á terrenos conocidos de fácil defensa, donde pudieran contrarrestar el número, con posiciones elegidas de antemano, obligándoles á aceptar empeños en desfavorables condiciones.

Por esta razón, después de la batalla de Abárzuza, el General carlista Dorregaray estudió la línea del Carrascal, y reunió un respetable número de batallones y baterías en Navarra, para no sólo cubrir á Estella de un golpe de mano, si no también para llevar su defensa desde Puente-la-Reina á Lumbier, cubriendo el camino de Tafalla á Pamplona, á fin de atraer al enemigo á las citadas posiciones del Carrascal.

El General carlista Mendiry, también atendió preferentemente estos trabajos, y á excepción del período del sitio de Irún, durante el cual se desprendió de algunos batallones navarros para ayudar á los guipuzcoanos, sostuvo siempre en Navarra numerosa Infantería y Artillería, y aumentó las defensas del Carrascal, abriendo trincheras bajo la dirección de los jefes de los cuerpos y levantando baterías bajo la de los artilleros.

Había, pues, en Enero de 1875, fuertes atrincheramientos en la Sierra del Perdón, Biurrun, Tirapu, Olcoz, Guirguillano, Añorbe, Muruzabal, Obanos, Santa Bárbara de Mañeru, Monte-Esquinza y Unzué, así como diversas baterías en Olcoz, Añorbe y sobre todo en Santa Bárbara de Mañeru, constituyéndose en ésta una fortificación poco menos que inexpugnable.

Ocupados estaban, pues, todos estos puntos por las tropas carlistas, compuestas de diez batallones navarros, cinco alaveses, cuatro castellanos, dos cántabros, el Riojano, el Aragonés y el de Guías del Rey, las baterías montadas de Vélez, Fernández Prada y Rodríguez Vera, la de á Caballo de García Gutiérrez, las de Montaña de Reyero é Ibarra y seis piezas del Tren de sitio al mando de D. Marcos Fernández de Córdova, formando el Ejército carlista de operaciones en Navarra, un total de unos catorce mil hombres, con cuarenta y dos cañones y seiscientos caballos de los regimientos de Castilla y del Rey, al mando de D. Juan Ortigosa.

Como más adelante veremos, este Ejército tuvo que fraccionarse á fin de cubrir Estella y la Solana, destinándose para ello y á las órdenes del Comandante General de Navarra D. Ramón Argonz, diez batallones al mando de los generales Carasa é Iturmendi, y de los brigadieres Albarrán, Fortun, Fontecha y Arbeloa, un Escuadrón de

Navarra, con el Brigadier Zaratiegui, y catorce piezas de Artillería á las órdenes del Coronel Brea, quedando á las inmediatas del General Mendiry todas las restantes tropas de Infantería, Caballería y Artillería, con los generales Marqués de Valde-Espina y Maestre, brigadieres Yoldi, Lerga, Cavero, Pérula, Zalduendo y Valluerca, y el Coronel de Artillería Pérez de Guzmán, como Jefe de las baterías de Campaña.

Mientras tanto, y urgiendo cada vez más al Gobierno liberal, romper las líneas carlistas para abastecer Pamplona y levantar el bloqueo de dicha plaza, hizo acudir á Navarra una División del Ejército del Centro, la de Despujol, una Brigada, la de Zenarruza, y otras fuerzas de Santander y otros puntos *reuniéndose en el Norte el Ejército más numeroso que España había puesto en campaña,* como dice muy bien D. Antonio Pirala en su *Historia Contemporánea* (1), pues según se hace constar por el Cuerpo de Estado Mayor del Ejército en su *Narración Militar de la Guerra carlista* (2), llegáronse á reunir, solamente en Navarra, para las operaciones del Carrascal, cuarenta y nueve mil quinientos hombres, con dos mil quinientos caballos y ochenta y seis cañones.

Triunfante el movimiento de Sagunto, cesaron en el mando en Jefe y en el del segundo Cuerpo del Ejército del Norte, los generales Duque de la Torre y Pieltain, reemplazándoles en sus respectivos cargos los tenientes generales La Serna y Primo de Rivera, confiándose el de Jefe de Estado Mayor General al Mariscal de Campo Ruiz Dana, continuando el General Loma con el Cuerpo de Ejército de su mando en operaciones por las provincias vascongadas, y organizándose las tropas acumuladas en Navarra para las operaciones del Carrascal, formando tres Cuerpos á las órdenes de los generales Moriones, Primo de Rivera y Despujols: el primer Cuerpo se componía de veinte batallones de Infantería, dos regimientos de Caballería, diez y seis cañones de Montaña y tres compañías de Ingenieros; el segundo Cuerpo lo constituían veinte batallones de Infantería, dos regimientos y dos escuadrones de Caballería, veinte y cuatro cañones de á 8 centímetros, cuatro de á 4, doce de Montaña y cuatro compañías de Ingenieros; el tercer Cuerpo estaba formado con catorce batallones de Infantería, seis escuadrones, ocho cañones de Montaña, diez y ocho de á 8 centímetros, cuatro de á 10, y dos compañías de Ingenieros, constituyendo los tres Cuerpos del Ejército liberal que operaba entonces en Navarra, un total de cincuenta y cuatro batallones, cuatro regimientos y ocho

(1) Tomo VI, página 251.
(2) Tomo I, página 110.

escuadrones de Caballería, treinta y seis cañones de Montaña, cuarenta y dos de á 8 centímetros, ocho de á 10 y nueve compañías de Ingenieros.

Prévio un Consejo de generales celebrado en Peralta, y en el que se acordó el plan de campaña que había de seguirse por cada uno de los cuerpos que constituían el Ejército liberal, emprendió éste las operaciones de la manera que á continuación expresaremos.

—

El plan acordado por el Consejo de generales ya citado no pudo llevarse á cabo por completo, á causa de las circunstancias que obligaron á modificarlo. Según dicho acuerdo, el primer Cuerpo, ó sea el del General Moriones, debía desde Tafalla dirigirse por la carretera de Sangüesa, rebasar el ala izquierda carlista, franquear la sierra del Perdón, caer sobre Astrain, ayudar al tercer Cuerpo en sus movimientos, y por los montes de Guirguillano apoderarse de Santa Bárbara de Mañeru en combinación con el segundo Cuerpo. Este, ó sea el del General Primo de Rivera, debía dirigirse desde Berbinzana y Larraga, por Oteiza, á Monte-Esquinza, Cirauqui y los referidos atrincheramientos de Santa Bárbara. El tercer Cuerpo, el del General Despujols, debía partir de Artajona y dirigirse al centro de la línea carlista, ó sea contra las posiciones de Añorbe, Tirapu y Olcoz, hasta Puente la-Reina. El plan de los liberales, era por lo tanto, en resumen, combatir el centro carlista y destruir las alas, dejando libre el paso á Estella.

El General carlista Mendiry, previendo el ataque de los liberales por su izquierda, habia dispuesto con antelación que cuatro batallones, á las órdenes de los brigadieres Yoldi y Lerga, se situaran en las posiciones de Unzué y Monreal, para oponerse al paso del Cuerpo de Ejército de Moriones, que la Brigada Pérula defendiese Obanos con los batallones 3.° y 6.° de Navarra; que el Brigadier Zalduendo, con otros dos batallones cubriera Añorbe, y que el Brigadier Cavero con los castellanos se opusiera al enemigo en San Cristóbal de Esquinza, á propuesta del mismo Cavero, quien más tarde recibió contraorden del General Mendiry, por razones que ignoramos todavía, dándose lugar con ello á que encontrándose al fin sin defensa el importantísimo alto de San Cristóbal, se apoderase de Esquinza el Cuerpo de Ejército de Primo de Rivera, sin necesidad de disparar un tiro.

Distribuidas las fuerzas de uno y otro campo, rompió el movimiento el primer Cuerpo; pero como quiera que el de los carlistas fué á consecuencia de los iniciados por el segundo y tercero, comenzaremos por estos últimos.

El General Despujol, cuyo objetivo era Puente-la-Reina, salió de Artajona con dirección á Tirapu, Olcoz y Añorbe, al amanecer del día 2; pero como en estos puntos se hallaba precisamente el grueso del Ejército carlista en formidables posiciones, que por necesidad había de batir con Artillería de batalla, porque eran defendidas también por Artillería, y como la suya no pudo franquear el paso, á causa de los malos caminos que debía atravesar, hubo Despujol de iniciar el ataque sin el auxilio de las piezas de batalla, y debido á esta circunstancia, el tercer Cuerpo, después de haber desplegado todas sus fuerzas, regresó al punto de partida, no sin haberle hecho frente desde Obanos el bizarro Brigadier carlista Pérula, con cinco batallones y algunos más que bajaron de otras posiciones.

El segundo Cuerpo, mientras tanto, saliendo de Larraga, emprendió la marcha sobre Oteiza y Monte-Esquinza, que se hallaban desguarnecidas de enemigos, y de cuyos puntos tomó posesión en la madrugada del día 2. Posible es que si los batallones de Castilla, que con su Brigadier Cavero habían cubierto antes Monte-Esquinza, no hubiesen recibido el día 1.º la orden del General Mendiry para retirarse á reforzar el centro carlista en vista de las grandes masas del tercer Cuerpo, es posible, repetimos, que otro hubiera sido el resultado de la operación de las tropas del General Primo de Rivera, quien inmediatamente hizo atrincherar sus fuerzas en Ezquinza y mandó avanzar la División del General Fajardo á Lorca y Lacar, en donde entró después de un ligero tiroteo con algunos batallones que en Lorca situó el General carlista Iturmendi, quien no pudo disponer de mayor número de fuerzas, porqué las que después puso el General Mendiry á disposición del General Argonz, no pudieron ya llegar hasta el anochecer. Esta falta de precaución de Mendiry fué causa de lo que aconteció después, así como la de los liberales al no apoderarse de Murillo (cuya ermita domina en absoluto á Lacar), dió motivo á la pérdida de la Brigada Bargés, que guarnecía dicho punto. Pero no adelantemos los sucesos.

Por su parte, el primer Cuerpo, cuyo primer objetivo era Astraín, rompió su marcha y llegó á Noain, encontrando en su camino á las brigadas carlistas de Yoldi y Lerga, que con cuatro batallones no se creyeron bastante fuertes para resistirle, y que temiendo verse envueltas, se replegaron á Biurrun. Pero observando el General Moriones, jefe del citado primer Cuerpo, las grandes masas de Infantería y Caballería que ocupaban respectivamente la sierra del Perdón y Astraín, no quiso intentar el paso, acantonándose y pernoctando el día 2 con todas sus fuerzas en Noaín, Tajonar y Ondovilla, pues el no haber oído fue-

go sostenido hacia Añorbe, le hizo presumir que no era necesario su auxilio al tercer Cuerpo.

Enterado por la tarde el General en Jefe carlista, Mendiry, de los movimientos llevados á cabo por el enemigo, y sospechando fundadamente que los del tercer Cuerpo sólo habían tenido por objeto hacerle reunir sus fuerzas en el centro abandonando sus alas, y creyendo en inminente peligro á éstas, rebasada su derecha y á los libeles dirigiéndose á Estella, mandó entonces al General Argonz que acudiese á cubrir dicho punto y la Solana, al frente de las tropas que ya hemos mencionado en la primera parte de este capítulo, pues en la conservación de Estella *estaba interesado el honor de las armas carlistas,* palabras textuales del parte oficial del citado General en Jefe carlista, Mendiry, cuando si dos días antes se hubiesen atendido los consejos de otros jefes, no se habría dado lugar con el abandono de Monte-Esquinza á aquel peligro de que se dió cuenta Mendiry cuando no habría habido ya tiempo para conjurarlo si los liberales, atrincherándose en Murillo, llegan á hacer imposible la victoria de Lacar.

Rota, por lo tanto, la línea carlista del Carrascal, y ante el temor de verse envuelto por los numerosos batallones liberales que tenía enfrente y casi á retaguardia, ordenó el General Mendiry la retirada hacia Estella, pernoctando con sus fuerzas en Cirauqui y Mañeru.

La Artillería de la línea del Carrascal, á las órdenes del Coronel Pérez de Guzmán, emprendió de noche la marcha por Legarda, Astraín, Salinas de Oro y Abárzuza, guiada y escoltada por algunos jinetes del Regimiento de Caballería del Rey, los que adelantándose impidieron se volara el puente de Ibero por algunas fuerzas que tenían orden de destruirlo para impedir el paso del primer Cuerpo del Ejército liberal en dirección á Estella.

De haberse encontrado roto el citado puente, habríase perdido gran parte de la Artillería carlista, la cual se hubo de retirar sin tropas que la protegiesen ni más escolta que alguna Caballería, que, aunque entusiasta y decidida, era harto corta en número para poder confiar en su apoyo, considerándose, por lo tanto, la salvación de las piezas como *milagrosa* (1), y tributándose grandes y merecidos elogios por el acierto y serenidad con que la consiguieron, al Coronel Pérez de Guzmán y á los jefes, oficiales y voluntarios de aquellas baterías, que abandonados en los peligros de una marcha por caminos que esparaban ver asaltados de un momento á otro por los liberales, se habían jurado hacerse acuchillar al pie de sus cañones antes que rendirse al

(1) *Historia Contemporánea,* por D. Antonio Pirala, tomo VI., pág. 266.

enemigo, pudiendo también nosotros tributar nuestros más calurosos elogios á aquellos bravos artilleros, ya que no tuvimos el honor de figurar en la expedición de aquella noche triste.

Estaba visto que, como ya dijimos en otro capítulo, era el General Mendiry un buen Comandante de División, que había nacido para ceñir laureles secundando admirablemente órdenes superiores; pero no para mandar en Jefe un Ejército tan numeroso é importante como lo era ya el Ejército carlista del Norte.

Entretanto, el General carlista Argonz, con las tropas de su mando, forzó su marcha para hacer frente á una probable embestida á Estella, estableció su Cuartel General en Murugarren con la 2.ª Brigada de Navarra, á las órdenes del Brigadier Arbeloa; situó el 3.er Escuadrón del Rey con el Brigadier Zaratiegui, en el puente de Muniain, y distribuyó el resto de su Infantería en la forma siguiente: el Batallón de Guías del Rey, con el General Carasa y el Brigadier Fontecha, en Grocin; el 4.º de Alava en Zurucuain, con el General Iturmendi; el 3.º de la misma provincia en Arandigoyen y Villatuerta, con el Brigadier Fortún; la Brigada Cántabra, con el Brigadier Albarrán, ocupando las posiciones sobre la ermita de Villatuerta, y en el pueblo de Abárzuza, los batallones de Clavijo y 5.º de Alava y de Castilla. El Coronel de Artillería Brea, de acuerdo con el General Argonz, con quien conferenció detenidamente sobre las operaciones que pudiesen tener lugar, colocó ocho cañones de la Batería de á Caballo y de la 3.ª Montada, en el promedio de la carretera de Estella á Lorca, cuyo camino faldea Monte-Esquinza, prontos á acudir á sus inmediatas órdenes, á donde sus fuegos pudieran ser necesarios, y en una de las estribaciones del monte Apalar, situáronse los seis cañones del tren de sitio, que mandaba el Coronel de Marina Fernández de Córdoba, para en un caso desgraciado batir las avenidas de Estella, en cuyo servicio se previno al citado Córdova que había de consumir hasta el último cartucho; en esta disposición quedaron en la noche del día 2 las tropas del General Argonz resueltas á impedir, á todo trance, el probable avance de los liberales á Estella.

—

De intento no hemos querido hablar de las especiales circunstancias que en estas operaciones concurrían para ambos ejércitos contendientes, á saber: que al frente de las tropas liberales hacía sus primeras armas Don Alfonso de Borbón, rey recién aclamado por los monárquicos liberales, así como Don Carlos de Borbón veíase también aclamado rey por los monárquicos tradicionalistas en Cataluña, Aragón, Valencia, Navarra y Provincias Vascongadas. Ambos, pues, se hallaban

frente á frente con sus respectivos ejércitos, y pesando los dos, como era debido, en el ánimo de sus defensores.

Don Alfonso, á quien había acompañado al Norte su Ministro de la Guerra, Teniente General D. Joaquín Jovellar, marchaba con el segundo Cuerpo de su Ejército: Don Carlos llegó á Cirauqui, también con su Ministro de la Guerra, Capitán General D. Joaquín Elío, y seguido de su brillante Escuadrón de Guardias, poco después de haberlo verificado el General Mendiry con el grueso de sus fuerzas. Es de advertir que éstas habían operado su retirada con perfecto orden; pero retratándose en los curtidos semblantes de aquellos bravos voluntarios el despecho y la pena que producir deben en pechos valerosos los vencimientos sin prévia lucha, y hasta hubieron algunos de proferir frases malsonantes y apellidar inmediato combate, para reivindicar el honor de las armas.

Comprendiendo Don Carlos de Borbón, con el golpe de vista militar que nadie puede negarle, que era necesaria allí una iniciativa, y que nadie mejor que él mismo podía tomarla con el valor con que ya en Dicastillo, Montejurra, Somorrostro y otras sangrientas jornadas había arrostrado en primera fila el peligro de las batallas, llamó á su presencia al General carlista Mendiry, y sin hacer caso de sus observaciones, le ordenó tomar la ofensiva, señalándole como objetivo el pueblo de Lacar, y previniéndole que al asumir toda la responsabilidad de la jornada, había resuelto compartir con sus tropas los riesgos de la lucha, como así lo hizo en los campos de Lacar, dando una vez más á sus leales el alto ejemplo de su valor y serenidad.

Cumpliendo Mendiry como General las órdenes de su soberano, reunió doce batallones, encargó al Brigadier Zalduendo y al Coronel Echevarría que situándose respectivamente en Cirauqui y en el fuerte de Santa Lucía, con tres batallones el primero, y con el de su mando el segundo, observasen á las tropas del General Moriones y le hiciesen frente si avanzaba: dispuso que los regimientos de Caballería del Rey y de Cruzados de Castilla y el Escuadrón de Guardias de Don Carlos se situasen en la carretera de Alloz, ocultos y próximos al pueblo de Lacar: previno á los jefes de Artillería Reyero é Ibarra (D. Luis) los puntos en que habían de emplazar las piezas de sus baterías 1.ª y 2.ª de Montaña para secundar con sus fuegos el ataque ordenado para las cuatro de la tarde; y, en fin, con los brigadieres Pérula, Cavero y Valluerca, seguidos de la Infantería, emprendió el General Mendiry á las once de la mañana la marcha por caminos imposibles en las gargantas de Guirguillano, apareciendo á las tres de la tarde del día 3, á la vista de Lacar, formando entonces sus batallones en cuatro colum-

nas de ataque á las órdenes de los expresados brigadieres y del Coronel Iturralde.

Entretanto el General Argonz, recibió á las dos de la tarde el aviso del próximo ataque á Lacar, encargándole al propio tiempo el General Mendiry que secundase dicha operación y á la vez cuidase de hacer frente á los liberales que desde Oteiza, Lorca y alturas próximas á San Cristóbal pudieran acudir en socorro de los atacados. En su consecuencia, el Comandante General de Navarra, dispuso que las tropas que tenía en aquellos momentos á sus inmediatas órdenes, se dispusieran seguidamente á acometer al enemigo por la parte sur de Lacar, ordenando al General Iturmendi que con el 4.º Batallón de Alava avanzase en dirección del pueblo de Lorca; previno al Brigadier Arboloa que con los batallones 2.º y 7.º de Navarra y el de Guías del Rey continuasen la línea de ataque ocupando éste el centro y aquéllos la izquierda; dispuso que el Coronel de Artillería Brea con los ocho cañones de García Gutiérrez y de Ortigosa (D. Miguel) estuviese pronto para seguir el movimiento de las columnas de ataque, y constituyendo la reserva con los batallones 3.º y 5.º de Alava, 5.º de Castilla, 1.º de Rioja y los de la Brigada Cántabra, al mando del General Carasa y de los brigadieres Fortun, Fontecha y Albarran, esperó el cañonazo de las fuerzas del General Mendiry que éste había dispuesto fuese la señal para el ataque general.

Veamos ahora los movimientos de las tropas liberales el día 3. Al amanecer, el tercer Cuerpo emprendió su marcha desde Artajona, y no encontrando resistencia, por haber abandonado su línea los carlistas, llegó sin novedad á Puente-la-Reina, donde se alojó. El primer Cuerpo, no viendo ya enemigos en Perdón ni Astrain, bajó también á Puente-la-Reina, donde reunido con el tercer Cuerpo, debían ambos auxiliar al segundo en su ataque á las fuertes posiciones de Artazu y Santa Bárbara de Mañeru, guarnecidas por masas carlistas en crecido número. No se escondían al General Primo de Rivera ni al General Fajardo, Comandante de la División que ocupaba Lorca y Lacar, la importancia de este último punto, así es que por su orden se atrincheraron los batallones del Brigadier Bargés colocándose por éste las avanzadas que en tales casos se acostumbran, y previniendo á sus fuerzas que en el de ataque se defendieran en las casas, puestas en el mejor estado posible de defensa.

Es un error, pues, muy generalizado el suponer que la embestida de los carlistas á Lacar fué una verdadera sorpresa para sus defensores. Fué, sí, una funesta equivocación, en nuestro sentir, pues que creyendo ser las fuerzas del primer cuerpo las que se acercaban, hasta

momentos antes del rudo ataque de los carlistas, claro es que realmente no pudieron extremar su defensa los batallones de la Brigada Bargés.

Ahora describiremos lo ocurrido en Lacar, según se desprende de los documentos oficiales de uno y otro campo y de las obras que consultamos constantemente para confirmar y completar nuestros propios recuerdos.

Cuando los batallones carlistas dieron vista al pueblo de Lacar, hallábase el Brigadier Bargés en las afueras del pueblo con algunos jefes de su Brigada, y suponiendo desde luego enemigas las fuerzas que se acercaban, dispuso que se rompiera sobre ellas el fuego de cañón como así se verificó. Algunas granadas cayeron, pues, en medio de las columnas carlistas de ataque, las cuales sin perder su correcta formación en hileras de á cuatro siguieron, sin embargo, avanzando con imperturbable sangre fría. Este fué, sin duda, el motivo principal de pensar los defensores de Lacar si los que avanzaban serían tropas del General Moriones, puesto que llevaban el mismo camino por el que se esperaba apareciese el Comandante en Jefe del primer Cuerpo. Tal duda debió convertírseles como en certeza pocos instantes después, cuando sonó el toque de alto el fuego y se oyeron voces de «son de los nuestros, no tirar!» Los defensores de Lacar que se hallaban en las casas por precaución, salieron de ellas en tropel, si bien con las armas en la mano según era costumbre de antiguo en el Ejército liberal.

Cuando las columnas de ataque de los carlistas se lanzaron á la bayoneta, á la carrera, con irresistible empuje, fué de ver el intenso pánico que se apoderó de los regimientos de Asturias y Valencia. No se comprende, ciertamente, el no haber visto destacarse las encarnadas boinas de los navarros entre las azules de los vascongados. Media hora duró, próximamente, la potente arremetida de los batallones castellanos, navarros y alaveses, á cuya cabeza iban los primeros, á pie y sable en mano; los bravos brigadieres Cavero, Pérula y Valluerca y el Coronel Iturralde, protegidos por los certeros disparos de las baterías de Reyero é Ibarra, así como por la intrépida Caballería que llevando á su frente al General Marqués de Valde-Espina y á S. A. R. el joven Conde de Bardi (quien ganó en aquella jornada la Cruz de San Fernando), se lanzaba por los claros que iba abriendo la Infantería.

Un ilustrado escritor liberal, antiguo compañero nuestro en el Cuerpo de Artillería, al hablar de la embestida de Lácar, en su *Juicio crítico de la guerra civil*, se expresa así: «El momento era solemne; el »ataque vigorosísimo y arrogante. En ningún período de la guerra se »había mostrado á mayor altura el valor, jamás hubo una expresión de



LACAR (CUADRO AL ÓLEO DE D. F. ESTEVAN)

»la bravura más bien representada: *parecían aquellos batallones car-»listas, las olas embravecidas que empuja una tras otra del fondo de »los mares, siniestra tempestad aterradora.»*

Ni el valor de algunos soldados liberales, ni el de su arrojado jefe el Brigadier Bargés, quien á todo trance procuraba contener la dispersión de sus fuerzas, ni la heroica defensa de la Artillería, hecha por los oficiales y soldados de la Batería, de la cual murieron en pocos momentos el Teniente Navazo y treinta y cuatro artilleros, acuchillados al pié de los cañones, defendidos también bravamente por una Compañía de Ingenieros; nada fué bastante para detener el empuje de los carlistas y la ciega carrera de la mayor parte de los soldados liberales, quienes viéndose cercados por tres frentes del pueblo, intentaron dirigirse al único libre á su parecer, es decir, al Sur, en dirección de Murillo; pero en breve retrocedieron y se dispersaron por todas partes, pues en aquella dirección vieron adelantarse también hácia ellos, á la bayoneta á la segunda Brigada de Navarra, con su Brigadier Arbeloa al frente, y al Batallón de Guías del Rey con su bravo Coronel Calderón á la cabeza, cuyas tropas completaron por orden del General Argonz el cerco de Lácar, protegidas por los cañones de Brea, Fernández de Córdova, García Gutiérrez y D. Miguel Ortigosa.

Prevenido el General Jefe de la División, Fajardo, de cuanto acontecía por un Ayudante de Campo del Brigadier Bargés, montó á caballo y ordenando que le siguiera la Brigada de Viérgol, acantonada con él en Lorca, salió rápidamente para Lácar. Su sorpresa fué entonces inmensa, pues en el brevísimo espacio de tiempo transcurrido vió llegar, y rebasarle, á las dispersas fuerzas de la Brigada de Lácar, y al mismo Brigadier Bargés, herido, pero persiguiendo bravamente á sus oficiales y soldados para que volviesen cara al enemigo. Intento imposible: nada hay que en la guerra sea bastante para dominar el pánico cuando éste se apodera del ánimo de las masas; gracias que basten algunas veces los intentos para prevenirlo.

Sólos, ó casi sólos, en el camino el General Fajardo y el Brigadie Bargés, rodeados de pocos, pero valerosos jefes y oficiales viéronse forzados á marchar á Lorca al abrigo de los batallones del Brigadier Viergol, perseguidos bravamente por los coroneles Junquera é Inestrilla y el Batallón 6.º de Navarra que entró en el pueblo revuelto con los liberales. El Brigadier Viergol vió así mismo desbandarse sus fuerzas ante el funesto ejemplo de las de Lacar, y en esta situación el bizarro General Fajardo resolvió hacerse fuerte en Lorca con dos ó tres compañías escasas que pudo reunir de toda su División.

Entonces las tropas del General carlista Argonz pensaron en com-

pletar la victoria acabando con la División que suponían en Lorca, y que fué auxiliada por algunas fuerzas que el General del segundo Cuerpo, Primo de Rivera, destacó desde Monte-Esquinza en socorro de su comprometida vanguardia. Y como quiera que el Jefe de Artillería que esto escribe abundaba en las mismas ideas que su General, hizo adelantar al trote la Batería de á Caballo al mando de García Gutierrez y cuatro cañones de la 3.ª Montada á las inmediatas órdenes de Ortigosa, desplegando á derecha é izquierda de la carretera de Estella á Puente-la-Reina la expresada Artillería, protegida por dos batallones alaveses al mando del Brigadier Fortún. Roto vivamente el fuego sobre los de Lorca, ó mejor dicho, sobre las casas por no verse los enemigos á medio tiro de cañón, claro es que el efecto que debió causar en los desbandados batallones liberales debió ser grandísimo; y por lo que pudimos ver cuando ya se hacía de noche, consiguióse dispersar algunas nutridas masas de Caballería, cuyos banderines viéronse ondear y retirarse á la carrera detrás de las casas y en dirección de Monte-Esquinza.

Entre tanto, el Batallón de Guias del Rey lanzóse á las alturas del Esquinza con el fin de asegurar más la victoria, precedido por su Coronel D. Carlos Calderón, escalando, si así puede decirse, las tortuosas veredas que se dirigían á la cima. Al poco rato parecía arder ésta con los repetidísimos disparos que se cruzaban entre los que defendían la posesión de la meseta y los bizarros Guias del Rey. Una vez y otra vez fueron rechazados éstos, una y otra vez cruzáronse las bayonetas entre los impetuosos Guías y los bravos defensores del Monte, que lo eran el Batallón de Reserva de Cáceres, cuatro compañías del Regimiento de la Princesa, una Batería de Montaña y una Compañía de Ingenieros. ¡Loor á los arrojados jefes liberal y carlista, Mediavilla y Calderón, por su valor legendario! Al fin acudieron más tropas en auxilio de los liberales, y no pudieron menos de retirarse los carlistas, aunque sin ser hostilizados por los contrarios: tales fueron la tenacidad y el valor desplegados por Calderón y su gente.

No habiéndose recibido orden en contrario, antes bien pensando las fuerzas de Argonz que debían extremar el ataque á Lorca, avanzaron, hasta emplazarse sobre dicho pueblo las baterías á fin de preparar la arremetida de la Infantería, á eso de las ocho y media de la noche; pero el toque de alto el fuego y la voz de «á retirarse á Estella» se oyeron bien claramente á espaldas de las fuerzas mencionadas; y como quiera que quien ésto disponía era el mismo Capitán General de las provincias vasco-navarras, el General Mendiry, quién en aquel momento cruzaba por la carretera, mohinos y cabizbajos volvimos á

enganchar las piezas los artilleros, y emprendimos con los batallones la retirada, aunque no sin antes haber manifestado algunos jefes de Infantería y Artillería al General Mendiry las fundadísimas esperanzas que podíamos abrigar de castigar y aún destruir á Lorca, dados el número, la clase y la moral de las tropas que allí se albergaban.

El resultado material del ataque de Lacar fué la destrucción de una División y la pérdida, por parte de los liberales, de tres cañones sistema Plasencia, cuatro cureñas, muchas cajas de municiones de cañón y fusil, dos mii fusiles, la caja del Regimiento de Infantería de Asturias, un jefe, cinco oficiales y ochenta y dos individuos de tropa muertos (si bien Mendiry en su parte oficial y Pirala en su *Historia Contemporánea* hacen ascender á ochocientos el número de los muertos liberales); un Brigadier, cuatro jefes, veinte y cuatro oficiales y cuatrocientos diez y seis individuos de tropa entre heridos y contusos trescientos prisioneros y cuatrocientos cincuenta y dos extraviados. Las bajas de los carlistas fueron, segun partes oficiales, treinta muertos y doscientos heridos.

En cuanto á la impresión profunda que causó en el campo alfonsino el ataque de los carlistas á Lacar, basta trasladar aquí las siguientes lineas de la *Historia Contemporánea*, por D. Antonio Pirala (1): «Poco después de las cuatro de la tarde se empezó á oir en Oteiza, re»sidencia del Cuartel Real de Don Alfonso, nutrido fuego hácia Lacar, »y se creyó que el primer Cuerpo se estaba apoderando de las posicio»nes de Guirguillano para ponerse en contacto con el segundo, al paso »que el tercero protegía por su flanco izquierdo el movimiento del pri»mero: se ordenó que un Oficial de Estado Mayor saliera para Esquin»za, y antes de que lo verificase se presentó otro que horas antes ha»bía salido de Oteiza conduciendo raciones para el segundo Cuerpo, y »dijo que éste estaba siendo atacado por el enemigo. Oyóse al anoche»cer el fuego más intenso y cercano, y en el monte Esquinza; Oteiza »se puso en estado de defensa con la Brigada de Infantería de la Di»visión de Tassara y la Artillería Montada del segundo Cuerpo que »estaba en el Cuartel Real, y si no se produjo el pánico, se mandó car»gar los equipajes para huir y salvar al Rey, lo cual hubiera sido di»fícil si fuerzas de Argonz, desde Villatuerta avanzaran á Oteiza en »vez de haberlo hecho por la izquierda.» Pero ya sabemos que el General Argonz no habia recibido más orden que la de secundar el ataque sobre Lacar y hacer frente á las tropas que pudieran acudir desde Lorca, así que nada tiene de extraño que no intentase llevar á cabo un

(1) Tomo VI, página 285

movimiento que habría podido salirle bien, pero que también habría podido acarrearle grandes responsabilidades, pues ya hemos visto que el General Mendiry después de entrar en Lacar no dió ninguna orden para nuevas operaciones, y lo único que dispuso fué la retirada de las



D. RAMON ARGONZ

tropas del General Argonz, cuando estaban ya disponiéndose á concluir con el General Fajardo y los que con él se habían refugiado en Lorca.

De todas maneras, el efecto moral fué inmenso en favor de los carlistas, pues en un Consejo de generales alfonsinos celebrado en Puente-la-Reina, bajo la presidencia del mismo Don Alfonso, el día 6, acordóse suspender las operaciones hasta fortificar los puntos ocupados y que regresase Don Alfonso XII á Madrid en vista de ello, con el sentimiento de no haber terminado aún la guerra, á pesar de disponer de tan poderosos elementos y tan numeroso Ejército como el que había reunido á sus inmediatas órdenes en el Norte, á donde no volvió ya hasta el año siguiente, en las postrimerías de la campaña.

Don Carlos de Borbón que había compartido con sus tropas los peligros de la batalla, y á cuya feliz iniciativa debióse la brillante victoria de Lacar, ostentó en su pecho desde entonces la Gran Cruz de San Fernando á petición de los generales, jefes, oficiales y voluntarios de su valiente, entusiasta y leal Ejército del Norte.

—

Las operaciones de la línea del Carrascal y la batalla de Lacar dieron lugar á sensibles rivalidades y críticas en el campo carlista, llegando hasta á decirse por algunos que la pérdida de Esquinza habia valido seis millones al General carlista Mendiry, cuya atrevida suposición consideramos, en honor de la verdad, completamente falsa, siendo nuestra leal opinión que el General Mendiry obró con poco acierto en estas operaciones, como en otras; pero que ésto pudo ser por error ó descuido involuntarios, los cuales, aunque fueran naturalmente muy de lamentar, no por ello debemos confundirlos con las faltas que tienen su origen en la traición, las cuales infaman al que las comete, mientras que las equivocaciones, aunque sean graves, pueden desfavorecer á un militar en el concepto de probar que no sirva para el mando en jefe, por ejemplo, pero sin que por esto dejen de reconocerse en él las excelentes condiciones que le adornen y sobre todo la rectitud de sus intenciones y su lealtad.

Asimismo encontramos completamente injustas las críticas de los que supusieron que el General Argonz tuvo la culpa de que no resultase aún más brillante la victoria de Lácar, pues no solamente nos consta que antes todavía de recibir dicho General Argonz el aviso del ataque á Lácar, ya había resuelto llevarlo á cabo con las fuerzas de su mando y de acuerdo con algunos de los jefes que estábamos á sus inmediatas órdenes; no solamente nos consta esto, repetimos, si no que recordamos perfectamente que el General Mendiry no dió á Argonz otra orden ó aviso que el de secundar el ataque, sin disponer después ninguna otra operación, y, finalmente, somos testigos de que cuando el General Argonz quiso completar la victoria de Lácar apoderándose de Lorca, quien lo impidió fué el mismo General Mendiry, ordenando imperiosamente la retirada á Estella, de cuyo hecho creemos que también debió ser testigo el entonces Brigadier D. León Martínez Fortun, por ser dicho jefe quien mandaba los dos batallones encargados por el General Argonz de apoyar la Artillería que teníamos á nuestras inmediatas órdenes, y á la cual dió personalmente el General Mendiry la que consideramos entonces (y seguimos considerando hoy) muy desacertada orden de suspender el avance á Lorca y retirarnos acto seguido á Estella.

En vista de los disgustos surgidos por aquella época entre los generales Mendiry y Argonz, consideramos oportuno copiar á continuación los partes oficiales que ambos jefes redactaron á propósito de estas operaciones militares, pues creemos que su lectura completará la descripción que ya hemos hecho de las mismas en el presente capítulo, empezando por copiar el parte oficial del General Mendiry en atención

á la mayor categoría de éste como Capitán General de las provincias Vascongadas y Navarra, por Don Carlos de Borbón.

«Ejército Real del Norte.—Estado Mayor General.—Parte detalla- »do de la acción de Lácar.—Excmo. Sr.—Después de las gloriosas »batallas de Biurrun y Barajoaín, ocurridas en los días 21 y 23 de »Septiembre último, fué de absoluta necesidad el establecimiento de »una línea atrincherada que, partiendo de la villa de Puente-la-Reina, »terminara en el Carrascal, ya para estrechar en cuanto fuera posible »el bloqueo de la plaza de Pamplona, ya también para librar á este »hermoso y heróico país de la rapacidad y devastación del ejército »contrario. Bien sabía que con su instalación no evitaría el socorro de »Pamplona; pero tenía la seguridad de que para conseguirlo necesita- »ría el enemigo reunir un ejército considerable, y mientras tanto po- »dría tener en jaque á los dos cuerpos de ejército de Moriones y Piel- »tain, compuestos de veinte y cinco batallones cada uno, que operaban »en este antiguo Reino. Así ha sucedido: el Ejército, antes republicano »furibundo, ayer de la dictadura de un gobierno despótico y hoy de »Don Alfonso, ha reunido próximamente 60,000 hombres, de los cuales »treinta batallones, al mando de Moriones, rebasaron la línea por Cá- »seda y San Martín, treinta kilómetros más á la izquierda de su pro- »longación, sin que me fuese posible oponerle una seria resistencia.— »Mi primer pensamiento fué abandonar la línea atrincherada y caer »sobre esta columna; pero las malas condiciones en que tenía que dar »la batalla, y la consideración de que dejaba casi abandonada y á gran »distancia esta ciudad de Estella, en cuya conservación está interesa- »do el honor de nuestras armas, me hizo desistir de esta idea. El ene- »migo penetró en Pamplona en la tarde del día 2, situándose Moriones »con la mayoria de sus tropas en la posición estratégica de Tiebas. »Este caso, que empeoraba mi situación, pero que no la hacía desespe- »rada, lo tenía previsto, y me obligó á operar un cambio de frente, »apoyado en la posición del pueblo de Añorbe, y de establecer una se- »gunda línea en la sierra del Perdón, distante dos leguas de la prime- »ra, quedando las fuerzas enemigas situadas en esta forma: el Cuerpo »de Moriones, donde dejo hecha mención; otro Cuerpo, fuerte de 20,000 »hombres, en Tafalla, con una Brigada en la posición del Pueyo, y el »tercero en Artajona, de quince batallones, formando los tres cuerpos »un triángulo equilátero; pero el cuerpo situado en Tafalla vino á »acampar, en la tarde del día 1.º, una legua al Sur de Artajona, cuyo »movimiento no me llamó la atención, suponiendo lo hacía con el obje- »to de apoyar el de dicha villa, pues que habiéndose adelantado á »efectuar su reconocimiento sobre Añorbe, fué tan rudamente atacado

»por el Brigadier Pérula, que le obligó á retroceder al punto de parti»da en completo desórden y con pérdidas de alguna consideración; »pero no era aquella la cuasa, pues por un movimiento rápido, ejecu»tado durante la noche, vino á situarse en los pueblos de Oteiza, Lorca »y Lácar. Desde este momento la situación del Ejército Real en Puen»te-la-Reina y valle de Ilzarbe se hizo insostenible y determiné levantar »la linea, enviando al Comandante General de Navarra con diez bata»llones á ocupar las posiciones de Estella, para poner á cubierto esta »plaza, y yo, con el resto del Ejército, marché á situarme en Cirauqui »y Mañeru. Nos hallábamos en esta situacion en la mañana de ayer, »cuando S. M. el Rey nuestro Señor (q. D. g.) llegó al primero de »dichos pueblos, y me ordenó que diese un rudo ataque al pueblo de »Lácar, ocupado por el regimiento de Asturias, fuerte de 1,600 hom»bres, y el de Valencia con igual fuerza. – A las once de la mañana »emprendí la marcha con doce batallones por un camino poco menos »que intransitable, dejando en Cirauqui, al frente del enemigo situado »en el monte de San Cristóbal, al Brigadier Zalduendo, con tres bata»llones, y al Coronel Echevarría con el de su mando en el fuerte de »Santa Lucía, á fin de observar y hacer frente á la columna de Morio»nes. A las tres y media de la tarde me hallaba oculto á unos 1,600 »metros de Lácar, en donde, conforme iban llegando los batallones, or»ganicé las cuatro columnas de tres cada una, mandadas por los bri»gadieres Pérula, Valluerca, Cavero y Coronel D. Celedonio Iturralde, »que debían verificar el ataque. Con la necesaria anticipación habia »dado orden al General Argonz para que reconcentrara los diez bata»llones puestos á sus órdenes en el pueblo de Murillo, á fin de secundar »el ataque por la parte Sur de la población, y á los regimientos de Caba»llería del Rey y Cruzados de Castilla y Escuadrón de Guardias de Su »Majestad, que se situaron en la carretera de Alloz, también ocultos y »lo más próximo al pueblo que se iba á atacar, cuya operación debia »tener lugar á las cuatro de la tarde, señalando al Comandante de la »primera Bateria de Montaña el punto para el emplazamiento de las »ocho piezas de que se compone. Como las operaciones del general Ar»gonz fueron independientes, él dará cuenta de ellas.—A la hora se»ñalada salieron las cuatro columnas paralelamente y en marcha de »hileras de á cuatro, por no permitir la salida de la garganta que ocu »pábamos otra formación, y conforme iban llegando y entrando en »terreno más abierto, fueron organizándose en columna por compa»ñías. —Apercibido el enemigo, se aprestó inmediatamente al combate, »instalándose en las casas y en algunas obras de defensa que había »construido á la entrada del pueblo; mas todo fué en vano, porque los

»batallones que formaban la cabeza de las columnas se precipitaron á »la carrera sobre el pueblo, apoyados sobre los que ocupaban el se»gundo lugar en la marcha, quedando los terceros en reserva según lo »había prevenido.—Una media hora duró el combate, quedando com»pletamente arrollado el enemigo, que al apoyo de las fuerzas que sa»lieron del pueblo de Lorca debió en parte su salvación; habiendo caí»do en nuestro poder tres piezas de Artillería, sistema Plasencia, de á »ocho centímetros, con el material completo perteneciente á cuatro; »más de 2,000 fusiles, las cajas de los regimientos, municiones, bagajes »y víveres y sobre trescientos prisioneros, entre ellos 45 heridos, que»dando en el campo de 800 á 900 cadáveres, y llevándose el enemigo »un número considerable de heridos, consistiendo nuestras pérdidas »en 30 muertos y unos 200 heridos.—Como el pueblo de Lorca dista »del de Lácar 1,800 metros y en él había situados cuatro batallones »enemigos, y en las alturas inmediatas, derivaciones del monte de San »Cristobal, hubiera también otra Brigada, se generalizó la acción, á »que concurrió también el resto del Cuerpo que se hallaba en Otei»za, consiguiendo quitarles cuantas posiciones habían ocupado hasta »muy entrada la noche, en que mandé retirar las tropas.—He concu»rrido á más de ciento veinte hechos de armas en mi larga carrera y »nunca he visto tanta heroicidad como en la batalla de ayer. Es im»posible describir los hechos de bravura que tuvieron lugar, porque »los regimientos de Asturias y Valencia, que ocupaban el pueblo, eran »de los más distinguidos del ejército contrario, lleno de valor y abne»gación. ¡Loor á los bravos que en uno y otro campo han sucumbido! »No es posible que los héroes de la antigüedad pudieran elevar á tan »alto grado el mérito de sus acciones guerreras que nos dejaron con»signadas en la historia.—Imposible me sería citar á los que más se »distinguieron, pues todos excedieron en el cumplimiento de su de»ber, como de cerca lo vió S. M.: solamente me permitiré indicar á »S. A. R. el señor Conde de Bardi, que á caballo fué uno de los prime»ros que entraron en el pueblo de Lácar.—Nuestras pérdidas, ya fijadas »anteriormente, son bien cortas, al pensar en el vivo ataque de nues»tros voluntarios y horroroso fuego de los enemigos.—Al dar cuenta »á S. M. de tan glorioso hecho de armas, invito á V. E. incline su real »ánimo á recompensar con su ordinaria generosidad el comportamien»to de este Ejército.—Dios guarde á V. E. muchos años.—Estella 4 de »Febrero de 1875.—Excmo. Sr.—*Torcuato Mendiry.*—Excmo. señor »Capitán General, Ministro de la Guerra.»

Hé aqui ahora el parte oficial que sobre la batalla de Lácar pasó al mismo General Mendiry el Comandante General de Navarra, General

D. Ramón Argonz: «Ejército Real del Norte.—Comandancia General de »Navarra.—Excmo Sr.—Hallábame de acuerdo con V. E. el día 2 del »actual recorriendo las posiciones de Biurrun y Subiza, cuando sobre »el medio día recibí un aviso participándome que una columna enemi»ga, fuerte de 18 á 20,000 hombres, había tomado la dirección de Otei»za, y que inmediatamente me pusiera en marcha para la parte de Es»tella, añadiéndome que lo habian hecho ya en aquella dirección la 2.ª »Brigada de Navarra y los batallones de Guías de S. M. y 1.º de Rio»ja.—Al llegar á las inmediaciones de Mañeru encontré á S. M. con el »Ministro de la Guerra, manifestándome éste que á la 2.ª Brigada pre»cedían los batallones expresados y el 5.º de Castilla, conducidos por »el Excmo. Sr. General D. Fulgencio Carasa y Brigadier Fontecha, á »los cuales alcancé en el pueblo de Irurre. Desde dicho pueblo oficié »á V. E. poniendo en su conocimiento que aquella misma noche me si»tuaría con las fuerzas en los puntos más convenientes para hacer »frente al enemigo, y aun rechazarlo si intentase atacar la plaza de »Estella.—Las fuerzas quedaron acantonadas en esta forma: Guías del »Rey en Grocin, con el General Carasa y Brigadier Fontecha, uno de »los batallones de Alava en Zurucuain, con el General Iturmendi; el »otro en Arandigoyen y Villatuerta, con su Comandante General For»tun; la Brigada Cántabra, que estaba en Estella, ocupó á las cuatro »de la mañana las posiciones sobre la ermita de Villatuerta, con el Briga»dier Albarrán; la 2.ª Brigada de Navarra, con mi Cuartel General, se »situó en Murugarren y Zabal, destinando al pueblo de Abárzuza los »batallones de Clavijo, 5.º de Alava y 5.º de Castilla, poniéndome en »comunicación con el General Iturmendi, que se hallaba en Zuru»cuaín.—El enemigo había ocupado desde la mañana la altura de San »Cristobal, la villa de Oteiza y los pueblos de Lorca y Lácar, cuya cir»cunstancia me obligó á ejecutar la marcha que dejo expresada, con »algún rodeo y precaución.—A luego de mi llegada á Murugarren, di»rigí una comunicación al Brigadier Landa, Gobernador militar de Es»tella, para que el Sr. Coronel de Artillería D. Antonio Brea se situara »para el amanecer del día siguiente con 6 piezas de grueso calibre en »la altura de Zurucuaín, llamada Apalar, advirtiéndole que se presen»tara antes á recibir mis órdenes, como lo verificó con la debida pun»tualidad, y á los batallones 5.º de Alava y 5.º de Castilla que se si»tuaran en dicha altura, en apoyo de la Artillería.—A la una de la »tarde dí orden para que la 2.ª Brigada de Navarra, al mando del Bri»gadier D. Miguel Arbeloa y el Batallón de Guías del Rey pasaran á »situarse en el pueblo de Murillo; que los batallones de Clavijo, 5.º de »Alava y 5.º de Castilla, con el General Carasa y Brigadier Fontecha,

»siguieran el mismo movimiento, formando columna de reserva; yo, »con mi Estado Mayor, me dirigí á Arandigoyen á conferenciar con el »General Iturmendi, que con las brigadas Cántabra y 2.ª de Alava »debía hacer igual concentración en el último pueblo; V. E. había dis»puesto ya de los 4 escuadrones de Caballería que se hallaban en Ari»zala, según me manifestó su jefe D. Juan Ortigosa.—De regreso al »pueblo de Murillo, recibí el aviso de V. E. sobre el próximo ataque »del pueblo de Lácar, ordenándome dispusiera las fuerzas de modo que »unas secundasen el ataque por la parte sur de dicho pueblo, reser»vando las otras para hacer frente á los enemigos que desde Oteiza, »Lorca y alturas próximas á San Cristobal, pudieran venir en socorro »de los atacados. Inmediatamente dispuse que las fuerzas indicadas »estuviesen preparadas para acometer al enemigo hasta el pueblo de »Lácar y su parte sur á la primera señal, y ordené al General Itur»mendi para que con el 4.º Batallón de Alava avanzase por la carrete»ra en dirección del pueblo de Lorca, dejando como reserva de la de»recha al 3er Batallón de Alava con el Brigadier Fortun y la Brigada »Albarrán, ocupando el puente de Muniáin el Brigadier Zaratiegui, con »el 3.er Escuadrón de Navarra.—En esta disposición se oyeron algu»nos disparos de cañón y fusilería en la parte de Alloz, lo que me hizo »comprender que V. E. comenzaba la batalla. En seguida se pusieron »en movimiento á la carrera á los puntos indicados las fuerzas de que »llevo hecha mención, organizándose sobre la marcha tres columnas »paralelas con sus correspondientes reservas, desplegando la primera, »ó sea la 2.ª Brigada de Navarra, sobre el flanco izquierdo, el Batallón »Guías de S. M. por el centro y el 4.º Batallón de Alava con el General »Iturmendi sobre el flanco derecho. Acto continuo se generalizó el fue»go en toda la línea, contribuyendo no poco la 2.ª Brigada de Nava»rra, al mando de su Brigadier Arbeloa, por su movimiento envolven»te, á arrollar al enemigo en el pueblo de Lácar, no siendo menor el »mérito contraido por el Batallón Guías de S. M. y 4.º de Alava, que »no solamente hicieron frente á las fuerzas que iban llegando por la »parte de Oteiza, sino que las desalojaron de cuantas posiciones toma»ron, causándoles pérdidas de la mayor consideración, consiguiendo »el éxito más completo y favorable.—La Artillería, á las órdenes del »Coronel Brea, siguió el movimiento de las columnas de ataque, y si»tuándose en un punto conveniente, hizo tan nutrido y certero fuego »sobre las baterías enemigas, que consiguió apagar los de estas, con»tribuyendo eficazmente al buen éxito de la batalla.—Mientras las »fuerzas que llevo enunciadas cooperaban tan activamente á este me»morable hecho de armas, se hallaban de reserva y dispuestos á acudir

»donde conviniera los batallones 3.° y 5.° de Alava, 5.° de Castilla, 1.° »de Rioja y Brigada Cántabra, al mando del General Carasa y briga- »dieres Fortun y Fontecha.—La obscuridad impidió continuar el comba- »te, y de acuerdo con V. E. se dispuso que nuestras fuerzas se replega- »ran á los pueblos inmediatos.—V. E. que inició el ataque, comprenderá »mejor que nadie la oportunidad con que todas las fuerzas de mi man- »do concurrieron á la línea de batalla, y de sus grandes resultados de- »ducirá que el comportamiento de todos los señores generales, jefes, ofi- »ciales y tropa fué digno y heroico.—Lo que tengo el honor de poner en »conocimiento de V. E. para su satisfacción y efectos consiguientes.— »Dios guarde á V. E. muchos años.—Estella, 9 de Febrero de 1875.— »Excmo. Sr.:—*Ramón Argonz.*—Excmo. Sr. Capitán General de las »provincias Vascongadas y Navarra.»



D. DOMINGO DE EGAÑA

Capítulo XXIII

Operaciones en la línea del Oria y detalles del sitio de Guetaria.

Uno de los obligados objetivos del Ejército liberal durante la última guerra civil, lo era sin duda alguna la línea llamada del Oria, no sólo porque á su amparo podía llegarse más pronto al corazón de Guipúzcoa, ensanchando á la vez el territorio dominado por los liberales, sino porque los carlistas habían establecido en ella sus principales fábricas de armas, pólvora, maestranza y fundición de cañones, ya que el primer pensamiento del Comandante General carlista de la provincia D. Antonio Lizárraga al encargarse del mando fué la toma de Eibar, Plasencia y Azpeitia.

Aprovechándose, pues, de la escasez de tropas de que disponía el General liberal Loma á mediados de 1873, penetró Lizárraga con sus batallones, unas veces sólo, y otras ayudado por los navarros, en Eibar, Plasencia y Oñate, primero, y después en Mondragón, Elgoibar, Vergara, Azcoitia y Azpeitia, apoderándose de multitud de armas en construcción, que sucesivamente fué haciendo poner en estado de servicio; pasándose más tarde, como ya sabemos, á convertir la fábrica antigua de Azpeitia en Maestranza y fundición de Artilleria bajo la inteligente dirección de los oficiales del Cuerpo Dorda é Ibarra (D. Leopoldo).

Claro es, por lo tanto, y justificado el empeño de los carlistas en conservar su arsenal de armas, y el de los liberales en destruirlo.

El activo General enemigo Moriones, después de haber socorrido á Tolosa en Diciembre de 1873, pensó en dirigir sus fuerzas al interior de Guipúzcoa, destruyendo á su paso las mencionadas fábricas carlistas; pero ya vimos que hubo al fin de desistir de su empeño ante la actitud de los numerosos batallones carlistas que en escogidas posiciones le cortaban el paso, lo que unido á las órdenes del Gobierno de Madrid previniéndole que volviera á la línea del Ebro, le obligó á embarcarse con sus fuerzas en San Sebastián y Pasajes, para pasar á Santoña trasladarse por la línea férrea de Santander á Miranda de Ebro y Logroño, y acudir asi á la Ribera de Navarra ya que directamente le habría sido imposible conseguirlo, ó por lo menos le habría costado mucha sangre.

En 1875 volvieron á reproducirse los combates en la línea del Oria; pero antes de relatarlos conviene fijar la fuerza y situación de las tropas liberales y carlistas de Guipúzcoa, por aquella época.

Los puntos y plazas ocupadas por los liberales en Enero de 1875 eran: San Sebastián, Hernani, Pasajes, Fuenterrabía, Irún y Astigarraga, asi como Guetaria, pequeña peninsula unida con un puente al continente. Las avanzadas carlistas partían de Oyarzun, Santiagomendi, Uzurbil, Zubieta y Zarauz, ocupando y dominando el resto de la provincia; por consiguiente era muy reducido el espacio en que podían desenvolverse las fuerzas liberales. De ahi el porfiado empeño de éstas en ensanchar su circulo de acción, sobre todo en la línea del Oria, ó sea enlazando á San Sebastián con Guetaria por tierra y de un modo permanente. Con esta base de operaciones, es evidente que se facilitaban el poder adelantar al centro de la provincia y la consiguiente destrucción de las fábricas carlistas al menor descuido de éstos.

Hallábase de Comandante General carlista el Brigadier D. Domingo de Egaña, veterano Jefe que había combatido bravamente durante la primera guerra civil, en la que ganó la Cruz laureada de San Fernando entrando el primero á escala franca en Guetaria: gran conocedor del país y de la gente que estaba llamado á mandar, querido de sus paisanos, dotado de gran actividad y tan entusiasta que á pesar de ser ya septuagenario acababa de llegar de Méjico, donde había estado emigrado por no querer convenirse en Vergara ni volver á su patria sino vistiendo el uniforme carlista. Era cojo y manco, lo cual no le impidió inaugurar su mando con la brillante victoria de Urnieta que ya en otro capítulo hemos descrito, así es que á sus órdenes rehiciéronse los guipuzcoanos en breve tiempo del fracaso de Irún.

Las fuerzas de que disponía el Brigadier Egaña eran siete batallones guipuzcoanos, dos vizcaínos, la primera Batería de Montaña, al mando del arrojado Teniente Coronel Reyero, y ocho piezas del Tren de sitio, á las órdenes del Comandante Torres. Más tarde se hicieron marchar también á la línea carlista los ocho cañones de la Batería de Rodríguez Vera.

Continuaba por entonces, ó mejor dicho, había vuelto á encargarse del mando de las tropas liberales de la provincia el General D. José de Loma. Las fuerzas á sus órdenes disponibles para emprender operaciones (prescindiendo de las ocupadas en guarnecer puntos fortificados) eran tres brigadas de á tres batallones, mandadas por el General Blanco y los brigadieres Infanzón y Oviedo, con su correspondiente dotación de Artillería, y el nutrido Batallón de Migueletes.

En el Estado Mayor General liberal se había convenido que para evitar la aglomeración de fuerzas carlistas en la importante línea del Carrascal, que se trataba de envolver, se hiciese el General Loma dueño de la línea del Oria, ocupando la atención de sus enemigos, penetrando, si le era posible, hasta Azpeitia.

Obediente el General liberal, ordenó la salida de sus tropas por dos puntos á la vez: La Brigada de Infanzón salió por mar á Guetaria, y rápidamente se hizo dueña de Garatemendi, á la vez que el General Loma salia con las otras dos brigadas por la carretera, á fin de operar la conjunción de las tres en Orio, para componer su puente y trasladarse á la otra orilla.

Apenas ascendía á una Compañía la fuerza carlista que ocupaba la elevada posición de Garatemendi; por lo que la primera Brigada liberal se posesionó de ella casi por sorpresa, después de un ligero tiroteo. Esto se explica por la poca vigilancia de los carlistas y la imprevisión de su Comandante General; pues siempre debió cuidarse de posición tan importante por ser la llave de Guetaria y el obstáculo que la naturaleza misma oponía á que el enemigo rompiera la línea carlista, desembarcando en Guetaria.

La Brigada de Infanzón, no pudo, sin embargo, pasar á Zarauz, porque se le adelantaron dos batallones que al mando del intrépido Coronel Iturbe hizo avanzar el Brigadier Egaña, y éste con el resto de sus fuerzas fué flanqueando al General Loma desde su salida de San Sebastián, ocupando todas las alturas, incluso las que dominaban á Orio.

Viendo Loma que el movimiento de concentración no podía verificarse por interposición de los carlistas, reforzó la Brigada con las fuerzas del General Blanco, á la vez que él marchaba á su encuentro

bajo el nutrido fuego de sus enemigos. La línea del Oria fué, por tanto, restablecida, pues si bien los acantonados en el pueblo estaban bajo el fuego de cañón y fusil de los carlistas, lograron apoderarse de los altos de Meagas é Indamendi, que dominaban á su vez las posiciones enemigas. Sus bajas en esta operación, según datos oficiales, fueron quince muertos y ciento cuarenta y cinco entre heridos y contusos.

El Brigadier carlista Egaña comprendió, aunque tarde, el verdadero objetivo de los liberales, y por consiguiente dió sus órdenes para que acudierán todas sus fuerzas á defender los pasos á Azpeitia, como así se verificó al día siguiente.

El puente de Orio no llegó á recomponerse sino á fuerza de tesón de los liberales, pues la Batería del bizarro Reyero y la del no menos valiente Torres, hicieron fuego de flanco sobre la obra, en términos de ocasionar la rotura de dos tramos, que tuvieron que recomponerse de noche. Las baterías fueron establecidas en magníficas posiciones, que dió á conocer á los artilleros y á su Coronel Brea, el insigne Vicario de Orio, y tan bien elegidas, que no solamente se dominaban los tableros del puente para destruirlos, sino que al acudir el General Loma en socorro de las fuerzas de Orio, no hubo necesidad más que de un ligero cambio de frente de las piezas, para que mientras unas contestaban al fuego de las baterías de campaña liberales, las otras siguieran tranquilamente arrojando sus proyectiles al puente, que, como hemos dicho, fué roto por dos partes. Durante el combate, no dejó un punto de discurrir entre los cañones el intrépido Vicario, inspirando á todos confianza y serenidad.

Era por entonces como el alma de todas las operaciones de la línea del Oria, el célebre Cura de Orio D. Juan Antonio Macazaga, figura que se hizo notable por sus singulares condiciones de religiosidad, conocimiento del terreno y aficiones militares, unidas á una imperturbable sangre fría. No era, en la verdadera acepción de la palabra, un Cura guerrillero como D. Jerónimo Merino, el heróico Brigadier de la guerra de la Independencia, sino un dignísimo y virtuoso ministro del altar, que llevado al campo carlista por las persecuciones liberales, identificado con nosotros y gran práctico en aquella región, servía á los carlistas de inseparable guía, y á quien todos oían con respeto, inspirado este por la lealtad de sus ilustrados consejos en los asuntos de la guerra, y más que nada, porque no dejó de ejercer nunca su sagrada misión, ni aún dejó de usar jamás el traje talar. Por cierto que pudo ocasionarle esta circunstancia serios disgustos, pues su sombrero de teja y sus hábitos servían de constante blanco, (ó más bien negro) á los tiradores liberales y migueletes, de quienes era tan conocido

como de los carlistas, pues siempre estaba el buen Cura en las avanzadas, á la cabeza de los voluntarios guipuzcoanos.

Recompuesto al fin el puente por los Ingenieros, bajo el fuego carlista, atravesaron algunos batallones á la otra orilla y se hicieron fuertes, aspillerando el caserío de Damasco-Echevarria, que ocupaba una cima algo elevada, y otras posiciones que atrincheraron convenientemente. Satisfecho el General Loma de la operación, por más que no hubiera logrado penetrar en el interior de la provincia, regresó á San Sebastián, dejando bien guarnecidos Orio, Mendibelz y el mencionado caserío, por cuya razón el Brigadier carlista volvió á sus antiguas posiciones de Aya y Zarauz, circunvalando perfectamente la línea liberal.

Como quiera que la vecindad de los enemigos era sumamente molesta á los carlistas, no hubo sorpresa que no se intentara contra el caserío, ni vejamen que no se hiciera sentir al pueblo de Orio. Baste decir que las baterías de Reyero y de Torres impidieron en la medida de sus fuerzas el establecimiento del enemigo en la línea y la consiguiente recomposición del puente, como ya hemos dicho. Dominado y enfilado el pueblo por la fusilería carlista, dicho se está que no había lugar seguro para los contrarios, y sus traveses y espaldones eran barridos con frecuencia por la Artillería de Torres.

El caserío situado en Damasco-Echevarría fué también objeto de varias embestidas por los carlistas, si bien hay que confesar que sin éxito, por ahorrar la preciosa sangre de los que hubieran de asaltarle. El caserío fué cañoneado por dos de sus flancos por los esforzados Reyero y Torres; pero como entonces no había fuerzas carlistas suficientes para dar el ataque con seguro éxito, y los liberales estaban preparados, acudieron con grandes refuerzos y no pudo completarse la operación. El relevo de las tropas que ocupaban el caserío tenia que hacerse de noche para evitar bajas.

Posteriormente, el General Loma hizo colocar Artillería de posición en la vertiente del Oria, y equilibradas las fuerzas carlistas y liberales, cada una de ellas conservó sus posiciones, por más de que el fuego de fusil y de cañón no cesó desde Enero, en que se estableció la línea, hasta que al fin fué abandonada por los liberales en Mayo.

Tenemos á la vista el parte oficial carlista de las operaciones de la línea del Oria; pero como es bastante extenso, procuraremos extractarlo para mayor claridad de los sucesos.

El 27 de Enero de 1875 por la noche se embarcó la Brigada Infanzón en San Sebastián, pudiendo á favor de la obscuridad desembarcar en Guetaria y hacerse dueña del monte Gárate. Como las fuerzas

carlistas no llegaban á dos compañías, tuvieron que abandonar el campo, retirándose á Meaga. Creyendo posible, sin embargo, recuperar posición tan importante, el Comandante General carlista ordenó al Brigadier Aizpurúa que lo intentara con el 2.º Batallón de Guipúzcoa; pero habiendo sido rechazado, volvió dicho Jefe á la línea de Andoain, quedando Egaña y el Coronel Iturbe para hacer frente al enemigo con el 2.º y 7.º de Guipúzcoa y el Batallón vizcaino de Bilbao, llegado hacía pocos días.

Mientras tanto, el General liberal Loma salió de la capital el día 29 con algunos batallones á las órdenes del General Blanco y del Brigadier Oviedo, y aunque los carlistas le disputaron el paso en Usurbil, San Esteban y Zubieta, logró su intento de penetrar en Orio, donde, enterado de que la Brigada Infanzón no había podido romper la línea carlista, dispuso que el General Blanco volviera sobre sus pasos y se embarcara para Guetaria y Gárate en auxilio del primero, mientras tanto que el General Loma disponía la inmediata recomposición del puente de Orio, protegiendo los barcos de guerra con sus fuegos todos sus movimientos.

No siendo ya necesarias las fuerzas carlistas en Usurbil, hizo el Brigadier Egaña que se trasladaran á la nueva línea los batallones de Orduña y 6.º de Guipúzcoa, los cuales ocuparon el día 31 el alto de Zurugaray. Reforzados á su vez los liberales de Gárate, atacaron resueltamente á los carlistas que se vieron precisados á retroceder hasta su segunda línea, la de Aya, operándose por consiguiente la unión de todas las fuerzas liberales desde Orio á Zarauz y Gárate, pues la posición de Zurugaray se hizo insostenible, flanqueada y cañoneada por las bocas de fuego de la Marina de guerra. Estos nuevos ataques costaron á los liberales ciento noventa bajas, de las que correspondieron nada menos que treinta y dos al Batallón de Migueletes que generalmente iba en las operaciones á vanguardia ú ocupando los puestos de mayor peligro.

El día 3 de Febrero salieron nuevamente el General Loma de Orio y el General Blanco, de Zarauz, haciéndose dueños de Indamendi y Meagas, cuyo paso les fué disputado valientemente por el Coronel Iturbe con tres batallones. Al día siguiente intentaron los liberales pasar á Zumaya; pero tuvieron que retirarse al abrigo del fuego de la Escuadra. Las bajas fueron numerosas, pues los carlistas se defendieron con tesón y bravura, haciéndose ascender á doscientos cincuenta el número de muertos y heridos de los liberales. Los batallones 7.º de Guipúzcoa y vizcaino de Bilbao se retiraron á Aizarna para cubrir el paso á Azpeitia; pero tan séria fué la resistencia de los carlistas, que

el día 5 se retiraron las tropas liberales de Zarauz y Gárate, concentrándose en Orio parte de dichas fuerzas, mientras otras volvían á San Sebastián y Hernani.

Puede calcularse, sin temor á equivocaciones, que en los cinco días de combate en la línea desde Usurbil á Orio, Zarauz, Indamendi y Meagas, las bajas de los liberales excedieron de seiscientas, sin contar las que sufrieron en Damasco-Echevarría.

Entre los muchos combates, de mayor ó menor importancia y de éxito vario, que tuvieron más tarde lugar en la línea del Oria, recordamos el sostenido á principios de Marzo, en el que se rompió á cañonazos el puente del Oria; por aquellos días decía asi una correspondencia de *El Cuartel Real:* «Aya 11 de Marzo. Se consiguió la rotura »del puente de Oria, que ponía en comunicación los batallones enemi»gos que guarnecían Mendibeltz y Damasco, teniendo que relevarse »de noche las fuerzas que guarnecían este último punto, por impedirlo »de día el contínuo fuego de las baterías de Aya. Las fuerzas carlistas »se componían de dos batallones de Guipuzcoanos al mando de Iturbe, »de la Batería de Montaña de Reyero, y de las piezas de sitio que »mandaba Torres. La noche del 10, prévio el oportuno cañoneo, fué »desalojado el enemigo de las zanjas que ocupaba alrededor de la »casa-fuerte, y obligado á guarecerse en ella, siendo nuestras bajas »doce ó catorce, y las de aquellos, cincuenta: nuestra Artillería admi»rable.»

—

Por más que alteremos la cronología de los sucesos, hablaremos del sitio de Guetaria, por ser la última operación de importancia ocurrida en la línea del Oria.

Enojoso vecino para los carlistas fué siempre dicha villa, patria del insigne Elcano, pues, á menos de distraer siempre numerosas fuerzas en el alto de Gárate y sus cercanías, era la llave siempre preparada para facilitar cualquier incursión del enemigo al interior de la provincia, pues por mar, y en pocas horas podían trasladarse muchos batallones para intentarla.

Establecido ya el enemigo en Oria y Mendibeltz, se facilitaba el avance de los liberales, y por tanto, el Comandante General Egaña pensó seriamente en tomar ó inutilizar Guetaria. Esta pequeña villa está edificada en anfiteatro, y en su cima hay un castillo que la defiende, y donde había colocados dos cañones, uno de á 8 y otro de á 12 centímetros, ambos rayados. Por la parte de tierra tenía una antigua muralla de piedra. Las fuerzas que la guarnecían, en el tiempo á que

nos referimos, eran cuatrocientos hombres, entre Infantería, Carabineros y Guardia civil, con artilleros é ingenieros.

El punto de ataque elegido por los carlistas era el obligado cerro de Gárate, cuya cima alcanzaba próximamente la altura del castillo; pero desde donde no se podía abrir brecha en la muralla, á causa de tener que emplear tiros muy fijantes. Por esta causa, el plan concebido y acordado en consejo, fué construir dos baterías, una en Gárate, que se artilló con seis cañones y dos morteros, y otra Batería, baja, lo más rasante posible, á unos trescientos metros, de la que se encargó el bravo Coronel Rodríguez Vera; la de Gárate la mandaba el no menos bravo Teniente Coronel Torres. La dirección en Jefe se confió á los coroneles de Artillería D. Luis de Pagés y D. Alfonso de Borbón, Conde de Caserta.

Con el fin de ahorrar en lo posible la sangre de las tropas en el proyectado asalto, hubo de pensarse en facilitar la apertura de la brecha (por la cual habían de lanzarse los batallones) por medio de la dinamita.

Nadie más á propósito para el caso que el antiguo Teniente de Navio D. Fernando Carnevali, que pertenecía al Tren de Sitio, que había hecho estudios y ensayos sobre aquella nueva arma de guerra, y que estaba dotado de una sangre fría y un valor á toda prueba.

Consultado el plan concebido con Don Carlos de Borbón, no solamente fué aprobado en todas sus partes, sino que dicho Augusto Señor se puso acto seguido en marcha para tomar parte en la operación, como lo había hecho siempre en todos los principales empeños de sus tropas, llegando á la línea de sitio acompañado del Jefe de su Cuarto Militar, el veterano y heróico Teniente General D. Rafael Tristany, y del infatigable Comandante General de Artillería D. Juan María Maestre.

Dispuestas así las cosas, preparados los cartuchos de dinamita (un centenar próximamente) y encerrados en un saco de lona, dispuso Carnevali que dos artilleros le acompañaran para conducirlos. Al preguntar en las baterías si había dos que quisieran prestar voluntariamente tan arriesgado servicio, dieron un paso al frente todos los artilleros, por lo que, para que ninguno pudiera quejarse, se sorteó á los dos valientes que habían de acompañar al bravo Carnevali. Esto habla muy alto en favor de aquellos voluntarios carlistas, que deseaban, llenos de entusiasmo, ofrecerse como víctimas en defensa de la Causa, pues teniendo que atravesar más de doscientos metros al descubierto, era casi seguro el peligro de muerte que arrostraban, si eran vistos desde la muralla.

D. EMILIO MARTINEZ VALLEJO — OFICIAL DE ORDENES, RESPALDIZA



D. RAFAEL TRISTANY — DON CARLOS DE BORBÓN

OFICIAL DE ORDENES, ORBE — D. MANUEL DE LA CRUZ

OFICIAL DE GUIAS — OFICIAL DE ORDENES, SUELVES

D. LEÓN ABADÍA

Avanzada, pues, la noche del 13 de Mayo, descendieron los dos animosos artilleros, cargados con el peligroso saco de cartuchos de dinamita y precedidos por el Teniente Coronel Carnevali, quien llevaba la mecha y se apoyaba en la horquilla de la cual había de suspenderse el saco y descansarlo en el mismo muro. Sabedoras las fuerzas carlistas de cuanto se proyectaba y se estaba verificando en aquellos momentos, es indecible la incertidumbre, el temor y la esperanza, á la par, con que latían todos los pechos. Transcurrió media hora, transcurrió luego otro tanto en el más profundo silencio, y poco antes de amanecer oyóse un formidable estampido, seguido de prolongadas des-



D. MARIANO TORRES

cargas, cuyo ruido hizo prorrumpir en hurras á las tropas sitiadoras. La obscuridad de la noche impedía conocer la entidad del daño causado, y al mismo tiempo se desconocía la suerte que pudiera haber cabido al heróico Carnevali y á sus dignos acompañantes.

Por fin arribaron los tres, sanos y salvos, á Gárate, refiriendo que su tardanza había consistido en que al llegar casi á tocar la puerta, el centinela colocado sobre ella en la muralla sintió ruido de pasos y dió el quién vive; por cuya razón, y para desorientarle, se guarecieron como pudieron en los salientes del terreno, y así estuvieron más de media hora, al cabo de la cual el mismo Carnevali colocó el saco en la horquilla, prendió fuego á la mecha y volvió sobre sus pasos rápida y silenciosamente.

La primera parte del programa estaba cumplida. La segunda co-

menzó en el momento preciso de distinguirse al amanecer los objetos; descubierta la brecha abierta por la dinamita, rompió inmediatamente el fuego sobre ella el Coronel Rodriguez Vera con los cañones de su Batería, mientras lo hacía el Teniente Coronel Torres con los suyos sobre el castillo, y con sus morteros sobre la población.

Ardía el entusiasmo en todos los corazones; Don Carlos, situado en posición conveniente, seguía con sus anteojos las peripecias del fuego; el castillo se defendía tenazmente con sus piezas, y la Infantería con sus fusiles coronaba la muralla y una fuerte barricada que con inteligencia y gran exposición habían construído los Ingenieros liberales para cubrir la brecha. Tronaban sin cesar los cañones, á cuyo ruido, que se oía distintamente desde San Sebastián, apareció ante las posiciones carlistas la Escuadra del Cantábrico, que vino á aumentar el fragor del combate con la voz de su Artillería de grueso calibre. Entonces el Teniente Coronel Torres que no podía contestar bien al fuego de los barcos de guerra, porque no daban suficiente campo de tiro las cañoneras de su Batería, para hacer frente á un mismo tiempo á los fuegos del Castillo y á los de los buques, mandó sacar dos piezas Withwort de la Batería, y mientras las demás continuaban el combate con la Artillería del Castillo, el bravo Torres, á pecho descubierto, cruzó sus fuegos con los de la Escuadra, sosteniendo singular combate que elevó á un alto grado el concepto de su serenidad y bizarría, y que le valió el ascenso, como á Carnevali su arrojo de aquella noche.

La Escuadra hubo al fin de retirarse con los heridos y con bastantes averías, á su fondeadero ordinario de San Sebastian, á eso del anochecer. Por la noche recibió la plaza algunos refuerzos; pero al amanecer del 15, creyendo los carlistas practicable la brecha, lanzaron dos batallones á la carrera sobre ella, con el mayor impetu. No fué menor la obstinación empleada por los defensores, hasta que se retiraron los asaltantes, convencidos de que la brecha no estaba en tan buen estado como suponían; tales fueron los trabajos realizados en ella por los sitiados, dirigidos por el inteligente Cuerpo de Ingenieros. Al día siguiente volvió á repetirse el cañoneo, así como el 17; pero el 18 fué imposible ya continuar, y se desistió de otros asaltos, por imposibilidad material de romper la nueva mampostería con que los Ingenieros liberales habían reemplazado la antigua.

Tal fué la embestida contra Guetaria, sin éxito, más que por nada por el escaso calibre de los cañones carlistas (de siete y medio centímetros), no consiguiéndose por ello romper del todo el muro de a villa á pesar de lo brillantemente que se intentó abrir camino para la Infantería.

Las pérdidas del enemigo fueron de nueve muertos, diez y nueve heridos y cuarenta contusos; ocho casas quemadas y casi todas inhabitables ya, á causa de cerca de dos mil proyectiles que se arrojaron sobre Guetaria.

Con el sitio de Guetaria coincidió el levantamiento de la línea del Oria, por el Ejército liberal, y por consiguiente, ya no volvió á ensangrentarse por aquella parte el suelo de Guipúzcoa, por más de que la guarnición de Guetaria viviera, hasta la terminación de la guerra, como prisionera dentro de sus muros, hostilizada constantemente por las fuerzas sedentarias del Ejército carlista.



D. ELICIO BERRIZ

Capítulo XXIV

De la guerra en Vizcaya durante los mandos, en dicha provincia, de los generales carlistas Marqués de Valde Espina y D. Elicio Bérriz.—Combates de Arraiz, Algorta, Monte-Abril, Ramales y Arbolancha.—Asalto del Castillo de Axpe.

No negaremos que el Ejército liberal había ganado mucho, moralmente se entiende, con el levantamiento del sitio de Bilbao; pero ni esto fué á expensas de la pérdida moral experimentada por los carlistas, ni la situación de la villa ni de sus tropas varió muy sensiblemente. Tan sólo consiguieron los liberales adelantar su línea dentro de la carlista, pues, por lo demás, cada vez que la guarnición avanzaba nunca era impunemente, sino á costa de reñidos combates, teniendo que regresar á sus acantonamientos y al abrigo de sus defensas. En realidad no hubo más que un cambio de posiciones: los liberales estudiaron bien las alturas que habían ocupado los carlistas durante el sitio, y combinaron una línea tal de fuertes que en lo sucesivo no

pudieran los carlistas repetir otro bombardeo. Esta y no otra fué la ventaja que con el levantamiento del sitio de Bilbao alcanzó el ejército liberal, así como la ocupación de Algorta y Portugalete les abría sus comunicaciones con el resto de España.

El Cuerpo de Ingenieros del Ejército liberal, cuya actividad é inteligencia hemos elogiado siempre, eligió las alturas de Axpe, Santo Domingo y Monte-Abril, y en frente la de Cobetas, para construir verdaderas fortificaciones, que artillaron convenientemente, dominando desde el valle de Arica los nuevos atrincheramientos carlistas.

A su vez, éstos siguieron dueños del monte Ollárgan, la Peña, Alonsótegui y Arraiz, que continuaban dominando los antiguos reductos de Miravilla y del Morro, así como el alto de Santa Marina, situado á medio tiro de fusil de la principal de las fortificaciones liberales, ó sea de Monte Abril.

La guarnición de Bilbao quedó constituída por entonces con los regimientos de Saboya y Galicia, batallones de Africa y Albuera, carabineros y forales; sus fuerzas disponían de cañones de á 12 y 16 centímetros, y estaban al mando del General Morales de los Rios y de los brigadieres Zenarruza y Cassola.

La División carlista de Vizcaya había quedado reducida á seis batallones (por la salida de la Brigada Fontecha para Navarra), bajo las órdenes del arrojado General Marqués de Valde-Espina, que no se daba un punto de reposo para molestar continuamente con sus fuegos las posiciones liberales, ya que no le era dado intentar operaciones más serias por razón de lo mermado de sus fuerzas. Durante su mando, ó sea hasta Septiembre, no pudieron llevarse á cabo más ataques que los del 26 de Agosto en Arraiz y los de los días 6 y 30 de Septiembre, en que la guarnición hizo una salida en la dirección ya citada y otra por la parte de Algorta.

Divididas tenía sus fuerzas Valde-Espina, pues por su extrema izquierda le amenazaba constantemente una División liberal al mando del General Villegas, llegando por los valles de Mena y Losa hasta el mismo Valmaseda; así es que el general carlista hubo de limitarse á una forzosa defensiva en ambos puntos, y á procurar, consiguiéndolo en efecto, que no adelantaran los liberales en terreno carlista una sola pulgada desde sus nuevas líneas.

Importante era el objetivo que se propuso el General enemigo Morales de los Rios en Agosto de 1874, cual era la ocupación del alto de Arraiz, dominante sobre Larrasquitu y la línea de trincheras levantadas por aquella parte, proponiéndose á toda costa hacerse con ella. Salió, pues, una fuerte columna de Bilbao, apoyada en el fuerte de

Cobetas por una parte, y al mismo tiempo otra columna, no tan numerosa, se dirigió desde Monte-Abril hacia Santa Marina, á fin de que los batallones carlistas de uno y otro lado de la ría no pudiesen auxiliarse mútuamente. Firme en su puesto defendió Arraiz el Batallón de Bilbao contra fuerzas muy superiores, pero el empuje del enemigo en el primer momento consiguió rechazarlo: á punto estuvo, pues, el General liberal de conseguir su intento, y á punto estuvo también de ordenar el avance de sus reservas que custodiaban en la carretera la Artillería gruesa que proyectaba emplazar en Arraiz. Pero no ocultándose este objetivo al intrépido jefe Maidagán (quien había sustituido en el mando del Batallón de Bilbao al no menos bravo Fontecha), pudo lograr, en un vigoroso empuje á la bayoneta, rechazar en toda la línea á sus contrarios, que ya se creían victoriosos, consiguiendo encerrar á gran parte de ellos en el cercano reducto de Cobetas, y á la reserva con la Artillería en Bilbao.

Como consecuencia de esta acción estableciéronse definitivamente los carlistas en Arraiz, donde construyeron un fuerte reducto capaz de alojar desahogadamente dos compañías, bajo la inteligente dirección de los Ingenieros carlistas.

El lacónico parte oficial decía así: «Deseando el enemigo apoderar- »se de Arraiz, salió el General Cassola y lo ocupó en el primer mo- »mento; Arraiz domina Larrasquitu. El Batallón de Bilbao defendía la »altura y casa llamada del Caramelo, y el enemigo adelantaba sus »masas apoyándose en su reducto de Cobetas, amagando al mismo »tiempo Santa Marina. Después de dos horas y media de fuego se lan- »zó Bilbao á la bayoneta y los hizo retirar. Las pérdidas de los carlis- »tas fueron un capitán y cinco voluntarios heridos. Los liberales en »cambio retiraron á Bilbao once heridos (entre ellos dos oficiales) y »tres soldados muertos.— *Valde-Espina.*»

Tenaz el enemigo en apoderarse de la importante posición de Arraiz, volvió á atacar á los carlistas en el mes de Septiembre. Empezó, como en el ataque anterior, apoderándose de la casa del Caramelo; pero fué rechazado, como entonces, por las dos solas compañías que guarnecían el fuerte carlista en construcción.

Habiendo cesado en su mando el noble Marqués, por haber sido nombrado Ayudante de Campo de Don Carlos, fué sustituido por el Brigadier Bérriz, de quien daremos aquí algunos apuntes biográficos, como hicimos con Valde-Espina al encargarse de los batallones vizcaínos cuando el sitio de Bilbao.

—

D. Elicio Bérriz había nacido en 1827, y era Teniente Coronel del

Cuerpo de Artillería cuando la Revolución de 1868, habiendo obtenido por méritos de guerra los empleos de Capitán, Comandante, Teniente Coronel y Coronel de Ejército; había peleado en defensa del poder constituido en 1848 en Madrid, en 1854 en Sevilla, y en 1856 y 1866 en Madrid; había servido también en Filipinas, Cuba y Puerto-Rico; se había distinguido en la guerra de Santo Domingo y en la sublevación ocurrida en Puerto-Rico en Abril de 1855, penetrando sólo por en medio de los fuegos de los sublevados en el Castillo y haciéndoles frente á balazos hasta la llegada de las tropas leales; finalmente, cuando la insurrección de Lares (Puerto-Rico) tuvo la suerte de sofocar en pocos días con las fuerzas á sus órdenes aquel movimiento separatista, desempeñando con gran tacto y energía el mando político y militar del distrito de Ponce. En el campo carlista había sido el primer Comandante General de Artillería y se había ya distinguido en las batallas de Monte-jurra, Somorrostro y San Pedro Abanto.

Las operaciones más importantes llevadas á cabo durante el período del mando de Bérriz en Vizcaya, fueron las de Algorta, Ramales, Arbolancha y el asalto del castillo de Axpe.

En dos brigadas dividió sus batallones el nuevo Comandante Genenera carlista: una al mando del Brigadier Ormaeche próximo á Bilbao, y la otra con el Brigadier Echévarri en la línea de Valmaseda, amagada y en constante fuego esta última con el infatigable General liberal Villegas, quien al frente casi siempre de ocho batallones con la correspondiente Artillería y Caballería hacía frecuentes excursiones desde Medina de Pomar por los valles de Losa y Mena, corriéndose hasta la misma capital de las Encartaciones. Establecido Berriz en su Cuartel General de Galdácano, con su Jefe de Estado Mayor el Brigadier D. José S. Fontecha, con su compañía de guías y algunas otras acudía indistintamente á reforzar el punto más amenazado, por su derecha ó por su izquierda, debiendo advertir que ya disponía por esta época el caudillo carlista de ocho batallones vizcainos, el asturiano y á veces también de algunos castellanos.

Apenas hecho cargo del mando tuvo un reñido encuentro con las tropas que de Bilbao salieron en dirección de Ortuella. Tocó hacer frente á los liberales al Batallón de Bilbao, que logró rechazar al enemigo causándole un muerto y once heridos.

La acción de Algorta, ocurrida el 26 de Octubre, fué más séria. Los batallones de Guernica y Orduña, al mando del Brigadier Ormaeche, defendían las trincheras que cubrían la línea desde Munguia y Lejona á Zamundio y Larrabezúa.

La columna liberal se componía de cuatro batallones al mando del

Brigadier Cassola, y su objetivo principal era destruir los atrincheramientos carlistas por la parte de Algorta, ó sea los construidos principalmente frente al cerro de Axpe, Lejona y montes de Berango. Salió, pues, el Brigadier liberal de Algorta, acompañado de los batallones de Saboya y Galicia, siguiéndole á poco los demás. En el primer momento, como era muy extensa la línea de los atrincheramientos carlistas, y en su defensa sólo había pequeños destacamentos en observación del enemigo, se apoderó Cassola de la mayoría de aquellos, distinguiéndo-



D. ANDRÉS ORMAECHE

se en el avance el Batallón de Saboya que atacó de frente la posición dominante de Sopelana. Al oir el fuego acudió presuroso el jefe carlista con los batallones de Guernica, Orduña y Bilbao equilibrándose entonces el combate que habia comenzado, como hemos dicho, con la retirada de algunas compañías carlistas. Reforzado á su vez Cassola con el Batallón de Albuera y algunas compañías más, volvió á atacar á los carlistas, pero éstos lograron ya rechazarle haciéndole perder 12 muertos, 3 oficiales y 33 soldados heridos y contusos y 15 extraviados, según la *Narración militar de la guerra carlista*, redactada por el Cuerpo de Estado Mayor del Ejército.

A propósito de la acción de Algorta, el Sr. Pirala en su *Historia contemporánea* dice textualmente: «Peleóse bizarramente más con la »bayoneta que con el fuego, distinguiéndose sobre todo Saboya, cuyos »soldados impidieron la derrota del Ejército liberal.»

El ataque de los carlistas á Ramales y su entrada en Guardamino tuvo lugar en los primeros días de Febrero de 1875. Hallábase el jefe carlista Gorordo al frente de dos batallones (uno de ellos el Asturiano con su intrépido jefe Hurtado de Mendoza), ocupando las posiciones avanzadas de la línea de Valmaseda, y creyéndose superior á las fuerzas enemigas que ocupaban Bortedo y el monte Celadilla, rompieron la marcha y el fuego á la vez contra esta última posición.

Sorprendidos y cercados por todas partes los liberales, hubieron de retirarse, dejando 24 prisioneros en poder de los carlistas y llevándose herido al jefe que los mandaba. El General Villegas con fuerzas considerables por una parte y el Comandante General carlista por otra con 4 batallones (entre ellos el 3.° de Castilla), acudieron en formal empeño, rompiendo los carlistas el fuego de fusil y cañón contra el fuerte de Ramales. Tan bravo fué el ataque como sostenida la defensa, por lo que los carlistas tuvieron que contentarse con entrar en Guardamino, poniendo la noche fin á la pelea y volviendo ambas tropas beligerantes á sus anteriores posiciones y acantonamientos.

Con vária fortuna vemos que seguia por aquel entonces la guerra en Vizcaya, defendiendo unos sus fortísimas posiciones de la invicta villa, y los otros sosteniendo sus líneas atrincheradas que los liberales no osaban invadir, sino rara vez y á costa de inmensas pérdidas; asi es que el afan de los generales de ambos ejércitos era el de tener cada cual en constante alarma á su contrario y foguear sus tropas, pues estaban mútuamente convencidos de lo imposible que les era posesionarse de Bilbao á los unos y separarse de sus muros á los otros, ni aún para racionarse.

Entre las posiciones atrincheradas de Monte Abril y Santa Marina existian unas casas llamadas de Arbolancha, al abrigo de las cuales podían acercarse los que guarnecían las primeras y sorprender á los de las segundas. Por este motivo, y por los cañoneos que los liberales dirigían sobre los indefensos pueblos del valle de Asúa, el General carlista Berriz se propuso destruirlas. Con este fin reunió sigilosamente sus batallones, ordenó al bravo Teniente de navío D. Fernando Carnevali que á 400 metros situara una batería compuesta de dos piezas de Montaña y dos Vavasseur de 9 centímetros, y se dispuso el ataque, dirigido personalmente por el Comandante General carlista, en el momento en que los preparativos estuvieran terminados. Los liberales

no se apercibieron de los trabajos, por verificarse éstos de noche, y el día 26 de Febrero, al amanecer, rompió el fuego Carnevali sobre las casas, ocupando ya los batallones carlistas escogidas posiciones, quedando el valiente Coronel López en Santa Marina.

El General enemigo salió entonces de Bilbao tras del Brigadier Medeviela que le precedía, con dos nutridos batallones (entre ellos el de



D. FERNANDO CARNEVALI

forales), y pasando de los altos de Santo Domingo á los de Monte Abril, atacaron con denuedo la posición de la Cantera y la Ermita. Recibiéronles á pie firme los batallones 5.° y 6.° de Vizcaya, y los liberales fueron rechazados hasta los mismos fosos del reducto de Monte Abril: el parte oficial carlista dice así: «En este primer movimiento fué »instantáneamente rechazado el enemigo y forzado á refugiarse en sus »defensas, distinguiéndose por su notable energía en tal trance cuatro »compañías del 5.° que llegaron casi á tocar las obras del fuerte de »Abril, sin poder contenerse en el vigoroso impulso de su ataque.»

Realizada la primera parte de su plan, mandó Bérriz retirar las piezas gruesas y simular una retirada para atraer al enemigo y continuar el combate, porque los liberales en número de tres batallones se lanzaron en brusco ataque contra Santa Marina. Recibiólos allí dignamente el Coronel López, mientras el mismo Bérriz les atacaba por el

centro y el Brigadier Echevarri no perdía un palmo de terreno en la extrema izquierda, de modo que la acción se generalizó Los batallones carlistas de Orduña, Guernica y Somorrostro cayeron como un alud sobre los arrojados forales, y éstos se vieron obligados á refugiarse al amparo del fuerte, aunque no sin disputar á los carlistas el éxito con un valor que imparcialmente reconocemos y consideramos digno de todo elogio.

La *Narración militar de la guerra carlista*, escrita por ilustrados Oficiales de Estado Mayor, dice á propósito de este hecho lo siguiente: «Terrible fué este momento y se luchó con furor por ambas partes, »consiguiendo los forales romper el círculo en que les había estrechado »el enemigo. Hubo grandes rasgos de valor, habiendo tenido en aquel »momento 4 oficiales y 11 soldados muertos.»

La noche también puso entonces término á tan sangrienta jornada, perdiendo los liberales 3 oficiales y 18 soldados muertos, y 8 oficiales y 120 individuos de tropa heridos y contusos. Las pérdidas carlistas fueron también numerosas, y según el parte oficial ascendieron á 4 oficiales y 5 voluntarios muertos, y 2 oficiales y 29 voluntarios heridos. El General liberal añade en su parte oficial lo que sigue: «Los carlistas »se batieron bien y á pecho descubierto, por lo que calculo que sus ba»jas ascenderían á algunos muertos y á 100 heridos.»

No entraba seguramente en los planes del General carlista Bérriz el apoderarse de un modo permanente del castillo de Axpe, que si bien por su posición dominaba la orilla derecha de la ría, pudiendo hasta estorbar á veces las comunicaciones de Bilbao por el mar, en cambio era sobremanera evidente que el enemigo intentaría los imposibles á fin de recuperarlo (para lo cual le sobraban fuerzas y recursos), aunque no hubiese sido más que por evitar el desastroso efecto moral que habría hecho en toda la España liberal la posesión por parte de los carlistas de un fuerte tan cercano á la villa de Bilbao. Por otra parte los carlistas no estaban tan sobrados de tropas como para poder distraer un par de batallones en la conservación definitiva del castillo de Axpe: por tanto, el asalto y toma del citado fuerte fué más que nada como un *mentís* dado á los que suponían muerto el entusiasmo carlista á principios de 1875.

Guarnecían el castillo de Axpe un jefe, 4 oficiales y 118 soldados de Infantería y Artillería, sirviendo los de esta última arma dos cañones rayados, uno de á 12 y otro de á 16 centímetros.

La idea del asalto partió del denodado Jefe del Batallón carlista de Arratia, el Teniente Coronel don Eulogio Isasi, y prévia consulta con el Comandante General Berriz, dispusieron: aquél el número de volun-

tarios que le habían de acompañar, y éste los batallones que habían de sostener y ayudar tan arriesgada empresa.

El servicio de vigilancia no debería hacerse con todo rigor en el fuerte liberal, cuando en la tempestüosa noche del 12 de Abril franqueó un grupo de 80 carlistas el glacis y el foso, y dando muerte á los centinelas, se apoderó como por ensalmo de toda la guarnición, cuyos soldados, presa del mayor pánico, se arrojaban de los parapetos cuando no caian al impulso de las bayonetas de los asaltantes. Unicamente el Oficial de Artillería y algunos pocos soldados hicieron frente con la mayor decisión á los carlistas, no aventurando á nuestro juicio nada al hacer esta afirmación, toda vez que habiéndose formado sumaria después del suceso, solamente resultó absuelto el Oficial de Artillería.

Al amanecer ondeaba la bandera de Don Carlos de Borbón en el castillo y el Comandante General liberal de Vizcaya D. Crispín Ximenez de Sandoval acudía apresuradamente con cuantas fuerzas y cañones pudo reunir en el primer momento para reconquistar la perdida fortaleza.

A la falda del monte colocó sus fuerzas que rompieron seguidamente el fuego sobre el *rebelde* castillo, aunque con poco éxito.

Los cañones de los cercanos fuertes liberales hicieron lo mismo; pero si el intento de los carlistas hubiera sido conservar Axpe, es seguro que tiempo y gente en abundancia habría costado á los liberales recuperarlo. Mientras tanto los carlistas, decididos á abandonarlo, se llevaron consigo el cañón de á 12 centímetros, trataron de inutilizar el de á 16, cuyo excesivo peso y la carencia de caminos les impidiera transportarlo, lleváronse asimismo 80 prisioneros y gran cantidad de municiones de cañón y de fusil, y dejaron, en fin, dentro del fuerte, como testigos de su arrojo, 15 cadáveres enemigos.

El parte oficial carlista dice así: «Como resultado del plan que te»nia proyectado, hoy, á las cuatro de la mañana, ha sido tomado por »asalto el castillo de Axpe por 80 voluntarios del denodado Batallón »de Arratia, al mando de su bizarro y arrojado Teniente Coronel »Ysasi. Han quedado prisioneros en nuestro poder 3 oficiales y 80 sol»dados, habiéndoles causado 15 muertos, cogido dos piezas rayadas, »una de 16 y otra de 12 centímetros, gran cantidad de municiones de »cañón y fusil, y bastantes comestibles. Nuestras pérdidas son un Te»niente y cinco voluntarios muertos, y un Capitán y tres voluntarios »heridos.—*Bérriz.*»

Don Carlos de Borbón contestó telegráficamente lo que sigue: «El »Rey agradece á sus queridos vizcainos la toma del castillo de Axpe y »encarga á V. E. felicite en su nombre al Coronel Ysasi y á todos

»los bravos que han asistido á aquel brillante hecho de armas.»

La versión de la *Narración militar de la guerra carlista* difiere bien poco del parte oficial carlista, y hasta detalla más las pérdidas liberales, pues coincide en el número de las bajas y añade que los carlistas se apoderaron de 122 granadas, 10 botes de metralla, 106 cartuchos de cañón y 60,000 de fusil, y que destruyeron parapetos y trincheras.

A mediados de Abril cesó en el mando carlista de Vizcaya D. Elicio Bérriz, ascendido poco antes á Mariscal de Campo y nombrado Ayudante de Campo de Don Carlos de Borbón, quien destinó en su lugar al veterano General D. Fulgencio Carasa; pero la importancia de los hechos realizados por este último Comandante General carlista de Vizcaya merece capítulo aparte, y otro día nos ocuparemos, Dios mediante, de sus operaciones militares en aquella azarosa época que precedió á la terminación de la pasada guerra civil.



D. GENARO QUESADA

Capítulo XXV

Defección de Cabrera.—El General Quesada al frente del Ejército del Norte.—Expediciones, sorpresas y correrías.—Lamentable suceso de San Martín de Unx.

Tiempo hacía que se venía tramando una conspiración, que tal vez hubiera llegado á debilitar algo al Carlismo si hubiese figurado al frente de ella otra personalidad de más confianza que la que podía inspirar el héroe de la primera guerra civil D. Ramón Cabrera. Y sentamos esta premisa, porque aún antes de pensarse por algunos en que dicho General pudiera sustituir al espejo de caballeros D. Joaquín Elío, ya teníamos formado nuestro juicio sobre la representación de aquel viejo caudillo en nuestros días.

En efecto: no era un secreto para nadie que los años transcurridos desde 1848, por un lado, el casamiento de Cabrera con una protestante por otro, y más que nada, quizás, la atmósfera tan liberal de Inglaterra,

habian modificado en gran manera los sentimientos del antiguo General carlista del Maestrazgo.

Cabrera, sorprendido por la Revolución de 1868, y requerido por Don Carlos de Borbón, quien creyendo poder contar con él le ofreció el primer puesto á su lado para ponerse á la cabeza del Carlismo, hizo con sus veladas respuestas, primero, y con sus crudezas después, que Don Carlos prescindiera de sus servicios, como hubo de declararse en la célebre Junta de Vevey. La intuición de Don Carlos vió claro en un asunto como este en el que tantas eminencias se engañaron; sin duda la Providencia velaba por la causa carlista, pues si Cabrera se hubiera colocado al fin al frente de las huestes carlistas, quizás hubiera resultado un convenio de peores consecuencias para éstas que el pactado por Maroto.

Solicitado Cabrera por entidades de todos los partidos, desde los republicanos de Pí y Margall hasta por algunos jefes y oficiales de Artillería que cuando la disolución del Cuerpo llegáron como á pensar, si bien sólo por un instante, en el antiguo guerrillero, para obtener paz y tranquilidad, no supo ó no quiso soltar prenda el caudillo tortosino hasta el año de 1875. Todavía por entonces había muchos carlistas de buena fé que creían que una vez hechas las paces entre el señor y el súbdito, podía llegar un momento en que la figura de Cabrera debiese acudir á la contienda al frente del Ejército carlista.

Sin embargo, esto no dejaba de ser una lamentable equivocación: sus antiguos partidarios, porque le conocían, y los que no sabíamos de él más que el relato de sus hazañas y de sus faltas, no podíamos ver con gusto que nos mandara, y que sustituyera al leal y caballeroso General Elío, un hombre que, como Cabrera, había hecho la más cruda guerra á sus antiguos compañeros y que sabiendo que su sóla presencia al lado de Don Carlos de Borbón podía influir grandemente en la marcha de la guerra, dejaba no obstante pasar tanto tiempo sin tomar parte en la campaña. Además, empapados en la lectura de la primera guerra civil, no encontrábamos al guerrillero de Tortosa tan puro como algunos querían presentárnoslo. No recordamos la fecha; pero en la plaza de San Juan, de Estella, hallábanse reunidos un día algunos jefes carlistas comentando precisamente la noticia que corría por muy válida, en aquella época, de que el General Cabrera iría pronto á encargarse del mando en jefe del Norte en sustitución del General Elío, que se hallaba enfermo y achacoso; pues bien, como no nos duelen prendas, recordaremos aqui que el que esto escribe, al oir los encontrados pareceres que se emitian en el grupo de aquellos compañeros, (casi todos los cuales viven todavía), dijo estas ó parecidas palabras

que merecieron el asentimiento de los demás: «Yo no creo en el actual »carlismo de D. Ramón Cabrera; yo, como militar y carlista, acataré »y respetaré cuanto mande Don Carlos de Borbón; pero como abrigo »la íntima convicción de que sustituido el leal y consecuente Elío por »un hombre como Cabrera iremos á una disolución vergonzosa, pediré »respetuosamente mi licencia y marcharé á Francia, pues no quiero »contribuir á lo que considero seria muerte deshonrosa del Ejército »carlista. El General Elío tiene una brillante historia, es un digno re»presentante del noble espíritu que alentaban sus compañeros de glo»rias y fatigas en el Ejército del inmortal Zumalacárregui, y si alguna »vez se ha equivocado, ha dejado siempre puestos á gran altura su ca»ballerosidad, su valor, su afán de sacrificarse por la Causa, haciendo »por el triunfo cuanto ha podido. En cambio dudo que sea muy firme »el carlismo de Cabrera, y dudo, en fin, de la lealtad de un General »como éste que, conociendo el prestigio que aún tiene entre muchos, »no ha arrojado hace ya largo tiempo en la balanza de la contienda y »en favor de nuestra Causa, lo mucho ó poco que pueda valer la nom»bradía que, bien ó mal, logró adquirir en las guerras pasadas. ¡Es »tarde ya para que venga á mandarnos Cabrera!»

Pero aún prescindiendo de todo esto, tenía Cabrera en su historia algunos lunares que deslustraban los laureles que alcanzara en los campos de batalla y como entendido y afortunado organizador de catalanes, aragoneses y valencianos. Uno de los hechos que obscurecen la fama de Cabrera, lo fué, en nuestro sentir, el gran número de personas que sacrificó en desagravio del fusilamiento de su inocente madre. Indudable es que hay que tener muy en cuenta las pasiones humanas y conceder, como desde luego concedemos, que en el primer momento, dominado y enloquecido por su sentimiento dió la orden de fusilar á todos los enemigos que se encontraban en su poder; todo esto podría tener una explicación, si en el momento de verse cara á cara con el que suponía matador de su madre hubiera concluído también con él, ó por lo menos hubiera hecho lo posible por vengarse en él, como se había vengado en tantos infelices. Pero no fué así: en Lóndres se encontraron emigrados, después de los acontecimientos de 1843, los generales Cabrera y Nogueras, y no sabemos que entre los dos mediara ningún altercado, y menos que se desbordase el ódio con que el primero debió mirar al segundo, dados los antecedentes del caso y habiéndose visto privado de su santa madre por razones exclusivamente políticas.

Pero volvamos á 1875. El General Cabrera, olvidándose por completo de su historia, pactó con el Gobierno de Don Alfonso su reconocimiento absoluto; mas á pesar de sus deseos y los trabajos de sus

partidarios, no pudo lograr más que una media docena de adhesiones, de personas bien poco importantes, por cierto, siendo tan escaso el fruto de su cambio político, lo mismo en el Norte, en donde no era conocido más que de nombre, que en el teatro de sus antiguas hazañas, en Cataluña, Aragón, Valencia y el Maestrazgo.

Un distinguido escritor liberal nada sospechoso, D. Saturnino Giménez, en su obra *Secretos é intimidades del campo carlista*, á propósito de las gestiones que se hicieron constantemente por los liberales para que los jefes procedentes del Ejército de D.ª Isabel II abandonásemos las filas del de Don Carlos de Borbón, dice lo siguiente: «*Lo que »pasma es que los carlistas no sucumbieran antes con el cúmulo de »asechanzas y redes que les tendíamos. La fé ha salvado á ese partido. »¡Ah, si ellos hubieran dispuesto de los cuantiosos é infinitos elementos »de soborno que nosotros poníamos en juego! Es un hecho indudable, »indiscutible, que muchas proposiciones emanadas de nosotros, se han »estrellado, para mayor ridiculez nuestra, ante la intransigencia feroz »del enemigo.*»

—

Volviendo á tomar el hilo de nuestra narración, diremos que desde el desastre del Ejército liberal en Lacar, limitáronse los alfonsinos á atrincherarse fuertemente en Monte-Esquinza, sin intentar la más pequeña operación ofensiva en Navarra y únicamente dieron señales de vida en Guipúzcoa y Vizcaya, de cuyas operaciones ya nos hemos ocupado en anteriores capítulos.

Los carlistas, por su parte, dedicáronse á realizar algunas algaradas en terreno liberal, y á fortificarse en la Población y Puertos de Herrera y Azáceta, en Estella, Monjardín, Montejurra, Artazu y Santa Bárbara de Mañeru, dirigiendo todos estos trabajos el ilustrado Brigadier de Ingenieros Villar y el activo Coronel de Infantería D. Joaquín Mendoza.

A mediados de Febrero cesó en el mando en jefe del Ejército liberal el Teniente General D. Manuel de la Serna, reemplazándosele con el de igual categoría D. Genaro de Quesada, á cuyo lado se puso con el cargo de Jefe de Estado Mayor General al Mariscal de Campo don Emilio Terrero.

Era D. Genaro de Quesada hijo del distinguido General Marqués del Moncayo, intrépido oficial cuya sangre regó abundantemente los laureles de nuestra Independencia y á quien reservó el destino la muerte del martir, inmolado á la impía saña de una turba liberticida en el motín liberal de 15 de Agosto de 1836. El nuevo General en Jefe del Ejército liberal del Norte, en Febrero de 1875, habíase distinguido

durante la primera guerra civil sirviendo en la Guardia Real de Infantería, desempeñando el destino de Ayudante de Campo de su padre y ganando la Cruz de San Fernando; Coronel en 1843, hizo la guerra contra los montemolinistas de Cataluña; ascendió á Mariscal de Campo en 1853, y mandando la 2.ª División del 3.er Cuerpo del Ejército de Africa ganó el segundo entorchado. Distinguióse peleando frente á la Revolución en la famosa jornada del 22 de Junio de 1866, y después



D. EMILIO TERRERO

de la revolución de 1868, permaneció de cuartel y alejado de la política que por entonces influía en los destinos del país.

El General Terrero procedía del Cuerpo de Estado Mayor del Ejército: á poco de salir de su Academia ganóse la más preciada de las recompensas militares, la Cruz laureada de San Fernando, peleando en defensa del poder constituído en las calles de Barcelona; siendo ya Capitán asistió y tomó parte brillantísima en la gloriosa campaña de Africa, siendo herido en la batalla de los Castillejos. En la última guerra civil habíase ya distinguido como Jefe de Estado Mayor del General Moriones; cuando éste dejó el mando en 26 de Febrero de 1874, pasó el entonces Brigadier Terrero á desempeñar el cargo de Jefe de Estado Mayor del Cuerpo de Ejército del General Primo de Rivera, á

cuyo lado se batió y fué herido, como aquél, en los campos de Somorrostro al acometer las trincheras de San Pedro Abanto.

Al encargarse el General Quesada del mando en jefe del Ejército liberal del Norte, quedó éste organizado en tres cuerpos á las órdenes, respectivamente, de los tenientes generales D. Joaquín Bassols, D. José Ignacio Echevarría y D. José de Loma; cada Cuerpo de Ejército lo constituían dos divisiones, siendo mandadas las seis por los mariscales de Campo Rodríguez Espina, Catalán, La Portilla, Fajardo, Villegas y Blanco; además había otra división llamada de la Ribera, á cuyo frente figuraba el Brigadier Jaquetot; una Brigada en Medina de Pomar, á las órdenes del Brigadier Zenarruza; una División en Vizcaya, mandada por el Mariscal de Campo Salamanca, y sumando las tropas ya citadas con las que cubrían guarniciones y otros servicios de no primera importancia, así como con las del Distrito militar de Búrgos que también dependían del General Quesada, resultaba tener éste á sus órdenes un conjunto de 96 batallones, 8 regimientos de Caballería, 14 baterías montadas y 6 de Montaña, con la correspondiente dotación de compañías de Ingenieros y de Guardia civil, y un total, aproximado, de ochenta mil hombres.

La situación de las tropas liberales hasta el principio de las operaciones en Junio, era la siguiente, prescindiendo de las empleadas en guarniciones y otros servicios de análoga importancia: el primer Cuerpo de Ejército se encontraba en Navarra, por la sierra del Perdón, Tafalla, Añorbe y Artajona; el segundo Cuerpo en Monte-Ezquinza y Oteiza; una División del tercer Cuerpo en Medina de Pomar, al mando del General Villegas, ó sean ocho batallones, una Batería de Montaña y doscientos caballos; el resto del tercer Cuerpo (trece batallones con la correspondiente Artillería, Caballería é Ingenieros) se hallaba en Guipúzcoa, á las inmediatas órdenes del General Loma, desde la frontera al Orio; la División de Vizcaya cubría la antigua línea de Bilbao y sus fuertes.

El Ejército carlista compuesto, sobre poco más ó menos, de la misma fuerza que tenía ya desde el año anterior, operaba generalmente en la siguiente forma: ocho batallones vizcaínos, dos castellanos, el asturiano y algún cántabro, en las líneas de Bilbao y Valmaseda; ocho batallones guipuzcoanos, en la línea del Oria, San Sebastián y Hernani: dos ó tres batallones alaveses por las inmediaciones de Miranda de Ebro y Vitoria, y el resto de los batallones de Alava, de Castilla y de Cantabria, con los doce navarros, en Navarra.

Mucho se ha hablado por propios y extraños, especialmente por éstos, de la poca ó ninguna iniciativa desplegada por los carlistas en la

última guerra. Sin negar en absoluto la creencia de los liberales, procuraremos poner la verdad en su lugar.

Por de pronto, sentaremos la premisa, sin temor de que se nos desmienta, de que el primer fundamento de los liberales de buena fe, antiguos isabelinos, consistía en la natural impaciencia por ver derrocarse lo más pronto posible la República española, con sus cantones, sus asonadas, y, por ende, la intranquilidad que en la atmósfera reinaba desde que se predicaba la disolución del Ejército única defensa de la sociedad, por los más caracterizados jefes de aquel sistema de gobierno. Claro es que entre aquella turba de voluntarios de la libertad que originaron las sangrientas jornadas de Jerez, Cádiz, Sevilla, Málaga, Valls y Cartagena; entre los *matrimonios* de Reus, de que hablaban los periódicos, y las *monsergas* y demás impiedades y perturbaciones de algunos diputados constituyentes, entre todo ésto y los batallones vascongados, navarros y los de la antigua Corona de Aragón que proclamaban á Don Carlos, no había términos hábiles de comparación, así es que creemos firmemente que todas las personas sensatas suspirasen por un orden de cosas que les trajese, siquiera, la material tranquilidad de sus espíritus.

Recordamos muy bien las continuas alarmas en que, al marcharnos á Francia y después al campo carlista, vivían los honrados vecinos de Madrid, procurándose armas para defender sus familias y hogares, dado el probable caso de la desorganización completa de la colectividad, cuya temible amenaza se cernía sobre ellos, y no ya Don Carlos de Borbón (que, por lo menos era, al fin y al cabo, para todos un vástago de estirpe régia y que disponía de algunos batallones bien organizados), sino que hasta el *Moro Muza*, (expresión que por entonces estaba muy en boga entre multitud de liberales de abolengo), era pedido y deseado por la inmensa mayoría de los españoles.

Su buena fe y su deseo les engañaba sin embargo; aparte de la expedición proyectada por el inolvidable General carlista D. Nicolás Ollo, en 1873, y de la cual hablaremos á continuación, no tenían en cuenta que en estos tiempos la guerra no podía hacerse en las mismas condiciones que cuando la campaña por Don Carlos María Isidro de Borbón, pues las armas de fuego no consumían entonces el prodigioso número de cartuchos que en la actualidad, en que los batallones tienen que marchar por ello con una pesada, pero forzosa impedimenta, y aquellos han de contarse por cientos de miles, para las eventualidades de dos ó tres combates; además, los telégrafos y los caminos de hierro evitan ó dificultan, por lo menos, las sorpresas, y facilitan la concentración en pocas horas de multitud de enemigos, mientras que

en 1834 y en 1840 necesitábanse muchos días para lograrlo; y finalmente, el deseo platónico de los que querían que se presentara Don Carlos en Madrid, y que hubieran sido los primeros en aplaudirle si el éxito hubiese coronado sus esfuerzos, era bien conocido por los carlistas; pero pensaban éstos firmemente que su ápoyo no era bastante, y no se consideraban garantidos de que en un momento dado no llegasen á transigir y á hacer causa comun con los otros liberales, como andando el tiempo aconteció. La idea también de que el Ejército carlista sólo era fuerte en las montañas del Norte, de Cataluña y del Maestrazgo, se había hecho camino entre los españoles, y si bien no negamos que los carlistas vascongados preferían batirse en su natural terreno, en cambio los de las otras provincias demostraron en la primera y aún en la última guerra, que sabían hacerlo en todas partes con la misma fé y el mismo entusiasmo.

Las célebres expediciones de los generales Conde de Negri, Zaratiegui, Guergué, García, Cabrera, Forcadell, y la mucho más famosa del invicto General D. Miguel Gómez, no nos dejarán mentir respecto á la primera guerra civil, y aunque no llegaron á formalizarse tantas y tan importantes expediciones en la última campaña, recordaremos las correrías del General Pérula á Búrgos y Calahorra, la del desgraciado Coronel Lozano y las que con más elementos se proyectaron en el Estado Mayor General carlista y que debieron haber mandado el General Ollo, primero, y después el general Cavero, el General Mogrovejo ó el General Alvarez.

El esforzado Caudillo navarro acarició por mucho tiempo la idea de un golpe de mano sobre la capital de España. A su juicio, no era empresa que ofreciera grandes dificultades en 1873, porque sin fijarnos en más sino en que todo el Ejército enemigo disponible se hallaba repartido entre las provincias del Norte, Cataluña, Aragón, Valencia y Cartagena, dicho se está que ninguno de sus cuerpos hubiera podido abandonar fácilmente su misión para acudir á la defensa de Madrid. En cada una de las regiones citadas, harto hacía el Ejército republicano con guarnecer plazas y puntos fortificados y tener á raya á los carlistas armados en sus respectivos territorios. Limitándonos á las Vascongadas y Navarra, creemos no era tan descabellado el plan que proponía el entonces Brigadier carlista Ollo. Decía, y decía bien, que para los veinte mil hombres que á lo sumo podía por aquella época reunir en un momento dado el General en Jefe republicano, bastaban los veinticinco batallones que podían quedarse en territorio vasco-navarro, en esta forma: ocho vizcaínos, seis guipuzcoanos, cuatro alaveses, cuatro navarros, dos cántabros y un castellano; los restantes, ó

sean tres batallones castellanos é igual número de navarros, dos escuadrones y cuatro piezas de Montaña, eran suficientes, según Ollo, para ponerse en algunas horas sobre Miranda de Ebro, detener un par de trenes y caer sobre Madrid, en donde no se hallaban, por entonces, más soldados que los restos de las tropas que operaban en provincias, y en cuanto al éxito algo había que dejarse á la Providencia.

Aún dado caso (seguimos exponiendo el plan de Ollo) que hubieran sido rechazados los carlistas, lo cual era muy aventurado suponerlo, porque las clases todas conservadoras hubieran en aquellas circunstancias ahorrado á los carlistas la mitad del camino, cansadas de los desórdenes federales, aún en ese caso desgraciado quedaba el recurso de allegar más fuerzas carlistas de Valencia ó de Castilla, y en último caso batallones navarros ó encartados.

Más visos de expedición que la de Ollo, tuvo la que se organizó después y que debían acaudillar los generales Mogrovejo, Alvarez ó Cavero en 1874 y 1875. Entonces, la dificultad de los cartuchos se había subsanado en parte, pues á más de la mejor dotación de que disponían por aquella época los batallones carlistas, aprovechando una oportuna combinación con el Ejército del Centro, podrían haber caido reunidas sobre Madrid tropas carlistas del Norte y del Maestrazgo.

¿Y las que pudieron salir á raíz de la batalla de Abárzuza, cuando más pujante que nunca la moral del Ejército carlista veía retroceder ante sus líneas de Monte-Muru y Murugarren las derrotadas huestes republicanas, y muerto en el combate el General de más prestigio para las tropas liberales en aquella época? Testigos presenciales de la retirada del Ejército del Marqués del Duero, nos refirieron que en Tafalla entraban las baterías montadas casi dispersas y sin protección de las otras armas, aunque bien decididos los jefes y oficiales de Artillería á defenderse á todo trance, y se habrían portado con heroismo, les hacemos la estricia justicia de no ponerlo en duda; tenemos la plena convicciónde que aquellos siempre queridos amigos nuestros se habrían cubierto de gloria muriendo al pie de sus cañones; pero á pesar de su noble sacrificio, creemos también que no hubieran podido rechazar el empuje poderoso de los batallones que á las órdenes de los generales carlistas Dorregaray, Alvarez, Cavero y tantos otros se hubieran lanzado sobre ellos como una avalancha.

En la expedición que debieron mandar los valientes Cavero ó Alvarez, y luego el entendido Mogrovejo, se proyectó unir á los seis batallones castellanos, las seis piezas Withwort que dirigían con singular acierto el Teniente Coronel Reyero y los capitanes Llorens y Ortigosa, así como el Regimiento de Caballería de Castilla, y llamar

al mismo tiempo la atención de los liberales en el Maestrazgo y Cataluña, para que, más desembarazados los carlistas, se presentaran ante Madrid por varios puntos á la vez la expedición del Norte y las tropas del Ejército del Centro.

Otra pequeña expedición salió también del Norte en dirección á la frontera aragonesa, al mando del General Lizárraga, y luego la del Coronel Barón de Sangarren hacia las Cinco Villas; pero ni éstas ni las de Pérula que ya hemos indicado, pasaron de simples correrías.

Ni unas ni otras lograron llevarse á cabo, con harto dolor de todos, y por causas que aún permanecen desconocidas; pero entre todas las expediciones es indudable para nosotros, que la proyectada por el malogrado General carlista Ollo, era la que más probabilidades de lisonjero éxito pudo reunir, por las razones que ya hemos expuesto, y más que nada por simbolizar la reacción de la idea monárquica contra los delirios demagógicos. Aprovechándose entonces los carlistas del marasmo de los liberales de todos matices, quizás hubieran clavado la rueda de la fortuna entrando victoriosos en la capital de España. ¿Qué hubiera sucedido después? ¿qué hubieran hecho las fuerzas armadas? ¿qué hubiera hecho la nación ante semejante sorpresa? ¡Sólo Dios lo sabe!

Para nosotros está fuera de toda duda, que el no llevarse á efecto las expediciones dependió principalmente de la dificultad de municionar las fuerzas. En efecto, no había artículo más preciado para los carlistas que las municiones, á causa de la dificultad que había para fabricarlas ó adquirirlas. Y eso, que abierta la frontera para ellos claro es que podían introducir, como así lo hacían, numerosos cajones de cartuchos; pero en cambio, unos resultaban averiados por proceder de guerras pasadas, otros estaban mal calibrados y otros había que recargarlos de nuevo, por carecer en absoluto de pólvora ó haberse convertido esta en polvorín. Esto consistía en que no eran reconocidos préviamente, como hacía el Gobierno liberal, por comisiones facultativas, y además porque hacían tanta falta, que en la mayor parte de los casos no habría habido tiempo para verificar un detenido reconocimiento. La importancia, pues, que el Ejército carlista daba á las municiones era inmensa, y el mercado francés se hacía pagar á subido precio la mercancía, que, después de todo, no siempre resultaba de recibo.

Los generales carlistas daban la preferencia á los cartuchos metálicos del enemigo, por ser de primera calidad: no había destacamento ni plaza de que se apoderasen á la que no pusieran como ineludible condición la entrega de todas las armas y municiones. Los comandan-

tes generales de las provincias (especialmente los de Navarra y Guipúzcoa) establecieron talleres de recarga de los cartuchos que sembraba el enemigo en los campos de batalla. Recordamos que al día siguiente de la acción de Velabieta, el primer cuidado de Ollo fué enviar carretas custodiadas por algunas compañías á recorrer los montes donde se había librado la batalla, y al regresar aquéllas pudimos ver con gran contentamiento de todos, que llegaron á Berástegui cinco carros cargados de cartuchos vacíos que sin detenerse siguieron á Riezu, donde fueron recargados sobre la marcha y devueltos después á los batallones navarros.

Digase, si á pesar de la buena voluntad de todos, había medio de reemplazar en momentos dados los cientos de miles de cartuchos que consumían en pocas horas los fusiles á cargar por la recámara.

En apoyo de esto mismo, recordamos aún otro caso: en la primera acción de la línea de Somorrostro, ganada á los liberales por el General en Jefe accidental Ollo, era tan escasa la dotación de cartuchos metálicos que el previsor General carlista previno que sería fusilado todo voluntario que desperdiciase sus cartuchos disparando á larga distancia, autorizando á los jefes y oficiales para que bajo su más estrecha responsabilidad hiciesen cumplir este riguroso precepto, ante la eventualidad de haber de cesar el fuego á la media hora de empezado, por falta de municiones.

Digasenos ahora, repetimos, si con semejante falta de elementos, hubiera podido asegurarse el feliz éxito de expediciones en que á la más pequeña contrariedad ó detención, ante cualquier insignificante tiroteo, se habría podido malograr todo. Pues qué, ¿habría sido posible acaso llegar á Madrid sin disparar un sólo tiro, ó entrar en cualquier lugar cerrado sin otro auxilio que el de las puntas de las bayonetas?

Los ojalateros, los eternos peroradores de café, los periodistas que en su afan de discutirlo todo hablan tantas veces sin entender de nada, y otras gentes por el estilo, veíanlo todo fácil y hacedero, aún los simpáticos á la Causa carlista, y criticaban la inercia de sus tropas, recordando la marcha victoriosa del insigne General carlista don Miguel Gómez en la primera guerra civil, sin tener en cuenta que aún sin rebajar en un ápice todo lo inmenso é indiscutible del mérito que tuvo aquella magnífica expedición, débese considerar que los tiempos no eran los mismos, que entonces no tenían las tropas liberales á su disposición líneas férreas para concentrarse en breve espacio, y sobre todo que en la primera guerra civil, las municiones que se consumían por el día se reemplazaban por la noche, convirtiendo en parques los

alojamientos y en obreros á los mismos voluntarios, haciéndose cada uno de ellos sus cartuchos con la misma facilidad con que se los construyen los menos idóneos cazadores.

Además de cuanto hemos expuesto, creemos que el error de unos y otros combatientes ha consistido siempre en buscar analogías y semejanzas entre las dos guerras, pues desde el punto de vista militar, ni la que principió en 1833 se parecía en nada á la iniciada en 1872, ni las armas y demás elementos de combate de entonces eran los mismos de ahora.

Antes de concluir, hablaremos de otra expedición de la cual se trató en los tiempos en que el General Dorregaray mandaba el Ejército del Centro. Muchas veces había dicho el citado General que en la imposibilidad de verificar desembarcos en las costas de Tarragona y Valencia, contaba con recursos suficientes para pagar los fusiles y cartuchos que se le proporcionaran del Norte. Entretanto, dióse el triste caso en las comarcas de su mando, de tener que despedir de las filas á multitud de voluntarios para evitar el gasto de raciones á muchedumbres desarmadas, que por encontrarse así, en vez de ayudar complicaban las operaciones, siendo á la vez las primeras víctimas, como había ocurrido en la jornada de Oroquieta. Pues bien, en vista de ésto, pensóse seriamente en el Norte en ayudar al Centro, concentrando todo el ganado disponible, aún el de la Artillería, para que custodiado por dos ó tres batallones pasara el Ebro y entrando por Aragón (en prévia combinación con la División del Brigadier Gamundi) entregara su preciada carga á los aragoneses y valencianos, llegándose hasta á designar el Jefe que debía conducir el convoy, para cuya arrojada empresa fué elegido el intrépido General Pérula. Los acontecimientos que por aquellos días se desarrollaban en el Norte impidieron, sin duda alguna, que el Capitán General carlista de las Provincias Vascongadas y Navarra, que lo era entonces el General Mendiry, diese las órdenes oportunas para la realización de tan excelente idea, que de haberse llevado á feliz término, habría evitado, probablemente, la disolución del Ejército carlista del Centro.

Hé aquí todos los proyectos concebidos por los carlistas, y las razones por las que (á nuestro juicio) no pasaron á vías de hecho estas expediciones, y no porque la inercia, el abandono y la rutina detuviesen aquellos aguerridos batallones en las cuatro provincias del Norte, cuando en la mente de todos estaba proscrito el sistema de líneas atrincheradas que al fin y al cabo debían agotar los recursos de aquellas, rebajando la inacción la moral del soldado, y por tanto á nadie se le escondía que si había de sostenerse la guerra en condiciones de vitali-

dad, el Ejército carlista del Norte debía romper la barrera del Ebro, y buscar partidarios y mantenimientos fuera del ya empobrecido territorio vasco-navarro.

—

En Marzo de 1875 surgió en Navarra un lamentable incidente, pereciendo algunos carllstas en San Martín de Unx, cuya muerte dió lugar al fusilamiento de varios liberales en la *pieza del Conde,* en Estella, siendo á la sazón Capitán General de las Provincias Vascongadas y Navarra, por Don Carlos, el General Mendiry.

Realmente hubo, como en todas las guerras, en el campo carlista y desde el principio de la campaña, algunos partidarios muy dignos de la mayor consideración, tales como D. Pablo Portillo, Mendizábal, Mugarza, Azcárate, Osés, Mateo y otros para quienes no puede haber más que elogios; pero también hubo, desgraciadamente, algunos otros partidarios que no hacian ningún honor á la Causa que pretendian defender, como ocurrió con el Cura Santa Cruz y con Rosa Samaniego; pero sabido es que Don Carlos de Borbón pregonó la cabeza del primero y prescindió por completo del segundo en la organización de sus tropas. En cambio, en el campo liberal en el que desde un principio se contó con un Ejército organizado y no en embrión como el carlista (fijémonos en esto), llegaron á quedar impunes algunos hechos que merecieron censuras por parte de amigos y adversarios.

Pero circunscribiéndonos al caso concreto de que nos ocupamos, bien á pesar nuestro, diremos que el día 7 de Abril de 1875 fueron fusilados por los carlistas un sargento y siete soldados y paisanos, en represalias de los carlistas muertos en San Martín de Unx por una contraguerrilla liberal. Unos y otros hechos son harto lamentables: según el Estado Mayor carlista, al entrar de noche en el pueblo citado las fuerzas liberales, hallábanse el Comandante de armas carlista y cinco voluntarios entregados al descanso, el cual les fué interrumpido para ser fusilados: según la *Narración militar de la guerra carlista*, escrita por el Cuerpo de Estado Mayor del Ejército, las fuerzas carlistas fueron sorprendidas y batidas por los contraguerrilleros liberales causando algunos muertos á los carlistas, lo cual de ser así no creemos que hubiera dado lugar á protesta alguna, como no se protestó jamás en ocasiones análogas por los carlistas, quienes aseguraban que los muertos lo fueron después de hechos prisioneros, y, por tanto, de la verdad de ambas versiones distintas debe partir nuestro razonamiento.

Nosotros creemos más verídica la carlista, y no nos inclinamos á ella por haber militado en las filas de su Ejército (líbrenos Dios de ello), sino por tres razones. Es la primera que los fusilados entonces

20

por el General carlista D. Torcuato Mendiry, fueron sus únicas víctimas durante los varios mandos que ejerció en la guerra. Segunda, que no se trataba de una autoridad sanguinaria ni de un advenedizo, sino de un distinguido jefe del Ejército, que había servido lealmente en el de D.ª Isabel II, alcanzando la alta categoríaía de Brigadier por sus acreditados servicios, y mereciendo siempre excelente concepto como militar pundonoroso y de bien ganada reputación; por consiguiente dudamos, mejor dicho, no creemos posible que el General carlista Mendiry, dados sus dignos antecedentes, llegara á ensangrentarse por capricho ni por error, ni mucho menos porque pudiera su carácter someterse á imposiciones de los pueblos en que ejercía el mando y de cuyos habitantes era paisano. Y tercera razón, porque al menos en el Norte las autoridades carlistas no protestaron jamás de las víctimas causadas en cuantos lances de la guerra tenían lugar, pues éstas y otras desgracias eran consecuencias ineludibles de la campaña. Y eso que, ya puestos en este terreno, habría mucho que hablar; solamente recordaremos el bombardeo del Hospital de Santurce y el fusilamiento de D. Miguel Lozano, en represalias de cuya muerte podían los carlistas haber fusilado al General Nouvilas, al Brigadier Moya, al Coronel Sancho y á otros muchos jefes y oficiales, si en el Estado Mayor General carlista hubiera dominado un espíritu tan sanguinario. Precisamente fueron prisioneros de los carlistas, además de los citados jefes superiores, los brigadieres La Iglesia, Arín y el Gobernador de Seo de Urgel, los coroneles Rokiski y Navarro, y otros que no recordamos ahora, y sabido es que muchos de ellos después de ser puestos en libertad hicieron constar públicamente su gratitud por el buen trato recibido durante su cautiverio, haciendo así gala de esa caballerosidad tan propia de los militares españoles.

El negro borrón, pues, que según algunos historiadores liberales, cayera por este hecho sobre el General carlista Mendiry podría, en último resultado, parangonarse con la falta de los liberales que ordenaron ó consintieron, por lo menos, los incendios de Abárzuza, los de los caseríos de Guipúzcoa y tantísimos otros hechos deplorables, cuya lista sería interminable si al escribir estos recuerdos nos moviese la pasión, pero que desde luego consideramos como calamidades inherentes á toda guerra civil, y que por lo tanto nos guardaremos muy bien de achacar, no ya á un partido político, si no que ni tan siquiera á una entidad cualquiera del Ejército liberal, por obscura que ésta sea; pero sobre todo ya habrá podido observar el lector que, lejos de movernos odio alguno, nos inspiramos siempre en el buen afecto que sentimos hacia cuantos han vestido ó visten el honroso uniforme mili-

tar, así que únicamente deseamos indulgencia para todos cuantos han podido faltar tanto en el campo liberal como en el campo carlista.

Limitándonos á los hechos de San Martín de Unx y á los fusilamientos á que dieron lugar, duélenos únicamente la no aceptación de lo que propuso el General en Jefe del Ejército liberal, D. Genaro de Quesada, cuyos humanitarios sentimientos nos complacemos en consignar, y que quiso se declarase neutral, á San Martín de Unx, para que un tribunal mixto de carlistas y liberales depurase lo que hubiera de verdad en hecho tan controvertido; y nos duele tanto más, cuanto que si se hubiera aceptado lealmente por todos el medio propuesto, tenemos la evidencia absoluta de que hubiera resultado cierta la versión carlista.

Vamos á concluir. Por más de que en todas las guerras civiles ocurran, por desgracia, hechos de esta índole, no nos cansaremos en reprobarlos enérgicamente, así como reprobamos y protestamos de cañoneos inútiles que no se dirijan en campo abierto entre unas y otras fuerzas que combaten, ó contra atrincheramientos defendidos por análogas bocas de fuego; pero por lo que respecta á los tan criticados cañoneos de los carlistas sobre Bilbao, San Sebastián, Hernani, Irún y Pamplona, conviene tener presente, que fuerzas suficientes y muros y cañones tenían dichas plazas, y en tal proporción que, aún prescindiendo del mayor calibre de la Artillería liberal, estaban sus piezas con las carlistas en la relación de diez á uno en los más de los casos que citaremos en el capítulo siguiente.



MEDALLA DE LA DEFENSA DE LAS COSTAS

Capítulo XXVI

Defensa de las costas carlistas.—Cañoneos recíprocos entre liberales y carlistas.

NADA menos que ochocientas sententa y cuatro granadas de diferentes calibres, pero no inferiores á las de 12 centímetros habia arrojado la Escuadra sobre los indefensos puertos carlistas de la costa cantábrica antes de 1875. Decíase por entonces que tan inusitada saña era como un castigo impuesto por el Gobierno de Madrid por haberse desembarcado en ellos multitud de fusiles, cañones, cartuchos y montajes; otros atribuíanla al deseo de rebajar el espíritu carlista de los habitantes de aquellos pueblos al verse sin defensa en sus propiedades y sus familias, y otros, por último, pensaban que era un desquite de los liberales ante el bloqueo y cañoneo de algunas de sus capitales. Sea de esto lo que quiera, el Comandante General de Artillería carlista ordenó al Coronel Brea y al Teniente Coronel Torres que construyeran baterías á lo largo de la costa para artillarlas con todas las bocas de fuego disponibles del Tren de sitio, entre las cuales se contaban dos *Vavasseur* de á nueve y medio centímetros, ocho *Woolwich*, cuatro *Withwort* de á siete y medio centímetros, y algunos cañones de bronce, rayados, largos, de á doce.

Eligiéronse en su consecuencia las mejores posiciones para defender en Guipúzcoa los puertos de Motrico, Deva y Zarauz, se construyeron las baterías correspondientes, se artillaron con dos ó tres cañones cada una, y se pusieron á las órdenes de oficiales de Artillería de Campaña, procedentes de la Academia de Azpeitia, bajo la inspección y dirección del ya citado Torres, antiguo Teniente de Navío y uno de los jefes facultativos del Tren de sitio. Desde entonces la escuadra no encontró del todo indefensas las costas de Guipúzcoa, pues ya tenía siquiera enemigos que hicieran frente á sus barcos y no dejaran impunes sus bombardeos. Y eso que con la Artillería de mar no podía compararse, ni en número ni en calibre, la carlista, pues sabido es que el mayor de los de ésta era inferior al menor de los de aquella.

Nombrósenos para defender la costa de Vizcaya, y en ella elegimos posiciones en Bermeo. Mundaca, Elanchove y Lequeitio; construimos con los artilleros las baterías, aprovechando los accidentes del terreno: unas comunes, pero del espesor suficiente para recibir los formidables disparos de la Escuadra, y otras enterradas. La de Bermeo se construyó á la izquierda del pueblo, así como la de Mundaca, casi rasantes, y las otras á la derecha y algo elevadas sobre el nivel del mar. Tuvimos también cuidado de revestir las baterías y de hacer repuestos de municiones. dejándolas prontas para romper el fuego en el momento en que la Escuadra se pusiera á tiro de los cañones, y nos situamos en Guernica para desde allí acudir á donde fuera necesario.

Como sería interminable dar cnenta día por día de los disparos que se cruzaron entre liberales y carlistas hasta la terminación de la guerra nos limitaremos á citar en conjunto los que recibieron los pueblos, por más de que fueran muy contados los que arrojaron los buques de madera desde el momento en que ya no podían ofenderlos á mansalva; pues creemos poder asegurar (según lo que recordamos), que el día en que estrenamos la Batería de Mundaca, fué el último en que barcos no blindados se acercaron á las costas carlistas.

Sería como las once de la mañana del día 4 de Julio de 1875; la Batería de Mundaca estaba construida en el intérvalo que média entre este pueblo y el de Bermeo, en un saliente de la costa, ó sea en la punta de Lamiaran, y en medio por consiguiente, de las dos ensenadas en que se hallan dichos puertos. El día era claro y despejado, y la *Consuelo* ó el *Fernando el Católico* (que no recordamos bien cual de los dos fuera) venía doblando el cabo de Ogoño, pero muy á larga distancia, recelando sin duda, por las noticias que habían anticipado los periódicos que las defensas de Vizcaya pudieran estar ya terminadas. Pasó, pues, pero acortando su andar, por frente de Mundaca: de pronto viró á su

izquierda, y rebasando la Batería, vino á acoderarse, moderando su andar, en el golfo de Bermeo, con intención manifiesta de ofender este pueblo. Como la Batería de Bermeo no estaba artillada todavía, tocóle á la de Mundaca demostrar que no quedaría impune la provocación. El Alférez Bonet, que mandaba la Batería, compuesta de dos cañones Withwort, tenía natural impaciencia por romper el fuego, pero le ordenamos que permaneciese con las piezas cargadas y apuntadas, no sólo para conocer claramente las intenciones del enemigo, sino que también para aprovechar los disparos á más corta distancia. Después de un intérvalo que denotaba en el buque alguna vacilación, rompió el fuego disparando un cañonazo á Bermeo: aún no se acabó de extinguir en el espacio la vibración del proyectil liberal, cuando el Alférez Bonet habia ya descargado una de sus piezas sobre el barco de guerra. La granada fué larga, pero rectificada la puntería, pasó el segundo proyectil carlista tan cerca de la cubierta, que fuera por esto, ó quizás porque el barco no tuviera más intención que la de cerciorarse del establecimiento de las baterías carlistas de la costa de Vizcaya, es el caso que inmediatamente viró de bordo y se alejó de una manera tan rápida para ponerse fuera de alcance, que en breve espacio de tiempo pudo conseguir su deseo, aunque no sin que le alcanzara el quinto disparo en una de sus bordas, pues desde tierra vimos perfectamente la abertura producida por la granada. Desde entonces, únicamente el *Fernando el Católico* osó ponerse enfrente de las baterías carlistas un día, el 22 de Julio, ante Lequeitio, porque la *Vitoria* fragata blindada y el primer barco de la nación, fué la sola que se aventuró á lanzar sus proyectiles contra los pueblos carlistas, amparada en su corteza de acero.

El 24 de Mayo había sido un día de luto para el Ejército liberal. La Batería de Motrico dirigió sus disparos en legítima defensa contra el *Ferrolano*, la goleta *Africa* y el *Colón*, en cuyo puente se hallaba el Jefe de la Escuadra, Brigadier Sánchez Barcáistegui: Con decir que una granada carlista reventó sobre el cuerpo de dicho Oficial General, destrozándole é hiriendo á los jefes y oficiales de Marina Alvargonzález, Garín y Yebra, y que el *Ferrolano* recibió una avería grave bajo su línea de flotación, dicho se está que los tres barcos regresaron á guarecerse en San Sebastián, encargándose la *Vitoria* del *castigo* de los pueblos carlistas de la costa, á excepción sólo de los días 21 y 22 de Junio, en que respectivamente lanzaron la *Consuelo* y el *Ferrolano*, ochenta y dos y cincuenta proyectiles sobre Bermeo y Lequeitio.

Desde aquella fecha se recrudecieron las agresiones de los liberales contra las costas, arreciando contra Motrico y Ondárroa con una saña

de que no hay ejemplo: basta decir que, por lo menos, dispararon sobre dichas villas los liberales, cuatrocientas noventa y cinco granadas desde las portas de la fragata blindada *Vitoria*, cuyos disparos sobre Bermeo, Mundaca, Elanchove, Lequeitio, Ondárroa, Motrico, Zarauz y Deva, fueron mil doscientos siete, y ciento treinta y dos los de la *Consuelo* y el *Fernando el Católico* únicamente sobre Lequeitio y Bermeo, hasta el establecimiento de nuevas baterías. Habíase, pues, conseguido el justo deseo de los pueblos carlistas, porque una vez defendidas, aunque imperfectamente, sus costas, hiciéronse respetar, pues á pesar de la potencia de los cañones de la *Vitoria*, ni los ataques fueron ya despues tan contínuos, ni el resto de la Escuadra se dedicaba á cañonearlos como anteriormente.

Otro día tocóle á Lequeitio imponer respeto á la misma fragata *Vitoria* desde las cañoneras de su Batería. Era ésta una de las mejores construidas en la costa: su forma era circular y hallábase situada en la cúspide del cerro de Licoalarra, á la derecha de la población; disponia de dos cañones *Woolvich*, y la mandaba el Teniente Torres Ubago, procedente de la Academia de Artillería de Azpeitia. Era el día 18 de Agosto, y á eso de las cinco de la tarde apareció la *Vitoria* que venía de San Sebastián, pasó á toda máquina por delante de la Batería carlista, y amparándose del islote San Nicolás, que ocupa casi el centro de la bahía, desenfilado de los fuegos de la Batería citada, rompió el suyo sobre la iglesia y los palacios de Abaroa y otros, como de costumbre en días anteriores. El Teniente carlista afinó bien su puntería, y logró á los pocos disparos introducir una granada en el mismo momento de abrirse una de las portas de la *Vitoria;* porque es de advertir que desde que se artillaron las baterías carlistas, hacian los marinos desaparecer de cubierta todo el equipaje, y era difícil en extremo acertar en el reducido blanco de las portas al abrirse para hacer fuego. La granada carlista, pues, reventó dentro de la Batería enemiga, de cuyas resultas quedaron heridos dos oficiales y algunos marineros. En aquel momento giró rápidamente la *Vitoria*, y colocándose frente á nuestra Batería descargó sobre ella toda la banda de babor y salió á toda máquina para San Sebastián, á causa de las averías recibidas en su arboladura, dejando un escobillón y algunos juegos de armas en el mar. *Dios, sin embargo, se habia puesto la boina,* según antigua y popular exclamación de los navarros, porque los marinos liberales no lograron introducir dentro de la Batería carlista más que una granada enorme, cuya espoleta no dió fuego, pues de no haber sido así no habría quedado un solo carlista con vida. Tuvimos ocasión de verla bien, y como asimismo presenciamos con entusiasmo aquel

singular combate, felicitamos calurosamente al Teniente Torres Ubago, ascendiéndole allí mismo á Capitán en nombre de Don Carlos de Borbón, por su serenidad, valor y excelente puntería, y aún recordamos como si fuese ayer la ovación indescriptible que el pueblo tributó á los artilleros por aquel inolvidable hecho de armas que fué un verdadero duelo entre una Batería de dos cañones y otra de más de sesenta.

Otros días también, el 31 de Agosto y el 6 de Septiembre, en que se cruzaron proyectiles entre los carlistas y liberales, las baterías de Bermeo y Ondárroa hirieron á un oficial y á un sargento, destrozando un camarote de la *Vitoria,* la primera, y ocasionando otros desperfectos la segunda, sin contar conque el *Fernando el Católico* fué alcanzado al entrar en Pasajes, por la Batería carlista de San Marcos, ocasionándole dos muertos y cuatro heridos.

Convenciéronse al fin los liberales de que nada conseguían con arrojar granadas y destruir pueblos, y cesaron en una tarea tan triste como aquella y que ninguna ventaja positiva podía proporcionarles.

Muy al principio, en vida del heroico Brigadier de Marina don Victoriano Sánchez Barcáiztegui, á quien no por enemigo habíamosle de negar su pericia y valentía, le hubo de hacer presente su antiguo compañero el Brigadier carlista D. Federico Anrich la inutilidad de los bombardeos: su elocuente respuesta demostraba bien á las claras cuán á su pesar veíase obligado á obedecer al Gobierno de Madrid. Su contestación á Anrich terminaba diciendo que: «Sus deberes mili»tares le impedían obedecer sus impulsos humanitarios, y que en tanto »que no le autorizase el Gobierno, no podía cambiar las instrucciones »dadas á los comandantes de los buques.»

¡Descanse en paz el ilustre Barcáiztegui, el heroico marino que de tanta gloria se había cubierto mandando la *Almansa* en el memorable combate del Callao, escribiendo con Méndez-Núñez, Antequera, Alvargonzález, Pezuela, Topete, Patero, Valcárcel y tantos otros dignos compañeros suyos una de las más honrosas páginas de nuestra historia.

Don Carlos de Borbón concedió la medalla de distinción que figura al frente de este capítulo á los defensores de la costa cantábrica.

El plan que en 1875 adoptara el Gobierno de Madrid al ordenar á su Escuadra que cañonease los indefensos puertos de la costa del Cantábrico, y á su Ejército que hiciera lo propio con las abiertas villas de los carlistas, dió lugar á que éstos emplearan sus cañones en hacer lo mismo, y en la medida de sus fuerzas, contra los buques de que ellos carecían y contra las plazas que albergaban á los liberales, mientras no lo impedían operaciones de mayor importancia.

Por más que tomáramos nosotros una activísima parte en la defensa de las costas por aquella época, en cumplimiento del deber militar, no creemos acertado el empleo de la pólvora y proyectiles de uno y otro bando en semejantes cañoneos; podrá ello constituir un acto todo lo más político que se quiera, pero como militares condenábamoslo entonces, y seguimos opinando ahora que la voz de los cañones no debe emplearse contra las casas de los pacíficos habitantes, salvos los sitios en regla de las plazas de guerra y puntos atrincherados. El más digno y noble empleo de la Artillería, es contra las masas y obstáculos enemigos; esto se nos enseñó en el Alcázar de Segovia, y esto seguimos creyendo en la actualidad. Pero al narrar y recordar los diferentes hechos de la guerra última, no podemos menos de dedicar algunos renglones á los cañoneos recíprocos de ambos ejércitos, algunos de los cuales dieron lugar y fueron causa eficiente de operaciones, y aún de resultados importantes.

Los más señalados cañoneos se verificaron en 1875, después de abandonada la línea del Carrascal por los carlistas, y durante la época en que las operacioues del Ejército carlista fueron dirigidas, primero por el General Mendiry, y después por el General Pérula. Verdad es que éste último inauguró su mando con uno de los combates más desgraciados para las tropas carlistas, la batalla de Zumelzu, llamada por los liberales, de Treviño. Por esta razón, sin duda, deseoso Pérula de recordar sus buenos tiempos del Carrascal, emprendió una serie de operaciones tales, que hicieran olvidar sus comienzos en el mando, lográndolo al fin, á nuestro juicio, con las reñidas acciones de Domeño y Lumbier, sobre todo si se tiene en cuenta que por aquel tiempo contaba ya el Ejército liberal del Norte con setenta y ocho mil setecientos ochenta y dos hombres, dos mil seiscientos cincuenta y un caballos y noventa y dos piezas de Artillería de Campaña, mientras que el Ejército carlista del Norte solamente disponía de treinta y ocho mil ciento ochenta y cuatro hombres, de mil ciento treinta y ocho caballos y sesenta cañones de campaña y diez y nueve de sitio, según estados oficiales y datos del escritor liberal D. Antonio Pirala, en su *Historia Contemporánea*.

Desde que las tropas liberales ocuparon los montes de Esquinza y San Cristóbal, así como las alturas que rodean á Puente-la-Reina, el Cuerpo de Ingenieros de su Ejército habíase ocupado sin levantar mano en erizar de fuertes atrincheramientos aquellas alturas, y sabido es que los cañones situados en la cima de los primeros dominaban los pueblos de Cirauqui y Mañeru, Muniaín de la Solana, Aberin y Villatuerta y los de los segundos, Artazu, Guirguillano y otros, sufriendo estos des-

dichados pueblos uno y otro día el rigor de los proyectiles liberales. Claro es que los carlistas habían de protestar de semejante vecindad y por lo tanto, opusieron fuertes á fuertes, y trincheras á trincheras, que no en vano tenían entre ellos á D. Francisco Alemany, D. José Garin, D. Alejandro Argüelles y D. Amador Villar, procedentes del Cuerpo de Ingenieros del Ejército de Isabel 2.ª. Así es que se fortificaron y artillaron convenientemente los altos de Guirguillano y Santa Bárbara de



D. AMADOR VILLAR

Mañeru que contrabatían los fuertes de Puente-la-Reina, y los de San Fernando, cerca de Estella; los de Monjardin, Montejurra y Santa Bárbara de Oteiza, para hacer frente á los de Esquinza y San Cristóbal, defendiendo las avenidas de la Solana; y hasta se estudió un completo y acertado proyecto de campo atrincherado por el Brigadier Villar, quien ya había dirigido anteriormente las obras de la doble línea del Carrascal, y á quien se debió en gran parte la construcción de las más importantes defensas de Estella.

En contestación de las repetidas agresiones de los alfonsinos, el día 5 de Abril cañonearon las baterías carlistas de Artazu y Santa Bárbara de Mañeru las posiciones liberales de Puente-la-Reina con singular acierto, pues lograron introducir dos granadas dentro de una de las baterías de á 10 centímetros con que defendían los liberales la citada

villa. Algunos periódicos liberales de aquella época dijeron entonces: *«que como á fuerza de tirar han aprendido los artilleros carlistas á »apreciar bien las distancias, sus disparos son bastante certeros en la »línea de Puente, tanto que lograron poner dos dentro de la Batería de »diez centímetros.»*

¡Cómo si los jefes de Artillería alfonsinos y carlistas no hubiésemos recibido igual educación científico-militar en el inolvidable Real Alcázar de Segovia, por aquellos tiempos en que tanto los sublevados como los leales de Alcolea, (y hasta muchos de los jefes carlistas de la primera guerra civil), todos militábamos en aquel Ejército de D.ª Isabel II, que fué á Italia á defender y consolar á Su Santidad Pío IX, y que alcanzó inmarcesibles laureles peleando por el honor de la Patria en la gloriosa guerra de Africa! ¡Cuánto nos hacían reir las ridículas ocurrencias de los periodistas liberales!

Con menos fortuna, el 15 del mismo mes rompióse el fuego sobre las posiciones enemigas del monte Esquinza, por los fuertes construídos para defender á Estella. Los cañones de Esquinza contestaron en el acto á la provocación, y en tan infausto día reventó una de sus granadas dentro del fuerte de San Fernando, donde se hallaban presenciando los disparos los Brigadieres Calderón y Pérez de Guzmán con algunos oficiales. El proyectil ocasionó la muerte del bravo Comandante Cortazar, del Batallón Guías del Rey, y el Brigadier Pérez de Guzman estuvo á punto de quedarse ciego, pues tan cerca de sus ojos estalló la granada que tardó en curarse más de un mes una afección á la vista.

El 12 de Mayo, en cambio, daba parte el General carlista Mendiry, de que los liberales habían cañoneado por espacio de muchas horas los pueblos de Mañeru, Cirauqui y Villatuerta, á pesar de que ni un sólo voluntario carlista se albergaba en ellos. Sin duda los liberales habían querido vengarse de los destrozos causados en la *Plaza fuerte de Pamplona*, en 7 del mismo mes, por el Brigadier Pérula, quien desde el alto de San Cristóbal la había cañoneado con las piezas Krupp de la Batería de Fernandez Negrete, cuyos proyectíles llegaron á penetrar en la calle de la Merced, ocasionando la natural perturbación en la capital de Navarra, á la que volvió á cañonear el mismo Brigadier carlista el día 12, como en venganza del cañoneo de los liberales á que se refería el General Mendiry en el parte de que hablábamos antes.

El 28 de Junio volvieron los alfonsinos á repetir sus disparos sobre Aberin y Villatuerta, pero ya con plan más vasto, al parecer. Rompióse el fuego al amanecer, durando sin intermisión hasta el mediodía, en cuyo espacio de tiempo adelantóse desde Lerin una columna liberal que llegó hasta los vados del Arga; pero prevenidos convenientemente

los carlistas, desplegaron sus fuerzas en los pueblos de la Solana, ante cuya actitud retrocedieron los alfonsinos á sus acantonamientos.

El total de cañonazos disparados por los liberales, antes de ser nombrado el General Pérula Jefe de Estado Mayor General carlista, fué de cuatrocientos ochenta y seis, y las bajas entre unos y otros fueron insignificantes, después suspendiéronse los cañoneos para atender á más importantes operaciones, pero perdida por los carlistas la batalla de Zumelzu, volvióse á ellos, si bien convirtiéndolos en acciones formales que les fueron favorables algunas veces.

El 26 de Julio llegaron el General carlista Pérula y el Brigadier Pérez de Guzmán á Viana dispuestos á tomar represalías de los porfiados ataques de los liberales á las costas y los pueblos carlistas. Les seguían cuatro batallones, dos escuadrones y nueve piezas de Artillería mandadas por el Coronel Fernández Prada, el Teniente Coronel Fernández Negrete y los Comandantes Llorens y Saavedra. Se aproximó á Logroño y lanzó sobre la población y sus defensas doscientas cincuenta y cinco granadas, colocándose á gran altura aquel día la Artillería carlista, por la certeza de sus disparos y por la serenidad y sangre fría con que á pecho descubierto se batió con la gruesa Artillería liberal, no menos valiente y animosa. En cambio, las tropas liberales no se consideraron bastante fuertes para salir del recinto de la ciudad, temiendo, seguramente el rudo empuje con que el General Pérula les habría acometido en desquite de Zumelzu.

El día 30 de Julio partió la provocación de los liberales, que creyéndose en mejores condiciones por contar con el refuerzo de la Brigada Córdova, salieron en compactas masas de Logroño en dirección á Viana. Hallábanse en este punto aquel día los dos batallones carlistas 5.° de Navarra y 1.° de Guipúzcoa, los cuales, en vista de la superioridad numérica de sus contrarios, se retiraron á las alturas y luego á Los Arcos. Los liberales, entonces, no teniendo á quien combatir, se entretuvieron en quemar las mieses de los pueblos de Samsol, Viana y Oyon.

Casi un mes después, el bravo Brigadier carlista Montoya, con cuatro batallones, arrojó de Viana á los liberales, quienes tuvieron que ampararse de Logroño, porque comprendieron que Montoya luchaba con el tenaz empeño de echarles de su ciudad natal, no pudiendo el citado Jefe carlista hacer mayor su victoria por haber salido la Brigada Córdova en auxilio de los de Viana.

El 27 de Septiembre volvió á repetirse el cañoneo de los carlistas sobre Pamplona, desde las alturas de Ugarte y Villaba, por fuerzas de la Brigada carlista del animoso Junquera. El 3 de Octubre hicieron,

ARTILLERÍA CARLISTA

en cambio, una salida las tropas de Pamplona, para castigar á los carlistas, y llegaron hasta el puente de Miluce, ocupando Villaba y Ugarte. Entonces el citado Brigadier carlista Junquera les hizo frente con los batallones de su mando, que apoyados por la Batería de Fernández Negrete y un Escuadrón, lograron que los liberales retrocedieran á Pamplona, á donde ya les habían precedido algunas granadas que por encima de ellos había lanzado la Artillería carlista.

La última y más séria provocación á Pamplona se verificó el día 6 de Octubre de 1875, pues Don Carlos de Borbón había llegado á sus inmediaciones deseoso, no de animar el espíritu de sus tropas, que no lo necesitaban, sino de contemplar de cerca una vez más su arrojo de siempre. En efecto; el Jefe de Estado Mayor General Pérula, que le acompañaba con el Brigadier Pérez de Guzmán, ordenó al Brigadier Junquera comenzara el ataque con las baterías de Fernández Negrete y de Llorens, valientemente apoyadas por los batallones 6.º de Navarra y 4.º de Alava y dos escuadrones. Las piezas se emplazaron dentro del tiro útil de la plaza enemiga, la cual contestó debilmente al principio; pero después hizo salir una Batería de á 10 centímetros, cuyos disparos se cruzaron con tenacidad y empeño con los de los carlistas, hasta que se hizo de noche. Pero los batallones liberales, á excepción de la natural escolta y apoyo de sus cañones, permanecieron dentro de los muros, sin salir á combatir con los carlistas.

Los cañoneos cesaron por fin el día 3 de Noviembre, en cuya noche cayeron dentro de Pamplona más de trescientos proyectíles, disparados por las baterías carlistas que operaban en Navarra á las órdenes del Coronel Fernández Prada.

Dígasenos ahora, con verdad, el efecto útil alcanzado por unos y otros combatientes de resultas de tantos cañoneos, pues lo mismo en uno como en otro Ejército, las bajas en gente y material de guerra fueron insignificantes. En cambio, poblaciones como Villatuerta, Artazu y Cirauqui quedaron casi reducidas á escombros, así como en la costa Elanchove, Motrico, Lequeitio y tantas otras.

¿Cómo era posible que en desquite (que repetimos no hemos de aplaudir) no arrojaran los carlistas sus proyectíles sobre las capitales enemigas de Bilbao, San Sebastián y Pamplona, las cuales estaban siquiera bien defendidas por fuertes atrincheramientos y por el superior calibre de sus más numerosos cañones?



D. GERÓNIMO GARCÍA

Capítulo XXVII

El General Carasa al frente de los carlistas de Vizcaya.—Un recuerdo de la campaña de 1872.—Acciones del Berrón y de Medianas y Carrasquedo.—Jura de Don Carlos de Borbón en Guernica y Villafranca.—Combate de Carranza.—Batalla de Villaverde de Trucios.—Operaciones sobre Valmaseda y Orduña.

DESEANDO Don Carlos de Borbón premiar la lealtad y altas dotes militares del Mariscal de Campo D. Fulgencio de Carasa, hubo de nombrarle Comandante General de Vizcaya, en Abril de 1875.

Este bravo veterano había hecho la campaña de 1820 á 1823, de subteniente en la División realista de Vizcaya; militó más tarde en las filas carlistas durante toda la primera guerra civil, distinguiéndose de Capitán de Guías de Zumalacárregui, siendo herido en la acción de Viana, ascendiendo á Comandante en la de Arrigorriaga, ganando hasta el empleo de Coronel por méritos de guerra, decidiendo con su Batallón 6.° de Navarra la victoria de Lodosa, conquistando dos cruces de San Fernando y obteniendo la categoría de Brigadier poco antes del Convenio de Vergara, después del cual emigró á Francia.

Al volver á España en 1847 fué reconocido en su empleo de Brigadier por el Gobierno del General Narvaez; pero siempre permaneció

Carasa alejado de la vida militar, hasta que al triunfar la Revolución de 1868, encargóle Don Carlos la Comandancia General de Navarra al frente de la cual conquistó nuevos lauros en la breve campaña de 1872, la cual inició el 21 de Abril en Morentín, pueblo de su residencia, á pesar de la proximidad de Estella en donde había entonces numerosa guarnición liberal.

Tales eran los prestigios de Carasa y el entusiasmo de aquel país, que á las veinte y cuatro horas uniéronsele más de cinco mil hombres, de los que no pudieron armarse más que ciento ochenta el primer día, y ochocientos al siguiente, y por supuesto, con fusiles de los más variados calibres y sistemas.

La campaña que se vió entonces obligado á sostener el Brigadier Carasa, brillantemente auxiliado en el mando por su entendido Jefe de Estado Mayor, el malogrado Coronel de Caballería D. Gerónimo García, fué tan corta como penosa. Rodeado siempre de columnas liberales en crecido número, tuvo que desprenderse de la multitud desarmada, que sólo servía para entorpecer sus movimientos, y se limitó á operar al frente de 1.500 voluntarios. A pesar de ésto hizo frente al enemigo en ocasiones que consideraba de difícil, pero no inútil ó desastroso combate, como sucedió en Arizala. La columna liberal al mando del Coronel Pino se componía de Cazadores de las Navas, guardias civiles y voluntarios. Creyéndose entonces fuerte Carasa, no aceptó, sino que provocó la acción, logrando, en una soberbia carga á la bayoneta, desordenar al enemigo, encerrarlo en Pamplona, y cogerle fusiles, municiones, bagajes y once prisioneros.

Habiendo llegado á noticia de Carasa, el día 3 de Mayo que Don Carlos había entrado en España, voló á su encuentro poniéndose á sus órdenes en Urroz, de donde salieron para Oroquieta. Noticiosos de esto los liberales, fueron acercándose á dicho pueblo las columnas de Primo de Rivera, Catalán, Letona y Moriones, librándose la desastrosa jornada de Oroquieta en la que la multitud de carlistas que habían acudido sin armas, no sirvió más que de estorbo al corto número de voluntarios que disponía de fusiles, y en la que Don Carlos de Borbón acudió desde el primer momento á las guerrillas, y en ellas permaneció con Carasa, á pesar de los reiterados y leales consejos de dicho Brigadier, quien trató de evitar las fatales consecuencias que habría podido tener para la Causa Carlista la serenidad y el arrojo de su augusto Jefe; y en fin, cuando se hizo ya completamente imposible la lucha y hubo de darse la órden de retirada, protegióla bizarramente el Brigadier Carasa, peleando cuerpo á cuerpo en la carretera y en las eras del pueblo, rodeado de algunos otros jefes no menos valientes,

entre ellos nuestro querido y malogrado compañero el Comandante de Artillería D. Félix Díaz Aguado, que se batió allí con aquella misma bravura que le admiramos en la guerra de Africa, y á cuya amistad y desgracia no podemos menos de consagrar un recuerco, sin menoscabar por ello en lo más mínimo lo heróico del comportamiento de tantos otros bravos jefes, y tantos y tantos bisoños soldados carlistas que sostuvieron el honor de las armas hasta quemar el último cartucho ó sellar con su sangre su adhesión al Carlismo.



D. FRANCISCO DE ULIBARRI

Desde 1872 hasta 1875 permaneció el Brigadier Carasa retirado en San Juan de Luz, ó en su casa de Morentin, por ser de los que todavía confiaban en que el desdichado Cabrera decidiese del éxito de la guerra; y aunque nosotros no fuimos nunca entusiastas por el Conde de Morella, no por eso podemos dejar de reconocer la buena fé y la acrisolada lealtad del benemérito Carasa, quien apenas se convenció de lo equivocado que estaba al confiar en aquel General, se apresuró á pedir á Don Carlos un puesto de peligro en la campaña, y por la batalla de Lácar fué ascendido á Mariscal de Campo (1).

(1) Al hablar del General carlista Carasa no podemos pasar por alto lo siguiente: En 1872, los periódicos dieron en suponer á Carasa tan sumamente obeso que aseguraban necesitaba ser poco menos que izado entre muchos para montar á caballo. Y esta idea se hizo tanto camino, que llegamos á persuadirnos de ello, así que nuestra sorpresa fué grande cuando al año siguiente tuvimos ocasión de conocer y tratar al célebre Carasa. Efectivamente, éste no sólo era delgado, sino que hasta era muy enjuto; su mirar era rápido y profundo, su frase breve y concisa, sin resultar por ello desagradable, y su físico todo era

Al hablar del levantamiento de 1872 no podemos menos de consagrar un recuerdo á lo mucho que ayudó al Brigadier Carasa en sus operaciones de aquella época, el valor y la ilustración de su Jefe de Estado Mayor el Coronel D. Gerónimo García, quien murió gloriosamente en aquella breve campaña, así como el Brigadier D. Francisco Ulibarri y el Coronel D. Prudencio Ayastuy.

—

Pero volvamos á las operaciones de Vizcaya en 1875.

El mismo día que Don Carlos nombró al General Carasa para el mando de la División de dicha provincia, libróse un empeñado combate en la izquierda de la línea carlista, sostenido brillantemente por los brigadieres Cavero y Fontecha, contra las fuerzas del Brigadier liberal Prendergast, quien con tres batallones y dos escuadrones impedía que los carlistas ocupasen la Peña del Caballo y otros puntos dominantes de sus posiciones.

Asumido por el Brigadier carlista Fontecha (como más antiguo) el mando hasta la llegada del General Carasa, dispuso, de acuerdo con el Brigadier Cavero, que éste subiera á la peña Camplacera para observar y cañonear al enemigo llevando á sus órdenes dos batallones castellanos, el 2.º y el de Guías, un Escuadrón del Regimiento de Borbón y dos cañones de Montaña de la Batería de Ortiz de Zárate: Fontecha se dirigió á Viergol. El Brigadier Cavero adelantó á Belloso y sus avanzadas ocuparon Quincoces, siguiendo á Villasana, desde cuyo boquete ordenó á su Artillería cañonear todos los pueblos del valle de Mena en donde se divisaran fuerzas enemigas.

Los disparos fueron tan certeros que, provocados los liberales de esta suerte, adelantaron dos compañías y cincuenta caballos á Castresana, otras dos compañías á Villaverde, y unos tres batallones y dos escuadrones á Gristando, de cuyos puntos hubieron de retirarse á Castrobasto, no sin haber intentado antes envolver las fuerzas carlistas de la Complacera. Tenemos á la vista el parte oficial carlista que copiado á la letra dice así: «Recibido aviso del Brigadier Cavero de »que el enemigo con 6.000 hombres, 300 caballos y 6 piezas, se dirigía »hacia la Peña del Caballo, y considerando que si los liberales se apo-

---

un manojo de nervios, como se dice vulgarmente. Tan no acertaron en esto los liberales, como en tantas otras afirmaciones suyas más ó menos ridículas, como por ejemplo, cuando después contaban sus periódicos, como si los hubieran oído, los sermones que suponían predicaba en Estella desde los balcones de su alojamiento el Ilustre Obispo de Urgel. ¿Cómo podía darse gran crédito á la prensa que estampaba semejantes patrañas y que tan de manifiesto ponía su completo desconocimiento de los hombres y de las cosas?

»deraban de la Peña, quedaba comprometida la izquierda carlista, »dispuse que el 1.er Batallón de Castilla, el 2.º de Cantabria y el de »Asturias pasasen á Santa Olaja. La línea quedó establecida en conse- »cuencia de la manera siguiente: en el valle de Losa, el Batallón Guías »de Castilla, defendiendo el boquete de Peña Angulo: dos compañías y »la Caballería en Quincoces: el 2.º de Cantabria en la Complacera: As- »turias en vanguardia y avanzando hacia el enemigo, y el 1.º de Cas- »tilla en reserva: yo me situé en Artieta. El enemigo empezó el ataque »el día 14, á la vista del boquete de Santa Olaja. Al ser rechazado por »nuestras fuerzas, el arrojado Brigadier Cavero quiso cargarlos, no sin »sospechar de un bosque cercano, donde efectivamente tenía el enemi- »go 4 batallones en masa, que fueron después dispersados por los cer- »teros disparos del Capitán de Artillería Ortíz de Zárate, los cuales »consiguieron por tres veces consecutivas hacer variar de posición á »las tropas y á las 6 piezas contrarias. Mientras tanto, en el valle de »Mena, el enemigo con 3 batallones y algunas piezas intentó avanzar »á la Campa del Caballo y á Viergol, donde estaban el 1.º de Canta- »bria y el 5.º de Castilla, siendo rechazado hasta Medianas y Monte- »mayor, y más adelante en toda la línea. Las bajas carlistas fueron »dos muertos, 13 heridos y 2 contusos. Por la parte de la Complacera »tuvimos 8 muertos y 27 heridos.—Las bajas del enemigo subieron »á 100 en los días 14 y 15 de Mayo.»

El escritor liberal D. Antonio Pirala en su *Historia Contemporánea*, dice: «Prendergast conquistó las posiciones de la Peña Complacera, »después de rudos combates, en que jugó la Artillería y se dieron car- »gas á la bayoneta, retirándose los carlistas bien y valerosamente di- »rigidos por Cavero: abandonada la Complacera, á los dos días la vol- »vieron á ocupar los carlistas.»

A los tres días de tomar posesión del mando el infatigable General carlista Carasa, se dirigió con sus fuerzas á la línea de Valmaseda para provocar la salida de los enemigos de sus cuarteles: avanzó hasta Viergol y el Berron, y desde las alturas de Nava de Mena hizo que jugaran sus cañones de Montaña, sin lograr que los liberales aceptaran el combate á que les invitaban los carlistas.

—

La acción de Medianas, ocurrida el 20 de Junio fué de mucha más importancia que la anterior no sólo por lo vivo y sostenido del fuego por ambas partes, sino por el gran número de prisioneros que se hicieron, y el botín de guerra que dejaron en poder de los carlistas las tropas liberales.

Habiendo llegado á noticia del General carlista Carasa que el General liberal Loma había salido de los valles de Losa y Mena, dispuso el caudillo carlista atacar á las tropas del Brigadier Muriel que cubrían dichos valles en número de cuatro batallones: uno de ellos ocupaba Carrasquedo; otro, con dos cañones, Medianas; otro Covides, y el cuarto, Mercadillo y el Pendo. Apenas se ausentó del valle de Mena el General Loma, atacaron los carlistas mandados por el Brigadier Cavero, desde la parte de Viergol, y destrozaron la Brigada Muriel que tuvo que encerrarse en Mercadillo por haber cargado sobre ella los carlistas con denodado valor, aislando de los demás á los liberales de Carrasquedo que fueron muertos en gran número ó hechos prisioneros. Después siguieron los carlistas á Medianas con irresistible empuje, y se hubieran hecho dueños de la Artillería contraria, sin el valor heróico desplegado por los artilleros liberales quienes se defendieron hasta con los juegos de armas de sus piezas, perdiendo al fin la Brigada Muriel doscientos prisioneros y doscientos treinta y cinco fusiles, salvándose las fuerzas restantes gracias al fuerte de Mercadillo.

Noticioso de esta derrota el General Loma, acudió con sus batallones; pero no pudo llegar á tiempo de impedir la victoria de los carlistas, si bien en combinación con el General Villegas les atacó, retirándose las fuerzas de Carasa de las posiciones conquistadas el día anterior, las cuales no tenían empeño en defender contra tropas tan superiores y que les hubieran causado innumerables bajas.

Hasta aquí, la versión liberal; la carlista refiere lo mismo en suma, pero con mayor lujo de detalles.

El activo y valiente General Carasa recibió aviso del Coronel Olascoaga, de que los liberales se habían retirado de su línea hacia Mercadillo, por lo cual ordenó al Brigadier Echévarri que la ocupase con el Batallón de Guernica; Carasa marchó al Berron, y mandó que los batallones de Asturias, Guernica y Somorrostro fueran por la carretera de Nava; que el Batallón de Durango, que se hallaba en Viergol, se concentrara y ayudase á los batallones 2.° y 5.° de Castilla, que se hallaban á la izquierda de la línea carlista con el bizarro Brigadier Cavero; y en fin, que el Jefe del Batallón de Asturias reconociera Bercedo y Villasante, y se le uniera con algunas compañías de Guías de Vizcaya y el Batallón de Guernica, para colocarse á retaguardia de Mercadillo. Observando desde allí el General Carasa que alguna fuerza liberal ocupaba el monte de Entrambasaguas, ordenó que se la atacara por los Guías del mando del Comandante Saliquet. Roto el fuego desde una posición atrincherada, dominada á su vez por otra, mandó Carasa envolver la segunda y tomar á la bayoneta la primera, como así se

hizo por el Batallón de Somorrostro y los Guías, á las cinco de la tarde, ayudadas dichas fuerzas por algunas compañías de los batallones Asturiano y de Guernica mandadas respectivamente por Rivafiecha y Ayerra. Al mismo tiempo y para darse la mano con el Brigadier Cavero, quien venía sosteniendo fuego todo el día con el enemigo desde que salió de Mercadillo, bajó el General Carasa á Villasana, en donde se le unió la fuerza de Villasante, quedando al fin en las posiciones conquistadas con los batallones de Guernica, de Somorrostro y el de Asturias. Entonces los batallones de Durango y 5.º de Castilla acabaron de envolver en un círculo de fuego á los liberales, secundados admirablemente por las piezas de la Batería de Ortíz de Zárate, concluyendo por tener que encerrarse los alfonsinos en Mercadillo. Los carlistas tuvieron un jefe, dos oficiales y cinco voluntarios muertos, tres oficiales y veinte y nueve voluntarios heridos y contusos.

Fué, pues, una brillante victoria de los carlistas la de Medianas. Tan lo comprendió así el General Loma, que al llegar en auxilio de la Brigada Muriel (la cual había realmente quedado abandonada) dice el escritor liberal Pirala, que comprendió que las tropas habían sufrido ya un *desastre*, del cual culpó ásperamente Loma á Muriel, atribuyéndolo á falta de pericia, muriendo el citado Brigadier liberal, víctima de un accidente que le ocasionó el verse ajado en su pundonor por el expresado General Loma.

—

Entretanto que tenían lugar estas operaciones militares, los elementos civiles del carlismo vizcaíno reunidos en junta de merindades á principios de Junio, y en junta general á fines del mismo mes, habían acordado proceder oficialmente y con toda solemnidad al juramento de Don Carlos como Señor de Vizcaya, majestuoso acto que tuvo lugar el día 3 de Julio de 1875 en Guernica á donde acudió Don Carlos de Borbón acompañado de su augusto padre Don Juan, de S. A. el Conde de Bardi, de los generales Tristany, Pérula é Iparraguirre, de los brigadieres Pérez de Guzmán y Parada (veterano de la primera guerra), del Gentil-hombre Marichalar, de los jefes y oficiales á sus órdenes Coronel Marqués de Bondad-Real, tenientes coroneles Barraute y Respaldiza, comandántes Orbe y Ponce de León, capitanes Silva y Suelves y el aposentador del Cuartel Real D. Salvador Morales.

El Conde del Pinar, Corregidor del Señorío, los diputados generales Urquizu (D. Fausto) y Piñera, los síndicos procuradores generales Pértica y Llona, los consultores letrados Tollara y Sarachu, los capellanes Ormaechegoitia y Cruz de Llanos y los secretarios del Gobierno universal del Señorío, Olascoaga y Artiñano, en unión del Padre de

Provincia, Urquizu (D. José Niceto) y de Zavala y Arrieta Mascarúa, corregidor que había sido y comisionado en Corte por Vizcaya, congregados en la sala consistorial de la villa de Guernica, salieron todos reunidos en cuerpo de comunidad hácia la morada de D. Carlos, precedidos por varias músicas, clarines y atabales y una sección del Cuerpo de Migueletes del Señorío al mando de su primer jefe, Teniente



D. JUAN DE PARADA

Coronel Urquidi, llevando el síndico procurador general, Pértica, el Pendón del Señorío, de cuyos pueblos todos, había acudido numeroso público á Guernica, uniendo sus vítores y entusiastas aclamaciones á los de los moradores de dicha villa, entre las salvas de la Artillería, los caprichosos fuegos de los cohetes y el repique de campanas de Iglesias y conventos, que prestaban extraordinaria animación á tan memorable acto.

Colocados Don Carlos y Don Juan de Borbón bajo rico dosel de damasco en el Estrado que cae sobre las gradas y só el arbol de Guernica, y ocupando los representantes de Vizcaya el puesto de honor que les correspondía, rodeados de inmenso gentío, ofició el Santo Sacrificio de la Misa el M. I. Carlon, Magistral de la Catedral de Lugo, jurando Don Carlos los fueros, libertades, franquicias, exenciones, prerrogativas, buenos usos y costumbres del Señorío, arrodillado ante el altar en el momento de ser consagrada la Santa Hostia, y terminada la Misa tuvo

lugar su proclamación solemne como Señor de Vizcaya y el pleito homenaje que con la más delirante alegría, el más profundo respeto y las mayores muestras de acendrada adhesión rindieron á Don Carlos el Regimiento General, los Caballeros apoderados y todo el pueblo, hincando la rodilla en tierra, ahogando con atronadoras explosiones de entusiasmo la poderosa voz de la Artillería y el volteo de las campanas que celebraban aquel acto que resultó verdaderamente grandioso y que tuvo digno coronamiento con la orden que dió Don Carlos de Borbón para que en conmemoración de tan celebrado suceso, y para aumentar el júbilo de todos enjugando las lágrimas de muchos, se pusiese inmediatamente en libertad á cuantos se encontrasen presos ó detenidos por causas políticas.

Con la misma imponente majestad é igual entusiasmo tuvo lugar el día 7 de Julio del mismo año de 1875 en Villafranca la proclamación de Don Carlos por Guipuzcoa, representada dicha provincia en tan solemne ceremonia por el Comandante General y el Corregidor carlistas, por el antiguo Diputado á Cortes D. Manuel de Unceta, comisionado por la Junta para levantar pendón por Guipuzcoa en nombre de Don Carlos, por D. José Domingo de Oyarzabal, D. Ladislao de Zavala, D. Vicente de Artazcoz, D. José M.ª de Verzosa, D. José Joaquín de Egaña, D. Tirso de Olazabal, D. Ignacio de Lardizabal, don Antonio de Esterripa y, en fin, todos aquellos sufridos y valerosos montañeses, viejos, jóvenes, mujeres y niños que tantas vidas y sacrificios ofrecían en holocausto por el triunfo de la causa carlista, y que también, como en Vizcaya quisieron realizar un acto como éste que les parecía unirles más estrechamente con el rey que aclamaban en los campos de batalla, quien juró, á su vez, en la Iglesia parroquial y sobre los Santos Evangelios, guardar y cumplir los fueros, privilegios, leyes, ordenanzas, buenos usos y costumbres de Guipuzcoa.

—

Volviendo á las operaciones militares, dejando para otro capítulo el ocuparnos de los hechos de guerra ocurridos en Alava, y en especial de la batalla de Zumelzu, réstanos hablar de los combates de Carranza y Villaverde de Trucios, ocurridos en Julio y Agosto de 1875.

El afan de guerrear de los generales liberales de Guipuzcoa y Vizcaya, Loma y Villegas, igualaba al que sentían del mismo modo los generales carlistas Egaña y Carasa, pues unos y otros no desperdiciaban ocasión alguna para aprovechar los descuidos ó la falta de fuerzas de su contrario, cuando se disponía de algunas de ellas fuera de dichas provincias.

Encontrándose, pues, el General Villegas con suficientes fuerzas, el día 27 de Julio, para distraer las que los carlistas reunian en Alava, á fin de oponerse á los intentos del General en Jefe liberal D. Genaro de Quesada, entraron los liberales por el valle de Carranza, con un efectivo de diez mil hombres á las órdenes de los generales Villegas y Morales de los Ríos y de los brigadieres Ibarreta y Cuadros. Al saber el General carlista Carasa el avance del Ejército contrario, avanzó á su vez desde Valmaseda con los batallones vizcainos de Guernica, Durango, Guías y Somorrostro, un Batallón Cántabro y el de Asturias,



D. MARCELINO ORTIZ DE ZÁRATE

la Batería de Ortíz de Zárate, el Brigadier Echévarri y el Coronel Rodriguez Maillo, ordenándoles la natural defensa de su línea atrincherada, resultando el combate rudo y sangriento. Los liberales atacaron y se apoderaron con gran denuedo de Orrantía, Antuñano, Bortedo y Celadilla en el primer ímpetu, á pesar de la gran resistencia que les opusieron los carlistas. Unos y otros combatientes acamparon en sus respectivas posiciones, esperando que se renovara el combate al día siguiente, lo cual no tuvo lugar por haber dispuesto la retirada el General Villegas, sin duda por el gran número de bajas que experimentaron sus tropas, y que los carlistas hicieron ascender á veinte y cuatro muertos y doscientos heridos, siendo así que los liberales no confesaron más que cinco muertos y treinta heridos, primero, y veinte muertos y noventa y cinco heridos después.

A los pocos días, el 10 de Agosto, hubo de librarse en Vizcaya otro reñido combate, en el cual salió victorioso el bizarro é infatigable General carlista Carasa. Nos referimos al encuentro de Villaverde de Trucios, por el cual concedió Don Carlos de Borbón al animoso General citado el título de Conde de Villaverde de Trucios.

El General carlista ocupaba sus habituales posiciones, con cuatro mil hombres y cuatro piezas de Montaña, cuya fuerza resistió al no menos bravo é infatigable General Villegas, quien atacó con diez mil hombres y diez y seis cañones, intentando privar de recursos al Ejército carlista, para lo cual invadió el territorio dominado por éste, entrando por los valles de Losa y Carranza el día 10, y ocupando posiciones importantes que habían de servirle al día siguiente para apoderarse de Trucios y Villaverde.

Carasa se opuso valientemente con sus escasas fuerzas al intento de su contrario, quien no pudo lograr su objeto por completo, á pesar de su superioridad numérica, la cual no fué obstáculo para que los exíguos, pero bravos batallones carlistas, se lanzaran á la bayoneta ímpetuosamente, hallándose muy próximos á alcanzar sobre los liberales una victoria aún más completa y de mayor importancia, pues estuvieron á punto de quedarse con algunas piezas de Artillería y hasta con el General Villegas, quien se vió precisado á cargar con su escolta para verse libre del círculo de carlistas que le rodeaban y atacaban con la mayor intrepidez y encarnizamiento. Dudamos que el General Villegas se haya visto nunca en situación tan comprometida. Ambos ejércitos volvieron á sus cantones para reponerse de las dolorosas pérdidas que experimentaron. Las bajas de los liberales se acercaron á doscientas, y las de los carlistas pasaron de ochenta.

Más adelante sostuvo el intrépido General Carasa otros reñidos encuentros, pudiéndose decirse que era raro el día que no había algún combate, más ó menos formal, en la línea de Valmaseda entre el viejo General carlista y su habitual contrario el General Villegas, á quien acompañaba, á veces, en sus operaciones el no menos batallador General Loma, como en los días 22 y 23 de Septiembre y 15 y 16 de Octubre.

En Septiembre atacó el General Loma la línea carlista de Valmaseda. La Artillería carlista disparó con gran acierto, especialmente á la Peña de San Miguel. Desde Arciniega llegaron dos batallones carlistas de refuerzo, por orden de Don Carlos de Borbón, que se hallaba entonces en las inmediaciones, para impedir que el enemigo envolviese la línea carlista, acabando por retirarse los liberales á sus valles de Losa y Mena. Las fuerzas carlistas fueron diez batallones y las seis

piezas de Ortiz de Zárate, que lucharon contra doble número de piezas y catorce batallones que llevaban los liberales.

Las acciones reñidas en Octubre reconocieron por causa el intento de los liberales de apoderarse de los almacenes que tenía la División carlista de Castilla en Orduña. Pero los batallones de Somorrostro, Murguía y Guías de Vizcaya se situaron sobre Villaverde, Medianas y Viergol, y después de haberse puesto en franquía uniformes, efectos y raciones, provocaron á las tropas liberales que ocupaban los fuertes, sin lograrse más que un nutrido tiroteo que por ambas partes se sostuvo hasta la noche, sufriendo los carlistas cuatro muertos y veinte heridos, y no pudiéndose precisar las bajas de los liberales porque no abandonaron los fuertes.

—

Suspendemos por ahora la narración de los hechos de armas ocurridos en Vizcaya, para no volver ya á ocuparnos de dicha provincia hasta las operaciones finales de la campaña, ó sea el avance del Ejército liberal llamado de la Izquierda y la célebre retirada del anciano y valiente General carlista Carasa, ayudado por su inteligente y bravo Jefe de Estado Mayor el Coronel González Granda, de todo lo cual hablaremos más adelante, así como de la sangrienta batalla de Elgueta, sostenida principalmente y casi en su totalidad por la División Vizcaina.



D. JOSÉ RUIZ DE LARRAMENDI

Capitulo XXVIII

Resumen de las operaciones en Alava durante el mando de los comandantes generales carlistas Larramendi, Alvarez y Fortun.—Batalla de Zumelzu.

SEGURAMENTE habrá llamado la atención de todo aquel que haya seguido paso á paso nuestra narración, el que no hayamos dedicado siquiera un capítulo á la digna Provincia de Alava y á sus no menos dignos batallones. La razón, sin embargo, es muy sencilla: lejos de nosotros preterición ú olvido; desde los comienzos de la guerra, los liberales sólo se ocuparon de la capital, y hasta mediados de 1873 conservaron únicamente guarniciones en Vitoria, Laguardia, San Vicente y Salvatierra, retirando las últimas después; Laguardia fué unas veces guarnecida por liberales y otras por carlistas, y por tanto las únicas operaciones llevadas á cabo en la provincia, además de las ya descritas al seguir la marcha general de la campaña, fueron las que expresaremos á continuación, así como el empeño de guerra más notable fué el ocurrido en Julio de 1875, el cual relataremos seguidamente.

Poca fortuna tuvieron al principio de la guerra los valientes y sufridos alaveses: su primer Comandante General el Coronel D. Manuel Lecea experimentó un duro revés cuando aún estaban los batallones alaveses en el período de organización bajo los jefes de la provincia entre los que descollaban los veteranos de la primera guerra civil don Celedonio Iturralde y D. José Montoya. El 23 de Abril de 1873, cuando apenas habían empezado á armarse los batallones y hallándose en Apellaniz á las órdenes del dicho Coronel Lecea, fueron sorprendidos de noche por las tropas ó, mejor diremos, por las contra-guerrillas de la provincia que haciendo una marcha rápida desde Vitoria, cayeron sobre los voluntarios carlistas en organización, quienes descansaban descuidados y sin las precauciones debidas en campaña. Algunos heridos y prisioneros fueron el botín del vencedor, y éste fué el motivo de retrasarse algun tanto la definitiva organización de los batallones de Alava. Mandóse formar sumaria actuando de fiscal el Brigadier Iturmendi, no volviéndosele á conferir mando alguno á Lecea, y relevándole con el entendido Mariscal de Campo D. José Ruiz de Larramendi, que acababa de llegar de Cataluña en donde había desempeñado dignamente el cargo de Jefe de Estado Mayor de Don Alfonso de Borbón, General en Jefe del Ejército carlista del Principado.

En uno de los primeros capítulos hemos ya dado alguna idea de los brillantes antecedentes militares del General carlista Larramendi, así que ahora únicamente diremos que con sus acertadas disposiciones logró en breve reanimar el espíritu militar de los batallones alaveses, organizando seis que fueron un modelo de sufrimiento y de valor, como ya hemos tenido ocasión de hacer constar al citar su bravura en los hechos de armas que ya hemos referido en esta obra, especialmente al describir los combates de Montejurra, Somorrostro y Abárzuza. También hemos hablado de la empeñada conquista de Laguardia, en la que tanto se distinguieron los batallones alaveses á las órdenes del tantas veces citado y valiente General Alvarez. Nada diremos, pues, tampoco del arrojo de los alaveses en la línea del Carrascal, pues tanto su Comandante General Fortun, con dos batallones, como el Brigadier Valluerca con otros dos, el primero en Esquinza y el segundo en Lácar, dejaron bien puesto el pabellón alavés.

Al General Larramendi sucedieron en el mando de Alava los generales Alvarez y Fortun, de cuya vida militar ya hemos dado algunos datos en otro capítulo, así que prescindiendo del breve mando del primero de éstos, cuyo hecho más notable fué la toma de Laguardia ya descrita en el capítulo XVIII, pasaremos desde luego á ocuparnos de los sucesos de más importancia ocurridos en el tiempo en que des-

empeñó la Comandancia General carlista de Alava D. León Martínez Fortun, nombrado en Septiembre de 1874.

No bien se posesionó este General del mando, empezó por no dejar tranquilos á los liberales, llevando á cabo la sorpresa de Cenicero, con ochenta hombres del Batallón de la Rioja que hicieron cinco prisioneros y se apoderaron de trece fusiles y otros efectos. Al mismo tiempo, treinta voluntarios del Batallón 3.° de Alava atravesaron el Ebro cerca de la Puebla de Arganzón, levantaron rails y postes telegráficos con el fin de dificultar las comunicaciones del enemigo.

A los pocos días se verificó por los alaveses otra sorpresa de mucha mayor importancia, cual fué la de un tren de Miranda de Ebro. El Brigadier Valluerca dispuso que la partida de Vítores, fuerte de ochenta hombres, atravesara el Ebro con aquel objeto, á la vez que otra pequeña fuerza de Caballería, doce caballos, atravesando el vado más cercano, se encargaba de distraer á los liberales que ocupaban Santa Gadea, para evitar que acudiesen en auxilio del tren; cogiéronse cuatro prisioneros de Caballería y nueve de Infantería, montaron los carlistas en el tren obligando al maquinista á que los condujera, y bajáronse en el puente de Pangua, por haber salido contra ellos los liberales de Pancorbo á quienes causaron tres muertos y cinco heridos.

Después del combate de Lácar, tantas veces citado, la acción más importante que se dió en Alava fué la de Subijana-Morillas. Un sólo Batallón, el 6.° de Alava, al mando de su Teniente Coronel Muñezcan, se encargó de la operación. Como el objetivo de las tropas alavesas era, por el momento, cortar las comunicaciones entre Miranda y Vitoria y aislar en lo posible á la guarnición de esta capital, el mencionado Jefe que tenía avanzada una Compañia de su Batallón entre Armiñán y Miranda, acudió con el resto de aquél para obligar al enemigo á combatir. Pero como los liberales por allí no salían generalmente de sus defensas, y el castillo de Quintanilla estaba cerca, de él se ampararon los alfonsinos, habiendo sufrido, sin embargo, ocho bajas que dejaron en el campo. No contentos con esto los carlistas, revolviéronse sobre Miranda de Ebro, no saliendo los liberales de sus castillos, á pesar de haber dentro del recinto cerca de tres mil hombres.

Uno de los objetos que con más insistencia persiguió el General carlista Fortun fué asegurar de una sorpresa á sus batallones cuando se corrieran á la llanada de Vitoria, construyendo con dicho fin, el fuerte de San León con el que se cerraba el puerto de Herrera al enemigo, dotándosele de dos cañones para hacer tributario á San Vicente é interceptar los caminos que conducían á la Barranca, Bernedo y Peñacerrada, así como la carretera de Logroño á Vitoria.

—

Llegamos á Zumelzu. Y bien sabe Dios que lo hacemos lleno el corazón de amargura como el día en que se libró dicha jornada á la que, afortunadamente, no asistimos por encontrarnos en aquella época ocupados en el establecimiento de las baterías de la costa para hacer frente á los fuegos de la Escuadra. Cumplimos, sin embargo, nuestro deber de narradores, pero con pena por haber constituído la batalla de Zumelzu la única verdadera derrota de los carlistas, no ya por la materialidad de haberse perdido la acción, si no por las consecuencias que



D. LEON MARTINEZ FORTUN

ésta tuvo, puesto que los vencimientos de Velabieta, Bilbao é Irun hicieron, como el Fénix, renacer de sus cenizas más pujante al Ejército carlista. Describamos lo ocurrido y después sacaremos las consecuencias y con sereno juicio veremos quién ó quiénes fueron los causantes del desastre.

Casi desde el momento en que el General liberal Quesada se hizo cargo del mando en Jefe del Ejército del Norte, echó de ver que ninguna de las capitales de las cuatro provincias vivía desembarazadamente. Antes al contrario, Bilbao, Pamplona y San Sebastián eran á menudo víctimas de los cañones carlistas. Nada digamos de Vitoria, cuyo aprovisionamiento costaba un rudo combate cada vez que se llevaba á cabo, hallándose por lo regular incomunicados siempre sus moradores con el resto de la Península. Su situación como base de operaciones ofensivas no tenía precio, y sin embargo, las tropas que la guarnecían apenas podían salir algo del recinto sin experimentar bajas, siendo por tanto intolerable la situación de la capital de Alava. En vista de ello el General Quesada, que era un animoso soldado, llamó fuerzas suficientes para levantar el bloqueo de Vitoria y restablecer comunicación segura con Miranda de Ebro, empezando por hacer que

fuesen á la llanada de Alava las fuerzas del General Loma que se hallaban en Vizcaya y algunas de Navarra, en la forma siguiente:

El General Loma, con ocho batallones, una Batería de Montaña y dos escuadrones, ocupó Manzanos y los pueblos inmediatos; las brigadas Pino y Alarcón, con ocho batallones, tres escuadrones y dos baterías de Montaña, se situaron en Armiñán y Estadillo; el General Tello, con cinco batallones, dos escuadrones, una Batería de Batalla y media de Montaña, se acantonó en la Puebla de Arganzón y las Conchas; y, por último, había tres batallones de la Brigada Arnaiz agregados al Cuartel General, y otros tres batallones hallábanse destinados á proteger convoyes y guarnecer puntos importantes, reuniendo el General Quesada para levantar el bloqueo de Vitoria un total de veinte y siete batallones, diez piezas de Artillería de Batalla, veinte de Montaña, siete escuadrones y algunas compañías de Ingenieros y voluntarios.

La línea defendida por los carlistas en la batalla de Zumelzu apoyaba su izquierda en el Condado de Treviño, descendiendo por los montes de Vitoria á Zumelzu y Nanclares, que era su centro, y se extendía por su derecha hasta Subijana, cubriendo estas posiciones los batallones de la División de Alava, el 3.º, el 5.º y el 6.º de Navarra, el 1.º de Guipúzcoa, el de Aragón, los cinco primeros batallones de Castilla, la Compañía de Guías de Alava, las baterías de Montaña de Reyero é Ibarra, la sección de cañones Plasencia, de Saavedra, el Regimiento de Caballería de Castilla, un Escuadrón del de Navarra y otro del de Borbón: en junto, diez y seis batallones, quince piezas de Artillería de Montaña y seis escuadrones, figurando al frente de estas fuerzas el General Pérula y los brigadieres Pérez de Guzmán, Montoya (D. Simón), Valluerca y Calderón.

Vemos, pues, que ambos ejércitos estaban equilibrados en Caballería, siendo muy inferior el carlista en Infantería y Artillería. Pero la mayor desventaja de las tropas carlistas consistió, á nuestro juicio, en que habiendo sustituido por aquellos días el General Pérula en el mando en Jefe al General Mendiry, ocurrió que si éste tenía formado, (bueno ó malo), algún plan de campaña, le era totalmente desconocido á su sucesor Pérula quien cuando llegó á la línea de Alava, con su Jefe de Estado Mayor el entendido Brigadier Pérez de Guzmán, se encontró con que ya había dejado el mando y retirádose el General Mendiry. Además, sabido es que el nuevo Jefe de Estado Mayor General carlista no era más que un guerrillero de audacia y de fortuna, cuyo principal mérito estribaba en haber ganado sus empleos gracias á su proverbial bravura; pero no era, al fin y al cabo, un militar de carrera, sino un jefe improvisado, falto de toda la instrucción y prolongada

práctica del arte de la guerra, que son, hoy más que nunca, indispensables para dirigir con éxito las tropas, así que era difícil hiciera grandes milagros al encontrarse con que había de conducir al combate, sin pérdida de tiempo y sin espacio para madurar un plan de operaciones, á unas tropas que ocupaban ya determinadas posiciones elegidas según el criterio y los planes de su antecesor el General Mendiry, quien no llegó á hacerle entrega directa y detallada del mando, porque ofendido, sin duda, al verse reemplazado en su elevado puesto por un General como Pérula, con quien no le unían lazos de simpatía ni mucho menos, se alejó del teatro de operaciones poco antes de la batalla, librándose ésta enseguida, cuando ni el General Pérula ni su Jefe de Estado Mayor el Brigadier Pérez de Guzmán habían tenido aún tiempo de preparar convenientemente todos los detalles del combate, pues al llegar á la línea de Alava, la misma víspera de la jornada de Zumelzu, tuvieron dichos generales hasta que informarse por sí mismos de la situación de las fuerzas, recurriendo para ello á preguntarlo á los jefes de las brigadas y batallones.

Entre tanto, puso el General Quesada la víspera de la batalla en autos de su plan á los generales y brigadieres que á sus inmediatas órdenes habían de llevarlo á cabo. Previno al Brigadier Pino se dirigiera desde San Formerio sobre Treviño, á cuyo punto habían de concurrir también, por diferentes caminos, los batallones de los generales Tello y Loma con el fin de romper la línea carlista y por Doroño caer sobre Vitoria.

Tanto la Brigada Pino como la División que tenía á sus inmediatas órdenes el General Loma, emprendieron sus respectivos movimientos, y no encontrando á su frente ni á sus flancos fuerza bastante que los contuviera (pues la que pudo oponérseles en la carretera de Peñacerrada á Vitoria se reducía á poco más de un Batallón y medio) entraron en Treviño, mientras los carlistas se unían al centro de su línea para defenderse mejor de la División del General Tello que desde las Conchas estaba sosteniendo rudo combate con sus enemigos. Gracias á esta concentración de los carlistas, los batallones del General Tello hubieron de luchar en desventajosas condiciones, viéndose obligado este General á pedir auxilio á las fuerzas del General Loma, que eran las que tenía más próximas. El General Pérula, que había estado en la extrema derecha, y el Brigadier Montoya unieron sus batallones en los montes de Vitoria, ocupando Zumelzu y otras posiciones sobre el Condado de Treviño, quedando el Brigadier Valluerca y Coronel Chacón á la derecha del Zadorra, con cinco batallones, tres piezas de Montaña y dos escuadrones. El choque entre aquellas fuerzas carlistas

y las del General Tello fué á la desesperada por parte de todos, viéndose obligados los liberales á retroceder ante el potente ataque de los carlistas que cargaron furiosamente sobre los alfonsinos, quienes se batieron también con el mayor denuedo. El General Tello entonces encomendó la salvación de sus tropas á la Caballería, ordenando al Coronel del Regimiento del Rey, D. Juan Contreras, que cargase con su gente; al extraordinario empuje con que cargaron los valientes lanceros liberales debióse, sin duda alguna, que se restableciera el combate, que por aquel lado podía considerarse perdido por los liberales, cuando el tercer Batallón carlista de Navarra cedió ante el arrojo de la Caballería enemiga, á pesar del heroismo del Teniente Coronel Orlandi (primer jefe del citado Batallón carlista), quien aún después de recibir tres heridas seguía sin rendirse y que debió su salvación á la hidalguía del mismo Coronel liberal Contreras, quien uniendo á su bravura la generosidad más digna de aplauso, libró al citado jefe carlista de una muerte segura, pues ya iban á rematarle unos soldados cuando el digno Coronel de los lanceros alfonsinos le puso en salvo.

Hoy el General Contreras, postrado por cruel enfermedad, está convertido en un inválido y ve aumentados sus dolores con el de no poder pelear por el honor de España en Cuba ó Filipinas: reciba el pobre veterano el testimonio de la consideración y gratitud que merece lo bien que supo hermanar los duros deberes de soldado y los nobles impulsos de su caballerosidad, solamente comparable á la expresión de profunda gratitud y entusiasta afecto con que el valiente Orlandi nos contó el noble rasgo de Contreras, cuando curado de sus heridas volvió á pelear á nuestro lado hasta el final de la campaña.

Rehechos al poco tiempo los carlistas, á quienes tampoco es posible negar bravura y tenacidad, volvieron á cargar una y otra vez sobre los liberales; pero todo fué ya inútil porque, avisado oportunamente, el General Loma llegó con sus fuerzas de refresco, que unidas á las del General Tello, decidieron el éxito de la batalla, pronunciándose al fin los carlistas en una retirada que no fué lo ordenada que pudo y debió ser, toda vez que si en el centro y en la izquierda habían sido batidos por los liberales todavía quedaban por la derecha algunos batallones carlistas que no habían entrado en fuego á causa de la considerable extensión de la línea de batalla.

Rota, pues, la línea carlista, el Ejército liberal entró en Vitoria, consiguiendo así su General en Jefe Quesada su objetivo principal, aunque sufriendo la pérdida de un jefe, dos oficiales y treinta y seis soldados muertos, y treinta oficiales y doscientos noventa y cuatro soldados heridos.

He aquí algunos detalles tomados del parte oficial del Jefe de Estado Mayor General carlista, cuyo parte no copiamos literalmente por ser demasiado extenso, y por convenir en el fondo con cuanto hemos manifestado hasta aquí de acuerdo con los autores liberales que siempre consultamos.

Comprendiendo el citado General carlista al llegar á la línea de Alava que el propósito del General Quesada, en combinación con el General Loma, era el de pasar á Vitoria, y viendo que el primero había ocupado la Puebla de Arganzón y Tuyo, y el segundo Manzanos, extendiéndose hasta Treviño, ambos con gran número de fuerzas, dispuso Pérula que el día 7 marchasen los batallones 3.º y 6.º de Navarra, 1.º, 2.º y 4.º de Castilla, la Batería de Montaña de Reyero, la Sección de cañones Plasencia, de Saavedra, y tres escuadrones del Regimiento de Castilla en apoyo de las fuerzas que había ya en el Condado de Treviño, que eran los batallones de Clavijo y de Aragón, el 5.º de Navarra, el 3.º de Castilla y el 4.º de Alava, una Sección de la Batería de Montaña de Ibarra y un Escuadrón del Regimiento del Rey.

Trasladóse el General Pérula con su Jefe de Estado Mayor, el Brigadier Pérez de Guzmán, en la madrugada del día 7 á Villodas, recorrió las posiciones de la derecha del Zadorra, defendidas por los batallones 1.º, 2.º, 3.º, 5.º y 6.º de Alava, el 1.º de Guipúzcoa, la Compañia de Guías de Alava, una Sección de la Batería de Montaña de Ibarra, un Escuadrón del Regimiento de Castilla y otro del de Borbón, y ordenó á dichas tropas que se concentrasen en Villarreal y Arlabán, en el caso de que los liberales entrasen al fin en Vitoria.

Entretanto el Ejército alfonsino había avanzado á las siete de la mañana desde la Puebla de Arganzón y su fuerte, para ganar el pueblo y el puerto de Zumelzu, á donde acudieron en seguida Pérula y Guzmán, viendo á su llegada allá, que dos compañías de aragoneses se retiraban abrumadas por el considerable número de batallones del General Tello. Entonces ordenó Pérula á los batallones 3.º y 6.º de Navarra que se lanzasen á la bayoneta, como lo hicieron cargando á fondo con sus bravos jefes Orlandi y Junquera á la cabeza, logrando así hacer retirar á los liberales hasta cerca de la Puebla de Arganzón, secundados bizarramente los navarros por los aragoneses, cuyo Teniente Coronel D. Cristóbal de Vicente encontró en aquel rudo choque una muerte gloriosa. Rehaciéronse, sin embargo, los liberales y volvieron á avanzar, pero habiendo sido reforzados de nuevo los carlistas con los batallones 4.º de Castilla y 3.º de Alava, ordenó el General Pérula una carga general que no pudieron resistir los liberales, quienes dejaron en poder de los carlistas diez y ocho prisioneros y dos caballos.

Entonces fué cuando el General Tello encomendó la salvación de sus batallones á la caballería del Coronel Contreras, ante la cual cedió el Batallón 3.° de Navarra, y aunque los carlistas, rehechos pronto, volvieron á cargar bravamente una y otra vez, fué ya inútil su empeño, porque el General Loma llegó en socorro de Tello, y con sus tropas de refresco logró decidir el éxito de la batalla á favor de sus armas.

Mientras tanto el General Quesada en unión del General Loma ha-



D. MARCELINO MARTINEZ DE JUNQUERA

bia conseguido arrollar la izquierda carlista, tenazmente defendida por tres compañías del Batallón de Clavijo, hacia Ozana, y cuatro del 5.° de Navarra, en Busto y Cucho, apoyadas por una Sección de la Batería de Montaña de Ibarra, cuyas escasas fuerzas no tuvieron al fin más remedio que replegarse ante las numerosas tropas de Infantería, Caballería y Artillería con que, tanto en unos como en otros puntos de los ya mencionados, les atacó el General en Jefe liberal Quesada, quien entró en Treviño rebasando el flanco izquierdo de los carlistas, separando las fuerzas de éstos en dos partes, y obligándoles, en fin, á

replegarse los unos al amparo de los montes de Vitoria y los otros hacia la parte de Peñacerrada.

A la una de la tarde recibieron el Coronel Junquera y el Teniente Coronel Medina la orden de sostenerse á todo trance con sus respectivos batallones, 6.º de Navarra y 4.º de Castilla, hasta que escalonados los demás batallones carlistas se fuesen replegando hacia los montes de Vitoria. Tan admirablemente cumplieron el Coronel Junquera y el Teniente Coronel Medina las órdenes recibidas, y con tanta enérgica resolución cargaron los dos batallones de su digno mando sobre los liberales, que muy lentamente pudieron recogerse los heridos y las armas abandonadas por los alfonsinos al ceder ante la acometida de aquellos dos cuerpos carlistas encargados de proteger la retirada de los demás, en cuya arriesgada operación viéronse apoyados Junquera y Medina por el Brigadier Montoya, hacia el puerto alto de Vitoria, y el Brigadier Calderón, hacia el alto del Cuervo.

El Jefe de Estado Mayor General carlista Pérula en su parte oficial se expresa así: «No puedo menos de hacer constar lo admirable que »fué ver al 4.º Batallón de Castilla, con su Teniente Coronel D. Rodri»go de Medina, y el Coronel del 6.º de Navarra, Junquera, al frente »de los voluntarios, marchar al enemigo en columna de combate, arma »sobre el hombro, y al llegar á la línea enemiga cargar á la bayoneta »con la mayor energía y decisión.» El último Batallón carlista que se retiró fué el citado 4.º de Castilla (el mismo que el año anterior se había cubierto de tanta gloria en la sangrienta jornada de Galdames) y fuerzas castellanas fueron también las que protegieron á la Artillería carlista en su marcha con dirección á Ulibarri de los Olleros, á donde retiraron los cañones por orden del General Pérula, cerrando la retaguardia dos compañías del Batallón 6.º de Navarra y dos escuadrones.

En cuanto al comportamiento de las compañías carlistas que cubrían la parte de Ozana, Busto y Cucho, al principio del combate, nada mejor que copiar aquí algo de lo que decía sobre el particular el Coronel Ferrón en el parte oficial, en el que se lee lo siguiente: «Los »momentos de ansiedad eran terribles: el enemigo, reforzado á cada »momento, empezaba á subir la montaña, y yo no tenía ni un soldado »de reserva de que disponer para auxiliar aquellas compañías que tan »bizarramente se batían, ni podía cambiar fuerza alguna de las posi»ciones que ocupaban sin ser inmediatamente envuelto. Pasó una hora »en tan angustiosa situación, y al llegar el enemigo á la mitad de la »distancia para tomar los parapetos de Ozana, comprendí que no podía »esperar ni un minuto más sin ser completamente envuelto y perder las

»piezas, y dí orden al Teniente Coronel del Batallón de Clavijo, don »José Rovira Ladrón de Guevara, que mandaba las compañías de »Ozana, que resistiera hasta morir para salvar el resto de la fuerza; al »Coronel Marqués de las Hormazas, que de las cuatro compañías de su »Batallón 5.° de Navarra, que había en Araico, una quedase en la al»tura que hay á la izquierda de Treviño para contener á la Caballería, »mientras se salvaban las piezas, y las otras tres se dirigiesen de mon»taña en montaña á la parte de Moraza, y las cuatro de Busto y Cucho »tomaran hacia la parte de los puertos; al Comandante segundo jefe »del Batallón de Clavijo que defendiese la sierra de Tovera, y yo hice »á las piezas que me procedieran y bajé á Treviño, y seguí con ellas »hasta dejarlas á salvo en las ventas de Armentia. Rovira y sus tres »compañías de castellanos cumplieron como buenos soldados la orden »dada, pues estaban ya á mucha distancia y aún se batían y contenían »al enemigo. No sabria cómo expresar el bravo comportamiento de este »jefe y su gente que ha resistido por más de dos horas todo el empuje »del enemigo, ayudado solamente por dos compañías del Batallón »5.° de Navarra, colocadas á su derecha, y defendidos los parapetos »hasta cuerpo á cuerpo, perdiendo un tercio de su gente y abriéndose »paso, por último, al arma blanca.»

En las repetidas cargas de Zumelzu hubo hechos heroicos y tuvieron los carlistas pérdidas sensibles, entre ellas la del Teniente Coronel Vicente, que, como ya dijimos, murió al principio de la batalla; el Teniente Coronel Orlandi, de quien ya sabemos que resultó herido y prisionero; el Comandante Resa (del 3.° de Navarra) y el Oficial San Julián, Ayudante de Campo del General Pérula, que fueron heridos, contándose entre todas las bajas carlistas un jefe, nueve oficiales y cincuenta y dos voluntarios muertos, y tres jefes, diez y ocho oficiales y doscientos cuarenta y cinco individuos de tropa entre heridos y contusos.

Por los relevantes méritos contraídos en esta batalla ciñó muy justamente la faja de Brigadier el bravo Coronel carlista D. Marcelino Martínez Junquera, y fué ascendido á Coronel el no menos bizarro jefe del 4.° Batallón de Castilla, D. Rodrigo de Medina.

—

Tal fué el célebre combate de Zumelzu, ganado por el General Quesada, y desde cuya batalla no volvieron los carlistas á verse victoriosos en acciones de tanta importancia, por la parte de Alava y Navarra, hasta que tuvo lugar en Octubre la memorable jornada de Lumbier.

Indicado habemos que el cambio de generales carlistas fué, en nuestro sentir, una de las causas que más influyeron para que obtuviesen la victoria los liberales, pues á causa de antiguas rencillas entre los generales Mendiry y Pérula, no llegaron éstos á avistarse, resultando de ello que el segundo no pudiera ponerse bien al corriente ni siquiera de la situación de las fuerzas que había de mandar, toda vez que no mediaron más que veinticuatro horas escasas desde que el General Pérula se puso al frente de sus tropas hasta que se vió ya atacado por el General en Jefe liberal Quesada. La mitad de la responsabilidad del desastre cae, por tanto, á nuestro entender, sobre su antecesor el General Mendiry, pues los bravos voluntarios carlistas no pudieron portarse con mayor denuedo y bizarría, ni tampoco sus jefes, de los cuales distinguiéronse muy especialmente (además de los que ya hemos citado al describir distintos episodios de la jornada), el Brigadier, Jefe de Estado Mayor, Pérez de Guzmán, el Coronel Castell y el Teniente Coronel Sacanell, quienes auxiliaron y secundaron admirablemente en el mando al General Pérula. En cuanto á éste,—dice el escritor liberal D. Antonio Pirala, en su *Historia Contemporánea*, *que obró activo, pero que los sucesos se precipitaron*»; nosotros, por nuestra parte, creemos de justicia añadir que harto hizo el General carlista Pérula con evitar que la derrota fuese mayor, gracias á sus arranques y á su no desmentida valentía, bien acreditada siempre, lo mismo antes que después de su vencimiento en la sangrienta jornada de Zumelzu.



D. JOSÉ PÉRULA

Capítulo XXIX

La linea carlista de Guipúzcoa.—Combates de Montevideo, Urcabe y Choritoquieta.—Toma del fuerte de Astigarraga por los carlistas.—Acciones de Villarreal, Viana y Restia.—Apodéranse los liberales del fuerte de San León.—Encuentros de Labastida y de Bernedo.—Canjes de prisioneros.

El abandono de la linea del Oria por las tropas liberales, debióse á lo costoso que les era su sostenimiento por tener que amortizar, digámoslo así, muchos batallones para custodiarla. Los carlistas habían ido entretanto estrechando el cerco de San Sebastián, Hernani y demás puntos ocupados por sus enemigos, á los que cañoneaban constantemente. Y, sin embargo, los periódicos liberales negaban el crecimiento que había tenido nuestra Artillería, lo cual no obstaba para que el Comandante General de Guipúzcoa D. Ramón Blanco dijera de oficio al Gobierno de Madrid lo siguiente: «El ataque y la con»quista de San Marcos que no hubiera sido difícil intentar y llevar á

»cabo por sorpresa cuando ocupábamos la línea avanzada del Oria y se »hallaba el grueso del enemigo á nuestro frente, cubriendo sus más »importantes carreteras, lo considero hoy de bastante gravedad, pues »el enemigo ha acumulado para la defensa de aquella posición, ya »formidable de suyo, grandes fuerzas y todos sus recursos defensivos, »estableciendo una serie de reductos y atrincheramientos que, ligando »la defensa de unos montes con otros y flanqueando mutuamente sus »obras, hacen difícil su conquista, tanto más cuanto que hoy posee »también en esta provincia una Artillería numerosa y de alcance supe»rior á la nuestra.»

Tenía razón el General Blanco: los ingenieros y artilleros carlistas habían convertido sus posiciones avanzadas en una fortísima línea atrincherada y artillada en términos tales que no solamente podían defenderla con pocas fuerzas, sino que también podían ofender á San Sebastián, Hernani, Pasages y demás puntos guarnecidos por los alfonsinos. La conducción de cualquier convoy á Hernani era siempre objeto de acciones más ó menos reñidas contra los carlistas, y los cañoneos de éstos sobre Pasages, principal puerto de refugio en la costa de Guipúzcoa y Vizcaya, hacía peligrosa la permanencia en él de los barcos, siempre expuestos á verse hostilizados por las baterías de San Marcos. Pero éste era un mal con el cual tenían que conformarse los liberales, puesto que la situación del citado monte y las obras de fortificación que en él habían hecho los carlistas, imposibilitaban de todo punto su conquista, á menos de contarse con fuerza superior á la de los nueve batallones de que podía disponer para dicha operación el General Blanco.

Todo el mes de Julio de 1875, pues, y hasta mediados de Agosto, continuaron los cañoneos de los carlistas sobre Irún, Hernani y San Sebastián, pues el Coronel de Artillería carlista D. Luís Pagés, secundado admirablemente por el Teniente Coronel D. Mariano Torres, no pasaba día sin idear el emplazamiento de nuevas baterías con las que batir y hacer insostenible la situación de las fuerzas liberales, en contestación á los incesantes cañoneos de la Escuadra sobre los pueblos carlistas de la costa cantábrica, tanto en la provincia de Vizcaya como en la de Guipúzcoa, de cuyos hechos lamentables nos hemos ocupado ya en otro capítulo.

El día 20 de Agosto ocurrió un serio encuentro entre las fuerzas liberales y carlistas sin más objetivo, por parte de aquellas, que apoderarse del alto de Montevideo que impedía de todo punto la fácil comunicación entre San Sebastián y Hernani. Coronaron los liberales la altura de Montevideo; pero no sin costarles su posesión numerosas ba-

jas á causa de estar dominada dicha altura por los fuegos de las trincheras y baterías carlistas de Santiagomendi, que sin cesar les hostilizaban.

Al ser sustituído, á fines de Agosto, el General Blanco por el General Trillo, hizo presente este último al Gobierno las deficiencias que encontraba en la línea liberal de Guipúzcoa, pues si bien los fuertes con que contaban los liberales estaban en perfecto estado de servicio, no estaban tampoco mal los de los carlistas, y la vida en Hernani era imposible teniendo á su frente la magnífica posición de Santiagomendi que dominaba por completo la citada villa, así como Gárate y Zarauz á Guetaria, San Marcos á Pasages y Rentería, y Urcabe á Oyarzun y la zona de sus alrededores. No siéndole posible al General Trillo dominar las posiciones carlistas de Santiagomendi, ideó apoderarse de las de Urcabe las cuales dificultaban el paso por la carretera de Hernani á Oyarzun, Irún y Francia. El plan del General Trillo era amagar un extremo de la línea carlista para debilitarla y, cuando se desmembrasen las fuerzas que defendían Urcabe, echarse sobre dicho punto y tomarlo. El día 13 de Septiembre se preparó, pues, el ataque á Urcabe desembarcando algunas compañías en Guetaria, lo cual ocasionó la natural alarma de los carlistas quienes, en su consecuencia, destacaron dos batallones de la línea principal para oponerse al desembarco de mayores fuerzas que se dijo embarcarían en Pasages con el mismo rumbo el día 14; y aun se desprendieron de más fuerzas los carlistas al tener conocimiento de que se anunciaban nuevos desembarcos.

Debilitada quedó así la línea de los carlistas, gracias al bien combinado plan del General liberal cuya derecha tomó posesión de las alturas que dominan la carretera de Andoain, aunque no sin verse hostilizada vivamente por las fuerzas carlistas situadas en Urnieta; mientras tanto, la extrema izquierda y el centro liberales se apoderaban por sorpresa de la peña de Urcabe, que había quedado casi desguarnecida por haber concentrado los carlistas su defensa principal en Gárate, Santiagomendi y San Marcos, engañados por el General Trillo que les hizo creer que su objetivo era la conquista de estas dos últimas posiciones.

Algo compensó á los carlistas de la pérdida de esta acción el haber lanzado su Batería de Santiagomendi á la casa de Ayuntamiento de Hernani una granada con tal acierto y precisión que produjo la voladura del Parque de municiones allí establecido, causando á los liberales veinte y siete muertos y diez y siete heridos. También sirvió á los carlistas de compensación de la pérdida de Urcabe, el apoderarse del

fuerte de Artigarraga dejando en él los liberales un cañón, unos cincuenta mil cartuchos y gran número de raciones; por cierto que no encontrando el Gobierno de Madrid muy correcta la conducta de los defensores de Artigarraga, parece ser que castigó á las fuerzas liberales que guarnecían el fuerte enviándolas á Cuba.

Concluiremos por ahora con lo que á Guipúzcoa se refiere, relatando el infructuoso ataque de los alfonsinos á Choritoquieta, cuya jornada fué la mayor compensación del fracaso de Oyarzun. El parte de dicha acción está firmado por D. Eusebio Rodríguez Romano que había sustituído á D. Domingo Egaña en la Comandancia General de Guipúzcoa poco después de la acción de Urcabe; el citado Brigadier carlista dice así: «Prevenido por la orden general del enemigo, de 27 del co»rriente, aguardaba su ataque. El 27 recibí aviso de que los liberales »se dirigían hacia Lastaola y Arratsain, por lo que me trasladé á »Astigarraga. En el primer avance el enemigo ocupó Lastaola, y la »escasa fuerza carlista que allí había se retiró á Endarlaza; el enemi»go sería fuerte de 3,000 hombres. El Coronel del 8.º, Vicuña, recupe»ró estas posiciones al anochecer y el enemigo se retiró: nosotros tuvi»mos en el encuentro tres muertos y cuatro heridos. Creyendo que el »objetivo del enemigo no era Vera (como había dicho) sino Santiago»mendi y San Marcos, seguí en Astigarraga y mis fuerzas en sus anti»guas posiciones. A las tres y media de la madrugada del 28, el »enemigo, en grandes masas se dirigió á Choritoquieta y Ergobia, y »poco después de amanecer se dirigieron otras masas á San Marcos, »generalizándose el fuego por toda la línea. Las posiciones de Gayo»rregui y Munuandi fueron ocupadas momentáneamente por el ene»migo á causa de ser larga la línea y no poder concentrar los batallo»nes á tiempo; pero dada la señal de acometer á seis compañías, »rechazaron á bayonetazos al enemigo de Munuandi llevándole de »carrera hasta las mismas puertas de Oyarzun y barrios de Rentería »y San Sebastián. Se cree que el enemigo tuvo 500 bajas: las de los »carlistas fueron 7 muertos y 16 heridos.»

El General liberal Trillo confiesa sinceramente en su parte que tuvo que pasar por la amargura de retirarse al frente del enemigo, y la *Historia Contemporánea* de Pirala añade que los liberales dejaron catorce soldados prisioneros de los carlistas, quienes por la noche del mismo día de la acción de Choritoquieta cañonearon á San Sebastián por disposición del Brigadier de Artillería Pagés.

Desde fines de Septiembre de 1875 hasta Febrero de 1876 continuaron incesantemente los cañoneos de los carlistas sobre toda la línea liberal, y particularmente sobre San Sebastián, desde que el Bri-

gadier de Artillería Brea (nombrado Comandante de la División de Artillería de Guipúzcoa y Vizcaya en Noviembre) construyó la Batería acasamatada de Venta-Ziquín, artillándola con dos cañones largos de á siete y medio centímetros, sistema Withwort; Batería que tan brillante papel jugó más tarde en la victoria de Mendizorrotz, y cuyo mando confió Brea al bizarro y entendido Teniente Coronel Torres, resultando su situación desenfilada del fuego de once fuertes liberales, tan escelente que no llegó á sufrir ni una sola baja en su dotación de oficiales y artilleros, y ni aún sufrieron daño los materiales de su construcción.

Pasemos á recordar ahora las operaciones que tuvieron lugar en Alava y la Rioja despues de la batalla de Zumelzu.

Firme el General en Jefe liberal Quezada en sus proyectos de hacer de Vitoria su base de operaciones, y creyendo que el Ejército carlista se hallaría quebrantado por la pérdida de la batalla descrita ya en el capítulo anterior, en lo cual se equivocaba grandemente (como se equivocaron también sus antecesores al creer lo mismo después de los sitios de Bilbao é Irún), puso en práctica nuevos proyectos para atraer á la provincia de Alava las fuerzas carlistas.

El día 10 de Julio se dirigió á Salvatierra, el 16 á Peñacerrada y el 27 y 30 á Villarreal y á Viana; los dos primeros encuentros revistieron poca importancia, porque los carlistas no creyeron deber combatir con sus enemigos, máxime cuando éstos les eran muy superiores en número y se limitaron á quemar las mieses, sacar contribuciones en Salvatierra y retirarse de Peñacerrada al saber que una columna carlista había salido á protejer el fuerte de San León; pero las acciones de Viana y Villareal fueron más notables por las numerosas fuerza que tomaron parte en ellas.

La primera fué una provocación del General carlista Pérula, llamando la atención del General Quesada para hacerle salir de Alava, en donde no convenia operar á los carlistas por prestarse la llanada de Vitoria á la acción de la Caballería, arma de que tan escaso hallábase el Ejército de Don Carlos. Dió, por tanto Pérula, orden á la Brigada de Montoya para que cañonease á Logroño, llegando el 26 sus avanzadas hasta el mismo puente sobre el Ebro, y siendo cañoneado Logroño por la Artillería carlista que al mando del Coronel Fernández Prada y del Teniente Coronel Fernández Negrete se componía de la Batería de Montaña de Llorens y la Sección de cañones Plasencia, de Saavedra, cuyos fuegos fueron debilmente contestados por las baterías liberales, regresando los carlistas á pernoctar en Viana. El día 28 llegó á repetirse la provocación, y llegado ésto á noticia del Brigadier

jefe de la columna liberal de la Ribera, D. Juan de Dios Córdova, acudió á Logroño, siguió á Viana, y cargando con fuerzas superiores sobre los carlistas consiguió hacerles más de cien prisioneros en una carga de Caballería. Al saberlo el Jefe de Estado Mayor General carlista Pérula, acudió á Aguilar con el Brigadier Perez de Guzman y algunos refuerzos; pero se vió precisado á retirarlos para acudir á la llanada de Alava en la que el General en Jefe liberal atacaba briosamente á Villarreal, al frente de las brigadas Arnaiz, Gonzalez Goyeneche y Prendergast, formando un total de quince batallones, nueve escuadrones y cuatro baterías montadas.

También por aquella parte hallábanse los carlistas muy inferiores en número á los liberales, como en Viana, pues no se encontraban en los alrededores de Villarreal más que S. A. R. el Conde de Caserta (quien se había encargado de la Comandancia General carlista de Alava á raíz de la derrota de Zumelzu) con dos batallones y la Batería Montada del Teniente Coronel Velez, y aunque acudió el Brigadier Calderón en apoyo de S. A. con otros dos batallones, no pudo este refuerzo llegar á tiempo de evitar la entrada de los liberales en Villarreal. Pero entonces ocuparon los carlistas las posiciones que dominan la población, haciéndose fuertes en ellas, y ante esta actitud evacuaron á su vez el pueblo los liberales, aunque no sin antes incendiar algunas casas.

Don Carlos de Borbón, que despues de las juras de Guernica y Villafranca había ya recorrido con el Conde de Caserta los acantonamientos de sus tropas de Alava, volvió á dicha provincia al saber el empeño de Villarreal, revistó con S. A. el Conde de Caserta y con los generales Tristany, Diez de Mogrovejo y Pérula, y los brigadieres Iparraguirre y Perez de Guzmán, la línea de Arlaban, examinó el terreno en que tuvo lugar el combate de Villarreal, visitó los heridos y las ruinas de las casas incendiadas por los soldados liberales, y prodigando consuelos y alentando esperanzas pasó á Estella, en donde le pidieron armas muchos de los carlistas pacíficos hasta entonces y á quienes había sacado de sus hogares y desterrado á nuestro campo el Gobierno de Madrid.

Continuando liberales y carlistas firmes en su propósito de dominar completamente los primeros la provincia de Alava, y de perfeccionar los segundos sus defensas para hallarse siempre en disposición de oponerse ventajosamente á los intentos de los liberales, ocurrió el día 14 de Agosto un reñido encuentro motivado por las fortificaciones de Restia, en la línea de Arlaban. Las posiciones carlistas se hallaban defendidas por cuatro batallones alaveses, dos de Castilla, dos escua-

drones, seis piezas Vavasseur y otras seis Withwort, á las órdenes, todas estas fuerzas, de S. A. el Conde de Caserta, como Comandante General, y de Fontecha é Iturralde, como comandantes de Brigada. Las tropas liberales se componían de la División del Mariscal de Campo Maldonado, con los brigadieres Arnaiz, Alarcon y González Goyeneche, al frente de trece batallones, cuatro escuadrones. dos baterías de Montaña y otra Montada. A pesar dela notable desproporción entre las fuerzas de Caserta y de Maldonado, los alfonsinos no pudieron hacerse dueños más que de la primera línea de trincheras y de parte de un reducto en construcción. La Artillería carlista, al mando de los tenientes coroneles Velez y D. Luis Ibarra, contribuyó eficazmente, con sus bien dirigidos fuegos de flanco y de frente, á que retrocedieran al fin los enemigos, perseguidos hasta las mismas puertas de Vitoria por tres batallones carlistas, y sufriendo la pérdida de siete muertos y cuarenta y un heridos, según confesión de los propios alfonsinos.

Muchos otros combates se libraron durante el verano de 1875 en Alava y en la Ribera del Ebro; pero no tuvieron más importancia que la que les dieron los perjuicios ocasionados por los liberales en los pueblos, recogiendo y destruyendo cosechas, incendiando mieses y hasta casas en algunos puntos: actos criticados por los mismos escritores liberales, si bien hay que reconocer que se llevaron á cabo contra el parecer y sentimientos de los mismos jefes alfonsinos, á propósito de lo cual dice D. Antonio Pirala en su *Historia Contemporánea* (tomo 6.º página 380), lo siguiente: «Quesada había obrado cumpliendo terminantes y reiteradas órdenes del Gobierno, y tanto le contrariaban, que expuso reparos no atendidos; y en cuanto supo la variación que aquel experimentó en Septiembre, pidió órdenes en contrario, y manifestó la forma en que se hacía el bloqueo, la inutilidad de los destierros, que la destrucción y quema de las cosechas, después de escandalizar al país y á la Europa, daba escasos resultados positivos, y no eran el medio más adecuado para afirmar una monarquía legítima y constitucional adoptar procedimientos propios de los partidos más avanzados. Tratando de la destrucción é incendio, como General en Jefe, consignaba la imposibilidad de contener al soldado, que llevaba la tea incendiaria, dentro de los límites de la disciplina, convirtiéndole en destructor de los pueblos y del pais, del que debia ser siempre protector y opoyo.»

Dejaremos de ocuparnos por ahora de las operaciones de Alava dando cuenta de las últimas acciones que en dicha provincia se libraron antes de la formación de los dos grandes ejércitos liberales del Norte.

El 30 de Octubre se apoderaron los alfonsinos del fuerte de San León, defendido por D. Julian Ruiz Escalera con cinco oficiales y sesenta voluntarios, empleando para ello los liberales el mayor sigilo con objeto de sorprender á la guarnición carlista y á las pocas fuerzas que pudieran acudir en su auxilio, y desplegando en ésta y otras pequeñas operaciones sobre la sierra de Toloño, dos divisiones y numerosa Artillería. Por esta época distinguióse en las acciones de Alava por su inteligencia, actividad y bizarría el entonces Coronel D. Camilo Polavieja, quien fué el que atacó las posiciones carlistas de Echagüen en la acción de Villarreal, el que se apoderó por sorpresa del fuerte que construían los carlistas sobre Payueta, haciéndoles catorce prisioneros, y el que más tarde ocupó con gran fortuna el alto de San Antonio de Urquiola, ganando la faja de Brigadier en las últimas operaciones de la guerra: General, en fin, que por su tacto en Cuba por sus piadosos sentimientos y excelentes condiciones personales así como por la gloria que ha conquistado últimamente en Filipinas en unión de nuestro antiguo compañero el bravo, entendido y caballeroso General Lachambre, ha merecido los aplausos y entusiastas simpatías de todos los españoles.

También ocurrieron por aquellos días dos encuentros de importancia en Alava, el de Labastida y el de Bernedo.

Deseando los liberales imponer contribuciones y recoger cosechas en Labastida, enviaron allá mil trescientos hombres, dos piezas de Artillería y dos escuadrones cubriendo desde la Nava hasta la altura de San Miguel: Labastida no estaba defendida más que por tres compañías de alaveses y otras dos de asturianos que acudieron al fuego; habiendo sido rechazada la columna liberal, salieron del pueblo y de los atrincheramientos los carlistas causándola catorce bajas y persiguiéndola á la bayoneta hasta San Vicente.

En la acción de Bernedo se componían las fuerzas liberales de las brigadas Arnaiz, Pino y Alarcón á las órdenes de los generales Quesada y Maldonado; los carlistas ocupaban el puente de Villar, en la sierra de Toloño, y disponían de tres batallones alaveses, el 2.° de Navarra y el de Aragón, á las órdenes del General Pérula y de los Brigadieres Pérez de Guzman y Fontecha. A propósito de este combate, la *Narración militar de la guerra carlista*, escrita por el Cuerpo de Estado Mayor del Ejército, dice en la página 278 del tomo séptimo lo siguiente: «El enemigo (los carlistas) sostuvo desde sus posiciones un fuego nutrido y vigoroso, batiéndose con decisión. Se logró tomar el pueblo, sin »que por ésto declinara la lucha que sostenían las fuerzas contrarias »con gran tesón, pues si cedían lentamente, de nuevo avanzaban, impulsados por sus jefes y oficiales.»



ESCOLTA DE PRISIONEROS (CUADRO AL ÓLEO DE D. R. BALACA)

Las pérdidas de los liberales fueron un oficial y nueve soldados muertos y dos oficiales y sesenta soldados heridos. Las bajas de los carlistas consistieron en tres oficiales y treinta y siete voluntarios entre muertos y heridos, y tres oficiales y cuarenta y cuatro voluntarios prisioneros, por libertar á los cuales sostuvieron algunas compañías alavesas una heróica y sangrienta lucha cuerpo á cuerpo con las tropas alfonsinas.

—

Poco podemos decir de la cuestión de los canjes en el Norte, pues no llegaron á verificarse allí más que dos, que fuesen autorizados oficialmente por los gobiernos liberal y carlista. Desde 1874 quisieron ya las tropas de uno y otro campo que se verificasen periódicamente canjes, y así llegó á pactarse en Cataluña entre el General carlista Savalls y el General liberal Martínez Campos. Acogida con entusiasmo por unos y por otros tan laudable idea, nombráronse comisionados para entenderse con el Gobierno de Don Carlos y con el de Madrid. El comisionado carlista lo fué D. Luis de Trelles, ilustrado abogado y escritor que se había distinguido ya en las Córtes de 1853, y que en las de D. Amadeo de Saboya había figurado como Diputado de la minoría carlista que tan admirablemente dirigía en el Congreso el ilustre político D. Cándido Nocedal. Puestos de acuerdo Trelles y D. José Goicoechea, comisionado al efecto por los liberales, redactáronse por ambos las bases que habían de regir para el caso, las cuales no copiamos por ser muy extensas, pero que, en resúmen, satisfacian por igual á los dos ejércitos combatientes, no olvidándose el carlista de los cientos de prisioneros que se hallaban en Cuba y que procedían de la jornada de Oroquieta siendo aprobadas las bases por el General carlista Mendiry y por el General liberal Azcárraga, como Subsecretario del Ministerio de la guerra.

A punto estuvieron de romperse las negociaciones al ocurrir el fusilamiento del valiente cuanto desgraciado Coronel carlista Lozano, realizado precisamente cuando los carlistas acababan de dejar marchar generosamente á sus casas al Brigadier liberal D. José de la Iglesia y á otros dos jefes más de los muchos que por aquella época estaban en poder de los carlistas, pues entre los prisioneros liberales en quienes podían haber tomado represalias los carlistas figuraban el Mariscal de Campo Nouvilas, el Brigadier Anton Moya, el Brigadier Gobernador de Seo de Urgel y gran número de jefes y oficiales, además de algunos cientos de soldados. Los carlistas propusieron el canje del Coronel Lozano por aquellos jefes de cuya vida podían disponer, pero los liberales no accedieron á la propuesta, y sin embargo, el magnánimo Don Carlos de Borbón, lejos de recurrir á las represalias, procuró humani-

zar todo lo posible la guerra, haciendo que siguieran adelante las negociaciones emprendidas, y que de tan inmenso consuelo habían de servir á tantos desgraciados, verificándose canjes parciales en Cataluña, primeramente, y después en el Centro; pero en el Norte no empezaron hasta Junio de 1875.

He aquí cómo describe un ilustrado escritor carlista el acto del canje celebrado en Viana, en el sitio denominado la Alberguería, ameno prado que se extiende á los piés de aquella histórica ciudad navarra: «Ya desde la víspera estaba lleno de gente, y en toda la ma»ñana del dia 16 de Junio no cesaron de afluir caballerías y carruajes »de Logroño y de Estella, amén de las muchas personas que iban á »pié desde los pueblos circunvecinos.—Se calcula en diez mil el núme»ro de curiosos que presenciaron el canje general de prisioneros entre »los dos ejércitos del Norte. Acudieron de cada parte el comisionado »de canjes y un Coronel con un Oficial secretario, cuatro compañías, »música, una sección de Caballería y los prisioneros.—De nuestra par»te, el Sr. D. Luis Trelles de Noguerol y el Coronel Martínez Junque»ra, Jefe del 6.° Batallón de Navarra, con dos compañías de éste y »dos del 1.°, la música del 6.° y una sección de lanceros del tercer Es»cuadrón del Regimiento del Rey; de parte de los alfonsinos, el señor »Goicoechea y el Coronel Comandante de Estado Mayor D. Isidoro »Llull, con dos compañías de la reserva n.° 16 y dos de la n.° 22, la »charancha de un Batallón de Cazadores y una Sección de Húsares de »Pavía.—A las once en punto entraron en el prado por distintos cami»nos, con el arma terciada y batiendo marcha, las fuerzas de ambos »ejércitos, mandadas por los dos indicados coroneles, colocándose, »mediante una hábil maniobra, unas frente á otras, paralelamente, y »á unos doscientos pasos de distancia.—Para nuestro ejército, esta »maniobra fué más complicada, pues que para apoyar la cabeza en la »derecha, tenía que hacerlo precisamente en el sitio por donde acaba»ba de entrar; dando esto ocasión á que el Jefe, los oficiales y los vo»luntarios luciesen admirablemente su pericia é instrucción, que de»bieron admirar sus enemigos.—Entre ambas líneas, y próximamente »á igual distancia, había una mesa cuadrilonga cubierta con un tape»te encarnado, con sillas alrededor y recado de escribir encima.—Los »dos coroneles, con sus respectivos oficiales secretarios, se adelantaron »á caballo, y después de mediar los saludos de rúbrica, retrocedieron »unos pasos para apearse, y se acercaron á la mesa.—Aquí hubo un »ligero altercado sobre preferencia de asientos.—El Coronel liberal »quiso colocarse por el lado de su línea, en el centro de la mesa, po»niendo á su derecha al comisionado de canjes, y á su izquierda al

»oficial secretario, alegando que él por su gobierno era el Jefe del »canje, sin que reconociese allí superior: y como quiera que el sitio »de preferencia por el lado de la línea carlista lo había de ocupar el »Sr. Trelles, por ser nuestro comisionado general, el Coronel Junque»ra se negó con mucha razón á colocarse en un sitio secundario, si no »hacía lo mismo el Coronel alfonsino.—Después de unos momentos de »disputa comedida y casi galante, los dos coroneles, que sin duda re»cordaron para sí el cuento de Cervantes, cedieron los sitios preferen»tes á los comisionados civiles, y se colocaron á su derecha respectiva, »dejando á la izquierda los secretarios.—Empezó el reconocimiento y »ajuste de las listas, que duró hasta las dos. Entonces comenzaron á lla»mar por lista á los prisioneros, que formando compañías como de á cien »hombres, pasaban al lado donde debían quedar; llamáronseenseguida »otros tantos del campo contrario y repitiendo alternativamente esta »operación, hasta que pasaron á su respectivo campo todos los prisio»neros, que eran 680 militares, equivalentes á 726 unidades, los que »presentó el comisionado carlista, y 634, que equivalían á 707 unida»des, los que presentó el liberal.—Quedaron, pues, los alfonsinos de»biendo al Ejército carlista, 19 unidades.—Duró esta operación hasta »las cuatro, y una vez terminada, los comisionados y jefes volvieron »á sentarse á la mesa para concluir de arreglar sus papeles, acabando »á las seis y cuarto.—Durante las siete horas que duró el canje, las »bandas de ambos ejércitos ejecutaron alternativamente alegres jotas »y escogidas piezas de música.—Entre el inmenso gentío que lo pre»senció, habia varios jefes y oficiales carlistas y alfonsinos, que asis»tieron por mera curiosidad, y que pasearon mezclados conversando »amigablemente, luciendo unos y otros airosos uniformes.—También »estaba, pero sin uniforme, y de mero espectador, el General Marqués »de Valde-Espina, á quien fué á saludar el Coronel Sr. Llull.—A las »seis y media, después de despedirse amistosamente los dos jefes, se »retiraron á sus líneas respectivas, y montados á caballo con sus co»rrespondientes séquitos, dirigiéronse al centro espada en mano, se »saludaron, y cada cual hizo desfilar su fuerza en la misma forma que »entró en el campo.—Tal fué el magno espectáculo que tanto dió que »hablar á los periódicos de la época.—La prensa liberal quiso sacar »partido de este acontecimiento, presentando como partidarios de sus »ideales políticos á la mayoría de los espectadores que estuvieron en »Viana.—Nada más inexacto.—De otro modo, no se explicaría por qué »nuestras fuerzas recibieron al entrar y salir innumerables vivas, y los »liberales ni uno sólo, y que las gentes diesen el expresivo grito de »*¡viva lo bueno!* ya que les estaba prohibido vitorear á Carlos VII, á fin

»de no ser provocativos con el enemigo.—Cuando tocaba la música »carlista, el prado se llenaba de parejas que bailaban alegremente, y »por bailables que fuesen las piezas ejecutadas por la banda liberal, »nadie se movía.—Terminaremos con una frase de un voluntario car- »lista.—Como las fuerzas estuviesen siete horas en la formación, se »cansaban ya, y con este motivo dijo con mucha gracia, refiriéndose »á los prisioneros del enemigo: *Más trabajo cuesta canjearlos que co- »jerlos.*»

Además del canje de Viana, celebróse en Julio otro, también en el Norte, pero no tan importante, suspendiéndose al fin tan loables actos por imposibilitarlos la prisión del Obispo de Urgel, así como las medidas de rigor que adoptó el Gobierno de Madrid contra los bienes y personas de los carlistas, ordenando secuestros y otras disposiciones vejatorias, entre ellas el destierro á las Vascongadas y Navarra de todos los parientes de los carlistas, á propósito de lo cual dijo por entonces *El Cuartel Real*, y reprodujo más tarde el escritor liberal don Antonio Pirala en su *Historia Contemporánea*, que debían haber sido enviados á terreno dominado por los carlistas, D. Alfonso XII, como pariente de Don Carlos, y la Infanta D.ª Isabel, como hermana política del General carlista, Conde de Caserta, lo cual no dejaba de ser chistoso y oportuno.

Sea por unos ó por otros, el caso es que en las guerras civiles se hace siempre más difícil que en las extranjeras el humanizarlas, pues, desgraciadamente, no faltan nunca en uno y otro campo algunos partidarios ó guerrilleros que con sus tropelías estorban y hasta impiden la realización de los buenos deseos y propósitos de las tropas regulares organizadas en verdadero ejército y mandadas dignamente por caballerosos jefes militares.



D. JOSÉ PEREZ DE GUZMÁN

Capitulo XXX

Acciones de Lumbier y de Miravalles-Oricaín.—Vuelta del General carlista Dorregaray al Norte.—Procesos incoados contra dicho General y otros jefes carlistas.

Decididos los liberales á hacerse fuertes en la línea de Sos, Sangüesa y Lumbier, salió el 3 de Septiembre el General Reina de Pamplona por Huarte y Villalba, llegando al medio día á la vista de Aoiz, con cuatro batallones, dos escuadrones y dos baterías montadas. Los carlistas ocupaban este punto con cinco compañías situadas en atrincheramientos de campaña ligeramente construídos, y resistieron tenazmente los porfiados ataques de los alfonsinos; pero al fin retiráronse á la sierra, aunque no sin hacer bastantes bajas al enemigo, el cual atacó con pertinacia y valentía.

De resultas de estas operaciones quedaron las tropas liberales en la siguiente disposición: El Comandante General del primer Cuerpo de Ejército, General Reina, con tres batallones y tres baterías, en San-

güesa; el Brigadier Otal, con otros tres batallones, en Lumbier; y los brigadieres Golfín y Garrido, con siete batallones, en Berdún y Salvatierra.

Todo el mes de Septiembre y principios de Octubre se empleó por ambos ejércitos en reconocimientos y en mejorar sus respectivas defensas, con varia fortuna aquellos, pero con pérdidas de poca importancia. Sin embargo, desembarazado el Jefe de Estado Mayor General carlista de otros cuidados, reforzó la Brigada de Larumbe, que era la fuerza carlista que se hallaba en aquella línea, con la Brigada mandada por S. A. R. el Conde de Caserta, reuniéndose así por aquella parte siete batallones carlistas con la Batería de Montaña de Reyero y la Sección Plasencia de Saavedra.

En estas circunstancias, el Brigadier de Artillería Pérez de Guzmán, como Jefe de Estado Mayor del General Pérula, ordenó al Brigadier Larumbe y al Coronel Zugasti que se apoderasen de la ermita-fuerte de la Trinidad de Lumbier, llave de la población y de la sierra que la domina, y dispuso al propio tiempo que el Brigadier Conde de Caserta ocupase las posiciciones de Aoiz para entretener al enemigo y romper el fuego sobre el pueblo.

El bizarro y veterano Brigadier Larumbe no vaciló un punto, y lanzando el 9.º Batallón de Navarra al fuerte, rompió vivísimo fuego de fusil y de cañón sobre sus defensores, situando los tres cañones Plasencia á sesensa pasos del mismo. Más de veinticuatro horas resistieron los liberales el ataque «con un valor digno de mejor causa», palabras textuales del parte oficial del General carlista; pero destrozado el edificio y cortadas las comunicaciones con Lumbier, lo abandonaron temiendo el asalto, pero sufriendo en cambio la pérdida de diez y seis hombres muertos, cincuenta y seis heridos y doce prisioneros, además de muchos fusiles y municiones.

Entretanto, las restantes tropas liberales inmediatas no pudieron romper la línea carlista porque el General Pérula y el Brigadier Pérez de Guzmán habían avanzado desde Domeño con los batallones 1.º y 3.º de Navarra, la Batería de Montaña de Llorens y dos escuadrones, y habían inutilizado los puentes de Agoz y Zugasti por donde podían haber acudido los alfonsinos.

Tal fué la valerosa conquista del fuerte de la Trinidad, realizada el día 30 de Octubre de 1875, concordando perfectamente nuestra relación con el parte oficial del Ejército liberal inserto en la *Narración militar de la guerra carlista*, escrita por el ilustrado Cuerpo de Estado Mayor del Ejército.

Durante la noche de dicho día, reconocieron el General carlista

Pérula y su Jefe de Estado-Mayor, Brigadier Pérez de Guzmán, el recinto para ver si se podía entrar en Lumbier antes de la llegada de socorros. que no podían menos de esperarse. Pero los muros eran fuertes y no quisieron los carlistas exponerse á tener bajas inútiles, á pesar de lo cual tomó el Jefe de Estado-Mayor General carlista sus disposiciones para recibir al Ejército alfonsino que avanzaba ya por la carretera de Monreal y las de Aibar y Sangüesa, en número de unos doce mil hombres, anunciándose los liberales rompiendo el fuego sobre la Trinidad y logrando que entrasen en Lumbier seis batallones, si bien dejando en el camino seis muertos y quince heridos.

Amaneció el 22 de Octubre, y el Jefe de Estado-Mayor General carlista Pérula (acompañado siempre de su Jefe de Estado-Mayor el Brigadier de Artillería Pérez de Guzmán), ordenó que el Brigadier Larumbe sostuviera á todo trance sus posiciones de la sierra de Leyre, con el 9.º Batallón de Navarra, cuatro compañías del 10.º, otras tantas del 1.º y ocho piezas de Artillería de Montaña de las baterías de Reyero y Ortigosa, quedando cuatro compañías del 9.º Batallón en Castillo Nuevo y otras cuatro del 10.º en Bigüeral. La regata del valle de Salazar y su defensa se encomendó á S. A. R. el Brigadier Conde de Caserta, con dos medios batallones del 1.º y 3.º de Navarra, todo el 4.º de la misma División y cuatro cañones de la Batería de Montaña de Llorens, escalonadas dichas fuerzas desde las alturas que dominan Arboniés y Domeño hasta la sierra de Napal.

A las once de la mañana dirigióse hácia las posiciones carlistas una fuerte columna liberal compuesta de diez y seis batallones, dos regimientos de Caballería y numerosa Artillería, dirigiéndose dichas tropas por la carretera de Domeño, mientras otros dos batallones alfonsinos se encaminaban á Rípoda.

A la una de la tarde rompieron los liberales el fuego de Artillería sobre la Trinidad, mientras cuatro compañías subían á la carrera para tomar la sierra, haciéndolas retroceder algunas compañías de los batallones 1.º y 9.º de Navarra. Una hora después la Brigada alfonsina de Goñi intentaba un verdadero asalto, protegido por el incesante fuego de cañón y fusil de la plaza. El Brigadier carlista Larumbe hizo frente á dicha Brigada en momentos imponentes por la clase de roca de la sierra y por el continuo reventar de granadas, cruzándose al fin las bayonetas de alfonsinos y carlistas en un choque violentísimo; al cabo de algunos instantes de extrema ansiedad y de lucha desesperada, la Brigada liberal de Goñi retrocedió á la carrera, despeñándose muchos soldados por la pendiente, sufriendo más de seiscientas bajas y perdiendo trescientos fusiles en la bajada del monte.

Siguióse á esto un largo cañoneo por el centro contra los carlistas, durante cuatro horas, y emprendieron los liberales su ataque contra Domeño y Arboniés; pero la Artillería carlista se defendió disparando de frente desde los altos de Domeño y Orradre, y de flanco desde el portillo de Leyre. A las cuatro de la tarde el combate era general en toda la línea y los alfonsinos trataban inútilmente de avanzar hácia Usún y el alto de Domeño cuyas posiciones defendía S. A. R. el Brigadier Conde de Caserta.



D. ROBERTO DE BORBON
DUQUE DE PARMA

Este valeroso Príncipe, acompañado de S. A. R. el Coronel D. Roberto de Borbón, Duque de Parma, había distribuido sus fuerzas con notable acierto: había colocado dos compañías del Batallón 3.° de Navarra sobre Usún; dos compañías del 4.° al pié del alto de Domeño, con dos cañones; las restantes del 4.° en sierra Orradre, frente á Arboniés, con otras dos piezas de Artillería, y las compañías del Batallón 1.° de Navarra sobre Domeño, formando reserva con dos compañías del 3.° cuya reserva entró desde luego en fuego á causa de correrse el enemigo por la derecha. Estas tropas carlistas defendieron admirablemente sus posiciones impidiendo que los liberales rompiesen el centro, aisla-

sen á la Trinidad y que tuvieran, por consiguiente, que rendirse sus defensores. Por fin, después de una brillante carga á la bayoneta dada por algunas compañías del 4.º Batallón de Navarra, decidióse la retirada general de las tropas alfonsinas.

Sin embargo, al anochecer intentaron éstas nuevamente el apoderarse de la Trinidad con una Brigada de refresco, pero no avanzó tanto como la de Goñi, por lo cual su retirada fué mucho más ordenada.

A las siete y media de la noche terminó por completo el combate en el que el Ejército liberal dispuso de un total de treinta batallones y treinta y seis piezas de Artillería con las que hizo tres mil seiscientos disparos sobre la Trinidad y seiscientos sobre el resto de las posiciones carlistas, sufriendo doscientos muertos y novecientos heridos (entre ellos ochenta jefes y oficiales) y perdiendo algunos prisioneros. Las bajas de los carlistas fueron cuatro muertos y cuatro heridos en la ermita, y en el resto veinte y siete muertos y ciento quince heridos, entre ellos el Teniente Coronel de Artillería Reyero y los jefes de Infantería Seidel y Gareteca.

La versión liberal de esta jornada difiere muy poco de la descripción que acabamos de hacer de la misma, y en realidad de verdad, tan obstinado y rudo fué el avance del Ejército liberal como tenaz y valiente la resistencia de los carlistas. Rasgos de temeridad hubo por ambas partes, y si los brigadieres carlistas Conde de Caserta, Larumbe y Pérez de Guzmán, y hasta el mismo General Pérula, hicieron prodigios, así como su Artillería dirigida con el mayor denuedo por Reyero, Llorens, Ortigosa y Saavedra, contestando sin cesar al sostenido fuego de las baterías liberales de á 10 centímetros en medio de la granizada de piedras que llovían sobre todos y que eran otros tantos proyectiles; si la Infantería carlista, en fin, con sus vigorosas cargas reverdeció los laureles de Somorrostro y de Abárzuza, también la Brigada liberal de Goñi, y los generales Reina, Espina y Cuadros, el Brigadier Araoz, los comandantes Mendoza y San José y otros muchos jefes liberales, cuyos nombres sentimos no recordar, sostuvieron valerosamente el honor de las armas alfonsinas.

Al día siguiente, y en los sucesivos, el temporal de agua y viento que se desató, así como la falta de víveres impidió que se continuaran las operaciones por aquella zona

Tal fué el brillantísimo hecho de armas de Lumbier y Domeño, cuya victoria valió al General improvisado Pérula que Don Carlos de Borbón le agraciase con la Gran Cruz de San Fernando, y que afirmó la justa reputación militar de que ya gozaba el entendido Jefe de Estado Mayor

del General carlista Pérula, nuestro querido compañero de Africa y del Norte, el Brigadier de Artillería carlista D. José Pérez de Guzmán.

—

Para terminar las operaciones acaecidas durante el tiempo que el General carlista Pérula desempeñó el alto cargo de Jefe de Estado-Mayor General del Ejército del Norte, réstanos hablar de las acciones libradas en los alrededores de Pámplona para levantar los liberales el bloqueo de dicha plaza.



D. ALEJANDRO REYERO

Las baterías, zanjas y posiciones elegidas por los carlistas en San Cristóbal, Alzuza, Oricaín y sus inmediaciones, dominaban con sus fuegos á la capital de Navarra desde fines del año anterior, haciéndola sentir, por consiguiente, el peso de los fuegos carlistas, ya que los liberales, á su vez, hacían lo propio con cuantos pueblos de las merindades de Estella y Puente-la-Reina se hallaban dominados por sus cañones.

Atento el General en Jefe liberal Quesada á esta consideración, dió sus órdenes precisas á los comandantes en jefe de sus cuerpos de Ejército, para que coadyuvasen unidos, bajo su inmediata dirección, al lo-

gro de sus deseos; y como quiera que las acciones llamadas de Miravalles y Oricaín constituyen, quizás, la mejor de sus glorias militares haremos un detenido estudio de ellas, máxime cuando á la vez deseamos poner las cosas en su lugar por encontrar erróneo mucho de lo que sobre este asunto dice en la *Historia contemporánea* el escritor liberal D. Antonio Pirala, cuyo relato lastima el buen concepto militar de uno de los más activos y esforzados jefes del Ejército carlista, el Brigadier D. Marcelino Martínez de Junquera, cuya brillante hoja de servicios merece, por lo menos, la consideración de amigos y adversarios: bástenos decir que apenas salió del Colegio de Infantería ganó ya una Cruz y el grado de Teniente en la gloriosa campaña de Africa; que en la de Cuba obtuvo los empleos de Capitán y Comandante; y, en fin, que en el campo carlista distinguióse tanto que conquistó al frente del Batallón 6.º de Navarra el ascenso á Coronel por la expedición á Calahorra y la faja de Brigadier en la batalla de Zumelzu.

El equivocado relato que de las operaciones de Alzuza, Miravalles y Oricaín hace el historiador Pirala no ha sido confirmado por la versión oficial del Cuerpo de Estado-Mayor del Ejército liberal en su *Narración militar de la guerra carlista*, y esta circunstancia creemos que robustece nuestra opinión sobre tan delicado asunto.

Dos cargos principales pesan sobre el Brigadier carlista Junquera, según la apreciación particular del Sr. Pirala. Es el primero que el citado Jefe nada había hecho en la línea encomendada á su defensa, *ni la conocía, á pesar de llevar en ella cerca de dos meses.* Es el segundo cargo, que Junquera había perdido la posición de Alzuza, por mala colocación de sus fuerzas, y que á la llegado del General Pérula y de su Jefe de Estado-Mayor, el Brigadier Pérez de Guzmán, con refuerzos, *nada pudieron ya hacer por estar perdido todo, significando su desagrado al Brigadier Junquera.*

El primer cargo lo consideramos enteramente gratuito y acusa un completo desconocimiento de los antecedentes y servicios del Brigadier Junquera, cuyos empleos todos los había ganado al frente del enemigo, y cuya actividad era tan proverbial desde lo de Somorrostro, Calahorra y Zumelzu, que al encargársele posteriormente de las fuerzas que debían impedir la unión de las tropas liberales del Baztan con las de Guipúzcoa, tanto el General en Jefe Conde de Caserta, como su Jefe de E. M. G., Brigadier Brea, enterados del estado de la línea y de las fuerzas de Junquera, descansaron tranquilos en tan brillante Jefe.

Lastimosamente se han confundido, por lo visto, las especies: no era la línea lo que el Brigadier Junquera dijo al Brigadier Montoya

que desconocía, sino el camino que debían traer los refuerzos que aquel le ofreció, procedentes de Lumbier.

Respecto á que la pérdida de la posición de Alzuza se debió á haber tenido pocas fuerzas en ella, queda á nuestro juicio desvanecida esta idea, sin más que echar una ojeada al mapa, ver las escasas tropas de que disponía Junquera y la multitud de posiciones que debía defender, como veremos después por el relato minucioso que haremos de aquellas operaciones. En cuanto á la reprensión de que suponen fué víctima el Brigadier Junquera, con referencia al caballeroso Jefe de Estado-Mayor, Brigadier Pérez de Guzmán, le hemos consultado el caso, y nada más explícito que la contestación de nuestro querido compañero el citado jefe Pérez de Guzmán quien en carta dirigida al autor de estas líneas dice así: «*Montoya y Junquera siempre se portaron como jefes* »*entendidos y muy valerosos. No es cierto que en el período de la gue-* »*rra citado fuese reprendido Junquera, sino que, por el contrario, se* »*le otorgaron alabanzas muy merecidas.*»

Desvirtuadas, pues, á nuestro juicio, las aseveraciones del historiador Pirala, pasemos á la prolija narración de los hechos, fundándola en referencias oficiales.

Mes y medio haría, próximamente, que había sido encargado de sostener el bloqueo de Pamplona el Brigadier Junquera; durante este tiempo recibió la misión de atrincherar sus tropas en las posiciones más convenientes, y desde ellas lanzar los proyectiles de la Batería Krupp, de á 8 centímetros (mandada por el bizarro Teniente Coronel Fernández Negrete) sobre la citada plaza fuerte liberal. Las tropas que tenía á sus órdenes Junquera para cubrir desde Miravalles á Sarasa, eran el Batallón 8.º de Navarra, mandado por el Coronel Garrido, un Batallón de Valencia, la partida llamada del Carrascal, una Compañía de Ingenieros, un Escuadrón del Regimiento de Castilla, una pieza de Artillería, sistema Plasencia y una Sección de la Batería de Montaña de Ortigosa.

La distribución de estas fuerzas el día 22 de Noviembre en que dieron comienzo las operaciones de que nos ocupamos, era la siguiente: La partida del Carrascal, fuerte de unos cien hombres y algunos caballos, ocupaba el pueblo de Alzuza, el alto pequeño de Huarte y las avenidas de Ardanaz. El alto de Miravalles lo guarnecía una Compañía, en observación del camino de Burlada, otra el alto de Arre, y otra el alto del polvorín hasta la subida del monte de San Cristóbal. En la meseta de esta altura había dos compañías, y la de Ingenieros estaba en el fuerte en construcción. Medio Batallón de Valencia cubría desde el monte de Vallariain hasta Aldaz, debiendo advertirse que el citado

Batallón no tenía más que unas cuatrocientas plazas. Solamente, pues, con dos batallones y medio, ó á lo sumo tres contando toda la fuerza, iba el bizarro Brigadier Junquera á luchar ó, por lo menos, á recibir el primero el empuje de las brigadas liberales de Goñi y de Santelices, compuestas de ocho batallones aguerridos, bien completos y apoyados, además, por mayores fuerzas.

En efecto, el General en Jefe liberal había dispuesto sorprender á los carlistas que defendían la importante posición de Alzuza; las fuerzas de apoyo de que hemos hablado eran una Brigada y la División de la Ribera, sumando en junto diez batallones, seis baterías montadas, tres de Montaña y numerosa Caballería, debiendo dirigir las primeras fuerzas y la vanguardia el General Espina.

Compárese este lujo de fuerzas con las de los carlistas, sobre todo en el primer día de la acción, pues las que al tercer día llegaron con el General Pérula y el Brigadier Pérez de Guzmán no podían compararse con las desplegadas al fin por los liberales, las que llegaron á constituir un total de veinte y dos batallones, cuatro regimientos de Caballería y las nueve baterías de que ya hemos hecho mérito; y si bien tenian los carlistas establecidas desde San Cristóbal hasta Lumbier además de la Brigada de Junquera las de Montoya y Larumbe, hay que tener en cuenta que estos otros dos brigadieres carlistas ocupaban posiciones cuya conservación no importaba menos que las del Brigadier Junquera, por lo que si bien tenían encargo de hacer frente al enemigo y hostilizarle de frente y de flanco, no pudieron impedir que el peso de los combates recayese sobre las fuerzas del Brigadier Junquera.

Rompió, pues, la marcha el General liberal Espina (del Cuerpo de Ejército del General Reina) viéndose hostilizadas sus tropas desde el primer momento, ó sea desde que entraron en Urroz, por algunas fuerzas del 4.° Batallón de Navarra, perteneciente á la Brigada de Montoya. Desde Urroz dirigiéronse las brigadas de Goñi y de Santelices hácia Elcano y Egües, con la intención deliberada de tomar posesión del Alto de Alzuza custodiado, como hemos dicho, por la partida del Carrascal de la Brigada de Junquera.

Temiendo este Brigadier que la resistencia que la expresada partida pudiera hacer al enemigo no fuera bastante á contenerle, envió una Compañía en su apoyo, la cual llegó tarde, pues el empuje de los liberales, tan superiores en fuerzas, fué harto rudo y rápido y no dió tiempo para impedirlo.

Cerró la noche del 22 ocupando el Ejército alfonsino los pueblos de Ibiricu, Elcano, Egües y Alzuza, limitándose los carlistas á hostilizar

al enemigo desde las alturas más próximas. Durante el día el General Reina avanzó desde Lumbier hasta Monreal y Zulueta con una Brigada y la División de la Ribera. Tanto la partida del Carrascal como las compañías del 8.º de Navarra se batieron á la desesperada, hasta el punto de agotar sus municiones, *con un arrojo sin igual* (palabras del parte oficial carlista).

La toma de Alzuza por los liberales hacía muy comprometidas las posiciones defendidas por el Brigadier carlista Martínez Junquera, por lo cual solicitó éste el apoyo del Coronel Mendoza que era quien se hallaba más próximo con fuerzas del 4.º Batallón navarro, enviando Junquera al fuerte de Sorauren dos compañías y la Sección de Artillería de Montaña, á las órdenes del Coronel Garrido, y esperando él los acontecimientos en Villaba: situó la partida del Carrascal en Zabaldica, algunas compañías del 8.º de Navarra delante de Villaba y en las alturas de San Cristóbal y Arrúe, y el Escuadrón de Castilla á la salida de Huarte, dejando á cargo del Batallón valenciano la defensa de la derecha de su línea.

Así las cosas, amaneció el día 23, y el General Quesada que el día anterior había llegado á Pamplona con sus fuerzas, y presenciado la mayor parte de la acción librada por los generales Reina y Espina, ordenó á la Artillería de la plaza y á las baterías de á 10 centímetros que apoyasen el movimiento proyectado para el 23, ó sea la toma de Huarte y Miravalles, secundada dicha Artillería por la del Cuerpo de Ejército del General Reina desde Alzuza.

Unidas, pues, las fuerzas que había conducido bajo su inmediato mando el General en Jefe liberal con el Cuerpo de Ejército del General Reina, dirigiéronse hácia Huarte y Miravalles con rapidez y decisión, no sin oponerles resistencia bizarra las tropas carlistas que además de defender sus líneas con fuego de Infantería y Artillería, dieron repetidas cargas á la bayoneta. Nada pudo, sin embargo, contrarrestar el pausado, pero imperturbable avance de las fuerzas liberales que al cerrar la noche no sólo se habían posesionado de Huarte, sino que habían llegado hasta Villaba y el monte de San Cristóbal.

El Ejército carlista había sido, por tanto, despojado de sus más importantes posiciones, sin que bastara á impedirlo el proverbial valor de los batallones carlistas, en apoyo de lo cual no podemos menos de copiar el siguiente párrafo del parte oficial del Brigadier Junquera: «Las fuerzas enemigas á las doce de la mañana se hallaban en todo mi »frente desde Alzuza hasta Losa, desarrollándose en masas desde dife- »rentes puntos, y todos sus movimientos me daban á conocer que res- »pondían á un plan general de ataque diestramente previsto y combi-

»nado: y desde luego supuse que su objetivo sería el vértice del ángulo »que presentaba mi línea en el alto de Miravalles. Así fué, Excmo. se- »ñor, y comprendiendo que dicho alto era la parte más debil, guarne- »cida sólo por unos veinte y ocho hombres, en él me situé desde el »amanecer con mi Jefe de Estado-Mayor, Ayudante y oficial de ór- »denes.»

Suponiendo el Brigadier Junquera con razón que continuaría la batalla al día siguiente, colocó la Caballería en observación de Villaba, desde el puente de Arrúe y camino de Huarte, y se situó él en los altos de Sorauren, esperando el refuerzo del 6.º Batallón de Navarra y cuatro piezas de la Batería de Llorens.

Se aproximaba el desenlace, llegamos ya al tercer día de batalla.

Al amanecer se pusieron en movimiento el General Espina, desde Santa Eufemia, y el General en Jefe con el General Reina, desde Villaba; el primero contra el cerro de Ichurre y los otros contra San Cristóbal, echando mano de todas sus fuerzas, pues los carlistas habían extremado sus defensas en los puntos atacados, en términos de tener que ordenar el General Quesada que se suspendiese el avance, *porque aumentaba por momentos la resistencia de los carlistas.* (Palabras de la *Narración Militar de la Guerra Carlista*, escrita por el Cuerpo de Estado-Mayor, tomo VII, página 299).

Al dirigirse el General Reina á Oricaín fué rechazado por sus enemigos, como así se consigna en dicha *Narración*: «Reina había inicia- »do personalmente el combate con gran acierto y valor... y las tropas »avanzaron con incomparable resolución, á pesar de la tenaz resisten- »cia de los carlistas; pero cuando ya casi podían considerarse vencedo- »ras, fueron rechazadas por vigorosas cargas de los defensores de aque- »lla formidable posición.» El General Reina se cubrió de gloria aquel día, pues á pesar de lo expuesto y de haber recibido orden del General Quesada para que se retirase, siguió imperturbable en su empeño, logrando al fin con su serenidad y valor hacerse dueño de tan disputada é importante posición.

También el valor de las tropas carlistas rayó á gran altura aquel día, contribuyendo poderosamente á que fuesen al fin vencidas el haberse llegado á agotar sus municiones, así como la gran superioridad numérica de sus enemigos; y ya que nos hemos complacido en hacer justicia á la bravura de las tropas liberales, permítasenos copiar algunos párrafos del parte oficial carlista, como hemos copiado otros de la *Narración* debida al Cuerpo de Estado Mayor, toda vez que resultan en honor de la Patria los rasgos de heroismo de carlistas y liberales, ante la consideración de ser unos y otros españoles.

Refiriéndose en el parte oficial carlista el ataque al monte de Oricaín, el Brigadier Junquera se expresa así: «El combate se hizo gene-»ral en toda la línea, de una y otra parte. Con anterioridad el digno »Coronel Garrido me envió á las alturas de Eraso una Compañía de »refuerzo que situé convenientemente, dominando las ventas de Ori-»caín. Con los fuegos de esta Compañía y los certeros disparos de la »4.ª Batería de Montaña, al mando del sereno Capitan Llorens, que le »situé á mi lado, como á unos setecientos metros del puente, conseguí »varias veces contener al enemigo sobre las alturas de Sorauren: en »tanto, tres compañías escasas del Coronel Garrido y la Partida del »Carrascal se batían con indecible ardor sobre las trincheras que do-»minan los pueblos de Oricaín y Arrúe. A las tres, próximamente, el »enemigo apenas había podido adelantar un paso, y advirtiéndome que »en aquel momento llegaba á Sorauren el 6.° de Navarra, con tanta »ansiedad esperado, le envié la orden de reforzar con cuatro compa-»ñías cada uno de los altos de Sorauren y el de Eraso, donde me en-»contraba. Con este refuerzo el valeroso 8.° Batallón, ya apenas sin »municiones y con el armamento en extremo inutilizado, efecto de la »malísima munición, avanzó con los valientes del 6.° y de la Partida »del Carrascal, dando una brillante carga á la bayoneta, llevando á su »frente al Coronel Garrido y los jefes y oficiales de estos bravos volun-»tarios: en ella cayeron heridos el valiente Coronel del 8.°, el Coman-»dante Hoyos y el capitán Gómez, y muertos los capitanes Alonso y »Castro, el Teniente Fernández y algunos otros, dando todos ejemplo »de valor y fiereza sin igual, á la vez que desde la carretera algunos »jinetes del primer Escuadrón de Castilla, por un terreno de cabras, »cargaron con tal arrojo y oportunidad sobre el enemigo yendo al fren-»te su bizarro Capitán Rios Pinzón, que dejaron á su retaguardia más »de ochenta hombres, de los que sólo se pudieron conservar como pri-»sioneros nueve, por lo accidentado del terreno y escasez de nuestras »fuerzas..... Todos hacían esfuerzos sobrehumanos: la pieza de la 4.ª »de Montaña del mando del Alférez Hidalgo disparaba su último bote »de metralla y los infantes la defendieron con sus valientes artilleros, »animándolos con su ejemplo el expresado Alférez á pedradas, logran-»do retirarla haciendo esfuerzos inauditos.»

Las pérdidas de los alfonsinos fueron veinte y cinco muertos, ciento cincuenta heridos, veinte y siete contusos y nueve prisioneros; las bajas de los carlistas fueron próximamente, las mismas.

He aquí descritos los príncipales episodios de los combates de Miravalles-Oricaín, cuya victoria liberal fué el resultado de una combinación estratégica ideada y llevada á cabo admirablemente por el Gene-

ral en Jefe liberal Quesada quien logró hábilmente, y gracias á sus poderosos elementos de combate, contrarrestar los esfuerzos que por socorrer la línea del Brigadier Junquera hicieron el General Pérula y su Jefe de Estado Mayor, el Brigadier Pérez de Guzmán.

Estas operaciones fueron, quizás, las más importantes de las realizadas por el General Quesada en el período de su mando en el Norte,



D. JOSÉ GARCÍA ALBARRÁN

y tanto debió creerlo así el Gobierno de D. Alfonso, que le concedió el Marquesado de Miravalles y al digno General Reina el Condado de Oricaín.

—

No puede ser, seguramente, objeto de la presente obra el estudio detallado del mando en Jefe del General carlista Dorregaray en el Centro, ni el de su paso por Cataluña, cuyo trabajo se desarrollará, Dios mediante, con todo género de consideraciones y detenido é imparcial exámen de antecedentes, hechos y consecuencias, al describirse las campañas del Principado y de Aragón, Valencia y el Maestrazgo.

Unicamente corresponde, pues, en la presente obra tener en cuenta y reseñar ligeramente la disolución del Ejército carlista del Centro, y los combates á que dió lugar el regreso al Norte del citado General, con las exíguas fuerzas carlistas que le acompañaron.

Al ser nombrado General en Jefe del Ejército carlista del Centro D. Antonio Dorregaray, recibió dicho General una carta de Don Carlos de Borbón, en la que este Augusto Señor le decía, entre otras cosas, lo siguiente: «Te he confiado el mando superior de mi Ejército del Cen»tro, de esa heróica vanguardia de aragoneses y valencianos que bajo »tu inteligente dirección ha de abrirme las puertas de Madrid.»

A cumplir, pues, este programa se dirigieron, sin duda, los esfuerzos del General en Jefe carlista que marchaba al Centro precedido de la fama de su fortuna en los combates del Norte, y acompañado de distinguidos generales, jefes y oficiales procedentes del Ejército vasco-navarro, entre los que se contaban los ilustres Oliver, Alvarez, Albarrán y Adelantado, como oficiales generales, y los coroneles Boet, Ordoñez, Oriol, Doñamayor y otros no menos valientes y entendidos.

Tanto de los generales Dorregaray, Oliver y Alvárez, como de los coroneles Ordoñez, Boet, Oriol y Doñamayor, hemos ya hablado en otros capítulos, así que únicamente daremos aquí alguna idea de los antecedentes y servicios de los brigadieres García Albarrán y Adelantado.

El Brigadier carlista D. José García Albarrán figuró en las filas carlistas en la primera guerra civil, desde 1838. Adherido al Convenio de Vergara, sirvió en el Ejército de Isabel II, distinguiéndose tanto en Filipinas como en la gloriosa guerra de Africa en la que ganó la cruz de San Fernando y el empleo de Teniente Coronel. Ascendido á Coronel por antigüedad mandó varios regimientos de Infantería y no hallándose conforme con la Revolución, solicitó, como tantos otros, su licencia absoluta é ingresó en el Ejército carlista del Norte, asistiendo á la batalla de Abárzuza, á la acción de Oteiza, á las operaciones de Alava y del Carrascal, y pasó después al Centro, en donde se distinguió notablemente en la acción de Checa y, sobre todo en la defensa de Cantavieja, no rindiéndose si no después de rechazar con escasas fuerzas un asalto y obteniendo una capitulación honrosísima.

El Brigadier carlista D. Fernando Adelantado procedía del Cuerpo de Estado Mayor del Ejército y no hallándose tampoco conforme con el Gobierno revolucionario presentóse en Cataluña á defender la bandera carlista. Pero militar siempre, y no creyendo que lo era tanto como él deseaba el Ejército carlista del Principado, presentóse en el del Norte, tomando desde luego parte muy importante en las operaciones de Somorrostro y distinguióse después como primer Jefe del Batallón de la Rioja. Más tarde, al pasar el General Dorregaray al Centro, pidió y obtuvo ser destinado á sus órdenes, dándosele á mandar la Comandancia General de Valencia.

Como (repetimos) no es nuestro ánimo tratar detenidamente aquí de la guerra en el Centro, ni de los servicios que unos y otros jefes prestaron, ni de la reorganización é instrucción de las fuerzas carlistas, ni de las empresas que se llevaron á cabo, de ahí que dejando al General en Jefe D. Antonio Dorregaray la responsabilidad de sus actos, así como la honra ó el desprestigio de su gestión militar, vengamos á la formación del Ejército liberal mandado por el Teniente General, don Joaquín Jovellar, ya que fué dicho Ejército el que acabó con el de los carlistas del Centro, empujándolo primero hacia Cataluña, y contribuyendo luego en unión del Ejército liberal del Principado á abrumar por la acción del número y de poderosos elementos de combate al Ejército carlista del Norte, en donde se terminó la última guerra civil.

Algún tiempo vaciló el Gobierno de Alfonso XII en escogitar el mejor medio de concluir con la guerra carlista. Unos preferían caer desde luego sobre el Norte, con el mayor número de fuerzas posible: otros preferían lo contrario, empezar por el Centro, y otros, en fin, por ambos puntos á la vez. Pero como para este último plan no creían contar los alfonsinos con una masa abrumadora de fuerzas que fuera suficiente á deshacer á la vez los dos citados ejércitos carlistas, decidiéronse al fin por el segundo plan, es decir, acometer el Centro, seguir á Cataluña y terminar cayendo sobre el Ejército carlista del Norte todas las tropas liberales disponibles para operaciones en España.

A este fin se dieron las órdenes oportunas, y en 1.º de Junio de 1875 se constituyó el Ejército liberal del Centro al mando, como ya hemos dicho, del General Jovellar, en la forma siguiente: Jefe de Estado-Mayor General, el Mariscal de Campo Azcárraga; cuatro divisiones mandadas por los mariscales de Campo Montenegro, Salamanca, Weyler y Esteban, con ocho brigadas á las órdenes de los brigadieres Cassola, Morales, Sequera, Borrero, Lasso, Calleja, Baile y Chacón, arrojando las fuerzas un total de cuarenta mil hombres, tres mil caballos y cuarenta cañones.

En cambio el Ejército carlista del Centro habíase reducido por entonces á cuatro divisiones, pero bien cortas, por cierto: la de Aragón, mandada por el General Gamundi y el Brigadier Boet, y compuesta de tres brigadas á las órdenes de los coroneles Madrazo, Pallés y Carrasco, con un total de cuatro mil hombres y trescientos caballos; la del Maestrazgo, mandada por el General Alvarez Cacho de Herrera, compuesta de tres brigadas á las órdenes de los coroneles Vizcarro, Martí y Agramunt, con un total de tres mil setecientos hombres y otros trescientos caballos; la de Valencia, mandada por el Brigadier Adelantado, compuesta de mil ochocientos hombres y doscientos caballos; y la

de Castilla, mandada por el General D. Manuel S. Palacios y el Brigadier Albarrán, compuesta de mil infantes y cincuenta caballos; arrojando todas las tropas del Centro (por aquella época) un total de diez mil quinientos hombres y unos novecientos caballos, con cuyas fuerzas había de oponerse Dorregaray á los cuarenta mil hombres, tres mil caballos y cuarenta piezas de Artillería del Ejército alfonsino del Centro.

El General en Jefe carlista, en vista de la considerable desproporción de fuerzas en que se encontraba con relación á las del Ejército liberal, y dadas las deficiencias del armamento de que disponía, así como la escasez de municiones, reunió Consejo de generales en el que, expuestas las opiniones de cada uno, se resolvió por unanimidad de votos, salir del Centro y dirigirse al Norte á fin de armarse y municionarse convenientemente para regresar luego á su Distrito militar una vez mejoradas sus condiciones de combate. En lo único en que hubo divergencia fué en la elección del camino que debía seguirse para ello, opinando unos por Aragón y otros por Castilla, decidiéndose al fin por lo primero, no olvidándose de pasar aviso á los fuertes del Collado y Cantavieja para enterarles de los movimientos del Ejército.

Rompióse, pues, la marcha el día 1.º de Julio con dirección á Caspe, donde se juntaron á las fuerzas aragonesas el 3 del mismo mes. De allí pasaron al Alto Aragón con idea de penetrar en Navarra, armarse y regresar al Centro (como hemos indicado), puesto que entre el Ejército de Jovellar por retaguardia y el de Martínez Campos por el flanco, no les quedaba otro remedio sino entrar en Navarra ó Cataluña. Pero el paso al Norte también se halló en breve cubierto por el General Delatre y la Brigada de Otal que se destacó del Norte para operar en combinación con las fuerzas de aquel General. Creyendo, entonces el General Dorregaray que no podía pasar ya á Navarra, retrocedió y entró en Cataluña por la provincia de Lérida.

El Jefe de Estado-Mayor General de los carlistas del Norte, Pérula, deseoso de que se verificase la conjunción de sus tropas con las de Dorregaray, hubo de ordenar á algunos de los batallones de su mando que ocuparan los puntos más convenientes, cerca de la frontera de Aragón, por donde se suponía habían de entrar los carlistas de Aragón, Valencia y el Maestrazgo.

Los liberales, sin embargo, se anticiparon tanto á los movimientos de Pérula como á los de Dorregaray, encargándose de frustrar los planes de los carlistas el Cuerpo de Ejército del General D. José de Reina, y destacando (como ya hemos referido) á la Brigada de Otal, la que ocupó Tiermas y Sangüesa con cuatro batallones y otras tantas piezas

de Artillería, en vista de lo cual tuvieron que retirarse á Liédena las únicas cuatro compañías carlistas (del 9.º Batallón de Navarra), que se hallaban en observación del enemigo; pero enterado el General carlista Pérula del movimiento de los liberales, envió inmediatamente el resto del citado Batallón, el 10.º de la misma provincia y el de Aragoneses.

Sabedor el Brigadier liberal Otal, á su vez, del refuerzo que habían recibido los carlistas, salió de Sangüesa y al avistarles ocupando algunas estribaciones de la sierra de Leyre, en actitud de no esquivar el combate, retrocedió á Sangüesa en donde desde su llegada empezó á atrincherarse en la eventualidad de un ataque por parte de sus enemigos.

Mientras tanto, el Coronel carlista D. José Agramunt, quien con las fuerzas de su mando se había separado del grueso del Ejército de Dorregaray, sorteando como mejor pudo las varias columnas que de cerca le seguían, consiguió penetrar en Navarra con unos seiscientos hombres de la Brigada de Gandesa, con cuyos restos se formó un Batallón del mismo nombre, en el Norte.

Llegada á noticia del General en Jefe liberal la atrevida marcha del Coronel carlista Agramunt, dispuso que el Brigadier Otal saliera en el acto en su busca; pero á mitad de camino supo este jefe que los carlistas habían bajado á Lumbier, en vista de lo cual varió de dirección y al avistar la sierra, desde la que le recibían con nutridos disparos, hizo alto, desplegó sus fuerzas y resistió cuanto pudo las diversas acometidas de los carlistas, hasta que acercándose la noche y calculando que no tendría tiempo de avanzar más, se retiró Otal á Sangüesa para atender á la curación de sus heridos, sufriendo veinte y una bajas.

Conocido este resultado por el General en Jefe liberal, dispuso éste el inmediato envío de refuerzos, que fueron cinco batallones y dos baterías de Campaña, á cuyo frente marchó el General La Portilla, no pasando de Urroz por considerar ya reunidas las brigadas de Otal y de Golfín.

Creyéndose el día 21 de Agosto bastante fuertes los liberales, cayeron las tres brigadas sobre Lumbier, de cuyo punto se retiraron entonces los carlistas á la cercana sierra, al abrigo de sus atrincheramientos, pues no contaban á la sazón por allí más que con cuatro batallones de escasa fuerza.

El General La Portilla regresó á su línea; la Brigada de Otal quedó en Lumbier y la de Golfin en Sangüesa, fortificando dichos brigadieres ambos puntos en espera de los acontecimientos y de las órdenes de

su General en Jefe. La Brigada de Golfin fué reemplazada al poco tiempo por la de Goñi, para atender á la frontera de Aragón y evitar la entrada en Navarra del General carlista Dorregaray, cuyo Jefe de Estado Mayor, General Oliver, había llegado ya al Norte á dar cuenta á Don Carlos de Borbón de la entrada del Ejército carlista del Centro en Cataluña, y de los demás sucesos ocurridos anteriormente, así como para insistir en la demanda de armas y municiones para el regreso á Valencia, Aragón y el Maestrazgo.

Todavía pudo haber costado muy cara la victoria á los liberales en Cataluña, á pesar de haber caido allí sobre los carlistas los Ejércitos de los Generales Jovellar y Martinez Campos, puesto que entre las tropas del General Savalls y las del General Dorregaray reuníanse de veinte á veinte y cuatro mil hombres decididos á defenderse, y que habrían podido dar mucho que hacer si hubiesen dispuesto de municiones en abundancia, pues los voluntarios del Centro carecían casi en absoluto de ellas, y los catalanes no las tenían tampoco muy sobradas. También fué muy de sentir que en Cataluña no se recibiera como era debido por el General Savalls á las tropas carlistas del Centro qne llegaban al Principado ansiosas de pelear, como lo demostraron bizarramente en varios encuentros que tuvieron con los liberales los generales carlistas catalanes Castells y Savalls á quienes prestaron valiente ayuda, por cierto, los voluntarios del Centro, especialmente los del Maestrazgo y los de Aragón, mandados directamente por el General Alvarez y el Brigadier Boet.

El General Dorregaray empezó por fraccionar sus fuerzas por la dificultad de racionarse en grandes masas, uniéndose al General Castells los aragoneses; el General Alvarez y el Brigadier Adelantado operaron siempre con cierta independencia, pero de acuerdo con el General Savalls.

Intentó también el General Dorregaray socorrer á la plaza de la Seo de Urgel, sitiada por el General Martínez Campos; pero el General Lizárraga le disuadió de su intento por ser ya tarde, á causa de no haber sido ayudado á tiempo por el General Savalls, y porque ya no tenia más remedio que rendirse al día siguiente, 27 de Agosto.

Entonces reservóse únicamente el General Dorregaray dos batallones, el de Guías y el 1.º de Valencia, los cuales consiguieron entrar en Navarra á principios de Septiembre, así como el expresado General y su Estado Mayor; pasando por en medio de diferentes columnas liberales que trataron de cortarles el paso y obligarles á capitular ó entrar en Francia, como la mayoría de sus compañeros.

Volviendo, pues, á la guerra del Norte, ó sea retrocediendo en nues-

tra narración á los primeros dias de Julio en los que el Ejército liberal del territorio vasco-navarro tuvo noticia de la retirada del Ejército carlista del Centro y de haber éste emprendido su marcha hacia el Norte, recordaremos que el General en Jefe liberal Quesada destacó á la Brigada de Otal que se acuarteló en Lumbier y puntos inmediatos, poniéndose en relación con las tropas liberales de Aragón que habian marchado á la provincia de Huesca con el General Delatre para impedir el paso de Dorregaray á Navarra. Pero ya lo hemos dicho anteriormente, el citado General carlista no se consideró con fuerzas ni con municiones suficientes para extremar la operación, á pesar de haber llegado á romper el fuego (bien enérgicamente, por cierto) la División del Maestrazgo á las órdenes del General Alvarez, quien, sin hacer caso de la grave herida que había recibido pocos días antes, púsose al frente de los batallones de su mando con la bravura que demostró en todas ocasiones; sin embargo, el temor de una derrota por la escasez de cartuchos hizo que el General Dorregaray diera un cambio de frente y se internase en Cataluña creyendo contar con el apoyo que, desgraciadamente, no encontró en tan enérgico, decidido y fraternal sentido como hubiera sido de desear más que en el veterano y siempre heróico General D. Juan Castells.

El Jefe de Estado Mayor General del Ejército carlista, D. José Pérula, llevó también la guerra por entonces al extremo occidental de Navarra, y aparte de las reñidas acciones de Lumbier y Miravalles Oricaín, no volvieron á librarse entre unas y otras tropas beligerantes más que ligeros encuentros con varia fortuna.

—

La disolución del Ejército carlista del Centro y los últimos desgraciados sucesos dieron lugar á la formación de varios procesos.

Se empezó por el del General Oliver, que fué encausado por atribuírsele críticas, más ó menos embozadas, del Cuartel de Don Carlos, y se terminó dicha causa pidiendo el fiscal un mes de arresto para el General Oliver.

Se procesó también al General Dorregaray, quien pidió él mismo que así se hiciera á fin de que se esclareciese mejor su conducta durante su mando en Jefe en el Centro; esta causa no se concluyó, pero en lo que se llegó á instruir no pudo probarse ningún hecho en contra de la lealtad de Dorregaray, habiendo manifestado su fiscal, que lo fué el General Martínez Fortun, textualmente: «cumple á mi lealtad asegu»rar que Don Carlos me habló siempre de Dorregaray en sentido digno, »con el deseo de que se hiciese luz clara y se conociese la verdad.» Al

concluirse la guerra se expidió pasaporte para Francia al General Dorregaray, y pasó á la emigración acompañado de sus ayudantes de Campo y asistentes, manteniéndose, por tanto, dicho General en España tanto tiempo como todos los demás generales, jefes y oficiales de los que figuraban en el Norte sin mando de tropas.

También se formó causa al General Savalls por lo sucedido en Cataluña, así como al Brigadier (antiguo Jefe de Estado Mayor del Principado) D. Alberto Morera, por igual motivo; al General Mendiry, por algunos asuntos relacionados con su mando en Jefe, y por su desobediencia al Ministro de la Guerra, General Bérriz, marchándose á Francia sin licencia de éste ni de Don Carlos; fueron, en fin, también procesados el Coronel Barón de Sangarren, por supuestas tropelías contra sus subordinados, el Coronel Marqués de las Hormazas, el Teniente Coronel Herran y otros varios jefes, sin que estos procedimientos diesen más resultado práctico que el de enconar enemistades y ahondar divisiones que, desgraciadamente, existían ya entre algunos jefes superiores, debidas más que nada á rivalidades y celos mal entendidos; así que como no nos hemos propuesto ocuparnos más que en las operaciones militares de la Campaña del Norte, no hacemos de todo ello mención sino como dato histórico y sin que nos sea dable otra cosa que lamentar lo acontecido en asuntos tan delicados como los que fueron objeto de todos estos procesos de los que no resultó nada favorable para la Causa carlista.



D. ALFONSO DE BORBON Y DE AUSTRIA
CONDE DE CASERTA

Capitulo XXXI

Grave situación del Carlismo en Diciembre de 1875.—S. A. el Conde de Caserta al frente del Ejército carlista.—Formación de los ejércitos liberales de la Derecha y de la Izquierda.—Preparativos de los carlistas y situación de sus tropas, así como de los distintos cuerpos de los ejércitos alfonsinos.—Los batallones carlistas del Centro en el Norte.

Pacificado el Centro y terminada la guerra en Cataluña á fines de Noviembre de 1875, claro es que iba á caer sobre el Norte la avalancha de todos los ejércitos liberales reunidos, como preveíamos desde mucho tiempo atrás, aproximándose, por lo tanto, importantes sucesos que no era fácil esperar hubiesen de ser muy favorables para los carlistas.

En efecto; á principios de Diciembre celebró el Gobierno de Madrid detenidas conferencias con varios generales, á fin de estudiar el plan más acertado para la pacificación del Norte, así como la nueva orga-

nización que se debiera dar á las tropas liberales teniendo en cuenta las que acudirían, como refuerzo, al territorio vasco-navarro procedentes no sólo de los ejércitos alfonsinos del Centro y de Cataluña, sino que también de otras distintas zonas de España, con cuyas fuerzas y con los antiguos contingentes del Ejército del Norte, llegó á reunir el Gobierno de Don Alfonso más de ciento sesenta mil combatientes para operar contra el Ejército carlista del Norte que no disponía por entonces más que de unos treinta y cinco mil hombres en total, é incluyendo en esta cifra no solamente los de Infantería, Caballería, Artillería é Ingenieros, sino que también los de Administración y Sanidad Militar, el Clero castrense, el Cuerpo Jurídico Militar y varias fracciones correspondientes á distintos institutos que podríanse apellidar políticos aún más que militares y con cuyo auxilio no había de contarse para el plan y marcha general de las operaciones, si bien prestaron siempre excelentes servicios lo mismo en el especial de su cargo que en las acciones de guerra, cuantas veces tuvieron ocasión de probar con su valor su adhesión á la Causa carlista.

Puede, por lo tanto, calcularse que para operaciones disponían los alfonsinos de una Artillería superior en calibre y alcance que la de nosotros, y aún más que duplicada, así como de una Caballería con cuyo número no podía compararse la nuestra, y un total de combatientes cinco veces mayor que el que podían oponer los carlistas á tan poderosos elementos de combate.

No era, sin embargo, el número abrumador de enemigos el único factor con que tenían que contar en contra suya las tropas carlistas del Norte, sino que en aquellos momentos críticos tropezaban con tres obstáculos más para obtener la victoria: la falta de recursos en un país no muy rico de por sí y que llevaba ya tres años sosteniendo, casi exclusivamente con sus elementos propios, una campaña tan costosa en sangre, dinero y toda clase de sacrificios, como lo son todas las guerras, y más especialmente las modernas: tenían también entonces en contra suya los carlistas las circunstancias políticas del país, bien distintas de cuando imperaban los delirios revolucionarios, y que no podían serles ya tan favorables como en aquella otra época de constantes trastornos en que vejadas todas las clases sociales por los excesos y desafueros de la Revolución, había hasta algunos elementos liberales que prestaban, más ó menos directa y eficazmente, su apoyo moral ó material á los carlistas: finalmente, habían éstos de luchar, así mismo, con las consecuencias del sistema de guerra que, por necesidad ó lo que se quiera, se había seguido siempre y que no era fácil cambiar en las circunstancias harto comprometidas del momento, cuando faltaba

el apoyo de los carlistas del resto de España y había quedado reducido el esfuerzo del carlismo al que pudiera desarrollarse en el país vasco-navarro, ya tan padecido por la guerra.

Parecía, efectivamente, que la idea estratégica que había presidido las operaciones del Ejército carlista del Norte había sido únicamente la de constituir un Estado independiente, ó, como decía el insigne Balmes refiriéndose á la primera guerra civil, *construir una inmensa fortaleza defendida por 30,000 hombres*, sistema de guerra que más tarde ó más temprano tenía que dar fatales resultados, ocurriendo al fin lo que era lógico y natural que ocurriese en tales circunstancias, que mientras el Carlismo agotaba sus recursos, el Estado liberal, que contaba con los de casi toda la Nación, pudo ir reuniendo elementos inmensamente superiores; y atendiendo al propio tiempo los ministerios conservadores de la República, primeramente, y después los de Don Alfonso, á la reorganización de aquellas sus tropas tan quebrantadas durante el mando de los federales, lograron al fin y al cabo los capitanes generales Duque de la Torre y Marqués de Sierra Bullones, á fines de 1874, y más tarde el Gobierno de Alfonso XII, oponer á las victorias de los carlistas un Ejército numeroso, fuerte y altamente levantado en su moral y en su prestigio, al paso que con sus líneas fortificadas contrarrestaban los efectos de las atrincheradas de los carlistas, entretanto que una vez pacificados el Centro y el Principado catalán y reunidos todos los elementos que consideraron necesarios pudieron llegar al día en que les fuera fácil emprender la campaña decisiva con grandes probabilidades de victoria.

Ya á mediados de Noviembre había expuesto á Don Carlos de Borbón su Jefe de Estado-Mayor General, Pérula, que su situación era gravísima, que el país estaba cansado, que las diputaciones languidecían por falta de recursos y no querían (ó no podían) ayudarle, y en fin, que le era imposible sostener líneas tan extensas como las que cubrían la mayor parte del Estado carlista.

En vista de ello no se limitó Don Carlos á alentar á su Jefe de Estado-Mayor General, sino que también estimuló á las diputaciones para que con preferencia á los demás servicios atendiesen á la construcción de armas, cartuchos y calzado; pero las diputaciones contestaron que carecían de recursos, que no les había dado resultado la elaboración de las chapas de metal para hacer cartuchos y que tenían que importarlos de Francia.

Realmente agobiaba la situación y actitud en que por razón de la falta de elementos tenían que colocarse las diputaciones, s n que por ello tratemos de censurar en lo más mínimo su conducta, pues sola-

mente aplausos podían merecer el celo, ilustración, entusiasmo y acendrado patriotismo con que las citadas corporaciones se excedieron en el cumplimiento de sus deberes; pero lo cierto es que sin recursos no era posible emprender grandes operaciones, ni, menos aún, soñar con brillantes victorias, aunque todo esto ocurriese con harto dolor, tanto de los jefes militares como de las dignas autoridades forales y del egregio Señor Don Carlos de Borbón, quien tantísimo se desvelaba por ver cumplidamente atendidas todas las necesidades de la campaña, animando á unos y otros, estimulando á todos, suavizando asperezas que á veces surgían entre las diputaciones ó juntas á guerra y los jefes del Ejército, dando, en fin, el más alto ejemplo de entusiasmo, ánimo y energía ante todo el cúmulo de contrariedades que había que afrontar, que habrían sido capaces de abatir otro espíritu que no se hubiese inspirado en su acendrada fé é inalterable decisión, y cuyas amarguras únicamente pudimos apreciarlas bien los que, como el que esto escribe, tuvimos el honor de pasar por ellas y probarlas aún más directamente que otros muchos, por razón del alto cuanto inmerecido cargo con que nos vimos honrados al iniciarse la campaña final en Diciembre de 1875.

Para hacer ver lo crítico de la situación por que atravesaba el Carlismo en la época á que nos referimos, baste recordar que, aún mucho antes de llegar á ella, ya los representantes de las provincias vasco-navarras, después de celebrar varias conferencias en Vergara, habían elevado á Don Carlos una reverente pero franca exposición en la que declaraban que *había llegado prematuramente el cansancio, el ahogo y la miseria de los pueblos.* «Sí, augusto rey y señor nuestro, (añadian), »la guerra de hoy no es ciertamente la del 33; el armamento, el muni»cionamiento, el uso repetido de la Artillería y las necesidades, sin »duda, de la época, han disipado en la actual, y en sólos dos años, »más cantidades que el total de las invertidas en los siete, en la que, »por cierto, el país jamás presupuestó capítulo alguno de gastos por »razón de *prest*, y en la que por otra parte, el tesoro real, por el auxi»lio de monarcas amigos, allegaba sobre un millón de reales mensua»les, con los que alguna que otra vez se daba algún tercio de sueldo y »se aliviaban muy frecuentemente los diarios sacrificios del suminis»tro.» En fin, en otros párrafos de la expresada notable exposición se decía entre otras cosas, que era inminente una catástrofe; que el país no podía sostener ya la guerra por mucho tiempo con sólo sus agotados recursos; que si no se le ayudaba no sería él el responsable de las consecuencias que sobrevendrían; y que los recursos de los pobres pueblos de un territorio microscópico de España no podían sobrellevar

los gastos centrales de un Estado que se constituía en frente del que gobernaba y mandaba en la casi totalidad de la Nación.

Entretanto el Ejército carlista del Norte solamente se había reforzado con el Batallón de Gandesa y los dos de Valencia, únicas tropas del General Dorregaray que (como ya dijimos en el capítulo anterior) lograron burlar la persecución de los ejércitos liberales de Cataluña y del Centro; pero á pesar de este refuerzo había bajado mucho el contingente total del Ejército carlista del Norte en los últimos meses, porque si bien es verdad que no había disminuido el número de sus unidades tácticas, en cambio no habían hallado el oportuno reemplazo las bajas naturales de la guerra y las ocasionadas por el cansancio y las deserciones, de tal modo que así como al mediar la campaña había muchos batallones de á mil plazas, sobre todo en Navarra y Vizcaya, por la época á que nos referimos, en Diciembre de 1875, la generalidad de los batallones no disponían de más de seiscientos hombres, y hasta había algunos como los cántabros y el de asturianos que no alcanzaban, respectivamente, más que trescientas y doscientas plazas.

—

En aquellas circunstancias críticas, en aquellos momentos difíciles, en que los carlistas veían tan mermadas sus huestes, tan agotados sus recursos y tan escasas sus municiones; cuando en cambio el Gobierno de Alfonso XII concentraba sobre el país vasco-navarro tantos y tan poderosos elementos, uniendo á su Ejército del Norte los del Centro y Cataluña, con superabundancia de recursos y animados sus soldados por la confianza que inspiran el número y el disponer de toda clase de medios para combatir con éxito, al par que en los pobres voluntarios carlistas había empezado á entrar ya la desconfianza hácia sus jefes, escarmentados con el Convenio de Vergara; en aquellos instantes supremos, Don Carlos de Borbón lejos de desmayar ante situación tan angustiosa y decidido á esperar con sus bravas y leales tropas en sus puestos el empuje de los ejércitos liberales, rechazando la idea de poner fin á la guerra con un Convenio, y deseando resistir hasta el último extremo, nombró, en 11 de Diciembre, Jefe de Estado Mayor General de su Ejército á S. A. R. el Mariscal de Campo Conde de Caserta, en sustitución del General Pérula, quien con tal motivo pasó en igual fecha á desempeñar la Comandancia General de Navarra.

S. A. R. Don Alfonso de Borbón y de Austria, Conde de Caserta, hijo del Rey Don Fernando II de Nápoles y hermano del último Rey de las Dos Sicilias, D. Francisco II, nació en 1841, de modo que era joven todavía al encargarse del mando del Ejército carlista del Norte;

pero ya se había acreditado como militar activo, inteligente, ilustrado y valeroso en varias campañas; además, como príncipe de la familia real tenía una ventaja inmensa sobre todos los demás generales para mandar el Ejército carlista en aquellas circunstancias, la de inspirar absoluta confianza á los voluntarios.

Sabido es que los hijos del Rey Don Fernando de Nápoles habían ingresado en los distintos cuerpos especiales y armas generales de su Ejército: el Conde de Bari había servido en Infantería; el Conde de Girgenti había pertenecido al Arma de Caballería, y casado con la Infanta Doña Isabel (hija de Isabel II), distinguióse valerosamente en la memorable batalla de Alcolea mandando el Regimiento de Húsares de Pavía El Conde de Caserta procedía del Cuerpo de Artillería (como ya indicamos en el capítulo XX), había formado parte de la Comisión científico-militar para el exámen y construcción de los cañones rayados; había sido agraciado por Doña Isabel II con la Gran Cruz de Carlos III, en 1857, y era un brillantísimo jefe de su Cuerpo: sóbrio, entendido, frío, observador, circunspecto y valiente, llegó al campo carlista precedido de una aureola bien merecida, pues se había distinguido notablemente en la campaña del Volturno y Garigliano, así como en los sitios de Cápua y de Gaeta, ascendiendo sucesivamente por méritos de guerra desde Comandante hasta Coronel, mereciendo ser citado en la Orden General del Ejército, y viéndose agraciado por los emperadores de Austria y Rusia con el nombramiento de Caballero de las Ordenes de María Teresa y de San Jorge, y con la Cruz laureada de San Fernando por la Reina Doña Isabel II. Destronada la familia real de Nápoles, presentóse el Conde de Caserta á Su Santidad el Papa Pío IX, y peleando por la Santa Causa del Pontificado distinguióse en la batalla de Mentana, por la que fué condecorado con la Cruz de la Orden de Cristo por Pío IX, en cuyo Ejercito figuró también cuando la defensa de Roma en 1870.

En 1874 pasó S. A. á España para tomar parte en la campaña carlista, é ingresó en el Ejército del Norte como Coronel de Artillería cuando el sitio de Irún. Importante adquisición fué la del Conde de Caserta tanto para el Cuerpo de Artillería, que tantísimo se honró al contarle entre sus jefes, como para todo el Ejército carlista en general, pues á partir de 1875 hasta que á fines de Febrero de 1876 envainó su espada en la frontera francesa, no dejó de distinguirse lo mismo al frente de las baterías de operaciones en Guipúzcoa, que en la División de Castilla; desempeñando más tarde la Comandancia General de Alava, mandando luego una Brigada de operaciones en Guipúzcoa y contribuyendo eficazmente á la victoria de Lumbier con los batallo-

nes á sus órdenes; ascendiendo á Brigadier y á Mariscal de Campo por hechos de guerra, como había adquirido sus anteriores empleos en el Ejército de Nápoles, y figurando, en fin, al frente del Ejército carlista en la campaña final, cuando no había más factor á favor de los carlistas, que el entusiasmo y la inquebrantable fe con que se avenian éstos á ser víctimas propiciatorias de las innumerables tropas y los poderosos elementos en contra de los que iban á luchar, y su gran confianza en el General *No Importa.*



D. ROMUALDO CESÁREO SANZ

S. A. el Conde de Caserta nombró al Brigadier de Artillería don Antonio Brea, Jefe de Estado Mayor, para cuyo cargo tan importante confesamos que no nos creíamos idóneos ni muy á propósito, por lo cual hubimos de hacerlo así presente á S. A., al propio tiempo que le expresábamos nuestra profunda gratitud por la gran prueba de confianza con que se habia dignado honrarnos, añadiéndole con toda franqueza que nos considerábamos aptos para servir, más ó menos bien, mandando artilleros, pero no para desempeñar el difícil destino de Jefe de Estado Mayor del E. M. G.: á esto nos replicó S. A. (con la mayor modestia) que tampoco creia servir él para General en Jefe,

pero que en un Ejército como el carlista creía que no había más remedio que aceptar lo que ofrecía Don Carlos, sobre todo dado lo crítico de las circunstancias en que nos encontrábamos; y siguiendo su ejemplo, aceptamos el cargo de Jefe de Estado Mayor, si bien podemos asegurar que no solamente no nos halagaba ocupar tan alto puesto, máxime en las condiciones en que á la sazón se encontraba la guerra, sino que habríamos preferido continuar ocupados siempre y exclusivamente en el servicio de baterías, lo cual ha sido constantemente nuestra única ambición, desde que á los pocos años de edad tuvimos ya el honor de vernos agraciados por nuestra antigua amada y bondadosa Reina D.ª Isabel II con los cordones de Caballero Cadete del entonces Real Cuerpo de Artillería.

Para el cargo de segundo Jefe de Estado Mayor de S. A. nombróse al ilustrado y valiente Coronel de Infantería D. Romualdo Cesáreo Sanz, antiguo profesor de cadetes y oficial del Batallón de Cazadores de Llerena, que había ganado el ascenso á Capitán combatiendo la insurrección de Béjar, cuando la Revolución de 1868: brillante jefe carlista que había ganado todos sus empleos sucesivos por méritos de guerra, distinguiéndose lo mismo á las inmediatas órdenes del inolvidable General Ollo al principio de la campaña, que después organizando y mandando el 9.º Batallón de Navarra, y más tarde desempeñando el cargo de Jefe de Estado Mayor de la División de dicha provincia: actual Diputado á Cortes por Pamplona, respetado y querido por amigos y adversarios que prescindiendo de ideas políticas han aplaudido más de una vez su digna actitud en el Congreso, así como el acierto, ilustración, inteligencia y patriotismo con que ha tratado numerosas cuestiones relacionadas con el Ejército, que le considera como uno de los más entusiastas compeones de sus intereses sagrados.

También figuraron dignamente en el Cuartel General del Conde de Caserta los coroneles D. Ramón de Altarriba, Barón de Sangarrén, y D. Felipe de Sabater (hijo del marqués de Capmany), como jefes á sus inmediatas órdenes; el Coronel D. Fausto Elío, Marqués de Vessolla, Conde de Ayanz y Vizconde de Valde-Erro; el Teniente Coronel de Marina D. Fernando Carnevali y el Teniente de Caballería D. N. Iturrate, como ayudantes de Campo de S. A.; el ilustrado abogado alavés D. Samuel Iturrate, como Auditor General, y el Teniente de Caballería D. Tomás de Sureda, como Ayudante de Campo del Brigadier Brea.

El Mariscal de Campo D. Elicio Berriz desempeñaba la Secretaría de Estado y del Despacho de la Guerra, teniendo á su lado como Subsecretario al Brigadier de Infantería D. Manuel López, y á sus inme-

diatas órdenes á los distinguidos oficiales de Caballería D. Marcelino y D. Fernando de Oráa (sobrinos del célebre General isabelino del mismo apellido, que tanto figuró en la guerra de los siete años), y D. Juan de Sureda, hermano de nuestro Ayudante de Campo y perteneciente á una de las más distinguidas familias de Baleares.

Los cuerpos de Artillería é Ingenieros tenían de comandantes generales á los mariscales de Campo D. Juan María Maestre y D. Francisco de Alemany; de mayores generales á los brigadieres D. Luis de Pagés y D. Amador Villar; y á las inmediatas órdenes de los expresados generales, respectivamente, al Oficial de Caballería Conde de Asmir y al de Infantería D. José de Alemany; la Academia de Artillería é Ingenieros de Vergara tenía á su frente al Coronel de Ingenieros D. José Garín.

En el Arma de Caballería figuraba como Comandante General el Brigadier D. Esteban Barrasa

Las divisiones de Navarra, Vizcaya, Castilla, Guipúzcoa y Alava tenían de comandantes generales, respectivamente, á los mariscales de Campo D. José Pérula, D. Fulgencio de Carasa y D. Francisco Cavero, y á los brigadieres D. Eusebio Rodríguez Román y D. Francisco Saenz Ugarte, veterano de la primera guerra civil, en la que se había distinguido mandando el Batallón 1.º de Alava.

La Brigada del Centro tenía de Comandante General al Brigadier D. Carlos González Boet, y de segundo jefe al Coronel D. José Agramunt; la Brigada de Cantabria tenía de Comandante General al Coronel D. Pedro Vidal y de segundo jefe al Coronel Mora.

Los generales D. Ramón Argonz y D. Hemeterio Iturmendi, así como los brigadieres D. José Pérez de Guzmán, D. Carlos Calderón, D. Simón de Montoya, D. Francisco Larumbe y D. Marcelino Martínez Junquera y el Coronel de Artillería D. Manuel Fernández Prada (actual Marqués de las Torres de Orán), figuraban afectos á la División de Navarra; á la de Vizcaya, los brigadieres D. Martín Luciano de Echévarri y D. José Gorordo; á la de Guipúzcoa, los brigadieres don Francisco Javier Rodríguez Vera, D. Juan José de Aizpurúa y don Andrés Ormaeche; y á la de Álava, el Brigadier D. Celedonio Iturralde.

Desempeñaban el cargo de gobernadores de Estella, de Durango y del Castillo de la Población el Mariscal de Campo D. José Lerga y los brigadieres D. Regino Mergeliza de Vera y D. José Montoya. La Comandancia General de Marina estaba desempeñada por el Brigadier D. Federico Anrich, antiguo Ministro de Marina de la República; el Cuerpo de Administración Militar tenía á su frente al Mariscal de Cam-

pe D. José Ruíz de Larramendi, y de Intendente á D. Domingo Gallego; en fin, al frente de la Sanidad Militar figuraba el Brigadier don Francisco Ramajos, teniendo á sus inmediatas órdenes al ilustrado y conocido médico de Madrid D. Telesforo Rodríguez Sedano.

El Ejército carlista, en Diciembre de 1875, lo constituían cuarenta y ocho batallones de Infantería, algunos tercios de milicias sedentarias, diez partidas sueltas ó guerrillas, tres regimientos de Caballería, dos batallones de Ingenieros, un Tren de Sitio, seis baterías y una



D. REGINO MERGELIZA DE VERA

Sección de Montaña y tres baterías de Batalla (por haberse agregado la Batería Montada que mandaron Rodríguez Vera y García Pimentel al Tren de Sitio), sumando todas estas unidades tácticas un total de unos treinta y cinco mil hombres, mil doscientos caballos, treinta y nueve cañones de Montaña, diez y seis de Batalla, cuatro morteros y veinte y seis cañones de plaza, sitio y posición, desde el de á 8 centímetros hasta los Wawasseur de á 9, pues las dos piezas de á 13 que llegaron últimamente carecían de montajes y no llegaron á ser utilizadas.

—

En cambio las tropas liberales acumuladas en el Norte para operaciones, según datos de la *Narración Militar de la Guerra Carlista* (redactada por el Cuerpo de E. M.) y de la *Historia Contemporánea* (es-

crita por D. Antonio Pirala), ascendían al número de cuerpos de todas armas (bien nutridos, completos y dotados de superabundantes recursos de todas clases) que á continuación se expresan: ciento treinta y un batallones de Infantería; once regimientos y ocho escuadrones de Caballería; tres regimientos de Artillería de Batalla, otros tres de Artillería de Montaña, y otros tantos de Artillería de á pie, con un total de ciento setenta y cuatro cañones, sin contar los que artillaban plazas fuertes y algunos puestos fortificados; dos regimientos y cuatro compañías de Ingenieros; y además los batallones de Migueletes de Guipúzcoa, de Forales de Navarra, de Miñones de Alava, de la Guardia foral de Vizcaya, los Tiradores del Norte, los Voluntarios de Burgos, los nutridos contingentes de la Guardia Civil y de Carabineros, y varias contraguerrillas, con un total de unos ciento sesenta mil hombres, más de cinco mil caballos y la potente Artillería ya detallada.

Con estas numerosas fuerzas, tan excesivamente superiores á las de los carlistas, formó el Gobierno de Madrid, en 14 de Diciembre de 1875, dos ejércitos independientes entre sí, apellidados de la Izquierda y de la Derecha; formados, el primero con las tropas del antiguo Ejército del Norte, y el segundo con las procedentes del Centro y de Cataluña; destinados á operar, aquél en las provincias Vascongadas, y éste en Navarra; mandado el de la Izquierda por el Teniente General D. Genaro de Quesada, de cuyos antecedentes militares ya hemos dado cuenta en el capitulo XXV, y quien en las operaciones centrales y en las de combinación de ambos ejércitos podía dar órdenes al General en Jefe del Ejército de la Derecha que lo era el Teniente General don Arsenio Martinez Campos, procedente del ilustrado Cuerpo de Estado Mayor, cuya carrera había concluido en 1852, que se había distinguido como profesor de la Academia de su Cuerpo, así como en la guerra de Africa en la que obtuvo el empleo de Teniente Coronel y la Cruz de San Fernando, y después en la expedición á Méjico y en la campaña de Cuba en la que ganó la faja de Brigadier el año 1870, pasando después á tomar parte en la guerra civil por la que era ya Mariscal de Campo cuando proclamó á Alfonso XII en Sagunto, desempeñando luego el mando del Ejército de Cataluña al frente del cual había tenido la suerte de pacificar el Principado.

El Ejército de la Izquierda tenía de Jefe de Estado Mayor General al Mariscal de Campo D. Tomás O'ryan, y se componía de tres cuerpos de Ejército á las órdenes de los tenientes generales D. Domingo Moriones, D. José Ignacio de Echevarría, Marqués de Fuente-Fiel, y don José Loma, una División de Reserva, otra de Alava, otra de Vizcaya y una Brigada de Caballería.

El primer Cuerpo tenía tres divisiones mandadas por los mariscales de Campo D. Fernando Quadros, D. Adolfo Morales de los Ríos y don Melitón Catalán, con seis brigadas á las órdenes de los brigadieres Otal, Suances, Rodríguez Trelles, Navascués, Alvarez y Rodríguez Sierra.

El segundo Cuerpo tenía dos divisiones mandadas por los mariscales de Campo D. Pedro Ruíz Dana y D. Zacarías González Goyeneche, con cuatro brigadas á las órdenes de los brigadieres Santelices, Arnaiz, Córdova y Alarcón.

El tercer Cuerpo tenía dos divisiones mandadas por el Teniente General D. Juan Villegas y por el Mariscal de Campo D. Joaquín Rodríguez Espina, con cuatro brigadas á las órdenes de los brigadieres Ibarreta, Alberni, Cotarelo y Goñi.

La División de Reserva la mandaba el Mariscal de Campo D. Antonio del Pino, y tenía dos brigadas á las órdenes de los brigadieres Ciria y Garrido.

La División de Alava la mandaba el Mariscal de Campo D. Manuel Alvarez Maldonado, y tenía dos brigadas á las órdenes de los brigadieres Armiñán y Araoz.

La División de Vizcaya la mandaba el Mariscal de Campo Burriel, y tenía dos brigadas á las órdenes de los brigadieres Martí y Keller.

La Artillería, los Ingenieros y la Brigada de Caballería del Ejército de la Izquierda estaban mandados como comandantes generales por el Mariscal de Campo D. José de Urbina y Daoiz y por los brigadieres Verdú y Contreras.

El Ejército de la Izquierda sumaba un total de unos 108,000 hombres, 3,500 caballos y 116 cañones.

El Ejército de la Derecha tenía de Jefe de Estado Mayor General al Brigadier D. Antonio Ortiz, y se componía de dos Cuerpos de Ejército á las órdenes de los tenientes generales D. Ramón Blanco y don Fernando Primo de Rivera, una División de Reserva y una Brigada llamada de la Ribera.

El primer Cuerpo se componía de dos divisiones mandadas por los mariscales de Campo D. Emilio Terrero y D. Rafael Juárez de Negrón, con cuatro brigadas á las órdenes de los brigadieres Bonanza, Gamir (D. Eduardo), Bargés y Acellana.

El segundo Cuerpo constaba también de dos divisiones mandadas por los mariscales de Campo D. José M.ª Chacón y D. Emilio Calleja, con cuatro brigadas á las órdenes de los brigadieres Arias, Molins, Cortijo y Pardo Montenegro.

La División de Reserva estaba mandada por el Mariscal de Campo

D Luis Prendergast, y tenía dos brigadas á las órdenes de los brigadieres Baile y Campo.

La Brigada de la Ribera, la Artillería y las fuerzas de Ingenieros del Ejército de la Derecha estaban mandadas, respectivamente, por el Brigadier Jaquetot y por los coroneles Saenz-Socies y Manchón.

Además de las tropas correspondientes á las divisiones y brigadas de que hemos hecho ya mención, agregáronse al Ejército de la Derecha siete batallones del antiguo Ejército del Norte, cuyas fuerzas se emplearon en guarnecer líneas y puntos fortificados.



D. ARSENIO MARTINEZ CAMPOS

El total del Ejército de la Derecha disponía de unos 50,000 hombres, unos 1,800 caballos y 58 piezas de Artillería.

—

Ante lo peligroso de las circunstancias en que se encontraba el Ejército carlista del Norte y á fin de distraer á las fuerzas liberales, se arreció en los trabajos para renovar la guerra en Cataluña y el Maestrazgo y aún en otros puntos, con cuyo objeto dispuso Don Carlos de Borbón que el General D. Rafael Tristany y el Brigadier D. Alejandro Argüelles volvieran á Cataluña para ver de encender de nuevo la guerra en el Principado en unión del General D. Juan Castells, mientras el General D. Manuel Marco se encargaba de levantar armas en Ara-

gón, y que el Coronel D. Tomás Segarra (después Marqués de Segarra), que había mandado un Batallón del Ejército del Centro, fuese á levantar partidas por el Maestrazgo para facilitar el paso al Centro de una expedición compuesta de los batallones de Gandesa y de Valencia, que habían llegado al Norte y que se pensó en que volvieran á reanudar la guerra en su país, al mando del Brigadier Boet y de los coroneles D. Joaquín Pallés, D. José Agramunt y D. José M.ª Berenguer; pero resultaron estériles los esfuerzos de los generales Tristany, Castells y Marco, así como los del Brigadier Argüelles y los del Coronel Segarra; perdiéronse las esperanzas de renovar la guerra en Cataluña, Aragón, Valencia y el Maestrazgo, y la campaña quedó definitivamente circunscrita, por lo tanto, al territorio vasco-navarro.

—

No bien se encargó del mando S. A. el General Conde de Caserta en Durango, y después de conferenciar y dar instrucciones precisas á los comandantes generales de Vizcaya, Alava y Guipúzcoa, partió con su Jefe de Estado Mayor para Navarra á fin de revistar las líneas y fuerzas de dicha provincia, enterarse del estado de sus defensas y acordar ante todo, personalmente, con el Comandante General de dicho antiguo reino la distribución de las tropas, ya que era muy general la idea de que *si los enemigos nos derrotaban en Navarra, todos sucumbirían sin luchar apenas.*

Visitó también S. A. las líneas de Vizcaya, Alava y Guipúzcoa, reforzando las dos primeras con la Brigada Cántabra y algunas fuerzas vizcainas y alavesas que hallábanse por entonces ausentes de sus respectivas provincias, y el 23 de Diciembre provocó á los liberales hacia Hernani, redoblando al propio tiempo el cañoneo sobre la plaza, deseoso de explorar los propósitos que pudieran tener en Guipúzcoa los alfonsinos; pero éstos, sin embargo, siguieron tranquilos en sus acantonamientos y el combate limitóse, por lo tanto, á un mútuo cañoneo entre unas y otras fuerzas enemigas. Antes de salir de Guipúzcoa ordenó S. A. el Conde de Caserta al Brigadier Martínez Junquera que con las fuerzas de la Brigada de su mando se situase por Arichulegui, en la frontera de Navarra y Guipúzcoa, para oponerse con éxito á cualquier golpe de mano de los liberales sobre la fábrica de proyectiles de Vera, atendiendo además á observar las fuerzas enemigas que pudiesen amagar la retaguardia de los carlistas por Navarra ó Guipúzcoa.

La primera dificultad con que tenían que luchar las tropas carlistas era la originada por la falta de suficientes municiones, porque si bien en la fábrica de Vera seguía la fundición de proyectiles para la

Artillería y se contaba en almacenes con algunos millares en depósito á fin de que no faltase ni por un momento el conveniente alimento de los cañones, en cambio el municionamiento de la Infantería estaba en embrión entonces como en todas ocasiones. Este servicio hallábase á cargo de las diputaciones á guerra, ó se llenaba recurriendo las más de las veces á las compras en el extranjero, y como de la cartuchería metálica se consumía en mayor proporción que la en que se adquiría, de ahí la inmensa desventaja en que siempre se encontraron los carlistas con respecto á los liberales en lo que se refiere á tan importante asunto. Procurando remediar este gravísimo inconveniente, hubo de oficiar S. A. el Conde de Caserta á las diputaciones pidiéndoles le auxiliasen con objeto de municionar bien á los voluntarios, y se solicitó al propio tiempo, del Comité francés de la frontera algunos millones de cartuchos á fin de poner á las tropas de su mando en condiciones de sostener algunos combates seguidos é importantes con probabilidades de conseguir la victoria. Pero, desgraciadamente, no se obtuvo nada del extranjero, ni tampoco de la Diputación de Guipúzcoa: solamente respondieron al deseo de S. A. las diputaciones de Vizcaya y Navarra, y eso que esta provincia había ya dado algunas cajas de municiones á los voluntarios de Alava.

Se pensó asímismo, y desde luego, por S. A. el Conde de Caserta, en formar una División de operaciones, cuyo mando había de conferirse al denodado General Cavero y que compuesta de los batallones de Castilla, los tres del Centro, y el de asturianos, se situara en la Barranca de Navarra, pronta á acudir á donde más falta hiciera, y hasta se emprendieron movimientos preparatorios con este objeto, acordándose que los batallones restantes operasen, como tesis general, en sus respectivas provincias dejando á la iniciativa de sus respectivos comandantes generales los hechos de armas aislados que en las mismas ocurriesen, salvo únicamente los casos en que S. A. debiera intervenir directamente, para lo cual se les dieron amplias instrucciones, disponiéndose por todos de fáciles comunicaciones con la eficaz ayuda de las líneas telegráficas organizadas anteriormente por el activo Conde de Belascoain, Director General de Comunicaciones del Ejército carlista.

La crudeza del invierno y las copiosas nevadas que cayeron por aquellos días, suspendieron por entonces todos los preparativos para próximas operaciones tanto en el campo liberal como en el carlista, acabando así en paz el año 1875, el cual terminó, como vemos, reorganizándose y tomando sus disposiciones para emprender una eficaz ofensiva los liberales, y procurando los carlistas con sus exiguas fuer-

zas prepararse á hacer frente y rechazar en todas partes la invasión, por el enemigo, de las provincias Vascongadas y Navarra, último baluarte de su defensa armada contra el resto de la Nación y el Gobierno de D. Alfonso XII.

Antes de pasar adelante consideramos oportuno recordar la situación general en que se encontraban las divisiones carlistas y los distintos cuerpos de los ejércitos liberales al aproximarse las operaciones decisivas de la campaña que empezaremos á describir en el capítulo siguiente.

La situación de Guipúzcoa era la única definida en favor de los carlistas: el Teniente General D. Domingo Moriones ocupaba con las tropas de su mando una extensa línea de fuertes desde Irún á San Sebastián y Hernani, y los batallones carlistas se extendían á su vez en otra línea atrincherada que partía de Arichulegui y bajaba por un lado hasta Lastaola y por el otro hasta Gárate y Zarauz, pasando por Urcabe, San Marcos, Choritoquieta, Astigarraga, Santiagomendi, Basaun, Burunza y Urnieta. El Comandante General carlista, Brigadier D. Eusebio Rodríguez Román, había situado la Brigada de Ormaeche en su extensión derecha, la Brigada de Aizpurúa en el centro, y la Brigada de Rodríguez Vera cubriendo la extrema izquierda, guarneciendo los fuertes del Bordache, Celayaundi, Teresategui y otros.

Nada lisonjera era, pues, la situación del General Moriones frente á la línea carlista, sin más apoyo que el mar á su retaguardia y viéndose forzado á atacar de frente á los carlistas, pues no había que pensar en flanqueos imposibles aunque hubieran sido las tropas liberales más numerosas de lo que lo eran ya, y eso que superaban con mucho á las de sus enemigos por componerse de veinte y cuatro batallones de Infantería, el de Migueletes de Guipúzcoa, tres baterías de Montaña, dos baterías de Batalla y algunas compañías de Artillería á pié, Ingenieros, Guardia Civil y Carabineros, mientras que el Comandante General carlista de Guipúzcoa no disponía más que de nueve batallones y los pocos cañones del tren de sitio que figuraban desde mucho tiempo en las baterías de Venta-Ziquin, Arratsain y demás de nuestra línea atrincherada; pero era ésta excelente, y á las obras de defensa que ya hemos enumerado en este y otros capítulos hay que añadir las de la línea del Oria, fortificada también por los carlistas desde que la abandonaron los liberales, y guarnecida por las milicias sedentarias de aquella provincia.

Así es que al hacerse cargo, (y bien pronto por cierto), de su situación el General Moriones, competentísimo en la guerra del Norte, no pudo menos de hacer presente á su General en Jefe Quesada que «el

»terreno enemigo se encuentra robustecido por numerosas obras de »fortificación, muchas de ellas permanentes, y acasamatadas, unidas »por comunicaciones cubiertas y blindadas, y sembrado todo de in »numerables trincheras y fosos; y todo, en una palabra, tan hábilmen»te dirigido y ejecutado, que para estas tropas no hay manera de mo»verse sin que lo hagan siempre á la vista y bajo el fuego cruzado de »los enemigos. He conocido varias situaciones críticas por las que ha »pasado nuestro Ejército en esta guerra, y no considero ninguna tan »asfixiante y peligrosa como la actual. Aún teniendo á mi frente sólo »los batallones guipuzcoanos, la empresa sería árdua y el primer cho»que rudo y sangriento. La situación de Hernani no es peligrosa, si »bien aflictiva. En cuanto á San Sebastián, siendo importante, por la »parte moral, librarla pronto del fuego de las dos piezas enemigas di»rigidas contra ella (las de la Batería de Arratsain que no dejaban vi»vir á la capital), no lo es considerada la situación materialmente, etc.» Vemos, pues, que la situación del Comandante en Jefe de las tropas liberales de Guipúzcoa era bien poco halagüeña; ya veremos, sin embargo, que la salvó al fin de la mejor manera posible, si bien costándole el éxito sensibles y muy numerosas bajas.

En Vizcaya, en donde se encontraba el Cuerpo de Ejército del mando del Teniente General Loma, fuerte de diez y ocho batallones, cuatro baterías de Campaña, tres compañías de Ingenieros y dos regimientos de Caballería, era la situación bastante más favorable á las tropas del citado General Loma, quien ocupaba algunos puntos en los valles de Losa y Mena, y que había recibido de su General en Jefe Quesada la misión de invadir Vizcaya, á la vez que rompiera Quesada la marcha desde Vitoria (donde se hallaba el Cuartel General) con el segundo Cuerpo y la División de Reserva, para darse la mano con Loma, rompiendo las relativamente escasas fuerzas que podría oponerle el Comandante General carlista de Vizcaya, General Carasa, quien no disponía más que de los batallones vizcaínos y dos cántabros, una Batería de Montaña, alguna fuerza de Ingenieros y dos escuadrones; con cuyas fuerzas tendría que atender el General Carasa no solamente á las tropas ya expresadas, por su frente y por su izquierda, sino que también á la División liberal llamada de Vizcaya que contaba con diez batallones, una Batería de Montaña y dos compañías de Ingenieros.

Solamente el imperturbable valor y serenidad de Carasa pudo hacer que no fuera destruído por completo al luchar en tan desventajosas condiciones y contra un enemigo que tenía sobre él tan irritante superioridad numérica. Una ayuda tuvo, sin embargo, el veterano guerrillero carlista de la campaña de 1872, en el incansable Jefe de Estado

Mayor que hubo de enviársele por aquellos días, el Coronel D. Leoncio González Granda. Este brillante jefe procedía del Ejército de doña Isabel II, había hecho la guerra de Cuba por espacio de cuatro años, y al presentarse en el de 1873 en el Ejército carlista del Norte fué destinado á las órdenes del Comandante General de Alava, Larramendi; por cuyo encargo estableció González Granda una Academia de cadetes en Aramayona. Después estuvo en Somorrostro con los batallones alaveses, más tarde fué Ayudante de Campo del General Diez Mogrovejo, y por último vióse encargado de organizar el 5.º Batallón de Castilla, siendo finalmente elegido para el importante cargo de Jefe de Estado Mayor de Vizcaya, precisamente en los momentos de más compromiso, cuyos peligros arrostró idónea y valientemente.



D. LEONCIO GONZALEZ GRANDA

En Alava iba á luchar el nuevo Comandante General, Brigadier Ugarte, con gran parte del Ejército liberal de la Izquierda, siendo sumamente escaso el contingente de sus fuerzas, pues solamente disponía de los seis batallones alaveses, dos compañías de Ingenieros, una Batería Montada y otra de Montaña, y dos escuadrones, mientras que todo un Cuerpo de Ejército y una División que sumaban veinte y cuatro batallones, dos regimientos de Caballería, ocho baterías y cinco compañías de Ingenieros, á las órdenes de los generales Quesada,

Marqués de Fuente-Fiel y Pino habían de tratar de forzar las posiciones de Villarreal y Arlabán, que el citado Brigadier Ugarte tenía orden de cubrir en frente de tan abrumadora masa de combatientes.

No era más desahogada la situación de los carlistas de Navarra, en donde con once batallones navarros (porque el 11.° se hallaba en la línea de Guipúzcoa), cinco de Castilla y los tres del Centro, dos regimientos de Caballería, una Batería Krupp, de Batalla, otra Woolwich, de Posición, la Withwort, de á Caballo, cuatro baterías de Montaña y un Batallón de Ingenieros, había necesidad de defender una extensa línea, había que cubrir Estella sobre cuya plaza podía caer el enemigo eligiendo distintos caminos, había que impedir el paso de las tropas del General Moriones á Vera, y había, en fin, que evitar que los liberales cerrasen la frontera ó atacasen por retaguardia la línea carlista, operaciones para las cuales el Teniente General Martínez Campos podía disponer de un total de cuarenta y siete batallones de Infantería, tres regimientos y seis escuadrones de Caballería, cincuenta y ocho piezas de Artillería de Campaña, dos regimientos de Artillería de á pie, cuatro compañías de Ingenieros, contra-guerrillas, Guardia Civil y Carabineros, todo esto sin contar con el fácil apcyo que podía prestar á las tropas liberales de operaciones en Navarra, la División de Alava, una de cuyas brigadas, la del Brigadier Araoz, pasó efectivamente allá y fué la que se apoderó del Castillo de la Población, reuniéndose, por tanto, un total de más de cincuenta mil soldados liberales en Navarra.

—

A los pocos días de llegar S. A. R. el General Conde de Caserta á Navarra, recién nombrado Jefe de Estado Mayor General, revistó acompañado del Brigadier, Jefe de Estado Mayor, Brea, de los ayudantes de Campo y de la Escolta de Caballería de Navarra, á los batallones de Gandesa y de Valencia, acantonados en Salinas de Oro, á donde marchamos sin previo aviso y sin poder, por lo tanto, dar lugar á preparación alguna. Sin embargo, apenas divisamos la alegre villa navarra contemplamos acto seguido formadas sobre la carretera de Estella las guardias avanzadas, prontas á rendirnos los correspondientes honores militares, y aún no habíamos llegado á la plaza del pueblo cuando los distinguidos jefes de aquellos batallones, D. José Agramunt y D. José M.ª Berenguer, habíanse presentado ya á recibir órdenes. Manifestado por el General Caserta su intento y previos los oportunos toques de ordenanza, formaron brevemente y como veteranas tropas aquellas fuerzas, huéspedes, á la sazón, de sus hermanos los vascos-navarros. Aquellos voluntarios llamaron desde luego ex-

traordinariamente nuestra atención por su marcialidad y compostura, por el buen estado, relativo, de su vestuario y armamento; pero esto no era bastante, era preciso verlos maniobrar separados por batallones y formando Brigada, como lo vimos nosotros, para admirar con entera justicia su instrucción y excelentes condiciones militares y saludarlos con verdadero entusiasmo como dignísimos compañeros de los carlistas del Norte.

La campaña tocaba á su término y no pudieron distinguirse ya mucho los voluntarios del Centro; pero al iniciarse el movimiento hacia la frontera, los batallones de Gandesa y de Valencia ocuparon el puesto de más empeño, cubriendo unos nuestra retaguardia con el Brigadier González Boet y el Coronel Agramunt, y guarneciendo el 1.º de Valencia con su Teniente Coronel Berenguer el puente de Arnegui, rindiendo los honores á la Majestad caida é impidiendo antes, en la triste noche de Valcarlos, que algunos impacientes rebasaran la frontera antes que su Rey.

¡Cuánta satisfacción sentimos en Salinas de Oro al conocer y admirar á aquellos bravos voluntarios de Aragón, de Cataluña, de Valencia y del Maestrazgo que figuraban en los batallones de la Brigada del Centro, que empujados por el enemigo, ó mejor dicho, abrumados por el número, habían llegado á incorporarse al Ejército carlista del Norte como una gallarda muestra de todos aquellos otros entusiastas y no menos valerosos soldados que militando en los ejércitos carlistas del Centro y de Cataluña se habían cubierto de gloria en Alpens, Játiva, Castellfullit, Villafranca del Cid, Castellón de Ampurias, Gandesa y tantísimas otras memorables jornadas, y á quienes la adversa fortuna no permitió unirse con los héroes de Somorrostro, de Abárzuza y de Lácar!

¡Ay, de los liberales si los celos y rivalidades de algunos jefes del Centro y de Cataluña no hubieran impedido operar la concentración de los bravos y entusiastas contingentes del Centro con los del brillante Ejército del Norte! Si esto hubiera llegado á acontecer, y una vez bien armados y municionados los del Centro hubiesen vuelto á reanudar la guerra en las montañas del Maestrazgo, es muy posible que los liberales no hubieran llegado á pacificar la indomable Cataluña; y quebrantada así la Restauración en aquella parte tan principal de su programa constituida por la promesa hecha á todo el país de la próxima terminación de la guerra carlista, tal vez ésta hubiese llegado á tener un éxito muy distinto del que tuvo, ó por lo menos se hubiera prolongado indefinidamente la campaña y hasta quién sabe si aún continuaríamos empeñados en la tenaz contienda!

En fin: ¿para qué discurrir ahora sobre lo que pasó y no tiene ya remedio? Limitarémonos, pues, á consignar que entre los más gratos recuerdos que conservamos de la última guerra carlista figura en preeminente lugar el del día aquel que en Salinas de Oro tuvimos ocasión de admirar personalmente y por vez primera las excelentes condiciones militares de los voluntarios carlistas del Centro, felicitando á sus bravos jefes Agramunt y Berenguer al tener el honor de estrechar con efusión la mano de aquellos bravos, en quienes saludamos entonces cariñosamente á todos los jefes, oficiales y voluntarios carlistas del resto de España, como saludamos hoy, al evocar los recuerdos de nuestra pasada vida militar, á todos los que han sido nuestros compañeros de armas.



D. FULGENCIO CARASA

Capítulo XXXII

Don Carlos de Borbón y S. A. R. el Conde de Caserta en Navarra.—Planes militares.—Deserciones.—Indisciplina del Batallón 1.º de Alava.—Invasión de Alava y Vizcaya por el Ejército del General Quesada: acción de Villarreal, operaciones sobre Valmaseda, llegada de las tropas del Ejército de la Izquierda á Bilbao.

Deseoso Don Carlos de Borbón de enardecer el buen espíritu de sus voluntarios con su presencia, recorrió con el general Díez Magrovejo las posiciones de Guipúzcoa desde Gárate hasta Urnieta, siendo recibido y acompañado en la línea de dicha provincia por el Comandante general de la misma, Brigadier Rodríguez Román, y los brigadieres Anrich y Rodríguez Vera, y después de visitar también la Maestranza de Artillería de Azpeitia con el Brigadier Pagés, pasó á Navarra, en donde, acompañado de S. A. el Jefe de Estado Mayor General Conde de Caserta, de los generales Díez Magrovejo, Jefe de su Cuarto Militar, Marqués de Valde-Espina, Ayudante de Campo, y Pérula, Comandante General de Navarra y de los brigadieres Pérez de Guzmán, Jefe de Estado Mayor de Navarra, y Brea, Jefe de Estado Mayor de S. A., recorrió la Solana, Villatuerta, el fuerte y la Batería de Santa Bárbara de Oteiza y demás atrincheramientos, llegando á pesar de la nieve hasta las más extremas avanzadas, dirigiendo una

pequeña operación militar contra los liberales que ocupaban el monte de San Bartolomé y el pueblo de Baigorri, y aprovechándose de su estancia en Estella para colocar solemnemente la corbata de San Fernando en la bandera del brillante Batallón 3.° de Navarra, que había ganado tan gloriosa insignia en la acción de Biurrun, mandado en aquella jornada por el entonces Coronel D. Simón de Montoya.

Don Carlos revistó después en Alsásua los batallones castellanos acantonados allí á las órdenes de su Comandante General, el Mariscal de Campo Cavero, y dió la vuelta á Tolosa en donde se situó á esperar los acontecimientos.

A los pocos días de llegar S. A. el Jefe de Estado Mayor General Conde de Caserta á Navarra, dispuso que la Brigada del Brigadier Junquera continuase por la parte de Arichulegui á donde ya la había mandado anteriormente, desde Guipúzcoa, y distribuyó las demás tropas carlistas que habia en Navarra de la manera siguiente: las brigadas de los brigadieres Calderón y Montoya (D. Simón) defendiendo la Solana y los fuertes de Santa Bárbara de Oteiza y Estella; la Brigada del Brigadier Larumbe al otro lado de la línea férrea de Pamplona, por si intentaba ocupar la frontera el enemigo; el resto de los batallones navarros con su Comandante General Pérula y los brigadieres Pérez de Guzmán y Yoldi, en disposición de oponerse á los liberales en los fuertes y alturas de la parte de Santa Bárbara de Mañeru; la Brigada del Centro, con el Brigadier Boet, en la Barranca, alrededores de Irurzun; y, en fin, los batallones castellanos, con su Comandante General Cavero, por los alrededores de Alsásua, prontos á acudir al primer aviso allí donde su auxilio pudiera ser más necesario. En cuanto á la Artillería, dispúsose que la Batería de Montaña de Ortigosa operase con la Brigada de Larumbe; que la Batería de Montaña de Reyero (mandada por el capitán Illanes, antiguo alumno de la Academia de Segovia, á causa de la herida que recibió su primer jefe en Lumbier) se uniese á la Brigada de Junquera; que la Batería de Batalla de Fernández Negrete y la de Montaña de Llorens, con el Coronel Fernández Prada, se pusieran á las inmediatas órdenes del General Pérula; que los cañones del Tren de sitio, al mando de García Pimentel, quedaran encargados de defender los fuertes y posiciones atrincheradas; y en fin, que la Batería de á Caballo, de García Gutiérrez, y la de Montaña de Fernández de Córdova se establecieran entre la Barranca y la Solana. Finalmente, el Regimiento de Caballería de Navarra se puso á las inmediatas órdenes del Comandante General de dicha División, el Regimiento de Caballería de Borbón se situó entre la Barranca y la Solana, y los Ingenieros se distribuyeron entre los fuertes, las po-

siciones atrincheradas y la plaza de Estella, en donde se establecieron los comandantes generales de Artillería é Ingenieros Maestre y Alemany, y el Brigadier Villar.

—

El Gobierno de Madrid, entretanto, estudió desde principios de Diciembre de 1875 varios planes militares propuestos, según se dijo, por los generales Gándara y Ruiz Dana y por el ilustrado Capitán de Artillería D. Baldomero Villegas, acordándose, por de pronto y como ya dijimos en el capítulo anterior, la formación de dos ejércitos llamados de la Derecha y de la Izquierda, más un tercer Cuerpo que había de operar independiente, en cierto modo, y sólo en Guipúzcoa, al mando del Teniente General Moriones, sirviendo de enlace por un lado con el General en Jefe de la Izquierda, Quesada, y por el otro con el General en Jefe de la Derecha, Martínez Campos.

El Gobierno de Don Alfonso, á quien (dado lo aflictivo de las circunstancias por que atravesaba el Carlismo que harto podía hacer con procurar sostener una digna defensiva) correspondía naturalmente tomar la iniciativa de la campaña postrera (pues en honor de la verdad había que prejuzgar vencedores á los alfonsinos por la irritante superioridad numérica de sus tropas y de todos sus elementos de combate) reunió en Madrid á los generales en Jefe de ambos ejércitos ya citados para conocer su opinión. El General Martínez Campos creía que debía caerse con todas las fuerzas sobre Navarra, y el General Quesada, por el contrario, creía que debían comenzarse las operaciones por la base Vitoria-Bilbao y avanzar por Alava y Vizcaya á Guipúzcoa (aprovechando para ello el avance que ya habían dado mucho antes sus fuerzas apoderándose del fuerte de San León), mientras el Ejército de Martinez Campos acometía á los carlistas por Navarra y se hacía dueño de la frontera. El General Jovellar, Ministro de la Guerra, se inclinaba á un movimiento central sobre Estella, bajo un pensamiento estudiado por el Coronel de Estado Mayor D. Fructuoso de Miguel. Díjose entonces, y después se afirmó aún más, que el plan del General Quesada (que fué el que al fin prevaleció, como veremos más adelante), era el mismo ideado y expuesto anteriormente por el tan entendido cuanto modesto Capitán de Artillería D. Baldomero Villegas, así por lo menos lo consigna éste en la obra *Juicio crítico de la guerra civil*, en la que dice textualmente «que su »proyecto había pasado por manos de respetables militares que abo»naban su dicho, y hasta el mismo historiador D. Antonio Pirala »había recibido su plan *antes* de que se pusieran de acuerdo (los gene»rales alfonsinos), etc.»

En cuanto á los planes de campaña de los carlistas, claro es que habían de someterse á las operaciones que ejecutasen al fin los ejércitos liberales, porque dadas todas las fuerzas con que contaban ya los alfonsinos, nuestro sistema de guerra no podía ser, por de pronto, más que defensivo, según el parecer de todas los generales carlistas que más ó menos directamente intervinieron en la dirección de las últimas operaciones, y según también la ilustrada opinión de las obras militares que se han escrito sobre la última campaña, entre ellas la *Narración Militar de la Guerra Carlista*, redactada por el Cuerpo de Estado Mayor del Ejército.

Desde que se anunció que los ejércitos liberales del Centro y de Cataluña caerían sobre el Norte, dividiéronse las opiniones entre los carlistas en el sentido de creer unos que las operaciones empezarían por la extrema izquierda liberal (por considerar esto más estratégico) continuándolas después por Guipúzcoa, mientras que otros daban por seguro que las operaciones empezarían por Navarra (por considerar más políticos los objetivos que pudieran perseguir así los liberales); pero como los ejércitos alfonsinos llegaron á disponer de sobradas tropas para acometer en contra nuestra toda clase de empresas, no teniamos más remedio que preocuparnos de atender á todos los puntos, pues como dice muy bien el escritor liberal Pirala: *á ambas partes tenían que acudir los carlistas, porque sobre Navarra y sobre Vizcaya iban á caer cual irresistible avalancha numerosas tropas.* (*Historia Contemporánea*, tomo 6.°, página 442.)

¡Desgraciadamente para los carlistas habian pasado ya aquellos tiempos de Montejurra, Somorrostro, Abárzuza y Lácar en que al reconcentrar los liberales sus tropas para librar dichas jornadas tenían que dejar el resto del país vasco-navarro sin más fuerzas que las imprescindibles para procurar tener en los demás puntos á raya á los carlistas, y éstos, á su vez, no teniendo que temer más que por Vizcaya ó por Navarra, podían acumular en los puntos amenazados suficientes tropas y defensas que aunque siempre inferiores al número y á los elementos de combate del enemigo, nunca llegaron á serlo tanto, y podían ser bastantes para lograr la victoria, sobre todo por la mayor facilidad que habia de dirigir las operaciones, una vez concentradas las tropas en una línea ó región más ó menos extensa, pero siempre en condiciones más favorables para el mando que cuando, como en el de S. A. el Conde de Caserta, había que hacer frente al enemigo en todas partes y no se disponía de hombres, ni de armas, ni de municiones, ni otros recursos ó elementos suficientes para romper con aquella situación y abrigar completa seguridad en la victoria!

Hasta en las confidencias se tuvo desgracia por parte de los carlistas: disponíamos, efectivamente, de algunas cuyos informes eran muy seguros, en las que por razones que no son de este lugar podíamos tener ciega confianza y que nos daban cuenta de los planes y pensamientos del enemigo con toda exactitud; pero sea porque en el campo liberal hubiese quien más listo que nuestros confidentes llegase á engañarles, ó bien que presidiera una constante indecisión en las resoluciones de los superiores jefes alfonsinos, modificándose, en cambio, impremeditadamente sus proyectos ó variándose con inusitada rapidez las operaciones, sea de ello lo que quiera (pues ya se comprende que harto difícil nos era, es y sería averiguar lo ocurrido), lo cierto es que no siempre resultaron nuestras citadas confidencias acordes con las operaciones realizadas, aumentándose con ello las muchas condiciones desventajosas en que, á pesar de todo, nos preparamos con entera decisión á desbaratar en lo posible los planes de los ejércitos alfonsinos, si bien debemos confesar que nos aprestamos á combatir más que con la esperanza de alcanzar un éxito casi imposible, con el natural deseo de salvar el honor de las armas.

Proyectóse romper las hostilidades en la primera quincena de 1876; pero el gran temporal de aguas y nieves que se desató por entonces sobre las provincias vasco-navarras, hubo de retrasar el principio de las operaciones. Esto dió lugar á que entre unos y otros ejércitos combatientes se ultimaran los postreros detalles, variándose el plan que debía llevar á cabo el Ejército de la Izquierda. Pensóse en que el Cuerpo de Ejército del General Loma rompiese la línea de Vizcaya por Valmaseda en combinación con la guarnición de Bilbao y con el Cuerpo de Ejército del General Moriones, mientras el General en Jefe Quesada saldría de Vitoria en dirección de Villarreal y Ochandiano para rodear por completo y destruir ó hacer capitular á la división carlista de Vizcaya, operando al efecto el General en Jefe Quesada con el Cuerpo de Ejército del Teniente General Marqués de Fuente-Fiel, una de las más dignas figuras militares de nuestra historia contemporánea, antiguo y leal Gentil-hombre y Ayudante de Campo de Isabel II, y tan bravo cuanto caballeroso General de la vanguardia del Ejército del ilustre Capitán General Marqués de Novaliches en la inolvidable batalla de Alcolea. Circunstancias, que explicaremos á su debido tiempo, hicieron variar el primitivo proyecto, llevándose todo á cabo, menos la combinación con el Cuerpo de Ejército del General Moriones.

—

A principios de 1876 ocurrieron dos sucesos que nos impresionaron profunda y desagradablemente, ya que no podían hacer desmayar el

ánimo del Estado Mayor General carlista, toda vez que aunque fuesen de triste presagio en aquellos momentos, no habían de influir en la decisión de los que en él figurábamos por deber militar y por considerar que nuestro propio espíritu y honor nos obligaba á aceptar y servir sin vacilación alguna nuestros destinos, luchando con todas nuestras fuerzas y según nuestro leal saber y entender hasta el último momento, aún persuadidos de que nuestra misión lo era de sacrificio, y que dadas las circunstancias por que atravesaba el Ejército carlista



D. JOSÉ IGNACIO DE ECHAVARRÍA
MARQUÉS DE FUENTE-FIEL

del Norte, no podíamos ya por aquella época forjarnos grandes ilusiones sobre el éxito más ó menos tardío de la campaña.

Habiéndose iniciado en los últimos días del año 1875 algunas deserciones, dióse orden para que todos los jefes de Cuerpo telegrafiasen diariamente al Cuartel General carlista cuantas deserciones al enemigo se verificasen en las tropas de su mando, y encargado de recibir los despachos el Jefe de Estado-Mayor que esto escribe, fuímonos convenciendo día por día de que, desgraciadamente, decaía por momentos el espíritu de los voluntarios y aún el de algunos oficiales, toda vez que las deserciones se verificaban en una progresión siempre creciente, capaz de abatir el ánimo más valeroso: indudable era que si las

operaciones se retardaban, todo se lo darían hecho los carlistas á los liberales por no encontrar éstos siquiera con quién combatir.

El otro hecho de triste recuerdo lo fué la inopinada sublevación del Batallón 1.° de Alava, que era precisamente, y sin duda de ningún género, uno de los más escogidos del Ejército carlista.

Hallándose en Estella S. A. R. el Conde de Caserta y el Brigadier Brea conversando en su alojamiento con el General Cavero á las altas horas de la noche de uno de los primeros días de Enero, se presentó el segundo Jefe del citado Batallón alavés, el Comandante Asla, acantonado con la mitad del mismo en Zábal, manifestando que iba á dar parte de que la otra mitad de su Batallón había preso á su Coronel Alvarez Sobrino en Abárzuza, ignorando la causa (si bien atribuyéndolo á dureza de carácter de aquel competente Jefe) y ofreciéndose á marchar á Abárzuza para castigar la insubordinación. Despedido el Comandante Asla á su cantón para esperar allí órdenes, se acordó que el General Cavero quedase en Estella en previsión de lo que pudiera acontecer, marchando inmediatamente S. A. con su Jefe de Estado-Mayor, el Ayudante de Campo de éste, Sureda, y dos ordenanzas, para Abárzuza.

Sin rubor debemos confesar que ni la primera vez que entramos en fuego, ni en las más apuradas situaciones en que nos hemos visto después repetidas veces, hemos experimentado tanto miedo como el que pasamos aquella noche por el camino de Estella á Abárzuza, miedo que, gracias á Dios, desapareció en cuanto nos vimos rodeados de los voluntarios del sublevado Batallón. Por demás es decir que á nuestra mente se nos acordaron situaciones análogas, empezando por las desgraciadas de los generales liberales Sarsfield y Ceballos Escalera y del general carlista González Moreno, y más cercanas aún, las gloriosas de los generales D. Ramón M.ª Narváez y D. Manuel Gutiérrez de la Concha, al desbaratar las sublevaciones de Madrid y Barcelona, y la del, entonces, Capitán de Artillería (luego General carlista) D. Elicio Berriz en Puerto-Rico, cuando la sublevación de 13 de Abril de 1855.

Por el camino fuimos pensando lo que debía hacerse y con arreglo á lo convenido, al llegar al amanecer al pueblo se adelantó el Brigadier Brea, y hallando al Oficial de guardia y números de ella en su puesto y con la mayor vigilancia, mandó al corneta de guardia que tocase diana y á continuación llamada á la carrera, dirigiéndose después al alojamiento del Coronel, atravesando la guardia que había en el portal, la cual aunque sorprendida por nuestra llegada no dejó de hacernos los honores de ordenanza, resultando que al parecer todo estaba como si nada hubiese ocurrido. Mientras tanto los voluntarios

salían de sus alojamientos recibiendo orden de reunirse en las eras que había á la salida del pueblo, en donde formaron el cuadro por orden de los oficiales generales recién llegados, á quienes acompañaba ya á caballo el Coronel Alvarez Sobrino.

Obtenida la vénia de S. A. R. el Conde de Caserta, increpó el Brigadier Brea duramente al Batallón por haber empañado sus gloriaas, reintegró á su Coronel en el mando, é impuso al Batallón como castigo el no marchar en adelante á vanguardia como lo había verificado hasta entonces elevando á tan brillante altura el concepto de su valer en numerosas acciones de guerra, y especialmente en las jornadas de Somorrostro y de Abárzuza, de imperecedera memoria: en las curtidas facciones de aquellos arrojados voluntarios alaveses que tantas veces habían jugado con el peligro y arrostrado impávidos la muerte, retratábase en aquellos instantes la expresión airada del remordimiento y la pena por el puesto que se les designaba en los próximos combates, pero ni una voz, ni un ademán, demostraron otra cosa que el sentimiento propio del deber incumplido, y el firme propósito de no volver á faltar á la disciplina.

Algunos días después, y una vez bien puesta la subordinación, se relevó al Coronel Alvarez Sobrino, reemplazándole en el mando del Batallón 1.º de Alava, el Coronel D. Felipe de Sabater (hijo del Marqués de Capmany), antiguo oficial de Cazadores en el Ejército de Isabel II, que había desempeñado brillantemente el cargo de Jefe de Estado Mayor del General Savalls en la época de 1873 á 1874, en que tantos laureles conquistara el Ejército carlista de Cataluña y que posteriormente habíase distinguido en el del Norte desempeñando con el mayor acierto algunas comisiones científico-militares y mandando el Batallón vizcaino de Bilbao.

—

Madurados que fueron los planes de los generales alfonsinos en la forma que ya hemos indicado, nos ocuparemos ahora de la invasión de Alava y Vizcaya por el Ejército de la Izquierda, que fué el que emprendió primero las operaciones, si bien podría decirse que resultaron simultáneas tanto las de sus tres Cuerpos como las del Ejército de la Derecha. Como creemos haber indicado anteriormente, el Cuerpo de Ejército del General Moriones, por sus circunstancias especiales, debía obrar independientemente de los demás; el segundo Cuerpo, ó sea el del General Marqués de Fuente-Fiel, operaba á las inmediatas órdenes del General en Jefe Quesada, y el tercer Cuerpo, á las del General Loma, amenazando Vizcaya por la parte de Valmaseda.

Pues bien: el día 21 de Enero comenzaron las operaciones prepara-

torias, avanzando la División de Villegas desde sus acantonamientos, hasta ocupar Viergol y Nava, previo un tiroteo poco importante con las avanzadas carlistas que ocupaban el primero de dichos puntos. El General carlista Carasa tenía que presentarse débil en todas partes, pues con unos cinco ó seis mil hombres escasos había de atender al enemigo que amenazaba su frente, y al que pudiera llegar más adelante por su retaguardia, ó sea por la parte de la guarnición de Bilbao, ó bien por el sur de la provincia. Retiróse, pues, el bravo General carlista hacia el monte Celadilla para ponerse en condiciones de de-



D. FELIPE DE SABATER

fender con algunas probabilidades de éxito á Valmaseda. No le bastó, sin embargo, su previsión, porque como no podía disponer más que de cuatro batallones (pues de los restantes se encontraban tres con el Brigadier Echévarri hacia Somorrostro, y la demás fuerza sobre Bilbao, así como los cántabros cubriendo la línea de Castro Urdiales á Ortuella) no pudo impedir que ocho días después, ó sea el 29, tuviera que verse forzado á retirarse de Celadilla y Valmaseda á causa de haber sido atacado de frente por las fuerzas del Brigadier Goñi, y haber operado un movimiento envolvente el General Villegas, por Gordejuela y Sodupe, y otro análogo el General Espina, por Carranza. Harto hizo el General Carasa con retirarse haciendo siempre fuego y dejando bien puesto el honor de las armas.

Los liberales se habían interpuesto entre el Brigadier carlista Eché-

varri y el General Carasa, y no queriendo éste que los batallones de aquel fueran copados, bien por las fuerzas de su frente, bien por las que salieran de Bilbao, maniobró de tal modo que corriéndose por Arciniega hacia Sodupe y Llodio, llegó en la noche del 29 á Sodupe y el 30 á Llodio, reuniéndosele en este punto el Brigadier Echévarri con el resto de los batallones vizcaínos, después de haber retirado todas las restantes fuerzas carlistas de Somorrostro y Alonsótegui, destacando únicamente al Batallón de Arratia para que se opusiera en lo posible, en el valle de su nombre, al avance de las tropas del General en Jefe Quesada, cuyas fuerzas se hallaban ya avanzadas sobre los montes de Yurre y Dima.

Mientras tanto la guarnición de Bilbao, no teniendo ya fuerza alguna carlista que se lo impidiera, rompió la marcha, tomando posesión de las alturas de Santa Agueda y Galdames, con cuya operación quedó cerrada completamente para los carlistas la parte norte de la proprovincia, retirándose el General carlista á Durango y Zornoza, sin haber perdido un hombre ni un pertrecho de guerra, y no huyendo tampoco de la abrumadora masa de enemigos que le rodeaba, toda vez que lejos de economizar sus escasas municiones, marchó sosteniendo siempre escaramuzas más ó menos importantes, es decir, batiéndose en las únicas condiciones en que podía batirse, para que su retirada fuera un modelo en su clase, tratándose, como hemos dicho, del considerable número de batallones que le acometieron por todas partes.

Tal seguridad tenía el General Quesada de que coparía á la División de Carasa, que éste, en su asombrosa retirada encontró un número del periódico *La Epoca*, que insertaba el siguiente telegrama: «San Antonio de Urquiola: Columna Carasa copada.—*Quesada*». Este despacho fué leído á los batallones carlistas, diciéndoles su viejo caudillo que aún esperaba darles una lección á sus enemigos, si Dios estaba de su parte. No era esta, por cierto, la primera vez que el bravo veterano de todas las guerras carlistas se burlaba de sus perseguidores. En su célebre campaña do 1872, hubo un día en que su digno antagonista el General Moriones destacó cinco columnas para que le rodearany batieran dándoles instrucciones concretísimas, y á pesar de haber cumplido todas las columnas liberales con lo prevenido por su General, el día en que debía ser copado el ínclito Carasa apareció éste diez leguas á retaguardia de sus perseguidores.

Como el avance de las columnas liberales era simultáneo, veamos lo que había sucedido mientras en Alava, y cómo habían resultado los movimientos del General en Jefe liberal desde Vitoria.

No queriendo dar el General Quesada un paso sin asegurar su retaguardia y sus comunicaciones, en lo cual obraba cuerdamente, empezó por destacar fuerzas suficientes para limpiar de carlistas la vía férrea de Miranda de Ebro á Vitoria, en donde el Batallón 6.º de Alava y algunas partidas oponíanse, constantemente y en las medidas de sus fuerzes, á la libre circulación de los liberales entre ambos puntos, desde Subijana y Morillas. Como los alfonsinos disponían de suficientes tropas para todo, lanzaron contra las posiciones carlistas una Brigada que resueltamente se apoderó de aquellos puntos y aseguró las interrumpidas comunicaciones, á pesar de que el citado Batallón Alavés se defendió valientemente, ocasionando bastantes bajas á sus enemigos, retirándose y maniobrando admirablemente hasta unirse con sus compañeros de División, ocupando ésta Villarreal y la linea de Arlabán con la Batería de Montaña de D. Luis Ibarra y la de Batalla que mandaba el Coronel D. Rodrigo Vélez. A propósito de esta operación preliminar dice el *Juicio crítico de la guerra civil*, escrito por un jefe del Ejército liberal, los siguiente: «Los carlistas fuéronse intactos tras un »pequeño combate por su línea de retirada, á reunirse con sus compa- »ñeros después de habernos causado 6 muertos (entre ellos un oficial), »43 heridos y 28 contusos.

Ordenes tenía recibidas el Comandante General carlista de Alava para defender á todo trance el paso de Villarreal y la carretera, porque si bien sus fuerzas eran inferiores de todo punto á las que se le fueron encima, sus posiciones dominantes del pueblo, estaban en cambio fuertemente atrincheradas.

El General en Jefe liberal emprendió la marcha el 28, saliendo de Vitoria, llamando desde Haro á la llanada de Alava á la División llamada de dicha provincia y á la de Reserva, á fin de que dichas tropas apoyasen las alas de las columnas que atacaron directamente Villarreal, objetivo principal de la operación.

Las tropas carlistas que defendían las posiciones dominantes del pueblo eran, en total, seis batallones, dos escuadrones, seis piezas de Artillería de Montaña y seis de Batalla, á las órdenes, todas estas fuerzas, del Comandante General de Alava, el Brigadier Ugarte. Al avistar estas tropas á la vanguardia liberal, rompió el fuego la Artillería carlista hasta que emplazada por el enemigo una Batería de á 10 centímetros y otra de á 8, sistema Krupp, fuéronse batiendo aquellas en retirada al abrigo de sus atrincheramientos. Viéndose rodeados por todas partes los carlistas á causa del considerable número de batallones alfonsinos que sobre ellos caian, y escaseándoles á la vez las municiones, hubo de temer el Brigadier Ugarte el copo de su División,

y como desde la primera guerra civil no había vuelto á mandar tropas, ni á ocuparse verdaderamente de asuntos militares hasta entonces, se conoce que se había olvidado del sereno valor de sus subordinados los alaveses, y ordenó la retirada, pero sin precauciones, resultando así bastante desordenada y desfavorable para imponer, por lo menos, respeto al enemigo; visto lo cual por la División liberal más avanzada, que lo era la del General González Goyeneche, cargó el Brigadier Córdova con decisión é hiciéronse dueños sus soldados, de dos cañones de Montaña que encontraron sin defensa, y hasta se hubieran apoderado de la Batería carlista Montada, si su Coronel Vélez, dando pruebas de una sorprendente serenidad y valor, no hubiera retirado sus carruajes rápidamente, rompiendo el cerco en que llegaron á tenerle los alfonsinos, á quienes sorprendió seguramente tanto denuedo, pues para desembarazarse de enemigos el Coronel Vélez y sus artilleros hubieron de abrirse paso á sablazos y á latigazos, ya que los conductores de las piezas hubieron de recurrir al uso de los látigos á falta de mejores armas: alto ejemplo de serenidad que debió haber imitado el Comandante General carlista Ugarte, quien, en cambio, no paró en su retirada hasta Azcoitia, dejando así libre á los liberales la entrada en Guipúzcoa y Vizcaya, siguiendo algunos de los batallones alaveses á su Comandante General y pasando los restantes á Navarra.

Era la segunda vez que los liberales se vieron en ocasión de apoderarse de la Artillería carlista, pues, como se recordará, la Batería de Montaña de Navarra también estuvo á punto de caer en manos del enemigo en la batalla de San Marcos, y todo ello por falta de decisión ó acierto, no en los valerosos batallones alaveses y navarros, si no en algunos de sus jefes superiores que, por lo visto, desconocían por completo la obligación que tenían de defender un arma que como la de Artillería no puede combatir sin el apoyo de las demás. Tanto el Brigadier carlista Zalduendo en San Marcos, como el Brigadier carlista Ugarte en Villarreal, desconocieron ú olvidaron sus deberes militares, dándoles, en cambio, dos jefes de Artillería, Reyero y Vélez, una lección que supieron aprovechar sus subordinados de otras armas.

El escritor liberal D. Antonio Pirala en su *Historia Contemporánea* dice textualmente: «Ugarte se vió sorprendido en Villarreal, cediendo »sus magníficas posiciones después de un ligero combate, y sin dar »tiempo ni aún para retirar los dos cañones que cayeron en poder de »los liberales; y si se salvó la Artillería rodada, debióse al valor de su »Jefe el Coronel D. Rodrigo Vélez..... aquellos cañones de Montaña »fueron glorioso trofeo por ser los primeros cañones cogidos á los car»listas en campo raso en el Norte.» (Tomo 6.º, páginas 449 y 451). El

escritor carlista D. Francisco Hernando, antiguo Ayudante de Campo del General Lizárraga, en su *Campaña Carlista*, página 415, dice así: «La Artillería rodada salvóse gracias al valor de su Jefe, el Coronel »D. Rodrigo Vélez; mas las fuerzas de Infantería fueron en retirada »hasta Azcoitia.»

S. A. R. el Conde de Caserta en cuanto tuvo telegráficamente noticia del suceso, destituyó al Comandante General de los alaveses que abandonó tan fácilmente su provincia y dejó libre á los liberales la entrada en las de Guipúzcoa y Vizcaya, por aquella parte confiada á su custodia y que podía haber defendido más tenazmente.

Las bajas fueron, poco más ó menos, las mismas por uno y otro lado, sobre todo en la División del General Alvarez Maldonado, que fué la que más sufrió el peso de la resistencia de los carlistas.

Al amanecer del día 29 continuó el General Quesada su avance, llevando en vanguardia la División del General González Goyeneche, y de ésta la Brigada de D. Juan de Dios Córdova, precedida de dos baterías, una de Montaña y otra de Batalla para abrirse camino. En esta disposición llegaron á Ochandiano, sin experimentar más que un ligero tiroteo de flanco por varias compañías alavesas concentradas en San Antonio de Urquiola. Algunas fuerzas carlistas defendían los atrincheramientos de dicha posición, pero como los liberales disponían de tropas suficientes para todas sus empresas, lanzó el General González Goyeneche á la Brigada de Alarcón sobre aquel punto, logrando que los carlistas abandonasen su defensa en vista de la desigualdad numérica en que tenían que combatir; y la Brigada de Córdova quedó en Ochandiano para servir de lazo de unión entre las fuerzas de vanguardia y retaguardia.

El día 30 de Enero siguió en su avance el General Quesada, invadiendo el valle de Arratia, en cuyas alturas le esperaban un Batallón y algunas compañías carlistas de las milicias sedentarias, causando á los liberales bastantes bajas, entre ellas la del Comandante General de Ingenieros, el Brigadier Verdú, un oficial y cuatro soldados muertos y cincuenta y cinco soldados heridos; en cambio el Ejército liberal hizo algunos prisioneros carlistas de las expresadas reservas.

El día 31 prosiguió su marcha el Ejército de la Izquierda, asegurando la posesión de lo conquistado, y no encontrando resistencia alguna en Areta y Miravalles, por haberse dirigido á Zornoza la División carlista del General Carasa, continuó el General Quesada su camino entrando en Bilbao el día 1.° de Febrero.

Vizcaya estaba, pues, perdida para los carlistas, como se había perdido también Alava casi al mismo tiempo, y eso que la resistencia

opuesta por el General Carasa y sus vizcainos fué tan notable, como triste lo fué la desbandada de las brillantes tropas que no supo ó no pudo dirigir mejor el Brigadier Ugarte, Comandante General de los alaveses.

Operóse, por tanto, la concentración en Bilbao de la mayor parte de las divisiones de los cuerpos segundo y tercero del Ejército de la Izquierda, á excepción de la Brigada del Brigadier Córdova, la División del Mariscal de Campo Ruíz Dana que había marchado á Orduña, algunas fuerzas del Cuerpo del Teniente General Loma que habían quedado por Valmaseda y valles comarcanos, y la División del Mariscal de Campo Alvarez Maldonado, encargada de mantener libres las comunicaciones de Vitoria, Miranda de Ebro y la llanada de Alava, en unión do la Brigada de Caballería del Brigadier Contreras.



D. FRANCISCO JAVIER RODRIGUEZ VERA

Capitulo XXXIII

Operaciones en Guipúzcoa.—Sangrienta jornada de Mendizorrotz, última victoria de los carlistas

Como las operaciones de los ejércitos liberales eran simultáneas, obedeciendo todas á un plan preconcebido, y como no podemos ir de un punto á otro en nuestra narración, de ahí que dejando al General en Jefe liberal Quesada en Bilbao, pasemos á Guipúzcao para relatar los hechos del primer Cuerpo mandado por el Teniente General Moriones.

Hemos dicho, y conviene no olvidar, que la situación del Ejército liberal en Guipúzcoa era especialísima, porque aunque tenia á su frente un exíguo número de batallones, hallábanse éstos bien atrincherados. Desde su derecha en Arichulegui hasta su izquierda en Igueldo, pasando por Astigarraga y Urcabe, sin contar con las defensas de la línea del Oria, las posiciones carlistas constituían un verda-

dero campo atrincherado; verdad es, también, que los liberales por su parte disponían asimismo de los fuertes y excelentes posiciones de Guetaria, Irún, Hernani, San Sebastián, Oriamendi, Lugaritz, Amezagaña, Oyarzun, etc., etc., y de veinticinco batallones con cinco baterías de Campaña. «Más que triplicadas eran las fuerzas liberales que las carlistas», dice D. Antonio Pirala en su *Historia Contemporánea;* pero esto no impedía que el General liberal se considerase encerrado en un callejón sin salida, como vulgarmente se dice, pues no era salida franca ni fácil el haber de embestir de frente la línea atrincherada carlista, sin exponerse á sufrir grandes pérdidas ó una derrota al intentarlo. Así es que el General Moriones, en quien siempre reconocimos valor acreditado y singulares dotes de mando, se decidió por llamar la atención de los carlistas por varios puntos á la vez, á fin de debilitarles en todas partes. Primeramente, el día 25 de Enero de 1876, operó una diversión sobre algunas posiciones carlistas para tantear sus defensas. Una Brigada se dirigió á Muniaundi y Urcabe, otra hahacia Mendizorrotz, y una Batería de á 15 centímetros sobre Antononea. Por la tarde ordenó la retirada, que picaron bravamente los carlistas saliendo de sus parapetos y ocasionando á los liberales dos muertos y cincuenta y cuatro heridos, sin sufrir, en cambio, más que escasas pérdidas.

Previo acuerdo con el Comandante General de la Escuadra, Contra-Almirante Polo, dispuso el General Moriones que al día siguiente por la noche embarcara una Brigada en Pasajes, al mando del Brigadier Mariné, de cuyas fuerzas solamente pudieron desembarcar en Guetaria un Batallón, y medio de otro, pero al frente de cuyas tropas lanzóse atrevidamente el Brigadier Mariné, ayudado por la guarnición de aquella plaza, sobre el alto de Gárate, defendido solamente por algunas compañías de las reservas sedentarias carlistas, ó sea de los casados dedicados á servicios pasivos, más una Compañía de Guías. Hízose dueño el Brigadier Mariné de la importante altura de Gárate, gracias á la sorpresa que produjo en los carlistas el atrevido ataque de los liberales. Sin embargo, las pérdidas experimentadas por las cortas fuerzas liberales fueron de ocho muertos, entre ellos dos oficiales, y cuarenta y siete heridos. Los carlistas no pudieron retirar un mortero y algunas bombas y granadas, por no disponer de los transportes necesarios para ello: en cambio retiraron dos cañones rayados y se apoderaron del importante fuerte de Alzola, quemándolo y destruyendo sus defensas.

Al otro día, sin perder momento, embarcóse el General Moriones con diez batallones, desembarcando en Guetaria y proponiéndose flan-

quear y coger de revés la línea carlista, encargando á la División del Mariscal de Campo Morales de los Ríos, que quedó en San Sebastián, que embistiera la línea carlista con todas sus fuerzas, aunque sin extremar el ataque, por no proponerse con el movimiento de dicha División otra cosa que distraer fuerzas carlistas para debilitar la línea de éstos y obligarles á levantarla colocándose á su retaguardia el General Moriones con sus tropas.

Llegada la noticia de la toma de Gárate al Comandante General Carlista de Guipúzcoa, D. Eusebio Rodríguez, marchó éste inmediatamente, y por el camino más corto, á ocupar las escogidas posiciones de Aya, para oponerse con algunos batallones á la invasión del interior de Guipúzcoa y á la consiguiente destrucción de la Maestranza y las fábricas de armas, operación que el Brigadier carlista Rodríguez suponía proyectaba el General Moriones, recordando que ya intentó otra vez llevarla á cabo dicho General al principio de la Campaña.

Llevó consigo el Comandante General carlista á la Brigada de Aizpurúa, dejando en su prolongada línea á los brigadieres Ormaeche y Rodriguez Vera, defendiendo respectivamente su derecha é izquierda.

La operación del Teniente General D. Domingo Moriones estaba perfectamente planteada; pero no pudo lograr que el éxito coronase sus planes y esfuerzos, á causa del valor indomable desplegado por los carlistas en su postrera victoria.

¡Bien ruda fué la jornada!

La víspera de este combate hallábase el Jefe de Estado Mayor General carlista Conde de Caserta en Estella, cuidando de su extensa línea defensiva cuando á las altas horas de la noche recibió un telegrama concebido, poco más ó menos, en estos términos: «A S. A. R. »el General en Jefe, el Brigadier Rodríguez Vera.—Por confidencia »segura que acabo de recibir del Comandante Mugarza, he sabido que »el enemigo se propone romper mi línea en la madrugada de mañana. »Ruego á V. A. que ordene se me refuerce, pues se dice que el Gene»ral Morales de los Ríos, encargado de aquella operación, dispone »de doce mil hombres, y yo no tengo á mis órdenes más que á los »batallones 5.° y 6.° de Guipúzcoa». En el momento de recibirse el anterior despacho, y en consonancia con los deseos manifestados por el Brigadier Rodríguez Vera, ordenó S. A. el Conde de Caserta al Comandante General de Guipúzcoa que reforzara inmediatamente la línea amenazada, como así lo verificó éste, enviando la mayor parte del Batallón 11.° de Navarra al mando de su Teniente Coronel Equiazu, no reforzando á Vera con mayores fuerzas á causa

de lo extendido de las posiciones carlistas, y por lo tanto, del considerable número de tropas necesarias para su custodia.

Al llegar á nuestra noticia el cumplimiento de las órdenes de S. A., quedamos, sino tranquilos porque ésto no podía ser en vista de la desproporción en que iban á encontrarse los carlistas con los liberales, por lo menos confiados al pensar que los batallones estaban mandados por los coroneles Blanco y Pérez Dávila, y que ambos con el no menos valiente Equiazu, habían de ser dirigidos en la batalla por nuestro querido compañero el Brigadier de Artillería D. Francisco Javier Rodríguez Vera, que tanto se había distinguido en la guerra de Santo Domingo, en Velabieta, en Somorrostro, en Irún y en muchos más notables hechos de armas.

Mal día, sin embargo, pasamos S. A. R. y su Jefe de Estado Mayor, por la comprometida situación en que considerábamos se encontrarían las fuerzas guipuzcoanas; pero casi á las veinte y cuatro horas de haberse recibido el aviso telegráfico que hemos transcrito, se recibió otro que decía, aproximadamente, lo que sigue: «Enemigo rechazado en la »línea de los fuertes, con sensibles pérdidas: Blanco y Equiazu muer»tos. Liberales entraron dispersos San Sebastián y ordeno Jefe Batería »Venta-Ziquin arroje sobre la capital todos los proyectiles disponibles »para completar su derrota.» En confirmación de este despacho se recibió á los pocos días el parte oficial de la batalla, corroborando la noticia de la victoria conseguida por los carlistas, cuyos detalles copiaremos, dando antes una idea de las posiciones objeto de la lucha y completando este estudio militar con las apreciaciones del hecho por los escritores liberales.

Como el Ejército alfonsino no tenía en Guipúzcoa más base de operaciones que de Irún á San Sebastián y Orio para concentrar y acumular elementos ofensivos, y su salida natural para atacar á los carlistas le estaba casi cerrada por el primer punto en la peña de Aya, á causa de las muchas fuerzas que para dominarla había de necesitar, así como por el centro en las posiciones de Choritoquieta y San Marcos, y le convenía sobre todo la última línea que podia llevarle desde Guetaria directamente en poco tiempo á destruir las fábricas carlistas y posesionarse en un plazo breve de tóda la provincia, claro es que los carlistas, comprendiéndolo así, habían de acumular defensas tales que impidieran el avance de los liberales, economizando, por consiguiente, el número de combatientes. De ahí que no solo los Ingenieros carlistas, dirigidos por su ilustrado Coronel Garin, sino que también los jefes de Brigada y hasta los de los batallones, estudiasen convenientemente el terreno para sacar de él todo el mejor partido posible,

estableciendo parapetos, trincheras y zanjas que poco á poco se convirtieron en fuertes reductos defendidos entre sí y capaces para alojar una ó dos compañías cada uno, quedando el resto de los batallones en libertad de acudir en auxilio de los puntos que se viesen más comprometidos.

Así se venía haciendo desde algunos meses antes, y de ahí que en la cordillera de Igueldo se construyeran cinco reductos en las alturas de Teresategui, Bordacho, Mendizorrotz, Vidarte, Celayaundi y algún otro que no recordamos, casi en línea recta y de la manera referida, cuyas guarniciones se relevaban periódicamente por la fuerza libre de los dos batallones dedicados á su defensa. Un poco á retaguardia de estas posiciones habíamos construído una fuerte Batería acasamatada y artillada con dos cañones Withwort de á siete y medio centímetros, á cargo del Teniente Coronel de la Armada Torres, no solo para contribuir á la defensa de la línea, si no que también para arrojar granadas sobre la plaza de San Sebastián. Formada, pues, una idea, aunque ligera, del terreno de las operaciones, se comprende que no pudiera escaparse á la perspicacia del General Moriones que una vez dueño de Gárate y rota la línea atrincherada en Mendizorrotz, tendrían que abandonarla los carlistas, y por lo tanto, que dejar libre la entrada de los liberales al interior de la provincia, como resultado de verse obligados los carlistas á replegarse en malas condiciones, con el enemigo á retaguardia.

Así es que contando el General Moriones con un golpe de mano sobre Guetaria y Gárate, como ya se había llevado á cabo, sólo faltaba que al avanzar las tropas que llevaba dicho General á sus inmediatas órdenes, se lanzasen también contra los carlistas las fuerzas que habían quedado en San Sebastián, para redondear de este modo la operación. Dió, sin embargo, Moriones órdenes al Mariscal de Campo D. Adolfo Morales de los Ríos, para que no extremase el ataque de la División de su mando en el caso de que los carlistas opusiesen seria resistencia, por considerar Moriones que le bastaba únicamente con que Morales de los Rios secundase sus miras, distrayendo algunos batallones carlistas.

Antes de amanecer salió, pues, el General Morales de los Ríos de San Sebastían; pero ya encontró prevenido al Brigadier carlista Rodríguez Vera: compañías de los batallones 5.º y 6.º de Guipúzcoa ocupaban los reductos, y él con los jefes y el resto de sus fuerzas, que podrían constituir Batallón y medio todo lo más (porque el 11.º de Navarra no había llegado todavia), se situó en el centro de la línea para acudir á su defensa.

Rota la marcha por las tropas liberales, cayeron como una avalancha sobre las trincheras avanzadas de Vidarte, que cubría con su fuerza el Comandante Mugarza. Éste tenía órdenes terminantes de Vera para entretener al enemigo, mientras se cubría la verdadera línea de defensa. Dos horas próximamente se sostuvo Mugarza con su acostumbrado valor, y cuando ya no tuvo más remedio que replegarse á Celayaundi, lo hizo en buen orden. Dueños de Vidarte los liberales, se adelantaron con singular arrojo hasta situarse á unos doscientos metros de los carlistas; rompióse entonces el fuego por ambas partes, logrando aquellos hacerse dueños de la casa aspillerada de Ichurichabal.

Visto ésto por los carlistas, que ocupaban las trincheras intermedias entre los reductos, salieron de ellas y con irresistible empuje arrojaron á bayonetazos á los que ya se creían dueños de la posición, persiguiéndoles después hasta el caserío de Barcáiztegui, y aunque por segunda vez intentaron los alfonsinos recuperar lo perdido, no pudieron conseguir nada á pesar del denuedo con que se lanzaron á la carga.

Mientras esto pasaba en el centro y en la derecha de la línea carlista, extremaban los liberales su ataque contra el fuerte de Bordacho. Éste se hallaba guarnecido por cuarenta voluntarios al mando del valiente oficial D. León Trechu, quien se batió tan bizarramente, á pesar de estar rodeado de enemigos por todas partes, que despues de agotar todas sus municiones, cuando ya los liberales se habian hecho dueños del foso, todavia les contuvo, recurriendo á las piedras y tejas de las chavolas del fuerte, dando tiempo con su bravura á que llegasen refuerzos en su auxilio. Allí acudieron, en efecto, el Brigadier Rodríguez Vera y el Coronel Pérez Dávila con dos compañías de guipuzcoanos y otras dos del 11.° de Navarra, ante cuya acometida emprendieron definitivamente los alfonsinos la retirada, dejando cubierto el foso de muertos y heridos, acosados por las tropas carlistas de refresco y por las que salieron de los reductos, equilibrándose así el combate y quedando muy alto el honor de las armas carlistas.

Pronunciado, pues, el movimiento de retroceso de los liberales desde Igueldo, pensaron, sin embargo, sostenerse en Vidarte, como asi lo verificaron por algún tiempo; pero al fin viéronse forzados á abandonar este último punto de refugio, perseguidos con tenacidad por el Comandante Mugarza y algunas compañías de los batallones 11.° de Navarra y de los guipuzcoanos.

Seria interminable referir las peripecias y los rasgos de tesón y verdadero valor de los carlistas, iguales sólo al arrojo de los liberales:

nada mejor que copiar íntegro el parte oficial de la acción, dado por el Comandante General carlista de Guipúzcoa á S. A. R. el Conde de Caserta, y que dice así:

«Señor.—El Brigadier D. Javier Rodríguez Vera, Jefe de la segun»da Brigada y encargado de la línea izquierda sobre San Sebastián, »atacada el 29 del anterior por el enemigo, durante mi ausencia, se»gún dí conocimiento, para acudir á detener en sus proyectos al Jefe »enemigo Moriones, que merced á un oculto y nocturno desembarco »detrás de Guetaria, se había apoderado con numerosas fuerzas de »nuestra posición de Gárate, amenazando á un tiempo la línea de Orio, »y por consiguiente la retaguardia de la expresada Brigada Vera, y »nuestras importantes fábricas de Azpeitia, me dirige con esta fecha »el siguiente parte:

Excmo. Sr.:—El viernes próximo pasado, según las noticias que ha»bía recibido referentes á movimientos del enemigo, tanto por la parte »de Guetaria como por la de San Sebastián, me figuré que intentaba »atacar esta parte de la línea, y en efecto, avisé á los Sres. coroneles »primeros jefes de los batallones, para que lo pusieran en conocimien»to de los suyos respectivos, que desde algunos días antes estaban »constantemente en las posiciones. Efectivamente, el sábado 29, á las »nueve de la mañana, me avisaron que el enemigo avanzaba con mu»chos batallones y bastante Artillería en dirección de todas nuestras »posiciones situadas desde Medizorrotz á Teresategui: V. E. conoce los »batallones que defendían esta línea; pero de ellos me faltaban algu»nas compañías que por disposición superior, habían pasado á otros »puntos, y estas eran precisamente, Excmo. Sr., con las que contaba »para acudir á los puntos convenientes, cuando el enemigo tratase de »rodear nuestras posiciones, como efectivamente lo intentó en algunas, »y lo consiguió, felizmente para nosotros en otras.—En la imposibili»dad absoluta de disminuir las que ya estaban colocadas, y no pudien»do tampoco abandonar ningún punto, porque en cualquiera de ellos »nos hubiera sido muy perjudicial la colocación del enemigo, para re»mediar la situación en que la falta de esas fuerzas me había colocado, »no dudé un momento en disponer que dos compañías de las cuatro que »del 2.º Batallón habían pernoctado y se encontraban en este pueblo, »subieran inmediatamente á situarse en Celayundi, cuyo punto, por »ser el más céntrico, y desde el que podía observarse toda la línea, »había designado para situarme yo.—Poco tiempo después de mi lle»gada, ví al enemigo coronar las alturas de Vidarte. En esta posición, »á que los enemigos con su táctica de engañar á todo el mundo, he »visto llaman fuerte de Vidarte, la partida del Comandante Mugarza

»tenía el encargo, no de defenderla, si no de quebrantarlos en su pri»mer movimiento de avance; y así lo efectuó por espacio de más de »dos horas, retirándose después á los puntos que tenía designados, ve»rificándolo con todo órden y una lentitud admirable, y que no podía »esperarse por estar rodeado por el enemigo.—Este, que tan facilmente »había tomado un fuerte, que repito no existe, tal vez pensó tomar con »la misma prontitud las verdaderas posiciones de nuestra línea, y »avanzó con una velocidad y con un arrojo que nunca he visto en ellos, »y vino á situar sus guerrillas con sus reservas al caserío Ichurichabal, »situado á menos de 200 metros de los reductos de Celayundi.»

«Confieso, Excmo. Sr., que en aquel momento, al ver su arrojo y »ver también que tardaban en llegar las municiones, situadas á mayor »distancia de la que convenía, me hubiese parecido muy poco el ver »á mi lado un número de batallones igual al que ellos podían disponer, »por lo que inmediatamente dí orden para que subiesen las dos com»pañías del 2.º que habían quedado en Usurbil, y que llegaron á su si»tio con la mayor oportunidad. — Contenido el enemigo en dicho »punto por el mortífero fuego que se le hacía, empezó á aspillerar el »citado caserío, y entonces, las compañías situadas en las trincheras, »calculando que desde dicha posición podían molestarnos con sus »disparos, al mismo tiempo que les servía de base para correrse por »nuestra izquierda, salieron de ellas, y cargando con el mayor arrojo, »los desalojaron de aquella posición, persiguiéndolos hasta el caserío »de Barcáiztegui, donde sus grandes reservas se habian hecho fuertes »aspillerándolo, dejando en nuestro poder sus muertos, heridos y al»nas municiones. Regresaron nuestras compañías á sus posiciones, y »ellos volvieron á avanzar, repitiendo los nuestros las mismas cargas, »cada vez con mayor arrojo, hasta que convencidos los enemigos de »que por aquella parte ni por la izquierda que habian querido envol»ver, podían conseguir su objeto, se situaron en zanjas frente al ex»presado caserío de Barcáiztegui, desde donde continuaron haciéndo»nos fuego, aunque con más lentitud.—Al mismo tiempo que esto su»cedía en el centro de la línea, el enemigo ejecutaba los mismos movi»mientos en todos los demás puntos, de Mendizorrotz hasta Tere»sategui, y en todos ellos eran rechazados por las repetidas cargas »ordenadas por los jefes á quienes estaba confiada su defensa, dejando »siempre en nuestro, poder los muertos, heridos, armamento, municio»nes y algunos prisioneros. Sólo en el Bordacho consiguió el enemigo »alguna ventaja, que fué beneficiosa para nosotros. Defendida esta »posición por el Teniente D. León Trechu, con 40 voluntarios de su »Compañía, no pudieron impedir, que el considerable número de ene-



CARGA DE CARLISTAS (CUADRO AL ÓLEO DE D. R. BALACA)

»migos que los atacaban, llegasen hasta los fosos, los rodeasen completamente, dominándolos por la espalda, é intentasen subir al parapeto, »Aquel puñado de héroes, sin pensar en la apurada situación en que »se encontraban, agotadas sus municiones, se defendían con granadas »de mano, y á pedradas cuando éstas se les concluyeron, y á las intimaciones de rendirse que el enemigo les hacía, contestaban arrojándoles las tejas de sus casas.»

«Tranquilo, Excmo. Sr., porque no dudaba que el Coronel Pérez »Dávila, encargado de aquella parte de la línea, tomaría sus disposiciones para librar á una pequeña fracción de su Batallón, que tanto »orgullo tiene en mandar; tranquilo, porque tampoco dudé un momento que aquella fuerza dejase de cumplir las instrucciones que »todos tenían recibidas, para dar tiempo á que se acudiese en su »socorro, y así lo hicieron, dando una severa lección á los que pocos »días antes abandonaban un fuerte artillado y en condiciones mucho »mejores que las en que el Bordacho se encuentra, relativamente al »Gárate. Efectivamente, mientras yo mandaba á aquel punto dos compañías del 7.° Batallón que oportunamente me enviaron desde Andoain los señores Brigadier Aizpurúa y Coronel Jefe de Estado Mayor Luzuriaga, el expresado Coronel Pérez Dávila, separando una »pequeña fuerza de los puntos en que con menos exposición lo pudo »hacer, marchaba á la cabeza de ella para salvar á los que tan bizarramente defendieron aquella posición, y éstos, dando voces diciendo:—Ya sube nuestro Coronel,—decidieron dejar una cuarta parte »de la fuerza en el reducto, y salir los restantes para ayudar á desalojar al enemigo, que con música celebraba ya la toma de Bordacho, »y lo consiguieron, enterrando los carlistas en sus fosos á los liberales »que tuvieron, tal vez engañados, el atrevimiento de saltar á ellos.— »Desde entonces, Excmo. Sr., empezó la retirada del enemigo por la »parte de Igueldo, yendo constantemente perseguido por los nuestros; »pero viendo que no se movían de Vidarte los que ocupaban esa posición, me propuse desalojarlos de ella, para lo cual, oyendo á los »primeros jefes de los cuerpos y al Comandante Mugarza, dispuse que »tres columnas, formadas con fuerza de la partida volante, de los batallones 2.° y 6.° de la Provincia, y las compañías del 11.° de Navarra que habían llegado, la atacasen resueltamente por tres puntos »distintos y á una hora determinada. Así lo efectuaron, y el enemigo »fué desalojado de las trincheras que ocupaba obligándole á retirarse »al caserío de Barcáiztegui, en donde estuvieron los nuestros luchando á culatazos con ellos; pero haciendo una tenaz resistencia, dieron »tiempo á que sus grandes reservas llegasen, lo que obligó á que se

»retiraran los nuestros á las posiciones que hace tiempo ocupamos, »trayendo á sus jefes heridos, verificándolo con el mismo orden en que »habían avanzado, y bajo un nutrido fuego que no cesó hasta que la »noche impidió lo continuasen. Deber mío es hacer especial memoria »de todos los que más se distinguieron en aquella jornada.»

«Imposible me es, sin embargo, porque desde los primeros jefes al »último voluntario, cumplieron todos su misión de un modo que hu»biera enorgullecido á cualquiera á cuyas órdenes hubiesen estado. »Los jefes colocados en los diversos puntos de la línea, con su valor y »acertadas disposiciones, hicieron completamente inútil mi presencia »en ella. Los oficiales y voluntarios, con un entusiasmo que rayaba en »frenesí. He visto jefes, oficiales y soldados caer heridos, y sin cui»darse si eran ó no de gravedad, continuar en sus puestos, sin querer»se separar de ellos, estando curándose hoy el Comandante Aramburu »en el mismo punto cuya defensa se le había confiado. He visto á com»pañías sufrir un nutrido fuego de Artillería que las diezmó en pocos »momentos, sin que á los voluntarios se les ocurriese decir otra cosa »que: *adelante, aquí os esperamos, vengan municiones, que por aquí »no pasan:* á la Artillería, dirigida por el Teniente Coronel Torres y »los dignos oficiales á sus órdenes, hacer unos disparos que no hubie»ran hecho los más hábiles tiradores, tomando fusiles y cargando con »la Infantería, cuando concluyeron sus municiones: á los Ingenieros, »dejar sus picos y sus palas, y tomar el fusil para ayudar á sus com»pañeros á defender el punto donde trabajaban; y á los brigaderos »conducir sobre sus hombros las cajas de municiones, trayéndolas bajo »el fuego del enemigo por el camino más corto y con una prontitud »que satisfacía al que con más impaciencia las esperaba. Hay, sin em»bargo, jefes que debo particularizar, por encontrarse en circunstan»cias distintas de las de todos los demás: al Sr. Coronel D. Cipriano »Blanco, víctima de su temerario valor, le ví por la mañana á caballo »con su espada desenvainada en medio de las guerrillas enemigas »dando vivas á nuestro Rey, y siendo la admiración de aquellas y de »nosotros; y por la tarde, lo mismo que el Teniente Coronel del 11.º de »Navarra, D. Miguel Eguiazu, marchando al frente de sus fuerzas, »cayendo ambos gloriosamente heridos á corta distancia del enemigo, »muriendo pocos momentos después el primero y dos días mas tarde el »segundo. El Excmo. Sr. Comandante General de Marina D. Federico »Anrich, que tanto en este día como en los anteriores ha estado en los »sitios del combate, contribuyó con sus oportunas y acertadas indica»ciones al éxito que se obtuvo, sirviéndome yo de sus ayudantes de »Campo para comunicar las órdenes, por no haberme sido suficientes

»los que yo tenía. El Capellán de Artillería D. Pedro Lasarte estuvo »constante y voluntariamente en los sitios de mayor peligro, marchan»do siempre á la altura de los que cargaban, animando con sólo su »presencia el valor de los voluntarios, porque es indudable que nada »anima más al soldado católico que el saber tiene cerca de sí á los que »en los últimos momentos pueden prestarle los auxilios de nuestra »Santa Religión.—Y por último, recomiendo á V. E., por si tiene á bien »hacerlo á S. A. R. el Conde de Caserta, al vecino de este pueblo Es»teban Tamborena, que habiendo cogido el fusil de un soldado enfer»mo, que tenía en su casa, acompañó á las fuerzas del 5.º Batallón que »iban á socorrer á los héroes del Bordacho. Pocas, pero sensibles, han »sido las bajas que hemos tenido en esta jornada. Las nuestras con»sisten en dos jefes, cinco oficiales y treinta y cinco voluntarios muer»tos; dos jefes, quince oficiales y noventa y tres voluntarios heridos, »y tres oficiales y veinte y dos voluntarios contusos, formando un to»tal de ciento setenta y siete bajas. Las del enemigo deben ser grandes, »segun ellos confiesan, pudiendo yo asegurar que han dejado en nues»tro poder más de cincuenta muertos, un oficial y siete soldados he»ridos, y seis prisioneros, cogiéndoles también más de cien fusiles y »bastantes municiones.»

«Réstanme solamente dos palabras, Excmo. Señor: orgullo necio »sería en mí el atribuir el resultado obtenido á las disposiciones que »yo haya podido tomar, y repito á V. E. que con los jefes que ocupa»ban los diversos puntos de la línea, mi presencia fué completamente »inútil en ella. Contraproducente sería para nosotros el atribuirlo al »temerario valor de los voluntarios: atribuyamos esta y otras victorias »á la innegable y visible protección que nos dispensa Aquella á quien »el Rey (N. S. Q. D. G) nos ha dado á reconocer como Generalísima »de sus ejércitos; hagámonos dignos de Ella, procuremos que nuestras »obras estén en harmonía con los principios que defendemos, y enton»ces tendremos la seguridad de obtener el triunfo que deseamos, lo »mismo después de una gran victoria, como después de la mayor de»rrota.»

«Al trasmitir á V. A. el anterior parte del Brigadier Rodríguez »Vera, no puedo menos de suplicar lo eleve á conocimiento de S. M. el »Rey (N S. Q. D G) inclinando su real ánimo en favor; no solo de »los bizarros Brigadier, jefes, oficiales y tropa de la línea izquierda, »sino también de las cuatro compañías del 2.º Batallón de Guipúzcoa, »dos del 7.º de la misma División y seis del 11.º de Navarra, que en »atención á la escasez de fuerzas contra las numerosas del enemigo, »en todas partes tuve que situar y mover convenientemente, á fin de

»aprovecharlas en auxilio de donde más necesario fuera su concurso, »disposiciones que por la distancia que nos separaba y me hacía igno- »rar las situaciones, supieron llevar á cabo el Brigadier Aizpurúa des- »de la derecha de la línea de fuego, y mi Jefe de Estado Mayor el Co- »ronel Luzuriaga desde Andoain, dirigiendo las del 7.º y 11.º con tal »oportunidad, que la llegada de sus fuerzas á la línea, así como su »bravura y sus brillantes cargas á la bayoneta, en nada desmerecie- »ron á la tan prodigiosamente demostrada por los invencibles del 5.º »y 6.º y de Mugarza, cuyo valor y serenidad en la defensa de sus res- »pectivos fuertes, como su arrojo en saltar de ellos para arrollar y »perseguir al enemigo, nunca me cansaría de encomiar, si no recono- »ciera, como el Brigadier Rodríguez Vera, que solo la protección del »Omnipotente pudo concederle una victoria que arrancó á tan crecidas »fuerzas enemigas, auxiliadas por numerosa Artillería.—Señor.— »A. ll. r.r. p.p. de V. A.—El Comandante General de Guipúzcoa— *Eusebio Rodríguez Román.*»

El escritor liberal D. Antonio Pirala, en su *Historia Contemporánea*, (tomo VI, páginas 456 y 457), da cuenta de la jornada de Mendizorrotz con pocas variaciones á lo ya referido aquí, entre ellas la de asegurar que las bajas sufridas por los alfonsinos fueron mayores que las supuestas por los mismos carlistas, pues dice dicho historiador que la Brigada de Navascués, la cual sufrió aún menos que la de Careaga, tuvo ella sola doscientas treinta y dos bajas.

En cambio el Brigadier de Artillería carlista Rodríguez Vera hace justicia al Ejército alfonsino, como ya hemos tenido ocasión de ver en su parte oficial que hemos copiado.

El General Morales de los Ríos dijo á su vez: «Ha habido bravura »en las tropas, poca inteligencia en algunos jefes encargados de los »detalles, y olvido por parte de los jefes de Brigada de las instruccio- »nes que verbalmente y repetidas veces les he dado.»

El Teniente General Moriones decía al General en Jefe Quesada: «que de los informes adquiridos por oficiales de Estado Mayor y otros, »resulta que tanto el Ejército como el público culpan al General Mo- »rales, etc.» en vista de cuya comunicación, el General en Jefe mandó formar sumaria para aquilatar las causas del desastre.

Al ver el General Moriones el fracaso de su subordinado, cargó toda la culpa sobre éste, en términos de influir en la formación de la sumaria; pero á nuestro juicio, no toda la culpa fué del General Morales de los Ríos, y en cuanto á sus tropas hay que convenir en que no pudieron batirse mejor ni con más arrojo. Al General Moriones le aconteció en Mendizorrotz lo que en Somorrostro: padeció dos graví-

simos errores al disponer el ataque de frente á unas posiciones fuertemente atrincheradas, y al suponer quebrantada la moral del Ejército carlista ¿Por que, por su parte no secundó Moriones la operación? ¿Por qué al sentir el fuego de Mendizorrotz no avanzó él con los numerosos batallones de que disponía en Gárate y Zarauz? Para nosotros está fuera de duda que si ambos ataques hubieran sido simultáneos, el Brigadier Vera, á pesar de su pericia y su bravura, no habría tenido más remedio, al verse cogido entre dos fuegos por tan numerosas y aguerridas tropas, que replegarse con sus valientes pero mermados batallones, cediendo al fin el paso al enemigo, aunque dejando bien puesto el honor de la bandera.

De todas maneras, la victoriosa defensa de la línea atrincherada de Mendizorrotz, constituye una de las más brillantes páginas de la historia militar del Carlismo y de nuestro antiguo compañero el Brigadier de Artillería carlista D. Francisco Javier Rodríguez Vera.

—

Los escritorés liberales no conceden gran importancia a tan señalada acción, y pasan como sobre áscuas sobre sus detalles. Esto no es imparcial ni generoso: ¿no hemos nosotros confesado nuestras derrotas y nuestros desaciertos en Oteiza, Irún y otras operaciones? ¿No hemos elogiado nosotros constantemente el valor de las tropas liberales y la pericia de sus generales al conseguir importantes victorias? ¿Por qué no se ha de hacer también justicia á las tropas carlistas, prescindiendo de toda idea politica y considerando sus campañas desde un punto de vista exclusivamente militar? Creemos además que la confesión de las faltas propias enaltece al que las confiesa. Profesamos este principio desde que, hace ya muchos años, leimos la *Historia del Consulado y del Imperio*, escrita por Mr. Thiers: fué tal nuestra indignación al ver disculpadas y desfiguradas derrotas tan indiscutibles como la de Bailén, que desde allí en adelante perdimos la fe en su narración.

Unicamente un distinguido Jefe de Artillería del Ejército liberal (compañero nuestro, por cierto, en la batalla de Alcolea) se expresa así: «El general Morales comprometió desde el primer momento las «tropas de San Sebastián: éstas acometieron con su acostumbrado valor »y llegaron hasta los fosos de los fuertes enemigos, mas hallándose »muy alejado Moriones, cargaron á su sabor sobre ellas los carlistas, »las destrozaron completamente y las echaron de cabeza á San Sebas- »tián, causando en ellas tales efectos que quedó inutilizado todo el pri- »mer Cuerpo para operar en lo sucesivo». (1).

(1). *Juicio crítico sobre la guerra civil.*

Dos palabras para concluir: tan exacto es lo que se dice al final de este párrafo que nos ahorra digresión alguna. Tanto influyó la derrota de parte del Ejército liberal de Guipúzcoa en Mendizorrotz, que afectó al total en términos de que los veinte y cinco batallones y treinta piezas de Artillería del General Moriones permanecieron como encerrados en sus acantonamientos hasta que todo el Ejército liberal de la izquierda, con su General en Jefe Quesada, pudo como libertarlo. Contra este resultado no cabe discusión.

Solamente consideramos pertinente hacer mención de un juicio sobre Mendizorrotz, hecho por el escritor liberal D. Saturnino Giménez, en su obra *Memorias de la pacificación*, en cuya página 85 dice lo siguiente: «Mendizorrotz, uno de los descalabros más solemnes que hemos sufrido »en el transcurso de la guerra. No lo describiré, porque hacerlo no po- »dría sin imbuir mi relato un sentimiento de ira y de vergüenza. »Nuestros batallones fueron lanzados á los fosos de Mendizorrotz, por »el capricho insensato de un General inepto; se jugó con el heroismo, »hízose derramar estéril sangre, y nuestros bravos soldados, después »de aguantar una matanza inútil, tuvieron que presentar los morrales »á los carlistas.»



D. FERNANDO PRIMO DE RIVERA

Capítulo XXXIV

Operaciones del Ejército liberal de la Derecha.—Ataques combinados sobre Artazu, Montejurra, Santa Bárbara de Mañeru y Santa Bárbara de Oteiza.—El General Martinez Campos en el Baztan.—Acciones de Ciga y de Arrayoz.

Dadas por S. A. el Jefe de Estado Mayor General carlista Conde de Caserta las instrucciones precisas á los comandantes generales de las distintas provincias vasco-navarras, consideró como lo más acertado procurar oponerse personalmente á los planes del Ejército liberal de Derecha, ya que sus operaciones eran las que más funestamente podían influir en la moral de las tropas carlistas, tanto si daban por resultado la pérdida de Estella, como si lograban establecerse sólidamente los liberales en la frontera, á retaguardia del Ejército carlista y con facilidad de invadir apoyados en ella todo el país dominado por sus enemigos.

Una vez en Navarra el General Conde de Caserta, resolvió situarse en Estella hasta tanto que pudieran conocerse perfectamente los pla-

nes de los ejércitos liberales; pues hubo grandes diferencias sobre los que habían de realizarse al fin, según las distintas opiniones de los principales caudillos alfonsinos, hasta el extremo de no considerar arriesgado el juicio de que los que llegó á realizar el General Martínez Campos no tuvieron prévia aprobación oficial, si bien luego merecieron el general aplauso de la opinión liberal, cuando el éxito coronó sus esfuerzos, gracias á su buena estrella, así como á la protección que le dispensaron las autoridades francesas, y, sobre todo, á lo deficiente de los elementos con que pudieron hacerle frente los carlistas, atacados éstos á la vez en diferentes y distantes puntos por tropas siempre excesivamente numerosas, y que distrayendo por todas partes nuestra atención y nuestras fuerzas (siempre débiles por la irritante superioridad númerica de los alfonsinos) impidieron fácilmente nuestra victoria, como ya lo habíamos previsto, pues insigne demencia y presunción habría sido en nosotros lisongearnos de salir airosos del todo en nuestra empresa, dado el sistema acometedor de los liberales, cuyos distintos cuerpos de ejército podían maniobrar (como así fué) simultáneamente, tanto en Guipúzcoa, Vizcaya, y Alava, como por el Sur y el Norte de Navarra, gracias á las abrumadoras masas de combatientes que podian lanzar á un mismo tiempo sobre todas nuestras líneas; en esta situación angustiosa, únicamente podíamos aspirar á salvar el honor de las armas, honroso objeto que, desde el punto de vista militar, creemos consiguieron, al fin y al cabo, los carlistas venciendo en Mendizorrotz, Santa Bárbara de Mañeru, Arrayoz y Auzcue, sosteniendo bizarramente los desgraciados, pero sangrientos combates de Santa Bárbara de Oteiza, Elgueta, Peña-Plata, Echalar, Vera y Montejurra.

Como decíamos, hubo grandes diferencias entre los planes que se habían de realizar por las tropas alfonsinas: El General Jovellar, Ministro de la Guerra, era partidario de un movimiento central sobre Estella: el General Quesada pretendía basar el éxito de la campaña en las operaciones de la Izquierda: el General Martínez Campos pensó en inaugurar las operaciones apoderándose de Estella, para lo cual había de concurrir el General en Jefe del Ejército de la Izquierda con sus tropas, y habiéndose desistido de ello, pensó en atravesar el Arga por Belascoin (operación que le habría costado mucha sangre, y que, según parece, suspendió un oportuno telegrama de Madrid), decidiéndose por fin á dirigirse al Baztan para ocupar algún punto de la frontera y llamar desde allí la atención de los carlistas, ya que no se creía autorizado para dirigir un ataque de frente con todas sus fuerzas sobre Estella. (*Historia Contemporánea*, por D. Antonio Pirala, tomo VI, página 462.)

Resulta, pues, que aunque en el Estado Mayor General carlista podían presumirse las operaciones de los Ejércitos liberales, era imposible adivinarlas con toda la certeza necesaria para establecer las escasas fuerzas de que se disponía sin arriesgarse á comprometer desde el primer momento el éxito de los combates; así que el General Conde de Caserta, en la duda de si el objetivo preferente del Ejército liberal de la Derecha sería ocupar la frontera ó apoderarse de Estella, y mediando entre ambos puntos considerable distancia, optó por situarse en Estella en previsión de los acontecimientos, y no solamente por la razón expuesta, sino que también por escribir Don Carlos de Borbón para que se defendiese dicha ciudad á todo trance, pues consideraba su pérdida *como un golpe mortal para la Causa*, y, finalmente, porque si el General Martínez Campos lograba llegar al Baztan, podían entonces los carlistas aislarle del resto del Ejército en un terreno en que la escasez de recursos habría hecho sumamente comprometida la situación de sus tropas, á las que, por lo tanto, se habría podido atacar con probabilidades de vencerlas antes de que pudieran llegar en su auxilio las demás fuerzas liberales: resultado que tal vez hubiera llegado á obtenerse si el temporal de nieves no hubiese acudido á imposibilitar las operaciones mientras los franceses protegían decididamente á los soldados liberales proporcionándoles víveres, calzado y demás recursos, pues las antiguas simpatías de la nación vecina volvían ya la espalda á los carlistas.

Dos títulos de Castilla creó el Gobierno de D. Alfonso con motivo de las últimas operaciones de Navarra, así que antes de empezar á describir éstas, daremos á nuestros lectores alguna idea de los antecedentes militares de los comandantes generales de los dos cuerpos del Ejército de la Derecha, agraciados con la expresada recompensa, así como de los méritos y servicios del Comandante General de la División de Reserva del General Martínez Campos, siguiendo así nuestra costumbre de consignar aquí los análogos datos referentes á cuantos jefes de uno y otro campo se distinguieron más en la última campaña.

D. Fernando Primo de Rivera, Marqués de Estella, había nacido en 1831, é ingresado como Cadete en el Arma de Infantería á los trece años de edad. Promovido á Alferez en 1847, obtuvo el grado de Teniente por las jornadas de Marzo y Mayo de 1848; el empleo de Teniente, por antigüedad, en 1852; el grado de Capitán, por gracia general, en 1854, y la efectividad de dicho empleo en 1857, pasando al año siguiente á desempeñar el cargo de Profesor del Colegio de Infantería, por cuyo servicio fué ascendido en 1865 á Comandante. En la jornada del 22 de Junio de 1866 ganó el empleo de Teniente Coronel;

mandó después el Batallón de Cazadores de Alcántara; obtuvo el ascenso á Coronel peleando contra los revolucionarios de Cadiz y Málaga; combatiendo la insurrección de Zaragoza alcanzó la faja de Brigadier, y habiendo salido á operar contra los carlistas en 1872 fué nombrado en dicho año Mariscal de Campo, figurando después en toda la campaña como uno de los generales más activos y valerosos del Ejército liberal.

D. Ramón Blanco, Marqués de Peña-Plata, había nacido en 1833 y procedía del Cuerpo de Estado Mayor, cuya carrera terminó en 1855, y habiendo sido herido en las ocurrencias de Barcelona el año siguiente, obtuvo el grado de Capitán; en 1858 marchó á la Isla de Cuba; ganó el empleo de Teniente Coronel en la guerra de Santo Domingo; pasó al Arma de Infantería en 1867 y fué en dicho año á Filipinas con el destino de Ayudante de Campo del Capitán General del Archipiélago; ascendido á Coronel en 1868, desempeñó el cargo de Gobernador Político-Militar de la Isla de Mindanao, y habiendo regresado á la Península cuando el levantamiento carlista, salió á operaciones en 1872, ciñó al poco tiempo la faja de Brigadier, y distinguióse, (como ya hemos tenido ocasión de verlo), en toda la guerra civil.

D. Luis Prendergast, General de la Reserva del Ejército de Martínez Campos, había nacido en 1824, é ingresado en 1840 en la Academia del Cuerpo de Estado Mayor de la que salió á los tres años con el empleo de Teniente. Obtuvo el grado de Capitán por la acción de Sanlucar la Mayor, en 1848; desempeñó después el profesorado en la Academia de su Cuerpo; ganó el empleo de Comandante en la acción de Vicálvaro, á las inmediatas órdenes del General Blasser, Ministro de la Guerra, y el de Teniente Coronel en las jornadas de 1856. Después pasó al Ministerio de la Guerra en el que por sus servicios obtuvo los ascensos á Coronel y Brigadier, mereciendo la confianza del ilustre Capitán General Narvaez, y cuando triunfó la Revolución de 1868 pasó á la situación de cuartel, á petición propia, nombrándole más tarde Mariscal de Campo Don Alfonso por las operaciones del Carrascal, distinguiéndose últimamente en Cataluña y obteniendo por la guerra de Cuba el título de Marqués de Victoria de las Tunas.

—

Al saber el General en Jefe del Ejército de la Derecha, Martínez Campos, que el General en Jefe del Ejército de la Izquierda, Quesada, iniciaba seriamente las operaciones atacando las posiciones de Arlaban y Villarreal en 28 de Enero, trasladóse en la tarde de aquel mismo día á Pamplona, dejando al General Primo de Rivera instrucciones para

que con el Cuerpo de Ejército de su mando y la Brigada de la Ribera avanzase el día 30 sobre las posiciones carlistas que defendían Estella.

En la plaza de esta ciudad hallábanse dicho día S. A. el Jefe de Estado Mayor General carlista, Conde de Caserta, el Comandante General de Navarra, Pérula, y los brigadieres Montoya, Calderón, Pérez de Guzmán y Brea, cuando se recibió aviso de que grandes masas liberales se dirigían hacia los fuertes de Oteiza y de Mañeru, y que otras numerosas tropas enemigas se preparaban á romper la línea carlista por Irurzun y la Barranca. Tranquilo S. A. el Conde de Caserta por este último punto, á causa de hallarse por aquella zona el General Cavero y el Brigadier Boet con los batallones de Castilla y los de Valencia, reuniéndose entre unos y otros suficientes fuerzas para rechazar al enemigo, dispuso que el General Pérula y el Brigadier Pérez de Guzmán salieran en el acto para Cirauqui y Mañeru, y el mismo General Caserta, con su Jefe de Estado Mayor, Brigadier Brea y la Escolta, marchó á la Solana, hácia donde ya les había precedido el Brigadier Calderón (encargado de dicha línea) con orden de destacar desde su Cuartel General de Morentín cuatro compañías en refuerzo del fuerte de Santa Bárbara de Oteiza, defendido por el Batallón 1.º de Navarra al mando de su valiente jefe el Teniente Coronel Vergara.

A la llegada del Brigadier Calderón á Morentín, se encontró con que algunas masas liberales se dirigían sobre su derecha, hácia el pueblo de Arroniz, por lo cual hubo de desprenderse de otras tres compañías para evitar el ser envuelto por las fuerzas de la Brigada de la Ribera.

Superior el enemigo en masas de combatientes (como no nos cansaremos de repetir), dirigióse una Brigada liberal sobre Mañeru, otra sobre Artazu y el resto del Cuerpo de Ejército de Primo de Rivera y la Brigada de la Ribera avanzaron en varias columnas hácia Cirauqui, Montejurra y Santa Bárbara de Oteiza, acumulando sobre el fuerte de este último punto los fuegos de veinte cañones de batalla de á 8 y 10 centímetros, y dirigiendo el ataque al expresado fuerte el General Tassara.

Dudando los carlistas sobre el objetivo principal del enemigo, y no pudiendo disponer de batallones bastantes para defender con suficientes fuerzas todos los puntos; pero concediendo S. A. el Conde de Caserta la debida importancia al peligro que pudiese correr Estella (en cuya ciudad habrían podido entrar, indudablemente, aquel día los liberales si se hubiesen disminuido las fuerzas carlistas que ocupaban la Solana), sucedió fatalmente lo que no podía menos de suceder, y es que el Ejército liberal había de salir airoso en alguno de los muchos

puntos por los que atacaba, y, efectivamente, forzó en breve (gracias al rápido y sostenido fuego de sus piezas de batalla) el reducto de Santa Bárbara de Oteiza, no dando tiempo siquiera á que pudiese reforzar el fuerte el General Conde de Caserta, quien, con el Brigadier Brea, acudió apresuradamente al lugar del principal combate en cuanto se vió que el objetivo preferente de los liberales era apoderarse de tan importante posición. ¿Qué mucho que no tuviese S. A. tiempo de reforzar el reducto de Oteiza, cuando ni el mismo Brigadier Calderón, que estaba á la vista del fuerte, pudo enviar en su auxilio más que cuatro compañías, y aún estas no pudieron defender el fuerte por haber caido ya éste en poder del enemigo á su llegada, volviendo los liberales en contra de los carlistas los dos cañones que artillaban Santa Bárbara de Oteiza, bajo cuyos fuegos retiráronse por los vados del Ega las compañias carlistas sin precipitación alguna, en buen orden y hasta haciendo todavía fuego á las tropas liberales?

Dice el escritor liberal D. Antonio Pirala en su *Historia Contemporánea* (tomo VI, página 465) que la toma del fuerte de Oteiza costó á los liberales *cuatro horas* de fuego, en lo cual está equivocado, por la sencilla razón de que desde Estella al citado reducto no hay ni hora y media de camino, poco más desde Arroniz y una hora escasa desde Morentín, y por lo tanto, si hubiese durado la lucha en Oteiza todo el tiempo que supone Pirala, lo habría habido suficiente para que acudieran tropas desde cualquier punto de la Solana, y aún desde el mismo Estella, y, sobre todo, habrian podido llegar al fuerte antes de su pérdida las cuatro compañías que en su auxilio envió el Brigadier Calderón desde Morentín. Nosotros no podemos precisar el tiempo que duraria la acometida á Santa Bárbara de Oteiza; pero recordamos perfectamente que no pudo prolongarse tanto como supone el historiador Pirala, porque cuando regresamos de practicar con S. A. el reconocimiento general de las posiciones y situación de unas y otras tropas combatientes en los distintos puntos atacados, ya había caido el fuerte de referencia en poder de los liberales. La verdad es que el acumular el General Primo de Rivera los disparos de toda su Artilleria de Batalla sobre el fuerte, encerrando á los defensores en un círculo de fuego y destrozando sus parapetos desde que se pusieron á tiro útil del reducto, fué (á nuestro juicio) la causa de que sus tropas pudieran apoderarse tan pronto de aquella posición, á la cual se lanzaron también con oportunidad y arrojo los batallones liberales, aprovechando la poderosa protección que les prestaban sus numerosos y potentes cañones.

La defensa de Santa Bárbara de Oteiza, sin embargo, fué heróica

en sumo grado, pues tanto el Gobernador del fuerte como el Jefe del Batallón 1.º de Navarra, Teniente Coronel Vergara, pagaron con su vida su ardimiento y coraje, dejando el campo sembrado de cadáveres enemigos, y tan brillante fué el comportamiento de los carlistas que al consignarlo así la *Narración Militar de la Guerra Carlista*, escrita por el Cuerpo de Estado Mayor del Ejército, dice lo siguiente: «La re»sistencia fué tenaz, como lo demostraron tres jefes y diez oficiales »muertos, entre ellos el Comandante Inchausti, que se batió con notable »bizarría hasta los últimos momentos, y el Comandante del fuerte.» La *Historia Contemporánea*, de Pirala, hace asimismo constar que batiéronse los carlistas con gran denuedo, y que durante la acción llegó el Conde de Caserta, encargándose del mando y dirigiendo la retirada que fué ordenada.

Efectivamente: al llegar á Aberin S. A. R. el General Caserta con su Jefe de Estado Mayor, Brea, dió orden de retirarse á los valientes voluntarios que aún después de perdido el fuerte extremaban la defensa de su línea desde los mismos vados del Ega, sosteniendo nutrido fuego contra los liberales situados en la opuesta orilla; pero viendo S. A. que era ya inútil toda resistencia, mandó repetir el toque de alto el fuego, retirándose sus tropas al abrigo de los caseríos y trincheras del pueblo, á excepción de unos diez ó doce voluntarios que continuaron batiéndose con el enemigo. Impaciente el General Conde de Caserta al ver que no obedecian la orden de retirada, y pensando que acaso pudiera tener algún objeto práctico el sostenido tiroteo de aquéllos, mandó echar pie á tierra á los jefes y oficiales de su Estado Mayor, así como á su escolta, y, ordenándoles que se cubriesen del fuego enemigo detrás de las casas, se adelantó á pie por la llanura en dirección del río, acompañado únicamente por el Brigadier Brea; reconocido detenidamente el terreno, vimos que el fuego de aquellos pocos voluntarios no tenía, ni podia tener, por desgracia, otro objeto que probar su tesón y su valor temerario, pero sin utilidad ninguna, por lo que el General en Jefe carlista les obligó enérgicamente á retirarse acto seguido al lado de sus compañeros. A todo esto, los liberales que advirtieron, como no podía menos de ser por hallarse muy cerca y á la vista, la alta graduación de Caserta y Brea, dieron orden á sus artilleros para hacerles blanco de sus cañones; el primer disparo resultó corto, el segundo, largo, y el tercero fué tan certero que envolvió en una gran polvareda al General en Jefe carlista y á su Jefe de Estado Mayor, en términos de quedar poco menos que cubiertos de tierra al reventar la granada; por cierto que S. A. con una sangre fría pasmosa, como si no estuviéramos en un campo de batalla, y dando una vez

más pruebas evidentes de su escesiva modestia y grandísima bondad, nos dispensó el honor de entretenerse en limpiarnos tranquilamente la tierra que cubría por completo nuestro uniforme.

Los carlistas perdieron en este hecho de armas doscientos hombres, además de los jefes y oficiales ya mencionados.

A pesar de todo, no dejó de ser bastante lisonjero para los carlistas el resultado general de las operaciones de aquel dia, porque de los cuatro puntos atacados al fin por los liberales, fueron éstos rechazados en tres, no pudiendo salir también airosos del combate en Oteiza por la considerable desproporción entre sus fuerzas y las del enemigo, y sobre todo por los incesantes disparos de las baterías de á 8 y 10 centímetros que acumularon todos sus fuegos sobre el fuerte, el cual, en cambio, no estaba artillado más que con dos cañones Withwort de á 7 y medio centímetros, los cuales no pudieron salvarse por ser de los del Tren de Sitio, que no podían marchar bien más que por carreteras, que habían sido subidos al fuerte tirados por bueyes, y que en medio del combate no pudieron bajar de la altura en que estaban en batería, por la falta de buenos caminos.

Retiráronse, pues, los liberales de la parte de Artazu y de Montejurra, y en cuanto al combate sostenido por la parte de Santa Bárbara de Mañeru, el cual fué verdaderamente importante, recordamos que los jefes y las tropas que en él tuvo á sus inmediatas órdenes el Comandante General de Navarra, General Pérula, y que eran los brigadieres Pérez de Guzmán y Yoldi, el Coronel de Artillería Fernández Prada, los batallones 2.º, 4.º y 6.º de Navarra, el de Gandesa y la Batería de Montaña de Llorens, sostuvieron bizarramente el honor de las armas, haciendo retroceder en desorden á las brigadas liberales que acometieron por Cirauqui y Mañeru, durando por dichos puntos el combate hasta la noche; y habiéndose generalizado el fuego en toda la línea, el General Pérula y el Brigadier Pérez de Guzmán, al frente de un Batallón navarro, se lanzaron con desusado ardimiento contra el centro de las tropas liberales, decidiendo la retirada de éstas al encontrarse con su línea partida en dos, y siendo perseguidas á bayonetazos hasta Puente-la-Reina, causándoles los carlistas veintisiete muertos y ciento ocho heridos

—

Entretanto que el Teniente General Primo de Ribera operaba, como hemos visto, amenazando Estella por Artazu y Montejurra, y acometiendo á los carlistas por la parte de Oteiza y Mañeru, llamando seriamente su atención por todo aquel lado de Navarra para mejor ocultar así los principales planes del General en Jefe del Ejército de la

Derecha, Martínez Campos, salía éste de Pamplona forzando sus marchas, deseoso de cerrar la frontera á los carlistas y de apoderarse de Vera, aunque no eran éstas las instrucciones del Ministro de la Guerra, General Jovellar, quien de acuerdo con el General Quesada había manifestado al General Martínez Campos que sólo se exigía de su Ejército que amagara al carlista, á fin de no dejarle salir de sus posiciones é imposibilitar que fuerzas carlistas de Navarra pudiesen acudir en socorro de las que habían de hacer frente en las Vascongadas al Ejército de la Izquierda, encargándose únicamente al General en Jefe del



D. RAMON BLANCO

de la Derecha que aprovechase cualquier descuido ó falta de los carlistas para tomarles fuertes, plazas ó atrincheramientos.

El Teniente General Martínez Campos decidióse, sin embargo, á tomar la frontera pasando el puerto de Velate, apoderarse de Vera para coger de revés la línea carlista de Guipúzcoa y, facilitando así las operaciones del Cuerpo de Ejército del General Moriones, aumentar lo crítico de la situación de las tropas carlistas teniendo el enemigo á retaguardia y viendo en peligro hasta su retirada á Francia. Contra la opinión del ilustrado autor del *Juicio crítico de la guerra civil*, creemos que obró cuerdamente el General Martínez Campos al emprender su expresado movimiento, que aunque fuese harto atrevido, hay que convenir en que no solamente tuvo la suerte de realizar su plan, sino que desde luego podía abrigar sobre el mismo algunas esperanzas de

éxito, gracias á las circunstancias angustiosas porque atravesaba el Ejército carlista, en el que ya por aquella época iban creciendo las deserciones de día en día y de una manera tan portentosa como lamentable, generalizándose al propio tiempo la creencia de que por muy notables que fuesen las dotes de los generales carlistas y el valor legendario de los voluntarios, no era fácil alcanzasen grandes ventajas, ni menos aún brillantes victorias, dado lo reducidas que iban quedando las tropas carlistas; siendo lo peor del caso que el pensar de otro modo no podía, realmente, basarse más que en la ignorancia del verdadero estado de las cosas, en una alucinación rayana en la locura ó, en fin, en un exceso de presunción y una falta de inteligencia tales, que se asemejaran á las quimeras de los militares y políticos de café que arreglan el mundo y las operaciones militares á su antojo.

Dice el entendido autor del *Juicio crítico de la guerra civil* lo siguiente: «Si los carlistas llegan á maniobrar con mayor pericia, pu»dieron haber dado fin de aquellas fracciones errantes y desconcerta»das en que tuvo, sin necesidad, Martínez Campos perdido su Ejército »que cuatro batallones carlistas pudieran haber aniquilado.» Sentimos no estar conformes con el ilustrado autor cuyo párrafo transcribimos: en primer lugar, porque para *aniquilar* á los veinte y cuatro batallones que llevó el General Martínez Campos al Baztan, nos parece que, por crítica que fuese su situación, siempre se habrían necesitado algo más de cuatro batallones, y además porque el Ejército carlista, en el que había empezado ya la desmoralización de las grandes deserciones, no podía menos de resultar débil en todas partes. En su consecuencia, y con el criterio más elemental, ordenó el General Martínez Campos al General Primo de Ribera que llamase seriamente la atención de los carlistas sobre la importante plaza de Estella (cuya conservación era para ellos cuestión de honra) y que atacase así mismo por Cirauqui y Mañeru, centro de la línea carlista de Navarra, á fin de evitar que las tropas que la cubrían pudiesen acudir á impedir ó dificultar la marcha de los liberales al Baztan, só pena de esponerse á perder Estella, resultando de estas combinaciones militares del General Martínez Campos que éste pudo emprender su operación confiado en que no solamente no tendria que tropezar con los cuatro batallones carlistas que para aniquilarle consideraba necesarios el autor del *Juicio crítico*, si no que, gracias á las operaciones que por aquellos mismos días emprendió Primo de Ribera, pudo contar Martínez Campos con que sólo podría oponérsele, de momento, la Brigada del Brigadier Larumbe, compuesta de una Batería, un Escuadrón y dos batallones (muy mermados por cierto), y hasta eludió el encuentro con dicha fuerza *esqui-*

vando el paso del puerto de Velate (palabras textuales de la *Narración Militar de la Guerra Carlista*, por el Cuerpo de Estado Mayor, tomo 1.° página 143) y emprendió en cambio su inconcebible movimiento por los Pirineos; de modo que teniendo en cuenta que en campaña siempre hay que arriesgar algo para conseguir importantes resultados y vistas las circunstancias en que se encontraba el Ejército carlista por aquella época, repetimos que no podemos estar conformes con el *Juicio* de nuestro antiguo y querido compañero sobre la penosa marcha al Baztan, aunque esta operación no se realizáse con todos los detalles de la gran guerra, pues, como dice el escritor liberal Pírala en su *Historia Contemporánea*, no podían los carlistas impedir la citada marcha, *porque no tenían fuerzas bastantes que oponer á las muy superiores de sus enemigos* (tomo 6.°, página 468.)

Veamos ahora como llevó á cabo sus operaciones el Teniente General Martínez Campos.

Entretando que el general Primo de Rivera, con el Cuerpo de Ejército de su inmediato mando y la Brigada de la Ribera, amenazaba Estella y atacaba á los carlistas por Cirauqui, Mañeru y Oteiza y amagaba avanzar así mismo por la parte de Artazu y Montejurra (cuyos movimientos y combates ya hemos descrito), salía de Pamplona el General en Jefe del Ejército de la Derecha con el Cuerpo de Ejército del mando del General Blanco, la División de Reserva del General Prendergast, veinte y cuatro piezas de Artillería de Montaña, el parque móvil y el tren de puentes, y después de sostener ligeros combates con las escasas fuerzas carlistas que pudieron oponérsele por Elcano, Alzuza é Iragui, penetraron el día 30 de Enero sus tropas en Zubiri, Iragui, Aquerreta y Osteriz. Al tener conocimiento de esta marcha el Brigadier carlista Larumbe (quién, como ya dijimos en el capítulo XXXII, estaba encargado por S. A. el Conde de Caserta de observar los movimientos que los liberales pudieran emprender sobre la frontera), acudió, como se le tenía préviamente ordenado, á ocupar con las fuerzas de su mando el Puerto de Velate, para cortar el paso á las tropas del General Martínez Campos quien al ver que no habia logrado, por tanto, ocultar su movimiento todo lo necesario para apoderarse por sorpresa del expresado puerto, y reflexionando que el tomarlo á viva fuerza le costaría muchas bajas y tendría que abandonarlo á no detenerse ocho días, al menos, en fortificarlo y aprovisionarlo (1), cambió el itinerario, renunció á su propósito de marchar por el camino más corto á Vera, á romper por allí la línea carlista y unirse con el

(1) *Historia Contemporánea*, por D. Antonio Pirala, (tomo 6.°, pág. 462.)

General Moriones, y emprendió el camino de Eugui enviando al General Gamir á tomar el puente de Aztuzarreta, al pié de los Pirineos, el alto de Osaberri y el puerto de Iragui, lo cual no pudieron impedir los carlistas por serles imposible cubrir al mismo tiempo tantos puntos; pero apenas advirtió el Brigadier carlista Larumbe el cambio de camino del enemigo, maniobró activa y acertadamente sobre su flanco, al través de los montes, y si bien no pudo ya evitar que el General Martínez Campos llegase el día 1.º de Febrero á Elizondo (capital del Baztan), consiguió molestarle en gran manera, sosteniendo bizarramente los carlistas un combate en los altos de Arguinzu y Eucoro, y numerosos tiroteos en distintos puntos, aunque no pudiendo naturalmente detener la marcha de los liberales, primero, por haber cambiado éstos de camino y pasado por el puerto de Ochaverri mientras los carlistas se aprestaban á la defensa en el de Velate, y después, por no poder ocupar posiciones tan excelentes como para hacer frente y rechazar el ataque de tropas tan numerosas como las que llevaba consigo el General Martínez Campos, quien es muy posible que se hubiera visto en grave apuro á pesar de todo, si los carlistas hubiesen podido colocar en buenas posiciones siquiera una Brigada bien completa, nutrida y provista de abundantes municiones.

En Elizondo se encontró el General Martínez Campos sin raciones ni calzado para sus tropas; pero ordenó que se apoderasen éstas á toda costa de la Aduana de Dancharinea, lo que consiguieron, aunque teniendo que combatir con la escasa fuerza que guarnecía dicho punto, y se situó el General Blanco en Urdax, perdiendo así los carlistas la fábrica de cartuchos que allí tenían establecida y los grandes recursos que sacaban de la Aduana; el Brigadier Bonanza cubrió la carretera de Pamplona que se dirige por el puerto de Velate, y sostuvo fuego con los carlistas que ocupaban las alturas inmediatas á Arrayoz; también el General Prendergast hubo de combatir en Oncorocaseoa llegando á cuarenta las bajas de liberales y carlistas; y, en fin, el tren de puentes de circunstancias quedó convenientemente protegido el día 2 en Maya ocupando las tropas liberales los días 3 y 4 de Febrero á Irurita y Errazun.

El General en Jefe del Ejército de la Derecha había, pues, conseguido situarse en la frontera mediante una penosa marcha de cuatro días y tres noches por terrenos dificilísimos, y aunque es cierto que (como él mismo confesó) no pudo completar su operación llegando hasta apoderarse de Vera, también es cierto que con su atrevido movimiento hubo de llamar sobre sí la atención de fuerzas carlistas suficientes para debilitar las que pudieran oponerse á Quesada, Primo de Rivera y Mo-

riones, facilitando así las operaciones de estos generales; y si realmente fué crítica al principio su situación en el Baztan, bien pronto brilló la buena estrella de Martínez Campos, protegiéndole decididamente los franceses quienes le facilitaron y escoltaron (1) víveres, calzado y municiones; y hasta el temporal de nieves que se desató el día 5 de Febrero vino á perjudicar á los carlistas aún más que á los liberales, que se ocuparon en levantar obras de defensa en Elizondo y demás puntos en que se establecieron, á fin de hacer más difícil todavía el ataque por parte de los carlistas, como sino tuvieran las divisiones del General Martínez Campos bastantes ventajas con su excesiva superioridad numérica, con sus más poderosos elementos de combate y con la valiosa protección de las autoridades de Francia.

Ya se comprenderá que no es nuestro propósito censurar, ni mucho menos, al General Martínez Campos porque se atrincherase y pusiese en el mejor estado posible de defensa los pueblos que ocupó en el Baztán, pues claro es que hemos de reconocer que obró perfectamente tanto con ello como con cuanto hizo para asegurar su victoria y procurar ahorrar bajas y penalidades á sus tropas; pero lógico y natural consideramos también que al evocar el recuerdo de las amarguras porque hubimos de pasar al vernos precisados á luchar durante toda la última época de la guerra en condiciones harto desventajosas siempre para nosotros, consignemos todo cuanto contribuyó á hacer nuestra situación aún más angustiosa.

Cuando S. A. el General Conde de Caserta tuvo conocimiento del avance del General Martínez Campos, dispuso que el General Pérula y el Brigadier Pérez de Guzmán se dirigiesen acto seguido al Baztán con seis batallones, la Batería de Montaña de Llorens y un Escuadrón, para ver de cortar el paso al General Martínez Campos; pero ya era tarde, y la gran nevada que cayó por aquellos días, principalmente en los Pirineos, impedía de todo punto cualquiera clase de operaciones, suspendiéndose también por ello las del General Martínez Campos que harto logró pudiendo contar con el poderoso auxilio de Francia, pues de no ser así, y á haber, en cambio, podido disponer S. A. de una docena de batallones, es seguro que habría podido destrozar en aquellas últimas etapas, por lo menos, al Ejército liberal de la Derecha.

Tratando de remediar en lo posible las contrariedades sufridas, emprendió también la marcha al Baztan S. A. el Conde de Caserta, con su Jefe de Estado Mayor, Brigadier Brea, los ayudantes de Campo y la Escolta, uniéndoseles el General Argonz, quien puso sus notorios conoci-

(1) *Historia Contemporánea* por D Antonio Pirala (tomo VI, pág. 467.)

mientos del terreno á la disposición de S. A., brindándose á servir como de guía. En Narvarte encontramos al General Pérula y al Brigadier Pérez de Guzmán con dos batallones, á los que se agregaron algo más adelante las demás tropas que había llevado el Comandante General de Navarra desde Estella, cuyas fuerzas y las de los brigadieres Martinez Junquera y Larumbe sumaban un total de diez batallones, dos escuadrones y catorce piezas de Artillería de Montaña de las baterías de Llorens, Ortigosa é Illanes, reduciéndose á estas tropas las que los carlistas pudieron llegar á reunir por el Norte de Navarra; pero para ata-



D. JOSÉ LERGA

car al General Martínez Campos no era posible contar por el momento con las del Brigadier Martínez Junquera, por no poderse prescindir del importantísimo servicio que prestaba dicho brillante jefe, encargado, ya de tiempo atrás, de proteger Vera y sostener la línea de Lastaola á Munuandi contra las tropas del General Moriones.

La nieve continuaba cayendo copiosamente; pero deseoso S. A. el General Conde de Caserta, de emprender ó preparar, por lo menos, las operaciones, reunió en Echalar Consejo de generales con asistencia de los mariscales de Campo Pérula y Argónz y de los brigadieres Larumbe, Pérez de Guzmán y Brea. El veterano Larumbe propuso que se colocaran las tropas carlistas flanqueando á las del General Martínez Campos en el puerto de Otsondo, lo cual quedó acordado en principio; pero como las contínuas y fuertes nevadas de aquellos días en aquellas latitudes obligaban forzosamente á cruzarse de brazos á los dos ejércitos combatientes, y los liberales, imposibilitados de emprender ninguna operación hasta que mejorase el tiempo, solamente se ocupaban en

atrincherarse en Elizondo, Irurita y demás puntos del Baztán, reconocióse por los citados generales carlistas que era inútil todo movimiento mientras durase el temporal, y de resultas de ello (y así como los liberales siguieron en sus cantones) dispuso el General Caserta que el Brigadier Martínez Junquera cont'nuase sobre Vera con su Brigada, que el Brigadier Larumbe con la suya se situase en Peña-Plata en obser vación del enemigo, y que el resto de las fuerzas carlistas allí reunidas se acantonasen por Santesteban y Narvarte á donde pasó S. A. con el General Pérula y los brigadieres Pérez de Guzmán y Brea, á esperar que abonanzase el tiempo á fin de poder entonces operar contra el General Martínez Campos.

Por aquellos días se recibió en el Cuartel General carlista una noticia que pudo empeorar sobre manera la situación de los carlistas, y hasta dar al traste con las esperanzas que aún se abrigaban de poder alcanzar alguna brillante victoria sobre las tropas liberales. Díjose que se habían reunido veinte y tantos mil soldados en Pamplona para apoderarse de Irurzun y seguir luego sobre Estella, y el historiador Pirala asegura que con tal motivo se expidió por el Cuartel de Don Carlos un telegrama atribuido al General Diez Mogrovejo y dirigido al General Lerga (á quien en unión de los brigadieres Villar y Montoya había encargado el Conde de Caserta la defensa de Estella) ordenándole que marchase á aquella parte Lerga con todas las fuerzas que pudiese reunir; ignoramos la certeza de este detalle, pero sea de ello lo que quiera, recordamos muy bien que el General Lerga consultó con urgencia á S. A. el Conde de Caserta sobre si debería enviar numerosas tropas en la expresada dirección de Irurzun, ya que por orden de S. A. había marchado el General Cavero con tres batallones en auxilio de las Divisiones de Vizcaya y Alava. Pero como Irurzun se hallaba cubierto por la brillante Brigada del Centro al mando del Brigadier Boet, opúsose el Jefe de Estado Mayor General carlista á que se disminuyesen las fuerzas carlistas destinadas á defender Estella, amenazada por la Solana, Oteiza, Puente-la-Reina, Valdizarbe y la parte de Maestu. La noticia del ataque de los liberales por Irurzun resultó una falsa alarma: pero es indudable que si se llega á prestarla crédito y á debilitar la defensa de los otros puntos que protegían Estella, no habrían tenido los liberales más que adelantar algunos batallones para entrar, poco menos que tranquilamente, en la capital de los carlistas navarros.

Con aquellos cuidados y tantas contrariedades se exacerbó la enfermedad que padecía el anciano y leal General Lerga, lo que unido á que el Brigadier Montoya tampoco podía substituirle porque su salud corría parejas con la de su citado antiguo jefe, y encontrándose á la

sazón S. A. el Conde de Caserta en el Baztan, enfrente del General Martínez Campos, dispúsose por el Señor Don Carlos de Borbón que se encargase del mando de Estella y su campo atrincherado el General D. Antonio Lizárraga, en atención á la excepcional importancia que tenía aquella zona y por el temor que había de que se disolviesen los batallones navarros en el momento de que se perdiera su *ciudad santa*.

Ya hemos dicho que la nieve se interpuso entre las tropas de S. A. el Conde de Caserta y las del General Martínez Campos, en el Norte de la provincia de Navarra. Esto no impidió, sin embargo, que el General Caserta, ávido de pelear, llegara el 10 de Febrero con su Jefe de Estado-Mayor, Brigadier Brea, y dos batallones á la vista de Irurita con objeto de practicar un reconocimiento y ver si allegando algunas otras fuerzas podía dar un impetuoso ataque al enemigo; pero éste se apercibió con tiempo, se encerró en sus atrincheramientos y desde ellos sostuvo el combate que, aunque poco importante, no dejó de ocasionar á los liberales un muerto y doce heridos; en las tropas carlistas sólo hubo dos heridos, á pesar de que peleaban á pecho descubierto: los carlistas pernoctaron en Ciga.

Otro combate hubo de provocarse en Arrayoz, en donde el Brigadier Larumbe con las tropas de su mando logró sorprender tres compañías liberales, lanzándose sobre ellas á la bayoneta, ocasionando su dispersión y haciéndoles sufrir la baja de trece muertos y veinte y cinco heridos, entre los que se contaron dos jefes y tres oficiales.

Como el orden de fechas nos llama á otra parte, y en Navarra no volvió á ocurrir suceso alguno de importancia hasta el día 17 de Febrero, volveremos á ocuparnos de las operaciones del Ejército de la Izquierda, si bien recordando antes que habiendo sido batida, aunque en glorioso combate, la División carlista de Vizcaya en los campos de Elgueta, aumentándose extraordinariamente con esta honrosa, pero importante derrota, lo peligroso de la situación moral y material del Ejército carlista, llamó el Señor Don Carlos de Borbón á Guipúzcoa, telegráficamente y con urgencia (para conferenciar con él), á S. A. el General Conde de Caserta, quien, por tanto y en cumplimiento de esta orden de su Soberano, hubo de ausentarse del Baztan acompañado únicamente de su Jefe de Estado-Mayor, Brigadier Brea, de los ayudantes de Campo y de los ordenanzas del Cuartel General, quedando encargado del mando y dirección de las tropas carlistas que había en el Baztan, el General D. José Pérula, como Comandante General que era de la División de Navarra, y corresponderle, por lo tanto, el mando de las tropas de operaciones en dicha provincia, en ausencia del General en Jefe.



D. FRANCISCO CAVERO

Capítulo XXXV

Prosiguen las operaciones del Ejército de la Izquierda.—Acción de Abadiano. - Batalla de Elgueta.—Avance de los generales Loma y Villegas á Guipúzcoa y operaciones del General Moriones en dicha provincia.—Planes carlistas.

VOLVAMOS á tomar el hilo de las operaciones del Ejército de la Izquierda. Dejamos á su General en Jefe Quesada habiendo operado su conjunción en Bilbao con las tropas de los generales Loma y Villegas y disponiendo quedaran fuerzas de la División del General González Goyeneche encargadas de mantener expeditas las comunicaciones con Vitoria, que el General Ruíz Dana con seis batallones se corriera á Orduña y pueblos comarcanos para limpiar de carlistas toda aquella zona, que algunas fuerzas de Loma operasen por la parte de Valmaseda con igual objeto y que la División de Alvarez Maldonado y la Brigada de Caballería de Contreras conservasen perfectamente el dominio de la provincia de Alava.

El General carlista Carasa, por su parte, unido ya al Brigadier Echévarri y reuniendo entre ambos siete batallones y la Batería de Montaña de Ortiz de Zárate, había entrado en Durango y Zornoza el día 2 de Febrero, corriéndose todas estas fuerzas el día 3 á Elorrio, en vista de que las tropas liberales se dirigían unas á Guernica y otras á Durango.

El Brigadier carlista Echévarri se acantonó en Abadiano con tres batallones vizcaínos, á los que se agregaron después los de Cantabria en su brillante retirada de Ortuella, esperando además que se cumplimentara la orden de S. A. el Conde de Caserta, previniendo que forzando marchas acudiera en auxilio de Vizcaya el General Cavero con tres batallones.

Los carlistas habían dejado á la vista de Zornoza alguna fuerza que al asomar la vanguardia liberal trató de dificultar su marcha con un sostenido tiroteo, ocasionando al enemigo más de veinticinco bajas, lo cual no impidió, por supuesto, el avance de los alfonsinos en dirección de Abadiano. Pero al llegar á este punto encontraron ya los liberales una seria resistencia, pues, como hemos indicado, habíanse reunido allí los batallones de Cantabria, Bilbao, Arratia y Munguía al mando del valeroso y veterano Brigadier Echévarri, equilibrándose casi sus fuerzas con las de la vanguardia liberal que constaba de una Brigada muy completa. La noche no impidió que continuara el combate con empeño por ambas partes, quedando al fin el campo por los liberales, pero costándoles numerosas bajas que llegaron á treinta muertos y ciento cincuenta heridos y contusos, figurando entre los primeros dos jefes de Cuerpo, el Coronel Florián y el Teniente Coronel Peirona, y siendo tanto mayor el mérito contraído por los carlistas, cuanto que éstos no se batieron en aquella jornada (ni en las siguientes), al abrigo de atrincheramiento alguno, por carecerse de ellos en toda aquella parte de la provincia de Vizcaya.

El temporal de agua y nieve que se desarrolló después paralizó las operaciones, permaneciendo el Cuerpo de Ejército del General Loma en la parte Norte, pronto á romper su marcha para pasar á Guipúzcoa á unirse con el General Moriones, mientras el Brigadier Córdova ocupaba Mañaria para completar la red de comunicaciones con Vitoria y Durango.

Pero los días de inacción eran más de temer que los de combate para los carlistas, pues por razón del alto cargo que desempeñábamos entonces en el Estado Mayor General carlista, tuvimos ocasión de comprobar, por los telegramas que puntualmente recibíamos todas las noches, que cundía, desgraciadamente, la desmoralización con gran

rapidez, y en mayor escala cuando se ocupaban los cantones que cuando se cubrían atrincheramientos y líneas de combate. Hasta la fecha en que nos hallábamos, ó sea hacia el 6 ó 7 de Febrero, el mayor número de desertores lo era de vizcaínos y alaveses, por haber sido más castigadas aquellas provincias por el enemigo, y ocuparlas éste casi en su totalidad. Algo de esto pudo evitarse con la llegada al Señorío de los batallones que llevó el General Cavero desde Navarra; por cierto que al llegar éste jefe carlista á Vergara se encontró con un emisario del Ejército liberal pidiendo raciones al Ayuntamiento de dicha villa, y contestó el General Cavero al margen del oficio lo siguiente: «Las raciones de este pueblo las necesito para las fuerzas de »mi mando: si quiere V. mandar algunas, se recibirán, y si le urgen »las que pide, puede V. venir por ellas.—*Cavero.*»

Hasta el día 13 de Febrero que amainó el temporal, no salieron unas y otras tropas combatientes de sus acantonamientos, á pesar de lo cual el General en Jefe Quesada, lleno de previsión, había dado instrucciones á los jefes de columnas para que secundasen su propósito que lo era dirigirse á Elgueta para batir á los batallones de los generales Carasa y Cavero, quienes ocupaban ya algunas posiciones. A este fin previno al General Loma que destacara una División hacia su derecha en dirección á Elgueta, y á la División del General Alvarez Maldonado (que ocupaba entonces Arlabán y Ochandiano), que se dirigiera también al mismo punto, de modo que las posiciones carlistas de Elgueta resultasen atacadas de frente, ó por el centro, por el mismo General en Jefe Quesada, y de flanco por los generales Loma y Alvarez Maldonado. Una vez verificado en Elgueta el encuentro de todas estas fuerzas combinadas, y suponiendo su rebase por todas, el resto del tercer Cuerpo del Ejército había de avanzar en dirección de Ermúa, Eibar, Elgoibar y Azcoitia, en donde ya debería hallarse el General Moriones, procedente de Oiquina, Cestona y Azpeitia, y el segundo Cuerpo del Ejército debería continuar á Vergara, contando siempre en estos planes los liberales como segura la derrota de los carlistas.

Entre tanto, Don Carlos de Borbón bajó á Elorrio pensando en atacar á Durango; pero luego concentró sus tropas en Elgueta y Vergara á fin de impedir la invasión de Guipúzcoa, visitó los hospitales y pasó á Tolosa para estar más cerca de las tropas que habían de contener al Ejército de la Derecha, después de revistar el día 10 de Febrero los gloriosos restos de sus divisiones de Alava y Vizcaya, cuyos bravos voluntarios aún se sentían con sobrados alientos para salvar el honor de las armas.

Unidas las tropas de los generales carlistas Carasa y Cavero formaban un total de doce batallones, seis piezas de Artillería de Batalla de la Batería de Velez y ocho cañones de Montaña de las baterías de Ibarra (D. Luis) y Ortiz de Zárate, con alguna Caballería, una Compañía de Ingenieros, varias de Guías y algunas castellanas al mando del Coronel Solana. También acudió á Elgueta el Brigadier carlista Ugarte que había sido Comandante General de Alava y que se puso incondicionalmente á las órdenes del General Carasa pidiéndole un puesto



D. MARTIN L. DE ECHÉVARRI

de peligro en la próxima batalla, deseoso de borrar con su bravura el mal efecto causado por su retirada de Villarreal, noble proposito que realizó cumplidamente, dicho sea en honor de su buena memoria.

La derecha carlista la formaron los batallones del General Cavero, encargado de oponerse á los intentos del General Loma; el Brigadier Ugarte ocupó la izquierda con dos batallones, y el General Carasa el centro de la línea con los brigadieres Echevarri y Gorordo y el Coronel Jefe de su Estado Mayor, González Granda.

Roto el fuego por la División del General Alvarez Maldonado contra la izquierda carlista, resistió ésta bizarramente, pero siendo muy inferior al enemigo hubo de ceder al fin el campo y replegarse al cen-

tro: éste fué atacado por más de triplicadas tropas liberales, y aún así se defendieron los carlistas hasta agotar por completo las municiones; pero resultó inútil el heroismo de los voluntarios y que sus denodados jefes el General Carasa, los brigadieres Ugarte, Echévarri y Gorordo, el Jefe de Estado Mayor, Granda, y el Coronel de los castellanos, Solana, permanecieran en los sitios de mayor peligro dando un alto ejemplo de valor y procurando sostener á todo trance el centro de la línea de combate, estallando á su alrededor innumerables granadas que abrían hondos surcos en los mermados batallones carlistas; inútil fué, en fin, la serenidad y acierto de los bravos jefes de Artillería Vélez, Ibarra y Ortiz de Zárate..... aquellas entusiastas tropas carlistas tuvieron al fin que retirarse y ceder el campo al enemigo, si bien por la derecha el bizàrro General Cavero y el no menos valiente Brigadier Iturralde consiguieron interponerse entre los generales Quesada y Loma, evitando así que éste último cayese sobre el núcleo de los batallones vizcaínos, lo cual hubiera dado, tal vez, lugar á una general dispersión. El Brigadier carlista Gorordo é infinidad de bravos más sellaron con su vida la lealtad de sus juramentos, y el nunca domado Carasa, el bizarro Cavero, el infatigable Granda, y el intrépido Solana, todos, en fin, castellanos, vizcaínos, cántabros y alaveses, todos, desde los generales hasta los más modestos voluntarios, pusieron aquel día muy alto el renombre de los antiguos héroes de Montejurra, Somorrostro, Abárzuza, Lácar y Lumbier.

El ilustrado escritor D. Atonio Pirala en su *Historia Contemporánea* al hablar de la batalla de Elgueta se expesa así: «Empezada la »acción á las doce trató de salir de la carretera un Batallón liberal »hácia las posiciones enemigas, y se dispersó á las dos descargas ce- »rradas de dos compañías de Guernica que se hallaban parapetadas »sobre la salida de Elorrio; pero por derecha é izquierda del pueblo »desplegaron los liberales varios batallones que avanzaban rompiendo »el fuego, que se hizo general; se atacó vigorosamente el Campanzar, »el centro y derecha carlista, que resistieron valerosamente; se refor- »zaron los liberales, halló Goyeneche un punto sobre la izquierda que »consideró vulnerable, fué oportuno y porfiado en el ataque, y se hizo »horroroso el fuego, aumentado con los disparos de las baterías de los »liberales, que empezaron á arrojar granadas: á las dos ensordecía el »fuego de fusilería y de cañón; sostuvo bravamente el Batallón de Arra- »tia el empuje de numerosas fuerzas, rechazándolas; nuevos batallo- »nes reforzaron á los liberales; un batallón de Cantabria tuvo que »ayudar al de Bilbao, alentado por Carasa, Ugarte y Granda, que per- »manecían en la carretera sufriendo una lluvia de proyectiles, hasta

»que muerto el caballo del segundo, se retiraron, quedando sólo el »Jefe de E. M. con su escolta; cuando más se afanaba el intrépido »Granda en atender á todo, revienta una granada debajo de su caba»llo destrozándole el vientre y dejándole muerto, quedando ileso el jine»te, victoreado por las compañías de Guernica inmediatas. No pudo »resistir el empuje de los liberales el Batallón de Durango y se retiró »precipitadamente, protegiéndole desde una altura Solana con los cas»tellanos, que se batían con heroísmo; el número abrumaba y no po»dían impedir el avance de las tropas de Quesada; comprendió Gran»da la importancia de aquel punto; envió fuerzas á colocarse detrás »de Solana para proteger á éste, que se sostuvo valeroso; se rehicieron »algunas compañías de Durango y formaron con Munguía; Bilbao se »retiró completamente, tuvo que replegarse sobre los cántabros el Ba»tallón de Arratia, por no poder ya resistir el empuje de las fuerzas »que le atacaban, y por el sitio que abandonó Bilbao avanzaron re»sueltos los liberales; escasean las municiones á los carlistas, que em»piezan á retirarse á las cinco á Elgueta para continuar á Vergara y al »tratar de cargarles un Escuadrón que avanzaba por la carretera, fué »contenido por las compañías de Munguia. Guernica formaba la reta»guardia, haciendo fuego en retirada, porque el enemigo avanzaba: »hacíanlo resueltamente por la carretera dos escuadrones de tiradores, »y al llegar á la vista de Elgueta, las dos compañías de Arratia rom»pieron el fuego sobre ellos y les hicieron retroceder con algunas ba»jas. No impidió esto que siguieran después avanzando hasta Elgueta, »abandonada completamente por los carlistas, que se retiraron á Ver»gara, á donde ya habia llegado el Batallón de Orduña, batido en »Mondragón.. . . . .

»Había acudido Cavero contra Loma; y cuando llegó el 13 á la vis»ta de Elgoibar, ya estaban ocupadas por los liberales las principales »posiciones, teniendo él que tomarlas á retaguardia y sobre la carrete»ra de Azcoitia, desde las que rompió el fuego á las nueve, sostenién»dole hasta las cinco y media de la tarde, en que se le concluyeron las »municiones, y se retiró á Azpeitia: el avance de Loma y el que pre»paraba Moriones por su flanco derecho le obligó á retirarse á Beasain »con la gente rendida de cansancio y desfallecida por no haberse racio»nado desde la salida de Vergara.—En el anterior encuentro en el que »los asturianos y Somorrostro se batieron heroicamente, tuvo unas 40 »bajas.—La resistencia de los carlistas en Elgueta era más bien una »demostración de valor que el cumplimiento de un deber militar. Pres»cindiendo de que las triplicadas fuerzas de Quesada podían envolver »todas las posiciones carlistas, el avance de Loma por Marquina y El-

»goibar les envolvía completamente y tenían que retirarse antes de »que llegaran á Vergara si no querían verse copados. *Era imposible »la lucha con tan superiores fuerzas, que bastaban ellas solas para ter- »minar la guerra*. De nada servía que los carlistas se parapetasen en »los altos de Descarga ni en los de Elosua, ni en los que defienden el »camino de Azpeitia á Tolosa, cuyos desfiladeros se prestaban á la de- »fensiva, porque en todas partes podían verse atacados por el frente, »por los flancos y por retaguardia, y en tales condiciones no hay de- »fensa posible; la guerra civil podía considerarse terminada.»

Las bajas de los liberales fueron treinta y tres muertos, entre ellos el joven Coronel Sedano, y trescientos treinta heridos, y las de los carlistas, trescientos hombres fuera de combate. Los liberales quedaron posesionados de las posiciones conquistadas, y los carlistas se replegaron á Villarreal y Zumárraga, dejando dos batallones en observación cerca de Vergara.

Tal fué el funesto, pero previsto, resultado de la sangrienta batalla de Elgueta: Vizcaya estaba ya perdida para siempre, y unido esto á las bajas sufridas anteriormente por los carlistas en Álava, Guipúzcoa y Navarra, poniase ya la lucha en términos imposibles de resistencia, como dice muy bien el ilustrado escritor Pirala en su *Historia Contemporánea*. Unicamente veíase un punto de salvación para los carlistas, el arrojarse todos los batallones reunidos, y rápidamente, sobre las tres divisiones que tenía el General Martínez Campos en el Baztan, destrozarlas y obligarlas á entrar en Francia, con lo cual se habría salvado la moral del Ejército carlista, levantándola extraordinariamente, borrando la mala impresión de las pérdidas materiales sufridas en los últimos días de Enero y en lo que iba de Febrero, impidiendo continuasen en creciente progresión las deserciones de los voluntarios y reanimando, en fin, el espíritu carlista del país vasco-navarro hasta el extremo de hacer surgir, quizás, una docena de batallones más ante la completa derrota del afortunado General que había proclamado Rey á Don Alfonso y que había tenido la suerte de pacificar el Principado de Cataluña, contribuyendo eficazmente á la disolución del Ejército carlista del Centro

Esta era nuestra última y única esperanza, pues realmente había llegado á ser ya angustiosa en demasía la situación de los carlistas; porque si bien podían aún contar con las raciones de etapa, era ilusorio pensar en disponer de una dotación, siquiera precaria, de municiones, puesto que no tenían ya fábricas que las produjesen, ni frontera por donde pudieran llegar, ni costas tampoco, cuando ni aún disponiendo de todos estos elementos auxiliares, habían nunca estado so-

brados de municiones los carlistas, ni aún siquiera en los tiempos más felices.

—

Prevenido el General Moriones, por repetidas órdenes de su General en Jefe Quesada, para que avanzara en dirección á Azpeitia á fin de darse la mano con el General Loma, y reforzado por mar con algunos batallones de la División llamada de Vizcaya, el día 14 de Febrero comenzó el Comandante General del primer Cuerpo del Ejército de la Izquierda su movimiento de avance, disponiendo ya de suficiente número de combatientes con que poder arrollar por todas partes á sus enemigos. Así es que saliendo de Gárate y Zarauz, hízose dueño en el primer empuje de Indamendi y Meagas, y, por tanto, dominando la carretera de Cestona siguió adelante por Oiquina é Izarnazabal, y dándose la mano con las tropas de los generales Loma y Villegas, entró en Azpeitia, destruyó cuantas máquinas y efectos no pudieron poner en salvo los carlistas, y lo que fué aún peor, consiguió que resultase inútil para éstos el sostenimiento de la fortísima linea carlista de la provincia, colocándose á su retaguardia.

Desde aquel momento puede decirse que la provincia de Guipúzcoa, incluso la ocupación de su segunda capital, Tolosa, quedaba á disposición de los liberales, salvo una pequeñísima parte, es decir, desde Vergara á la Sierra de Andía.

Con tal rapidez hubo de verificarse la acometida de las tropas del Ejército liberal de la Izquierda, que á pesar de contar desde luego con lo brusco de su avance, no pudo el Comandante General carlista de Guipúzcoa, Brigadier Rodríguez Roman, organizar una séria defensa en ninguna parte. Algo pudiéramos decir sobre la resistencia pasiva que alguna provincia, ó su Diputación, opuso á sacrificarse hasta el último momento por la Causa carlista, repartiendo equitativamente municiones de boca y guerra entre sus paisanos y los valerosos y sufridos cántabros, alaveses y castellanos: conducta egoista en grado sumo que sólo puede explicarse por el cansancio que hacía tiempo venía minando la existencia del Ejército carlista; cansancio que en algunos elementos llegó al límite cuando al cabo de tres años de lucha, de gastos y de contrariedades vieron cada vez más lejana la victoria definitiva, sobre todo con la avalancha de los ejércitos liberales que cayeron sobre el país vasco-navarro concluyendo con las últimas esperanzas de los más optimistas, al contemplar que á la par que crecían los combatientes liberales, iban aclarándose las filas de los carlistas. Y como en la vida no se repite frecuentemente un mismo hecho con los mismos detalles, de ahí que las componendas con los liberales

y el Convenio de Vergara, que acabaron con la primera guerra civil, hicieran abrir los ojos á los voluntarios carlistas en la última, y en vez de ser como en 1839 los generales y jefes superiores los que pactaron con el enemigo, fueron en 1876 los voluntarios los que no pactaron, pero sí se desertaron en masa, acompañados por gran número de oficiales, de los que eran hijos del país vasco-navarro, salvo honrosísimas excepciones.

No era lógico ni posible, por consiguiente, que disminuyendo rápidamente los combatientes carlistas y habiéndose aumentado considerablemente el número de los combatientes liberales, se pudiera soñar ya en Febrero de 1876 con un desenlace siquiera medianamente favorable para el levantamiento carlista de 1872, tan potente en los tres años sucesivos y que á pasos agigantados caminaba á su fin en 1876.

—

Llamado en aquellos días de Navarra á Guipúzcoa S. A. R. el Conde de Caserta por Don Carlos de Borbón (como ya dijimos en el anterior capitulo) presentóse á este augusto señor, acompañado del Jefe de Estado Mayor, Brigadier Brea, el 17 de Febrero en Beasain, en cuyo punto celebróse enseguida, bajo la presidencia del egregio Don Carlos de Corbón, un Consejo de generales para escogitar entre todos el mejor medio de afrontar tan difícil situación. Reunidos halláronse, pues, con Don Carlos dicho día, en Beasain, S. A. el Jefe de Estado Mayor General Conde de Caserta, los generales Marqués de Valde-Espina, Carasa, Cavero y Argonz, el Brigadier Brea y el Coronel González Granda, como Jefe de Estado Mayor de Vizcaya.

Pedido por Don Carlos el parecer de los citados jefes, tomó la palabra S. A. el General Caserta para manifestar la confianza absoluta que le merecían los batallones navarros, alaveses, castellanos y del Centro que cubrían el antiguo reino de Navarra, cuyo mando inmediato acababa de dejar para acudir al llamamiento de Don Carlos: que su opinión era la que hubo de exponer desde el momento en que fué nombrado Jefe de Estado Mayor General, es decir, que se debía formar una fuerte División, la cual podía ahora componerse de los batallones vizcainos y guipuzcoanos (levantada que fuera la línea de éstos cuyo sostenimiento nada ni nadie podía ya aconsejar) y reunidos unos y otros bajo el mando del General Carasa, oponerse en lo posible al Ejército de la Izquierda; que el General Lizárraga se opusiese al General Primo de Rivera en Estella y su línea, reforzando ésta con batallones de Alava, Cantabria ó Castilla, para mejor asegurar la resistencia por la citada parte de Navarra, y que S. A. el General Conde de

Caserta al frente de los restantes batallones carlistas se lanzaría entretanto en el Baztán sobre las divisiones del General Martínez Campos.

Hallándose el Brigadier Brea identificado (como era consiguiente desde su nombramiento de Jefe de Estado Mayor) con S. A. el Conde de Caserta, hubo de contarse con su opinión igual á la de éste, máxime cuando por razones de su cargo en aquellos momentos, hubo de permanecer muy poco en el Consejo, por tener que dar y trasmitir órdenes á los cuerpos que iban llegando á Beasain, y que telegrafiar á los que se hallaban en las líneas, conforme se iba acordando en el Consejo.

Al Conde de Caserta siguió en el uso de la palabra el General Cavero, quien expuso próximamente la misma idea, ó sea la de reunir todos los batallones posibles y atacar al General Martínez Campos para hacerle capitular ú obligarle á entrar en Francia, dando así la preferencia al ataque del Ejército de la Derecha sobre el que pudiera dirigirse en contra del de la Izquierda.

A este proyecto objetó el bueno del General Argonz que no veía tan negra la situación del Ejército carlista, que con menos elementos que los que entonces teníamos se había empezado la guerra, que, por lo tanto, creía que aún podría ésta sostenerse bastante tiempo, y, en fin, que por su parte aceptaría mejor el ataque al General Quesada que al General Martínez Campos.

Llamado á exponer su parecer el Coronel González Granda, opinó por el levantamiento de todas las líneas (las de Vizcaya y Alava ya habían sido levantadas), formando columnas dotadas de un número prudencial de batallones que se ocupasen en flanquear al enemigo, colocándose á su retaguardia, sin dejarle descansar un sólo momento, combatiendo sin tregua, cuando las circunstancias, ó algún descuido ó falta de los liberales lo aconsejasen, empezando por atacar vigorosamente el flanco del Ejército de la Izquierda, á fin de impedir la conjunción de Moriones con Martínez Campos por Arichulegui, cuya operación, á juicio de Granda, sería la última etapa de la campaña.

Puestos de acuerdo todos los del Consejo, y aprobado en principio el plan del Coronel González Granda, se eligió el punto mejor para atacar al enemigo, recayendo la elección en el flanco derecho del General en Jefe del Ejército de la Izquierda, ó sea sobre las fuerzas que ocupaban Mondragon y Oñate.

El Brigadier Brea salió á dar las órdenes consecuentes al expresado acuerdo, entre las que figuraba la llamada de dos batallones castellanos que habían de unirse á los vizcainos y á los que mandó el General Cavero en Elgueta, formándose con unas y otras tropas una fuerte División

que podría, próximamente, contar con diez mil hombres, dos baterías de Montaña, una de Batalla, de á siete y medio centímetros, y unos doscientos caballos.

Terminó el célebre Consejo carlista de Beasain cerca de las cinco de la mañana del día 18 de Febrero, luciendo el General Argonz sus profundos conocimientos topográficos y quedando el Jefe de Estado Mayor General carlista encargado de ultimar con Don Carlos todo cuanto pudiera ser necesario para el buen éxito de las operaciones proyectadas.

Pero nada del plan acordado pudo al fin llevarse á efecto, porque precisamente el mismo dia 17 en cuya noche empezó á celebrarse el Consejo de Beasain avanzaron sobre Estella las tropas del mando del General Primo de Rivera atacando rudamente Montejurra, de cuyo fuerte lograron apoderarse al día siguiente, quedando así harto comprometida la capital de los carlistas de Navarra; y precisamente también á la misma hora en que terminaba el Consejo de Beasain, ó sea en la madrugada del día 18, rompió el General Martínez Campos la marcha sobre Vera, venciendo, aunque en sangrientos combates, entre dicho día y el siguiente á las tropas carlistas que con el bravo Brigadier Larumbe trataron de cerrarle el paso, sin que el General Pérula (que era el jefe superior de las fuerzas carlistas reunidas á la sazón por el Baztán) acertase á operar, ó pudiera hacerlo, de manera que entre los cuatro batallones que tenía por la parte de Santesteban y la Brigada de Larumbe se consiguiera impedir el citado avance del General Martínez Campos, ó retrasarlo, por lo menos, hasta la llegada de refuerzos.

Pero no adelantemos los sucesos, pues de estas operaciones ya nos ocuparemos detalladamente en el capítulo que sigue, y volvamos á ocuparnos de las tropas carlistas reunidas en Guipúzcoa por los días á que nos referimos.

Al tener Don Carlos de Borbón y el Conde de Caserta noticia del movimiento del General Martínez Campos en dirección á Vera, hubo de prescindirse naturalmente del acordado ataque al General Quesada, para acudir á lo más importante por el momento, que era ver de evitar lograse su propósito el General en Jefe del Ejército de la Derecha. Ordenóse, pues, por S. A. el General Conde de Caserta que el Brigadier Echévarri marchase con el Batallón de Munguía á cubrir Vidania, quedándose en Villafranca el General Carasa con el resto de la División de Vizcaya para oponerse á la entrada de los liberales en Tolosa, desde donde les seria fácil romper hasta Lecumberri y cerrar por completo la frontera á los carlistas; dispúsose asímismo que el Co-

ronel Solana operase por Cegama, San Adrián y sobre Oñate; que los dos batallones castellanos que habían sido llamados á Guipúzcoa con arreglo al plan convenido en el Consejo de Beasain se dirigiesen inmediatamente al Baztán, para donde marchó S. A. el General Conde de Caserta con el Brigadier Brea y los batallones de Cantabria, previniéndose al propio tiempo al General Pérula que estorbase el avance iniciado por el General Martínez Campos operando sobre su flanco entretanto que se reunían con S. A. en el Baztán además de la Brigada de Cantabria que ya le acompañaba, la Brigada guipuzcoana del Brigadier Rodríguez Vera y cuatro batallones al mando del General Cavero, para cuya concentración se corrieron las oportunas órdenes, á fin de poder S. A. dar al frente de las expresadas tropas una buena acometida al enemigo.

Lo peor de todo era que las deserciones se verificaban ya en masa, y era de temer que al separarse de los núcleos de fuerza algunos batallones, se presentasen reunidos y en correcta formación al enemigo, como aconteció poco después, pues hay que tener presente que nos encontrábamos ya á 18 de Febrero y diez días más tarde terminó ya la guerra.

Mientras tanto, el movimiento simultáneo de los dos grandes ejércitos liberales, cuyo funesto resultado para los carlistas no podía menos de preveerse, iba á realizarse ya: Don Alfonso XII al abrir las primeras Cortes de su reinado el 15 de Febrero manifestó ante ellas su deseo de tomar parte en las últimas operaciones de la campaña, y precedido por el Sub-secretario del Ministerio de la Guerra, el Mariscal de Campo Azcárraga (que había marchado al Norte á preparar el viaje) salió en la noche del 16 para Vitoria, llegó el 18 á Vergara en donde tomó el mando de sus dos ejércitos, siendo nombrado Jefe de Estado Mayor General el General Quesada, y dirigióse al frente de sus tropas hácia Tolosa en donde era de esperar que se le abrirían en breve las puertas.

Colocados ya los liberales á retaguardia de la línea carlista de Guipúzcoa, el Comandante General de dicha provincia, Brigadier Rodríguez Román, vióse precisado á ordenar el levantamiento de la expresada línea, y á retirarse con las fuerzas de su mando, lo más ordenadamente posible á Leiza.

AYUDANTE HENESTROSA AYUDANTE ZAFORTEZA



P. CAPELLAN DEL 2.º DE NAVARRA D. RICARDO SUAREP
D. CARLOS CALDERÓN

Capítulo XXXVI

Avance simultáneo de los ejércitos liberales de la Derecha y de la Izquierda: Montejurra, Peña-Plata, Palomeras de Echalar, Vera, Tolosa y Estella.—Disolución de tropas carlistas vasco-navarras.—El castillo de la Población.—Ultimos días de la guerra.

Con la marcha del General Martínez Campos al Baztán, extendiendo las operaciones hasta el Norte de Navarra, y con el avance del Ejército liberal de la Izquierda sobre Guipúzcoa, habíase debilitado imprescindible y fatalmente la defensa de Estella en términos de no disponer el General carlista Lizárraga, encargado de la misma, más que de unos nueve batallones de Infantería, otro de Ingenieros, cuatro ó cinco escuadrones, dos baterías montadas y una de Montaña. En cambio el General Primo de Rivera, encargado por el General Martínez Campos de apoderarse de Estella, podía disponer de todo el Cuerpo de Ejército de su mando, de la Brigada de la Ribera, de la guarnición de Logroño y de la Brigada de Araoz (del Ejército de la

Izquierda), la cual una vez ocupada por los liberales la provincia de Alava pasó á operar en la de Navarra.

Mientras el General Martínez Campos preparaba su avance á Vera para el día 18 de Febrero, empezó el General Primo de Rivera su embestida á Estella el día 17, ordenando que los carlistas fuesen atacados por varios puntos á la vez, movimiento elemental que había de darle la victoria, porque los carlistas, lejos de multiplicarse en una dirección dada y hacerse así más fuertes, no tendrían más remedio que dividirse y resultar débiles en todas partes, y si no lo hacían así y querían robustecer la defensa en algún punto dado, se verían precisados á dejar abandonado, ó poco menos, algún otro, y claro es que por éste les resultaría más fácil á los liberales forzar el paso á Estella. Dispuso, pues, el General Primo de Rivera que el General Tassara atacase á Villatuerta, que los brigadieres Molins y Cortijo avanzasen á Dicastillo y Allo, que los brigadieres Moreno del Villar y Albornoz se presentasen, respectivamente, por Arellano y Arroniz, y, en fin, que la guarnición de Logroño se dirigiese por la carretera de Los Arcos.

A las diez de la mañana del citado día 17 rompieron el fuego las columnas liberales, y el Brigadier Calderón que se hallaba al frente de la vanguardia carlista, compuesta de los batallones 1.º y 12.º de Navarra, cuatro compañías del 5.º de Alava, cuatro piezas de Artillería y un Escuadrón (en junto unos mil seiscientos hombres), se fué retirando ordenadamente por escalones, conteniendo al enemigo con sus líneas de fuego, hasta llegar á Arroniz, á donde le había ordenado el General Lizárraga que se replegase. El combate, sin embargo, fué muy empeñado, confesando los liberales haberles costado su avance unas cuatrocientas bajas; pero la falta de municiones hacía muy comprometida la situación de los carlistas.

Por la noche reforzó el General Lizárraga al Brigadier Calderón con seis ú ocho compañías de distintos cuerpos, á cuyo frente se puso el denodado Coronel Barón de Sangarrén, valioso jefe que acababa de ser absuelto en la sumaria que, con harto sentimiento de cuantos le conocíamos á fondo, se le había formado: infatigable defensor de la Causa carlista que después de la guerra ha representado en Cortes el distrito de Azpeitia.

Aprovechóse el siempre animoso Calderón del refuerzo para atacar vivamente al enemigo aquella misma noche, y logró arrojar de Arellano á los liberales, causándoles bastantes bajas y haciéndoles algunos prisioneros.

Al amanecer del 18 rompióse de nuevo el fuego, lo cual no era de extrañar dado el proverbial valor de Calderón y Sangarrén; pero como

los liberales atacaron por varios puntos á la vez, y en vista de ello hubo de atender á todas partes el General Lizárraga, no siéndole posible socorrer convenientemente á Calderón, harto hicieron los tres escasos batallones carlistas (ya muy mermados) que defendían Montejurra, logrando tener á raya al enemigo durante largo tiempo, á pesar de verse atacados por los ocho batallones de las brigadas de Moreno del Villar y de Cortijo, auxiliadas más tarde por las fuerzas del General Tassara.

El escritor liberal D. Antonio Pirala en su *Historia Contemporánea* dice á propósito de este reñido hecho de armas, lo siguiente: «Calderón »y Sangarrén sostuvieron el empuje de las columnas de Moreno del »Villar y Cortijo, cargando cinco veces á la bayoneta, y al verse com»pletamente rodeados y abrumados por tantas fuerzas, y fatigada la »fuerza de Calderón, se replegaron detrás de los alaveses, rompiendo »el fuego las cuatro piezas de Montaña y las dos del fuerte, sostenién»dole á pesar del que sufrían de las baterías liberales que les enfi»laban.»

Pero era tal la superioridad numérica de los liberales, sobre todo cuando pasaron el Ega las tropas del General Tassara, que al fin inicióse la retirada de los carlistas, algo desordenadamente. Sin embargo, reunió el Brigadier Calderón unos cuatrocientos hombres, con los cuales, y previa una carga á la bayoneta, dada por su Jefe de Estado Mayor el Comandante Suarep (quien cayó herido en ella), consiguió contener al enemigo y encerrarse en el fuerte de Montejurra, dispuesto á continuar sosteniendo su defensa hasta el último extremo. Todavía pudo mandar el General Lizárraga el Batallón 1.º de Castilla (que acababa de entrar en Estella) á reforzar al Brigadier Calderón; pero dicha fuerza no llegó ya á tiempo de impedir la pérdida de Montejurra, porque las tropas que habían quedado allí aprovecharon la obscuridad de la noche, y descolgándose por los parapetos del fuerte, se dirigieron á Estella, abandonando al heroico Brigadier carlista, á su Ayudante de Campo, Henestrosa, y á los oficiales de Artillería encargados de la del fuerte. Viéndose, por tanto, sólo Calderón, se adelantó hacia el enemigo rindiéndose prisionero de guerra. «Formadas las fuerzas »que habían atacado, el Brigadier Cortijo felicitó á Calderón por la »defensa que éste hizo, y le devolvió la espada, así como á su Ayudan»te. También el General Primo de Rivera le felicitó y le dejó prisionero »bajo su palabra.» (*Historia Contemporánea* por D. Antonio Pirala, »tomo VI.)

Sobre esta etapa de la guerra se explica así el estudioso autor del *Juicio crítico* de aquélla, tantas veces citado: «El General Primo de



EL BRIGADIER LIBERAL CORTIJO DEVUELVE AL BRIGADIER CARLISTA CALDERÓN LA ESPADA CON QUE HABÍA DEFENDIDO HEROICAMENTE MONTEJURRA (CUADRO AL ÓLEO DE D. E. ESTEVAN)

»Rivera, que hizo pasar á sus tropas la noche anterior sobre las posi»ciones conquistadas, las mandó adelantar en toda la línea en orden »paralelo y cogiendo á los desventurados carlistas esparcidos en tan »extensa línea, que por todos los puntos eran débiles como una guerri»lla, les arrolló fácilmente *á pesar de la heroica tenacidad con que se »defendieron.*»

Perdido el principal baluarte de Estella, cual lo era el fuerte de Montejurra, quedaba libre á los liberales el paso á la ciudad. Las bajas sufridas por ambos combatientes en los alrededores de Estella llegarían á mil, prueba inequívoca de la brillante resistencia que opusieron los carlistas.

—

Memorables fueron los fechas de 17, 18. 19 y 20 de Febrero, pues en ellas hubo de verificarse el definitivo y simultáneo avance de los ejércitos liberales contra los carlistas, adelantando sus tropas los Generales Primo de Rivera, Martínez Campos y Quesada: el primero sobre Estella, el segundo en dirección á Vera, y el tercero, con Don Alfonso XII, hacia Tolosa.

Contra el General en Jefe del Ejército de la Derecha, que (como ya sabemos) había llevado al Baztán todo el Cuerpo de Ejército del General Blanco y la División de la Reserva, del General Prendergast, solamente podían llegar á oponer los carlistas los batallones 2.°, 3.°, 5.° y 7.° de Navarra, 2.° de Álava y 2.° y 3.° de Castilla, dos escuadrones y las baterías de Montaña de Llorens y Ortigosa, cuyas tropas, al mando del General Pérula y de los brigadieres Larumbe y Pérez de Guzmán, se encontraban las unas por la parte de Santesteban, y las otras por la del puerto de Otsondo, Tres Mugas, Peña Plata y el alto del Centinela.

El día 17 de Febrero, noticiosos los carlistas de hallarse casi sin defensa la vanguardia liberal del Baztán, se lanzaron con arrojo y á la bayoneta sobre las fuerzas liberales que ocupaban el alto de Auzcue, ocasionándoles en tan rápida sorpresa la pérdida de las posiciones, la de un centenar de fusiles, catorce prisioneros, trece muertos, y veinte y cinco heridos, entre ellos el Jefe de Estado Mayor de la Brigada, Capitán Bollo, y el Comandante Fernández.

Esta acción no retrasó los planes del General Martínez Campos, quien ya había dado al General Primo de Rivera la órden de atacar seriamente á Estella á fin de distraer tropas carlistas en unos y otros puntos extremos de Navarra, y hallarles débiles, como así sucedió. Dispuso, pues, el General Martínez Campos que la División de Reserva quedase en Urdax, y que el General Blanco emprendiese á las

tres de la mañana del día siguiente el movimiento de avance, marchando con el Cuerpo de Ejército de su mando, las raciones y el parque móvil en dirección de Peña-Plata.

Las fuerzas carlistas que encontró el General Martínez Campos á su frente el día 18, mandadas por el bravo y entendido Coronel don Tomás Foronda, fueron: el Batallón 2.º de Navarra, que con su Teniente Coronel Elío (D. Fausto) ocupaba la izquierda, el 7.º Batallón de la misma provincia, que con su Teniente Coronel Angosto ocupaba la derecha, y el Batallón 3.º de Castilla, que con su Coronel Atienza y la Batería de Llorens constituía el centro carlista.

Al amanecer del día 18 dieron principio al combate los liberales, dirigiéndose contra la derecha carlista, la cual con sin igual valor sostuvo el fuego por espacio de una hora, hasta que contramarchando de pronto los liberales, ocuparon éstos las Tres Mugas y el alto del Centinela, para detenerse ante Peña-Plata, cuya posición atacaron desesperadamente durante doce horas sin conseguir romper la línea carlista, pues en cuantas ocasiones llegaban los soldados liberales hasta ella, otras tantas veces eran denodadamente rechazados por los voluntarios carlistas, cuyo heroismo rayó á tal altura que, habiendo cesado el fuego al anochecer, pasó la frontera un General francés para abrazar y felicitar al Coronel Foronda, admirado tanto de la intrepidez de la Infantería carlista como de la serenidad de los artilleros, quienes, á pecho descubierto, contribuyeron eficazmente, con sus certeros disparos, á contener el empuje del enemigo.

Pero asimismo debemos consignar, con severa justicia, que entre los liberales distinguióse también por su bizarro comportamiento el Batallón de Cazadores de Cataluña, el cual al ser rechazado por tercera vez á la bayoneta (y á pesar de haberle mandado retirar el General Martínez Campos) desplegó la Bandera, y con ella y su Teniente Coronel Gasco á la cabeza subió por cuarta vez hasta las posiciones carlistas.

Entre tanto, los socorros y las municiones que se habían pedido al General Pérula, al dársele aviso del movimiento de avance del General Martínez Campos, no llegaban, y para cubrir bajas sólo pudo disponer el Coronel Foronda de una Compañía de alaveses que le envió el Brigadier Junquera, á pesar de ver éste amenazadas sus posiciones por el Ejército de la Izquierda; por cierto que al ir dicha Compañía de alaveses á reforzar el centro carlista, vióse recibida á tiros por los liberales, pues éstos habían logrado apoderarse de aquella posición aprovechando la retirada del Batallón 3.º de Castilla, movimiento ordenado por el General Pérula según se supo después. Entonces, corta-

da ya la línea carlista y dominadas completamente por el enemigo las posiciones que ocupaban los batallones 2.° y 7.° de Navarra, ordenó el Coronel Foronda un cambio de posiciones, trasladándose con dichas fuerzas á las Palomeras de Echalar, para seguir disputando con alguna ventaja el paso á las divisiones del General Blanco.

Al amanecer del 19 llegó á la línea carlista el Brigadier Larumbe con algunas municiones de boca y guerra que había logrado coger á la retaguardia liberal. Esto hizo renacer en los carlistas las esperanzas de rechazar por completo al enemigo dando tiempo á la llegada del General Pérula con los batallones que tenía por la parte de Santesteban. Pero Pérula tampoco acudió aquel día al combate, y en cambio los liberales reanudaron briosamente la acción, lanzándose al ataque de las posiciones de los carlistas, quienes con igual denuedo que los días anteriores les hicieron frente, conteniendo su avance unas veces con las balas y otras con las bayonetas, hasta que después de siete horas de porfiada lucha, herido gravemente el Brigadier Larumbe, muertos á la cabeza de los batallones 2.° y 7.° de Navarra sus tenientes coroneles Elío y Angosto, perdidos en la pelea más de doscientos hombres y agotadas las municiones, retiróse el Coronel Foronda, pero ordenadamente: dominando al fin los liberales las posiciones carlistas después de dos días de constante lucha y dejando cubierto de cadáveres el campo de batalla.

Las pérdidas de los liberales en estos combates fueron sesenta y tres muertos (entre ellos cuatro oficiales) y cuatrocientos trece heridos, entre ellos cinco jefes y veinte y dos oficiales.

Rota, pues, la valla carlista entraron los liberales en Vera.

«Muchos franceses presenciaron estos brillantes combates, é hicieron grandes elogios de *los dos ejércitos,*» dice la *Narración Militar de la Guerra carlista*, del Cuerpo de Estado Mayor del Ejército, al que agradecemos como es debido esta imparcial opinión; pero no podemos menos de manifestar que dicha obra está equivocada en lo relativo al considerable número de fuerzas carlistas que supone tomaron parte en estas acciones, sobre cuyo importante detalle dice un escritor militar tan poco sospechoso como el estudioso autor del *Juicio crítico de la guerra civil*, lo siguiente: «Sus partidarios (los del General Martínez »Campos) y el libro del Estado Mayor suponen que el enemigo tenía »contra él tropas muy numerosas, pues sólo en el alto de las Palomeras »ponen ocho batallones y once cañones..... La opinión imparcial que »está acostumbrada á conocer la tenacidad y valentía imponderables »con que habian defendido siempre los carlistas sus posiciones (y es »ejemplo lo acontecido en la ermita de la Trinidad de Lumbier, etc.)

»conviene en no considerar exacta dicha suposición..... El General »Martínez Campos, ni aún hubiera roto la línea enemiga el 18 sin el »Jefe de Cazadores de Cataluña, *que al ser rechzaado por la tercera vez,* »*cruzando sus bayonetas con las de los carlistas, y á pesar de haberle* »*mandado Martínez Campos retirarse, subió por cuarta vez á la mis-* »*ma loma, mandado por el Coronel Gasco.* (Pirala y Boletines oficiales »del Gobierno.»

El historiador D. Antonio Pirala dice que la *fuerza carlista de*



D. JOAQUIN LLORENS

Peña-Plata se defendió hasta consumir el último cartucho; realmente, las jornadas que acabamos de describir elevaron á gran altura el concepto de unas y otras tropas combatientes, distinguiéndose en el campo liberal todos sus jefes, así como en el carlista, en el que rivalizaron en heroismo los infantes y los artilleros, mandados éstos por el ilustrado y bravo Comandante D. Joaquín Llorens, actual Diputado á Cortes por Olot, y uno de los más distinguidos miembros de la Minoría parlamentaria carlista.

Unicamente faltaba á los alfonsinos para redondear sus planes, enlazar el Ejército de la Derecha con el Cuerpo de Ejército del General Moriones; pero como á esto no podían ya oponerse más fuerzas que las de la Brigada del bravo Martínez Junquera que ocupaba los lími-

tes de Guipúzcoa y Navarra, vióse dicho jefe arrollado por los batallones del Ejército de la Izquierda al mando del Brigadier Navascués, si bien contribuyendo Junquera, como el que más, con su bizarra resistencia á salvar el honor de las armas carlistas en la acción de Vera.

En el capitulo anterior dijimos que al saberse por Don Carlos de Borbón y S. A. el General Conde de Caserta los simultáneos avances de los generales Martinez Campos y Primo de Rivera hácia Vera y Estella, respectivamente, acordaron que el Jefe de Estado Mayor General carlista, Caserta, acudiese con el Brigadier Brea á ver de cortar el paso al primero de los citados generales alfonsinos ó á embestirle rudamente en combinación con las fuerzas del inmediato mando de los generales Pérula y Cavero y del Brigadier Rodríguez Vera: veamos ahora cómo fracasó este proyecto que pudo proporcionar muy bien una brillante victoria á los carlistas.

S. A. el General Conde de Caserta y su Jefe de Estado Mayor, Brigadier Brea, encamináronse al Baztan recogiendo á su paso por Tolosa los dos batallones de Guipúzcoa que tan bien se habian portado recientemente en Mendizorrotz al mando de su Brigadier Rodríguez Vera. Pasaron después á Leiza, para donde habia salido poco antes Don Carlos de Borbón con los generales Marqués de Valde-Espina, Martínez de Velasco, Martínez Fortún y Egaña, el Batallón de Guías y el Escuadrón de Guardias; también acudió al citado punto el General Cavero, con quien conferenciaron el General Caserta y el Brigadier Brea, acordándose que S. A. con los batallones de Cantabria, el General Cavero con cuatro batallones castellanos y el Brigadier Rodríguez Vera con los dos batallones de su Brigada, se reunirían en unas alturas llamadas de Santa Bárbara, comprendidas entre Arichulegui (por donde se encontraba la Brigada de Martínez Junquera) y el puerto de Otsondo y Echalar (por donde operaba el Brigadier Larumbe): esta combinación de tropas podía estorbar el paso á Vera del General Martínez Campos, porque mediante ella debieron haberse reunido á las inmediatas órdenes del General Caserta ocho batallones ansiosos de combatir, sin contar con los batallones que pudieran molestar de flanco al enemigo, al mando del General Pérula, á quien se dió aviso de lo convenido para que pudiera operarse la conjunción de tan crecido número de tropas carlistas en contra del Ejército liberal de la Derecha.

La noche siguiente la pasaron en Articuza los batallones de la Brigada de Rodríguez Vera con S. A. y el Brigadier Jefe de Estado Mayor, dándose cita para el otro día con las demás fuerzas en los montes de Santa Bárbara, ó sea entre Vera y las Palomeras de Echalar. Un conjunto de aciagas circunstancias hizo que no pudiera tener éxito la

operación. El punto de cita, perfectamente elegido para acudir á donde fuera más necesario, no ofrecía más dificultad que el tener que atravesar á su frente un profundísimo barranco que le separaba de Peña-Plata y el alto del Centinela y que hubiera costado una hora el salvarlo; pero lo que contribuyó más que nada á que se malograse la operación, fué una circunstancia fatal, la de adelantarse el General Martínez Campos en su ataque, el cual, como ya dijimos, lo inició casi á la misma hora en que concluía el célebre Consejo de Beasain, no teniendo por lo tanto S. A. el General Conde de Caserta tiempo material para llegar al alto de Santa Bárbara antes de que el General en Jefe del Ejército de la Derecha pudiera vencer la resistencia heróica que le opusieron las escasas fuerzas que con el Brigadier Larumbe y el Coronel Foronda pudieron oponérsele, por ser las más próximas, y que fueron las únicas que hubieron de sostener el peso de la acometida.

Mientras tanto, emprendieron la marcha las fuerzas conducidas personalmente por S. A. el General Caserta y el Brigadier Brea, y que se reducían á dos batallones cántabros, de escasa fuerza, al mando de su Comandante General el Coronel D. Pedro Vidal á quien acompañaba, como de costumbre, el dignísimo Presidente de la Junta de Cantabria D. Fernando Fernández de Velasco, para estar siempre á la mira de sus voluntarios y atender á sus necesidades. Desde Articuza tuvimos que escalar, digámoslo así, una série de montes imposibles, y cuando arribamos á la cima de Santa Bárbara, nos restaba aún salvar otros dos montes que estorbaban nos hiciéramos cargo de las posiciones ocupadas por el Ejército liberal, pero que no nos impedían percibir un violento fuego de fusil y cañón que se sentía hacia la parte de las Palomeras de Echalar. La impaciencia de S. A. y de cuantos le acompañábamos no reconocía limites, máxime al ver que no llegaban al punto de la cita ni los batallones del General Pérula, ni los del General Cavero, ni los del Brigadier Rodriguez Vera, y que, por lo tanto, no podíamos disponer más que de la Brigada de Cantabria, harto corta para poder con ella sóla conseguir una victoria sobre los veinte mil hombres que tenía el General Martínez Campos. Impaciente el General Caserta, no hubo Ayudante de Campo ni Oficial de órdenes que no se enviara en distintas direcciones, unos para saber algo de la lucha entablada, que se oía pero que no se veía, y otros para reconocer los probables caminos por los que suponíamos que debían llegar los batallones guipuzcoanos y navarros, ó siquiera los castellanos con su General Cavero. Pero aquellos no regresaban, y creciendo la impaciencia en todos, se adelantó el Brigadier, Jefe de Estado Mayor que esto escribe, con su Ayudante de Campo Sureda y otro de Cantabria, á fin de

que, si aún era tiempo, pudiera regresar el último para conducir y guiar á los batallones cántabros en ayuda de sus compañeros de la Brigada Larumbe. A la media hora de camino nos encontramos con algunos voluntarios de dicha Brigada navarra, quienes iban á participar las desgracias ocurridas en la acción, ya terminada, ó sean, la grave herida de su Brigadier, la muerte de los tenientes coroneles Elio y Angosto al frente del enemigo, y qué éste se había posesionado de Peña-Plata, el alto del Centinela y las Palomeras de Echalar, cuyas posiciones eran las que podían impedir el paso de los liberales á Vera.

Todavía habríamos podido arriesgarnos á comenzar de nuevo el combate á fin de recuperar las posiciones perdidas, si la Brigada de Rodríguez Vera, los batallones castellanos del General Cavero, y los navarros del General Pérula, hubieran podido reunírsenos en el alto de Santa Bárbara, punto de nuestra cita, pues entonces con doce batallones ya habría sido posible lograr una victoria embistiendo al Ejército del General Martínez Campos á la desesperada, como en Lácar; pero aquellas fuerzas carlistas no llegaron, y las noticias que fuimos recibiendo nos quitaron ya toda esperanza de concluir la guerra con una batalla tan sangrienta como gloriosa

Dijimos antes, y repetimos ahora, que un conjunto de aciagas circunstancias hizo que no pudiera tener éxito alguno esta operación proyectada contra las divisiones que había llevado el General Martínez Campos al Baztán. En efecto: el Comandante General de Navarra, General Pérula, ofició á S. A. el Jefe de Estado Mayor General Conde de Caserta, que hubo que ceder el paso á Vera por falta absoluta de municiones Remingthons, y que para apoyar la retirada había empleado los batallones 3.º y 5.º de Navarra, únicos que por no usar armamento Remingthon tenían municiones; el Comandante General de Castilla, General Cavero, envió á S. A. un Ayudante de Campo á decirle que los batallones guipuzcoanos y vizcaínos se encontraban en un estado tal de indisciplina y descomposición, que hasta habían llegado algunos voluntarios á atentar contra la vida de sus jefes superiores, y que en aquellos momentos en que los unos se presentaban en masa al enemigo, y otros pretendían entrar en pactos con él, y todos faltaban á la subordinación provocando serios y escandalosos lances (en algunos de los cuales llegaron á mediar fuego y las consiguientes bajas entre voluntarios hermanos), se veía obligado á atender ante todo á resguardar de cualquier posible atentado, con los batallones castellanos, á la Augusta persona de Don Carlos de Borbón, por cuyo motivo no le era posible acudir á la cita y operaciones convenidas: finalmente, el Brigadier Rodríguez Vera había tenido la desgracia de extraviarse con

sus batallones guipuzcoanos en aquel laberinto de montes al través de los cuales emprendió la marcha para el alto de Santa Bárbara, y poco después tuvo el sentimiento de verse abandonado por aquellos mismos batallones que de tanta gloria se habían cubierto á sus órdenes en Mendizorrotz; pero que, siguiendo el funesto ejemplo de la mayoría de las tropas vascongadas, acabaron por presentarse á indulto, no pasando para ello por encima del cadáver de su bizarro y leal Brigadier gracias al entusiasta cariño que le tenían, si bien éste no bastó para detenerlos en su resolución citada, tan imprevista como fatal para la Causa carlista en aquellos tristes días en que todo eran contrariedades y decepciones para los que nos manteníamos firmes en nuestros puestos de honor.

Aislado S. A. R. el General Conde de Caserta con su Jefe de E. M., Brigadier Brea, y los batallones de Cantabria, y fracasado su proyecto de quebrantar con un rudo combate al Ejército liberal de la Derecha, cuya operación consideraba S. A. imprescindible para continuar en condiciones algo favorables la campaña, envió un Ayudante de Campo á dar cuenta de lo ocurrido á Don Carlos de Borbón, quien le contestó que perdidas ya Estella y casi toda la frontera, y habiendo tenido que irse por enfermo á Francia el Comandante General de Castilla, General Cavero, había resuelto que pasase S. A. á hacerse cargo inmediatamente de la División Castellana.

—

Gravísimos sucesos desarrolláronse por aquellos días en el campo carlista, gracias al simultáneo avance de los ejércitos liberales.

Después del famoso Consejo de Beasain, habían quedado á la inmediación de los diferentes cuerpos del Ejército liberal de la Izquierda los batallones carlistas de Vizcaya y Guipúzcoa, escalonados desde Tolosa y Berástegui hasta Leiza y Lecumberri, con el General Carasa y los brigadieres Rodríguez Román, Ugarte, Ormaeche, Iturzaeta, Aizpurúa y Echévarri; pero una vez enlazados por la parte de Vera los ejércitos liberales de la Derecha y de la Izquierda hízose insostenible por los carlistas su capital guipuzcoana, y entró en Tolosa D. Alfonso XII enseguida, quedando con ello quebrantada por completo la moral de las tropas carlistas vascongadas, cuyas deserciones en masa no pudieron ya evitar los respectivos comandantes generales, cundiendo rápidamente por los batallones una desmoralización y una desconfianza en sus jefes superiores, que hacían prever una catástrofe. En vano fué que los leales Carasa, Rodríguez, Ugarte, González Granda y otros muchos tan valerosos y tan fieles como ellos hicieran los impo-

sibles para recabar de sus subordinados la influencia perdida, pues empezaron á sonar las voces de ¡traición! y ¡mueran los traidores! dando la señal los vizcainos y siguiéndoles los guipuzcoanos, en términos de que los comandantes generales y casi todos los jefes procedentes del Ejército (contra quienes más se manifestaba la desconfianza de los voluntarios) tuvieron al fin que abandonar Leiza para ganar la frontera; hubo fuerza que se insubordinó al grito de ¡Paz y fueros! y roto ya por completo el freno de la disciplina, llegaron algunos voluntarios á pretender matar al General Carasa, mientras otros provocaban sangrientas colisiones, y los más se presentaban por compañías, y hasta por batallones, á las autoridades alfonsinas.

En Navarra, al caer el fuerte de Montejurra en poder de los liberales, reunió el General carlista Lizárraga en Consejo á los generales Maestre, Alemany, Lerga é Iturmendi, á los brigadieres Ferron, Yoldi, Fontecha, Landa y Torrecilla, al Coronel de Artillería Fernández Prada, y algunos otros jefes, resolviéndose el abandono de Estella, apoyado dicho acuerdo por la contestación de Don Carlos á una consulta que le dirigió el General Lizárraga, á quien autorizó para retirarse de dicha plaza, á fin de evitar dias de sangre á la ciudad y pérdidas inútiles á sus heróicos voluntarios, toda vez que perdido Montejurra resultaba insostenible la posesión de Estella. La retirada fué, pues, decidida salvando el mayor número posible de cañones y efectos de guerra, y sin que el enemigo la advirtiera á tiempo de estorbar la operación: tan bien fué dirigida por el veterano General Lizárraga, y por los jefes que secundaron sus órdenes, emprendiendo la marcha con todas sus fuerzas por Salinas de Oro á Santesteban, á unirse con los otros batallones y voluntarios que aún restaban fieles á su Señor, no sin antes mandar á los brigadieres Fontecha y Boet que se pusieran á las órdenes del General Lerga para conservar el paso á las Amézcoas; pero esto no tuvo efecto, y se unieron después camino de la frontera con las restantes tropas fieles á la majestad caida.

Los batallones navarros empezaron también á descomponerse por entonces, desertando muchos voluntarios á Francia, y los más á Pamplona, sin que pudieran contenerles los esfuerzos de su Comandante General Pérula, antes tan popular y querido en Navarra y que ahora no tenía ya ninguna influencia sobre aquellas bravas tropas de paisanos suyos.

En vista de lo crítico de las circunstancias cuidóse ante todo el General Lizárraga de asegurar la única parte de frontera que quedaba libre á los carlistas, por Roncesvalles, situando á los batallones del Centro, con el Brigadier González Boet, en Zubiri

Entre tanto habían entrado los liberales en Estella el 19 de Febrero apoderándose de grandes almacenes y repuestos de todas clases, así como de la Artillería de los fuertes de San Juan de Arandigoyen, Monte-Muru, León y San Millán, abandonada por ser imposible transportarla por los caminos emprendidos en la retirada, después de la cual solo quedaron dominando los carlistas el pequeño territorio comprendido entre Pamplona y la frontera por Roncesvalles, pues en el resto de Navarra únicamente ondeaba el péndón de Don Carlos en el Castillo de la Población, el cual, por cierto, se sostuvo aún después de terminada la guerra, pues su Gobernador, el valiente Brigadier alavés D. José



D. JOSÉ MONTOYA

de Montoya, veterano de la primera guerra civil, no se rindió al Brigadier Araoz hasta después de haber Don Carlos emigrado, cuando mayor resistencia por parte del Castillo de la Población habría sido aún más que temeridad, una locura, y si al fin se rindió Montoya fué quedando en libertad tanto él como toda la fuerza que tenía á sus inmediatas órdenes.

—

El señor Don Carlos de Borbón, frenéticamente aclamado por las tropas que le seguían leales, escoltado por la brillante División de Castilla, el Batallón de Cadetes y su Escuadrón de Guardías, había mar-

chado por Erasun y Zubieta á Santesteban, á donde acudieron también S. A. el General Conde de Caserta y el Brigadier Brea con los batallones cántabros que habían llevado á los altos de Santa Bárbara, el General Lizárraga y el Brigadier Ferrón con algunos de los batallones retirados de Estella, y gran número de oficiales generales de distintos cuerpos y divisiones, entre los que recordamos á los generales Marqués de Valde-Espina, Argonz, Martínez Fortún, Martínez de Velasco, Maestre, Alemany, Pérula y Egaña, y los brigadieres Villar, Fontecha, Pérez de Guzmán, Pagés, Yoldi, Anrich y Ramajos.

S. A. el General Conde de Caserta y el Brigadier Jefe de su Estado Mayor, Brea (quien estaba naturalmente identificado con el General en Jefe), consideraban que ocupadas por los liberales todas las provincias vascongadas, así como la mayor parte de Navarra y casi toda la frontera, disueltos los batallones vizcainos, guipuzcoanos y alaveses, así como muchos navarros y las Diputaciones á Guerra, sin fábricas de armas ni municiones, ni recursos con que poder ya subsistir por muchos días, se había llegado ya al caso de ser completamente imposible sostener la guerra, é inútil el intentarlo. Pero algunos otros generales carlistas creían que aún era posible prolongar la campaña reaccionando la moral de las fuerzas vascongadas y navarras, y reorganizando la guerra con la base de las tropas que aún quedaban fieles, al abrigo de la frontera. Dignóse Don Carlos de Borbón, deseoso de apurar todos los recursos posibles, nombrar Jefe de Estado Mayor General y Jefe de Estado Mayor de éste, respectivamente, al Teniente General D. Antonio Lizárraga y al Brigadier D. José Ferrón, antiguo, ilustrado y valiente oficial de Infantería en el Ejército de D.ª Isabel II, brillante jefe carlista que había hecho toda la campaña á las órdenes del General Lizárraga, tanto en el Norte como en el Centro. Con este motivo pasaron S. A. el General Conde de Caserta y su Jefe de Estado Mayor, Brigadier Brea, del Generalato en Jefe al mando de las tropas de la Comandancia General de Castilla, no siendo, por cierto, el primer caso análogo que ocurría en el Ejército carlista, pues precisamente cuando fueron relevados el General Pérula y el Brigadier Pérez de Guzmán del mando en Jefe y de la Jefatura del Estado Mayor del mismo, descendieron á Comandante General y Jefe de E. M., respectivamente, de la División de Navarra; y mucho antes el Capitán General D. Joaquin Elío, que desempeñaba el cargo de General en Jefe en Somorrostro, descendió también al encargarse (aunque por poco tiempo) de la Comandancia General de Navarra, cuando la muerte del ínclito General D. Nicolás Ollo.

El día 23 de Febrero tomó, pues, el mando en Jefe de los gloriosos

restos del Ejército carlista el heróico defensor de Seo de Urgel, General Lizárraga, quien de acuerdo con Don Carlos de Borbón, ordenó que algunos batallones de los que llevó de Estella se escalonaran en la regata de Zubiri y que S. A. el General Conde de Caserta y el Brigadier Brea le siguiéramos con los batallones castellanos y cántabros y la Caballería de Borbón y de Castilla; que los cuerpos que aún se habían librado del contagio desmoralizador, como el Batallón de Asturianos, le siguieran también, asi como los sufridos batallanos del Centro al mando del Brigadier Boet, y ordenó, en fin, que la Artillería se reconcentrase en Roncesvalles. Dispuso también Lizárraga que los generales Marqués de Valde-Espina y Egaña y el Brigadier Fontecha volvieran á Vizcaya, Guipúzcoa y Alava, respectivamente, como comandantes generales de dichas provincias, para ver de reanimar en ellas el espíritu carlista; y mientras tanto, teniendo segura la entrada en Francia, pensó en que con los diez mil hombres salvados del naufragio de la disolución podría librar alguno ó algunos combates antes de resolverse á abandonar España.

El día 24 de Febrero salió Don Carlos de Borbón de Santesteban con su Jefe de Estado Mayor General, Lizárraga, con sus Ayudantes de Campo los generales Martínez de Velasco y Martínez Fortún, con los batallones de Cadetes y 2.º de Castilla y el Escuadrón de Guardias, dirigiéndose á Roncesvalles por Villaba, Zubiri, Vizcarret, Espinal y Burguete, seguido á una corta jornada de distancia por S. A. el General Conde de Caserta y el Brigadier Brea con las tropas de su mando, y cubriendo la retaguardia el Brigadier González Boet con los batallones del Centro.

Los planes del General Lizárraga no pudieron realizarse (como ya lo habiamos previsto desde el primer momento), y á los cuatro días de desempeñar la Jefatura del Estado Mayor General carlista vióse precisado él mismo á pedir á la nación francesa hospitalidad para el Señor Don Carlos de Borbón: sus esfuerzos por continuar la guerra no dieron otro resultado que el sacrificio inútil del valeroso y veterano General D. Domingo de Egaña y del leal y pundonoroso Brigadier D. Francisco Ramajos, quienes fueron inhumanamente asesinados por turbas de antiguos voluntarios carlistas, (como lo fué el desgraciado Capitán General carlista D. Vicente González Moreno al final de la primera guerra civil), sin más que haberles echado en cara sus deserciones y la poca consistencia de su Carlismo.

¡Pobre Egaña y pobre Ramajos, mártires del cumplimiento de su deber como buenos militares y leales carlistas!

¡La pluma se nos niega á detallar episodios últimos de la cam-

paña, cuyo recuerdo llena nuestro corazón de amargura aún después de los veinte y un años transcurridos desde entonces: corramos un velo sobre la incalificable conducta final de los que, como dijo muy bien Don Carlos de Borbón en Roncesvalles, mancillaron los laureles de Montejurra, Somorrostro, Abárzuza, Lácar; Lumbier y Mendizorrotz!





MEDALLA DE CARLOS VII

Capítulo XXXVII

En Valcarlos

Tristes por demás fueron los días de Febrero que precedieron á la entrada en Francia del Ejército carlista del Norte, en el semblante de cuyos generales, jefes, oficiales y voluntarios veíase retratado el desaliento hijo de la convicción de que, abrumados por el número, no era ya posible sostener por más tiempo la campaña. Estábamos con el Ejército liberal en la relación de uno á diez, y no era esto precisamente lo peor, sino que el nervio de la guerra nos faltaba, pues las Diputaciones habían agotados sus recursos, el enemigo había ya invadido Vizcaya, Alava, Guipúzcoa y gran parte de Navarra, habíamos perdido casi toda la frontera, y, por último, la deserción de la mayor parte de las tropas carlistas había reducido éstas á los valientes y sufridos batallones de Castilla, de Cantabria, del Centro, de Asturias y de Cadetes, á los regimientos de Caballeria de Castilla y de Borbón, al Escuadrón de Guardias, á pocas baterías de artilleros y algunas unidades sueltas de los restantes cuerpos.

Corría la tarde del día 27 del mes más corto del año; el pintoresco camino de Roncesvalles á Valcarlos, retorciéndose por entre las elevadísimas y abruptas montañas de los Pirineos, apenas podia contener la multitud de carlistas que, con el rubor del vencimiento en el rostro y la pena en el corazón, semejaban nubes de fantasmas por lo tétricos

y silenciosos, ellos que animaban siempre sus marchas con los más alegres cantos populares, evocando cada cual el querido recuerdo de su país.

¡Cuánto nos impresionó el ver cómo marchaban aquel día aquellas aguerridas tropas compuestas de castellanos, cántabros, asturianos, aragoneses, valencianos é hijos del Maestrazgo!

Séanos permitido recordar, después de cerca de veintidós años, que aquellos arrojados batallones de Castilla, siempre poco numerosos y mermados por el plomo y acero enemigos, habían regado con su sangre generosa los campos de Montejurra, Somorrostro, Abárzuza y Lácar, las gargantas de las Muñecaz, Biurrún, Urnieta, Zumelzu, Medianas, Lumbier, y tantos y tantos otros teatros de combates favorables ó adversos á las armas carlistas; y éso que al principio no tenían ni haber ni pródigas Diputaciones que los atendieran, y que bien pudiera decirse que se batían por la ración, firmes en su fe y en su entusiasmo por la Causa que defendían: sus armas iban ahora á rendir su último tributo, escoltando hasta Francia al egregio Príncipe que aclamaron por Rey en los campos de batalla.

¿Y qué decir del reducido Batallón de Asturianos que desde los montes inmortalizados por Pelayo vinieron al Norte hábilmente conducidos por el esforzado D. Antonio Milla, atravesando comarcas dominadas enteramente por el enemigo, sin desmayar un solo punto en su ardiente amor á su Bandera?

¿Cómo olvidar á los batallones de Cantabria que, al par que los castellanos, halláronse en casi todas las acciones libradas en las cuatro nobles provincias vasco-navarras? Cierto es que éstos gozaron entre todos el beneficio de que el Presidente de su Diputación á Guerra, el digno Caballero del Hábito de Calatrava D. Fernando Fernández de Velasco, marchase siempre á la cabeza de las fuerzas de su provincia, atendiendo cual bondadoso padre á todas sus necesidades.

¿Cómo no consagrar aquí un cariñoso recuerdo á todos aquellos esforzados aragoneses, catalanes, valencianos é hijos del Maestrazgo que formaban la brillante Brigada del Centro, que cuando no pudieron ya seguir peleando en su país vinieron á buscar nuevos laureles en el Norte?

Justo es que al dar cuenta de esta última etapa del antes tan floreciente Ejército carlista, recordemos siquiera los nombres de los que comandaban sus gloriosos restos, empezando por el valeroso Señor Don Carlos de Borbón, quien había llegado ya en la mañana de aquel mismo día á Valcarlos con su Jefe de Estado Mayor General D. Antonio Lizárraga, con sus Ayudantes de Campo, generales D. Gerardo Martínez de Velasco y D. León Martínez Fortún, con el Brigadier don

José Ferrón, con su Escuadrón de Guardias y con los batallones de Cadetes y 2.º de Castilla.

A eso de las tres de la tarde llegaron á la vista de Valcarlos, y á una de las estribaciones de la garganta de Roncesvalles, la División de Castilla, la Brigada de Cantabria, los batallones de Asturias y 1.º de Valencia, y el Regimiento de Caballería de Borbón, cuyas fuerzas recibieron orden de vivaquear en las alturas. Dichas tropas iban al mando del Infante de Nápoles D. Alfonso de Borbón, Conde de Caserta, y de su Jefe de Estado Mayor el Brigadier de Artillería D. Antonio Brea, precedidos y seguidos por multitud de oficiales superiores, entre los que se contaban el Mariscal de Campo de Artillería D. Juan María Maestre, el Brigadier del mismo Cuerpo D. Luis de Pagés, el de Caballería D. Esteban Barrasa, los coroneles de Infantería Barón de Sangarrén, D. Romualdo Cesáreo Sanz y D. Felipe de Sabater, los de Artillería D. Manuel Fernández Prada, D. Rodrigo Velez, D. Atilano Fernández Negrete y D. Julián García Gutiérrez, el de Marina don Fernando Carnevali y cien más jefes de distintas armas que nos duele no tener ahora presentes en nuestros recuerdos. La Infantería de Castilla tenía á su frente á los coroneles D. Maximiano del Pino, D. Alejandro Atienza, D. José M. G. Solana, D. Marcos Fernández de Córdova y D. Rodrigo de Medina y al Teniente Coronel D. Juan Pérez Nájera; los batallones cántabros iban á las órdenes de los coroneles D. Pedro Vidal y D. José Mora; el Batallón 1.º de Valencia estaba mandado por el Teniente Coronel D. José María Berenguer, y la Caballería de Borbón y de Castilla por los coroneles D. Mario Villar y D. N. Zaldivar. Los batallones de Gandesa y de Guías del Centro iban á las órdenes del Brigadier D. Carlos González Boet y del Coronel don José Agramunt, cubriendo la retaguardia á una jornada de distancia: en fin, el Batallón de Cadetes estaba mandado por el Coronel D. Emilio Martínez Vallejo, y el Escuadrón de Guardias por el Teniente Coronel D. Manuel de la Cruz.

A pesar del cansancio y desaliento que en todos los rostros se revelaba, tenemos la perfecta seguridad de que si hubiéramos sido hostilizados (como llegó á susurrarse durante la marcha) por el Cuerpo de Ejército del Teniente General D. Ramón Blanco, abrigamos la convicción, repetimos, de que aquellos restos del Ejército carlista hubieran hecho frente en el acto, con la mayor resolución y el más ardiente entusiasmo, porque á todos nos seducía más la idea de acabar con un gran combate, y en aquellas históricas montañas hubiera dado fin en sangrienta epopeya la postrera campaña carlista.

A menos de un kilómetro de la diseminada y pintoresca villa de

Valcarlos, formaron en masa los batallones y escuadrones carlistas en un alto, donde nos esperaban órdenes del Cuartel de Don Carlos para verificarlo así. El tiempo amenazaba seria borrasca: voces corrían, sin embargo, entre los voluntarios de que Don Carlos, ó por lo menos su jefe de Estado Mayor General Lizárraga, debía arengarles. Así era, en efecto: el clarín de la vanguardia dió un punto de atención, por distinguirse clara y distintamente el arribo del pueblo á la eminencia, por tortuosa vereda, de un brillante y nutrido grupo de jinetes, y al frente de ellos venía el Augusto Señor Don Carlos de Borbón, á quien meses antes aclamaban Rey más de cien mil combatientes, cuyas armas se extendían por gran parte de España y habían' obtenido memorables victorias, especialmente en el noble solar Vasco-Navarro y en la antigua y gloriosa Coronilla de Aragón.

Seguíale un lucido Estado-Mayor, compuesto de los generales, jefes y oficiales que constituían su Cuarto Militar, más algunos otros que sin mando de fuerzas á la sazón, habiánsele agregado en las marchas de los últimos días, descollando entre todos por su valor y servicios el tan heróico cuanto piadoso Teniente General D. Antonio Lizárraga.

Previa la formación de nuestras tropas en masas de tres frentes, avanzó erguido y arrogante el bizarro Príncipe á cuyo nombre habíase vencido en tantas y tan sangrientas jornadas. Nunca, lo confesamos con toda sinceridad, nunca nos pareció, (ni en los dias más felices y de mayores triunfos), tan digno como entonces del alto puesto á que le consideramos destinado por la Providencia. Verdad es que su rostro no ostentaba la sonrisa de los días en que le aclamábamos victorioso en medio del fragor de los combates; pero su triste mirada encerraba todo un poema de bondad y de resignación cristiana.

Apenas habían terminado los últimos acordes de la Marcha Real, lanzados por las bandas de los sufridos y valientes castellanos, cuando un inmenso ¡viva el Rey! resonó en aquellas cimas, repercutiendo de monte en monte, eco quizás del potente grito de guerra que en aquellas mismas montañas lanzarían los navarros vencedores de Carlomagno. Don Carlos habló á sus tropas: su voz entera, recordando nuestras pasadas glorias, oyóse con religioso silencio por aquellos militares siempre ansiosos de combatir, siempre leales. No recordamos ahora sus palabras; pero sí tenemos muy presente que habló poco, si bien con una energía conmovedora, y ante la posibilidad de continuar la guerra, respondióse unánimemente en sentido afirmativo.

Empero era tarde ya: los disueltos batallones de Cataluña y del Centro no podían ya prestarnos con su número y su fuerza el apoyo que necesitábamos. Era, pues, un sueño irrealizable el de proseguir

la campaña, y solamente queremos dejar sentado que la fe que había multiplicado las fuerzas carlistas al principio de la guerra, no se había extinguido al final en aquellos generales, jefes, oficiales y voluntarios reunidos en Valcarlos y agrupados al rededor de su Rey con la misma lealtad, el mismo entusiasmo é idéntico desprecio de los peligros, que el primer día que le aclamaron en los campos de batalla.

Concluida la arenga, descendió el brillante grupo de jinetes por aquellas sinuosidades, en demanda de albergue contra la tempestad que había comenzado á significarse; pero muy poco á poco; parecía como que identificados Don Carlos de Borbón y los dignos militares que le acompañaban, con aquellas lealísimas tropas, últimos restos de nuestras pasadas grandezas, á cuyo frente teníamos el honor de quedar S. A. el General Conde de Caserta y el Brigadier Jefe de Estado Mayor que esto escribe, no podían separarse de nosotros cuando á corta distancia estaba ya el territorio francés en el que todos debíamos pernoctar al siguiente día: quedábannos pocas horas de estar juntos, para luego separarnos quizás por toda la vida.

Nuestras tropas acamparon en sus posiciones, y en medio de los truenos, repercutidos de monte en monte, en medio de los relámpagos y de la torrencial, aunque pasajera lluvia que nos envolvía, era de ver como en el más elocuente silencio disponíase todo para el vivac de la noche. Disipóse la tormenta, el cielo volvió á despejarse, y aún lució algun rayo de sol para los únicos y últimos representantes armados de la Causa Católico-Monárquica.

S. A. el Conde de Caserta y el Brigadier Brea bajaron al pueblo á recibir órdenes para el día siguiente, y el Teniente Coronel Berenguer con su Batallón 1.° de Valencia marchó á ocupar un puente que había al otro lado de Valcarlos, camino de la frontera. Llegamos al alojamiento de Don Carlos, en el cual tuvimos la singular complacencia de encontrarnos juntos, por última vez acaso, con dicho egregio Señor y con los generales Lizárraga, Martínez Fortún y Martinez de Velasco. Ya el Jefe de Estado Mayor General Lizárraga había pedido á la Nación francesa hospitalidad para Don Carlos de Borbón y su Ejército, y allí también recibimos las postreras instrucciones, reducidas á que al toque de diana formaran á ambos lados de la carretera que desde Valcarlos conduce á Francia, todos los batallones, seguidos de los regimientos de Caballería de Borbón y de Castilla.

Pasóse la noche en la mayor tranquilidad aparente, y decimos aparente, porque las emociones pasadas, las que el porvenir nos reservaba, y el dolor de nuestra situación presente ahuyentaban el sueño de nuestros ojos.

Llegó el día 28 de Febrero; las órdenes emanadas del Cuartel de Don Carlos cumpliéronse al pie de la letra: aún antes de iniciarse por las bandas de cornetas y clarines la militar diana, empezaron á formar las tropas en la carretera, y al poco rato salió de su alojamiento el Señor Don Carlos de Borbón, quien atravesó las filas de sus soldados seguido de un numeroso Estado-Mayor, arrogante como siempre, como de costumbre erguido, si bien triste y resignado. Los vítores y aclamaciones, rompiendo la valla del respeto, no le dejaban tiempo siquiera para contestar; seguro es que las lágrimas de reconocimiento del representante de la Bandera Tradicionalista, al verse objeto de lealtad tan manifiesta, debieron caer gota á gota sobre su corazón. Verdad es que en aquel momento las vimos correr por muchos y aguerridos semblantes. Tras él siguieron ordenadamente los batallones y escuadrones carlistas, y al llegar al puente de Arneguy, las tropas francesas rindieron los honores debidos á la Majestad al pisar la tierra extranjera Don Carlos, quien en aquel solemne momento volvió su noble cabeza á España y, levantando los ojos al cielo, dijo con voz firme: *¡Volveré!*

Los jefes y oficiales carlistas conservaron sus espadas, y á las doce todo había terminado; jinetes y peones arribaron á San Juan de Pié de Puerto, poco más ó menos, á las dos de la tarde.

Aquel mismo día cruzaban la frontera, muy cerca de Orbaiceta y Burguete, los restos de aquellos batallones navarros que tantos días de gloria habían dado á la Causa carlista; al frente de ellos marchaba su Comandante General Pérula con el General Lerga y los brigadieres Perez de Guzmán, Yoldi, Landa y Torrecilla, y gran número de jefes y oficiales de todos los batallones de la provincia, quienes pernoctaron al día siguiente en San Juan de Pié de Puerto, donde fueron alojados en las *casernes* francesas.

También en aquellos días atravesaron la frontera, los más por los Alduides, los generales Marqués de Valde-Espina, Díez de Mogrovejo, Berriz, Argonz, Iturmendi, Carasa, Alemany y Martínez Viñalet, los brigadieres Anrich, Villar, Montoya, Rodríguez Román, Aizpurúa, Fontecha, Garín, Ormaeche, Rodríguez Vera, Ugarte, Larumbe, López, Martínez Junquera, Echévarri é Iturralde, así como un gran número de jefes, oficiales y voluntarios de todas las armas é institutos armados, y de todas las provincias, quienes prefirieron emigrar antes que rendir sus armas al enemigo.

¡Bien quisiéramos poder recordar uno por uno á todos aquellos bravos y leales militares cuyos sacrificios merecen que siquiera se consignase su nombre en la historia; pero nuestra memoria es harto débil



«¡VOLVERÉ, VOLVERÉ!» (COMPOSICIÓN Y DIBUJO DE D. J. VEHIL)

y han pasado ya tantos años que hemos de renunciar á tarea tan grata, aunque con dolor de nuestro corazón que desea paz á los que hayan desaparecido ya del mundo de los vivos y que saluda cariñosamente á los que resten de tantos pobres compañeros de glorias y desgracias!

La campaña había concluido: era la segunda guerra carlista (sin contar la breve de 1848) que en el intervalo de cuarenta años habían sostenido los defensores de la Causa Católico-Monárquica.

Detrás de nosotros sólo quedaba mandando tropas organizadas el Brigadier González Boet con el Batallón de Gandesa y el de Guias del Centro, cuyas fuerzas entraron también acto seguido en Francia; y más atrás aún, en el corazón de aquella tierra vasco-navarra tan querida, quedaban los mortales despojos de los generales Ollo, Andéchaga y Egaña, de los brigadieres Radica, Ulibarri, Gorordo y Ramajos, de los marqueses de Bondad-Real y de las Hormazas, de Carlos Caro, de los coroneles Arciniega, Sanjurjo, Irazu, Aspiazu, Gerónimo García, Ayastuy, Blanco y Equiazu, del Auditor Escudero, de Nieves, García Pimentel, Rodríguez, Fausto Elio, Mas, Conde, Cortazar, Cristóbal de Vicente, Vergara, Angosto, Sopelana, Eguilleta, y cien jefes más, y miles de héroes obscuros que empuñaron las armas deseosos de cicatrizar á costa de sus vidas preciosas las heridas de la Patria y contribuir á la reconstitución de nuestra querida España en la medida de sus fuerzas, fija siempre su vista en la Bandera en que nuestros antepasados escribieron *Dios, Patria y Rey*, como expresión de todos los más nobles sentimientos del espíritu religioso, caballeresco y patriótico que guió nuestras armas en los más gloriosos días de nuestra Historia.

—

Al dar por terminados los recuerdos de la última campaña carlista, consideramos de justicia rendir el homenaje de nuestra gratitud á la buena memoria del General francés De Pourcet, Comandante en Jefe de la División de Bayona, por su conducta noble y caballerosa. Los generales, jefes y oficiales carlistas fuimos recibidos en la hospitalaria Francia con la mayor consideración.

A poco de llegar los últimos voluntarios á Saint-Jean, hubo de manifestarse algún descontento entre ellos, y el mismo General De Pourcet reclamó el auxilio de los generales carlistas, quienes arengando á sus antiguas tropas desvanecieron aquella ligera nube, hija de las vicisitudes por que atravesaban aquellos buenos soldados tan leales á su Bandera.

Antes de concluir debemos consignar dos hechos que enaltecen al

General D. Juan M.ª Maestre, Comandante General de la Artillería carlista. Fué uno de ellos, que en los días en que se avecinaba la disolución del Ejército carlista, hubo de pensarse en el destino que había de darse á los cañones y al completo material de Artillería que poseíamos. Unos opinaban por su destrucción, clavándolos y rompiendo á hachazos las cureñas; otros, por su entrega al enemigo; y otros, por esconderlos ó derrumbarlos en cualquiera de los más profundos barrancos. El General Maestre se impuso á las diferentes opiniones, y su parecer, que tuvo la fortuna de prosperar, fué que se dejaran en los fuertes las piezas que los artillaban, y que los cañones de Batalla y de Montaña se dejasen al amparo de los alcaldes de los pueblos en que las baterías se encontrasen al disolverse, prefiriendo ésto á inutilizarlos ante la consideración de que siendo también español el Ejército enemigo, tal vez pudieran aprovecharse las bocas de fuego de los carlistas en cualquier campaña con el extranjero.

Fué el otro hecho á que nos referíamos, que conociendo el bondadoso General Maestre el apuro pecuniario en que sus antiguos compañeros del Cuerpo de Artillería se encontraban, reunió á todos los que pudo, no bien llegó á Francia, y abriendo su bolsa, con un desprendimiento sin igual, repartió entre sus compañeros todo su contenido. Ignoramos cuáles fuesen las necesidades de cada uno: de nosotros sí diremos que no habíamos salvado de la campaña más que cinco duros que nos prestó S. A. el Conde de Caserta.



D. JUAN DE BORBON

Capítulo XXXVIII

Adición á los datos ya expuestos y relativos al campo carlista.—Don Juan de Borbón y sus barcos de goma.—El Cuarto Militar de Don Carlos, el Batallón de Guías y el Escuadrón de Guardias.—El Consejo Supremo de la Guerra y el Cuerpo Jurídico-Militar.—La Comandancia General de la Costa y el Batallón Sagrado.—Los Guardias de Navarra.—Las Academias militares y las medallas carlistas.

AUNQUE con el capítulo anterior queda terminada la descripción de los hechos más culminantes acaecidos en la última campaña del Norte, cuyo objeto nos propońíamos, no consideramos impertinente en un estudio como el de los presentes apuntes, el ocuparnos de ciertos servicios militares ó simplemente político-administrativos cuyo conocimiento puede completar tanto el de la guerra en sí, como el de la organización que llegó á tener lo que bien pudiéramos apellidar Estado carlista.

—

No queremos ni debemos echar en olvido que el Señor Don Juan de Borbón, augusto padre de Don Carlos, se presentó en 1874 en las provincias del Norte, y deseando este ilustrado Príncipe aportar su óbolo á la Causa representada por su hijo, ideó un puente flotante que llevó al campo carlista y que fué costeado por su egregia esposa la Señora Doña María Beatriz de Austria-Este.

Don Juan (hijo de Don Carlos María Isidro de Borbón y de Doña María Francisca de Braganza) había nacido en el Real Palacio de Aranjuez en 1822; distinguióse desde su niñez por una perspicacia clara y un ingenio superior; mandó un Regimiento del Ejército Sardo en tiempos del Rey Carlos Alberto, y era persona de trato y conversación amenísima, de vastos conocimientos y muy versada en ciencias físicas y naturales. Viajero y cazador infatigable, había ideado un bote especial de goma que usaba en sus arriesgadas expediciones, y que tenía la particularidad de poderlo llevar siempre consigo como si fuese una maleta.

Cuando llegó la guerra dedicóse á perfeccionar esta clase de botes de goma, consiguiéndolo en breve y constituyendo con ello la base del tren de puentes que ofreció á su augusto hijo, y que resultó ser de gran utilidad, sobre todo para salvar ríos que no fuesen demasiado caudalosos.

Cerca de Azpeitia, sobre el Urrestrilla, se hicieron pruebas con varios de estos botes, sobre los cuales se apoyaron unos largueros formando el piso del puente, y por él pasaron cuerpos de Infantería y Caballeria, piezas de Artillería y hasta carros de los llamados catalanes, sin sufrir desperfecto alguno ni hundirse sensiblemente, haciéndose estas pruebas bajo la dirección del Comandante General de Ingenieros, General Alemany, y el Mayor General de dicho Cuerpo, Brigadier Villar.

Por tan señalados servicios concediéronse al ilustradísimo Señor Don Juan de Borbón los honores de Ingeniero General.

—

Dado el territorio dominado por los carlistas y el sistema de guerra continua en que éstos se encontraban, no podía haber, ni hubo población alguna á la cual pudiera declararse Corte ó capital del Estado que constituyeron los carlistas en el Norte: Don Carlos de Borbón no cesaba nunca de recorrer las distintas líneas ocupadas por sus tropas, ni dejaba de ponerse á su frente cuantas veces se rompía el fuego á sus inmediaciones, cuando no iba él mismo á buscar á sus voluntarios para participar de sus laureles ó de sus fatigas. En su consecuencia,

el Cuartel Real de Don Carlos era poco numeroso, teniendo en cuenta al hacerlo asi el no molestar ni ser gravoso á sus leales pueblos.

En 1873 encargóse de la Jefatura del Cuarto Militar de Don Carlos, el Grande de España y General D. Vicente del Alcázar, Duque de la Roca, antiguo jefe retirado del Cuerpo de Artillería en el Ejército de Doña Isabel II. Más tarde fueron también jefes del citado Cuarto Militar los tenientes generales D. Rafael Tristany y D. Antonio Díez Mogrovejo.



D. ISIDORO IPARRAGUIRRE

Entre los que fueron Ayudantes de Campo de Don Carlos, recordamos á los generales Marqués de Valde-Espina, D. Bartolomé Benavides, D. Elicio Bérriz, D. Gerardo Martínez de Velasco, D. León Martínez Fortun y D. Domingo Egaña y el Brigadier de Marina don Santiago Patero.

La Secretaría de campaña de Don Carlos fue desempeñada durante toda la guerra por el General D. Isidoro Iparraguirre.

Prestaron el servicio de oficiales de órdenes de Don Carlos, el antiguo oficial de Húsares de Pavía D. Fernando de Gurowski y de Borbón, Grande de España y Marqués de Bondad Real (nieto del Señor Infante Don Francisco); D. Manuel Fernández de Villavicencio, que había sido oficial de Húsares de la Princesa y era Grande de España y Marqués de Vallecerrato (hijo del Grande de España y General Duque de San Lorenzo y del Parque); D. Jaime Silva, Grande de España, Duque de Lécera y de Bournonville y Maestrante de la Real de

Caballería de Zaragoza (hijo del Grande de España Duque de Aliaga y Conde de Palma del Río); D. José de Orbe (hijo del General Marqués de Valde-Espina); D. José de Suelves (sobrino del Marqués de Tamarit y actual Diputado á Cortes por Tarragona); D. Joaquín Zubiri (hijastro del General Ollo); D. Eduardo Respaldiza y D. José Ponce de León.

Figuraron también en el Cuarto Militar de Don Carlos, el ilustrado y excelente sacerdote Mosén Buenaventura, como Capellán; como médicos, el célebre Doctor Vicente, veterano de la primera guerra civil, el tan joven cuanto entendido Doctor D. Federico Ocariz, y el antiguo Diputado á Cortes Barón de Casa-Ratés, Caballero del Hábito de San Juan; y desempeñó, en fin, el cargo de Aposentador el ilustrado escritor D. Salvador Morales, redactor de *El Cuartel Real* en campaña, y luego Director de *El Intransigente*, de Zaragoza, y de *El Almogávar Leridano*.

Acompañaban también á Don Carlos, el Conde de Almenara y don Miguel de Marichalar, como Gentiles-hombres, y el notable dibujante D. León Abadías, Catedrático que fué del Instituto de Córdoba y que en campaña estuvo primero agregado al Cuartel General del General Ollo con la categoría de Capitán.

Afectas al Cuarto Militar de D. Carlos figuraban en 1873 una Compañía llamada de Guías, mandada por el Comandante procedente del Ejército de Cuba D. Adolfo Barraute y Elío (sobrino del General de este apellido) y una pequeña Escolta á las órdenes del Capitán D. Manuel de la Cruz, formada por jóvenes de buena posición que al ingresar en ella se costeaban su uniforme, caballo y equipo

La compañía de Guías fué aumentando después de Somorrostro su contingente hasta convertirse en el Batallón llamado de Guías del Rey, organizado y mandado primeramente por el Coronel D. Carlos Calderón, Caballero del Hábito de Alcántara, y después por el Coronel D. Emilio Martínez Vallejo, teniendo estos jefes á sus órdenes distinguidos oficiales, procedentes muchos de ellos del Ejército liberal, como D. Joaquín y D. Enrique Sacanell, D. Agustín Pérez Cantarero, D. Antonio Tallada, D. Joaquín Parejo, Cortazar (que murió en un cañoneo) y otros cuyos nombres nos complaceríamos en consignar aquí si ayudase algo más á nuestro buen deseo nuestra memoria. El Batallón de Guías del Rey fué formado con naturales de las cuatro provincias vasco-navarras y otras de aquende el Ebro, con la precisa circunstancia de haber asistido, por lo menos, á dos hechos de armas, y llegó á contar con novecientas plazas, constituyendo un brillante Cuerpo que no se limitó á prestar servicio de honor al lado de Don Carlos, si no

que entró bizarramente en fuego en numerosas acciones de guerra, distinguiéndose muy particularmente en las de Urnieta y Lácar.

La Escolta de Don Carlos convirtióse también desde 1874 en un magnífico Escuadrón que con el nombre de *Real Cuerpo de Guardias á Caballo* recibió organización análoga á la del Real Cuerpo de Guardias de Corps, mandado primero por el Coronel D. Fernando Ordoñez y después por el Coronel Marqués de Vallecerrato, figurando siempre como segundo jefe el Teniente Coronel D. Manuel de la Cruz; el citado Escuadrón se distinguió principalmente en la batalla de Lacar.



D. MANUEL FERNÁNDEZ DE VILLAVICENCIO

MARQUÉS DE VALLECERRATO

Como ya dijimos en el capítulo III, el Consejo Supremo de la Guerra no se creó hasta 1875, estableciéndose en Marquina; á semejanza del Tribunal Supremo de Guerra y Marina que todos conocemos, se componía de cierto número de oficiales generales y de auditores. Entre los primeros figuraron los generales Benavides, Iturmendi, Freixa, Larramendi y Belda y los brigadieres Iturzaeta, Torrecilla, Yoldi y Arellano, presididos por el Vice-Almirante Martínez Viñalet; y entre los procedentes del elemento civil, los renombrados abogados de Granada

y Valencia, Moscoso y Brunetto, componiendo la Sala de togados los señores presidentes y vocales en comisión: D. Cesáreo Sanz y López, D. Francisco García Ramírez, D. Manuel Brunetto, el fiscal togado D. Pedro Echevarría y el relator D. José Pascual.

Además de este Tribunal superior existían desde el principio de la campaña auditores de comandancias generales, entre quienes figuraron el gran hablista D. Antonio de Valbuena (autor de los *Ripios Aristocráticos, Académicos y Vulgares* y otras obras no menos famosas), el reputado jurisconsulto alavés D. Samuel Iturrate, el Auditor de Marina



D. FEDERICO ANRICH

é ilustrado escritor D. José Ramos y González, y el malogrado antiguo Juez aragonés Escudero, víctima en Somorrostro de la misma granada que mató también al General Ollo y al Brigadier Radica.

—

Era Comandante General carlista de Marina, ó de la Costa Cantábrica, el Brigadier D. Federico Anrich, quien había sido Capitán de Navío y Ministro de Marina de la República, y que para proteger los puertos que ahora tenía á su cargo no disponía de más fuerzas que el Batallón distinguido de jefes y oficiales, compuesto de animosos veteranos de la primera guerra civil, quienes coadyuvaron eficazmente á la defensa de aquellas playas y á burlar el bloqueo en que las tenían los buques de guerra liberales, deseosos de impedir (aunque inútilmente) los desembarcos de Artillería, fusiles y municiones para los carlistas.

Allá por los años de 1873 y 1874 habíanse presentado en el campo carlista innumerables jefes y oficiales procedentes de la primera guerra, y hallándose cubiertos todos los puestos activos de los batallones y escuadrones en armas, se pensó en formar un Batallón de oficiales, lo cual se llevó á efecto por iniciativa del General Elio, nombrándose primer jefe de dicho Cuerpo al Mariscal de Campo D. José Belda. Entregóse á los individuos del citado Batallón armamento y municiones, y encargósele como principal misión la defensa de las costas de Guipúzcoa y Vizcaya, ó sea de las baterías que las defendian, contribuyendo con sus fuegos á impedir la aproximación de los barcos de la Escuadra, y contándose con dicha fuerza veterana para evitar posibles desembarcos de tropas liberales.

Este escogido Cuerpo al que se dió el nombre de *Batallón distinguido de jefes y oficiales*, si bien era más generalmente conocido con el nombre de *Batallón Sagrado*, mereció por sus servicios ser felicitado varias veces por Don Carlos de Borbón, quien al pasarle revista después de los fuegos de Lequeitio y Motrico, saludó á aquellos dignos veteranos quitándose la boina y diciéndoles: *Me descubro ante los restos gloriosos de la antigua España.*

—

En 1875 creóse en Navarra un Cuerpo especial llamado de Guardias de dicha provincia, con objeto de prestar en el campo y en las poblaciones dominadas por los carlistas un servicio análogo al encomendado al noble y benemérito Instituto de la Guardia Civil. Los Guardias de Navarra fueron organizados y mandados por el Coronel D. Venancio Eyaralar, antiguo Capitán de la Guardia Civil y veterano de la guerra de Africa en la que había ganado la Cruz de San Fernando.

El citado Cuerpo carlista, fuerte de dos compañías de á doscientos cincuenta hombres cada una, no solamente prestó con gran celo y actividad su especial servicio hasta la conclusión de la guerra, sino que logró también distinguirse en la última acción de Montejurra: allí se batieron cien Guardias al mando del Capitán Molinero, formando parte de los refuerzos que el General Lizárraga envió al Brigadier Calderón con el Coronel Barón de Sangarrén.

En el capitulo XV de estos estudios dimos ya cuenta de la creación de la Academia de Artillería de Campaña que se estableció en Azpeitia, con la cual se llenó la apremiante necesidad de obtener oficiales aptos para el servicio puramente de guerra. Pero habiéndose aumentado considerablemente el número de bocas de fuego. y dejándose, por tanto, sentir más la escasez de artilleros facultativos, hubo de pensar-

se en ampliar debidamente los estudios de los artilleros de campaña, haciéndoles aprobar los mismos cursos que en la Academia de Segovia, si bien reduciéndolos, como en dicha misma Academia los ha reducido varias veces el Ejército de la Nación cuando así lo han aconsejado las exigencias del servicic y la escasez de oficiales. Al frente de estos nuevos estudios, que apenas llegaron á inaugurarse en Vergara, se colocó á un Jefe de reconocido mérito científico-militar, cual lo era el Teniente Coronel García Gutiérrez.

A semejanza de lo que se hizo con los estudios de los artilleros,



D. VENANCIO EYARALAR

creóse también en Vergara una Academia de Ingenieros á cargo del Coronel D. José Garin, sabio profesor de la Academia del Cuerpo en Guadalajara, y organizáronse Academias de cadetes de Infantería y Caballería, á cargo de los ilustrados coroneles Martínez Vallejo y González Granda y otros distinguidos jefes, proporcionando estos trabajos brillantes promociones de oficiales que probaron su aptitud en los exámenes que periódicamente se celebraron en Oñate, Aramayona y otros puntos.

Don Carlos de Borbón concedió en el Norte el uso de tres medallas conmemorativas de las batallas de Montejurra y Vizcaya y de la defensa de las Costas, y otra más, llamada de Carlos VII, destinada á premiar méritos y servicios especiales.

Los dibujos de todas estas medallas, y la de *La Caridad*, los hemos publicado al frente en los capítulos II, VI, XIV, XXVI y XXXVII.

Las medallas de *La Caridad* creadas para premiar los grandes servicios que se prestaron en favor de los heridos, eran de tres clases, de oro, de plata y de cobre; la cinta, blanca y morada.

Las medallas de Montejurra, de Vizcaya y de la Defensa de las Costas eran de cobre, con cinta roja la primera y cinta verde la segunda.

Las medallas de Carlos VII (creadas en 9 de Octubre de 1874) eran de dos clases, de plata para los generales, jefes y oficiales, y de cobre para los individuos y clases de tropa; su cinta era amarilla y encarnada, y Don Carlos de Borbón la concedió en 28 de Febrero de 1876 á todos los que habían militado en sus ejércitos del Norte, de Cataluña y del Centro, así como á cuantos combatieron por su Causa en las demás provincias de España.



D. JOSÉ MARÍA DIEGO DE LEON
CONDE DE BELASCOAIN, MARQUÉS DE LA ROCA

Capítulo XXXIX

Organismos civiles de los carlistas del Norte.—Ministerios.—Diputaciones.—Correos, telégrafos y vías férreas.—Agentes carlistas.—Instrucción pública.—Tribunales de Justicia.—Monedas y periódicos.

Dominada completamente durante más de dos años seguidos la mayor parte del territorio vasco-navarro por las armas carlistas, constituyóse al amparo de éstas en el Norte un verdadero Estado en el que el Señor Don Carlos de Borbón ejerció todas las funciones propias de la Soberanía, pues no se atendió exclusivamente á las cuestiones relacionadas con la guerra en sí y al próspero estado en que llegó á encontrarse el Ejército carlista, sino que se organizó toda clase de servicios civiles propios de la vida de una Nación.

Creáronse, pues, además del Ministerio ó Secretaría de Estado y del Despacho de la Guerra, del cual ya hablamos en el capítulo III, los ministerios de Estado y de Justicia y Gobierno Político, desempe-

ñados, respectivamente, por el Vice-Almirante D. Romualdo Martínez Viñalet y por D. Luis Mon, Conde del Pinar.

Más tarde se creó un Ministerio encargado exclusivamente del ramo de Gracia y Justicia, cuya Secretaría de Estado se confirió á D. Pablo Diaz del Rio; suprimióse, en cambio, el Ministerio de Estado, y en su lugar agregóse al de Gobierno Político, que siguió desempeñando el Conde del Pinar, una Dirección de Relaciones exteriores, la cual estuvo á cargo del ilustrado escritor y distinguido diplomático D. Ceferino Suarez Bravo, antiguo Consul General, Vocal Comendador de la Asamblea Suprema de la Real y Americana Orden de Isabel la Católica,



D. LUIS MON, CONDE DEL PINAR

Académico correspondiente de la Real Española é inolvidable autor de *Guerra sin cuartel, Soledad, En la Brecha* y otras obras de no menor mérito líterario.

—

El principal nervio de la guerra, ó mejor dicho, los fondos necesarios para sostener la campaña eran proporcionados por las Diputaciones de las cuatro provincias, las cuales secundaban con su poderosa iniciativa y unían la acción civil á la militar de tal modo que sin ellas hubiéranse perdido en el vacío las más bien combinadas operaciones militares. La misión de las Díputaciones ó Juntas á Guerra era proporcionar cuantos elementos faltasen para hacer fructífera la acción de las armas, allegar recursos no convirtiéndolos en exacciones que exasperasen al contribuyente, antes bien, haciendo que la ordenada y

justa repartición de los impuestos descansara en el más alto espíritu de igualdad, y sobre todo, administrar lo recaudado con la mayor pureza y discreción.

Tambien en los conflictos que, á pesar de la buena voluntad de todos, hubieron de surgir algunas veces entre el elemento civil y el militar, eran las Diputaciones como el contrapeso entre ambas potestades, poniéndose siempre noblemente del lado del más debil; así es que lejos de ser onerosos al país los servicios y pedidos de víveres y de fondos que se le hacían, había que agradecer á aquellas dignísimas corporaciones la exquisita lealtad y justicia de los que administraban los bienes de todos.

Lo único de que realmente pudiera tachárselas era, acaso, de un exagerado provincialismo, pues ninguna Diputación quería contar más que con sus propios recursos, ni prestaba los suyos con gusto á las demás.

Esto se vió palpablemente cuando se trató en 1874 de los cuerpos centralizados, pues no era posible que la Artillería, por ejemplo, fuera provincial, ni podía haber una Maestranza, una Fundición y una Fábrica de proyectiles en cada provincia. Sin embargo, despues del sitio de Bilbao, y gracias al singular tacto desplegado por el Comandante General de Artillería D. Juan María Maestre, secundado también por la buena fe de los diputados vasco-navarros, hubo de lograrse el fin apetecido y necesario, manteniéndose á prorrateo por las cuatro provincias una sola Maestranza-fundición de Azpeitia, una Fábrica de proyectiles en Vera y un parque de recomposiciones en Estella. Esto por lo que respecta á la Artillería, pues en cuanto á los demás cuerpos centralizados, como el Cuartel de Don Carlos, el Batallón de Guías del Rey, el Escuadrón de Guardias, etc., hubo de seguirse el mismo procedimiento.

En Navarra figuraron al frente de la Diputación ó Junta de Guerra D. Demetrio Iribas (antiguo Diputado á Cortes por Tafalla) y D. Cesáreo Sanz y López (que había sido Diputado á Cortes por Pamplona), secundados eficazmente en sus múltiples é importantes trabajos por el Maestrante de la Real de Caballería de Valencia D. Mauricio Bobadilla (que había representado á Estella en las Cortes Constituyentes), D. Esteban Pérez Tafalla, D. Sebastían Urra, D. Joaquín Marichalar, D. Dámaso Echevarría, D. Juan Cancio Mena, D. Serafín Mata y Oneca, D. Gonzalo Fernández Arcaya, D. Alberto Calatayud, D. Gerónimo Ilzarbe, D. Narciso Montero de Espinosa, D. Nicasio Zabalza y otros. También estuvo afecto á la Diputación de Navarra, con misión facultativa propia de su carrera, el ilustrado Arquitecto D. Manuel de

Oráa, Caballero del Hábito de Santiago, persona dignísima por todos conceptos y que desde Canarias acudió al Norte con sus dos hijos, oficiales de Caballería, quienes (como ya dijimos en el capítulo XXXI) hicieron toda la campaña á las inmediatas órdenes del General Berriz.

En Guipúzcoa fueron Diputados Generales D. Miguel Dorronsoro (quien había desempeñado ya tan importante cargo en tiempos de D.ª Isabel II), D. Esteban Zurbano, D. Ladislao de Zavala y D. Ignacio de Lardizabal, eficazmente secundados en sus importantes gestiones por los Diputados de partido D. Tirso de Olazabal y D. Manuel



D. MANUEL DE ORÁA

Unceta (antiguos diputados á Cortes), D. Gregorio Lopetedi, D. Bartolomé de Lasarte, D. Ramón de Zabala, D. José Antonio Jáuregui, don Inocencio de Elorza, D. Ramón de Veristain, D. Ignacio Ibero, D. Justo de Echave-Sustaeta, D. Joaquín José de Egaña, D. Primo Goicorrotea, D. Vicente Artazcoz, Picabea, Verzosa, Viñuela, Martínez de la Vera y Gaviola.

En Alava fueron Diputados Generales D. Rodrigo Ignacio de Varona (que había sido Diputado á Cortes y que fue nombrado Coronel por haber tomado parte activa en los combates) y D. Francisco María de Mendieta, á quienes prestaron gran auxilio en el desempeño de su cargo el Comisario D. Francísco de Paula Rivas (antiguo Senador por Alava), D. Galo Sautu, D. Celestino Iturralde, D. José Angulo, Zabalburu, Tournant, Fernández de Oto y Laguardia.

En Vizcaya figuró al principio de la guerra al frente del elemento civil, como Corregidor del Señorío, D. Lorenzo de Arrieta Mascarúa, quien había representado á la provincia en las Cortes y que administró el país con la misma regularidad que en tiempos de paz. También fueron Corregidores de Vizcaya el Conde del Pinar y D. Matías Barrio y Mier, quien ya había mostrado su valía en las Cortes de Don Amadeo. Entre los muchísimos vizcainos que tomaron parte en el Gobierno de su provincia y que secundaron admirablemente el alzamiento carlista, contribuyendo á él con servicios no menos valiosos que los de las armas, recordamos en este momento al antiguo Senador por Vizcaya D. José Nicetu de Urquizu, á D. José Luis Antuñano, D. José María de Ampuero y D. Alejo Novia de Salcedo (quienes habían sido diputados á Cortes por Valmaseda, Durango y Bilbao, respectivamente), D. Pablo Rotaeche, D. Marcos de Orueta, D. Pedro Basterra, don Bernardino de Leguina, D. Serapio de Eguidazu, D. Agustín de Bernaola, D. Manuel de Olascoaga, D Juan de Basozabal, D Santiago de Arana, D. Juan de Orúe, D. Arístides de Artiñano, D. Elías de Zulueta, D. Benito Santos de Garay, D. José María Hurtado de Sarracho, D. Pedro de Barrondo, D. Juan María de Astiazaran y D. Juan Clemente de Artaza.

Uno de los grandes resortes que hacían marchar con regularidad al *Estado carlista*, era la recaudación de las Aduanas. Estas se establecieron desde los comienzos de la guerra en Dancharinea, Valcarlos, Endarlaza, Urdax, Puente-la-Reina, Estella, Alsasua, Eugui, Sangüesa y algunos otros puntos, sobre todo en la frontera. Todas ellas, especialmente la primera, resultaban una fuente segura de ingresos que constituían, tal vez, las rentas más saneadas de los carlistas, pues si bien algunas provincias del interior y los legitimistas franceses ingresaban importantes sumas en el Tesoro carlista, no eran éstos recursos con los que periódicamente se pudiera contar con toda seguridad. Presumiéndolo así, apenas se formaron las primeras partidas, se apoderaron de las Aduanas de Dancharinea y Valcarlos los navarros, y de la de Endarlaza los guipuzcoanos, y más tarde un Cuerpo armado especial ejercía las funciones de los carabineros, evitando la introducción del contrabando y favoreciendo á la vez los alijos de pertrechos de guerra cuando era necesario.

Los fondos que por todos conceptos recaudaban las Diputaciones se empleaban en raciones, haberes y material de guerra propio y exclusivo de cada provincia (á excepción de los cuerpos centralizados, á cuyo sostenimiento contribuían todos, como ya hemos dicho). Tenemos á la vista un Estado detallado firmado por el General Larramendi,

quien estuvo largo tiempo al frente de la Administración Militar carlista, y del cual tomamos los siguientes datos: En cuanto á raciones, compuestas de pan, carne y vino, se entregaban dos desde Alferez á General, y una de pienso para los caballos de los jefes y oficiales, dos para los de los brigadieres y tres para los de los generales. Los haberes eran al mes y en reales: mil á los tenientes generales, seiscientos sesenta y seis á los mariscales de Campo, trescientos treinta y tres á los brigadieres, trescientos á los coroneles, doscientos cincuenta á los tenientes coroneles, doscientos á los comandantes y capitanes, ciento cincuenta á los tenientes, ciento veinte á los alféreces, sesenta á los cadetes y sargentos primeros, cincuenta á los sargentos segundos, cuarenta á los cabos y treinta á los voluntarios.

—

Entre todos los servicios de un Estado como el carlista, en el que todo tenía que ser improvisado, descollaba en primer término el de trasportes y comunicaciones. Los trasporles de municiones, que eran los más necesarios, se organizaron desde el primer momento como se había hecho en todos los ejércitos españoles que habíamos conocido á partir de la guerra de Africa, es decir, por medio de cajones colocados en mulos de dotación para cada unidad de combate: esto por lo que respecta á la Infantería, pues sabido es que las de Artillería de Montaña se conducían también á lomo como aquellas, y las de Batalla en los armones y carros de municiones. Las raciones se trasportaban á veces así á cargo de la Administración Militar, cuyos celosos oficiales y comisarios acompañaban siempre á las unidades de combate.

Ni un solo día se interrumpió la comunicación con Francia desde Elizondo, á cuyo fin siguieron circulando los carruajes que antes de la guerra se habían ocupado en este servicio. A punto estuvo, también, de establecerse la libre circulación de trenes en la línea del Norte; pero el Gobierno de Madrid no quiso admitir las condiciones financieras y las medidas militares que hubieron de exigir naturalmente los carlistas, quienes deseaban la neutralización de la vía férrea (lo cual ya se ensayó en Cataluña), en virtud de la cual habría de obligarse la Empresa á trasportar exclusivamente pasajeros y mercancias, pues no podían avenirse los carlistas á que los liberales pudieran utilizar la vía férrea para en un momento dado desbaratar sus planes militares.

Andando el tiempo hicieron los carlistas uso de parte de la línea férrea disponible en terreno carlista. Para esto hubo necesidad de contar con locomotoras y wagones, y aún cuando podía disponerse de algunos de estos últimos, fué preciso ir á buscar aquellas á la Estación de Pamplona.

Encargóse de esta operación arriesgada (por hallarse las máquinas bajo el fuego de cañón y fusil del enemigo) el bravo Teniente Coronel del 8.º Batallón de Navarra D. Leonardo Garrido. Este entendido militar procedía del Ejército de Isabel II, había ganado en la guerra de África la Cruz de San Fernando, y distinguióse en el Norte en Somorrostro, Lácar, Zumelzu y Miravalles-Oricain, en cuya acción cayó herido de dos balazos, como ya dijimos oportunamente. Oigamos describir al entonces Teniente Coronel Garrido, cómo cogió las referidas locomotoras de la Estación de Pamplona, según un artículo del ilustrado escritor militar y antiguo oficial carlista D. Carlos Cruz Rodríguez, publicado en la *Biblioteca Popular Carlista* de Agosto de 1895:

«Ya en la Estación apresé dos guardas y les hice desocupar las »calderas, aligerando así su peso: se recompusieron algunos desperfec- »tos: en esta operación se apercibieron los centinelas de la plaza: cun- »dió la voz de alarma en las murallas y empezó el fuego de cañón. »Ante perspectiva tan *tranquilizadora*, engancháronse las veinte yun- »tas, saliendo la máquina del depósito; pero quedaba otra, y apre- »miando los momentos mandé á dos compañías que se terciasen el »arma á la espalda y tirasen de la máquina, que salió al grito de ¡Viva »el Rey! saludada por las salvas de la Artillería liberal y los vítores »de las fuerzas carlistas.»

Las fuerzas que tomaron parte en este hecho memorable (continúa el distinguido escritor D. Carlos Cruz), pero sin entrar en fuego, fueron: el 8.º de Navarra, que mandaba Garrido, un Batallón del Centro, un Escuadrón del Regimiento del Rey y una Batería.

Con los wagones que ya tenían los carlistas y estas dos locomotoras que se llevaron hasta Zumárraga y Andoain (salvando los malos pasos de la Barranca) se inauguró la línea férrea carlista que, aunque de corto trayecto, se utilizó en adelante, sobre todo para la conducción de tropas, municiones y efectos de guerra desde Zumárraga hacia el Norte de la línea carlista, y hasta se establecieron trenes para viajeros no militares Por cierto que el escritor liberal D. Saturnino Giménez, varias veces citado en esta obra, dice en una de las suyas al hablar del ferrocarril carlista *que la vía se conservaba en estado inmejorable.*

Tanto este servicio, como los de correos y telégrafos, fueron admirablemente planteados por el ilustre Director General de Comunicaciones carlistas, D. José María Diego de León, Conde de Belascoain, y después Marqués de la Roca (hijo del tan bravo y caballeroso cuanto infortunado General D. Diego de León), Gentil-hombre que había sido de D.ª Isabel II, Maestrante de la Real de Caballería de Ronda, y agraciado muy justamente por Don Carlos de Borbón con la Gran

Cruz del Mérito Militar en premio de los valiosísimos servicios que prestó á su Ejército del Norte, los cuales demostraron palpablemente que en el campo carlista, á pesar de las vicisitudes de la guerra, no se desatendían sino que se fomentaban los adelantos materiales que habían de reportar beneficio inmediato á los pueblos que estaban bajo la dominación carlista.

En efecto: activo y entusiasta el Conde, quien ya desde un principio se había hecho cargo del ramo de correos, consiguió con inteligencia y laboriosidad ir regularizando las comunicaciones y el envío de la correspondencia desde el territorio dominado por los carlistas hasta la frontera, enlazando en Bayona y pasando de aquí al interior de la Península, poniéndose para ello préviamente en comunicación con el Comité franco-español que se ocupaba con asiduidad y constancia en estos trabajos.

De igual modo nuestro inolvidable amigo el infatigable y entusiasta Belascoain (á cuya buena memoria viviremos siempre agradecidos todos los militares carlistas que teníamos en la España dominada por los liberales los padres, los hijos ó los parientes y amigos) organizó las líneas telegráficas que llegaron á funcionar con la misma ó mayor regularidad que las del resto de la Nación.

En corroboración de este aserto citaremos un hecho práctico: en el sitio de Irún fué herido el Coronel de Artillería Rodríguez Vera, y en el campo liberal corrió la noticia equivocada, suponiendo mal herido y recibidos ya los últimos Sacramentos al jefe de Artillería Brea, autor de estos estudios. Pero el buen Belascoain, que estaba á la sazón en Lastaola, se las compuso de tan admirable manera que nuestra familia, que se hallaba entonces en Madrid, recibió la rectificación de tan mala nueva al mismo tiempo que los periódicos de dicha capital publicaban la equivocada noticia de nuestra muerte de resultas de las heridas que suponían habíamos recibido. Esto prueba lo excelente de la organización del servicio de comunicaciones carlistas.

Al mismo tiempo que se perfeccionaron los correos, arregláronse en el campo carlista los servicios telegráficos eléctricos, reponiéndose los alambres y postes de la antigua red general del Gobierno de Madrid, gracias á la asiduidad y conocimientos especialísimos de D. José Avaistegui y D. Ramón Rios, antiguos funcionarios del Cuerpo de Telégrafos, estableciendo una red telegráfica dentro de todo el Estado carlista, que funcionaba con una regularidad tal que no llegó á carecerse jamás de ella, siendo su servicio superior al que se prestaba en el resto de España, según un autor tan poco sospechoso como el escritor liberal D. Saturnino Gimenez, quien en su obra *Secretos é intimi-*

dades del campo carlista dice sobre el particular lo siguiente: «En »honor de la verdad hay que conceder que los servicios postales se ve- »rificaban en el campo carlista con asombrosa regularidad, dados los »naturales inconvenientes que se les ofrecían y la carencia de medios »para reprimir faltas y abusos. Me consta que por el Consulado espa- »ñol en Bayona se han hecho esfuerzos encaminados á evitar esa regu- »lar y ordenada comunicación de los carlistas con el resto de Europa; »mas todo ha sido inútil..... Mientras la España liberal solía pasarse »dos ó tres días sin correo extranjero, por consecuencia de las nieves ó »de los temporales, la España carlista lo recibía diariamente de una »manera segura é invariable.» En fin, en justo elogio del servicio telegráfico de los carlistas sólo añadiremos que al terminar la guerra continuóse el servicio por el Gobierno constituído sin tener que hacer la menor variación en el sistema, aparatos y alambres que habían empleado los telegrafistas carlistas, según hace constar el referido escritor Sr. Gimenez, testigo, á nuestro juicio, imparcial y de mayor excepción.

Estando el Sr. Obispo de Urgel en Vergara inauguróse el telégrafo eléctrico poniendo aquel ilustre Prelado el primer despacho, por el que dió su bendición á las tropas carlistas. También revistió gran solemnidad la inauguración del ferrocarril carlista, á la que asistieron Don Carlos de Borbón y gran número de generales y distinguidos jefes, así como el Clero y pueblo de Tolosa.

—

Notables fueron los trabajos llevados á cabo por los carlistas en distintos puntos de España y del Extranjero para auxiliar la acción militar de los que habían salido á campaña y coadyuvar al triunfo que todos anhelaban y por el que hacían sacrificios inmensos tanto los que afrontaban los peligros de la guerra en los campos de batalla, como los que eran víctimas de todo género de persecuciones en otros puntos, para realizar trabajos de distintas clases á fin de aumentar con sus esfuerzos el número de combatientes, ó de ganar simpatías y elementos que facilitasen los triunfos de las armas y fuesen como su complemento.

En Roma, en donde trabajó activo é inteligente, con todo el entusiasmo y energía propios de su gran carácter, el célebre Canónigo don Vicente Manterola (después de haber obtenido brillantes lauros con su saber y su arrebatadora elocuencia en el Congreso, como Diputado á Cortes), formóse un Comité compuesto del Marqués de Patrizi, el Conde de Solderini, D. Luís Negri y D. Eduardo Soler.

En Francia se estableció un Comité Central en el que figuraban Mr. Hubert de Maugrion, el Vizconde de Barrés, Dubrocq, Poydenot, el Barón de Garro y Paul de Laborde, y trabajaron mucho también el Diputado Carayon Latour y el Conde d'Artigues.

En Inglaterra mostráronse infatigables en pró de la Causa tradicionalista el General de Brigada Kiskpatrick, Mr. Purcell, propietario del *Westminster Gazette*, y el Diputado Mr. O'clery, quien llegó á pedir en la Cámara de los Comunes el reconocimiento, como beligerantes, de las tropas carlistas.

En Méjico y otros puntos de América llegáronse á formar comités ó juntas carlistas; á Rusia fué enviado por D. Carlos, el Grande de España D. Bernardo Tacón, Duque de la Unión de Cuba y Marqués de Bayamo, y hasta en Madrid realizáronse importantísimos y activos trabajos por los comisarios régios que nombró D. Carlos para la capital de España, y que lo fueron, primero D. Enrique Tordesillas O'donell, Conde de la Patilla y Caballero del Hábito de Santiago, y luego (hasta su fallecimiento poco después de terminada la guerra) el inolvidable D. Juán Ignacio Berriz (hermano mayor del General carlista del mismo apellido), Caballero del Hábito de San Juan, atiguo Oficial de la Guardia Real de Caballería que peleando contra los carlistas en la primera guerra civil había alcanzado la Cruz de San Fernando y el grado de Teniente Coronel, que había sido varias veces Diputado á Cortes por Canarias, Gentil-Hombre de D.ª Isabel II y último Gobernador Civil de Madrid en nombre de dicha Augusta Señora, pasando después de la Revolución de 1868 á ofrecer sus servicios á D. Carlos de Borbón, en unión del ilustre político D. Luís González Bravo, siendo, por tanto, uno de los muchos hombres de singulares dotes y prestigios á quienes los desórdenes revolucionarios impulsaron á abrazar la Causa carlista en la que militaron con entusiasta lealtad y á la que prestaron servicios valiosísimos.

—

La Instrucción Pública reorganizóse en el campo carlista abriéndose las escuelas que habían permanecido cerradas, volviendo á funcionar las juntas de Enseñanza y restableciéndose, en fin, los estudios en el antiguo Real Seminario de Vergara (que había sido Colegio de Nobles y después Instituto de 2.ª Enseñanza), el Colegio de Orduña, regido por la ínclita Compañía de Jesús, el del Convento de Franciscanos de Tolosa y la antigua Real y Pontificia Universidad de Oñate, cuya solemne inauguración tuvo lugar en Diciembre de 1874, bajo la Presidencia del Señor D. Carlos de Borbón, quien inscribió á Don Jaime como primer alumno de tan ilustre centro escolar y que confirió la

borla de Doctor al insigne D. Matías Barrio Mier (catedrático por entonces de la Universidad de Zaragoza, y experto al par que sabio y elocuente Jefe de la Minoría carlista del Congreso en la actualidad) y á D. Justo Zugarramurdi, abogado y Fiscal de Guerra del Ejército carlista.

Del plan de estudios de la Universidad de Oñate no nos atrevemos á hablar por razón de nuestra incompetencia en asuntos como éste tan ajenos á nuestra antigua carrera militar, pues sabido es que nada tienen de común las facultades de Derecho y Filosofía y Letras con las matemáticas y demás estudios científicos y militares propios del artillero; sólo diremos, pues, que el plan de estudios de Oñate se diferenciaba algo del que regia en las demás universidades de España, sobre todo por darse entre los carlistas la debida y perdida importancia á la enseñanza religiosa, base de todo humano saber.

La Universidad de Oñate (reintegrada por Su Santidad Pío IX en el goce de todos los derechos y gracias que como Pontificia tenía antiguamente) tuvo á su frente como Rector á D. Luis Elío, Dean de la Catedral de Pamplona; como Vice-Rector al Canónigo D. Salvador Ordoñez; como Decano de la Facultad de Derecho á D. Matías Barrio y Mier, y como Director de los estudios de 2.ª Enseñanza á D. Ramón Rios.

También trataban los carlistas de fundar una Escuela de Medicina en Estella, cuyo proyecto imposibilitóse por la terminación de la guerra.

Tratando de estos asuntos dice el escritor liberal D. Antonio Pirala en su *Historia Contemporánea* lo siguiente: «Grandemente atendida »la Instrucción Pública por los carlistas, lejos de tener hambrientos á »los profesores, inauguraron nuevas escuelas, universidad, institutos y »colegios..... Mostraba Don Carlos grande interés por la Instrucción »pública, y se dirigió de su orden en 3 de Febrero (de 1874) una circu»lar á todas las diputaciones para que no sólo la atendieran, sino que »la fomentaran, presentándola como fuente de ilustración y moralidad »de los pueblos; y si las provincias vascongadas y Navarra no tuvieran »acreditado el exquisito esmero con que han mirado siempre la instruc»ción pública, las contestaciones que dieron bastarían á colocarles á la »cabeza de las demás.»

En la Universidad de Oñate inscribiéronse unos ciento cincuenta alumnos, y por espacio de cerca de dos años diéronse clase y confiriéronse títulos académicos, como se hacía en las demás universidades de España.

—

También se restablecieron los juzgados de Instrucción que no habían sido provistos desde el principio de la guerra, como el de Estella, por ejemplo; no por falta de deseos del Gobierno liberal, sino por no haberse presentado los jueces nombrados á tomar posesión de su destino, por más de que sus nombres figurasen en la *Gaceta* y demás periódicos de Madrid. En vista de ello hubo Don Carlos de nombrar los jueces que dentro del territorio por él dominado se encargaran de administrar justicia y no dejar abandonado tan importantísimo servicio. Así mismo se creó un Tribunal Superior Vasco-Navarro que fué presi-



D. FRANCISCO MARTIN MELGAR

dido por D. Salvador Elío (antiguo Magistrado de la Audiencia de Manila) y al cual encargó Don Carlos la redacción de un Código que rigiese en su Estado, y que llegó á funcionar desde mediados de 1875 hasta la terminación de la guerra.

Todos estos trabajos revelan que en el campo carlista no se reducía todo á operaciones militares, sino al desarrollo natural de la iniciativa del elemento civil carlista, tan idóneo, por lo menos, como el elemento civil del resto de la Península.

El Tribunal Superior Vasco-Navarro que se estableció en Oñate fué inaugurado solemnemente, el mismo día que la Universidad, por Don Carlos de Borbón en cuyas manos juró su cargo el Presidente. Además de D. Salvador Elío, constituían el citado Tribunal: D. José Climent,

Fiscal; los magistrados D. Francisco García Ramírez, D. Antonio Molero y Moya, D. Donato Iguzquiza, D. Estanislao Sevilla, D. Pedro A. Garamendi y D. Santiago Esquivias; el Sécretario de Gobierno y Escribano de cámara D. José Ferra de Mena; los relatores D. Atanasio de Pando y D. Enrique García; el Escribano D. Francisco Requena; el Tasador D. José San Juan y el Oficial de Secretaría D. Eladio Corisa.

Creáronse dos juzgados de 1.ª Instancia en Navarra, el de Estella y el de Santesteban, desempeñados, respectivamente, por D. Pedro Jesús Fernández y D. Ramón Irurozquiz; y otro en Orduña para el territorio de Castilla dominado por las armas carlistas, pues en las provincias Vascongadas, con arreglo á sus fueros, administraban justicia: en Vizcaya, el Corregidor y el Juez Mayor; en Guipúzcoa, el Corregidor, y en Alava los letrados de la Diputación, desempeñando D. Estanislao Sevilla el cargo de Juez Mayor de Vizcaya, de cuyo Señorío fueron corregidores D. Lorenzo de Arrieta Mascarúa, el Conde del Pinar y D. Matías Barrio y Mier, así como D. Pablo Díaz del Río y don Ceferino Suárez Bravo, de la provincia de Guipúzcoa.

—

Como hemos visto, no se limitaba el Señor Don Carlos de Borbón á ocuparse de la organización militar de sus parciales y á participar de sus glorias y fatigas, sino que atendía solícito á todos los asuntos que se relacionaban con la más completa y perfecta organización de aquel territorio del Norte en el que no puede negarse que dominó como Soberano por espacio de cerca de tres años, durante cuyo tiempo constituyeron sus líneas militares como una especie de frontera custodiada leal y bravamente por los batallones, baterías y escuadrones carlistas. Y no sólo acudió Don Carlos á las juntas forales de Vizcaya y Guipúzcoa, al restablecimiento de la explotación del ferrocarríl, á la apertura de los tribunales de Justicia y de los cursos universitarios, sino que tuvo un Boletín oficial, *El Cuartel Real*, y una Fábrica de monedas en Oñate, en la que se acuñaron medallas conmemorativas de plata y bronce y monedas de cobre de á cinco y diez céntimos con las armas de España en el reverso, y en el anverso el busto de Don Carlos, así como los sellos de correos.

Al frente de *El Cuartel Real* pusiéronse hombres de gran valía, figurando como su Director el antiguo Diputado á Cortes por Daroca, D. Valentín Gómez, quien había colaborado en *La Esperanza*, en *El Pensamiento Español* y en la revista *Altar y Trono*. *El Cuartel Real* se publicó primero en Peña-Plata, después en Estella y luego en Tolo-

sa, adquiriendo gran resonancia en breve tiempo, no solamente por ser órgano oficial de los carlistas en armas, sino que también por los brillantes trabajos que vieron la luz en sus columnas, pues, entre otros, fueron colaboradores, más ó menos asíduos, de dicho periódico escritores tan ilustrados como el célebre Canónigo y notable orador sagrado González Francés, el Presbítero D. Antonio Sánchez Barrios, los auditores D. Antonio de Valbuena y D. José Ramos y González, el Ayudante de Campo del General Lizárraga, D. Francisco Hernando, el Diputado á Cortes que había sido y luego Director de *La Fe*, D. Antonio Juan de Vildósola, D. Salvador Morales, D. Manuel Brunetto y D. Francisco Martín Melgar, antiguo Director de *La Reconquista* y actual Secretario del Señor Don Carlos de Borbón, desde hace ya cerca de veinte años.



D. ANTONIO BREA

Capítulo XLI

Consideraciones sobre la terminación de la guerra.—Los militares carlistas juzgados por militares liberales.—Algo sobre lo porvenir.

DESDE el infausto día 28 de Febrero en que nos cupo la alta honra de escoltar sable en mano, y al frente de tropas formadas y armadas, al Señor Don Carlos de Borbón á su entrada en Francia, concebimos el proyecto de dedicar nuestra forzada inacción á coleccionar datos y apuntes, cuantos más pudiéramos, para contribuir en la medida de nuestras escasas fuerzas á que no se perdiesen en el vacío los altos hechos de la campaña carlista, en la cual tomamos no pequeña parte. Dolíanos pensar sería muy posible que España se inundase con las apasionadas relaciones de nuestros enemigos, como sucedió después de la primera guerra civil, pues sabido es que los escritores liberales pintaron como mejor les plugo aquella campaña.

Verdad es que nunca hemos tenido pretensiones de escritor público; pero en nuestro amor entrañable á las gloriosas tradiciones patrias

por las que luchó gallardamente, aunque con éxito desgraciado, el Ejército carlista, quisimos aportar el óbolo de nuestras reflexiones y recuerdos para que los verdaderos escritores militares tuviesen un dato más al procurar saber á qué atenerse al hablar de los carlistas, cuyos medios de combatir desconocían las más de las veces, formando así equivocado concepto de sus recursos, sacrificios que les costaban sus victorias y ánimo varonil con que soportaban sus reveses.

Ya en los cuadernos de *El Estandarte Real* y en algunos tomos de la *Biblioteca Popular Carlista* hemos procurado juzgar con severa imparcialidad hechos propios y ajenos, y ahora al tratar en conjunto de los heroicos combates que constituyen la última campaña del Norte, con el pensamiento en Dios y la mano en el corazón hemos acometido la árdua empresa de narrarlos y juzgarlos con nuestro pobre, pero leal criterio, á fin de que otros escritores de más dotes tuviesen nuevos elementos para en su día relatarlos en la hermosa lengua castellana: firmes en nuestro propósito, sólo hubimos de pedir á Dios, al empezar, que se mostrase propicio á nuestros deseos é intenciones.

Creemos haber dado fin á nuestro trabajo, inferior á la importancia de la materia tratada; pero entendemos haber cumplido un deber de militares españoles amantes, como el que más, de nuestra Patria, poniendo verídicos jalones á fin de que inteligencias superiores á la nuestra tengan puntos de partida para emprender el estudio de la completa historia de nuestras contiendas civiles, que consideradas desde un punto de vista exclusivamente militar, creemos que honran tanto á los vencidos como á los vencedores, por ser todos hijos de la noble España.

Antes de dar por ultimados estos nuestros apuntes, oportuno es discurrir sobre los motivos que más probablemente pudieron dar lugar á la rápida terminación de la guerra, así como sobre el concepto de una terrible palabra que corrió por el país vasco-navarro al disolverse las tropas carlistas, y concluiremos copiando juicios imparciales sobre el Ejército carlista y emitiendo el nuestro sobre la reproducción, en tiempo más ó menos lejano, de otras contiendas civiles.

Entre las causas atribuídas á la evaporación (digámoslo así) en el breve período de dos meses de un Ejército organizado con todos los elementos necesarios de combate, y que había llevado á cabo empresas militares de alto renombre (sobre todo la prodigiosa organización que de partidas de 15 á 27 hombres hizo surgir unos cincuenta batallones, tres regimientos de Caballería, más de cien cañones, fábricas, maestranzas, fundiciones, etc.) figura con insistencia un concepto fatídico, el representado por la palabra *traición*.

No negaremos el recelo que pudieran tener los voluntarios carlistas, de que volviera á repetirse un nuevo Convenio de Vergara, en que jefes procedentes del Ejército liberal arrastrasen á sus batallones hasta ser, como entonces, entregados á sus enemigos. Pero es el caso que precisamente de la última guerra civil, podría decirse que ocurrió poco menos que todo lo contrario, pues fundados en ese mismo recelo (que respetamos) hubo batallones carlistas que se rindieron á la monarquía de D. Alfonso XII, primero por individualidades, luego en grupos más ó menos numerosos, y más tarde en masas, precedidos dichos batallones por sus músicas; pero no por sus jefes superiores contra cuya autoridad hubieron de rebelarse para presentarse á indulto, como son testigos de mayor excepción la Brigada guipuzcoana de Rodríguez Vera, las tropas vizcaínas que desobedecieron las órdenes del lealísimo General Carasa, y los voluntarios que acabaron con la vida del desventurado General Egaña y del no menos leal Brigadier Ramajos, por el sólo delito de recordarles su deber como militares y carlistas.

En prueba de nuestro aserto, consignaremos que el día 25 de Febrero se presentaron al enemigo el 2.º Batallón de Guipúzcoa y poco después tres mil hombres de diferentes cuerpos (Diario de operaciones del 3.er Cuerpo del Ejército liberal de la Izquierda). El escritor liberal D. Antonio Pirala en su *Historia Contemporánea* (tomo VI, página 507) dice más todavía, y es que el día 24 de Febrero se presentaron en Tolosa á los alfonsinos hasta seis batallones carlistas y otros dos en Berástegui. Las fuerzas navarras resistieron algo más; pero también acabaron por entregarse en Pamplona la mayor parte de los batallones carlistas de dicha provincia, entrando en Francia solamente restos gloriosos de aquellos cuerpos que tanta gloria habían dado á la Causa carlista. Añade, en fin, el citado historiador Pirala que en la marcha de Don Alfonso de Tolosa á Pamplona «se acogieron á indulto hasta »nueve batallones, además de compañías sueltas y muchos grupos, »dando cuenta todos los jefes liberales de numerosas presentaciones.»

Díjose por algunos que eran traidores el benemérito General Díez Mogrovejo y el último Ministro de la Guerra de Don Carlos, el consecuente General Berriz: ambos eran brillantes jefes del Ejército de Isabel II y al acudir al campo carlista lo hicieron abandonando las ventajas de su posición oficial, renunciando á un seguro risueño porvenir que les ofrecía su continuación en el Ejército liberal: Mogrovejo murió hace unos doce años poco menos que en la indigencia, lo cual honra su buena memoria y acredita su lealtad, y Berriz no se encuentra, ciertamente, en muy próspero estado, en cambio sus asíduos trabajos de propaganda en tiempos de paz y el singular cariño con que le distin-

gue y ha distinguido siempre el Señor Don Carlos de Borbón, creemos que son datos suficientes para probar lo injustos que fueron con él los que se atrevieron á dudar de su conducta leal en el Norte.

Asimismo se calificó de traidor al General Mendiry por algunas individualidades de los batallones navarros cuando la famosa retirada del Carrascal, y al General Dorregaray por su retirada del Centro. Sin embargo, aunque el General Mendiry cometiese errores, consideramos (como ya dijimos oportunamente) falso el rumor á que nos referimos, y realmente no debió tener fundamento alguno cuando ni siquiera se le formó expediente para aclarar su conducta militar en aquellos sucesos, pues la sumaria que se le formó más tarde fué por otros motivos. En cuanto al General Dorregaray, á quien á petición suya se le formó un verdadero proceso, no pudo probársele la más ligera mancha en su honor acrisolado ni vacilaciones en su probado carlismo: Dorregaray pudo incurrir, quizás, en notables faltas al dirigir operaciones militares en el Centro, ó pudo no ser allí tan feliz y afortunado como cuando mandaba en el Norte, dando así lugar á que su comportamiento no apareciese tan claro como la luz del mediodía; pero de esto á que fuese traidor hay una distancia inmensa, y nosotros no hemos de dar tan duro calificativo á él, ni á nadie, sin pruebas palpables de que semejante afirmación sea rigurosamente exacta; sabido es, también, que en las derrotas hay más facilidad para la censura que en los triunfos, y que los voluntarios vascongados fueron siempre algo suspicaces y recelosos; no tanto los navarros, quizás (y sin quizás) porque aquellos no entendían tan bien como éstos la lengua castellana. Por lo demás, hemos visto al General Dorregaray viviendo en la emigración en medio de grandes estrecheces, debiendo únicamente á la generosidad de su hermano el disfrutar de alguna pequeña holgura, y recordamos que murió obscuro, pobre y abandonado aquel militar que había alcanzado la brillante victoria de Abárzuza sobre el ilustre Capitán General Marqués del Duero, uno de los más preclaros generales de nuestro siglo.

Así mismo se calificó de traición por un caracterizado carlista la entrega del fuerte de Montejurra por el valeroso Brigadier Calderon, sin tener en cuenta que *todas* las fuerzas á sus órdenes le abandonaron, y sin fuerza alguna ¿cómo había de sostener la defensa del fuerte? Preguntado por nosotros el motivo de tan dura y deshonrosa calificación, se nos contestó que no se necesitaba más prueba si no saber que el General liberal Primo de Rivera le convidó á comer, dejándole en libertad bajo su palabra; cosa que sabido es se hizo por Radica y el mismo Calderón con los jefes liberales prisioneros en Portugalete y con

el desventurado Coronel de E. M. Navarro, prisionero en Eraul: acto de caballerosidad que en el transcurso de la campaña habíase realizado en distintas ocasiones tanto por Don Carlos como por Don Alfonso de Borbón y por la mayor parte de los generales de uno y otro campo, sin que dicha hidalga conducta de unos y otros con sus contrarios prisioneros, pudiera probar nunca otra cosa más, sino que hoy, como siempre, el verdadero militar español, sea cualquiera la bandera política que aclame, ha sido, es y será noble y generoso cual ninguno, y que, equivocado ó no equivocado en sus ideas, siempre sabe mostrarse á la altura de su misión. Escusamos decir que la calumnia que se lanzó delante de nosotros sobre un bravo y leal compañero de armas no quedó sin correctivo por nuestra parte. ¡Si fundamentos como el citado y otros parecidos son bastantes para aplicar el calificativo de traidor, confesamos ingénuamente que no conocemos persona alguna, por santa que sea, que pueda verse libre de ser víctima de tan dolorosa injusticia!

Queriende nosotros profundizar esta cuestión de las traiciones por amor á la verdad, y porque dada nuestra posición elevada en el Ejército carlista, como Jefe de Estado Mayor General del General en Jefe, creíamos que algo (por lo menos) debíamos haber vislumbrado en asunto de tanta monta, hemos buscado todo lo que sobre el particular pudiéramos ver clara y justificadamente consignado en las obras más serias que se han escrito sobre la última guerra civil, y en ninguna de ellas hemos encontrado más que vaguedades que nada demuestran y que, á nuestro juicio, no pueden servir de fundamento para una acusación terminante contra ningún militar carlista.

En efecto: el que más aparece como blanco de las sospechas de traición es el General Pérula; sin embargo, en ninguna parte hemos encontrado pruebas irrecusables de tan grave delito, ni de palabra han llegado hasta nosotros más que suposiciones ó aseveraciones, más ó menos respetables, pero que por sí solas y sin demostración clara de las mismas, no las conceptuamos suficiente elemento para legar á la historia el nombre de D. José Pérula con el dictado de traidor, baldón mayor que ningún otro entre todos los que pueden afrentar la memoria de quien ha tenido, ó tiene, el honor de ceñir espada.

Copiaremos, pues, lo que hemos visto escrito sobre el General carlista Pérula, á propósito de este delicado asunto.

En la obra de D. Saturnino Giménez, ilustrado corresponsal de *La Cruz Roja* leemos: «A Pérula se le formularon proposiciones para que »se pasara á nuestro campo, abriéndonos las puertas de Estella: mas »Pérula fué exigente en demasía: reclamaba el empleo efectivo de Ma-

»riscal de Campo y qué se yo cuántes cosas más. El Gobierno de acuer»do con el cual se llevaban las negociaciones accedía todo lo más á »concederle el empleo de Brigadier quedando de cuartel en la Penín»sula ó marchando á Cuba. Pérula consideró que su honor estaba por »encima de estas condiciones. La verdad es que algo valía su cabeza »y él la jugaba desde el momento que admitía tratos.»

Otra indicación sobre traiciones, en general, encontramos en la obra *Juicio crítico de la guerra civil*, y es la siguiente: «El Gobierno libe»ral por su parte fomentaba con el mismo ardimiento que al principio »aquella descomposición (la del Ejército carlista) *filipizando*, etc.»

El historiador Pirala habla algo también del General Pérula, quien, por lo visto ha sido el más señalado por la voz pública como traidor, y se expresa así: «Se escribió á muchos oficiales y jefes carlistas hacién»doles grandes ofertas; las desechó verdaderamente importantes Men»diry, y la carta que el Conde de Heredia-Spinola escribió á Pérula (en »10 de Mayo de 1875) la envió éste á Don Carlos, diciéndole que desde »que fué proclamado Don Alfonso se le ofrecian de nuevo millones, »fajas y honores, de lo que nada había dicho hasta entonces porque no »se creyera lo hacía por darse importancia, y al enviarle ahora las »cartas no era por darle una prueba más de lealtad, que esas se daban »con los hechos, «si no para saber si V. M quiere que conteste, para »ver hasta donde llegan nuestros enemigos, ó quizá para averiguar »si alguno de los nuestros está en convinencia con ellos.» Don Car»los le contestó agradeciendo su lealtad, con la que siempre había con»tado, lo mismo que con su valor, y que dijera al Conde que para con»cluir la guerra recomendara á sus amigos acudieran á él, que para »todos los españoles tenía los brazos abiertos» (tomo VI. página 320). .

«...En una junta reservada de las cuatro Provincias, convinieron de»legar á los diputados de Navarra para conseguir de Pérula que se pu»siera al frente de un movimiento que impulsara á Don Carlos á hacer »la paz salvando los fueros; Pérula se negó, y propuso, por último, que »las Diputaciones se fueran á Francia dejando huérfanas las provincias »y ál Ejército, y él obraría entonces; pero como era de esperar, se ne»garon á esto. (tomo VI, página 508).» En cambio el mismo historiador Pirala refiere, en esa misma página 508 de ese mismo tomo VI de su obra, que Pérula contestó á su amigo y paisano D. Nazario Carriquiri, en una carta sobre proposiciones de paz, lo que sigue: «No poseo más »bienes de fortuna que mi honra: *la mancha de infamia jamás cubrirá »mi frente;* sangre navarra de este pueblo de héroes corre por mis ve»nas ¿puedo ser traidor? Bendiga Dios al indicado para hacer la paz, »uniéndonos como hermanos.—*Pérula.*»

Finalmente: en *El Estandarte Real*, Revista politico militar ilustrada que se publicó en Barcelona por los años de 1889 á 1892, publicóse en Noviembre de 1891 un artículo titulado *El final de la guerra* (de autor anónimo) en el que se refería el siguiente episodio: «Mar»chaba Don Carlos al frente de sus tropas en uno de los últimos días »de Febrero, cuando alcanzó en la carretera á un emisario enviado »por el General Pérula, con una carta para uno de los más elevados »personajes con mando en el Ejército carlista.—Interrogado el emisa»rio sobre la índole del mensaje y oyendo de sus labios que no se tra»taba de un mensaje privado, sino de asuntos del servicio, tomó Don »Carlos la carta que llevaba el sello de la Comandancia General de »Navarra, y se apresuró á leerla.—Decía en sustancia: Esto se acabó, »hay que decírselo al Rey. Yo no me atrevo, pero hay que decírselo »porque es preciso salvar lo que se pueda, tanto de los intereses del »país como de los nuestros personales, y obtener garantías, reconoci»miento de empleos, etc. Que se vaya el Rey á Francia y deje en Es»paña á un General encargado de tratar con el enemigo.—De modo »que Pérula aspira á ser un Maroto autorizado, dijo Don Carlos amar»gamente, mostrando la carta á uno de sus más probados generales. »Que vaya un oficial á buscarle, añadió, y que le conduzcan á mi pre»sencia.—La orden fué ejecutada, á pesar de la resistencia opuesta al »principio por Pérula, que acudió al fin con su escolta, y la entrevista »de Carlos VII con el General navarro tuvo lugar en Espinay. Igno»ramos lo que en ella pasó, pero nos consta que en los consejos de Don »Carlos no faltó una voz, la de mayor autoridad en aquel momento, »que pidió se fusilase á Pérula en el acto. Carlos VII no asintió á »aquel parecer. A sus ojos, la carta era indigna de un General con »mando, y no permitia fundar en él ni en sus tropas ninguna es»peranza, pero no constituía un hecho caracterizado y probado de »traición, pues se limitaba á aconsejar una proposición, aunque fuese »inadmisible, que habia de hacerse al Rey, y tampoco había otras »pruebas materiales de su traición. Lo que procedía, en su sentir, era »alejar del núcleo no contaminado á Pérula y sus tropas, ya que era »dado á ocasionar males mayores el proceder como sería natural en »tiempos normales, y facilitar á éstos la deserción, acantonándoles lo »más cerca posible del enemigo.—Que se vayan, dijo, los que no ten»gan corazón para estar conmigo hasta lo último, pero que no intro»duzcan el desorden ni la indisciplina entre los buenos.—En este sen»tido se dieron las órdenes oportunas al Comandante General de »Navarra, y el Rey, rodeado de batallones seguros, se encaminó á »Burguete.»

Hasta aquí, cuanto hemos visto consignado por escrito en contra de la lealtad del General Pérula; pero como se ve, puede por ello sospecharse de los deseos y de las intenciones de dicho jefe carlista, pero no se encuentra en lo transcrito una prueba palpable de su traición. A nuestro juicio, la conducta de Pérula en el Baztán pudo suministrar, acaso, algún indicio, pues sus idas y venidas no tienen fácil explicación; nosotros, sin embargo, preferimos atribuir su actitud de aquellos días á una especie de atolondramiento hijo de la misma fogosidad de su carácter y de lo crítico y doloroso de las circunstancias del momento, pues si llegó á obrar con deliberado propósito de traicionar la causa bajo cuyas banderas militaba, nos parece incomprensible en su peculiar rudeza toda la exquisita diplomacia y perfecto disimulo que debió emplear para que no pudieran conocer sus planes ni aún sus más allegados; porque hay que tener en cuenta que el General navarro tenía á su lado como jefe de Estado Mayor al cristiano caballero el Brigadier de Artillería D. José Pérez de Guzmán, á quien hemos tratado con fraternal amistad desde la infancia, de cuya conducta militar podemos responder como de nosotros mismos, de quien podemos asegurar que siempre le conocimos como vivo recuerdo de aquellas Ordenes religiosas y guerreras á la par que tanta gloria dieron á la Patria en la Edad Media (una de cuyas insignias, la de Santiago, cruza su pecho desde tiempo inmemorial) y de quien abrigamos la convicción profunda de que no habría tolerado en su inmediato jefe una traición.

Aún aportarémos otros datos relativos á la discutida personalidad de Pérula: le vimos en la emigración y después de su regreso á España. En Burdeos hacía una vida bien modesta, por cierto, y en Madrid la hacía más modesta aún, habitando en una casa de huéspedes de las que pudieran calificarse de más que humildes (Calle de la Aduana, piso 3.º), en un cuarto por demás chico é insalubre. ¡Así vivía un hombre que al fin y al cabo habia llegado á mandar en jefe un Ejército tan respetable como el de los carlistas del Norte! ¡Si es que realmente fué traidor, bien poco debió valerle ésto, toda vez que su situación económica era tan precaria, y en cuanto á honores, sólo tenía los de Caballero de San Fernando, cuya Cruz había ganado bravamente peleando por el honor de España en la gloriosa guerra de Africa! Algunas veces asistía Pérula á la mesa y á la tertulia de su paisano y escelente amigo el Conde de Heredia-Spínola; y por último, para poder vivir, tuvo que aceptar un destino civil que le proporcionaron en la Habana, y que no era, ni mucho menos, de los que por sus emolumentos pudieran haber llamado la atención: no probándole bien el clima.

de Cuba, hubo de regresar en breve á la Península y falleció pobre en la Coruña. ¿Fué, pues, Pérula un traidor? Sólo Dios lo sabe: nosotros no lo creemos.

En el trascurso de esta obra no hemos tenido ningún inconveniente en criticar, según nuestro leal saber y entender, lo acertado ó desacertado de ciertas operaciones militares, tributando indistintamente aplausos á los generales carlistas, ó poniendo de manifiesto los errores *involuntarios* en que, á nuestro juicio, incurrieron tanto unos como otros en ocasiones varias; si bien siempre lo hemos hecho dejando á salvo la buena voluntad, el buen deseo, y sobre todo la rectitud y lealtad de las intenciones de todos como caballerosos militares españoles. Pero declaramos con toda franqueza que antes de permitirnos contribuir á que sobre cualquiera pueda pesar una nota tan infamante como lo sería la de traidor, necesitaríamos tener bien á la vista pruebas irrecusables; porque ya se sabe que, como dice el refrán, *á veces las apariencias engañan*, y si nuestra conciencia nos impide formar juicios temerarios de nadie, el recuerdo de los servicios eminentes que al fin y al cabo prestaron algún día á la Causa carlista los supuestos traidores, nos impulsa más á la benevolencia que á la severidad en juicios tan delicados como los que pueden afectar al honor de militares que ya no existen, y careciendo de datos para condenar en justicia preferimos descubrirnos ante la tumba de cien desleales (si así fuera preciso) antes que arriesgarnos á atentar contra la buena memoria de un sólo inocente, víctima, quizás, de ajenas culpas ó de la fatalidad.

En esta cuestión compleja de las traiciones y de la terminación de la guerra nos inclinamos más bien á la opinión del ilustrado escritor D. Antonio Pirala, quien en su *Historia Contemporánea* (tomo VI, página 516) dice así: «No hubo traidores, así lo creemos de buena fe, »en los jefes carlistas. Si hubo débiles, desertores en esperanza de ma»yor medro y algunos, muy pocos, en connivencia con el enemigo, no »fueron verdaderamente traidores á la Causa... No se esterilizan los »sacrificios hechos por un gran partido como el carlista, porque tal ó »cual jefe capitulase, ó entregase sus fuerzas al enemigo, ó no las uti»lizase debidamente.» Sin embargo, nuestra opinión difiere algo de la del historiador Pirala, porque de las tres últimas suposiciones que hace en el párrafo transcrito, creemos que está muy equivocado al emitir las dos primeras, pues no conocemos ni recordamos haber conocido ningun jefe carlista que (por lo menos en el Norte) entregase ni un sólo soldado al enemigo, como no fuesen los oficiales y jefes de menor categoría que cuando la disolución del Ejército carlista se presentaron á indulto con sus voluntarios; pero tampoco éstos obraron así por trai-

cionar la Causa, sino huyendo del supuesto peligro de verse traicionados, y por considerar ya del todo imposible la continuación de la campaña; de manera que por muy sensible que nos fuera su proceder, podrá tachárseles de indisciplinados, de injustamente desconfiados, de poco animosos para arrostrar hasta el martirio todo género de sacrificios; se les podrá tachar de cualquier cosa análoga á las expuestas, pero no se les puede apellidar traidores.

Lo único que creemos pueda afirmarse es que cuando ya se consideró perdida la guerra por los carlistas, hubo algunos de estos que, con la mayor buena fe, pensaron en ver si era posible conseguir siquiera la Unidad Católica ó salvar los fueros vascongados. Pero la inmensa mayoría de los jefes carlistas considerábamos que nuestro deber como militares se reducía á obedecer, sin discusión ni vacilaciones, las órdenes que se dignase dar el augusto señor á quien aclamábamos Rey, y que en tal concepto sólo podíamos pactar con el enemigo si él así lo disponía, y en las condiciones que tuviese á bien acordar; pero como Don Carlos rechazó siempre toda idea de transacción con los liberales, no pasaron de ser unos platónicos deseos los de los que con miras que respetamos, llegaron á pensar por un momento en iniciar los tratos á que nos referimos, y todos los jefes carlistas seguimos firmes en nuestros puestos, inclusos aquellos pocos que habían simpatizado con la idea de conseguir la Unidad Católica para España ó de asegurar los fueros vascongados.

A nuestro humilde juicio fueron varias las causas de la terminación de la guerra:

1.ª Que limitada la guerra en el Norte, no era facil que cuatro provincias dieran la ley á las demás, cuando éstas y su Gobierno central lanzaban sobre aquellas doscientos mil hombres, aplastando, digámoslo así, las ya mermadas fuerzas del Carlismo; y decimos mermadas no solamente por haberse disuelto los ejércitos carlistas de Cataluña y del Centro, sino porque influyó mucho tambien en la desbandada general de los carlistas del Norte, el que los padres y allegados de muchos voluntarios, cansados de luchas y sacrificios, les escribieron haciéndoles ver como imposible é inútil el continuar combatiendo, y llamándoles á su lado, de lo cual tenemos pruebas concluyentes.

2.ª Porque las guerras modernas son muy caras, no pudiendo, por lo tanto, eternizarse ni durar mucho como sucedía antiguamente.

3.º Porque veinte y ocho años de ostracismo dieron lugar á que en el elemento político de los carlistas escasearan las dotes de mando y el hábito de gobernar á la altura de las circunstancias, á pesar de

las excepcionales condiciones de D. Cándido Nocedal, D. Antonio Aparisi y Guijarro, D. Francisco Navarro Villoslada y otros no menos notables y eximios personajes. No les bastaba, por tanto, á los carlistas luchar y combatir como lo hicieron siempre con fe y con entusiasmo; la fuerza, pues, no era suficiente para vencer. Había que reñir con los enemigos las batallas de la inteligencia para convencerles y hacerles amar al partido que escribió en su Bandera tantas cosas buenas como compendiaron en los lemas de Dios, Patria y Rey.

4.ª Los recursos para sostener la guerra se habían ido agotando rápidamente, y los sacrificios que se impusieron las cuatro provincias hermanas tocaban á su fin, pues el heroismo no puede exigirse á todos, y ya los navarros y vascongados llegaban á los límites de lo imposible para sostener la lucha. No olvidemos que solamente el consumo de municiones de guerra se hace intolerable hoy hasta á los gobiernos de las naciones; calcúlese, pues, la avalancha de gastos que hubieron de soportar por espacio de tres años cuatro provincias para sostenerse, siquiera, enfrente de los recursos del presupuesto de toda España.

Creemos, por tanto, firmísimamente que no hubo verdaderas traiciones en el Norte, mientras no se nos demuestre lo contrario, pues aún los escritores liberales dicen que las gestiones de nuestros enemigos para comprar la paz *se estrellaron* contra la llamada *intransigencia feroz de los carlistas.*

El General carlista Lizárraga, al pedir desde Valcarlos, el día 27 de Febrero de 1876, á la Nación francesa hospitalidad para Don Carlos y sus últimas tropas, decía que aquel augusto señor, *vencido por la adversa fortuna*, había resuelto no prolongar más una lucha que haría padecer á España sin provecho para su Causa; y más tarde, en el Manifiesto que el Señor Don Carlos de Borbón dirigió desde Pau, en 1.º de Marzo, á los españoles, sólo decía sobre este particular que renunciaba á continuar la lucha, *obligado á ceder á la fuerza de las circunstancias;* en dicho documento no aparece la palabra *traición*, ni en la alocución dirigida aquel mismo día por Don Carlos á su antiguo Ejército, y si fué que en realidad no había suficientes motivos para pronunciar oficialmente tan fatídica palabra, ó si fué que, á pesar de haberlos, quiso Don Carlos mostrar una generosidad muy propia de sus nobles sentimientos ahogando en el fondo de su corazón todo impulso que pudiera no estar completamente identificado con aquella resignación tan edificante con que tuvimos el honor de contemplarle arrostrando sereno los reveses de la fortuna en los últimos días de la guerra: si fué lo uno ó lo otro, no hemos de ser nosotros quienes dejemos de inspirarnos en análogo espíritu de cristiana prudencia.

Tal vez sobre la pérdida de la guerra por los carlistas pudiéramos repetir lo que el elocuente Diputado á Cortes D. Juan Vazquez Mella dijo en un discurso, tan notable como todos los suyos, pronunciado al inaugurarse el Círculo Carlista de Tarancón, á cuyo solemne acto asistió, en Agosto de 1894, con el General Berriz y el Marqués de Vallecerrato: «No era oportuno y fué providencial designio, sin duda, el que »la Comunión Carlista no triunfase ni con Carlos V, ni con el Conde de »Montemolín, ni aún en la guerra última con Carlos VII; porque la re»volución, en su forma doctrinaria, encerrada en el parlamentarísmo, »empezaba á la muerte de Fernando VII y era para muchos un ideal »de libertad que no había sufrido la dura prueba de la experiencia y »el choque con la roca de la realidad, y cuando el Conde de Montemo»lín pudo haber triunfado, el liberalismo, lejos de haber llegado á sus »postrimerías, estaba aún en su apogeo el régimen doctrinario, el cual, »aunque ya en forma mucho más democrática y radical, se encontró »enfrente de la enérgica y varonil protesta de Carlos VII, que ve ahora »como las premisas llegan á las últimas consecuencias, y se abre el »ciclo socialista en la marcha de la revolución, á cuyo término se en»cuentra pavoroso y siniestro, como resultado definitivo y castigo y »despertador providencial de pueblos entumecidos en la apostasía, el »anarquismo, que sacando la última consecuencia de la autonomía y »la emancipación atea de las conciencias llevada á cabo por la revolu»ción, la muestra ante los maestros aterrados convertida en dinamita »aplicada por el crimen á los fundamentos sociales.»

—

Terminaremos manifestando la opinión de algunos escritores liberales respecto á los voluntarios carlistas, en prueba de estricta imparcialidad, no diciendo nada por nuestra propia cuenta, á fin de que no se nos pueda motejar de apasionados por el Ejército del cual formamos parte.

La magnífica obra ilustrada *La Vida Militar en España,* de los señores D. Francisco Barado, del Arma de Infantería, y D. José Cusasch del Cuerpo de Artillería, dice de los carlistas, en las páginas 308 y 313, lo siguiente: «En el Norte, en aquellas provincias que fueron como la »cuna y asiento del partido tradicionalista, los jefes y la organización »respondían á principios militares, la disciplina era rigurosa, penoso »el servicio, excelente la administración y grande el entusiasmo, fo»mentado constantemente con la presencia del que consideraban legí»timo monarca. . . . .
». . . . Las costumbres militares del Ejército carlista que peleaba

»en el Norte diferían muy poco de las existentes en el nuestro. Durante »los años que se prolongó la guerra, vióse á los voluntarios de Don »Carlos prestar un servicio rudo por demás, y soportar las más gran- »des privaciones con el mayor heroismo, dándose el caso de que los »batallones castellanos tuvieran que costearse las municiones que con- »sumían. La disciplina era muy severa y no se toleraban ni murmura- »ciones ni debilidades. En este punto, los jefes y oficiales daban exce- »lente ejemplo á los soldados; y como más de un caso pudiera citarse »respecto á este particular, nos limitaremos á reproducir el siguiente, »ocurrido en la línea de Somorrostro. Estuvieron los liberales y carlis- »tas batiéndose todo un día sin comer, impidiéndoselo además á éstos »el fuego de la Artillería liberal que no daba lugar á que se racionasen »cuatro compañías del 4.° de Navarra colocadas en una posición avan- »zada. El jefe de esta fuerza, Coronel Segura, dijo á los soldados que »podían tomar una copa de aguardiente, pero que respecto á pan no »había para cada uno más que un pedazo como el que él tomaba (y »partió uno del tamaño de una nuez); dió el pan al que estaba á su »lado, que hizo lo mismo, y al recibirlo el tercero, dijo éste: *Como »quien comulga.* Celebrando esta gracia fué corriendo el pan, y aún »sobró un buen pedazo cuando llegó al último de la sección entre la »que se repartía. Subieron á poco un cesto de buena y abundante co- »mida para el Sr. Segura; negóse á probarla, y conociendo sus solda- »dos por qué lo hacía, cogieron la cesta para servirle ellos mismos; »mas comprendiendo Segura el inconveniente de comer y el mayor de »resistir, pegó un puntapié á la cesta, que rodó con su contenido por la »pendiente, y dijo uno: ¡c....., bien hecho! Todos repitieron lo mismo y »le colmaron de atenciones.

«Buen número de episodios pudiéramos narrar también, que retra- »tan el heroismo y la lealtad del voluntario carlista; pero sin duda al- »guna, pocos tan originales y tan admirables como el siguiente, que »hemos oido á un Coronel de los batallones castellanos.

«Encontrábanse el 1.° y 2.° de Castilla en las Muñecaz, desplega- »dos frente á las tropas liberales, que los diezmaban con nutrido fue- »go; habiéndose dado orden de retirada, adelantóse el jefe citado hasta »la primera línea, donde todavía se batían algunos. Allí encontró sen- »tado en el suelo y con el fusil entre las piernas uno de sus individuos. »Sorprendido por la actitud del soldado, apresuróse á gritarle:

—»¿Qué haces aquí, muchacho? ¿No has oído el toque?

—»Señor,—contestó el voluntario,—no tengo municiones; cae tanto »plomo, que de aqui á un instante el cabo que dispara junto á aque- »llas peñas habrá muerto (y señalaba á un hombre situado á pocos pa-

»sos que él); entonces iré yo á recoger su bolsa y continuaré el fuego.

»Esta contestación tan sencilla como sublime, pinta mejor que lo »hiciéramos nosotros, la entereza y abnegación de un soldado.»

Por último, la *Narración Militar de la Guerra Carlista*, escrita por el ilustrado Cuerpo de Estado Mayor del Ejército, estampa, en la página 528 del tomo VII, los conceptos siguientes: «De intento no hemos »hablado hasta ahora de la manera de ser del soldado español (habla»mos igualmente de liberales y carlistas) durante esta fratricida y pro»longada lucha, y prescindiendo por un momento de nuestro amor »patrio, creemos justo tributarle aquí las alabanzas que merece.—Su »valor en el combate, su resistencia para sufrir las mayores penalida»des con una resignación que raya en lo imposible, su heróica constan»cia á prueba de los mayores reveses, su inalterable buen humor y sus »extraordinarias cualidades físicas, le colocan entre los primeros sol»dados de Europa...... Léase la narración de las penosas y largas mar»chas que en un principio se vieron obligados á ejecutar tanto los libe»rales como los carlistas, los unos para perseguir, los otros para evitar »la lucha..... Nótense su actitud en los campos de Somorrostro, las pe»nalidades de los liberales unidas á inmensas dificultades y á la nece»sidad de acampar con tiempo frío y lluvioso; la constancia de los car»listas en la defensa de sus líneas y el extraordinario valor de ambos »ejércitos.... A pesar de nuestras discordias intestinas, ahora, como an»tes y siempre, el soldado español conserva indeleblemente en su pe»cho el amor á la Patria y un culto ferviente á los gloriosos hechos que »dieron á ésta inmortal renombre.»

—

En cuanto á lo porvenir, no es necesario ser profeta para deducir lo que podrá acontecer en España, más tarde ó más temprano, sólo con tener presentes las enseñanzas de la historia. Recordemos que allá por los años anteriores al de 1868, se tenía por muertos á los carlistas, bien porque hubieran fallecido los más de cuantos se levantaron en la primera guerra civil, ó ya porque el Señor Don Carlos de Borbón no tenia entonces historia alguna á causa de su juventud, si bien abonábanle su nacimiento y su estirpe regia Sin embargo, vióse que al aparecer pocos años después las partidas carlistas, crecieron tan rápidamente en la relación de uno á dos mil en 1872 y 1873, que pronto llegaron á constituír tres respetables ejércitos, y eso que no todos los que en ellos militaban eran carlistas de abolengo; pero, en cambio, urgía oponerse con las armas en la mano á las orgias demagógicas y á los disparates anti-cristianos proclamados en plenas Cortes Constituyentes por algu-

nos desdichados republicanos; más partidarios dieron éstos (Suñer y Capdevila, Díaz Quintero y otros parecidos con sus *monsergas)* á la Causa Tradicionalista, que carlistas de toda la vida existían por entonces; así vióse cómo la Bandera de Don Carlos resultó simpática á la inmensa mayoría de las personas de órden, y cómo se agruparon en rededor suyo, animados del mayor entusiasmo, tanto los carlistas de siempre como muchos antiguos militares isabelinos que, por lo menos, consideramos su triunfo cual áncora de salvación para la Patria. Recordemos que muchos conocidos liberales al ser interrogados sobre su naciente carlismo, contestaban sin vacilar que no eran precisamente carlistas, sino anti-revolucionarios, y que se acogían á la única Bandera desplegada, por entonces, en frente de la Revolución de 1868.

Fundados, pues, en estas premisas diremos que, á nuestro humilde entender, la tercera guerra civil será un hecho el día en que por trastornos interiores, conflictos internacionales ó cualquier otra causa imprevista, lleguen á desbordarse las pasiones como al ser destronada Doña Isabel II, y que la Comunión Tradicionalista, renovada sin cesar, podrá ser en tan críticas circunstancias, no una amenaza para el sosiego público, sino firme garantía del país para restablecer el orden y reconstituir la Patria, por hallarse en condiciones perfectas para entonces, gracias á la prodigiosa organización dada á las huestes de la antigua España por el insigne patricio Marqués de Cerralbo; pues, afortunadamente, hay gran diferencia entre el modo como se juzgaba al Carlismo hace algunos años y la consideración con que se le mira hoy, desvanecidas las preocupaciones antiguas, y ya nadie puede llamarse á engaño, explicado perfecta y claramente el programa tradicionalista lo mismo en la prensa que en las cátedras, en los campos igual que en las ciudades, y hasta en el Parlamento.

—

Por lo que respecta á nuestro trabajo, protestamos una vez más de la nobleza de nuestras intenciones al acometerlo, al desarrollarlo y al darlo por terminado, declarando que estamos dispuestos á rectificar cualquier error en que inconscientemente hayamos incurrido tanto en nuestros juicios como en nuestras narraciones.

Madrid 4 de Diciembre de 1897.

ANTONIO BREA.

ÍNDICE

TEXTO

Páginas

Páginas

GRABADOS

Paginas

Pagina

ERRATAS IMPORTANTES

PÁGINA	LÍNEA	DICE	DEBE DECIR
26	31	ambulancias permanentes.	ambulancias volantes
127	16	las instrucciones	las intenciones
128	3	de cantábrico.	del Cantábrico
133	3	quedó cortada teniendo. .	quedó cortada tendiendo
341	11	me procedieran	me precedieran
357	37	el día 30 de Octubre . . .	el día 20 de Octubre
418	25 y 26	alnas municiones . . .	algunas municiones




SAM


UC SOUTHERN REGIONAL LIBRARY FACILITY
A 000 165 467 2

